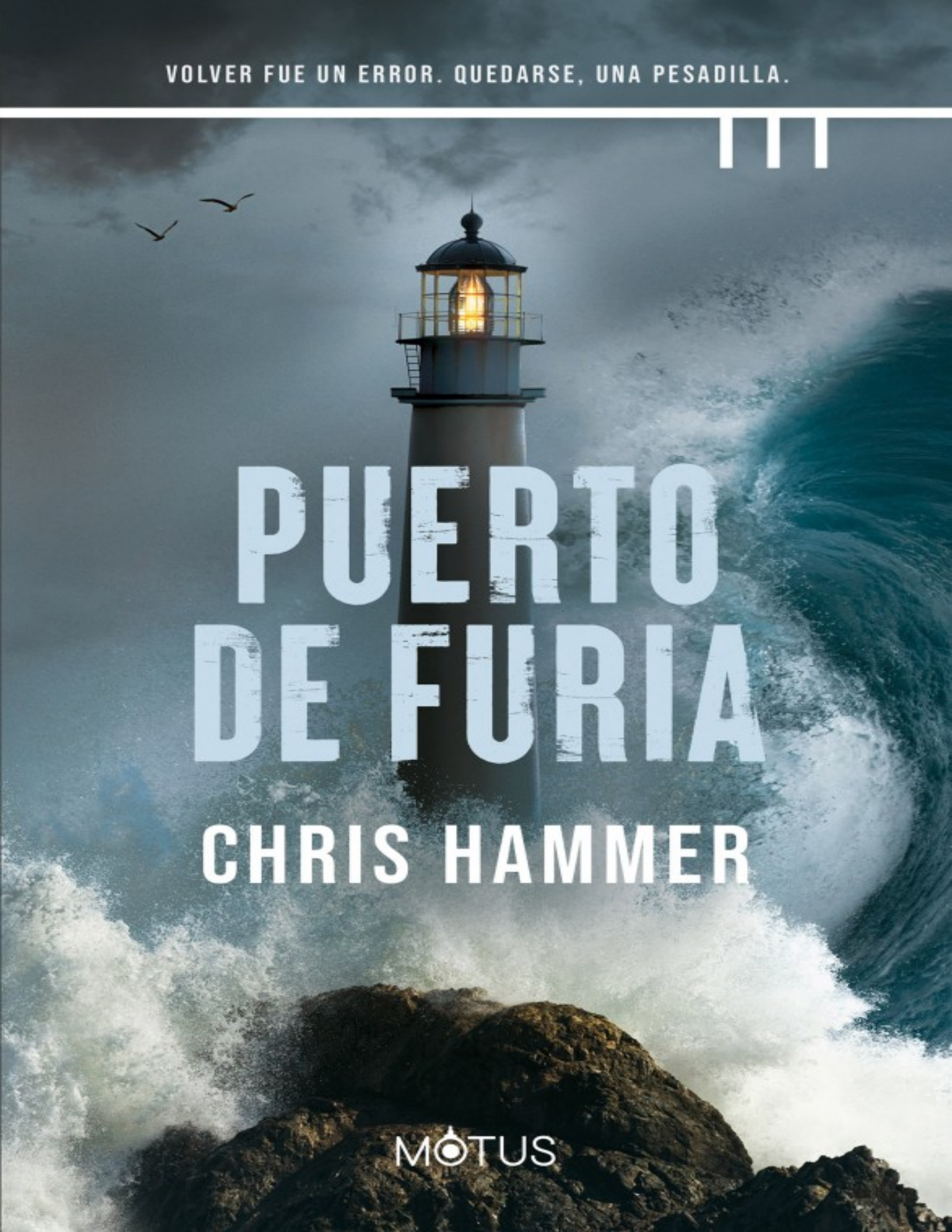
VOLVER FUE UN ERROR. QUEDARSE, UNA PESADILLA.



PUERTO DE FURIA

CHRIS HAMMER

MOTUS

PUERTO DE FURIA

Chris Hammer

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MOTUS

Título original: *Silver*
Edición original: Allen & Unwin

© 2019 Chris Hammer

© 2019 Allen & Unwin

© 2026 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2026 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-98-1

Para Glenys y Kevin

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Dedicatoria
LUNES
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2

MARTES
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8

MIÉRCOLES
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14

JUEVES
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18

VIERNES
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
SÁBADO
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
DOMINGO
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
LUNES
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
MARTES
CAPÍTULO 33
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela...
Chris Hammer
Manuscrito Motus

LUNES

CAPÍTULO 1

El sol se filtra entre las nubes y centellea, encandilándole la vista. No logra ver la pelota y batea a ciegas, con la esperanza de acertar, de no quedar eliminado, de que la pelota no lo golpee a él. Con la esperanza de librarse de la vergüenza, por esta única vez. Así que batea, con los ojos cerrados, inútiles, como si rezara. Y de algún modo, por un capricho divino, el bate logra golpear la pelota. A través del mango de madera, de la gastada empuñadura de goma y de la cuerda deshilachada, siente la potencia del golpe; el mismísimo corazón del bate conecta con la pelota. Siente cómo la pelota de críquet blanda se aplasta, se comprime y luego se expande al iniciar su arco de aceleración; se aleja como si el cielo la impulsara. Y siente, en ese momento, en ese instante, la perfección. Abre los ojos, suelta el bate y se protege la vista justo a tiempo para ver la pelota, maravillarse con ella, mientras se eleva por encima de la cerca de madera y cae en el jardín del vecino. Un seis. Seis y fuera. Eliminado, sí, pero con gloria, no con vergüenza. Sin un golpe sordo contra el cubo de basura ni un escandaloso reclamo de que la pelota le golpeó la pierna antes de tocar el *wicket* ni risas burlonas ante una atrapada floja. Un seis. Por encima de la cerca. Una muerte de héroe.

—¡Joder, Martin, qué tiro! —exclama el tío Vern.

—Vern, esa boca —lo reprende su hermana.

—El que le pega la busca —dice el lanzador, el chico de la calle de abajo.

Pero Martin no dice nada, no hace nada, no se mueve, absorto en el momento. En el instante en que conectó. Ese momento perfecto, detenido en el tiempo.

Y entonces… suena el teléfono.

—¡Mamá, mamá! —grita Enid, o Amber, una de las gemelas, inseparables, indistinguibles. Y su madre se va, antes de poder felicitarlo por su golpe, antes de darle el reconocimiento que se merece. Se va hacia el teléfono, hacia esa llamada que divide el mundo en dos, que traza una línea clarísima entre el antes y el después.

Treinta y tres años más tarde, Martin conduce hacia la memoria, hacia Port Silver. Una parte de él se concentra, atenta a la carretera, sorteando las curvas cerradas mientras baja por el escarpe; otra se pierde en el pasado, en aquel día perfecto, el día en que un resplandor del destino, intenso y breve, dejó caer el telón sobre ellos, como el final de una obra.

Hoy el sol se filtra entre la espesura de la selva, parpadea como un estroboscopio. Entrecerrando los ojos, no alcanza a ver el océano, pero lo intuye, sabe que si frenara, si hubiera espacio en esa carretera tan angosta para detener el coche, podría verlo: el Pacífico. Está allí, más allá de los árboles, la vasta extensión azul. "¿Ves el mar?", le pregunta su padre a través de los años, igual que lo hacía cada vez que bajaban por esas curvas cerradas. "El que ve el mar vuelve a casa sin pesar", decía entre risas. Pero Martin nunca lograba verlo; nunca. Sin embargo, llegó un momento en que ya no le hizo falta: aprendió que estaba ahí, más allá del escarpe, más allá de las granjas lecheras, de los cañaverales y de las llanuras ribereñas, pasando el puerto pesquero, las cabañas de veraneo y la extensión de arena blanca. No podía verlo, pero lo sentía.

Y así es en este día de comienzos de otoño, mientras serpentea con el coche cuesta abajo entre eucaliptos moteados, helechos cuerno de ciervo, palmeras y cedros enredados con lianas donde tintinean los pájaros campana. Lo siente en el aire fresco, que se vuelve húmedo y cálido a medida que desciende hacia el océano. Se le taponan los oídos. Deja atrás la tirante sequedad del interior asolado por la sequía, al otro lado de la cordillera costera. Y a lo lejos, todavía invisible, pero ya imponiéndose: Port Silver. La tierra de su juventud, a la que regresa.

—¡Vern! ¡Vern! —grita su madre con la voz cargada de una emoción desconocida—. ¡Martin! ¡Chicas!

Él está trepando de nuevo la cerca de madera gris astillada y seca al tacto, con la pelota en la mano, su glorioso trofeo masticado por el perro, cuando su madre sale con estrépito por la puerta mosquitera, riendo y llorando a la vez, arrastrada por la exaltación como por una marea que avanza.

—¡Lo hemos conseguido, joder! ¡Nos ha tocado el puto gordo!

Martin mira a su tío, pero observa en Vern el mismo desconcierto ante las palabrotas de su hermana.

—¿Hilary? —dice Vern.

—¡La lotería, Vern! ¡La lotería, joder! ¡El primer premio!

Martin salta de la cerca hacia un jardín que no conoce; olvida la pelota,

abandona el bate. La lotería. Les ha tocado la lotería. "La lotería, joder". Vern abraza a una de sus sobrinas; ella le devuelve el abrazo, feliz, sin comprender lo que pasa, y entonces, los cinco —su madre, las mellizas, él y el tío Vern— bailan sobre la pista de bateo, que tiene el césped recién cortado, mientras el chico de la calle de abajo se aleja corriendo calle abajo, con los ojos como platos y la boca abierta, empujando la noticia hacia delante como un viento del sur: a los Scarsden les ha tocado el primer premio. "La lotería, joder".

El escarpe se une a la llanura, termina la selva y se empiezan a ver las granjas lecheras: "Port Silver, 30 kilómetros", anuncia el cartel. Martin Scarsden vuelve de lleno al presente. Port Silver, con sus fantasmas al resguardo del sol iridiscente, pero esperándolo de todos modos. Port Silver. Por el amor de Dios, ¿por qué había elegido Mandy este pueblo, justo este, su pueblo natal, para empezar de nuevo? Cruza el viejo puente sobre el Battlefield Creek, un arroyo que corre al pie de la cadena montañosa, la frontera entre el mundo natural de la pendiente y la geometría impuesta de las granjas lecheras y los cañaverales. Está a punto de cambiar a una marcha más alta, preparándose para las carreteras más rápidas de la llanura, cuando la ve: una chica que hace autostop.

Sus piernas, relucientes bajo el sol subtropical, asoman bajo los vaqueros cortados. Lleva una camiseta sin mangas que deja el vientre al descubierto; extiende el pulgar con naturalidad. "Es extranjera", piensa Martin, "si hace autostop con el pulgar". Tiene el cabello suelto, y su sonrisa se ensancha cuando él se detiene a un lado, en un claro de grava en la unión entre las montañas y la llanura, cerca del desvío hacia el ingenio azucarero. Incluso, antes de detenerse, ve al acompañante, de cabello largo y oscuro, sentado junto a las mochilas, apartado de la carretera, fuera del sol, fuera de la vista de los conductores que se acercan. Martin sonríe, comprende la treta, no se ofende.

—¿Port Silver? —pregunta la joven.

—Sí, claro. —Esta carretera no va a ningún otro sitio.

Martin usa la llave para abrir el maletero, ya que el seguro interno de su viejo Toyota Corolla hace tiempo que está roto. El hombre carga las mochilas sin esfuerzo, las deja caer dentro, cierra el maletero. Martin puede ver sus brazos tatuados sobre la piel esculpida, la musculatura de la juventud, envuelta en un aroma a tabaco e indolencia. La joven sube al asiento de delante; el hombre sube atrás, haciendo a un lado las escasas pertenencias de Martin. Ella huele bien, a algún perfume herbal. Su compañero se quita las gafas oscuras y sonríe con expresión agradecida.

—Gracias, amigo. Muy amable de tu parte. —Alarga el brazo por encima del asiento y estrecha con fuerza la mano de Martin—. Soy Royce. Royce McAlister.

—Y yo, Topaz —dice la chica, y reemplaza la mano de su compañero con la propia—. ¿Y tú eres…? —Prolonga el apretón de manos por un instante de coqueteo.

—Martin —responde, sonriendo.

Arranca el coche, sale a la carretera, desterrando los recuerdos de la infancia.

—¿Vives en Port Silver? —pregunta Topaz.

—No. Hace mucho que ya no.

—Buscamos trabajo. —Tiene acento norteamericano—. He oído que hay mucho por aquí en esta época del año.

—Puede ser —responde Martin—. El pico de las vacaciones ya ha pasado, los niños han vuelto al colegio, pero tal vez tengáis suerte.

—¿Y qué hay de la recolección de fruta? —Es Royce, que se inclina hacia delante; su acento es inconfundiblemente australiano, marcado y sin pretensiones—. ¿O de los invernaderos?

—Claro —continúa Martin—. Pero es un trabajo más duro que el de servir en un café o trabajar en turismo.

—Lo necesito por mi visa —explica Topaz—. Si trabajo durante tres meses fuera de las ciudades, me la amplían por un año más. Cogimos el tren nocturno a Longton. En Sídney nos dijeron que por aquí sería fácil conseguir trabajo.

—Es posible. No lo sé —agrega Martin.

Cuando era niño, los invernaderos río arriba estaban llenos de migrantes, trabajadores itinerantes que se asentaban en su nuevo país. Hoy en día, por lo visto, los mochileros extranjeros son la mano de obra preferida.

Topaz sigue hablando; narra algunas de sus aventuras con un entusiasmo contagioso: cómo conoció a Royce en Goa, y él la siguió luego a Bali y después a Lombok; cómo se enamoraron y viajaron juntos a Australia. Royce interviene haciendo comentarios ocurrentes y se ríe. Es como una representación, un diálogo a dos voces, con Martin como único espectador; él agradece la distracción. Royce se ha vuelto a poner las gafas de sol. Están torcidas, les falta una patilla, pero la deformidad no parece incomodarlo, como si todas las gafas de sol fueran así.

—Fluimos con lo que venga, amigo —dice, resumiendo la moraleja de la

historia de ambos.

A Martin le cuesta mantener los ojos sobre el camino y no mirarlos a cada rato. Royce en el asiento trasero, con su mandíbula cuadrada, sonrisa franca y gafas desafiantes. Topaz a su lado, en el asiento delantero, el cinturón de seguridad trazando un valle entre sus pechos. Parece percatarse de la atención de él y la acepta de buen grado. Y muy pronto, Martin también se pone a hablar mientras el coche avanza hacia Port Silver por la carretera recta como una caña de azúcar; les da consejos sobre las mejores playas y rompientes para surfear, lugares para pescar y pozos donde nadar. Y de repente, Port Silver se alza ante ellos: un colegio secundario nuevo, un concesionario de coches, un motel barato, un grupo de cadenas de comida rápida. Palmeras bajas flanquean la carretera. Está cambiado, pero sigue resultándole familiar después de veintitrés años. Topaz y Royce le dicen que los deje donde quiera, pero él insiste en llevarlos a un sitio del que han oído hablar cerca de Town Beach, un hostal para mochileros. Y efectivamente, ahí está, una casa de madera de dos pisos, pintada de un azul llamativo. "HOSTAL SPERM COVE", dice el cartel, adornado con una ballena sonriente que guiña un ojo y levanta una aleta en señal de pulgar hacia arriba. Aparca junto al hostal, que da a la playa, y ayuda a Royce a bajar las mochilas. Casi que lamenta dejarlos allí.

A solas en el coche una vez más, no arranca enseguida. Siente la brisa cálida sobre el rostro, la caricia que no ha cambiado en dos décadas, tibia, húmeda y suave, tan distinta de las ráfagas resecas del interior o el aire áspero y viciado de Sídney. Abajo, en la playa, más mochileros disfrutan al sol, conversando en grupos o jugando al fútbol. Siente una punzada de envidia: él nunca se dejó llevar, nunca vivió el momento, nunca se enamoró de una chica bonita en las islas de Indonesia. No hubo año sabático ni viajes sin rumbo por Asia ni el gran viaje australiano por carretera. La adolescencia era algo que había que soportar; ¿para qué alargarla? Fue directo a la universidad, y antes de terminar la carrera, entró a trabajar en el periódico. Sus viajes fueron distintos: sudar frente a portátiles en zonas de guerra en lugar de fumar porros en Bali; entrevistar a hombres engreídos con traje en vez de atender a parroquianos excéntricos en un pub inglés; acostarse con desconocidas sedientas de cariño en lugar de enamorarse. Ahora tal vez sea diferente: vivir aquí con Mandalay y su hijo, Liam; ahora tiene la oportunidad de empezar de nuevo. No se trata de dejarse llevar, sino de aprovechar una gran oportunidad que le da la vida y abrazarla antes de que se pierda tras el horizonte y lo deje varado para siempre.

Reconoce que los mochileros le han hecho un favor. Le da la espalda a la playa, arranca el coche. Se convence de que Port Silver no es el pasado: es el futuro. Un futuro que hay que construir, darle forma. Y el futuro se ve brillante y atractivo. Mandy está aquí, esperándolo, la madre soltera a la que conoció y de quien se enamoró en un paraje perdido. Eso, en sí, es romántico también, tanto como Goa o Lombok. Siente una oleada de optimismo y anhelo; por un instante, mientras se pone en marcha, el mundo parece volver a estar en equilibrio. No ve la hora de encontrarse con ella, de empezar esta nueva vida.

Hay sangre por todos lados. Empuja la puerta y hay sangre por todos lados. La puerta está entornada, con las llaves en la cerradura; la empuja, listo para saludar… y hay sangre por todos lados. Ha dado con la casa, ha aparcado el coche, ha encontrado la puerta. Entornada. Y ahora hay sangre. Por todos lados. En la pared del pasillo, donde hay una mano estampada como una plantilla infantil, hay gotas rojas salpicadas en el suelo de baldosas color crema, como dejadas por un pintor descuidado. Puede percibir ese olor metálico que lo inunda todo, que le penetra por los poros. Y en medio de la sangre, un cuerpo. Unas piernas sin vida asoman desde el arco donde termina el pasillo, enfundadas en pantalones chinos beis, zapatos marrones con suela de goma clara, color ámbar opaco. Zapatos de hombre. El cuerpo, cuyo torso no ve, yace boca abajo. Y la sangre sigue saliendo, avanzando, formando un charco sobre las baldosas. Por todos lados. Se frena en seco, sigue con la boca abierta, el nombre de ella en los labios, todavía sin pronunciar; el horror le invade la mente, le inunda los ojos. Siente confusión, luego pánico.

—¡Mandy! —grita—. ¿Mandy?

Se detiene. Escucha. Nada. El charco de sangre brillante se sigue expandiendo en silencio. ¿Está viva esa persona?

—¡Mandy! —vuelve a gritar, con una nota de miedo en la voz. ¿Está ella aquí? ¿Está cerca? ¿Está herida?

Avanza despacio. Ahora puede ver el cuerpo entero del hombre, las piernas extendidas hacia el pasillo, el torso en la sala, un círculo escarlata entre los omóplatos, como si se lo hubieran pintado en la camisa de lino, con el centro abierto, la carne desgarrada, sangrante. En el suelo, el charco se expande, muy rojo sobre las baldosas claras. Martin necesita sortearlo, pasar junto al cuerpo y junto a toda esa sangre. Retrocede, corre, salta por encima del charco, que se ha desparramado por el pasillo hasta alcanzar la pared, y llega al otro lado, al pie

de unos escalones. El hombre está inmóvil. Martin no puede verle la cara, pero es corpulento, de pelo oscuro y con algunas canas en las sienes. Está bien vestido; la sangre le adhiere la camisa blanca de lino a la herida en la espalda.

Un asesino. Hay un asesino. ¿Seguirá allí?

—¡Mandy! —vuelve a gritar.

Empieza a reaccionar, sus pensamientos surgen entre el pánico, de la adrenalina y del estupor. Se agacha, se acerca al charco de sangre; se obliga a quedarse completamente inmóvil. Observa, escucha, pero no detecta señal alguna de vida. Alarga un brazo, se apoya en el marco de la puerta, justo debajo de otra huella roja; con la otra mano, palpa el cuello del hombre, le busca el pulso. No percibe nada. La carne está tibia, cede al tacto: el hombre acaba de morir. Martin tiene sangre en la mano.

El hombre sostiene algo en la mano izquierda, entre sus dedos sin vida. Una postal; parece una postal, con sangre en los bordes. Martin se inclina, se estira por encima del cuerpo, sosteniéndose todavía con un brazo en el marco de la puerta. La tarjeta, cubierta por la mano inerte y la sangre que sigue extendiéndose, parece una postal religiosa: una imagen de Cristo o de algún santo, con una aureola dorada.

Un sonido. Y es entonces cuando la ve, a través del arco que da a la sala, sentada inmóvil en un sofá, con las manos ensangrentadas, la mirada fija en el hombre muerto. Es como si no viera a Martin arrodillado allí, solo el cadáver tendido junto a él. Tiene el pelo distinto, castaño rojizo en lugar de rubio, pero no es eso lo que atrae su mirada. "Las manos ensangrentadas". Un rastro, gotas de sangre salpicadas sobre las baldosas, la vincula al cadáver.

—¿Mandy? —También tiene sangre en la ropa. Habla con urgencia en la voz, pero no hay respuesta—. ¿Mandalay?

Ella lo mira, aturdida. Niega ligeramente con la cabeza, tal vez un gesto de incredulidad, tal vez una señal de que él no debería estar allí.

Martin piensa en su hijo de diez meses, el corazón se le desboca de preocupación.

—Mandy, ¿dónde está Liam? ¿Dónde está?

Pero ella solo niega con la cabeza. Martin no entiende qué significa ese gesto.

Saca el teléfono, casi esperando que no haya señal en esa realidad paralela. Pero hay buena cobertura. Cinco rayas. Marca el triple cero, pide una ambulancia. Y policías.

Ha perdido la atención de Mandy; ella vuelve a mirar el cadáver. El hombre

está tendido bajo el arco, pero la sangre todavía no ha llegado hasta la sala. Sin embargo, Martin no se mueve, no va hacia ella. Busca en su teléfono el número de un bufete de abogados de Melbourne: Wright, Douglas y Fenning. La abogada de Mandy. Winifred Barbicombe. Va a necesitar a Winifred más de lo que lo necesita a él.

CAPÍTULO 2

El sargento de policía tiene algo de reptil, algo de depredador: los ojos hundidos, los labios finos, la piel marcada por el acné. El tono grisáceo de su rostro no encaja en un pueblo costero. Mira a Martin durante un minuto entero, hasta que este ya no puede sostenerle la mirada y la desvía hacia la agente que está junto a la cámara de vídeo, cerca de la puerta de la sala de interrogatorios. Se la ve tan incómoda como a él, cambiando el peso de una pierna a la otra, con la vista fija en la pantalla de la cámara mientras el silencio se prolonga. Solo cuando aparta la mirada, el policía se digna a hablar, con voz inexpresiva.

—Interrogatorio al señor Martin Michael Scarsden llevado a cabo por el sargento Johnson Pear en la comisaría de Port Silver. Catorce horas y diez minutos del día cuatro de marzo. —Martin espera, pero el policía vuelve a quedarse en silencio, con la mirada inescrutable. La luz indicadora de la cámara de vídeo parpadea cada cinco segundos, encendiéndose y apagándose.

—Muy bien, señor Scarsden. En sus propias palabras, por favor, cuéntenos cómo llegó hoy a la residencia de Mandalay Blonde.

Martin carraspea, incómodo, como si lo acusaran de algo, aunque se repite a sí mismo que no ha hecho nada malo.

—Anoche dormí en Glen Innes. Conduje hasta allí desde Sídney, por la carretera de Nueva Inglaterra. Me hospedé en un pub llamado Hotel Grand Central. Pueden verificarlo, seguramente tendrán un registro. Esta mañana reanudé el viaje y llegué a Port Silver a eso de las once.

—¿Y fue directamente a la residencia de Mandalay Blonde, ubicada en el número 15 de Riverside Place?

—No, no fui directamente allí. —Martin relata cómo recogió a los dos mochileros, Topaz y Royce, y los dejó en el hostal.

El policía anota la información. Tiene un cuaderno nuevo, grande.

—¿Apellidos?

Martin lo piensa.

—Royce me dijo el suyo. McAlister, creo. No sé el de la chica.

—No se preocupe. Los encontraremos. Podrán confirmar sus movimientos. Nos facilita el trabajo. —Si está satisfecho, sus ojos no lo demuestran, parecen vacíos, carentes de emoción—. ¿Puede decir con precisión a qué hora dejó a la pareja en el hostal?

Martin niega con la cabeza.

—La hora exacta no. Como dije, eran cerca de las once.

El policía no parece convencido, y Martin siente que se retuerce en el asiento bajo su mirada. La luz de la cámara parpadea como un metrónomo. Sabe Dios cómo se sentiría si realmente hubiera hecho algo malo.

—Señor Scarsden, vamos a acceder a los datos de las antenas de telefonía móvil, lo que nos dará un registro más preciso de sus movimientos, especialmente entre Glen Innes y Port Silver. ¿Hay alguna razón por la que no deberíamos tener acceso a esa información?

—No. Me parece muy bien que lo hagan.

El policía se queda mirándolo durante diez largos segundos y luego vuelve a escribir en su cuaderno; se toma su tiempo. Parece estar dándole forma a su próxima pregunta cuando la puerta detrás de él se abre de golpe y un joven irrumpe en la sala, respirando agitadamente. Tiene el pelo como una maraña de lana negra despeinada, la sombra de una barba tan tupida que parece tejida y los ojos negros. Lleva bermudas playeras y sandalias, y el vello del pecho le asoma por entre los botones mal abrochados de una camisa hawaiana.

El sargento Pear no se vuelve de inmediato. Espera un momento, suspira y solo entonces se gira en su silla.

—Nick Poulos —jadea el hombre—. Soy Nick Poulos.

—Sé quién eres, hijo. ¿Qué haces aquí? —pregunta Pear.

—He sido designado abogado del señor Scarsden.

—Ah, ¿sí? —El policía vuelve a girarse hacia Martin—. ¿Puede confirmarlo?

—No, pero sin duda me gustaría tener un abogado.

Pear no muestra reacción alguna.

—Entrevista suspendida a las catorce horas y dieciséis minutos. —La agente apaga la cámara—. Bien, los dejo para que puedan aclarar qué vínculo tienen. Les doy cinco minutos y retomamos.

—Gracias, colega —dice Poulos con una enorme sonrisa, por lo visto inmune a la frialdad del policía.

El sargento Pear y la agente se retiran, y Poulos se vuelve hacia Martin con los

brazos abiertos, como si fuera a abrazarlo.

—¡Martin Scarsden! ¡No me lo puedo creer! ¡Martin Scarsden, joder! El periodista más famoso del país. ¡Mi cliente!

Martin parpadea, momentáneamente descolocado por el entusiasmo del joven.

—¿Seguro que eres abogado? —pregunta, mientras observa la ropa informal que lleva y su aparente juventud—. Dime que hoy era tu día libre.

—Sí, era mi día libre. ¿Y qué? Ahora estoy aquí.

—¿Quién te designó?

—Un bufete de Melbourne. Wright, Douglas y Fenning. Me llamaron de repente y me pidieron que viniera de inmediato. Pagan muy bien. —El abogado tiene los ojos como platos; sigue agitado, jadea como un cachorro.

Martin lo comprende: los abogados de Mandy lo han designado como forma de agradecerle que les hubiera advertido del problema de Mandy.

—¿Y por qué tú, Nick? ¿Por qué te llamaron a ti?

Poulos se ríe, acerca una silla y se sienta, como si Martin ya hubiera accedido a contratarlo.

—No tenían demasiadas opciones. Los únicos que estamos aquí somos un bufete grande, Drake y Asociados, y yo. Hay algunos más en Longton.

—¿Y por qué no contrataron a Drake?

—Lo hicieron. Drake va a representar a Mandalay Blonde, al menos hasta que llegue la gente de Wright, Douglas y Fenning.

Martin hace una mueca. Puede que los abogados de Mandy estén echándole una mano, pero mantienen su asesoría separada de la de ella, por si acaso sus intereses no coinciden. Por si acaso necesitan sacrificarlo. Mira al abogado, que no da señales de serenarse.

—Nick, no estarás colocado, ¿verdad?

—¡Claro que no! No bebo, no me drogo. No me gusta todo eso. No lo sé manejar.

—¿Llevas muchos casos penales?

—Montones. Casi todas las semanas me presento ante el juez de instrucción.

—Este no es precisamente un caso para presentar ante el juez de instrucción.

—Lo sé —dice Poulos—. Homicidio. ¿Te das cuenta? ¡Es lo máximo! —Se frota las manos, ajeno a la expresión en el rostro de Martin—. El Tribunal Supremo. ¡Guau! Esto sí que es jugar en las grandes ligas.

Martin sigue sin saber muy bien cómo responder cuando Pear regresa.

—¿Ya se han puesto de acuerdo? —pregunta. Por primera vez, Martin percibe que, bajo su taciturna hostilidad, el agente parece divertido.

—Sí. El señor Poulos es mi abogado. Por ahora.

—Me alegra escucharlo. Entonces, volvamos a lo nuestro.

Se colocan en las mismas posiciones que tenían antes: Martin del otro lado de la mesa, frente a Pear, y la agente junto a la videocámara; pero ahora Nick Poulos se sienta junto a Martin. El interrogatorio se reanuda. Pear es una imagen inmóvil en el centro del campo visual de Martin, mientras que Poulos, en la periferia, no se queda quieto. No le lleva mucho tiempo relatar lo sucedido: cómo encontró la puerta entreabierta, las llaves puestas en la cerradura, el cuerpo tendido en el suelo, el charco de sangre cada vez más grande. Le cuenta a Pear que vio a Mandy, en aparente estado de shock, y llamó a la ambulancia.

—¿Vio entrar o salir a alguien de la casa? —pregunta Pear.

—No, a nadie.

—¿Y no escuchó nada? ¿Ruidos de forcejeo o una petición de ayuda, nada?

—Nada. Todo debió de haber terminado antes de que yo llegara.

—¿Y su impresión es que el ataque debió producirse unos minutos antes?

—Sí. El charco de sangre seguía agrandándose. Y cuando toqué a la víctima para buscarle el pulso, parecía como si siguiera viva. Estaba tibia y era flexible. Solo que no tenía pulso.

Pear hace otra de sus pausas densas y largas antes de continuar.

—Y a la víctima…, ¿la reconoció?

—No. Estaba boca abajo. ¿Quién era?

—Un agente inmobiliario local. Jasper Speight.

—¿Jasper? —exclama Nick Poulos—. ¡Mierda!

Pero Pear no se deja distraer. Sus ojos se clavan en los de Martin, que se han abierto como platos; una oleada de temor empieza a agitarse dentro de él.

—¿Lo conoce? —pregunta el policía.

Martin no puede responder de inmediato; tiene la sensación de que algo está muy mal, como si el mundo hubiese cambiado de órbita.

—Sí. Fuimos compañeros de colegio. Éramos amigos
—logra decir—. Buenos amigos.

—¿En serio? ¿Aquí? ¿En Port Silver?

—Sí. Yo me crie aquí. —Le tiemblan las manos. Las entrelaza para mantenerlas quietas.

El policía escribe en su cuaderno; por lo visto, la relación de Martin con Port Silver es una novedad para él.

—¿Y cuándo fue la última vez que vio a la víctima, antes de esta mañana?

—Hace veintitrés años. En cuanto terminé el colegio, me fui del pueblo.

—¿Y no volvió?

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Y no tuvo ningún otro contacto con Jasper Speight en todo este tiempo? ¿Cartas, correos electrónicos, llamadas?

—Que yo recuerde, no.

Pear se toma unos segundos para reflexionar sobre la respuesta.

—Entonces, ¿por qué ha vuelto ahora?

—Vine a instalarme aquí. Con mi pareja, Mandalay Blonde. Ella se mudó hace poco.

—¿Cuándo?

—Hace unas tres semanas, quizás un mes. Tendría que verificar la fecha.

—¿Y por qué usted llega justo ahora?

—He estado encerrado en Sídney, escribiendo un libro.

—¿Sobre esos asesinatos del oeste? ¡No veo la hora de leerlo!

Martin mira a su abogado, incrédulo, mientras Pear se limita a negar con la cabeza.

—Señor Poulos, esto es una declaración policial. Puede pedirle un autógrafo al señor Scarsden cuando terminemos.

—Sí, claro. Lo siento, amigo —dice Poulos, aunque su disculpa no incluye la idea de quedarse quieto. Sigue moviéndose sin cesar cerca de Martin.

Pear vuelve a fijar su atención en Martin.

—¿Esta mañana fue la primera vez que visitó la casa de Mandalay Blonde? ¿La única vez?

—Así es.

—Y aparte del pasillo, ¿no estuvo en ninguna otra parte de la casa?

—Correcto.

—¿Y en ningún momento tocó el arma?

—No había un arma. Al menos, no vi ninguna.

—¿Qué heridas tenía la víctima?

Martin no tiene más que cerrar los ojos; revive la escena de inmediato: una

carnicería en tecnicolor, el aire saturado con el hedor de la sangre; el cuerpo en el suelo, todavía sangrando.

—Parecía que lo habían apuñalado por la espalda, justo en el centro. Había un círculo de sangre alrededor de la herida. Se podía ver dónde estaba rasgada la camisa, el corte en sí. Pero no había tanta sangre allí. Por la cantidad que se extendía por el suelo… debieron de apuñalarlo o abrirlo por el frente. Pero no pude ver esas heridas, solo la de la espalda.

—¿Tocó el cuerpo?

—Sí, le toqué el cuello, buscando el pulso, pero nada más. Al hacerlo, me manché la mano con sangre.

—¿Tenía sangre en el cuello?

—No lo sé. Pero es la única parte del cuerpo que recuerdo haber tocado. Y me manché la mano. —Pear entorna los ojos, con la mirada fija en Martin, como si sus palabras tuvieran un peso enorme. Martin continúa—: La víctima tenía algo en la mano. Parecía una postal, una imagen religiosa o algo así.

—¿La tocó?

—No. ¿Qué era?

Pear niega con la cabeza, como con pesar.

—No puedo decírselo. —Otra pausa—. ¿Y no fue hacia donde estaba Mandalay Blonde? ¿No intentó consolar a su novia?

—No.

—¿Por qué?

Martin no responde de inmediato; no tiene una respuesta.

—No sabría decirlo. Supongo que estaba en estado de shock. Necesitábamos ayuda, aquello nos sobrepasaba.

—Señor Scarsden, ¿mató a Jasper Speight?

—Tranquilo —interviene Nick Poulos.

—Está bien —dice Martin—, dejemos que conste oficialmente. Por supuesto que no maté a Jasper Speight ni le hice ningún daño. Estaba muerto cuando llegué.

—Muy bien —prosigue Pear, aunque nada en su tono sugiere que la respuesta de Martin haya sido buena, mala o indiferente.

Hace varias preguntas más, en su mayoría sobre el aspecto de Mandy y su actitud; luego, pone fin al interrogatorio oficial. La agente apaga la cámara, extrae la tarjeta de memoria y se retira.

Pear se queda sentado y espera a que su subordinada cierre la puerta; cuando

vuelve a hablar, su voz suena más neutra que amenazante.

—Esto es una investigación por homicidio. El departamento de Homicidios llegará desde Sídney en cualquier momento y se hará cargo. Querían tener su declaración registrada cuanto antes. Tendremos que retenerlo hasta que lleguen. —Se vuelve hacia Poulos y agrega—: ¿Entiende que no es una decisión mía?

—Mi cliente está colaborando plenamente. Fue él quien llamó a la policía. No tienen por qué retenerlo —dice el joven abogado—. No presenció el asesinato.

Pear se dirige a Martin, no a Nick Poulos.

—Hablaré con los detectives de Homicidios. La decisión es de ellos. Vamos a rastrear su teléfono y me acercaré al hostal para confirmar su coartada con los mochileros. El equipo forense de Sídney también está en camino, aunque parte de sus cosas llega por carretera. Puede que tengamos que retenerlo por esta noche.

—No, no —dice Poulos, casi con satisfacción—. A menos que piensen imputarle cargos, tiene que estar libre para… —mira su reloj con gesto teatral — digamos las seis y media. ¿De acuerdo?

El policía observa al abogado durante un momento. A Martin le parece notar cambios sutiles en el rostro de Pear; ¿acaso es desprecio lo que se filtra a través de la máscara?

—Exacto, hijo. Solo podemos retenerlo durante cuatro horas. Más el tiempo razonable que se requiera para llevar a cabo los procedimientos forenses, lo que puede significar hasta mañana. Como ya he dicho, la decisión es de Homicidios. Llegarán en breve, podrá discutirlo con ellos.

Pear se pone de pie, pero antes de llegar a la puerta, vuelve a hablar, esta vez dirigiéndose a Martin: —Tenga en cuenta esto: su abogado parece tomarse esos asesinatos ocurridos en la región de Riverina como una especie de aventura. Estoy seguro de que usted no. Como agente de policía, le agradezco su colaboración en llevar a un asesino ante la justicia. Pero un policía perdió la vida y otro va a ir a la cárcel. No espere que yo le haga ningún favor. —Pear le lanza una mirada fulminante, que extiende también a Nick Poulos, y luego va hacia la puerta.

—¿Y Mandy? —pregunta Martin, casi demasiado tarde—. ¿Cómo está?

—Lo siento —responde Pear por encima del hombro, con un tono en absoluto apesadumbrado—. No es asunto mío.

La celda es nueva, está fresca, limpia y esterilizada, libre de grafitis y de miseria, con olor a desinfectante y no a pis. Tiene una puerta metálica maciza con una pequeña mirilla a la altura de los ojos, lo que le da una sensación de intimidad, aunque una cámara de vigilancia, instalada en lo alto de una esquina, se encarga de recordarle que esa sensación es falsa. Martin recuerda las viejas celdas, impregnadas de hedor a mierda y vómito, el residuo fermentado de vidas malogradas. En aquel entonces, no había cámaras, pero tampoco se fingía privacidad: una de las paredes era solo una reja de acero abierta al pasillo. Había estado encerrado algunas veces, por borracheras adolescentes y travesuras estúpidas, detenido por una noche por su propio bien por el viejo sargento Mackie, que dispensaba justicia de manera arbitraria. Nada de juzgados ni *habeas corpus*: solo Martin, Jasper y, a veces, Scotty, detenidos a placer de Mackie, y liberados con una buena reprimenda y una patada en el culo.

¿Qué era lo que habían hecho aquella noche con Scotty? Habían bebido demasiado, eso seguro. Vino barato y ron robado del supermercado. ¿Y marihuana? Es probable. A Jasper le gustaba la marihuana. Los recuerdos empiezan a volver.

Están en el nivel más alto del aparcamiento del supermercado, en la azotea plana, sentados fuera de la vista, tras los pretiles, bebiendo, hablando y riendo. Es de noche. Tienen unos dieciséis años, cuerpos de hombres y mentes de niños. Niños borrachos. Los carritos de la compra están ahí, tentándolos. Jasper es el primero: se sube a uno y exige que lo empujen.

En la celda, Martin cierra los ojos y escucha el traqueteo del carrito sobre las juntas del hormigón, repiqueteando como un tren. Siente las vibraciones en las manos.

Se turnan para empujarse, rozando los postes de luz, chocando con los bordillos. Martin sale disparado y cae, se golpea la rodilla y se raspa el codo; todos se ríen a carcajadas, descontrolados. Los tres en el suelo, riendo, sujetándose el estómago, con lágrimas en los ojos, cautivos del momento. No le duele la rodilla ni el codo ensangrentado. ¿Cuán borracho está?

Ahora Jasper quiere competir y entonces, surge la idea inevitable. No importa quién la propone, la aceptan al instante: lanzarse en una carrera cuesta abajo por la rampa del aparcamiento. Alinean sus carros de metal, se suben, comienzan con la cuenta atrás y se lanzan. Aceleran rápido, gritan de emoción, fuera de control… y los tres se estrellan al final. Solo Scotty sigue gritando, con el brazo roto y un diente menos. Jasper y Martin chocan de lleno contra un

coche aparcado, el del alcalde. Salen despedidos de los carritos por el impacto; con suerte, no se han hecho mucho daño.

Martin sonríe ante los recuerdos y se asombra. ¿De verdad eran tan temerarios? ¿Tan salvajes? No había pensado en eso en años, pero, claro, tampoco había pensado en nada relacionado con Port Silver. Por decisión propia. Y ahora Jasper está muerto. Veinticinco años pasaron desde aquella noche en el supermercado… y ahora llega y se encuentra a Jasper muerto. Jasper, con su melena oscura y esos ojos azules chispeantes, siempre dispuesto a reír, siempre con una broma en los labios, viviendo al filo de la suerte. Coqueteando con las chicas, endulzándolas con frases baratas solo por diversión, sorprendido cuando ellas respondían al juego. Jasper. Apuñalado, desangrado, sin que la suerte pueda salvarlo.

Scotty termina en el hospital; Jasper y Martin, en el calabozo. Y luego, Jasper se va; llega Denise, su madre, corriendo a buscarlo, le prohíbe salir durante un mes. Jasper le guiña un ojo a Martin al marcharse, con una sonrisa cómplice, sin un rasguño y aún borracho. Y entonces, Martin se queda solo. El dolor le vuelve primero al codo, luego a la rodilla y finalmente se extiende hasta la cabeza. Siente el sufrimiento en todo el cuerpo. Intenta recostarse, pero la cabeza empieza a darle vueltas. Se incorpora, conteniendo las ganas de vomitar. Nadie vendrá a recogerlo ni a castigarlo. Solo Mackie lo regañará. Pero no tiene miedo, no se siente intimidado: no es la primera vez. Otra noche cualquiera será él quien esté en casa y su padre quien la pase allí, durmiendo la mona. Roles invertidos.

Martin abre los ojos, escarba en su memoria. ¿Cuándo tomó la decisión de dejar de beber, cuando se prometió a sí mismo que nunca se convertiría en su padre? ¿Fue una noche en el calabozo, borracho y deprimido? ¿O una mañana cualquiera, al despertar con la cabeza pesada, la boca reseca y el estómago revuelto? El viejo Mackie aparece con el desayuno: huevos con beicon flotando en un charco de grasa; antes de liberarlo, le dice que no quiere volver a verlo nunca más. ¿Tal vez el mensaje caló, después de todo? No. Martin sabe con exactitud cuándo fue. Aquella noche en la Barriada, la noche en que murió su padre. Se pone de pie, empieza a caminar por la celda, guarda los recuerdos, los devuelve al lugar donde pertenecen. No debería faltar mucho para que lo liberen. Puede dejarlos allí.

Martin oye movimiento al otro lado de la celda. Se asoma por la mirilla. La curva de su cuello, un destello de su pelo, que ya no es rubio.

—¡Mandy! —la llama.

Ella se detiene, mira hacia atrás, intentando localizar su voz. Lleva a su hijo, Liam, dormido en brazos. Esboza una sonrisa cansada. Saluda con una mano, un gesto tímido, la mirada un poco desviada, fija en una puerta que no es la de él. Y luego, desaparece, escoltada por la misma agente que antes había manipulado la cámara de vídeo.

Martin se sienta en el catre de la celda. Hay un colchón delgado y nada más. Ni almohada ni manta. Mandy sonrió, está seguro de que ella sonrió. Y Liam está a salvo. Lo golpea una oleada de emociones: alivio, añoranza, un impulso irrefrenable de protegerla a ella y a su hijo. Siente cómo lo envuelven, inseguro de su punto de apoyo emocional. A los cuarenta y un años, aún se está acostumbrando a esto, a los arrebatos de emoción, a esta marea de afecto. Hubo un tiempo, no tan lejano, en que tenía todo bajo control; navegaba por un mar en calma, ajeno a las corrientes y mareas que palpitaban bajo la superficie. Ahora, más cerca de la orilla, las olas pueden sorprenderlo sin previo aviso. Mira la pared pintada, respira hondo y deja que la emoción se retire poco a poco.

La policía pronto lo liberará, pero tendrán que investigar a Mandy. Le viene a la mente una imagen de ella sentada en el sofá, en silencio, en estado de shock, con las manos ensangrentadas. ¿Qué pensará la policía? Le preguntarán si fue ella quien atacó a Speight a puñaladas y después lo remató de un solo golpe brutal, hundiéndole un cuchillo en el corazón.

Martin sabe que no puede ser verdad. En Riverina, ella había sostenido un cuchillo contra la garganta de un asesino, un hombre que estaba a punto de matar a su hijo indefenso. Pero aun entonces, bajo provocación extrema, no lo mató. Por eso, Martin no puede creer que lo haya hecho ahora, ni siquiera en defensa propia. No pudo haber dado el golpe final, el letal. Y menos cuando la víctima ya estaba gravemente herida. Cuando estaba de espaldas.

Pero si Mandy no lo mató, ¿quién es el asesino? Martin comprende que ella no debe de saberlo. Si hubiera presenciado el asesinato, si hubiera visto al autor, ya se lo habría contado a la policía. Y él no seguiría detenido. Entonces, Mandy debió de llegar después de los hechos, solo un poco antes que él. Tal vez, oyó algo, bajó y encontró a Jasper muerto, justo antes de que Martin apareciera.

Y, sin embargo, él no fue hacia ella; la dejó allí sentada, aturdida y perdida; se quedó en el pasillo, esperando a la policía. Ella lo necesitaba, pero Martin no se

movió. ¿Qué lo inmovilizó? Otra imagen le viene a la mente: Jasper Speight, con un charco de sangre a su alrededor. Ya no un cadáver, sino Jasper. Martin se estremece y reprime el impulso de vomitar. Ya no es el corresponsal extranjero imperturbable y desapasionado.

El sargento Mackie y la vieja comisaría pueden haber desaparecido hace tiempo, pero el desayuno sigue siendo el mismo. Los mismos huevos, el mismo beicon grasiento, la misma capa de grasa. Esta vez, Martin lo rechaza; no está con resaca ni sin un centavo. Un segundo agente, un muchacho joven que aún no ha perdido del todo la redondez infantil, parece tomárselo como algo personal.

—Es buena comida, amigo. ¿Lo sabías? Muchos estarían agradecidos.

—Pues cómela tú. Toda tuya.

—¡Lo haré! —responde el agente con aire desafiante, llevándose el plato. La redondez infantil tardará un tiempo más en irse.

—Hola, Martin. ¿No tienes hambre? —Es el inspector detective Morris Montifore, quien reemplaza al agente en la puerta.

Han pasado solo seis semanas desde que Martin lo ayudó a resolver una serie de asesinatos brutales en el interior reseco del estado, a más de mil kilómetros de Port Silver. Y ahora, aquí está otra vez, como un bis que nadie pidió. No debe de ser mucho mayor que Martin, pero se lo ve agotado; las arrugas de la frente se han vuelto permanentes, como si hubiera visto demasiado. Tal vez sea así.

—Morris. Qué sorpresa verte por aquí.

—Pensaba lo mismo —responde el inspector. Sus ojos están atentos y divertidos.

—Tengo abogado, ¿sabes? —dice Martin—. Quiero que esté presente si piensas interrogarme.

Montifore sonríe.

—No es necesario. Quedas en libertad, puedes irte. Lamento que te hayan hecho pasar la noche aquí, pero necesitábamos cumplir con todos los procedimientos. Esta es solo una visita de cortesía.

—¿Habéis cogido al asesino?

—Todavía no.

—Pero el equipo forense… ¿me ha eliminado de la lista de sospechosos?

Montifore niega con la cabeza.

—Esto es un asunto policial. Se investiga un homicidio. No quiero que enturbies el agua, ¿me entiendes? Esta es la parte de cortesía de la visita: no te metas, déjanos trabajar a nosotros. ¿De acuerdo?

—¿Y Mandy? ¿Ella también puede irse?

—Ya se ha marchado. La liberaron anoche. Supongo que debe de tener mejores abogados.

Martin no muerde el anzuelo.

—¿Su hijo está bien?

Montifore se pone serio.

—Sí. Ven, vamos, te acompañaré a la recepción para que firmes la salida. Pero tendré que volver a hablar contigo. Y con ella.

MARTES

CAPÍTULO 3

Lo primero que hace Martin, antes de atarse los zapatos y pasar el cinturón por las presillas, y antes de abandonar el vestíbulo demasiado iluminado de la comisaría, es llamar a Mandy. Ella responde al tercer tono.

—¡Martin! —grita. Se oye el ruido del tráfico; está con el altavoz puesto—. ¿Te han soltado?

—Sí —responde él en voz alta—. ¿Dónde estás?

—Yendo a Longton. A recoger a Winifred al aeropuerto.

¿Al aeropuerto? Martin no tenía idea de que hubiera uno. Debe de ser un aeródromo de aviación general; seguramente, la abogada de Mandy ha fletado un avión para venir desde Melbourne.

—Me alegro. ¿Estás bien?

La pausa es tan larga que Martin llega a pensar que la llamada se ha cortado.

—¿Estarás allí cuando vuelva? —pregunta ella, por fin.

—Por supuesto que sí —responde él.

—Bien. Nos vemos entonces. —Y corta.

Martin mira el teléfono, incómodo por lo abrupto de la conversación. Mandy debe de seguir en estado de shock tras la sangrienta muerte de Jasper. Winifred está en camino, Montifore quiere interrogarlos, Mandy sigue estando bajo sospecha. No es de extrañar que haya sido tan seca: esto aún no ha terminado.

Echa a andar por un pueblo que se está transformando. No como un adolescente que florece hacia la adultez, sino más bien como una mujer de mediana edad que se ha sometido a una cirugía estética. Al pueblo de su niñez lo han estirado y retocado: le han tensado el rostro, le han rellenado la piel con bótox y exfoliado la fachada irregular; lo han acicalado para turistas y jubilados, para quienes buscan un cambio de vida junto al mar y para los teletrabajadores. Martin ve todo esto en la seguridad que promete la nueva comisaría de dos plantas, de hormigón y ladrillo, protegida por bolardos de acero reluciente, coronada de antenas parabólicas, con un aparcamiento subterráneo cerrado por

rejas metálicas. Lo ve en las jardineras, los badenes y los pasos peatonales; en las banderas de temporada colgadas de las farolas. Lo ve en la arteria principal, The Boulevarde. La calle se ha estrechado para hacerles sitio a las aceras, ahora más anchas y adoquinadas en espiga, lo bastante amplias como para acoger terrazas con pizarras que detallan el menú y sombrillas estampadas con marcas italianas de café. La última vez que estuvo allí, las aceras eran franjas estrechas de asfalto, salpicadas de chicles pisoteados, colillas y mierda de perro.

Mira al otro lado de la calle, como un viajero del tiempo recién salido de la nave espacial Tardis. Theo's, la vieja tienda de pescado con patatas fritas, sigue allí, un vestigio del pasado, con carteles descoloridos de Coca-Cola y una declaración pintada a mano que asegura que el pescado es un alimento saludable. Allí fue donde él, Jasper y Scotty disfrutaron alguna vez de batidos de caramelo servidos en vasos de aluminio y de buñuelos de patata envueltos en papel de carnicero. Pero la tienda de segunda mano que había al lado ha desaparecido y ha sido sustituida por una boutique de bañadores; junto a ella, un centro de masajes chinos. Antes, los terrenos baldíos en The Boulevarde eran como dientes faltantes que permitían un acceso fácil a la playa por un lado y a las casas vecinas y de alquiler vacacional por el otro. Ahora, The Boulevarde se ha hecho la ortodoncia, y hay cada vez menos huecos entre los edificios; los comercios avanzan, y resulta cada vez más difícil ver la playa y acceder a ella.

Un Range Rover negro con matrícula personalizada pasa lentamente y se detiene un instante para que baje una mujer delgada que luce un pareo y un bronceado artificial. Unas gafas de sol desproporcionadas, adornadas con destellos dorados, le cubren el rostro. Avanza con sus sandalias de tacón chino de corcho hasta la puerta y abre la boutique.

Martin cruza la calle. Un anciano deambula sin prisa, ajeno a cualquier responsabilidad, libre del peso del empleo. Viste pantalones cortos bien planchados, un polo sin una sola arruga y náuticos; su sombrero panamá está impecable. Ignora a un hombre de su edad, sin afeitar, con la mirada perdida, desplomado sobre un cartón. Le habla al aire con vehemencia, una botella envuelta en una bolsa de papel marrón a un lado, un perro pequeño al otro, y delante de él, un sombrero vuelto del revés con un montón de monedas más fino que su improvisado colchón. Un pelotón de ciclistas de mediana edad irrumpe en la escena; van vestidos con licra y charlando animadamente; se detienen delante de una panadería. Colocan sus bicicletas de fibra de carbono en los aparcabicis instalados por el municipio. Ocupan una mesa junto a un

grupo de obreros vestidos con ropa reflectante, que devoran sándwiches de huevo con beicon en un silencio casi coreografiado. Un *hippy* de mirada vidriosa, rastas y ropa sucia avanza arrastrando las sandalias.

Por un momento, Martin ve superpuestos los dos pueblos: la comunidad obrera y dura de su juventud y la aldea gentrificada para jubilados de alto poder adquisitivo en la que se está convirtiendo. Alguna especie de hada madrina ha pasado en su ausencia, esparciendo el polvo plateado de los fondos fiduciarios familiares, los planes de pensiones autogestionados y las ventajas fiscales por inversión inmobiliaria, aunque lo ha hecho de forma desigual. El pueblo del esfuerzo no ha desaparecido del todo, pero está en retirada, lo empujan hacia el interior, lejos del agua, lejos de The Boulevarde, desterrado al oeste de la carretera a Longton, donde la brisa marina llega con menos frecuencia y la gente tiene necesidad de ayuda social. Él sabe exactamente dónde sigue acechando esa necesidad: en la Barriada, con las casas de fibrocemento de su infancia, en las granjas pequeñas. Mira a lo largo de The Boulevarde y se pregunta si la marea de prosperidad que ha bañado durante tanto tiempo las capitales australianas ha traído algo de riqueza duradera para los luchadores de Port Silver.

Intenta pedir un café en la barra del Che Bay Cafe, pero le informan que el servicio es únicamente en las mesas y le indican que tome asiento. Solo entonces se acerca la joven camarera, de movimientos gráciles, que lleva un delantal con lemas revolucionarios y, en lugar de una libreta, empuña un teléfono inteligente. Parece decepcionada cuando él no muestra el menor interés en elegir una variedad del menú de cafés ni de escuchar las virtudes del comercio justo y de los productos orgánicos. Pide un *flat white* genérico y una tostada de pan de masa madre con pasas.

Intenta volver a hablar con Mandy, pero la llamada entra directamente en el buzón de voz. Está fuera de cobertura o hablando por teléfono. Busca en internet el número de contacto de Nick Poulos. El móvil lo interrumpe, preguntándole si quiere unirse al wifi gratuito de Port Silver. El pueblo tiene wifi gratuito. ¿Cómo no se le ocurrió? Acepta las condiciones sin leerlas, pero la conexión se agota antes de establecerse. Así que recurre a su conexión 4G para buscar el número del abogado.

—¿Nick? Soy Martin Scarsden. ¿Dónde estás?

—Preparando a los niños para el colegio. ¿Ya estás libre?

—Sí. ¿Podemos vernos?

—Por supuesto. Prioridad uno. ¿Qué te parece en el club de surf a las once?

Martin mira su reloj. Todavía no son las nueve.

—¿No puedes antes?

—¿Diez y media?

—De acuerdo. No vaya a ser que te incomode. —Corta. Cuanto antes pueda deshacerse de ese abogado de segunda, mejor.

Le traen el café y empieza a revisar portales de noticias en su móvil, pero no encuentra ni una sola mención de un asesinato en Port Silver: ni en Fairfax, ni en News, ni en la ABC, ni en ninguno de los medios principales. La policía debe de estar manteniéndolo en secreto por ahora. ¿Será por eso por lo que estuvo retenido toda la noche? ¿Para evitar que la noticia llegara a los medios al menos por un día más? O quizá, tan lejos de las capitales, simplemente no merece ni una línea. Un muerto local en un pueblo costero; ¿cómo podría competir con las celebridades de Sídney, el precio de la vivienda en Melbourne o el último *reality show* de moda? Recuerda que antes había un periódico local que cubría toda la comarca, con sede en la ciudad de Longton, el centro regional situado sobre la autopista, del otro lado del escarpe. Encuentra su sitio web: el *Longton Observer*. Está desactualizado desde hace varios días, y pronto descubre por qué: el periódico, que antes salía todos los días, ahora es bisemanal: se publica los miércoles y los sábados. Es martes. Tal vez el editor —un tal Paulo— esté preparando un titular escandaloso sobre el asesinato de Jasper Speight para la portada de mañana. Tal vez.

Martin revisa su correo, pero no hay nada, solo publicidad de vinos, millas de fidelización de vuelos y reservas de hotel. Termina el café, paga y echa a andar calle abajo por The Boulevarde. Un par de colegialas salen dando saltitos de una tienda de sushi, casi chocan con él y se alejan, riendo. Llevan sombreros de paja y vestidos de algodón a cuadros verde y blanco, y en la espalda cargan mochilas verdes haciendo juego, con el escudo y el lema del Colegio Longton: "Servir y triunfar". Se suben al asiento trasero de un SUV que las espera. Un colegio privado en Longton. El mundo, sin duda, está cambiando. Observa cómo el coche, un Hyundai reluciente, se incorpora al tráfico. Solo cuando vuelve la vista hacia la acera la ve: Denise Speight, a escasos diez metros, abriendo la puerta de su inmobiliaria. La madre de Jasper.

Da unos pasos hacia ella, con cierta vacilación.

—¿Señora Speight? —pregunta, regresando de forma instintiva a las formalidades de la infancia.

Ella se vuelve, lo ve; tiene los ojos enrojecidos y ojerosos por la falta de sueño.

—¿Martin? ¿Eres tú? ¿Martin Scarsden?

Él asiente.

—Sí, soy yo.

Ella se lleva una mano a la boca; se estremece.

—Santo Dios… Martin.

Él acorta la distancia entre ambos, sin saber bien qué hacer, qué decir. Ella le toma la mano y se la aprieta con fuerza.

—Está muerto, Martin. ¿Lo sabes? ¿Sabes que Jasper ha muerto?

—Sí, lo sé.

—Tuve que ir a Longton. Al hospital. A identificarlo. —Y vuelve a estremecerse, con los ojos llenos de lágrimas—. Era él.

Una pareja de ancianos pasa junto a ellos frunciendo el ceño con preocupación.

—Entremos —dice Martin—. Hablemos allí.

—Sí —responde Denise Speight—. Sí, buena idea.

Le suelta la mano y abre la puerta. Ya dentro, enciende las luces; se oye un zumbido seguido de varios chasquidos mientras los tubos fluorescentes cobran vida. Un conjunto de carteles de "SE VENDE" cubre el ventanal del local, tamizando la luz de la calle y ofreciendo cierto grado de intimidad. Hay un mostrador de recepción vacío, y detrás, dos despachos cerrados con paneles de cristal. Las paredes están cubiertas con más folletos de "SE VENDE" y "SE ALQUILA".

—Señora Speight, disculpe, pero ¿qué hace aquí? ¿Hoy? ¿Trabajando?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? No soporto estar en casa. No he podido dormir.

Martin la recuerda como una mujer implacable, de lengua afilada, con poca simpatía hacia Scotty y él. Pero ahora la ve desorientada, pequeña, vulnerable. Va vestida con un atuendo de trabajo: pantalones oscuros, tacones bajos, blusa blanca. Lleva el pelo canoso muy corto. Cualquier otro día habría proyectado una imagen de profesionalismo absoluto, pero hoy no. Hoy, ni su ropa consigue sostenerla: parece como si se hubiese desinflado.

—¿Hay alguien que pueda acompañarla? —pregunta Martin—. ¿Familiares? ¿Amigos?

Ella niega con la cabeza.

Él insiste.

—Debería tomarse un tiempo. Otra persona puede ocuparse del negocio.

—No. Éramos solo Jasper y yo. Él iba a hacerse cargo de todo a finales de este año. —Mira a su alrededor, la oficina en silencio, vacía, y reprime un sollozo—. Todo esto era para Jasper. —Otro estremecimiento. Casi no logra mantenerse en pie. El espacio parece impregnado de la presencia de su hijo, como si acabara de irse.

—Vamos —le dice Martin con suavidad—. Vamos a otro sitio. Tomemos un café y hablemos un rato.

—No. La policía vendrá pronto. A registrar la oficina de Jasper. Es esa.

La puerta del despacho de su hijo está cerrada. Martin siente el impulso de mirar dentro, pero ni en broma va a dejar sus huellas en el picaporte ni ningún indicio de haber estado allí. Se acerca y mira por el cristal. Ve un escritorio con papeles esparcidos. Un bolígrafo, destapado, con el capuchón al lado, listo para escribir la siguiente frase. Una taza de café a medio tomar, con una película de leche cuajada en la superficie. Un abrigo colgado del perchero. Dos sillas vacías frente al escritorio.

—Es como si fuera a volver en cualquier momento, ¿no? —Denise está a su lado.

—Sí, tal cual —susurra él.

—Vamos —dice ella—. Ven a mi despacho. Hablemos allí. —Su voz suena más firme, como si hubiera logrado superar algo de la tristeza que la embarga.

Dentro del despacho, se sienta en su silla; Martin se sienta del otro lado del escritorio, como si fuera un cliente interesado en alquilar una casa y no alguien acompañando a una madre en el duelo de un hijo muy querido. Detrás de ella, se ven fotos enmarcadas. Su hijo. Niños. Una imagen descolorida de un hombre de cabello oscuro.

Denise lo mira con ojos enrojecidos.

—La policía dice que lo encontraste tú —afirma.

Martin asiente, sin saber qué decir. Fuera ella le preguntó si sabía que Jasper estaba muerto, ahora dice que sabe que él encontró a su hijo; esto demuestra lo desorientada que está.

—Sí, así es. Yo lo encontré.

—¿Qué pasó, Martin? ¿Quién lo mató?

—No lo sé. Tampoco creo que lo sepa la policía. Al menos, no todavía. Solo vi una herida en la espalda. Debió de haberle alcanzado el corazón. Jasper no se dio cuenta de nada. Debió de haber muerto al instante. O casi al instante.

Denise le dirige una mirada suplicante.

—¿No sufrió?

—No, no lo creo.

—Qué amable de tu parte, Martin. Muy considerado. Pero sé que no es cierto. La policía dice que primero lo apuñalaron en el estómago y en el pecho, y que estaba tratando de huir. Tiene cortes en las manos.

Martin no sabe qué decir. Calla.

—Creen que conocía a su atacante. —Denise mira a la distancia, habla consigo misma y con Martin; luego, vuelve a mirarlo.

—Dijeron que estaban interrogando a tu novia. Mandalay Blonde. De allá lejos, de ese pueblo del interior donde hubo todo ese horror y caos.

—La han liberado —replica Martin con serenidad—. No hay pruebas de que ella haya tenido nada que ver.

—¿Pero estaba allí?

—Creo que sí. En la casa. Pero no sé si presenció el ataque.

—¿Entonces, no escuchó nada? ¿No vio nada?

—No lo sé —responde Martin—. Todavía no he hablado con ella.

—Dijeron que te estaban interrogando a ti también.

—Exacto. Estoy haciendo todo lo posible para ayudar.

Eso parece tranquilizarla. Se vuelve a acomodar en la silla. La tensión abandona su cuerpo, y sobreviene el dolor.

—¿Puedo preguntarle algo, señora Speight?

Ella sonríe, fingiendo que sus palabras le divierten.

—Creo que puedes llamarme Denise y tutearme, Martin. Ya no eres un colegial.

—Gracias, Denise. ¿Jasper era religioso?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué lo preguntas?

—Me costó verlo bien, pero cuando lo encontré, tenía en la mano una postal o una foto. Parecía una imagen religiosa de Cristo o tal vez de un santo.

Denise esboza una débil sonrisa, como ante un recuerdo entrañable.

—Una de sus postales. Tenía miles. Las coleccionaba, era su afición.

—¿Postales religiosas?

—No. De todo tipo. Sitios, en su mayoría. Tú fuiste quien lo hizo empezar con eso.

—¿Cómo dices?

—Le enviaste una postal cuando llegaste por primera vez a Sídney. Con

Scott. ¿Lo recuerdas?

Martin parpadea. No recordaba haberle escrito a Jasper.

—Siempre hablaba de viajar. Leía todos los artículos que escribías desde todo el mundo. Y coleccionaba postales. Pero, al final, nunca llegó a conocer el mundo. Nunca viajó al extranjero. No como tú.

Martin se pregunta si oye un tono de amargura en la voz de la madre; decide dejarlo pasar.

—¿Sabes por qué estaba visitando a Mandy en su casa?

Denise vuelve a sonreír; es una expresión híbrida, la boca se distiende, pero los ojos siguen tristes.

—No. Hace casi un mes que le alquilamos la casa, pero que yo sepa no había motivos para que fuera hasta allí. Aunque siempre tuvo ojo para las muchachas bonitas. —Se encoge de hombros—. Pero creo que quería verte a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Martin, no tienes idea de lo orgulloso que estaba de ti. Siempre leía el periódico, me mostraba tus artículos. En la sección de noticias internacionales y, últimamente, esas portadas del oeste. Le contaba a quien quisiera escucharlo lo buenos amigos que habíais sido.

Martin siente un arrebato de culpa, de remordimientos. Ahora es su turno de sentir un nudo en la garganta.

—Me hubiera gustado volver a verlo. Era algo que me hacía ilusión.

—Se enteró de que ibas a volver. Pensó que podrías ayudarlo. Como periodista.

—¿A qué te refieres?

Ella se inclina hacia delante, los ojos le brillan, inteligentes: de momento, el dolor queda a un lado.

—Este pueblo ha cambiado, Martin. Todos los años, todos los meses, se construye un edificio nuevo. El dinero sube hacia el norte desde Sídney y Melbourne, los promotores bajan al sur desde Brisbane y Gold Coast, y se encuentran aquí. No tienes más que preguntar en The Boulevarde: somos el nuevo Byron Bay, el nuevo Noosa. Algunos quieren que seamos la nueva Gold Coast, como si fuera algo bueno.

—Pues no parece un mal lugar para ser agente inmobiliario —afirma Martin, y se arrepiente de inmediato de sus palabras—. Perdona. No quise insinuar nada.

—No hay problema. Tienes razón. Nos ha ido muy bien. A los hijos de

Jasper no les faltará nada.

—¿Hijos? ¿Estaba casado? —pregunta Martin. Mira otra vez las fotos enmarcadas: los hijos de Jasper.

—"Estaba" es la palabra clave. Se divorció hace unos siete u ocho años. Todo por su culpa. Era un picaflor. —Es una valoración franca por parte de la madre.

—¿Dónde está su ex? ¿Y los niños?

—¿Susan? En Nueva Zelanda. La llamé anoche. Tal vez venga para el funeral. O tal vez no. Si la conoceré…, está más interesada en cómo afecta esto la pensión alimentaria. —El comentario es mordaz; cierra los ojos, como reprendiéndose—. No la culpo —añade—, criar hijos es caro.

Martin piensa en ello antes de volver a hablar.

—No te sigo. Me estabas contando que el pueblo está prosperando. Os ha ido bien económicamente. Pero ¿qué tiene que ver eso con Jasper y por qué quería verme?

Denise frunce el ceño, como si ella también hubiera perdido el hilo de la conversación, o como si lo que está a punto de decir le resultara difícil.

—Somos agentes inmobiliarios, no promotores. El dinero fuerte está en la construcción. Nos beneficiamos, sin duda, pero eso no significa que nos guste todo lo que hacen los promotores. Jasper solía ser muy ambicioso, muy voraz en cuanto al dinero, pero después de que su mujer lo dejó, se deprimió y comenzó a replantearse toda su vida. Empezó con medicación, grupos de apoyo, retiros espirituales. Salió adelante, recuperó su antigua chispa, pero ya no era tan alocado, se volvió más considerado. No lo describiría como un ecologista ni de lejos, pero apoyó la campaña contra un nuevo proyecto urbanístico para la laguna Crystal.

—¿La laguna Crystal? Nunca había oído ese nombre. ¿Dónde es?

—Es la marisma de Mackenzie. La han rebautizado.

Martin suelta una carcajada, niega con la cabeza.

—No te creo. Está lleno de tiburones sarda. Nadie en su sano juicio querría construir allí.

—Los tiburones desaparecieron después de que cerrase la fábrica de quesos.

—¿La fábrica de quesos?

—Te sorprenderías.

La fábrica de quesos. No logra imaginarla ni recuerda haber ido nunca y, sin embargo, sabe dónde está, en Dunes Road, bastante al norte del pueblo. Tiene

la sensación de que su padre pudo haber trabajado allí en alguna ocasión, lo intuye, pero cuando intenta aferrarse a ese recuerdo, no sabe si es real o imaginario.

—¿Por qué se oponía Jasper al proyecto de desarrollo? ¿Qué quería proteger?

Denise se pone de pie, rodea el escritorio. En una de las paredes, hay dos mapas colgados: uno muestra las calles de Port Silver con los bloques numerados y codificados por colores según la zona; el otro es una representación a mayor escala del distrito circundante. Se dirige hacia este último, en blanco y negro, con líneas de contorno en verde. Martin la sigue.

—Estamos aquí en el pueblo —dice señalando Denise—. El puente te lleva hacia el norte, cruzando el río Argyle hasta Dunes Road, que está elevado, como un terraplén que atraviesa los humedales. La laguna queda, en su mayor parte, a la izquierda, y la antigua fábrica de quesos, en su orilla norte.

Martin estudia el mapa, se vuelve a familiarizar con el paisaje de su juventud. Dunes Road es completamente recto: corre hacia el norte a lo largo de veinte kilómetros desde el río Argyle. A ambos lados, el terreno es bajo, y los humedales conocidos como la marisma de Mackenzie, con agua en el centro, ahora se han rebautizado la laguna Crystal.

—Zona propensa a inundaciones —apunta Martin.

—Sí. Allí no se puede construir.

Martin sigue estudiando el mapa. El terreno al este de la carretera, más allá de la laguna, se eleva abruptamente, hasta alcanzar cien metros o más sobre el nivel del mar, y culmina en unos acantilados que corren de norte a sur a lo largo de la costa. Alguien ha marcado con lápiz las propiedades privadas y ha dibujado casas en lo alto de los acantilados como pequeños cuadrados. Sus ojos vuelven al camino, siguiéndolo hacia el norte, hasta otro puente más pequeño. Es allí donde la laguna se abre al mar.

—¿La laguna está afectada por las mareas?

—Sí. De vez en cuando, la desembocadura se llena de sedimentos, pero luego llega una tormenta grande y la vuelve a abrir —responde Denise—. Y ahí está el terreno de la antigua fábrica de quesos, justo ahí. Sobre el único pedazo de tierra elevada al oeste de la carretera.

Las curvas de nivel en verde en el mapa lo confirman. Al igual que antes, alguien ha trazado con lápiz los límites de la propiedad privada que rodea la fábrica. Más allá, el terreno parece completamente plano, como si la línea entre tierra y agua fuera discutible.

—¿Y todo esto? ¿Estos humedales? ¿Son terrenos públicos?

—Reserva natural. Hay una reclamación de titularidad de comunidades indígenas sobre esa zona desde hace años, pero quién sabe cuándo se resolverá.

—¿Y hay algo ahí?

—No. Al oeste de la carretera no hay nada. Solo el terreno de la vieja fábrica de quesos: el resto son manglares, marismas y agua salada. Lleno de mosquitos, garrapatas y sanguijuelas. Quizá, algún día se llame laguna Crystal, pero por ahora sigue siendo una marisma. Aunque dicen que hay buena pesca. Y camarones en temporada.

—¿Entonces por qué Jasper se oponía a que se urbanizara la zona?

—Le gustaba la idea de dejar algo intacto, un espacio verde al otro lado del río. Para las futuras generaciones. —Al pensar en su hijo, en sus ideales, la distracción momentánea del negocio inmobiliario se desvanece y su expresión vuelve a apagarse.

—¿Y qué está previsto? ¿Hay una propuesta concreta?

Denise suspira.

—Un puerto deportivo. En la orilla sur, donde el estuario se encuentra con la laguna, justo al oeste del puente. Pero Jasper creía que acabaría con los manglares y destrozaría el entorno.

Martin reflexiona sobre el proyecto. Sabe que los puertos deportivos generan dinero, pero ese desarrollo le parece muy poco factible. Queda demasiado lejos del pueblo dejar un barco allí.

—¿También planean construir viviendas?

—No alrededor del puerto en sí —responde Denise—. El terreno es muy bajo, se inunda con facilidad. El desarrollo está previsto para el lado este de la carretera, aquí en Hummingbird Beach, en tierras privadas. —Señala el lugar en el mapa. Martin distingue una playa orientada al norte, cerca de donde la laguna desemboca en el mar. La playa está respaldada por tierras más elevadas; las líneas de contorno verdes confirman que está fuera de la zona inundable.

—Es un terreno privilegiado —continúa Denise—. La playa está resguardada y recibe el sol en invierno. Es preciosa. Hay una empresa grande, una multinacional, que quiere construir allí un hotel de lujo, con posibilidad de pisos en propiedad para gente con dinero, y un pasadizo bajo el puente que conecte con el puerto. La tercera etapa sería un campo de golf alrededor del resto de la laguna, con club social en un terreno alto, donde ahora está la vieja fábrica. A Jasper no le molestaba el hotel en Hummingbird Beach; le parecía

una buena idea. Lo que quería era que la laguna y los terrenos al oeste de la carretera quedaran intactos.

—¿Y tú? —pregunta Martin—. ¿Qué opinas?

Denise se encoge de hombros.

—No creo que a nadie le convenga que eso siga ahí, sin uso. Me gustaría que se urbanizara, siempre y cuando la comunidad aborigen local no salga perdiendo. Que reciban algo de dinero y oportunidades de trabajo. Esa sería una solución ventajosa para todos.

Martin mira el mapa. Puede entender por qué la zona atrae a los promotores, y también por qué los ecologistas querrían proteger la laguna de marea y las tierras que la rodean.

—¿Cuál es la empresa que está impulsando este proyecto?

—Son dos. La que quiere comprar toda Hummingbird Beach es una compañía francesa. Jasper la representaba. El puerto deportivo y el campo de golf son cosa de un promotor inmobiliario local, Tyson St. Clair, que intenta subirse a la ola de la inversión de los franceses.

Martin parpadea. Denise Speight intenta sonar neutral, como si hablara sin emoción, pero hay algo en su tono de voz: suena disgustada.

—¿No estás de acuerdo?

—Ese hombre no va a parar hasta ser dueño de todo el pueblo. —Esta vez, la amargura en su voz es más evidente.

Martin se toma un momento para asimilarlo.

—Entonces, Jasper representaba a los franceses y estaba tratando de conseguir la aprobación para el desarrollo urbanístico de Hummingbird Beach, y al mismo tiempo se oponía al proyecto del puerto deportivo y el campo de golf de Tyson St. Clair, ¿es así?

—Sí, exacto.

—Eso debió de generar cierta tensión, ¿no?

—No sabría decirte.

—¿No hablabais del asunto entre vosotros?

—No. Él sabía que St. Clair no es santo de mi devoción. No hablábamos del tema.

Martin toma nota mental de que debe investigar a Tyson St. Clair.

—O sea que Jasper quería que yo lo ayudara a dar a conocer la historia a nivel nacional. Es comprensible. Pero nadie lo mataría por eso. ¿Tenía algo más que contarme? ¿Algo que fuese más delicado?

Denise Speight esboza algo parecido a una sonrisa.

—No lo sé, Martin. Si era así, no me lo contó.

—Entiendo.

La sonrisa desaparece tan rápido como apareció.

—¿Vas a investigar por qué murió? ¿Lo harías por mí? ¿Por él? Siempre le encantaron tus investigaciones.

Martin ve la súplica en sus ojos, percibe el temblor en su voz.

—Sí, por supuesto. Yo también quiero saberlo.

Denise vuelve a esbozar una leve sonrisa, esta vez teñida de gratitud.

—Dices que no sabes si Jasper tenía información que pudiera haberle costado la vida —continúa Martin—. ¿Hay alguien más que pudiera saberlo? ¿Tal vez alguien con quien pudiera haber hablado en confianza sobre el proyecto urbanístico o sobre su relación con St. Clair?

Su sonrisa titila como una linterna con la batería agotada.

—Podrías probar con tu tío Vern.

Vern y él se alejan de la Barriada por la calle Ressling, caminan entre los cañaverales, bajo un sol que baña el mundo con una luz dorada. Ríen y charlan, envueltos por los vientos cálidos del destino, mientras avanzan hacia un pueblo donde, de pronto, la luz parece más limpia y el aire huele mejor. Su madre le ha pedido prestado el coche a Vern, ha sentado a las gemelas en el asiento trasero y ha salido en busca del padre de Martin para darle la noticia que les cambiará la vida, para decirle que deje las herramientas, que se despida de los largos turnos de trabajo. Para contarle lo del primer premio de la lotería, del nuevo comienzo. Sin otros ganadores, sin nadie más que lo comparta. Solo ellos. Medio millón de dólares australianos. Una fortuna.

Caminan hacia la carretera principal, Vern y él; el asfalto negro arde bajo el sol, el alquitrán les quema las plantas de los pies a través de las suelas finas de las chanclas.

—Dímelo otra vez, Vern. Dime qué vamos a comer.

—Pescado con patatas fritas, colega —responde Vern—, pero nada de tiburón barato, esta vez no. Vamos a pedir vieiras de Tasmania y langosta de Victoria. Gambas del golfo, grandes como bananas, y barramundi salvaje del norte. Vamos a darnos el banquete más grande de tu vida.

—Anillas de calamar, Vern. ¿Podemos pedir también anillas de calamar?

Vern se ríe.

—Claro, colega, todas las que quieras.

—Y Coca-Cola, Vern. Botellas grandes, bien frías.

—Y champán, muchacho, el mejor que encontremos. Francés.

—¿Me va a gustar, Vern? ¿El champán?

—Tal vez todavía no, pero tendrás que ir acostumbrándote desde ahora.

Y Vern se ríe, con el ánimo desbordante, y a Martin le gusta cómo suena eso de beber champán.

También le gusta imaginar otras cosas: una bicicleta nueva con marchas de verdad, un bate de críquet auténtico, quizá, incluso una tabla de surf. La familia podrá comprarse un televisor nuevo, uno grande, de proyección trasera.

Vern, en cambio, piensa más en grande: dice que podrían dejar de alquilar, salir de su casa de fibrocemento, mudarse de la Barriada y conseguir una casa sobre Five Mile Beach, donde las chicas puedan tener cada una su dormitorio. Dice que incluso podrían comprarse un coche nuevo. No un coche de segunda mano "casi nuevo", sino uno flamante, recién salido del concesionario en Longton. Un coche que nunca haya sido conducido por nadie.

—¿Y tú, tío Vern? ¿Qué te comprarás?

—¿Yo? Nada, colega. El dinero es vuestro. Lo ganó tu madre. Es para ella, para vosotros.

—Pero ¿y tú?

Y Vern simplemente se ríe.

—Muchacho, no necesito nada. No tengo mujer, no tengo hijos y soy feliz así como estoy.

Y Martin coge la mano de su tío mientras cruzan la carretera a Longton y siente que lo quiere aún más; en silencio, empieza a planear una sorpresa: regalarle una caña de pescar nueva, con un carrete dorado que brille como magia bajo el sol.

CAPÍTULO 4

De vuelta en la calle, frente a la Inmobiliaria Speight, el teléfono de Martin marca las nueve y treinta y cinco. Falta una hora para reunirse con Nick Poulos. Llama a Mandy, pero, una vez más, lo atiende directamente el buzón de voz. Mientras evalúa su próximo paso, ve que se acerca Morris Montifore.

—Buenos días, Martin. Espero que no estés metiendo las narices donde no te llaman.

El tono del policía es jocoso, pero Martin se siente agotado tras su encuentro con Denise Speight y abrumado por los recuerdos de la escena del crimen. No está de humor para bromas.

—Encuentra al asesino, Morris, ¿quieres? Avísame si puedo ayudarte.

Montifore capta al instante la seriedad de su tono.

—Por supuesto. Lo siento. Cuídate.

Desde la calle de enfrente, cargando una bandeja con tres cafés para llevar, aparece el ayudante de Montifore, Ivan Lucic. Saluda a Martin con un gruñido antes de seguir a su jefe hacia la inmobiliaria.

Un poco más adelante por The Boulevarde, Martin encuentra una galería cubierta que conduce hasta la playa. Pasa junto a una librería de segunda mano, un local de fideos al estilo oriental, dos escaparates vacíos con carteles de "SE ALQUILA" de la Inmobiliaria Speight y una tienda de surf, y sale a un sendero peatonal que serpentea entre pinos de Norfolk, justo por encima de las dunas. Sigue caminando por el sendero; luego, baja por unas escaleras de hormigón hasta llegar a la playa.

Alguien ha rastrillado la arena. ¿Quién rastrilla una playa? Sin duda, el municipio, con algún tipo de tractor. Pero ¿por qué? ¿Para qué peinar una playa? Un anciano pasa encorvado sobre un detector de metales, la piel de la espalda como cuero curtido por el sol. A Martin le viene a la mente un recuerdo de su adolescencia: cuando cortaba el césped de los jubilados del pueblo a cambio de unas monedas. Las urracas lo seguían, buscando lombrices, picoteando con precisión quirúrgica la hierba recién cortada. El buscador de

tesoros le recuerda a aquellas urracas. Martin lo observa: el hombre se agacha, recoge algo, lo inspecciona y lo deja caer en una bolsa que lleva colgada del hombro. Martin se da cuenta de que había olvidado por completo aquella época de cortar el césped.

El anciano no está solo: la playa empieza a llenarse de mochileros de cuerpos relucientes y lustrosa displicencia; algunos dormitan sobre sus toallas, otros fuman y varios están pegados al móvil, publicando imágenes que despiertan envidia en familiares aún atrapados en el invierno del hemisferio norte. Nadie parece estar conversando, como si las fiestas de la noche anterior los hubieran vaciado de palabras.

En el cabo, bajo el faro, un grupo disperso de surfistas flota a la deriva, esperando que la marejada suave se confabule para levantar alguna ola. El cielo está despejado y el sol comienza a ganar fuerza. El calendario ha cruzado oficialmente al otoño, pero el verano aún perdura en esta costa subtropical del norte de Nueva Gales del Sur. Solo la calidad de la luz y la inclinación del sol sugieren que el estío empieza a retirarse. En su juventud, un martes por la mañana, en día laborable, la playa habría estado casi desierta; solo Jasper, Scotty y él, saltándose las clases y fumando cigarrillos entre las dunas. Ya no.

Mira otra vez hacia el sur. El faro sigue igual, inmutable y severo, dominando el perfil del cabo, blanco, resplandeciente contra la claridad azul del cielo. Esparcidas bajo su sombra, Martin distingue las casas ostentosas de los jubilados adinerados y de los que cambiaron la ciudad por el mar, procedentes de Sídney y Melbourne; refugios vacacionales de directivos y banqueros, de lugareños que han prosperado. Nobb Hill, la llamaban de niños. Siempre había sido la dirección más codiciada de Port Silver: casas de ladrillo en un pueblo de fibrocemento. Ahora, el ladrillo va desapareciendo, sustituido por acero y hormigón, piedra y madera tratada, ventanales de suelo a techo y terrazas en voladizo suspendidas bien por encima de la plebe, ofreciendo vistas a los amaneceres, al paso de las ballenas y al largo arco dorado de Town Beach al norte y Five Mile Beach al sur. Se pregunta si fue allí donde terminó Jasper, en Nobb Hill, entre las historias de éxito de Port Silver. No le sorprendería. Por mucho que Denise diga que los promotores se llevan la mejor parte, lo cierto es que el negocio inmobiliario debe de dejar una buena tajada en la ciudad en la que se está convirtiendo Port Silver.

—¡Martin!

Se gira. Son los mochileros, Topaz y Royce, que se acercan por la playa.

Royce lleva un traje de baño de surf hasta las rodillas, el torso desnudo y plano como una tabla, una bolsa playera colgada del hombro y las gafas de sol ladeadas con despreocupación. Pero es Topaz quien capta toda la atención de Martin. Está casi desnuda: su biquini no es mucho más grande que la sirena que tiene tatuada a un lado del ombligo. Él no sabe bien dónde mirar y, como si lo percibiera, ella acentúa el vaivén de sus caderas un par de grados antes de detenerse, los hombros erguidos, los pechos proyectados hacia delante sin atisbo de pudor.

—Ey, ¿qué ha pasado? —pregunta Royce—. La poli vino a buscarnos, a investigarnos. Querían saber si nos habías llevado o no.

—¿Qué les dijiste?

Royce se encoge de hombros.

—La verdad, por supuesto. Que nos recogiste, nos dejaste en el hostal. Qué hora era, cuál era tu estado de ánimo. ¿Qué ha pasado?

—Me topé con un asesinato pocos minutos después de dejaros.

—¡No me jodas! ¿Un asesinato? ¿Aquí? —Royce mira a su alrededor, al paisaje sereno de la playa—. Qué fuerte, ¿no?

—Sí. Gracias, de todos modos. Al final, resultó que me servisteis de coartada.

—¿En serio? ¿Sospechaban de ti? —pregunta Royce, con tono de asombro, como si Martin acabara de salir de un pódcast de crímenes reales.

—Solo por un rato. Gracias a los dos.

—Genial —interviene Topaz—. Entonces, un día de estos puedes invitarnos a cenar. —Su expresión es juguetona, segura de sí misma.

—De acuerdo —responde Martin.

—Perfecto. Nos vemos —agrega ella y se aleja con paso lánguido. Royce sonríe, levanta una ceja por encima de sus gafas torcidas y la sigue.

Martin no puede evitar girarse para mirar. Las nalgas de Topaz se balancean provocativamente a cada paso. “Qué patético eres”, se reprende.

El Club de Socorristas de Surf de Port Silver sigue ocupando la misma ubicación privilegiada frente a la playa urbana, pero el sencillo cobertizo construido por voluntarios que Martin recuerda de su infancia ha desaparecido. En su lugar, se alza ahora una imponente estructura de dos plantas que emerge de las dunas como una terminal de aeropuerto. Una terraza de acero ocupa los cuarenta metros de largo, proyectándose sobre la arena blanca; a pesar de que es temprano, ya está bastante concurrida. Mientras camina por la playa en dirección al edificio, Martin ve que la planta baja,

sombreada por la terraza, sigue dedicada al propósito fundacional del club: cortinas enrollables abiertas dejan a la vista botes de salvamento tradicionales, carretes de cuerda, kayaks de surf; el equipo clásico del socorrismo en las competiciones de surf. Sobre la playa, en cambio, el equipo es mucho más moderno: una moto de agua reluce sobre un remolque enganchado a un quad, lista para entrar en acción. Una pequeña torre de vigilancia observa el mar entre las banderas rojas y amarillas. Junto a la base, socorristas con ajustados slips de baño y torsos musculosos posan sin disimulo, flexionando los bíceps con aire causal y echando un ojo a las mochileras que pasan. ¿Cuándo empezaron a patrullar la playa también entre semana? ¿Seguirán siendo voluntarios?

No hay acceso a la terraza desde la playa, así que Martin sube por el sendero entre las dunas hasta la puerta que da al bulevar. El vestíbulo está revestido de placas de honor con letras doradas sobre madera oscurecida con los años y vitrinas repletas de trofeos de plata ennegrecidos con la brisa marina, reliquias del antiguo club que ahora parecen piezas de museo. Fotografías en blanco y negro de hombres sonrientes en bañadores pasados de moda se van desvaneciendo en sus marcos barnizados y se mezclan con imágenes granuladas de décadas más recientes: hombres con grandes bigotes, pechos velludos y bañadores minúsculos; los gorros rojos y amarillos descoloridos por el tiempo.

Hay un mostrador con los formularios habituales para que los visitantes ocasionales se registren por su cuenta. Pero Martin se fija en una joven que camina mientras lee en un dispositivo, con el pelo recogido, vestida para ir a la oficina, no para la playa; es la imagen de la eficiencia.

—Disculpa —dice él—. ¿Para inscribirse?

—¿Quieres hacerte socio?

—Si es posible…

—¿Eres lugareño? Hay que ser de aquí.

—Sí, estoy mudándome.

Ella frunce el ceño.

—Bueno, en realidad vuelvo a casa. Crecí aquí.

Su expresión se suaviza.

—Ah, entonces, no hay problema.

—¿Cuánto cuesta?

—Veinte dólares por un año, cincuenta por tres. Veinte por ciento de descuento en comida y bebida.

Martin sonríe.

—Difícil discutir con eso.

—Tres años, entonces.

—Hecho. El negocio de las máquinas tragaperras debe de ir viento en popa.

—Sí, son lo peor.

Al cruzar el vestíbulo, el club se revela como un único y amplio espacio, con puertas de cristal plegables que abren paso a la terraza y permiten que la brisa marina lo inunde todo. El ambiente es próspero, desenfadado. Al fondo, hay una zona delimitada para las tragaperras y nada más. El resto de la sala se distribuye en áreas definidas solo por alguna que otra planta artificial y por las variaciones del mobiliario: mesas redondas altas rodeadas de taburetes frente a la barra, mesas y sillas para comer o tomar café junto al bistró y sillones orientados hacia una pantalla enorme, situada en el extremo opuesto a las máquinas tragaperras. En la televisión, dan un partido de críquet intrascendente en Doha que nadie mira. La parte posterior del edificio, hacia el vestíbulo, está ocupada por una larga barra, los mostradores del bistró y una cafetería. La mayoría de los clientes están fuera, en la terraza; el interior del club está casi desierto.

Martin mira su reloj. Aún no son las diez, falta más de media hora para que llegue Nick Poulos… si es que llega puntual. Revisa el móvil: ningún mensaje de su abogado, nada nuevo de Mandy. Intenta hablar con ella, pero la llamada va directo al buzón de voz. Sin duda, estará reunida con su abogada, mientras él espera al suyo. O tal vez esté con Liam, una excusa tan válida como cualquier otra para no contestar. Se acerca al mostrador y pide un café. Paga por adelantado, sin que nadie le hable de mezclas o de procedencias. Cuesta la mitad y sabe igual de mediocre. Lo lleva afuera, a la terraza, y busca una mesa libre. Por encima de su cabeza, varios paños de lona se superponen, tensados por cables de acero; dan sombra y un toque de color: azules, blancos, amarillos. Desde allí, contempla la arena rastrillada, los cuerpos esculpidos y, más allá, Nobb Hill y el faro, y por debajo de ellos, los surfistas que flotan sobre un mar en calma. Puede que más tarde apriete el calor, pero allí a la sombra, con la brisa suave que llega desde el océano, el día parece perfecto. Ojalá Jasper Speight estuviera allí para compartirlo, con una cerveza fría en la mano y décadas de historias para contar.

El móvil vibra sobre la mesa de cristal: un mensaje de texto. “Cambio de planes. Nos encontramos en el bufete Drake. A mediodía. Piso 3, número 18

de The Boulevarde. Nick". Fastidiado, Martin niega con la cabeza, pero contesta con un emoticón del pulgar hacia arriba y luego guarda el número del abogado en sus contactos. Dos horas más. Debería buscar un sitio donde ducharse y cambiarse de ropa; después de pasar la noche en la celda, teme estar empezando a oler mal, lo que arruinaría la perfección de postal que es Port Silver. Puede ir a buscar el coche, que sigue aparcado frente a la casa de Mandy, con su equipaje en el asiento trasero. Podría nadar en el mar, ducharse en los vestuarios públicos. Está terminando el café, ya con el plan decidido, cuando lo ve por encima del borde de la taza. Vern.

Su tío está a unas mesas de distancia, mirándolo fijamente. No está solo: hay dos hombres frente a él, de espaldas a Martin, pero es su sobrino quien ha acaparado toda su atención. Sus miradas se encuentran y no se apartan. Martin no puede pensar; no había previsto ese encuentro. No así. Vern se pone de pie y se acerca.

—Martin.

—Vern.

—Has vuelto.

—He vuelto.

Y entonces, como el amanecer que asoma sobre el mar, la sonrisa aparece en su rostro: pequeña al principio, pero cada vez más grande, hasta que sus labios se abren y le brillan los dientes, una sonrisa cargada de alegría y bienvenida.

—¡Martin! Mi muchacho. Bienvenido. ¡Bienvenido!

Vern da un paso adelante, rodea a Martin con los brazos y lo estrecha con fuerza. Martin siente la firmeza de los brazos de su tío, la potencia de su pecho y la profundidad de su afecto. Le devuelve el abrazo: Vern, su único pariente vivo.

El abrazo termina. Martin ve que los compañeros de su tío han dejado de hablar y se han girado para presenciar la escena. Vern se vuelve hacia ellos, la voz rebosante de alegría.

—¡Es Martin! Mi sobrino. El periodista. El hijo de mi hermana. ¡Ha vuelto!

Ahora sonríe, feliz, y le da unas palmadas en la espalda a Martin, sin dejar de mirarlo con una mezcla de orgullo y cariño. Su cabello, aunque salpicado de canas, sigue siendo espeso; hay arrugas en las comisuras de sus ojos, pero su rostro mantiene un aire juvenil. La piel del cuello empieza a aflojarse, sí, pero sus ojos azules siguen tan claros y brillantes como siempre. Martin tiene cuarenta y un años; su tío debe de rondar los cincuenta y cinco.

—Vern, te pido perdón.

—¿Perdón? ¿Perdón por qué?

—Ya sabes por qué. Por todo.

—Tonterías. Olvídalo.

A Martin le cuesta creerlo. Vern tiene todo el derecho del mundo de guardarle rencor y, sin embargo, en su rostro, no hay otra cosa que alegría pura.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunta su tío.

Ahora Martin sonríe.

—Bastante. Quizá para siempre.

—¿Para siempre? ¡Hostia puta! ¿De verdad, para siempre?

Martin se ríe.

—Tal vez.

—No lo puedo creer. ¡Si ya era difícil mantenerte en el país, imagínate en un pueblucho perdido de Nueva Gales del Sur!

—Al pueblucho parece estarle yendo muy bien —comenta Martin.

—Es por una chica, ¿no? Tiene que serlo. —Vern sonríe—. No me lo digas: es la rubia de los periódicos, ¿o no? Ese bombón de allá del interior. Una belleza.

Martin no puede evitarlo y sonríe también.

—¿Es ella? ¡Ja, lo sabía! ¡Qué cabrón con suerte!

Martin siente que se ruboriza; el curtido corresponsal extranjero retrocede, de pronto, a la adolescencia. Habla con lo que intenta que sea una voz firme:

—Se llama Mandalay. O Mandy. Mandy Blonde.

—¡Cojonudo! —exclama Vern, dándole una palmada en el hombro—. Me cae bien esa Mandalay Blonde que ha conseguido traerte de vuelta. ¿Cuándo voy a conocerla? Tengo que invitarla a una copa.

—Pronto. Pronto, espero.

—Qué bien. Pero déjame invitarte a un trago ahora. Celebremos el retorno del hijo prodigio.

—"Pródigo", Vern. —Martin se ríe—. Es "pródigo".

Pero Vern ya no sonríe.

—Uy, mierda. Perdona, Martin, olvidé que no bebes.

—No pasa nada. Ahora pruebo algo el alcohol. Lo retomé al terminar la universidad, cuando empecé a trabajar como periodista. Pero tienes razón, no a las diez de la mañana.

Vern se gira hacia sus amigos, murmura unas palabras, recoge su café y los

restos de un sándwich tostado. Se sienta en la mesa de Martin.

—Esto me ha alegrado el día, Martin. ¡Joder, me ha alegrado el año! ¡Estoy feliz de verte!

—Yo también, Vern. Me alegra verte. Siento haber sido un imbécil egocéntrico. Te mereces algo mejor.

—No sé de qué hablas.

Pero claro que lo sabe. Y Martin también. Fue Vern, con solo veintiún años, quien se convirtió en el pilar emocional de un Martin de ocho. Fue Vern quien dejó la escuela oficialmente a los quince —extraoficialmente a los doce—, quien casi no sabía leer ni escribir, pero lo acogió en su casa, lo mantuvo y le insistió para que terminara el bachillerato. Y fue Vern, lleno de amor y orgullo, quien le mandó dinero mientras Martin trabajaba para pagarse la universidad. Vern, con quien Martin después dejó de tener contacto. El periodista estrella, ensimismado, estaba decidido a enterrar Port Silver y su dolor, a construir su carrera, y casi ni le dio las gracias a su tío. Recibía tarjetas de cumpleaños y de Navidad, pero rara vez respondía, avergonzado por las cartas escritas con torpeza, por la ortografía infantil. Más tarde, ya graduado y económicamente independiente, Martin siguió recibiendo tarjetas. Con el tiempo, empezaron a llegar dirigidas al *Sydney Morning Herald*, porque Vern ya no sabía su dirección particular… y aun así siguieron llegando. En un momento, queriendo olvidar, queriendo dejar atrás Port Silver para siempre, Martin le envió un cheque, un intento de compensar, de devolver todo lo que su tío había hecho por él. Vern nunca lo cobró. Pero las tarjetas dejaron de llegar. Martin lo mira a los ojos, esos ojos azules y bondadosos, y se pregunta cómo pudo haber sido tan cruel y desconsiderado.

—En serio, Vern. Te pido perdón.

—No te preocupes, muchacho. Estás de vuelta. Estás de nuevo entre los tuyos.

—¿Sabes lo de Jasper Speight?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Ha muerto. —Sus palabras borran la sonrisa del rostro de su tío—. Lo siento, Vern.

—¿Ha muerto? ¿Lo dices en serio?

—Lo encontré muerto ayer. Lo apuñalaron.

Martin no logra contener la emoción en la voz; hace tan solo un instante, parecía un adolescente sonrojado y al siguiente, un niño quebrado, con la voz

temblorosa. Hasta hace un año era corresponsal, llevaba su profesión como una coraza: orgulloso, distante, imperturbable. Pero ya no. Algo había pasado en Oriente Medio, algo más en la reseca región de Riverina, asolada por la sequía. Ha cambiado. Le han quitado la armadura. Y no se está dirigiendo a un jefe de sección, no está informando a una sala llena de periodistas: está mirando a los ojos al hombre que lo crio. El que creyó en él. El que lo rescató. Ve el dolor en los ojos de su tío y siente lágrimas en los suyos. Y se da cuenta, incluso mientras se estremece, de que todos esos años de distancia y de negación han sido inútiles: hay cosas de las que no se puede escapar.

Vern niega con la cabeza.

—Así que Jasper, ¿eh? ¿Entonces era él el hombre al que mataron ayer en una casa en la calle Riverside Place?

—Sí —responde Martin, tratando de que no le tiemble la voz en esa única sílaba.

—¡Qué horror! —exclama Vern—. Nadie merece eso.

—¿Puedo preguntarte cosas sobre él, Vern? ¿Sobre Jasper?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Quiero averiguar quién lo mató.

Los ojos de Vern recuperan algo de brillo.

—¿En serio? Qué bien. Una investigación del *Herald.* —Y enseguida se vuelven a apagar cuando recuerda de qué están hablando—. Bueno, cualquier cosa que pueda hacer para ayudar, no tienes más que pedírmelo.

—Gracias.

Pero antes de que Martin pueda hacerle una pregunta, Vern añade:

—Oye, Martin, discúlpame, pero esos tipos con los que estoy… es por negocios. Tengo que volver con ellos. Pero hagamos una cosa: venid a cenar esta noche, trae a tu chica, ¿qué te parece?

—De acuerdo. Quizá. No sé si querrá salir. Todavía no la he visto.

—Bueno, vente tú. Así hablamos. Toma…—Vern saca una tarjeta personal. Martin observa cómo su tío escribe con esfuerzo su dirección en el reverso, apretando el bolígrafo como un niño. Se la entrega a Martin, sonriendo como si se sintiera orgulloso de su caligrafía—. Llámame si no puedes venir, pero no lo dejes para muy tarde. Voy a encender la parrilla. Comeremos algo, hablaremos de Jasper, de los viejos tiempos.

Vern se pone de pie; Martin, también. Su tío lo mira una vez más de arriba abajo, como si necesitara asegurarse de que su sobrino es real.

—Martin Scarsden, ¿eh? De vuelta en Port Silver. ¡Qué maravilla! —Y lo envuelve en otro abrazo rápido, fuerte, antes de soltarlo—. Tengo que irme, muchacho. Nos vemos esta noche.

Mientras Vern regresa con sus acompañantes, Martin mira la tarjeta de presentación. “Vern Jones. Excursiones de pesca y avistamiento de ballenas”. Y al dorso, la dirección, con letras torcidas y ortografía imprecisa.

CAPÍTULO 5

El mar sigue siendo el mar, la playa sigue siendo la playa; por más cambios que arrasen The Boulevarde, por más dinero nuevo que blanquee miserias viejas, por más vueltas que haya sufrido su propia vida, el agua sigue siendo el agua: acogedora, imparcial, constante. Martin avanza a saltos entre las pequeñas olas espumosas que solo le cubren los tobillos, pasa junto a los niños que chapotean, junto a los mochileros que se lanzan una pelota en la rompiente, junto a los críos sobre sus primeras tablas blandas y se adentra más, abriéndose paso entre olas de mayor tamaño, sintiendo cómo lo envuelve la fuerza del agua. Se adentra más, zambulléndose bajo un muro verde y cristalino que se alza ante él; abre los ojos, roza el fondo con la mano justo cuando la ola le lame los pies. Al emerger, da unas brazadas de crol; los hombros responden bien a esa sensación conocida. Sigue nadando, pasa la rompiente hacia la zona donde se forman las olas.

Se pone en posición vertical, braceando suavemente; los pies ya no tocan el fondo, siente el vaivén del mar, el poderoso aliento del océano. Inspira hondo y se zambulle, ojos abiertos, en la transparencia atravesada por el sol. Desciende hacia aguas más frías, roza de nuevo el lecho arenoso con satisfacción y vuelve a subir, sin impulsarse, dejándose flotar hacia la superficie, hacia los haces dorados que atraviesan el agua. El mar se siente tan bien, tan genuino; lava los restos de la celda policial, borra el rastro persistente de la muerte, le quita de la piel el pasado reciente.

Mueve los brazos en el agua y respira con más esfuerzo, mientras echa un vistazo a su entorno. El mar se extiende, abierto, sin amenazas. Le llegan recuerdos, giran a su alrededor: olas salvajes en un mar encrespado por la tormenta, él atrapado en una corriente de resaca, nadando en diagonal para salir más allá de la rompiente, solo para que una ola gigantesca lo revuelque, le arranque el aire de los pulmones; la lucha desesperada por respirar. Otro recuerdo: besa a una chica entre las dunas, pero ella se ríe de él y se aleja. Merodea con Scotty y Jasper, fumando cigarrillos y bebiendo, lanzando las

colillas con soltura ensayada, burlándose de la formalidad de los socorristas del club y de sus ridículos gorros a rayas.

El agua, fresca y serena, fluye sobre él y lo apacigua. A unos quince metros, en paralelo a la playa, un hombre mayor nada hacia él, avanzando con método, sin prisa. Martin lo observa cuando pasa, se pregunta si estará nadando de un extremo al otro dentro de la zona delimitada por las banderas rojas y amarillas, o si no le importan en absoluto los socorristas ni sus intentos de ponerle normas al mar. Por la forma en que se desplaza, sin prisa ni esfuerzo, podría ser un antiguo socorrista, un miembro vitalicio del club, un veterano de Port Silver.

Martin se zambulle de nuevo y desciende hacia el verde cada vez más profundo, sintiendo otra vez el vaivén suave de la marejada y las corrientes benignas. El agua lo envuelve, lo perdona y lo libera para que vuelva a emerger. El sol y el mar, la tierra y el viento. Y por primera vez desde que Mandy le confesó su intención de mudarse allí, a ese caldero que fue su juventud, por primera vez desde que terminó su libro de crímenes reales, se reordenó y dejó Sídney atrás, por primera vez desde que bajó el escarpe, siente que quizá no sea tan malo haber regresado. El pasado es inmutable, sí, pero queda lejos, es manejable; el futuro aún no está escrito y podrá modelarse desde el presente, Mandy y él podrán forjarlo. El mar sigue siendo el mar, pero el pueblo está cambiando. Tal vez, solo tal vez, todo salga bien.

En los vestuarios, por encima de la playa, entre el puesto de socorristas y el hostal para mochileros, tras cruzar la arena ardiente y el cemento abrasador, Martin cierra los ojos bajo el chorro de la ducha. Vern. Tal vez, su regreso a Port Silver esté predestinado; tal vez, sea su oportunidad para enmendar errores, para recuperar el vínculo con su tío mientras intenta reconciliarse con su propio pasado.

Surge un recuerdo. Tras volver a la casa de Vern desde algún sitio, quizás el colegio, encuentra a su tío en la mesa de la cocina, con los ojos llenos de lágrimas. Frente a él, un formulario, una solicitud para algún tipo de licencia náutica. Martin lo ve allí, con el rostro tenso por la frustración y la mirada cargada de rabia y de vergüenza. Sin decir palabra, Martin completa el formulario rápidamente, en silencio, y luego señala el espacio reservado para la firma infantil de Vern. Sale de la cocina de nuevo, confundido y avergonzado por la incapacidad de su tío, sin llegar a comprender cómo a un hombre tan astuto y hábil puede resultarle tan difícil aprender.

Una recepcionista, con pelo lacio y perfecto como una peluca de nailon, la falda estrecha afilada como una plumilla y un perfume que flota, gentil, en la frescura del aire acondicionado, guía a Martin por las oficinas de Drake y Asociados hasta una sala de reuniones con paredes de cristal ahumado, sillas giratorias de cuero negro y una mesa de madera negra, lisa e impecable, tan pulida, tan inmaculada, que Martin al principio la confunde con piedra o resina. En su centro exacto, hay un jarrón de cerámica blanca con lirios recién cortados. Detrás de la cabecera, colgado sobre una pared de ladrillos de arenisca —la única que no es de cristal—, un televisor de gran tamaño, apagado. Al otro extremo de la sala, un aparador sostiene una jarra de agua plateada y vasos. La habitación está tan libre de polvo como una sala donde se fabrican ordenadores; en el aire solo flota un aroma a cuero, lirios y dinero. Las oficinas de Drake y Asociados, que ocupan toda la planta más alta, el tercer piso, no desentonarían en un rascacielos de Manhattan.

Entra un hombre de unos sesenta años. Tiene abundante pelo gris y la piel tersa de quien se siente satisfecho consigo mismo. Viste un traje impecablemente cortado; los gemelos de sus puños brillan con la luz y sonríe con dientes perfectamente alineados.

—Soy Harrold Drake. Martin, bienvenido.

Se estrechan la mano. La recepcionista, que sigue apostada junto a la puerta, le pregunta a Martin qué tipo de café expreso prefiere. Él responde que preferiría una taza de té.

—Toma asiento, Martin —dice Harrold Drake—. Los demás llegarán enseguida.

Martin está a punto de sentarse cuando escucha la voz de Mandy.

—¿Ya está aquí? ¿Martin?

Y entonces, ella cruza por la puerta y se lanza en sus brazos; lo aprieta con fuerza, apoya la cabeza en su hombro, antes de separarse un poco para poder mirarlo a los ojos. Martin ve el amor en su mirada, el alivio. Ella lo besa, no por mucho tiempo, pero con pasión.

—¡No sabes cuánto me alegra verte! —exclama.

Pero sus palabras son solo un subtítulo; lo que llena por completo la pantalla de Martin es su rostro, pura perfección cinematográfica. Por un instante, su corazón no bombea sangre, sino emociones: deseo, ternura, amor. Y Martin comprende, una vez más, lo valiosa que es esa mujer para él, cómo ha

conseguido derribar sus defensas y lanzar un salvavidas al oscuro mar de su soledad.

—Me alegro de estar aquí… por ti —dice él, sorprendiéndose a sí mismo con la sinceridad de sus palabras. Y luego, para aliviar la emoción del momento —: Me gusta tu color de pelo.

—Gracias.

—¿Dónde está Liam?

—Lo dejé en la guardería de camino a buscar a Winifred —responde Mandy.

—Vayamos al grano, entonces —dice una voz, en tono profesional.

Cuando Martin mira más allá de Mandy, ve a Winifred Barbicombe. La abogada está tal como la recordaba: postura erguida, traje discreto de seda y lana fina, gafas de medialuna colgando de una fina cadena dorada. Debe rondar los setenta, pero no hay señales de que la edad la haya disminuido en absoluto. Su voz es firme, resonante, y su mirada es aguda e inteligente.

—Me alegro de que estés aquí, Martin. ¿Dónde está tu abogado?

—Aquí —responde Nick Poulos, mientras entra en la sala delante de la recepcionista—. ¿Llego tarde?

Lleva un traje de lino azul y una camisa blanca también de lino, ambos arrugados, lo que proyecta una imagen de profesionalismo desenfadado. Sus botas marrones con elástico lateral están lustradas y se ha afeitado; la barba incipiente de las cinco de la tarde se ha reducido a una leve sombra. Martin se pregunta si así se presentará ante el juez de instrucción. Es probable.

—Gracias, Harrold —dice Winifred—. A partir de aquí nos encargaremos nosotros.

Harrold Drake parece desconcertado al verse excluido de su propia sala de reuniones, pero se recompone enseguida.

—Perfecto. Llamad a la chica si necesitáis algo. —Y se marcha, lanzando una mirada fulminante a Nick, como si el joven abogado estuviera invadiendo territorio ajeno, antes de cerrar la puerta detrás de sí.

Winifred se dirige primero a la cabecera de la mesa, pero cambia de idea. Decide acomodar a los presentes a ambos lados. Martin junto a ella, frente a Mandy; Nick junto a Mandy, frente a Winifred. Martin aprecia la disposición; no son dos bandos enfrentados.

—Esto es lo que sabemos —comienza Winifred, sin perder tiempo en cortesías ni presentaciones—. A última hora de la mañana de ayer, un atacante (o más de uno) apuñaló a un vecino del pueblo, un agente inmobiliario

llamado Jasper Speight. El homicidio tuvo lugar en el pasillo de una casa que Mandalay alquila a través de la empresa de Speight. Está cerca de aquí, en la calle Riverside Place. Mandy estaba en el baño de la planta alta en ese momento. Oyó alboroto y fue a ver qué pasaba. Bajó a tiempo para encontrar a Speight agonizando en el suelo. No había rastro del agresor o de los agresores; habían huido. Mandy intentó salvarle la vida a Speight, pero no había nada que pudiera hacer. Murió poco después. Instantes más tarde, llegó Martin y encontró a Speight ya sin vida. Mandy estaba en el salón, en estado de shock. Martin llamó a la policía, a los servicios de emergencia… y a nosotros.

Winifred recorre la mesa con la mirada. Nick asiente. Mandy asiente. Martin también.

—Esta es otra información que he conseguido de la policía, a cambio de nuestra total colaboración —prosigue—. El arma homicida es, casi con certeza, un cuchillo muy afilado. Posiblemente, un cuchillo de filetear, con una hoja fina de unos veinte centímetros de largo. La policía nos ha pedido que mantengamos esto en estricto secreto; no quieren que se haga pública esta información todavía. —De nuevo, recorre la mesa con la mirada; de nuevo, todos asienten—. La casa está completamente amueblada —continúa Winifred —. El propietario ya ha confirmado que el inventario está intacto: el asesino tuvo que haber llevado el arma consigo. Esto es importante: si el asesino llevó el cuchillo a la escena, es señal de que el apuñalamiento pudo haber sido premeditado, no un acto impulsivo. Y si la policía tiene intención de implicar a Mandy en el crimen, entonces, debería demostrar no solo dónde consiguió el cuchillo, sino, más importante aún, cómo se deshizo de él. Hasta el momento, no lo han encontrado. También, han hallado algunas pruebas físicas que indican que el atacante huyó por la puerta trasera de la casa y siguió el curso del río, posiblemente después de que Mandy lo sorprendiera. De nuevo, la policía no quiere que se haga pública esta información. No lo dicen abiertamente, pero creo que, por ahora, Mandy no es la principal sospechosa.

Martin mira a su pareja, ve el alivio en su cara. Le dedica una sonrisa de aliento.

Winifred prosigue:

—Todo indica que la víctima, Jasper Speight, se defendió y sufrió heridas graves: le abrieron el pecho y el abdomen y tenía cortes en las manos. Es posible que estuviera intentando escapar cuando recibió una puñalada por la

espalda. Es probable que ese ataque haya sido el que lo mató, aunque ya estaba herido de muerte.

Winifred hace una pausa, dejando que el peso de la información flote como una prueba material que exige una minuciosa inspección. Martin y Mandy bajan la mirada hacia la mesa, atrapados una vez más por el horror de la escena del crimen. Es Nick quien rompe el silencio.

—El cuchillo: dijo usted que era un cuchillo de filetear. ¿Como los que usan los pescadores?

—Exacto —responde Winifred—. Se consiguen por decenas en un sitio como este.

—El cuchillo ha desaparecido, pero ¿se sabe si hay otras pruebas físicas? —quiere saber Nick—. ¿Encontraron huellas dactilares?

—Muchas —responde ella—, pero no creen que sean de gran utilidad. Piensan que el asesino llevaba guantes. Y, otra vez, eso indica premeditación, lo que vuelve a jugar a favor de Mandy. Si hubiera llevado guantes, ¿dónde están ahora? Y si limpió el mango con un paño, ¿dónde está ese paño? ¿Dónde está el cuchillo? El testimonio de Martin es crucial —añade—. Llegó tan poco tiempo después de la muerte de Jasper Speight que no habría tenido tiempo de deshacerse de nada.

Martin se echa hacia atrás en la silla, sintiendo cómo la tensión comienza a disiparse.

—Entonces, la policía sabe que no tuvimos nada que ver. Estamos fuera de peligro. —Mira a Mandy, que le sonríe.

Pero los abogados guardan silencio. Winifred inspira hondo antes de hablar:
—La principal línea de investigación, aquella en la que de momento están obligados a concentrar recursos, es, sin duda, la del agresor desconocido. Pero no debemos bajar la guardia. Hay otros escenarios posibles: que Mandy conociera al asesino, o que ambos lo conocierais; que seáis cómplices de esa persona o que la estéis encubriendo por algún motivo. O incluso que no haya ningún asesino desconocido: que vosotros dos hayáis actuado juntos. Mandy atrajo a Speight a su casa y Martin lo mató, para luego deshacerse de los guantes y el cuchillo y fabricar pruebas para simular que el atacante huyó por atrás y solo entonces llamar a emergencias.

—¡Es absurdo! —protesta Martin, incrédulo—. Los sanitarios llegaron enseguida. Declararán que Speight acababa de morir.

—Sí. Tienen una base aquí en el pueblo —confirma Winifred—. Ya los han

interrogado.

—Hay otra posibilidad —interviene Nick en voz baja—. Otro escenario. —Todos lo miran, pero él mantiene la cabeza gacha y la mirada fija en la mesa delante de él—. ¿Y si el atacante no siguió a Jasper al interior de la casa? ¿Y si fue al revés? ¿Y si él vio al agresor entrando en la vivienda y lo siguió? ¿Y si se enfrentó a él y fue entonces cuando sufrió el ataque?

Martin y Winifred se giran hacia Mandy. Sus ojos están muy abiertos ante lo que implican las palabras de Nick.

—¿Alguien venía a atacarme a mí? —pregunta.

—¿Tenías la puerta abierta? —indaga Winifred—. ¿Podría haber entrado alguien antes que Jasper?

Mandy niega con la cabeza.

—No. Estoy segura de que estaba cerrada con llave.

—Cuando llegué a la casa, había unas llaves en la cerradura
—apunta Martin.

—Entonces, Jasper abrió y entró —dice Winifred, con los ojos fijos en Mandy, intentando tranquilizarla con el énfasis de su voz—. El blanco era él, no tú.

—Puede ser —responde Mandy, pero no suena convencida.

—Jasper abrió, entró y el atacante lo siguió —interviene Martin; de pronto, la secuencia de hechos le resulta clara—. Esta mañana hablé con Denise Speight, la madre de Jasper. Dijo que la policía cree que a Jasper lo atacaron, y él trató de defenderse y de huir. El asesino estaba detrás de él, en el vestíbulo, y Jasper estaba tratando de correr hacia el interior de la casa. La posición de su cuerpo lo confirma. —Mira a los demás y ve que coinciden.

—Hay otra cosa —dice Winifred al grupo en general—. La policía ya lo sabe, así que vosotros también deberíais estar al tanto. ¿Mandy?

Martin la mira. Ella se muerde el labio. Martin conoce ese gesto, significa que algo le preocupa.

—Escuché el ruido y empecé a bajar las escaleras. Fui con cuidado. Y entonces, vi a Jasper tendido en el suelo, justo donde lo encontraste. Pero no estaba muerto todavía. Bajé, traté de ayudar. Por eso tenía sangre en las manos. Pero no había nada que pudiera hacer. Él estaba como… —Se detiene, vacila, atravesada por un recuerdo—. Estaba como gorgoteando. Intentaba respirar, hablar. Le salían burbujas, burbujas rojas. Como si se estuviera ahogando. No

podía entender lo que decía. Empezó a convulsionar, a toser sangre. Solo entendí una palabra: Martin. —Levanta la mirada—. Lo siento.

—¿Así que había ido a verme? —pregunta Martin.

Mandy asiente.

—Tenía algo en la mano. Intenté quitárselo, pero lo agarraba con fuerza, trataba de hablar. Entonces dijo tu nombre.

—Yo también lo vi —dice Martin—. Era una imagen religiosa. Cristo o uno de los santos. Parecía una postal. Su madre me dijo que tenía miles, las coleccionaba. —Mira a Winifred—. ¿La policía lo mencionó?

Winifred niega con la cabeza; se la ve preocupada y habla en voz baja.

—No. ¿Mandy?

—Sí, me interrogaron al respecto, pero no lo recuerdo con tanta claridad como Martin.

Se hace un silencio. La policía le ha contado a Winifred lo del cuchillo, lo de las heridas de Jasper Speight, pero nada sobre lo que la víctima tenía en la mano.

—¿Cómo sabía Jasper que yo llegaría hoy?

—Yo se lo dije —responde Mandy—. La semana pasada. Le conté que estabas terminando el libro y vendrías el domingo o ayer.

—Si llegaste a Port Silver ayer, ¿cómo te conocía la víctima? —quiere saber Winifred.

—Era amigo mío —explica Martin—. Crecimos juntos. Fue uno de mis mejores amigos en el bachillerato.

—¿Te criaste aquí? —continúa Winifred. Es mitad pregunta, mitad afirmación.

—Sí.

Winifred se gira hacia Mandy.

—¿Y tú lo sabías?

Mandy tiene una expresión preocupada.

—Sí. Jasper me lo contó. Le hacía ilusión volver a tenerte aquí. Dijo que iba a ser genial tener a un periodista de puta madre como tú viviendo en el pueblo.

Winifred y Nick cruzan las miradas, pero todos pueden sentirlo, el vínculo con Martin. Winifred se vuelve hacia él: —Solo para que quede claro: cuando Mandy te dijo que se mudaba a Port Silver, ¿no le contaste que creciste aquí?

Martin abre las manos en un gesto conciliador, aceptando el error.

—Creo que sí se lo dije.

Mandy frunce el ceño, niega con la cabeza.

—Martin dijo que conocía Port Silver muy bien. Eso es lo único que recuerdo.

Los dos abogados vuelven a cruzar las miradas, pero ninguno insiste con el tema.

Nick se dirige a Mandy:

—¿Cómo conociste a Jasper? ¿Estabas esperándolo?

—Era el agente inmobiliario que me alquiló la casa en Riverside Place —explica Mandy—. Esperaba que viniera en algún momento. Tenía que traerme las llaves de mi casa.

—¿Qué casa? —pregunta Nick.

—Heredé una casa. Por esa razón decidí mudarme aquí.

—Frunce el ceño otra vez, mira a Martin. Él se pregunta si es algo que ya le ha contado cuando él no estaba prestando atención, obsesionado con escribir su libro. Mandy lo mira con desdén y sigue hablando con Nick—. Soy beneficiaria de un patrimonio considerable, motivo por el cual Winifred es mi abogada. Heredé muchos bienes en la región de Riverina, cerca de un pueblo llamado Riversend, y también una casa aquí. Pertenecía a mi abuela paterna, Siobhan Snouch. Era la casa de su familia.

—¿Tu abuela? —pregunta Martin.

—Sí, la madre de Harley, mi padre. Murió hace años, y sus bienes pasaron a su marido, Eric, y ahora, a mí. Winifred y Harrold Drake han estado regularizando las escrituras, pagando impuestos atrasados, tasas antiguas y encargando un estudio topográfico. Esperaba tomar posesión esta semana. Así que quizá Jasper me iba a llevar las llaves.

—No creo —objeta Martin—. Hablé con Denise, la madre de Jasper. Estoy seguro de que me lo habría contado.

—Es cierto —acota Winifred—. El estudio ya está casi terminado.

Se hace silencio mientras cuatro mentes tratan de entender el crimen. Martin se pregunta sobre la herencia de Mandy. Por eso eligió Port Silver, es dueña de una casa. Recuerda muy bien cuando ella le dijo que se mudaría allí: tal vez, estaba demasiado impactado como para escuchar el motivo. Niega con la cabeza. No es una buena señal: para una pareja que espera construir un futuro juntos, no están comunicándose muy bien. O, mejor dicho, él no ha estado escuchando con atención. Pero, claro, mientras se dejaba la vida escribiendo su libro en Surry Hills, no se había comunicado con nadie, salvo con su editor.

—¿Dónde está la casa? —pregunta.
—Del otro lado del río, sobre el acantilado, con vistas al mar.
—¿Es la casa de Siobhan Hartigan? —pregunta Nick.
—No me jodas —dice Martin.

Mandy lo espera sentada a la sombra de un pino, en una mesa de pícnic sobre la playa; tiene la mirada perdida en las olas, los pensamientos en otro lugar. Martin ha comprado pescado con patatas fritas para él y sushi para ella. Por un instante, hipnotizada por el reflejo del mar, no percibe su presencia. El sol brilla con fuerza, hace calor, el mar resplandece. Martin se detiene, la observa. Parece una visión encarnada; el sol enciende destellos en su cabello recién teñido de cobrizo. Ella se gira, intuyendo su presencia de algún modo, y sonríe al verlo acercarse; él siente que el mundo recupera su eje, que el horror del homicidio empieza a disiparse bajo la claridad de la luz solar. Mandy sonríe mientras él reparte la comida y chilla de alegría al ver el sushi; le confiesa que aún disfruta con entusiasmo del pescado fresco tras tantos años en el interior.

Mientras comen, ella señala un grupo de colegiales en una clase de surf; suelta una risa ligera como espuma de mar mientras los chicos intentan ponerse de pie sobre las tablas y acaban cayendo al agua serena. Él le señala a un hombre gordo, sin camiseta, con el vientre y el pecho temblorosos como gelatina, que avanza por la orilla imitando el trote, aunque a la velocidad de una caminata lenta. Martin dice que ese será él dentro de unos años; Mandy responde que tal vez ya lo sea. Sus ojos brillan; disfruta del intercambio trivial, de la charla liviana de una vida normal. Martin elogia su color de pelo, ella explica que no quería que la reconocieran como la mujer de los periódicos. Él insiste en que le queda estupendo, ella revela que se lo tiñó sola. Él le recuerda que ahora es una mujer rica y puede pagarse la peluquería. Ella lo manda a la mierda con una sonrisa.

Se quedan en silencio mientras almuerzan, cada uno cómodo en la compañía del otro. El pescado con patatas fritas es grasiento y salado, y está caliente; sabe a gloria. Pescado con patatas fritas, el capricho de los viernes por la noche de su madre. A pesar de todo, nunca se cansó de ese sabor. De niño, había imaginado una vida de riqueza, lujo y descanso, lejos de las penurias de la Barriada: viviría en Nobb Hill, conduciría un coche reluciente y comería pescado con patatas fritas mañana, tarde y noche. Sonríe para sí: quizá todavía llegue a cumplirlo.

Una corriente constante de veraneantes pasa cerca de ellos: mochileros, turistas y jubilados; los pies chirrían sobre la arena fina como talco. El orden impecable del rastrillado matutino ya se ha perdido y han vuelto los patrones naturales: crestas y depresiones que imitan la superficie ondulada del mar. La gente se acomoda aquí y allá, siguiendo una lógica tácita: nunca demasiado cerca de los vecinos. Los jóvenes van con el torso al aire, con cuerpos ágiles, biquinis y piel brillante de protector solar; los mayores llevan sombreros amplios y gafas enormes; tienen la piel arrugada como fruta que se seca al sol. Se ven pocos niños, salvo por los de la clase de surf; es día lectivo.

Sopla una brisa ligera y el sol del comienzo de la tarde es implacable; Martin agradece la sombra del árbol. Observa a los desconocidos alineados frente a ellos como puntos en una presentación. Se ven tan relajados, atrapados en la perfección del día. ¿Serán sus vidas realmente así de sencillas: comer, dormir, ir a la playa? ¿Vidas ocupadas solo por pequeñas decisiones cotidianas? ¿O solo la superficie será tersa y, como en el caso de Mandy y él, habrá inquietantes corrientes profundas? Resulta difícil imaginar que alguien tenga una vida libre de sobresaltos; todos, en mayor o menor medida, viven sus propios dramas, de amor y esperanza, de desesperación y desánimo. Y, sin embargo, cuesta creer que alguno de esos bañistas haya atravesado algo que siquiera se aproxime a lo que Mandy y él han vivido en lo que va del año, y solo están atravesando el tercer mes.

En la orilla, dos madres juegan con sus niños de cuatro o cinco años: construyen un castillo de arena; sus voces animadas viajan con la brisa, entreveradas con el rumor constante de las olas.

—¿Dónde está la guardería de Liam? —pregunta Martin.

—Junto al colegio, en la carretera que lleva a Longton.

—Te pilla cerca.

—Sí. Abrió hace unas pocas semanas. En el momento perfecto. La encargada es una madre soltera, Lexie. Vive en la parte de atrás —explica Mandy—. Se ha encariñado mucho con Liam y no tiene problema en cuidarlo fuera de horario, los fines de semana, cuando sea. Es una bendición.

—¿No es demasiado pequeño para ir a una guardería?

Mandy sonríe.

—No, tiene diez meses. Le hace bien la normalidad. Algunos empiezan a ir a las pocas semanas de nacer. —Se muerde el labio con expresión preocupada—. Liam va a estar bien, ¿no, Martin?

Él se limpia la grasa de la mano.

—Por supuesto. ¿Por qué lo dices?

La preocupación apaga la luz de su rostro.

—No puedo dejar de pensar en Jasper, así, en el suelo. Ahogándose con su propia sangre, escupiendo y borboteando, tratando de respirar. De vivir. Cierro los ojos y estoy otra vez allí, entre los sonidos y los olores. Abro los ojos y veo esto, este paraíso —mueve una mano hacia la playa—. Veo esto y me imagino un futuro aquí, pero cuando cierro los ojos, lo único que veo es el pasado. Siempre está ahí, esperándonos. —Suelta un largo suspiro.

—Mandy, eso pasó ayer. Date tiempo. La policía encontrará al asesino y todo quedará en el pasado. El futuro seguirá aquí, esperándonos. Esperando a que lo construyamos. Con Liam.

Ella asiente, como aceptando las palabras sabias de él, pero tiene el ceño fruncido y los ojos tristes.

—¿Por qué no me contaste que te criaste aquí?

Martin suspira.

—No lo sé. Debería habértelo contado. Supongo que no quería estropear las cosas, estabas tan ilusionada…

—¿Estropear las cosas? ¿En qué sentido?

Él aparta la mirada, incapaz de sostener la de ella. Traga saliva. La verdad. Ahora es el momento de empezar. Vuelve a mirarla, clava sus ojos en los de ella.

—No tuve una buena infancia. Mis padres murieron. Mis hermanas también. Me quedé solo. —Intenta decirlo con tono neutro, como si se tratara de algo corriente, pero sabe que no lo consigue, que la voz lo delata, que ella percibe la emoción contenida tras las palabras.

—Ay, Martin… —Mandy le aprieta la mano con suavidad, pero él ya no puede mirarla. Fija la vista en el mar, sin ver nada, luchando por contener la marejada de emociones que lo sacude. Finalmente, se vuelve hacia ella: —Port Silver era un buen lugar —dice para tranquilizarla—. De verdad, te lo aseguro. Antes de que todo se fuera a la mierda. Ser niño aquí… era genial. Lo había olvidado.

Ella no responde de inmediato; cuando habla, lo hace con voz suave, cargada de empatía.

—¿Por eso no viniste enseguida? ¿Por eso te quedaste en Sídney escribiendo tu libro?

Él se encoge de hombros, finge displicencia.

—Tal vez. No lo sé. Pensé que sería mejor quitarme el libro de encima. Ponerle punto final a Riversend, dejarlo atrás y volver a empezar aquí.

Ella no dice nada, lo observa detenidamente. Él no logra descifrar qué está pensando. Cambia de tema, inclina la conversación hacia el futuro.

—Entonces, fue por la casa…, la casa Hartigan. ¿Por eso elegiste Port Silver?

Ella sonríe.

—Sí, por la casa. Necesitaba alejarme de Riversend, de la sequía, del pasado. Empezar de cero. Siempre quise vivir junto al mar. Pensé en Sídney, en Bondi, o Manly o Balmoral…, pero con Liam, en la ciudad… no. Consideré lugares como Bermagui o Tassle. Y entonces, Winifred me dijo que había heredado la casa aquí. Parecía perfecta. Ya fui a verla desde fuera: una casa antigua revestida en madera, en lo alto del acantilado, con una vista que parece no tener fin. Me inscribí en la universidad Southern Cross, en el programa de educación a distancia. Hay sedes en Lismore y en Coffs Harbour; solo tengo que ir unas semanas al año, el resto puedo hacerlo desde aquí. Arreglar la casa, criar a Liam, estudiar literatura, comer pescado. —Sonríe otra vez, recupera un poco la ligereza de antes, asoman los hoyuelos, la picardía—. Y… estar contigo. Si te animas.

—Claro que sí —afirma él, y le toma la mano. Los demonios de su juventud no son los demonios de ella; su pasado no es el presente de ambos.

Pero ahora la sonrisa de ella desaparece, como si la arrastrara una ráfaga que cruza la playa.

—¿Crees que puede ser perfecto? Jasper Speight murió en mi pasillo…, es como una especie de presagio. Una advertencia. —Fija los ojos en Martin, la mirada intensa—. ¿Crees en el destino?

Martin sonríe.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—¿En serio?

—La primera vez que nos vimos, en la librería de Riversend.

—Tienes buena memoria.

—Imposible olvidarlo. Imposible olvidarte a ti.

Sonríe radiante; se le marcan los hoyuelos.

—Muy hábil —dice, antes de ponerse seria otra vez—. Has cambiado, Martin Scarsden.

—Eso espero.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—¿A qué?

—Al asunto del destino.

—No. Nosotros nos lo construimos.

—¿Y qué dices del karma?

Martin baja la mirada hacia la arena, hacia los que se broncean al sol; las trayectorias separadas de sus vidas se entrecruzan en este preciso momento, en este día, en esta playa.

—No lo sé, tal vez exista. —Sabe que hace unos meses hubiera dicho que la idea era ridícula. Ahora no ahonda en el tema. Quizá haya cambiado de verdad.

—Si alguien quería matar a Jasper, ¿por qué hacerlo en mi casa? —pregunta Mandy.

—Mandy, no es un presagio. La casa, la universidad. La playa. Liam. Tienes razón. Port Silver es el sitio perfecto.

—El pasado siempre está con nosotros, como un fantasma en la habitación.

Ahora es él quien frunce el ceño, inquieto por su tono.

—¿Tú crees?

—Sí. —Los pensamientos cruzan por su rostro como ondas en el agua—. Somos barricadas. Mamparos que resguardan a la próxima generación, que mantienen a raya el pasado para que no los dañe. Para protegerlos. Para proteger a Liam. Todo está allí, detrás de nosotros: los crímenes de su padre y de su abuelo. Lo mismo te pasa a ti, con lo que sea que vivieses aquí. Tenemos que cargar con eso, avanzar con la carga, dejarla atrás. Pero Liam…, él nació limpio, sin mancha. Inocente. Por eso quiero estar aquí. Eso es lo que busco en Port Silver. Quiero que Liam crezca como cualquier otro niño, libre de lo que hubo antes. —Lo mira—. Y quiero que tú también estés aquí. Es nuestra oportunidad, Martin.

—¿Y el destino?

—A la mierda con él. —Otra sonrisa, pero esta vez es desafiante, no divertida.

—A la mierda con el destino —repite Martin como un eco, y le toma la mano.

El mar parece tan calmado, tan benévolo. Pero él lo ha visto en otros días, desatado y feroz, cuando la espuma cubría la playa de extremo a extremo y los barcos se quedaban anclados sin remedio en el puerto durante jornadas enteras, tras el paso de ciclones del norte y depresiones del este. Ahora, hacia el sur, en

el horizonte, más allá del faro y de los surfistas, distingue un frente de nubes. Se acerca un cambio desde el sur, trayendo consigo recuerdos, isobaras de remordimientos. Ya ha dicho bastante: habrá tiempo para contarle más, pero no ahora. Antes deben recuperarse del golpe estremecedor que ha sido el asesinato de Jasper Speight.

—Háblame de la casa —propone Mandy, como si le leyera la mente—. Tú y Nick Poulos parecían conocer bien su historia.

Martin hace una mueca. Sabe que eso implica hablar de su pasado. La casa es, al menos, un buen punto de partida.

—Cuando éramos niños, no vivía nadie allí. Siobhan Hartigan debió de mudarse a Riversend antes de que naciéramos, así que la casa estaba allí arriba, en el promontorio, deshabitada. Poco a poco se iba deteriorando. Tal vez la usaban como casa de veraneo, no lo sé, pero nosotros siempre creímos que estaba vacía. Era legendaria; creíamos que estaba embrujada.

—¿Embrujada? —dice ella, sonriendo—. Eso sí que es interesante. ¿Entraste alguna vez?

—Solo una.

CAPÍTULO 6

Llegan a la casa desde el río, los tres chicos: Martin, Jasper y Scotty. Por casualidad. Los tres con doce años, al borde de la pubertad; se aproxima el cambio tectónico hacia la adolescencia: las chicas, el alcohol, la rebeldía, las hormonas febriles, las familias rotas y las identidades frágiles. Pero por ahora siguen siendo niños; flotan en la canoa de Scotty a la deriva en el río Argyle, inocentes ante el futuro. Libres de problemas, despreocupados, pasan junto al camping y debajo del puente. Tras días de tormenta, el sol quema y la brisa es suave, incluso cuando la marea empieza a cambiar y ayuda al río a avanzar hacia el mar en vez de frenarlo. Ríen y señalan cuando ven pasar primero el puerto y luego el pueblo. Jasper se pone de pie, se baja los pantalones y le muestra el trasero a Port Silver. La canoa se sacude peligrosamente mientras los chicos se desternillan de risa ante tamaña osadía.

Cuando el pueblo empieza a quedar atrás, es hora de regresar. Pero la corriente del río crecido, reforzada por la marea y por la presión contenida de los afluentes cargados de lluvia, está en su contra. Reman con ímpetu, pero las orillas que se alejan cuentan la verdad: van hacia atrás, hacia la desembocadura, hacia el traicionero banco de arena y el mar.

—¡No pinta bien! —exclama Scotty, ya jadeando en la proa de la canoa—. No podemos luchar contra la corriente.

—Es como una corriente de retorno —opina Jasper, sentado en el medio—. Hay que avanzar de lado, llegar a la orilla. O dejarse llevar y salir por la boca del río. Salir al mar y volver por la playa.

—Ni hablar, vayamos hacia la orilla —dice Martin con repentina urgencia en la voz.

No hay duda de a qué orilla apuntar: la corriente los aleja del pueblo y de la ribera sur, que está poblada, hacia la ribera norte, más hostil. A esa altura del río, ya han desaparecido los llanos cerca del camping, y la ribera, empinada, está cubierta de vegetación. Ponen la canoa perpendicular a la corriente, y sienten cómo los empuja hacia el mar; la presión podría volcarla con facilidad.

—¡Remad! —grita Scotty, y ellos reman, siguiendo sus indicaciones con silencioso empeño.

La proa apunta hacia la ribera, pero la corriente los arrastra cada vez más de lado, de modo que los árboles se mueven de derecha a izquierda, como si la canoa viajara sobre una cinta transportadora. Martin teme que no lleguen; la corriente se acelera cuando el río se estrecha por última vez, y la orilla pasa cada vez más rápido. En la ribera derecha, el pueblo empieza a extinguirse y comienza el espigón. Está a punto de rendirse, de decirles a sus amigos que giren la proa hacia el mar antes de que las olas los golpeen de costado y los hagan volcar. Y entonces, lo ven, lo oyen: el banco de arena, espumoso, blanco, ruge hambriento. Se les agrandan los ojos de miedo y, por un momento, dejan de remar, sorprendidos de frente por el destino. Y justo cuando creen que todo está perdido, rozan un pequeño promontorio, una roca grande, y el río vuelve a ensancharse. La corriente que los tenía apresados afloja sus garras. Con desesperación, vuelven a remar con fuerza a contracorriente; Martin y Jasper, al compás del ritmo de Scotty. No hay gritos ni palabras: solo esfuerzo concentrado y ardor de músculos.

Las olas que rompen sobre el banco están cerca, a unos escasos cincuenta metros, perfectamente visibles. Oyen el rugido potente del mar y sienten en la cara la bruma marina. El mar está encrespado tras días de tormenta, y el río, hinchado por las lluvias, lo embiste con furia. El banco, peligroso aun en calma, hoy es una bestia espumosa, rugiente. Es la última oportunidad: o llegan a la orilla o se entregan al torbellino. ¿Cómo ha ocurrido todo tan rápido? Han dejado atrás la roca y, aunque la corriente cede, la línea de la costa también se aparta, revelando una pequeña playa, todavía dentro del banco pero mirando al mar. Una playa escondida, que promete un refugio que ya empieza a desvanecerse. Y entonces… Y entonces, las garras de la corriente se aflojan y los sueltan justo cuando abandonan el flujo del río.

—¡Seguid remando! —grita Jasper por sobre el bramido del oleaje, aunque su voz ya no suena tan desesperada.

Porque junto a la playa, el agua está calmada, fuera del dominio del río y resguardada de la furia marina por el banco de arena; un pequeño remanso de tranquilidad. La canoa vuelve a obedecerles. El ímpetu acumulado los arrastra los últimos metros. La proa raspa la arena; Martin siente cómo lo inunda el alivio, se disuelve la tensión y lo embarga el júbilo.

Todos respiran con dificultad, los músculos extenuados. Guardan silencio un

momento, cada uno perdido en sus pensamientos. Pero la adrenalina sigue fluyendo, y primero uno y luego los otros estallan en carcajadas; la risa los inunda como una ola y les levanta el ánimo de golpe. Martin se deja caer en la canoa, desternillándose de risa. Le duelen las costillas y se queda sin aire; invadido por la euforia del alivio, ríe a carcajadas hasta que le brotan las lágrimas.

Al final, arrastran la canoa mucho más arriba de lo necesario, hasta la marca de la marea alta al pie del acantilado. Se dejan caer en la arena, en fila, mirando desde la bahía inmóvil hacia el banco de arena y el mar abierto. El oleaje se arremolina con furia, blanco como la nieve, rugiendo como mil bocas hambrientas. Ninguno dice nada, pero los tres piensan lo mismo: la frágil embarcación jamás habría sobrevivido el paso al mar.

—Tendremos que esperar a que cambie la marea —dice Scotty.

—Tres o cuatro horas, por lo menos —agrega Martin.

—Más —replica Scotty—. La marea seguirá bajando durante esas tres o cuatro horas. Necesitamos que entre con fuerza para tener una mínima oportunidad contra la corriente. Ha llovido mucho, el caudal del río es bestial.

Jasper y Martin cruzan las miradas. Scotty tiene razón. Pero ya son las cinco de la tarde. Podría ser medianoche antes de que las condiciones fueran ideales. Y hasta entonces, están varados, con el río y el mar por delante, y a espaldas de ellos, detrás de la playa, un acantilado cubierto de selva. Martin señala el oleaje, contenido por el banco y la corriente.

—Si la marejada crece más, las olas pasarán el banco. Y si está demasiado oscuro, no las veremos venir.

—¿Y si nos arriesgamos a cruzar el banco? —propone Jasper. Al ver la incredulidad en la cara de sus amigos, añade—: Solo preguntaba.

—Tal vez podríamos hacerle señas a algún barco de pesca —sugiere Scotty.

—Es demasiado tarde; la flota regresa al mediodía —responde Martin. Su tío Vern es pescador; conoce sus rutinas—. Quizá alguien que vuelva de un día de pesca nos vea.

Contemplan la ferocidad del banco de arena; ningún aficionado se atrevería a cruzar semejante hervidero, y menos aún con la marea en contra.

—Mi viejo me va a matar —dice Scotty—. La canoa es suya.

—Tengo calor —anuncia Jasper—. Me voy a meter al agua.

—Cuidado con la corriente —le advierte Scotty—. No te alejes.

—Sí, sí, claro, claro. —Jasper se quita la camiseta, deja las chanclas en la

arena y se lanza al agua—. ¡Venid, cobardes! —grita, braceando frente a la playa.

—Deberíamos hacer un fuego —dice Scotty—. Racionar el agua.

Martín sonríe; a veces sus dos amigos parecen de mundos distintos.

Va hasta la canoa en busca de las mochilas. Scotty tiene una cantimplora de plástico medio llena y un paquete pequeño de galletas. Jasper tiene media botella de Coca-Cola. Martin tiene tres cigarrillos que le robó a su padre. Scotty observa el conjunto.

—Esto no va a durar. Vamos a tener mucha sed.

—Peor es ahogarse —replica Martin, dándole voz, por fin, al miedo compartido.

Martin y Scotty buscan leña; madera arrastrada por el mar y ramas secas de la espesura detrás de la playa. La apilan junto a un círculo de piedras que dejaron visitantes anteriores, un antiguo fogón por encima de la línea de la marea. Jasper termina su baño, se entibia al sol un rato y luego se une a ellos.

—¿Cómo lo vais a encender? ¿Trajisteis cerillas?

Martin sonríe y les enseña su mechero desechable.

Encienden una fogata, más para entretenerse que por necesidad de calor. Es verano; no oscurecerá hasta dentro de un par de horas. Se fuman los cigarrillos; los tres tratan de no toser, se esfuerzan por parecer más duros de lo que son. Jasper intenta hacer señales de humo con su camiseta sobre el fuego, pero pronto sucumbe a la tos y al aburrimiento.

—Si nos buscan, quizá vean el humo —dice Martin.

—Nadie va a empezar a buscarnos hasta que se den cuenta de que no estamos a la hora de la cena —responde Scotty.

—¡Mierda! —exclama Jasper—. ¡Mirad! —Señala hacia el sur. En el horizonte, ven unos nubarrones de tormenta, aún lejanos, pero amenazantes—. Hace media hora no estaban.

—Lo único que nos faltaba —refunfuña Scotty.

—¿Qué hacemos? —pregunta Jasper.

—Avivar el fuego todo lo posible —sugiere Martin.

—No, buscar refugio —lo contradice Scotty—. Tal vez haya una cornisa por ahí. Mudemos el fuego allí antes de que empiece a llover.

Scotty se dirige al extremo más alejado de la playa y busca un refugio bajo el acantilado, mientras Jasper explora la desembocadura del río, junto a las rocas. Es Martin quien mientras hurga en el borde mismo de la selva encuentra la

escalera tallada en la roca, cubierta de musgo y maleza, pero inconfundible. Llama a los otros.

—¿Adónde lleva? —pregunta Jasper.

—Hasta lo alto del acantilado —responde Martin—. Si logramos subir, seguro habrá senderos. Podríamos salir a pie. Llegar a la carretera antes de que oscurezca.

—¡La casa Hartigan! —exclama Scotty—. Está allí arriba, sobre el acantilado.

Martin y Jasper se miran; vacilan por un instante.

—Bien, vamos, entonces —decreta Jasper—. Antes de que empiece a llover. Antes de que oscurezca.

"Antes de que nos quedemos atrapados", piensa Martin.

Mandy interrumpe el relato de Martin cuando frena de golpe para no atropellar a una anciana que cruza alegremente The Boulevarde en su escúter eléctrico; la banderita naranja flamea alegremente sobre su cabeza. Están atravesando el pueblo, camino a buscar a Liam a la guardería. Mandy dijo que la casa alquilada trae mala suerte y quiere ir a por su hijo antes de la hora para que los tres puedan ponerse a buscar otro lugar donde quedarse. Martin lo entiende.

—Solo necesitamos algo para un par de semanas —sugiere Mandy—. Después podremos mudarnos a la casa.

—¿Está habitable?

—Lo estará, sí.

Mandy maniobra en el tráfico, pasa frente a la entrada del puerto y sortea un par de rotondas. Toman la carretera de Longton hacia el sur, pasando junto a unos locales de comida rápida. La guardería está pegada al instituto, una incorporación reciente. En la época de Martin, el bachillerato exigía un viaje diario en un autobús, lento y precario, subiendo el escarpe hasta el Instituto Longton, una de las razones por las que tan pocos alumnos locales llegaban a terminar el último curso.

—Me gusta tu historia sobre la casa vieja —dice Mandy—. Supongo que subisteis por las escaleras y os refugiasteis allí de la tormenta. Buen karma.

—Sí —murmura Martin—. Buen karma.

Avanzan a paso de tortuga a causa de un tractor que arrastra una maquinaria agrícola descomunal. A la derecha, entre palmeras sueltas, Martin alcanza a ver las viejas casas de fibrocemento de la Barriada, las calles abrasadas de su

infancia, separadas del pueblo por la carretera principal y una franja de cañaverales; son parte de Port Silver, pero al mismo tiempo están aisladas, como si la pobreza y la mala suerte fueran contagiosas. ¿Quién sabe? Tal vez lo sean. Alrededor de las casas, se extienden los campos, y en el horizonte, la interminable ladera verde del escarpe.

Frente a ellos, hacia el sur, las nubes siguen agrandándose; la característica forma de yunque en la parte superior presagia una tormenta eléctrica.

—Oye, Martin —dice Mandy, frunciendo el ceño—. ¿Cómo conocía Nick Poulos la existencia de la casa? Creí que era un recién llegado.

Martin suspira.

—Bueno…, la historia no termina ahí.

Subir la escalera resulta más fácil de decir que de hacer. Desde la playa hasta lo alto del acantilado, habrá unos sesenta metros casi en línea recta. Cuando estaba bien mantenida, medio siglo atrás, el ascenso podía hacerse en unos minutos. Pero ahora está en ruinas. Los primeros metros desde la playa son bastante sencillos: los peldaños están tallados en la arenisca. Los años los han cubierto de musgo, y los chicos deben abrirse paso entre ramas de árboles y arbustos que cuelgan sobre ellos, pero los peldaños resisten, firmes. No así el sendero más arriba. El antiguo sendero en zigzag por la pendiente se ha vuelto borroso: se lo ha tragado la maleza. Al principio, el sendero engaña, parece bien marcado, delimitado a ambos lados por piedras, pero pronto desaparece, engullido por la espesura, y solo vuelve a insinuarse más arriba. Los tres avanzan a tropezones entre helechos y matorrales; pierden el rastro y vuelven a encontrarlo, incapaces de distinguirlo entre la maraña de senderos abiertos por los canguros. Dejan de ver el cielo, tragado por el dosel de la vegetación. No tienen idea de lo cerca que está ya la tormenta. En cualquier otro sitio, podrían confundirse, incluso perderse; aquí, los orientan el abismo de la pendiente y el rumor incesante del oleaje. Lento, lentísimo, el avance continúa. Unos metros más arriba, donde la pendiente se vuelve rocosa y casi vertical, descubren los restos de peldaños de madera, con barandillas y alzadas atornilladas al farallón. Pero el óxido se ha comido los pernos, y la madera se ha podrido, de modo que la estructura se ha aflojado y amenaza con derrumbarse.

—Entonces, vamos bien —dice Jasper con optimismo.

—Mejor, demos la vuelta —sugiere Martin—. Sigamos zigzagueando. Mientras subamos, encontraremos de nuevo el sendero en algún momento.

—Perfecto —dice Jasper—. Tú primero.

—¿Yo? —Martin lo mira, sorprendido.

—Claro. Tienes zapatillas.

Martin baja la vista y mira los pies de sus amigos. Scotty, como él, lleva zapatillas, pero Jasper va descalzo; tiene los pies embarrados y enrojecidos; lleva las chanclas colgadas de la mano, inservibles en esa pendiente resbaladiza.

—¿Estás bien? —pregunta Martin.

—Por supuesto. Nada como ir descalzo.

Martin pasa al frente; aparta helechos, trepa sobre troncos caídos, tanteando a cada paso, extendiendo un pie antes de cargarle todo el peso. De pronto, casi se cae, el corazón en la boca; cuando logra recuperar el aliento, resbala de nuevo. Desesperado, se aferra a las plantas, araña el tronco de un árbol, lo que sea para no despeñarse. Se raspa ambas rodillas, se corta en una mano, pero logra frenar la caída contra un termitero. Las diminutas hormigas blancas, ciegas y translúcidas, lo cubren de inmediato. En el silencio que ahoga incluso el rumor del mar, un canguro atraviesa la espesura a toda carrera, muy cerca, pero invisible. Martin se aferra a la raíz expuesta de una palmera y, tirando de ella, logra incorporarse. Vuelve a trepar a cuatro patas por la pendiente y les advierte a sus amigos que tengan cuidado.

La naturaleza vuelve a apremiarlos. A medida que ascienden y el rugido de las olas se atenúa, otro sonido se impone: se aproximan los truenos. Desaparece el sol, y la claridad moteada del bosque se convierte en una penumbra inquietante. El aire se aquieta, muere la brisa, el día contiene la respiración. A Martin se le taponan los oídos; va a decir algo cuando un relámpago ilumina el cielo y penetra la bóveda de vegetación como una radiografía, seguido casi de inmediato por un trueno ensordecedor que rebota alrededor de ellos y más allá, y retumba en sus entrañas; la tierra misma parece estremecerse ante su fuerza. Como si el rayo las hubiese liberado, comienzan a caer gruesas gotas que salpican, ruidosas. La tormenta está casi encima de ellos.

—¡Vamos, rápido! —exclama Martin. Se olvida de buscar el antiguo sendero y los peldaños, y se lanza hacia arriba, empujando con los pies, aferrándose con las manos, sin pensar en los arañazos ni en los apoyos inseguros. Trepa como puede, escuchando tras de sí el esfuerzo de los otros dos. Cinco metros, luego diez, un poco más, hasta que se topa con un sendero mejor definido donde la pendiente se torna menos pronunciada—. ¡Por aquí! —grita—. ¡El sendero! ¡El

sendero! —Espera a que primero Scotty y luego Jasper emerjan de entre la vegetación. El pie izquierdo de Jasper está ensangrentado.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca.

Entonces, el viento arremete, rugiendo entre los árboles, sacudiendo copas y matorrales. Con él llega la lluvia, ya no en gotas dispersas, ya no atenuada por la bóveda verde, sino en una cortina oblicua, fría, cortante, cruel. Otro relámpago cegador cruza el cielo; su resplandor se imprime en los párpados de Martin, y el trueno estalla enseguida, como la voz misma de Dios. Los chicos ya no necesitan hablar; corren como si el mismísimo demonio los persiguiera. Salen a tropezones de la selva, y ahí está la vieja casona de la familia Hartigan.

¿Dudan? Quizá por un instante. Y como si la tormenta presintiera esa vacilación, redobla su furia. Chilla otro relámpago, estalla otro trueno que les sacude las entrañas. La lluvia se convierte en un granizo cruel que azota las camisas finas, los brazos desnudos, las piernas arañadas. Echan a correr, ya sin titubeos, hasta la galería de la casa. Pero el agua cae casi horizontal, el alero no los ampara y la casona cruje como si protestara. Rodean la galería hasta el lado norte, a sotavento, y solo allí encuentran refugio del viento, de la lluvia y del granizo, solo allí encuentran un rincón seco, algo de calma para poder hablar. A su alrededor, la casa gime, como quejándose de la violencia del temporal o de la presencia de ellos, mientras el granizo aúlla y martilla el techo de chapa.

—¡Qué bien! —dice Jasper—. Estamos a salvo.

—No tiene nada de bueno —objeta Scotty—. Mis padres, nuestras familias, van a pensar que estamos a la intemperie, que nos hemos ahogado.

—Cuando vean que no fue así, estarán tan aliviados que no les importará ni la canoa, ni que nos hayamos alejado tanto por el río, ni que nos hayamos refugiado aquí —dice Jasper.

Se quedan un momento en silencio, mirando la muralla gris de la tormenta. Los árboles más cercanos, a unos veinte metros, casi no se distinguen en el vendaval. Martin tirita; están a salvo, sí, pero empapados y ateridos.

—¡Su puta madre, ojalá no nos hubiéramos fumado esos cigarrillos! —se queja Jasper.

Martin se vuelve para contestarle, pero enmudece al ver que el pie de Jasper sigue sangrando de una herida profunda.

—Mierda. Déjame ver.

—No es nada —responde Jasper, aunque un temblor involuntario desmiente

su actitud displicente. Martin le toma el pie y ve que la sangre se mezcla con el fango entre sus dedos. Desde el alero de la galería caen chorros de agua.

—Vamos —dice Martin—, limpiémoslo.

Jasper se levanta, cojea hasta el borde de la galería y sostiene el pie bajo el agua; hace una mueca de dolor cuando la lluvia golpea la herida. Martin le despega la suciedad y deja al descubierto un corte profundo e irregular en la planta del pie, del que sigue brotando sangre.

—¡Mierda! —maldice Martin de nuevo.

Jasper gira el pie para inspeccionar mejor la herida.

—Los he visto peores.

Scotty se les ha unido.

—Puede que necesites puntos.

—¿En serio?

—Tal vez. Pero tenemos que aplicar presión, mantenerlo en alto, para ver si podemos detener el sangrado.

—¿Dónde lo aprendiste?

—En los *Boy Scouts.*

—Ah, claro.

Jasper se estremece otra vez; la tormenta no da tregua. Los tres saben cómo sigue esto. Necesitan entrar en la casa. Quedarse allí a la intemperie es una locura. Aun sin la herida de Jasper, están empapados hasta los huesos y congelados. Y se acerca la noche.

Prueban con las puertas francesas al final de la galería, justo donde la casa da hacia el este, pero están cerradas. Martin hace frente a la lluvia, rodea la casa y descubre que las demás puertas —las que dan al camino de acceso y las que miran hacia el bosque— también están cerradas con llave. Vuelve empapado y aterido.

—¡Aquí! —anuncia Scotty. Ha encontrado una ventana rota, cubierta con una tabla mal clavada al marco. El viento la hace vibrar; los clavos están flojos.
—Quitemos esto.
—Desliza los dedos por detrás, empieza a aflojar la madera. Un instante después, la arranca y deja al descubierto una ventana guillotina cuyo cristal superior está roto—. ¡Listo!
—Mete la mano con cuidado de no cortarse y libera el pestillo. Junto con Martin, colocan las manos bajo el marco y forcejean hasta que cede y logran levantar la hoja inferior—. ¡Bien hecho! —agrega.

Dentro, está seco y oscuro, y hay silencio, a pesar de que la casa parece estremecerse y gemir. Están en una habitación amplia, una sala de estar con ventanales curvos hacia tres lados. Martin y Scotty tiran de las cortinas frágiles por los años y pesadas de polvo; una de ellas se desgarra cuando Scotty la arrastra por la barra. Entra un poco más de luz, junto con el ruido de la tormenta. Martin prueba un interruptor; nadie se sorprende ante la falta de resultados.

Scotty arrastra un sofá de dos plazas hacia la luz que entra por la ventana.

—Ven, Jasper. Siéntate aquí y pon el pie en alto. —Jasper brinca hasta el sofá y obedece, tumbándose de lado para colocar el pie ensangrentado sobre el apoyabrazos. Martin y Scotty se miran: la herida sigue sangrando. Necesitan vendas. A su alrededor, la casa parece hablar: cruje, emite chasquidos, gemidos y chillidos bajo el repiqueteo de la lluvia. Una ráfaga la azota, un relámpago ilumina ventanas, postigos y cortinas, inundando la sala de luz. Contienen la respiración, esperando el trueno, que estalla con tanta fuerza que sacude la estructura y hace vibrar los cristales y los marcos de los cuadros. En los dos extremos de la pared sin ventanas, hay sendas puertas que conducen a la parte principal de la casa; en el medio, una chimenea de gran tamaño.

Martin abre la puerta de la izquierda; Scotty lo sigue de cerca. Da a un pasillo largo que recorre el lado sur de la casa. Las ventanas están clausuradas. Martin se adentra en la penumbra, avanzando a tientas. A la derecha, hay una puerta, luego otra, y más allá, una escalera que lleva a la planta superior. El pasillo termina en la entrada principal.

—Regresemos —susurra.

Vuelven a la sala de estar, levantan el pulgar hacia Jasper para tranquilizarlo y prueban la otra puerta. Se abre a un comedor, con ventanas a la derecha. Pero lo que llama la atención es la mesa: madera maciza, cubierta de polvo, moscas muertas y excremento de ratón, platos y cubiertos, botellas vacías, servilletas arrugadas, huesos; los restos de un festín. En algún momento —semanas, meses o quizá años atrás— alguien entró allí, celebró una cena y dejó todo tal cual.

—Alguien se marchó a toda prisa. —Scotty traga saliva, los ojos abiertos como platos.

Se ven dos puertas, ambas cerradas: una a la izquierda, que debe llevar al pasillo; otra frente a ellos. Pasan junto a la mesa con cautela, en dirección a esta última, que está más alejada. De un lado, ruge la tormenta; del otro, acechan

los restos del festín abandonado. Martin se estremece y se convence de que es por el frío. Llegan hasta la puerta, pero algo no va bien: del otro lado, se oyen golpes rítmicos, aun por encima de la tormenta. Martin y Scotty se miran, asustados. Scotty hace una señal muda: quiere decidir con piedra, papel o tijera. Su puta madre. Martin asiente de mala gana. Uno, dos, tres. Martin tiene papel. Scotty, tijera. Martin apoya la mano en el picaporte, mientras Scotty retrocede lentamente hacia la sala de estar.

Despacio, muy despacio, Martin empuja la puerta. Se abre a una cocina. Vacía. Enseguida descubre el origen de los golpes: un postigo suelto, azotado por el viento. Suspira, soltando el aire contenido, y hace señas a Scotty para que se acerque. Entran en la cocina amplia, donde hay una mesa y cuatro sillas bajo una ventana. Las encimeras están cubiertas de platos sucios y envoltorios de comida.

—Es distinto —murmura Scotty.

—¿Distinto por qué?

—Hay mal olor.

Tiene razón. Un hedor a comida podrida, a carne en descomposición, invade el ambiente. Martin observa el postigo que golpea; la ventana guillotina está abierta unos centímetros. Circula aire en la habitación, pero el olor persiste. En el fregadero, atestado de platos y restos de comida en descomposición, gotea agua del grifo. Alguien ha estado allí mucho más recientemente que los comensales del comedor.

—Larguémonos de aquí —dice Scotty.

—No podemos mover a Jasper —responde Martin—. Busca un recipiente y llénalo de agua. Veré si encuentro vendas.

A regañadientes, Scotty se acerca al fregadero. Martin revisa un armario, encuentra una jarra de plástico azul con el fondo cubierto de polvo y restos resecos de polillas.

—Toma —dice, lanzándosela con deliberado descuido a Scotty, que se sobresalta, la manotea y casi no logra atraparla. Martin sonríe. Revisa los cajones junto al armario: manteles individuales, utensilios. En el tercero, encuentra lo que buscaba: paños de cocina. El de arriba está cubierto por una fina capa de polvo y moho, incluso mal doblado dentro del cajón, pero los de abajo están limpios y doblados con cuidado. Toma varios, espera a que Scotty termine de lavar la jarra y llenarla de agua. Se miran, asienten y regresan sin demora, pasando de nuevo por el comedor hacia la sala de estar.

Jasper sigue en el sillón junto a las puertas francesas. Tiene el pie en alto y lo contempla con una mueca de dolor. Al ver regresar a sus amigos, su rostro se ilumina de alivio. Martin cree distinguir lágrimas en sus ojos, pero ni él ni Scotty comentan nada.

—Déjame a mí —dice Scotty, arrodillándose junto a Jasper—. Lo hacíamos en los *Scouts.*

El interior de la casa está seco, y no entra el viento, pero Martin empieza a tiritar. Se acerca a la chimenea. La rejilla metálica está tirada a un lado. Junto al hogar, un montón de ramas secas, cortadas o rotas. Necesita algún elemento combustible para encender un fuego. Recorre la sala buscando un periódico o una revista, pero no encuentra nada. Mientras sopesa la idea de volver a adentrarse en la casa, descubre una estantería bajo las ventanas del lado norte. Libros. En la parte inferior, una colección de tomos de enciclopedia, y apretados entre ellas, una docena de cómics. Los saca. *El Enmascarado*. Ni hablar de quemarlos. Se los lleva a Scotty, que está limpiando la herida de Jasper.

—¡Mira esto! —exclama, tendiéndole los cómics a Jasper, que los recibe con una sonrisa.

De nuevo frente a la estantería, Martin se pregunta qué tomo de la enciclopedia sacrificar. Escoge el más delgado: U-V. Nadie echará de menos la U-V. Vuelve a la chimenea y antes de arrancar las páginas utiliza el libro para abrir un hueco en las cenizas.

—¡La madre que me parió! —exclama, volviéndose hacia los otros—. ¡Scotty, ven!

—Un minuto, ya casi he terminado. ¿Qué pasa?

—La chimenea —dice Martin—. ¡Todavía está caliente!

El silencio cae sobre ellos con un peso siniestro. Jasper mira a Martin, incrédulo; los ojos de Scotty se elevan hacia el techo, hacia la planta superior.

—Qué bien —dice Jasper tratando de hablar con confianza—. Podrán ayudarnos.

Martin piensa en el comedor, el festín abandonado, la cocina hedionda y sucia. Todos sus instintos le gritan que nada bueno puede salir de eso.

Scotty termina el vendaje improvisado del pie de Jasper, convertido ahora en un bulto hinchado de paños de cocina; se levanta, se acerca a la chimenea y, de rodillas, extiende la palma sobre las cenizas. Confirma lo que Martin ya había comprobado.

—Tenemos que salir de aquí —susurra. Lo único que escuchan es la hostilidad de la tormenta que ruge fuera.

Martin está a punto de proponer que Scotty se quede con Jasper mientras él va en busca de ayuda cuando la puerta del pasillo se abre con estrépito. Entra un hombre, mascullando groserías. Pelo canoso y enmarañado, ojos de mirada salvaje, una mueca que deja ver dientes amarillos y quebrados. Y en la mano, con el filo hacia delante, empuña un hacha.

Por un instante, un microsegundo que se estira hasta el infinito, todos se quedan petrificados, atrapados en la enormidad de la confrontación, en su horror implícito. El primero en reaccionar es Scotty: se pone de pie de un salto, aparta a Martin de un empujón y corre hacia la puerta del comedor. Martin lanza una mirada a Jasper, que se ha puesto de pie y avanza hacia las puertas francesas.

—¡Alto! —ruge el hombre del hacha—. ¡Alto!

Martin no se detiene, huye tras Scotty; atraviesan el comedor y llegan a la cocina. Scotty forcejea, desesperado, con el picaporte de la puerta trasera: está cerrada con llave.

—¡Mierda! —exclama Martin. Cierra de un golpe la puerta del comedor y atranca una silla bajo el picaporte, como en las películas. Luego, empuja la mesa hasta encajar una de sus patas contra la silla—. ¡La ventana! —grita—. ¡Por la ventana!

Scotty comprende al instante, mira hacia la ventana y abre la boca justo cuando la hoja del hacha atraviesa la madera de la puerta. En un segundo, ambos chicos están en la ventana, levantándola a tirones. Scotty se lanza primero y Martin detrás; cae al suelo encharcado, el agua del tejado se derrama sobre él. Se vuelve a mirar; el picaporte de la puerta del comedor salta en pedazos, destruida por los golpes del hacha.

—¡Vamos! —grita Scotty—. ¡Corre!

—¿Y Jasper?

—¡Joder, tiene un hacha!

—¡Esperad, no voy a haceros daño! —La voz del hombre suena a un metro de distancia; asoma la cabeza por la ventana, pero el arma que sujeta desmiente sus palabras.

Scotty echa a correr, se pierde en la tormenta. Martin retrocede lentamente, no huye. El hombre es demasiado pesado, demasiado viejo; no puede salir con facilidad por la ventana para perseguirlos. Martin lo mira a los ojos, y en ellos

ve locura, desesperación, violencia y algo más, algo que implora, que suplica comprensión.

—¡No os vayáis! —dice el hombre—. ¡No soy peligroso!

Martin quiere huir, sabe que debe hacerlo, pero comprende que cuanto más tiempo logre retener la atención del loco, más posibilidades tendrá Jasper de abrir las puertas francesas y escapar cojeando. A menos que ya esté muerto.

—¿Quién eres? —le grita—. ¿Qué haces aquí?

—Nadie… Solo me refugio. Como vosotros. —Trata de hablar con voz tranquila, reconfortante y, casi lo consigue.

Martin vacila. Entonces, la cabeza del hombre desaparece de la ventana. Y casi demasiado tarde Martin lo entiende: la otra puerta. La del final del pasillo. La puerta principal. Sale disparado, corre bajo la lluvia cegadora. Descubre que está en un camino de acceso, un sendero entre la maleza. Mira atrás: el hombre avanza, tambaleándose, desde la puerta principal. Da unos pasos bajo la lluvia. Martin tiene la impresión de que cojea. De pronto, se da cuenta de que está a salvo, de que ese hombre no podrá alcanzarlo. Lo ve girar, todavía con el hacha en la mano, y regresar al interior de la casa. Gritando el nombre de Scotty, Martin echa a correr por el sendero y se interna en la selva, que bajo el aguacero y en la penumbra parece, extrañamente, más acogedora que hostil.

Mandy detiene el coche en el arcén, enciende las luces de emergencia. La tormenta los ha sorprendido justo antes de llegar al edificio del colegio; la lluvia retumba en el techo, inunda el parabrisas. El limpiaparabrisas parece incapaz de seguirle el ritmo, la visibilidad reducida hace que sea peligroso avanzar. Sus ojos brillan de asombro y alegría; la lluvia sigue siendo una novedad tras los años de sequía en el interior. Ni siquiera la inquieta la huida de Martin cuando era niño.

—¡Me encanta esto! —exclama.

Martin sonríe. Conoce ese clima: tormentas repentinas con aguaceros violentos que duran unos minutos y luego se alejan, mientras que a un par de kilómetros no cae ni una gota. Muy distintas de la tormenta que los había castigado en la casa Hartigan.

—¿Qué pasó después? —pregunta Mandy—. Jasper logró escapar, ¿no?

—No, en realidad, no. Al final, alcancé a Scotty. Lo encontré solo, llorando. Pensaba que Jasper y yo estábamos muertos. Cuando conseguimos llegar a la calle de atrás y salir a Dunes Road, ya estaba oscuro. Casi habíamos llegado al

puente que lleva al pueblo cuando el policía local, el sargento Mackie, nos encontró. Nos estaban buscando.

—¿Y qué pasó?

—Le contamos a Mackie lo del tipo con el hacha. Nos dejó en la comisaría, recogió a un agente, tomaron sus armas y partieron hacia la casa Hartigan. Encontraron a Jasper en la sala de estar donde lo habíamos dejado, pero con un fuego encendido y el pie bien vendado, comiendo alubias con tostadas. El viejo lo había curado… y después se marchó.

Mandy sonríe, aliviada.

—¡Qué bonita historia! El hombre era inofensivo, la casa os salvó. Buen karma.

Martin siente la tentación de dejarlo allí, de permitir que ella conserve esa idea, pero sus ojos lo traicionan.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Ese hombre no era inofensivo. Era un prófugo. Lo buscaban en Victoria por homicidio y cosas peores.

Mandy se pone seria mientras procesa esa información.

—¿Y estaba viviendo allí? ¿En mi casa?

Martin sabe lo que debe decir.

—Es buen karma, Mandy, tienes razón. ¡Lo es! La casa nos salvó, sí. Nadie salió herido. Y al mismo tiempo, entregó a un asesino que llevaba meses huyendo de la policía. Mackie no era un ingenuo; no se dejó engañar por unas alubias y una chimenea encendida. Lo siguió, lo atrapó. Es karma del mejor, en serio.

Mandy se queda mirando la lluvia con gesto incierto.

—Puede ser —murmura.

El aguacero amaina y, de pronto, deja de llover. El sol se abre paso, vuelve a aparecer el horizonte. A la derecha, los cañaverales se extienden hasta el escarpe; resplandecen, verdes, casi iridiscentes, maduros y listos para la cosecha.

—Mira —dice Martin.

Un arcoíris ha aparecido en el cielo a su izquierda, bajo, pero bien definido contra el muro gris del frente que se aleja. Mandy alza las cejas, como si le concediera la razón. Enciende el coche y conduce, concentrada, con el ceño fruncido.

Martin contempla el arcoíris, la franja soleada de los cañaverales. No le habla de la recompensa: veinte mil dólares, repartidos entre los tres chicos, ni de

cómo Scotty se compró un juego de química y una raqueta de tenis, y Jasper se compró una moto de cross y abrió una cuenta de banco con chequera. Y Martin, nada. Tampoco le habla de la comisaría: de cómo los padres de Scotty estaban esperando allí, fuera de sí por la preocupación, y lloraron de alegría cuando recuperaron a su hijo. La canoa quedó perdonada y olvidada. No le cuenta que Denise Speight lo fulminó con la mirada para luego rezar en silencio mientras Mackie y su asistente partían a averiguar el destino de Jasper. Y tampoco le cuenta que, cuando Mackie lo dejó en su casa cerca de la medianoche, su padre se despertó de una borrachera frente al televisor.

—¿Martin? Creí que estabas durmiendo.

CAPÍTULO 7

El colegio se ha construido en los cañaverales en el límite del pueblo, sobre la carretera a Longton. Está formado por edificios rectangulares sobre un predio igualmente rectangular; parecen sacados de Ikea y montados con una llave Allen gigante. Cuadrados de colores primarios intentan darle algo de vida, pero no lo logran. Una reja de barras negras de acero, con puntas discretas, marca el límite entre el instituto y los cañaverales, ya sea para mantener fuera a los intrusos o dentro a los alumnos. Las cañas tienen la misma altura que la reja y se ciernen sobre ella desde tres lados, moviéndose en el viento como si avanzaran, desafiando la rigidez de la verja y la permanencia de la escuela. Martin piensa en serpientes. La reja no las detendría. ¿Seguirán escondiéndose entre los tallos azucarados o se habrán extinguido, suicidándose en masa tras atiborrarse de sapos de cañaveral? De esos anfibios silvestres, hay de sobra: retozan en el campo de deportes del colegio después de la lluvia, brincando en un ballet desagradable. Algunos han quedado aplastados en el asfalto de la entrada tras haberse alejado demasiado de su escenario. Mandy atropella algunos más al entrar en la finca, indiferente a su destino, convertida ya en una lugareña. Cuando Martin era niño, los sapos no habían llegado tan al sur; perros, gatos y serpientes podían andar sin peligro. Había confianza en que los inviernos más fríos de Nueva Gales del Sur los mantendrían a raya. Ahora, debido al cambio climático, tal vez algún día lleguen hasta Sídney. Sapos en la bahía, carpas en el río Murray. ¿Qué sigue? ¿Cocodrilos en el río Brisbane?

Lo más llamativo del colegio es su cartel: "INSTITUTO DOUG ANTHONY", que grita desde un muro imponente de piedra, escoltado por otro letrero más grande de acero que declara que la construcción fue financiada por el Gobierno federal. Ventajas de vivir en un distrito electoral disputado. Martin se pregunta si habrán construido el instituto por la creciente demanda o simplemente como soborno electoral. Tal vez, ambas cosas.

El entorno del colegio es demasiado nuevo para dar sombra; en la entrada y junto a la reja, crecen arbolitos de no más de un metro de altura; se ven tubos

negros de riego estirados como picos de crías hambrientas. Los coches viejos de profesores y alumnos se cuecen en el aparcamiento; la única diferencia entre ellos son las insignias: placas de principiante y siluetas de hojas de marihuana frente a carteles de "BEBÉ A BORDO" y pegatinas de los Broncos. Todos están dentro, terminando las últimas clases del día. Salvo por los sapos que juguetean y por el vaivén de las cañas, no hay movimiento. Mandy cruza el aparcamiento y vuelve a salir por la reja posterior; deja atrás el asfalto para tomar un camino de grava gris compactada que se extiende, recto, entre hileras de caña. A los cien metros, el verde se abre y aparece la guardería. Es la casa original de la finca, cobijada por árboles altos y frescos, una construcción baja que parece asentada en el paisaje, de madera recién pintada. Una cerca nueva de chapa de acero pintada rodea el terreno, a prueba de serpientes y sapos. Junto a la entrada, se ve un palo de golf, un hierro nueve, una invitación abierta a padres y visitantes.

Mandy aparca a la sombra de una hilera de álamos. Apaga el motor, pero antes de salir, toma la mano de Martin, le habla con suavidad, con el rostro serio, trayéndolo de vuelta de sus pensamientos.

—Ya sabes todo sobre mis padres. Fui concebida cuando mi padre violó a mi madre. Ella murió, él está prófugo. Nada puede ser peor que eso. —Hace una pausa—. Mírame.

Martin se da cuenta de que ha estado mirando fijamente hacia delante, sin ver, con los ojos clavados en la guardería. Gira la cabeza y nota la preocupación de ella.

—Duele, Martin —continúa Mandy—. Me duele saber lo que le pasó a mi madre, cómo se redujo su vida. Pero no puedo cambiarlo. Si hay vergüenza ahí, no es mía; si hay culpa, no es mía. Estoy lidiando con ello. Por mí. Por Liam. Por nosotros. ¿Entiendes? Por nosotros.

Martin asiente. Comprende lo que está diciendo, siente que ella espera una respuesta. Si quiere mantener una relación con esta mujer, tiene que dejarla entrar, contarle su pasado. Pero primero, necesita enfrentarlo él mismo. No, "enfrentarlo", no: esa no es la palabra correcta. Hace que suene como una lucha, algo contra lo que pelea. Tiene que "aceptarlo". Inspira hondo, desvía la mirada, vuelve a fijar la vista en la guardería.

—Mi madre y mis hermanas murieron cuando tenía ocho años. Un accidente de tráfico. Mi padre murió cuando tenía dieciséis.

Siente que Mandy lo mira, intentando atravesar su silencio, buscar lo que hay

debajo.

—¿Están enterrados aquí?

—Supongo que sí.

—¿No lo sabes?

Él vuelve a mirarla.

—Sí. Están enterrados aquí. Deben de estarlo. —Traga saliva; ella espera—. Nunca he visitado sus tumbas.

Mandy no dice nada.

—Era demasiado doloroso —explica Martin.

—¿Estuviste en el funeral?

—No.

—¿Por eso no me dijiste que eras de aquí? Yo te conté que iba a mudarme a Port Silver y tú esquivaste el tema. ¿Es porque te sigue resultando doloroso?

—En realidad, no. Simplemente, lo bloqueé. Como dijiste: lo dejé atrás, miré hacia delante.

Otro silencio. Mandy asiente, como si tomara una decisión.

—Así que tuviste una infancia de mierda. Lo entiendo. Igual que yo. Pero no se la puede ignorar. Lo sé, lo intenté. No funcionó. Te perseguirá; nos dañará.

—Lo sé —responde Martin con pesar—. Tienes razón.

—Bien. No quiero pedazos de ti; te quiero entero. No lo arruines.

Él la mira. Asiente.

Pero Mandy no ha terminado.

—No sabes cuánto deseaba que llegaras. Mudarnos a la casa. Empezar una vida completamente nueva. Lo único que quiero del pasado es a Liam, nada más. Pero si el pasado viene a buscarme, estoy lista. Voy a plantarle cara. No es mi dueño, no va a determinar quién soy, y tú no puedes dejar que determine quién eres.

—¿Entonces, yo no soy el pasado? ¿No soy parte de todo aquello, en Riversend?

Ella sonríe, una sonrisa llena de asombro y anhelo.

—No, Martin. No eres el pasado. Eres el presente. Y espero que seas el futuro.

Le aprieta la mano y sale del coche; Martin se queda mirándola mientras entra en la guardería. Se maravilla de su fortaleza, de su resistencia. Es a ella a quien están investigando por homicidio; es ella la que presenció la muerte horrenda de Jasper Speight el día anterior. Es él quien debería estar

apoyándola, no al revés. Tiene que ponerse a la altura. Puede que ya no sea el corresponsal extranjero invencible de otros tiempos, pero eso no quiere decir que tenga que ser patético.

Martin llega a su casa, de vuelta de algún sitio que ha olvidado; de pasar el rato con Jasper y Scotty, o de caminar solo, o de leer junto al río. De algún lugar que no es su casa. ¿Qué edad tiene? Once, tal vez doce. Sigue siendo un niño. Es una noche cálida, pero empieza a llover; ya es hora de estar bajo techo, no a la intemperie. Si tiene suerte, su padre seguirá por allí, bebiendo sin medida en el club de surf y alimentando las tragaperras. O quizá el sargento Mackie lo haya encerrado en el calabozo por esa noche. Si está en casa, Martin espera que Ron Scarsden esté tan borracho que ya se haya desplomado en su sillón reclinable de vinilo, con el cinturón desabrochado, la camiseta manchada de comida, alcohol y babas, mientras la televisión vomita banalidades. Esa es su esperanza: no tener que interactuar con un padre que ya no parece interesado en interactuar con él. No es un hombre violento ni cruel, es solo un hombre ausente. Y que vive borracho. Así que sí, es posible que Martin tenga unos doce años y esté yendo a la deriva hacia la adolescencia.

Pero esa noche es peor, mucho peor. Su padre está borracho, por supuesto, pero no dormido. Cualquier cosa menos dormido. Martin se da cuenta tan pronto como entra: las risitas agudas, los gruñidos porcinos, el plap, plap, plap de carne contra carne. Su padre, revolcándose con Hester, una vecina de la calle. Está inclinada sobre la mesa del comedor, y su padre bombea detrás de ella como una locomotora con poco carbón. Traca, traca, traca. Martin se queda mirando, abrumado por la fealdad de la escena, y se pregunta si la suerte le regalará un infarto a su padre; piensa si de ese sonido provendrá la expresión "darle a la matraca". Traca, traca, traca. Hester lo mira y sonríe lascivamente; su teta izquierda rebota de un lado a otro, tiene las mejillas difuminadas por el colorete. Su padre, demasiado absorto en meterla y sacarla, no se percata de su presencia al principio; luego se vuelve, jadeando, sin aire suficiente como para echarlo. Martin se gira y se va. La lluvia está fría, pero limpia. Fría y limpia.

En el coche de Mandy, frente a la guardería, mientras el sol se esfuerza por borrar los efectos del aguacero, Martin se estremece, incómodo, adormilado por el calor. Pero el dique se ha roto y el pasado se le viene encima; es como una serpiente del cañaveral que espera su momento, su oportunidad.

Más tarde esa misma noche, Hester ya se ha ido, su padre yace en coma

etílico en la cama y Martin tiene la sala de estar para sí; el enorme televisor de retroproyección, el último despojo del botín de la lotería, transmite imágenes desde Berlín. Martin se sienta y mira, fascinado. Se está derrumbando el muro, el odiado muro. Ve hombres que atacan el hormigón lleno de grafitis con mazas, con cinceles, con sus propias manos, y alrededor la gente canta y grita, llora y ríe. Jóvenes con cortes de pelo poco favorecedores se sientan a horcajadas sobre el muro, compartiendo una botella, lanzando signos de paz y sonriendo a la cámara. Una toma amplia: una marea de personas se abre paso por un hueco en el cemento, avanza a través de esa brecha en la historia, irrumpiendo en la conciencia de Martin. Y en medio de esa multitud desbordada, vociferante, un hombre sereno, imperturbable, se dirige a la cámara con precisión clínica, dicción perfecta, camisa azul impecable; se yergue sobre el tumulto y habla con la seriedad de la profecía, poniéndolo todo en perspectiva, una isla de lógica en un mar encrespado de emociones.

—Esto es, sin lugar a dudas, historia. Historia en construcción —afirma el corresponsal extranjero, y Martin comprende que es la verdad.

La inmobiliaria de Denise Speight está cerrada. Un cartel escrito a mano, pegado en el cristal de la puerta, lo explica todo: "CERRADO HASTA NUEVO AVISO POR FALLECIMIENTO DE UN FAMILIAR. LOS DETALLES DEL FUNERAL SE PUBLICARÁN EN EL *LONGTON OBSERVER*".

Al final, siguió el consejo de Martin y se tomó unos días.

—¿Y ahora? —pregunta Mandy, meciendo a Liam sobre la cadera.

—¿Un hotel? —propone Martin.

—¿En serio? ¿No podemos buscar algo mejor que eso? Quiero un sitio privado, con cocina, baño y lavadero. No puedo cuidar a un bebé en una habitación de hotel. Y no quiero estar en público, para que todos me señalen y hablen por lo bajo.

—¿La casa que alquilaste?

—No, ya te lo dije. No voy a quedarme ahí. No puedo.

—Probaré con Airbnb. Y con Vern. Seguro que él conoce algún sitio.

—¿Vern? ¿Quién es Vern?

—Mi tío.

Ella lo mira, incrédula.

—¿Tu tío? ¿Tienes un tío aquí?

—Sí. El hermano de mi madre. Me crucé con él hoy, por casualidad.

Mandy niega con la cabeza, fastidiada.

—Por supuesto. ¿Y cuándo pensabas contármelo?

Martin se mira los pies.

—Nos ha invitado a cenar. En su casa.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Esta noche.

—¡Ay, joder, Martin! No. —Su fastidio es más que evidente—. Soy sospechosa de un asesinato, por si lo has olvidado. Tu antiguo compañero de colegio se desangró delante de mí ayer por la mañana, me manchó con su sangre. Pasé la mitad de la noche en un calabozo. Tengo a un bebé de diez meses a mi cargo. No voy a salir a comer y beber vino con tus parientes. No. —Su voz suena cortante, parece al borde de la histeria.

Martin comprende que debe de haber dormido muy poco y que el día largo, la presión de la policía, todo le está pasando factura. Liam está callado, mira a su madre, como si intuyera su estado de ánimo.

Martin sabe que se está comportando como un imbécil.

—Mira, lleva a Liam y tómate un café o come algo. Yo voy a buscar un lugar donde quedarnos, ¿de acuerdo? Te llamo.

Se reúnen en la casa alquilada, que está en el fondo de una calle sin salida, con vistas al río Argyle. Martin ha rentado una cabaña en el camping en la ribera opuesta al río. Nada lujoso, pero por teléfono sonaba amplia e independiente.

Antes que nada, Mandy tiene que buscar su ropa y todo el equipamiento para cuidar a un bebé del siglo XXI. Desde fuera, la casa se ve anodina, una construcción urbana más, con ángulos rectos y tonos suaves. Y lo sería si no fuera por la cinta policial que cruza la entrada, la furgoneta de aspecto siniestro que está aparcada fuera y los dos policías con monos de plástico azul con las palabras "SERVICIOS FORENSES" estampadas en la espalda. Están recogiendo sus equipos y pertenencias. Un técnico de mediana edad les pide a Mandy y a Martin que esperen mientras llama para pedir autorización.

—Todo bien. Hemos terminado; pueden pasar si quieren. Pero ¿por qué no vuelven mañana? Para entonces habrán venido los limpiadores. El interior todavía es bastante impresionante.

Mandy está decidida.

—No. Mi bebé. Necesito sus cosas.

El hombre asiente; luego, los conduce a la parte posterior de la propiedad, entre algunos plátanos pegados el río, por un sendero marcado por corredores y paseadores de perros sobre el muro de contención, y entra en la casa por el pequeño jardín posterior. Unas banderitas amarillas y numeradas se extienden desde la puerta, clavadas en el césped a intervalos regulares.

—¿Huellas? —pregunta Martin.

—Sí. Es posible que sean del agresor. El que las dejó iba corriendo.

—¿El? ¿En masculino?

El técnico forense está a punto de responder, pero lo piensa mejor.

—Disculpen. Tendrán que preguntarles a los investigadores a cargo.

—Claro —responde Martin con cordialidad, mientras observa las banderitas. En la mayoría de ellas, no puede ver las huellas que marcan, pero junto a la puerta corredera de la casa, en la tierra donde termina el césped y empieza el cemento, hay una marca clara. Martin se agacha junto a la banderita. A su ojo inexperto, la huella parece haber sido dejada por la suela de un zapato normal, de los que usaría un oficinista.

—¿Puedo fotografiarla? —pregunta.

—No, mejor que no —responde el técnico forense—. Con nuestro indicador ahí, no. —Luego, sonríe—. Pero nos iremos pronto.

Martin observa la huella. Es solo parcial, pero le da esperanza: cuantas más pruebas físicas haya, más rápido podrán liberar a Mandy de toda sospecha.

Dentro de la casa, se han espolvoreado las superficies con un polvo fino que las cubre como esporas: negro sobre las encimeras laminadas blancas, rosa sobre los picaportes de bronce de las puertas. Polvo para identificar huellas dactilares. Por lo demás, ni la cocina ni el comedor llaman la atención: solo muestran el desorden de la vida cotidiana. El policía forense los lleva a la sala de estar. Allí está el corral de Liam, pero no es lo que atrae sus miradas: desde el arco que da al pasillo, un gran charco de sangre seca, color óxido, los desafía. Hace que se detengan, que se queden mirándolo. No es plano ni uniforme, como lo hubiera imaginado Martin; debió de empezar a coagular antes de que se llevaran a Jasper Speight y se adivina el contorno de su cuerpo. Martin se queda mirando; a Mandy le produce arcadas.

El policía los deja, y ellos llevan cajas de cartón desde el garaje. En la cocina, Mandy carga lo que necesita para Liam: vaporizadores, licuadoras y esterilizadores, biberones, tetinas y utensilios de plástico. En la planta superior, carga ropa, pañales, mantas. Martin ayuda, maniobrando con cuidado para

esquivar la sangre al pie de las escaleras. Desarma la cuna de Liam y un cambiador y una silla alta y el corral. Nunca había pensado en la cantidad de equipamiento que requiere un bebé.

La casa alquilada está más pulcra de lo que recuerda del hogar de Mandy en el campo. Tal vez, ordenó pensando en la llegada de él; tal vez, todavía no había terminado de sacar las cosas e instalarse. El lavabo del baño de arriba está manchado con un líquido oscuro; por un momento, piensa que se trata de más sangre; luego comprende que debe de ser el tinte de pelo. Todavía está luchando con un tornillo poco colaborador del cambiador cuando reaparece el jefe del equipo forense.

—Nos marchamos —anuncia—. Todo suyo. A última hora de la mañana, vendrá el equipo de limpieza.

Martin lo acompaña afuera, luego recorre la vivienda, fotografiándolo todo con el teléfono. En el jardín, coloca las llaves del coche junto a la huella a modo de escala de tamaño, y toma fotografías desde todos los ángulos posibles.

El camping está ubicado a orillas del río Argyle en la ribera de enfrente del pueblo y al oeste del puente, donde la carretera de Longton se convierte en Dunes Road. Pero a Martin le da la impresión de que no importa de qué lado del río se esté: cuanto más cerca del nivel del mar, más cerca de la línea de pobreza; en la ribera norte, no hay muros de contención. Conduce su viejo Corolla; Mandy y Liam lo siguen en el Subaru nuevo de ella. Martin los guía por la entrada, un andamio oxidado de metal que sostiene un cartel gastado, con la pintura descascarada: "CAMPING RIVERSIDE". Una figura de madera de un delfín cuelga del hocico; el perno que sostenía la cola se ha caído. Tarde o temprano, el delfín o el arco entero se caerán; tal vez, con la próxima tormenta fuerte. Martin espera que para entonces ya estén lejos, refugiados en su nuevo hogar sobre el acantilado: la casa Hartigan.

Al entrar, el camino está bordeado de rocas y cisnes recortados de viejos neumáticos, todos pintados de blanco. Y carteles, muchos carteles: "NIÑOS JUGANDO", "10 KM/H", "TODOS LOS VISITANTES DEBEN REGISTRARSE EN RECEPCIÓN", "ACAMPAR SOLO EN LOS SITIOS ASIGNADOS", y muchos muchos más, un auténtico bosque de instrucciones y prohibiciones. Martin se pregunta si existirá alguna ley no escrita: cuanto más barato el lugar, más carteles tiene.

El camino se bifurca. Otro letrero indica que el desvío a la derecha es para

“RESIDENTES PERMANENTES”, mientras que el de la izquierda es para “TURISTAS: ESTANCIAS CORTAS”. Entre ambos, como una garita de peaje, se levanta una casa de dos plantas sobre pilotes. Parece inclinarse hacia el lado de los turistas, como si los prefiriera. Martin se detiene junto a ella, al lado de un gran cartel de “STOP” y una flecha: “RECEPCIÓN”. Mandy aparca detrás. La oficina queda escaleras arriba, en la planta baja.

Una mujer de mediana edad está sentada fuera, fumando en pipa. Lleva pantalones cortos y botas de trabajo; no hace ningún esfuerzo por ocultar su pierna protésica: una construcción moderna de metal brillante y materiales de alta tecnología. Un perro pastor australiano se enrosca alrededor de sus pies; el humo azul, alrededor de su cara. El perro levanta la cabeza, olfatea la brisa y vuelve a dormirse, indiferente, mientras Martin baja del coche.

—Buenas tardes.

—Buenas —responde la mujer.

—Llamé hace un rato. Por una cabaña. Soy Martin Scarsden —dice, al pie de las escaleras.

La mujer observa los dos coches, cargados con maletas y equipaje.

—No hay problema. ¿Quieres echar un vistazo primero?

—Claro. ¿Está junto al río?

—Ni de broma. Está por allí, detrás de los árboles. Se ve el río, eso sí.

—Ya —continúa Martin—. Por alguna razón había imaginado un balcón con vista al agua.

—Es por las inundaciones —aclara la mujer, como si fuera obvio—. Junto al río, solo hay sitios para acampar y para caravanas. Las cabañas y los baños están en terreno más alto. Los residentes permanentes, más arriba todavía. No lo suficiente, en realidad. Cuando llegue la crecida grande, estaremos todos jodidos.

—Ya veo. Me sorprende que el municipio les permita seguir aquí.

Eso provoca en la mujer una carcajada ronca, cargada de tabaco.

—¡Ja! El municipio nos necesita. Esto es como una aldea de jubilados, llena de viejos que no pueden pagar nada mejor, madres solas y gente con pensiones por invalidez. Estamos apartados, no molestamos a nadie. Es esto o la Barriada, pero ¿quién quiere vivir allí? —Mira el Subaru nuevo de Mandy—. No te preocupes. Son buena gente, no te molestarán. Pero por si acaso, guarda bien tus cosas de valor.

CAPÍTULO 8

La casa de Vern es una construcción desbordada, una cabaña original revestida de madera que, con los años, ha sido ampliada y parece un tronco que ha echado ramas y crecido de manera orgánica con fibrocemento, madera y revestimiento, hasta el punto de que resulta difícil distinguir la estructura original, engullida por los añadidos. El tejado está cubierto de paneles solares en ángulos extraños, antenas parabólicas, calentadores de agua, chimeneas de ladrillo y acero, e incluso lo que parece follaje. Para acentuar la excentricidad de la edificación, cada parte está pintada en un tono distinto, como si los colores indicaran la época en que fue construida. La casa se eleva sobre una curva del río, en un terreno de cinco hectáreas, una rara península algo más elevada, unos kilómetros al oeste del puente, más allá de las casas de alquiler de ladrillo y fibrocemento de la Barriada, más allá de donde viven los trabajadores de hostelería, los obreros y recolectores de fruta, los inválidos con pensiones, los desempleados y las madres solteras, y a kilómetros de la marca de marea alta del dinero venido de otros estados, allí donde los turistas nunca llegan. El sol ya está bajo en el cielo cuando Martin conduce por el camino de entrada, pasando junto a árboles de cítricos, aguacates y plátanos, hasta detenerse entre un coche mediano, una polvorienta y desvencijada camioneta Toyota, una furgoneta familiar HiAce y una moto de cross con una L en la matrícula y alforjas. Al oeste, los últimos rayos de luz se reflejan en las cubiertas de plástico de los invernaderos que se extienden como un mosaico sobre el terreno llano.

La puerta de entrada se abre y aparece un chico, descalzo, de unos doce años, con una camiseta de Nike andrajosa, expresión hosca y el pelo enmarañado como un nido de pájaros.

—¿Sí? ¿Qué quieres? —pregunta, desafiante.

Antes de que Martin pueda responder, aparece Vern, con un delantal raído y una amplia sonrisa. Le revuelve afectuosamente el cabello al chico.

—¡Adelante, adelante! ¡Bienvenido! —invita Vern, mientras estrecha la mano de Martin con entusiasmo.

No hay vestíbulo: la puerta principal se abre directamente a la sala de estar. Es una habitación pequeña, empequeñecida aún más por los niños y el desorden. Estos corren de un lado a otro jugando al escondite; uno de ellos se aferra a Martin como posible refugio antes de decidir que hay mejores lugares donde ocultarse. Los mayores —un grupo de tres al que ahora se une el muchacho de pelo alborotado— están sentados frente a un televisor enorme de pantalla plana, absortos en un videojuego. El ruido es ensordecedor: de la pantalla salen ametralladoras y explosiones múltiples, mezcladas con los chillidos y risas de los pequeños y con la música de los Rolling Stones que llega desde alguna parte más profunda de la casa. En las sillas, se amontona ropa limpia a medio ordenar, una colección variopinta digna de cualquier mercadillo benéfico; el suelo está cubierto de juguetes. En una pared, un aire acondicionado trabaja a destajo.

No es lo que Martin esperaba; no sabía que su tío tuviera hijos. Otro pequeñín, de unos tres años, se aferra a su pierna izquierda, exigiendo que lo coja en brazos.

—¡Caballito! —le pide una hermana solo un poco mayor.

—Caray, Vern. ¿Son todos tuyos?

—Nah, solo una media docena, creo. Ya he perdido la cuenta —responde, radiante de orgullo.

Aparece una mujer. No tiene nada de tímida: avanza directamente hacia Martin y lo envuelve en un abrazo.

—Bienvenido, Martin —dice, y luego lo suelta. Martin ve su sonrisa ancha y acogedora, y la calidez de sus ojos castaños—. Soy Josie.

Solo cuando ella se aparta, Martin repara en los rasgos que revelan su ascendencia indígena: la nariz ancha, la piel más oscura. Es más joven que Vern, quizá de la edad de Martin. Tiene unos kilos de más, pero los lleva con soltura; se la ve fuerte y vital, vestida con camisa caqui y pantalones cortos de guardabosques.

—¡Qué alegría conocerte, por fin! Siento como si ya te conociera. Vern siempre me muestra tus artículos.

—Ya —responde Martin, incómodo, mirando de reojo a su tío.

—Una lástima que no hayas podido venir a la boda, pero no se puede estar en dos sitios a la vez —prosigue Josie, inclinándose para despegar al niño de su pierna.

¿Boda? Por Dios.

—¿Una cerveza casera? —pregunta Vern, levantando una botella larga sin etiqueta—. O tenemos refrescos, si es que los críos no se los han terminado.

—Cerveza suena bien, gracias.

—¿Entonces, bebes ahora?

—Sí, de vez en cuando.

Frente al televisor, estalla una pelea: dos adolescentes se disputan el control del videojuego.

Ni Vern ni Josie hacen intento alguno de mediar; Vern se limita a alzar las cejas y poner los ojos en blanco.

—Vamos. Salgamos de aquí.

Conduce a Martin por un pasillo; Josie los sigue, y detrás de ella, los dos niños más pequeños. El suelo, cubierto de linóleo, se siente blando y flexible; las paredes de yeso sin pintar están llenas de garabatos infantiles, huellas de dedos y dibujos en papel de embalar. Martin alcanza a ver, a través de puertas abiertas, dormitorios desordenados y literas. En el aire, flota un olor a incienso, polvo y humanidad. El pasillo tuerce hacia la derecha, vuelve a torcer, y a través de una ventana reciclada, Martin entiende por qué: la casa se ha extendido alrededor de un gran nogal que domina un pequeño patio interior.

—Os veo en un rato —comenta Josie, y se desvía hacia una cocina amplia, seguida por los dos pequeños.

Parece ser la ampliación más reciente: es luminosa, ventilada, se nota que la han construido ellos, pero está equipada con electrodomésticos de acero inoxidable que relucen con la luz de los ventanales, las claraboyas y unas luces led. Sobre el fogón, hay una olla grande de la que sale un vapor suave; Martin percibe el aroma a sopa.

Vern y Martin salen a una terraza extensa —todavía en obras en el extremo más alejado— que llega hasta la parte posterior de la casa. En la luz del atardecer, Martin ve que las tablas más próximas a la puerta ya se han vuelto de un gris claro con el tiempo, mientras que la madera de la zona nueva luce más oscura.

—Nuestra segunda hija mayor, Lucy May, hija de Josie, en realidad —explica Vern—, la está acondicionando entre un trabajo y otro.

Aunque incompleta, la terraza ya está en uso: contra la pared de la cocina, descansa una enorme barbacoa de gas, cubierta con un plástico negro impecable, y también hay una mesa larga donde caben cómodamente una docena de personas. Se ha improvisado a partir de dos mesas viejas que la

precedieron, cortadas en ángulo y ensambladas para formar una sola pieza de mayor tamaño. Alrededor se arremolina un surtido de sillas distintas entre sí, rescatadas de quién sabe dónde. Junto a la mesa hay una nevera portátil muy usada, llena de hielo. Vern saca una botella grande de cerveza casera y la abre con un destapador atado con un cordel a la nevera.

—Aquí tienes. A ver qué te parece.

Martin siente la botella fría en su mano. Se la lleva a los labios, da un sorbo cauteloso y siente alivio al descubrir que la cerveza es suave y limpia, no la bebida con demasiado lúpulo que esperaba.

—De puta madre —responde, y ambos chocan las botellas, las levantan y beben simultáneamente.

Vern conduce a Martin fuera de la terraza por unas escaleras improvisadas hasta una parrilla muy usada, hecha con bloques de cemento incrustados en un muro de piedras de río y hormigón. El fuego arde con fuerza, pero Vern lo aviva aún más: trae leños de un cobertizo de chapa cercano, los parte con un hacha sobre un tronco y los echa a las llamas.

Sigue con la mirada el humo que se eleva hacia la gran bóveda que es el cielo; contempla el resplandor que queda de la puesta de sol, la oscuridad que avanza por el este. Es una noche cálida, clara y serena: el viento intermitente del día ha amainado, exhalando un último suspiro, como si tras una jornada de arduo trabajo quisiera relajarse en el anochecer subtropical. Al oeste, el cielo aún brilla con tonos rosas y naranjas, lilas y amarillos, un tapiz que se refleja en un puñado de nubes sobre la silueta negra del escarpe. Más abajo, el sol poniente reaparece reflejado en la superficie lisa del río, una cinta de luz que corre en dirección a la casa, se curva en el meandro bajo el terreno de Vern y prosigue rumbo a Port Silver y el océano. Desde la altura de la finca, el cielo parece aún más vasto; el horizonte oriental da la impresión de estar más bajo que la casa. Una lluvia de chispas crepita y asciende, titilando en la columna de humo.

—¡Qué lugar! —dice Martin—. ¿Hace cuánto que vives aquí?

—Hace casi veinte años. Era solo una casita cuando la compré. Poco después de que te marcharas.

—¿A prueba de inundaciones?

—Debería serlo. El río nunca ha llegado tan alto, al menos en la historia de la población blanca. No significa que no vaya a ocurrir, pero tendría que ser algo bíblico.

—Contrata un seguro al menos —sugiere Martin.

—Ni idea. Nunca lo he intentado. Si se inunda o se quema, la vuelvo a levantar. Lucy May es aprendiz de carpintería. Ella puede hacerlo. Cuando termine la terraza.

Martin sonríe. Se alegra al ver que los hijos no le han quitado a Vern esa actitud relajada de fluir con la corriente. Cuando él era niño, todos los demás parecían vivir tensos: su madre y su padre, sus maestros, los padres de Jasper y Scotty. Vern, no: él siempre había sido el rey de la despreocupación. Martin se pregunta cuánto de eso era auténtico y cuánto, una forma de compensar el hecho de que era casi analfabeto. Llega a la conclusión de que, en gran parte, era genuino. Levanta la botella, da otro sorbo largo. La cerveza, de algún modo, sabe como debería saber: se mezcla con el aire cálido, con el olor del humo de leña, con el fluir del río. Hacia el noroeste, donde el Argyle se curva hacia el escarpe, ve cómo se encienden las luces del ingenio azucarero; la chimenea humea como un fumador pensativo, añadiendo un dulzor residual al aire. La paz de la tarde, acentuada por el ruido distante de los niños y la música rock que brota de la casa, parece apoderarse de él. Sobre su cabeza, los murciélagos cruzan el cielo en silencio en busca de fruta una noche más.

—Se te ve feliz aquí, Vern.

—Es que lo soy, lo soy. Doy gracias todos los días.

—¿Cómo conociste a Josie?

—Pescando.

—¿Pescando?

—Sí. No de manera profesional, no en el mar. Fui a buscar un arroyo arriba, en escarpe. Hacía un calor insoportable, pensé que estaría más fresco allí. Encontré una cascada, me olvidé de pescar y me puse a nadar. Ella me encontró allí. Me escondió la ropa. —Los ojos de Vern chispean en la luz trémula del fuego, su sonrisa se agranda—. Ella ya tenía a Lucy May, yo ya tenía a Levi. Nos juntamos y tuvimos cuatro más; además de un par de chicos sin hogar que recogimos por el camino. Casi tenemos nuestro propio equipo de críquet.

—¿Y a qué te dedicas, si no te importa que te lo pregunte? Tu tarjeta decía excursiones de pesca.

—Exacto. El Gobierno prácticamente cerró la pesca, expropió la mayoría de las licencias, incluidas las dos que tenía yo. El noventa por ciento de la costa es reserva marina ahora. Solo quedan un par de testarudos con licencias limitadas, que abastecen los restaurantes locales y no mucho más. Y los pescadores

recreativos. Yo vendo un poco por fuera, pero son los turistas los que pagan las cuentas.

—Qué duro. Debes de echarlo de menos.

—No, la verdad es que no. Pasó justo en el momento adecuado. Me dio el dinero que me permitió comprar este lugar. Nos sacó de apuros; la población de peces estaba desapareciendo y los bancos acechaban. Vendí el barco grande, me quedé con el pequeño para excursiones y avistamiento de ballenas. El negocio va bien en verano y es aceptable en primavera y otoño. Levi me ayuda: es un buen chico. Entretanto, y en invierno, hago trabajos varios por aquí, tareas de mantenimiento, o les echo una mano a los obreros locales si necesitan a alguien más. Todavía tengo mis herramientas de carpintero, las que Lucy May no me ha birlado. Josie trabaja a tiempo completo. Es guardabosques indígena, la que realmente mantiene la casa. Así que yo me ocupo mucho de los niños. Tengo la vida bastante llena. ¿Tienes hijos?

—No. O sea, sí. Más o menos. Mi pareja tiene un bebé. Ahora que estoy aquí, supongo que me iré involucrando más.

—Qué bien.

—¿Algún consejo para darme?

—Dales amor, cuídalos, apóyalos. Corrígelos cuando haga falta. Pero no pienses que puedes cambiarlos. Son los que siempre han sido. Tan simple como eso.

Martin asiente y se pregunta si Mandy podría llegar a ser tan relajada con Liam. Si él podría serlo.

—Mandy te manda sus disculpas, por cierto. Quiere conocerte, pero sigue en estado de shock.

—¿Por haber encontrado a Jasper?

—Ajá.

—¿Y tú?

—Estoy bien. Ya la había visto antes.

—¿El qué?

—La muerte.

Vern da un trago a la cerveza, se toma un momento para elegir las palabras.

—Supongo que debe de ser distinto cuando se trata de un amigo.

—Sí, tal vez sí.

Se quedan en silencio. Vern remueve el fuego. El cielo se oscurece, aparecen las primeras estrellas y debajo de ellos, las luces de Port Silver.

—Bueno, nunca fuiste muy hablador —continúa Vern, rompiendo el silencio—. Pero si necesitas desahogarte con alguien, si no quieres preocupar a tu mujer, siempre puedes contar conmigo.

—Sí, gracias, Vern. Es muy amable de tu parte.

—En serio. Y cuídala, Martin. No es fácil encontrar una buena mujer.

—¿No?

—No te quepa la menor duda. Josie prácticamente me salvó la vida. Bueno, más bien me la dio. No puedo imaginarme sin ella. Incluso, me enseñó a leer y escribir un poco.

Martin asiente. No puede imaginar la vida sin palabras. ¿Sería por eso por lo que se distanció tan rápido de Vern? ¿Una de las razones?

—Tengo dislexia y unas cuantas cosas más. Se me hace difícil. Pero ella me ayudó.

—Qué bien, Vern. No debe de haber sido fácil.

—No lo fue, no. Algunos de esos artículos de análisis que escribes, cuando te pones sesudo, todavía no los entiendo. Le pido a Josie que me los lea en voz alta.

—¿Mis artículos?

—Claro. Así fue como me enseñó. Pensó que sería más fácil si era con algo que me interesara.

Martin no sabe qué decir; guarda silencio, agradecido de que la noche se haya oscurecido lo suficiente como para que su tío no vea la emoción en su rostro.

—Pero lo principal que me enseñó no fueron palabras ni números. Lo principal fue que no era tonto. Hasta entonces, pensaba que lo era. Ahora ya no. Ese fue un gran regalo que me hizo.

—Nunca fuiste tonto, Vern. —Es verdad: Martin nunca había pensado que su tío fuera poco inteligente. Pero, a diferencia de Josie, él nunca hizo nada para ayudarlo a superar su dificultad. Ni para reforzar su autoestima.

—Por eso te digo que cuides a esta Mandy. Cuando encuentras una que vale la pena, no la dejes escapar.

Vuelven a quedar en silencio; Vern se ocupa del fuego, Martin observa, pensando en Mandy, sola en el camping con Liam. Vern tiene razón: debería estar con ella. Pero ahora no puede dejar plantado a su tío. Se pregunta qué debería hacer mientras está allí: si interrogar a Vern o dejarlo pasar, rendirse a la tibieza seductora de la noche y al resplandor hipnótico del fuego. Ha sido un día largo tras una noche inquieta en el calabozo. Siente cómo el cansancio

empieza a asentarse mientras la cerveza circula por sus venas. Sacude la cabeza, intentando despejar la mente, recuperar la energía.

Su tío apura la última gota de cerveza.

—¿Listo para otra?

La botella de Martin está casi vacía.

—Sí, claro, iré a buscarlas.

Al volver de la nevera portátil, le pasa una botella a su tío.

—Vern, vi a Denise Speight esta mañana.

—Pobre mujer. ¿Cómo lo lleva?

—No muy bien, la verdad.

—Será mejor que le alcance un poco de pescado y vea qué más podemos hacer.

Martin sonríe ante la imagen de Vern llegando a casa de Denise con condolencias y mújoles.

—Denise dijo que Jasper se oponía a un proyecto en la marisma de Mackenzie. Un puerto deportivo y un campo de golf.

—Así es. Pero no pensarás que lo mataron por eso, ¿no?

—No lo sé. Puede ser. Denise asegura que Jasper quería que yo escribiera un artículo sobre esos planes de desarrollo. Dijo que tú estabas colaborando con él.

—Algo así. La comunidad de Josie ha puesto una reclamación de titularidad de comunidades indígenas sobre la laguna y las tierras de alrededor. Intentamos poner un freno legal a cualquier desarrollo hasta que se resuelva la reclamación.

—¿Un freno legal? ¿O sea que tienen un abogado?

—Sí. Un joven prometedor del pueblo. Apellido griego.

—¿Nick Poulos?

—¿Lo conoces?

—Nos hemos visto. Así que te parece prometedor, ¿eh?

—Si trabaja gratis, lo es.

Otra vez esa forma lacónica de expresarse de Vern.

—¿Y qué probabilidades crees que tienen de frenarlo?

Vern da un sorbo a su cerveza.

—No lo sé. Pero el puerto y el campo de golf no se harán realidad a menos que también lo haga el hotel de Hummingbird Beach. ¿Te habló Denise de eso?

—Sí.

—Sin el complejo turístico, el puerto deportivo sería un elefante blanco. Lo

mismo con el campo de golf.

—¿Entonces, por qué está frenado el complejo turístico? ¿También hay una reclamación de los aborígenes allí?

—No. Todo ese lado de la carretera es propiedad privada con dominio pleno, pero hasta donde sé, la dueña no tiene intenciones de vender.

—¿Quién es la dueña?

Vern deja de atizar el fuego y lo mira. Martin siente como si su tío buscara algo en su rostro, algún destello de reconocimiento, antes de responder.

—Una mujer de aquí. Jennifer Hayes. Todos la llaman Jota. ¿La recuerdas?

—No. El nombre me suena conocido. ¿No fue campeona de surf o algo así?

—Esa misma. Cuando eras niño. Volvió al pueblo hace unos años, heredó la tierra cuando murieron sus padres. Otra granja lechera en ruinas. Se montó un negocio para poder pagar los impuestos y ganarse la vida: cabañas en la playa para mochileros, clases de surf para extranjeros, sesiones de yoga para cincuentonas.

—¿Y con eso le alcanza?

—Ahora sí, desde que se consiguió un *swami*. Seguro que oíste hablar del asunto.

—¿Un *swami*? ¿Como un gurú? ¿En serio? —Martin se ríe—. ¿Por qué iba a saberlo?

—El *swami* Hawananda. Salió en todas las noticias hace un mes, más o menos.

—¿En las noticias? ¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Lo trajo de la India con una visa 457, que le permite trabajar unos años y aspirar a la residencia permanente.

—No me lo digas: al *Longton Observer* no le gustó nada.

Vern se ríe y niega con la cabeza.

—No, no hablo del pasquín local, no. Salió en las noticias nacionales. No puedo creer que no lo sepas. Un actor famoso de telenovelas, Garth McGrath, dejó a su mujer y se vino aquí y se convirtió en devoto de Hawananda. Empezaron a circular toda clase de historias sobre orgías, drogas y fiestas. La policía local los tenía entre ceja y ceja, hasta registró el lugar. Había fotógrafos apostados en lanchas frente a la playa, drones que sobrevolaban, era un circo total.

Un recuerdo asalta a Martin: una noticia en el viejo televisor del motel de

Riverina, gente bailando en círculo, semidesnuda, una mezcla de secta con Woodstock. ¿Eso era en Port Silver?

—¿Y qué pasó?

—Nada. Todas idioteces de los medios. La policía no encontró drogas, solo un par de mochileros con marihuana. Y el sexo no es ilegal. Yo seguía ocupado con las excursiones porque eran vacaciones, pero Jasper y Nick le echaron una mano a Jota. Jasper pensaba que podía ser un intento de desprestigiarla, lograr que el concejo le clausurara el negocio y obligarla a vender.

—¿En serio? ¿Era algo que podía pasar?

—Sin pruebas contundentes de conducta inadecuada, no. La mitad del ayuntamiento son ecologistas, así que ella no está sola. Y ya se desinfló todo. Como la policía no encontró nada, los medios se aburrieron. ¿Cuántas fotos de una estrella de telenovela bailando con el pito al aire se pueden publicar?

—¿El *swami* sigue ahí?

—Hasta donde yo sé, sí. Supongo que no son fáciles de conseguir.

—Entonces, Jota Hayes…, ¿seguro que no piensa vender?

—Eso decía Jasper. Según él, ella estaba en su mejor momento y ganando lo suficiente como para mantenerse de por vida como quería.

—¿Y no hay urgencia por frenar los planes del puerto deportivo y el campo de golf?

—Que yo vea, no.

—¿Entonces, por qué alguien mataría a Jasper si el proyecto no va a avanzar?

—Ni puta idea. Seguro que no tiene ninguna relación.

Martin toma otro trago de cerveza casera, sin querer soltar la idea de que mataron a Jasper por oponerse al desarrollo de la marisma de Mackenzie, aunque la teoría empieza a sonar cada vez más endeble. Otro recuerdo le viene a la mente: allá en el oeste, se apresuró a sacar conclusiones, se equivocó de cabo a rabo y perdió el trabajo. Tiene que aprender la lección: nada de teorías sin pruebas que las respalden, nada de dejar que la imaginación lo arrastre a aguas peligrosas.

—Denise creía que Jasper quería decirme algo. Darme alguna información. ¿Tienes idea de qué podría ser?

—No. Ni la más mínima idea.

—Parece que coleccionaba postales.

—Ah, ¿sí? —comenta Vern, desconcertado—. ¿Crees que alguien lo mató por una postal?

Martin no puede evitar reírse.

—No. Claro que no.

Un muchacho baja de la terraza. Es por lo menos quince centímetros más alto que Martin y Vern, con músculos marcados, tatuajes en los bíceps y el color de piel y de cabello propio de las islas del Pacífico. Se acerca directamente a Martin, con voz firme.

—Así que tú eres el gran Martin Scarsden, ¿eh? Me han contado todo sobre ti.

—No sé si "gran", pero sí, soy yo.

—Soy Levi. Tu primo.

—Claro —afirma Martin, alargando la mano y tratando de no soltar un quejido cuando el apretón del muchacho casi se la destroza. Mientras tanto, su mente da vueltas: los hijos de Vern son sus primos. Por supuesto; ¿por qué Levi ha sentido la necesidad de señalar lo obvio? Primos. Sonríe ante la idea.

—Estoy feliz de conocerte, Levi. Nunca supe que tenía tanta familia.

—Sí, el viejo Vern es terrible —agrega su primo con humor burlón—. ¿Quién sabe cuántos hijos más habrá tenido por ahí? Dicen que la mitad de los chicos de la Barriada son suyos.

Vern no hace más que reír; a Martin le parece que Levi ya está fuera del alcance de una reprimenda paterna.

—Será mejor que vuelva a ayudar dentro. Mamá quiere saber cuánto falta para traer la carne.

—Cuando quiera —responde Vern—. El fuego ya está casi listo.

—Qué pedazo de muchacho —dice Martin, mientras Levi sube a la terraza en dos zancadas.

—Y solo tiene diecisiete años. Espero que haya terminado de crecer. El gasto en comida nos está matando.

Las llamas se han calmado, el fuego se ha reducido a brasas, una cama incandescente de rojo y negro en la noche. Vern las esparce con el rastrillo y coloca una parrilla encima; justo en ese momento, como si lo hubieran ensayado, aparecen Levi y una adolescente de rasgos asiáticos —quizá la carpintera, Lucy May— cargando fuentes con carne, pescado y salchichas. Martin pone manos a la obra, corta una ristra de salchichas y las ensarta con un tenedor mientras Vern llena la parrilla en tandas, según los tiempos de cocción. Levi y su hermana se sientan en el porche; hablan en voz baja entre ellos.

—¡Atentos! —grita Vern a sus hijos—. ¡Cinco minutos!

Lucy May vuelve adentro a avisar a los demás. Levi baja a ayudar. Él y Martin sostienen las fuentes; Vern las carga hasta el tope. Josie y Lucy May salen de la casa, acompañadas por un escuadrón de niños que enseguida empiezan a poner la mesa y a encender lámparas de queroseno y de gas, velas de citronela y espirales contra los mosquitos. Aparecen ensaladas, pilas de pan blanco, vasos, jarras de agua, envases de cuatro litros de salsa de tomate, una olla enorme de sopa de verduras humeante. Hay algo ensayado en todo eso: cada niño sabe qué hacer; el caos aparente de la sala de estar se transforma en coordinación. Una hilera de luces de fiesta multicolores colgadas del techo cobra vida, y de pronto, la noche se llena de sonido y luz, de gente y risas. Martin cuenta diez niños, desde los dos pequeñines hasta un par de chicos de unos quince, más Lucy May y Levi. Martin ocupa el lugar de honor, en la cabecera de la mesa, con Josie a un lado y Vern al otro. Nadie toca las fuentes de comida; todos los ojos infantiles están puestos en Josie y Vern. Por un momento, Martin cree que esperan a que alguien bendiga la mesa.

—Muy bien —dice Vern, en cambio—. Dejad algo para Martin; es parte de la familia. Y como si sonara un disparo de salida, los niños se lanzan sobre la comida, aunque no de manera desordenada: los mayores ayudan a servir a los pequeños, pasándose las fuentes unos a otros. Martin observa cómo Vern y Josie le llenan el plato de comida, y los detiene antes de que le sirvan demasiado.

Más tarde, después de la cena, cuando los niños ya han recogido los platos y han vuelto a entrar en la casa supervisados por Lucy May y Levi, los tres adultos se quedan sentados bajo las estrellas, envueltos en el abrazo cálido de la noche. Josie se inclina sobre la mesa, concentrada en liar un porro, y pronto el aire se llena con el olor denso de la marihuana, despertando en Martin recuerdos de transgresiones adolescentes. Hay algo reconfortante en ese olor, algo familiar, en la forma en que el humo se arremolina en el aire húmedo. Josie le pasa el porro y él lo acepta, más por cortesía que por otra cosa. Los párpados ya le pesan; la comida y la bebida, sumadas al cansancio del día, lo empujan hacia el sueño. Da un par de caladas superficiales, escucha el crepitar y se lo pasa a Vern.

Los ojos se le cierran despacio; Martin siente cómo la noche lo envuelve con sus tentáculos soporíferos. Oye la música que viene de la casa, mezclada con los sonidos nocturnos; el croar de las ranas, los ladridos de perros en algún sitio

entre los invernaderos, el chisporroteo esporádico del fuego que agoniza, un pez que salta en el río.

Se sobresalta cuando siente la mano de Vern sobre el hombro.

—Vamos, soldado, es hora de ir a casa.

Se pone de pie con dificultad, tarda en recuperar plena conciencia. Josie ya se ha marchado.

—Mierda, ¿cuánto tiempo me he quedado dormido?

—No mucho. Unos minutos. Vamos, te llevo.

—¿Puedes conducir?

—En coche no. Está la poli dando vueltas. Iremos por el río, Levi puede llevarnos.

—De acuerdo.

—Puedes quedarte si quieres, Martin, pero pensé que tu chica podría estar preocupada.

Eso lo despierta del todo. Mandy. Revisa su teléfono: solo son las diez, aunque parece medianoche. Le manda un mensaje rápido: "Saliendo. Llego en un rato".

Levi los guía hasta el río. Lleva un farol de aspecto antiguo, con una bombilla led que proyecta un amplio círculo de luz. El sendero está marcado y es fácil de seguir. En la orilla, hay una pequeña ensenada, con un bote de aluminio apoyado en el lodo arenoso, atado a una casuarina. La marea debe de estar baja. Empujan la embarcación al agua; Levi la sujeta firme mientras su padre y Martin suben a bordo. Después se mete en el agua y aborda el bote con movimientos ágiles. Baja el motor y lo enciende tirando un par de veces del cable de arranque. El motor responde y se estabiliza en un ronroneo suave.

Sobre el río oscuro como tinta, la luna se eleva por el este, los murciélagos giran en el aire y Martin ve cómo un pez rompe la superficie, dejando círculos concéntricos en los que se refleja la luz. El resplandor de Port Silver se acerca, las estrellas brillan en el cielo. La Vía Láctea se refleja en la superficie y se deshace en fragmentos cuando la proa corta las olas. Por un instante, Martin siente una paz profunda, un sentido de pertenencia. Quizá Port Silver pueda ser, al fin, un refugio, un lugar donde sanar con Mandy, criar a Liam, construir una vida juntos. Vern. Josie. Primos. Familia.

En el camping, se alza un muelle que parece flotar bajo una luz solitaria. Una escalera de acero desciende hacia las sombras. Levi maniobra el bote con destreza, lo arrima, se pone de pie y sujeta la escalera, manteniendo la

embarcación firme para que Martin pueda trepar por los peldaños resbaladizos. Antes de dejar el bote, se vuelve hacia su tío: —Discúlpame, Vern. Siento no haberme mantenido en contacto. Es imperdonable.

—No te castigues. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Sabía cuánto estabas sufriendo.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto.

Queda mucho por decir, muchísimo. Pero habrá tiempo de sobra para hablar. Al subir por la escalera, Martin sale de la oscuridad y entra en el pequeño círculo de luz.

MIÉRCOLES

CAPÍTULO 9

Liam está feliz en su sillita, pero no puede decirse lo mismo de los que van delante. Mandy conduce; lleva a Martin a recoger su coche a la casa de Vern. Él se siente culpable, ella está resentida; él quiere disculparse, ella sube el volumen de las noticias en la radio. Él suspira. Ella le había dicho que podía ir a cenar a casa de su tío, pero ahora se da cuenta de que fue un error tomárselo al pie de la letra. Volvió a la cabaña tarde, borracho y apestando a marihuana. Y acabó durmiendo en una litera de una habitación secundaria. Mandy no le habla hasta que él está a punto de bajar del coche: —Voy a reunirme con Winifred en el pueblo. Si te necesitamos, te llamo. —Y él se queda allí en la entrada, viéndola marcharse.

Ha aprendido la lección. Mandy no mira atrás.

Llama a la puerta de la casa destartalada, pero salvo por unos ladridos discordantes de perros, no hay nadie. No están ni el coche, ni la camioneta, ni la furgoneta familiar; solo queda la moto de cross. Está a punto de subir a su coche para marcharse cuando oye el zumbido de una sierra eléctrica. Rodea la casa, pasa junto a triciclos abandonados, una huerta y un gallinero, y encuentra a Lucy May en la parte de atrás, trabajando en la terraza. Lleva auriculares sobre una gorra de béisbol, el pelo oscuro recogido en una coleta, gafas de seguridad sobre los ojos. Aislada en su cápsula sensorial, al principio no se percata de su presencia. Martin la observa un buen rato, hechizado por su competencia, por su soltura y su seguridad. Le viene un recuerdo de su padre, de antes del accidente, trabajando en el cobertizo del fondo, con esas manos suyas, mágicas, curtidas y llenas de cicatrices, manos que podían construir o arreglar cualquier cosa. Mientras la mira, Martin recuerda otra cosa de cuando era muy pequeño: creía que las manos de su padre funcionaban independientemente de él, reparando y creando, arreglando cortadoras de césped, lavadoras y antenas de televisión, fabricando sillas, mesas y gallineros, desmontando motores de coche con la seguridad de un cirujano de corazón. Las manos de Ron Scarsden tenían vida propia. Martin mira las suyas: manos

de oficinista, suaves. No tienen vida independiente; son muy suyas. Está conforme con eso; hubo un tiempo en que se le antojaban extrañas. Decide que los días en que deseaba tener manos como las de su padre, manos mágicas, han quedado atrás.

—Hola. —Es Lucy May, que por fin se percata de su presencia, y se quita los auriculares y las gafas. Parece muy joven, su rostro impoluto contrasta con su evidente destreza.

—Buenos días —responde Martin—. ¿Vern y Josie han salido?

—Sí. El caos ha terminado por esta mañana. Los niños están en la escuela, los padres en el trabajo. —Se seca la frente; la mañana aún está fresca, pero el trabajo físico la ha hecho sudar—. ¿Algo urgente?

—No. Dejé mi coche aquí anoche, solo vine a buscarlo.

—Perfecto. ¿Tienes un minuto? Me vendría bien que me echaras una mano.

—Sí, claro.

—Gracias. Es más fácil entre dos.

Es casi como si lo hubiera estado esperando, como si lo hubiera invocado con su propio par de manos mágicas. Acaba de cortar dos vigas a medida, los dos últimos travesaños que faltaban para sostener el extremo de la terraza. Él la ayuda a levantarlas a la vez, luego las sostiene mientras ella las encaja en su sitio con golpes suaves con un mazo de goma antes de fijarlas con un par de clavos en ángulo, golpeados con destreza. Martin admira a esa muchacha menuda con brazos delgados que disimulan su fuerza.

—Se nota que tienes práctica. ¿Vern te enseñó?

Ella sonríe.

—Desde que era muy niña. Diría más bien que me contagié de él.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Casi diecisiete.

—¿Y eres aprendiz?

—Sí. Hoy me toca asistir al centro de educación técnica. Solo estaba adelantando un poco de trabajo antes de ir a Longton. —Mira su reloj—. Será mejor que me dé prisa. Gracias por la ayuda.

—De nada. Saluda a Vern y a Josie de mi parte.

En camino hacia el pueblo, piensa en su tío y en su familia ensamblada, maravillado de cómo logran hacerla funcionar. Y claramente funciona, a pesar del caos y de las necesidades, con la calma lacónica de Vern y la cálida eficiencia

de Josie. Se pregunta si él y Mandy podrán algún día relajarse con esa misma serenidad, esa confianza de dejarse llevar. No es optimista; los dos parecen demasiado tensos, se alteran con demasiada facilidad. O quizá sea la muerte de Jasper Speight, el crimen sin resolver, lo que se erija como un obstáculo entre ellos y su futuro. Una razón más para que él haga todo lo posible por ayudar a la policía a encontrar al asesino.

Está casi de regreso en el pueblo cuando ve el cartel de la calle Ressling. Cuando frena, ya se lo ha pasado y tiene que dar la vuelta. Pero allí está: la calle Ressling, adentrándose entre los cañaverales, directa hacia su memoria. Bajo el cartel, hay otro, con letras blancas sobre azul: "DEPÓSITO DE GESTIÓN DE RESIDUOS". Toma el desvío, pasa junto a otro cartel: "CALLE SIN SALIDA". La superficie es un mosaico, parches de asfalto sobre parches de asfalto hasta que no queda nada del original, con nuevos baches que exigen más remiendos. Recorre solo medio kilómetro; luego, los cañaverales terminan. Y allí está: la Barriada, cuatro manzanas, tan rectas y rectangulares como cualquier barrio suburbano, pero salidas de la nada, fuera de la vista y del recuerdo, con calles que ni siquiera merecen nombre, solo avenidas A, B y C en una dirección y calles Primera, Segunda y Tercera en la otra. Llega a las primeras casas y detiene el coche; sabe, sin necesidad de abrir la puerta, que no ha cambiado mucho. Aquí el aire será más caliente, más seco y polvoriento, aislado del pueblo, desterrado de la brisa marina. Lo conoce demasiado bien, lo saborea en la lengua, el regusto acre de la pobreza, las moscas que llegan desde el vertedero. Frente a él, hay una casa impecable, con el césped cortado y regado, rosales en el jardín, un bebedero para pájaros, y en la entrada, un viejo Holden, reluciente a pesar de los parches de masilla y corrosión. Y al lado, otra casa con la puerta mosquitera colgando de las bisagras, un patio de tierra y hierba seca de medio metro de alto, con una nevera abandonada y media moto oxidándose junto al porche. En el tejado, una antena parabólica, y en la entrada, un Jeep nuevo, polvoriento y salpicado de barro. Los habitantes serán distintos de cuando él era niño, pero sus historias parecen seguir siendo las mismas. No ve gente; no hay nadie en las calles, solo perros, descendientes de los mestizos y chuchos que vagaban por el barrio cuando era pequeño, deambulando sin rumbo, con el hocico pegado al suelo. Conoce demasiado bien esas calles; podría llegar con los ojos vendados a su antigua casa, en el número 13 de la C. Pero no lo hace. Gira el coche y regresa por donde vino.

Para cuando llega a la carretera principal, ya ha tomado una decisión:

concentrarse en el aquí y ahora, asegurar el futuro antes de aventurarse demasiado en el pasado. Quiere ver Hummingbird Beach, el corazón de los planes de desarrollo para la costa norte del río Argyle. Pasa junto a los locales de comida rápida, una estación de servicio y un motel de techos bajos. Cruza el puente sobre el Argyle; el río centellea en la luz matinal. Del otro lado del puente, el límite de velocidad es mayor y Martin acelera. Dunes Road traza una línea recta a través de matorrales de vegetación baja; el terreno es bajo y llano, los márgenes del camino son arenosos. El viento cargado de sal entra en ráfagas por la ventanilla abierta. A su derecha, ve que el matorral se eleva desde el agua salada; aparecen árboles de verdad a medida que la pendiente sube hacia los acantilados de la costa. A su izquierda, a través del velo de vegetación, alcanza a ver destellos de agua y marismas. Pueden llamarla laguna Crystal, pero cuando la marea está baja, sigue oliendo como la marisma de Mackenzie.

De pronto, cruza un puente más pequeño que está sobre la ensenada que se abre a la marisma. Se ha pasado de largo, no ha visto el desvío a Hummingbird Beach. Cien metros más y la carretera empieza a deteriorarse rápidamente: de una cinta de asfalto ancha y bien mantenida pasa a ser un sendero sinuoso, con una única franja de asfalto llena de baches y parcheada en el centro. Se detiene, recuerda el mapa de Denise Speight: la carretera sigue, serpenteando entre las dunas, enlazando accesos remotos a la playa hacia el este y un puñado de granjas lecheras y cañaverales hacia el oeste, hasta desaparecer por completo. Un camino a ninguna parte. Se da la vuelta y regresa por el mismo camino, pero justo cuando llega al tramo bueno, un todoterreno cruza el puente a gran velocidad hacia él y frena abruptamente; sus vistosos rótulos le llaman la atención cuando gira a la izquierda: una furgoneta de noticias de Canal Diez, con los cristales tintados, entra por un portón abierto. Un equipo de prensa. Aquí. ¿Por qué?

Martin lo sigue; su curiosidad periodística se ha encendido. No hay una cadena de televisión en cientos de kilómetros. ¿Habrá descubierto Canal Diez algo que merezca ser noticia? Reduce la velocidad al llegar al portón. Del alambrado cuelga un gran cartel, en el que todavía resulta visible el mensaje original bajo una capa fina de pintura. “QUESOS Y ENCURTIDOS MACKENZIE”. El resto del cartel está tapado por letras nuevas, en rojo oficial. “PROPIEDAD PRIVADA: PROHIBIDO PASAR” y debajo, otro letrero: “VIGILANCIA 24 HORAS – OMNIVU SEGURIDAD”. Pero el

portón está abierto. Entra con el coche. Le viene a la memoria una de las máximas de su antiguo editor: es más fácil pedir perdón que permiso.

No sabe casi nada de la antigua fábrica. Solo que cerró hace algunos años y que un promotor local, Tyson St. Clair, desea convertirla en la casa de un club de golf, planes a los que se oponen Vern y Josie. Y Jasper Speight. Le viene a la mente otro recuerdo, otra imagen del pasado: la mesa de la cocina, las mellizas en su silla doble, su padre bebiendo cerveza, de buen humor. Su madre sirviendo la cena. No son salchichas ni es estofado, sino carne, de un tono gris rosáceo, increíblemente tierna, como una revelación para su paladar de niño. "Trabajé un par de turnos en la quesería", dice su padre, riendo, aunque su madre no comparte su alegría ni el entusiasmo de Martin.

Frunce el ceño; se siente incómodo, pero no por el recuerdo en sí, sino por cómo ha surgido de golpe luego de tantos años.

La entrada de la fábrica es amplia, pensada para camiones lecheros y furgonetas refrigeradas; el asfalto está lleno de baches y empieza a deteriorarse. Asciende en una pendiente suave entre árboles altos, rodeando una colina boscosa. Está intentando recordar el mapa de Denise Speight, visualizar su ubicación, cuando sale de entre los árboles y detiene el coche. La fábrica se eleva ante él en ángulo; no es el edificio bajo de ladrillo y chapa corrugada que había imaginado, sino algo mucho más grandioso, casi poético: una construcción de cemento revocado con ventanales esmerilados, como una escena salida del Studio Ghibli de animación japonesa. Tiene tres plantas, cada una más pequeña que la anterior, separadas por un zócalo de chapa roja ondulada. El nivel superior es largo y estrecho, con los lados completamente acristalados, como una claraboya de dos frentes bajo un tejado a dos aguas del mismo rojo, con la misma inclinación que el zócalo inferior. El edificio es más antiguo de lo que pensaba, de los años veinte, o quizá anterior. El revoque blanqueado ha tomado los múltiples tonos del abandono. Y trepando por la fachada y extendiéndose por los laterales se ven enredaderas, hiedra y plantas trepadoras, algunas con grandes flores rojas; la selva reclama el edificio.

Frente a él, hay tres plataformas de carga con puertas de madera pintada de verde, patinada por el tiempo; son puertas abatibles, no las persianas metálicas de la era moderna. Aparcados frente a las plataformas están la furgoneta de la televisión, otra más grande y un todoterreno. Al otro lado, más allá de los vehículos, alcanza a ver el brillo de la laguna, enmarcada por una hilera de palmeras robustas y un embarcadero. Baja la cuesta en el Corolla y aparca

junto a los otros coches. Cuando se dispone a salir, aparecen dos personas por un lateral del edificio, a menos de diez metros; un hombre y una mujer con monos blancos y mascarillas industriales. Llevan lo que parecen ser detectores de metales, parecidos a aspiradoras sin cable, pero con bases circulares grandes. Se detienen, sorprendidos.

—Buenos días —dice Martin con tono jovial—. ¿Cómo va todo?

No se mueven.

—Noté que el portón estaba abierto. Pensé en echar un vistazo. —Ya se ha acercado a ellos.

El hombre se vuelve hacia la mujer.

—Busca a Mike —le dice, y ella regresa al interior del edificio. El hombre se vuelve hacia Martin otra vez—. Un momento —advierte, con voz neutra.

—Cómo no —responde Martin, manteniendo el tono amistoso y los brazos abiertos en un gesto de franqueza. Nota que el hombre lleva protectores en los zapatos, como gorros de ducha reutilizados—. ¿Qué hay de nuevo por aquí? Creí que la fábrica estaba abandonada.

El hombre se limita a mirarlo, no contesta. Martin piensa en intentar otra estrategia cuando del edificio aparece un tipo enorme, maorí o isleño, seguido por la mujer. Viste de negro: vaqueros negros, gafas negras, camiseta negra con una sola palabra en blanco: "SEGURIDAD". También tiene las botas negras cubiertas con los mismos protectores. Un tatuaje tribal en forma de collar le rodea un bíceps imponente; parece salido del equipo de rugby All Blacks. Se planta delante de Martin invadiendo su espacio personal y acerca su cara a la de él. Está sudando y Martin puede olerlo: testosterona y agresividad. Debe de medir dos metros.

—¿Qué… cojones… quieres? —pregunta con voz lenta, cargada de amenaza; estira adrede cada palabra. Martin da un paso atrás, pero el gigante avanza, y esta vez le clava un dedo suavemente en el pecho.

—¿Quién mierda eres?

Martin se encoge de hombros, abre las manos, como quien no oculta nada.

—Disculpa. Solo quería echar un vistazo. Todo bien, ya me voy. —Pero su tono conciliador no surte efecto.

—Te voy… a romper… los putos brazos —dice el gigante en un susurro.

Martin siente una oleada de temor verdadero; el hombre habla en serio.

Entonces, de la quesería, del pasado reciente, aparece una cara conocida, una cara sonriente: Doug Thunkleton, reportero de televisión.

—¿Martin?

—¿Doug?

—¿Conoces a este imbécil? —pregunta el matón a Doug, ahora sin estirar las palabras.

—Sí. Es colega.

—¿Trabaja contigo?

—No exactamente. Pero no te pongas violento con él.

—¿Seguro?

—Sí —responde Doug—. Nunca jamás intimides a un periodista. ¿Pero es que no os enseñan nada?

El guarda de seguridad vuelve a mirar a Martin, como si examinara una alimaña.

—Bien, os dejo solos, tortolitos. —Se vuelve hacia la pareja que carga los detectores de metal—. Vamos. El equipo de cámara está listo. —Los tres enfilan hacia la fábrica de quesos.

—¿Es tu director? —pregunta Martin.

—Sí, se cree Ingmar Bergman, por el amor de Dios.

—Doug sonríe—. No, es solo un tipo de seguridad. Está hasta las cejas de esteroides. Es una bomba que puede explotar en cualquier momento. Procura no cruzarte en su camino.

—Qué suerte la tuya.

—¿Qué haces aquí, Martin?

—Vi tu furgoneta. Me entró curiosidad.

—Me refiero a Port Silver. ¿No habías perdido tu trabajo?

—Sí, lo perdí, gracias a ti.

Eso incomoda a Thunkleton. Había destrozado la reputación Martin en Riverina. Más tarde se disculpó, dijo que lo había presionado una productora mal intencionada, pero eso no le devolvió el empleo a Martin.

—No estoy trabajando, Doug. Me acabo de mudar aquí con Mandalay Blonde. ¿La recuerdas?

—Cómo olvidarla —responde Doug—. ¿Seguís juntos?

—Estamos intentándolo.

—Qué suertudo. Es muy atractiva.

—¿Qué te trae por aquí, Doug?

Thunkleton frunce el ceño.

—¿Seguro que no estás investigando nada?

—No. Solo editando el libro sobre Riversend.

—Crimen real —dice Thunkleton.

—Sí, así lo llaman los editores.

—No, no me refiero a ese, sino a este. Crimen real. Por eso estoy aquí. Un caso sin resolver. Quieren un especial informativo, quizá un documental completo si logro sacarlo adelante. Y un pódcast. Están en auge, ya sabes. Pódcast de crímenes reales, casos sin resolver. Al público le encanta.

—Ya —dice Martin con la vista fija en la fábrica—. Pensé que estabas en las noticias diarias.

—Estoy a prueba. No quedaron muy conformes con la cobertura que hice en Riversend. —Se encoge de hombros, aparta la vista—. Creo que, si no se me ocurre algo antes de que termine mi contrato, me van a dar salida.

Martin no siente ninguna empatía.

—¿Y cuál es el crimen?

—¿De verdad no lo sabes?

Martin se encoge de hombros.

—No.

—Ay, colega. Es buenísimo. —A Doug le vuelve el entusiasmo de inmediato.

—¿Vas a dejarme con la intriga?

Doug lo mira, como calculando si Martin sigue siendo un competidor en carrera. Debe de concluir que no.

—Vamos, Martin. Protejámonos de este sol y busquemos una sombra.

Hay árboles cerca, del otro lado del aparcamiento, pero Doug lo conduce por un lateral del edificio. A medida que el terreno desciende hacia la laguna, pilares de hormigón y ladrillos bajan desde la construcción. Entre ellos, hay tanques, enormes cubas de hierro oxidado, las entrañas de la hermosa estructura. Las compuertas, calderas y válvulas de presión están en silencio, abandonadas a la ruina. Nada se mueve; todo está oscuro y callado. Unas tuberías se adentran en el agua.

El edificio termina y Martin mira hacia la laguna. Es un espectáculo: el sol centellea en el agua, la superficie es azul como el cielo. Dos pelícanos flotan tranquilos; solo el canto de los pájaros rompe el silencio. La orilla está rodeada de manglares por todas partes, salvo donde está él; allí la tierra cae abruptamente hacia el agua. Se ven unos retoños, aún demasiado bajos como para tapar la vista. Un sendero de cemento, con grietas llenas de hierba, conduce a un embarcadero pequeño. Podría ser un refugio ecoturístico, un

paraíso intacto: agua transparente, manglares, arbustos, casuarinas y palmeras. Es fácil entender por qué St. Clair quiere apropiarse del lugar: es perfecto para un club social. Martin contempla la fábrica de quesos, alta e imponente desde la posición baja en que se encuentra él, con ventanas que dan a la laguna, más parecida a un hotel estilo *belle époque* que a una reliquia industrial.

—Bonito, ¿no? —dice Thunkleton—. Pero no vengas al atardecer; los mosquitos son asesinos.

—¿Por qué me muestras esto, Doug?

Doug se vuelve hacia la laguna y habla con voz repentinamente grave y melodiosa, cargada de solemnidad.

—Hoy en día, parece un paraíso, pero no hace mucho este fue el escenario de uno de los crímenes más desconcertantes del país, un crimen que sigue sin resolverse hasta hoy. —Hace una pausa teatral, sin percatarse de la perplejidad de Martin, y luego continúa con su declamación—: Ahora, por primera vez, Canal Diez puede revelar pistas vitales que tal vez traigan cierre… y justicia.

—Doug, habla normal, ¿quieres?

Pero Doug está embalado.

—Fue aquí, en una cálida tarde de viernes de noviembre, hace poco más de cinco años, cuando el respetado empresario local Amory Ashton deseó a sus empleados un buen fin de semana, cerró las puertas de su galardonada fábrica y vino aquí, a este embarcadero, a lanzar la caña y a disfrutar de una merecida cerveza. Nunca más se lo volvió a ver, ni vivo ni muerto. —Se vuelve hacia Martin, y retoma el tono conversacional—. Tenemos grabadas un montón de entrevistas. Sus empleados lo vieron bajar con el equipo de pesca. Y luego, nada. Estamos filmando todo el lugar por si lo demuelen.

—¿Y cómo sabes que no se largó por su cuenta?

Doug vuelve a mirar la laguna y otra vez adopta voz de presentador solemne: —El lunes siguiente, los empleados de Amory Ashton llegaron al trabajo y encontraron las instalaciones cerradas y sin rastro de su jefe. Ashton siempre era el primero en llegar y el último en irse, y enseguida sospecharon que algo iba mal. Muy mal. —Mira a Martin y habla con voz normal otra vez—: Las entrevistas son perfectas. Todos dicen que era un déspota de mierda. No confiaba en nadie más para llevar el negocio.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que fue un crimen?

Doug se gira hacia la laguna y vuelve a hablar con exagerada solemnidad: —Ese mismo día se dio la alerta y, siete kilómetros al norte de aquí, apareció el

Mercedes último modelo de Amory Ashton… calcinado. En una playa desierta en Treachery Bay. —Martin se maravilla de la carga de dramatismo que el periodista logra dar a esas palabras: *calcinado*, *desierta*, *Treachery Bay*.

—Ni un rastro de Ashton desde entonces. Pero aquí, en este embarcadero, en este trozo de paraíso, la pregunta sigue flotando: ¿qué pasó con Amory Ashton? —Doug vuelve a convertirse en persona—. Estoy pensando llamarlo "Paraíso perdido". ¿Qué te parece?

Martin observa las tuberías que van de las cubas al agua. En la orilla, un par de sapos de caña copulan.

—Doug, era una fábrica.

—Sí, es cierto —El periodista frunce el ceño—. Pero, dime, ¿qué opinas? Una historia de puta madre, ¿no?

—Sin duda. ¿Y cuáles son esos datos nuevos tan importantes que descubriste?

Doug lo mira con desdén.

—Colega, tendrás que ver el programa.

Martin se echa a reír.

—Buena respuesta.

Los dos hombres regresan por donde vinieron. El equipo de grabación ha salido del interior y los espera. Es un equipo distinto del que Doug había llevado a Riverina. La empresa debe de repartir el trabajo entre todos.

—¿Quieres hacer esta toma o no? —pregunta el cámara a Doug—. Dentro apesta a mil diablos.

—Sí, claro. Voy con vosotros —responde Doug, antes de volverse hacia Martin—. Tío, te agradecería que no mencionaras nada de esto a nadie por un tiempo. A ningún colega.

—Por supuesto —acepta Martin—. Pero una pregunta: ¿de dónde salió el gorila? Si no llegas a intervenir, me arranca la cabeza.

—Sí, perdón por eso. No es de los nuestros. ¿Para qué íbamos a necesitar seguridad en un trabajo como este? Es del dueño.

—¿Y quién es el dueño?

—Un pez gordo local. Un miserable, parece.

—¿Quién es?

—Tyson St. Clair.

—¿Así que es el dueño?

—Por lo visto. Tuve suerte; dice que es un gran admirador mío. Era amigo de

Ashton. Quiere saber qué pasó. Ahora lo único que me falta es montar la historia.

Martin vuelve a contemplar el viejo edificio. Detectores de metales. ¿Qué buscaban, el equipo de pesca de Ashton?

—¿Dices que tal vez demuelan la fábrica?

—Puede ser. De mucho no sirve, así como está.

Martin estrecha la mano del reportero de televisión y le desea suerte. Sabe que debería odiarlo por lo que le hizo en Riverina, debería despreciar sus instintos sensacionalistas, pero no puede evitar sentir lástima por él. Atrapado en una quesería en ruinas, tratando de sostener su carrera tambaleante, intentando resucitar a los muertos. Cree saberlo todo, es pura bravata, pero no tiene la menor idea.

CAPÍTULO 10

Martin deja atrás la fábrica de quesos, cruza el estuario, frena y detiene el coche al borde de la carretera, justo del otro lado del puente. No hay ningún sonido humano, solo el viento entre los árboles, el canto de los pájaros y el lejano rumor del oleaje. Camina hasta la losa de hormigón. El puente y el camino son una cicatriz dura y áspera sobre la suavidad del mundo. Mira hacia abajo, donde el agua fluye, avanzando hacia la laguna a medida que sube la marea. El canal es poco profundo, de fondo arenoso, con agua clara. Una raya se desplaza sin esfuerzo, dejándose llevar como un águila por una corriente de aire caliente. Pequeños peces coloridos nadan en formación. Esto no es un río ni se parece al Argyle; solo una ensenada costera que lleva y trae agua mientras la marisma respira con la marea, como cientos de otras esparcidas a lo largo de la costa entre las playas. El flujo es suficiente para un kayak o una canoa, o incluso para una pequeña lancha con motor cuando la marea está alta, pero imposible para un barco con quilla. Construir un puerto deportivo sería ambicioso: el canal requeriría dragado constante, se tendría que reconstruir el puente para permitir el paso de veleros con mástiles. Costaría mucho dinero.

Hacia el interior, la ensenada se pierde detrás de los manglares; el terreno parece bajo y pantanoso, salvo por la abrupta elevación de los árboles que ocultan la fábrica de queso. El puerto deportivo tendría que levantarse sobre pilotes, por encima de la arena y el fango. Más dinero. La superficie de la fábrica sería ideal para un club náutico, pero construir y mantener un campo de golf requeriría un esfuerzo considerable. Le viene a la mente un artículo que escribió tiempo atrás sobre apropiaciones de tierras y esquemas Ponzi en Indonesia: megahoteles y resorts de golf para ricos, campesinos desalojados sin compensación. Aprendió que el diseño de un campo de golf depende sobre todo del agua y del drenaje. Pero ¿cómo drenar un terreno al nivel del mar? Un campo de golf construido alrededor de la marisma necesitaría enormes movimientos de tierra: excavadoras, dragas, muros de contención y canales, incluso antes de considerar la subida y bajada de la marea. La cantidad de

dinero requerida sería descomunal. Allí, sobre el puente, el paisaje le vuelve tangible lo que los mapas de la oficina de Denise Speight sugerían: no hay forma de que el puerto deportivo y el campo de golf sean viables sin un público adinerado, cercano y cautivo. Denise y Vern tienen razón: los desarrollos al oeste de la carretera no podrán llevarse a cabo sin un complejo turístico en Hummingbird Beach que les proporcione clientes.

Y, sin embargo, Doug había insinuado que la demolición de la fábrica de queso podría ser inminente. ¿Había cambiado algo que de pronto hiciera posible el proyecto?

Camina hacia el otro lado del puente y mira al este, hacia el mar. La tierra empieza a elevarse casi de inmediato en el lado sur del estuario, ascendiendo hasta un pequeño promontorio a unos doscientos metros. La propia Hummingbird Beach debe de quedar más allá del saliente, en una medialuna orientada al norte que se curva hasta otro cabo y más allá, hacia mar abierto. Desde donde está, alcanza a ver la boca del estuario, más o menos enfrente del primer promontorio, donde la orilla norte termina en una lengua de arena; un destello de olas rompe detrás.

De vuelta al volante del Toyota, Martin encuentra el desvío unos doscientos metros al sur del puente. El camino de tierra se abre paso entre un muro de árboles de té, sube unos metros y luego se nivela. Un poco más adelante se topa con una bifurcación. El sendero de la izquierda está flanqueado por dos carteles. Uno proclama en grandes letras azules: "HUMMINGBIRD BEACH – CABAÑAS – CAMPING – CLASES DE SURF – YOGA". El otro, más pequeño, tiene escrito "FUNDACIÓN DE MEDITACIÓN DIVINA" en letras naranja oscuro, acompañadas de un símbolo circular en el mismo tono óxido. Entre ambos caminos, se alza un poste señalizador de estilo antiguo, que alguna vez fue blanco, pero cuya pintura ahora está descascarillada y moteada; se ven vetas de madera gris y líquenes verdosos. Una tabla apunta a la izquierda con la inscripción "HUMMINGBIRD BEACH". Hacia la derecha, la primera flecha señala el camino del acantilado y, debajo, otras indican SERGI, CROMWELL Y HARTIGAN. Cromwell parece reciente; las otras están muy descoloridas. "Hartigan". Interesante. Ese camino debe de internarse en el monte y regresar hacia el pueblo, y da acceso a las propiedades que están sobre el acantilado. No sabía que existiera un segundo acceso a la casa de Mandy; toma nota mental para investigarlo más adelante. Pero por ahora la prioridad es Hummingbird Beach. Toma el desvío a la izquierda. Llega a un guardaganado,

y las ruedas vibran cuando pasa sobre él: una reliquia de la antigua granja lechera.

El camino se deteriora de inmediato y se vuelve un sendero mal mantenido, lleno de baches y charcos, que se retuerce de un lado a otro, zigzagueando entre árboles bajos. Sube por una loma; los árboles ganan tamaño. Desciende luego por el otro lado, donde la erosión devora el terreno. Mientras conduce con cautela cuesta abajo, el bosque se abre, y Martin divisa por primera vez la playa entre la vegetación: destellos de oro y turquesa entre las olas. "¿Ves el mar?". La voz aparece de la nada, un recuerdo que burbujea en la superficie. "El que ve el mar vuelve a casa sin pesar". Aprieta los dientes para bloquear el recuerdo. No encaja aquí; nunca ha estado en Hummingbird Beach.

Ve un aparcamiento; han dispuesto unas ramas caídas para delimitarlo de forma rudimentaria. Deja el Toyota entre un surtido dispar de vehículos: una caravana con mosquiteras bien cuidada, una combi salida de un sueño *hippy*, un todoterreno, una furgoneta de alquiler decorada con pechos caricaturescos y eslóganes burdos, un BMW descapotable nuevo con el techo de lona negra cubierto de excremento de pájaros, un pequeño coche de alquiler con el parabrisas rajado al que le falta un tapacubos.

El monte huele limpio, como si acabara de llover. Bajo los pies, la alfombra de hojas está húmeda y resbaladiza. Un pájaro ríe en la ladera detrás de él. Desciende la cuesta, atraído por la playa, pasando junto a un gran edificio de bloques de cemento, tal vez, la antigua instalación lechera. Hoy huele a jabón y agua; seguramente, ahí funcionan los baños y la lavandería. Hay un par de cabañas nuevas entre los árboles, y más hacia el centro está la vieja casa de campo; la modesta construcción de madera hoy ostenta una terraza más reciente que da a la playa; al otro lado, hay un grupo de cabañas. Más abajo, entre la casa y el talud sobre la arena, se extiende una gran franja de hierba que cruza todo el terreno; está salpicada de tiendas de campaña: verde camuflaje, azul marino, naranja fluorescente de rescate. Un pequeño grupo de canguros de monte pasa junto a los árboles: las cortadoras de césped de la naturaleza. En la hierba, las duras bolitas negras de sus excrementos, el fertilizante natural.

Más cerca de la playa, donde el terreno ya se aplana, hay un refugio techado con mesas y parrillas, abierto por los lados, con un tejado a dos aguas de chapa ondulada. Un grupo de veinteañeros, vestidos con pareos y ropa playera, están sentados alrededor de una mesa, jugando a las cartas y bebiendo cerveza. Uno de ellos, con unas rastas imponentes y una barba menos convincente, saluda

con la mano. Martin devuelve el gesto y sigue caminando. Quiere tomar el pulso del lugar antes de ponerse a conversar.

La hierba termina donde el terreno cae un par de metros hasta la playa misma. Las olas vuelven a reclamar su atención, cristalinas, desplegándose en parábolas que, al romperse, refractan la luz en destellos translúcidos, verdes y dorados. Son olas suaves, lentas, precisas como un metrónomo; la playa está resguardada del oleaje mayor por un cabo y una plataforma rocosa en su extremo abierto al mar. El sonido de un trueno benigno acompaña cada rompiente, seguido de un silencio; el ciclo se repite. El rumor de las olas resalta el silencio; el silencio resalta el rumor de las olas: un yin y yang sonoro. Más allá de la rompiente, el agua se aplana, pero hacia el norte, detrás de la lengua de arena que marca la orilla septentrional del estuario, las olas, fuertes y libres, azotan la costa. Son las playas indómitas de Treachery Bay, donde apareció el coche de Amory Ashton. Se extienden a lo largo de kilómetros y kilómetros, sin cabos que las contengan, anchas y salvajes, castigadas por corrientes imprevisibles y mareas cambiantes, frecuentadas por pescadores intrépidos, caminantes que se dirigen al parque nacional y, de tanto en tanto, por algún nudista.

La visión de esa naturaleza intacta, su proximidad, hace que la playa, ese lugar arropado en su anfiteatro de vegetación, resguardado del océano abierto, resulte aún más mágica. Hummingbird Beach, orientada al norte, recibe el sol invernal; el acantilado a sus espaldas la protege de los temporales del sur. En esa latitud, se puede nadar todo el año. No es de extrañar que los mochileros quieran quedarse, no es de extrañar que los promotores quieran quedársela.

Una pareja joven en un kayak chapotea con los remos más allá de las olas, gozando de su propia ineptitud. Un muchacho de rizos rubios y su novia morena. Una pareja de mediana edad yace desnuda en la arena, leyendo.

Ahora, en el silencio intermitente del romper de las olas, Martin alcanza a oír cánticos. Se vuelve hacia el bosque, siguiendo el sonido, y descubre a una docena de personas sentadas en círculo sobre el extremo oriental de la playa, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, entonando un mantra en voz baja. Martin va hacia ellos. Un hombre corpulento, de piel tostada, torso desnudo y barriga orgullosa, guía la letanía; en la frente, luce un punto rojizo, un bindi. Así que este es el célebre *swami* Hawananda, instigador de orgías. De lejos, parece inofensivo. Sin embargo, cuando Martin se acerca, el hombre gira la cabeza, abre los ojos y lo mira como si hubiera percibido su presencia. Martin

se detiene, desconcertado. El canto prosigue. El gurú permanece inmóvil, con la vista fija en él. Su rostro no muestra expresión alguna, pero de algún modo irradia serenidad. Observa a Martin unos segundos; luego, cierra de nuevo los ojos y vuelve la cabeza para retomar el canto. Martin se siente excluido, declarado insignificante. No hubo nada de amenazante ni recriminatorio en la mirada del gurú, y aun así tiene la impresión de que está invadiendo el lugar. El *swami* lo ha atravesado con la mirada, ha reconocido sus fallos y catalogado sus defectos. Martin se vuelve, se detiene un instante para recuperarse y desciende con cautela por el barranco hacia la playa. Cruza hasta donde la pareja desnuda yace en la arena; por fortuna, están boca abajo.

—Disculpen —dice—, busco a Jota Hayes. ¿Saben dónde podría encontrarla?

—Es probable que esté surfeando —responde la mujer—. Por el cabo. O si no, prueba en la oficina. O en la cocina.

—¿No está con el gurú? —pregunta Martin.

—¿El *swami*? —dice el hombre—. No lo creo.

—Ah, mira —interviene la mujer—, allí está.

Martin sigue la dirección de su dedo; en un saliente rocoso debajo del promontorio más al este, ve a una mujer que se acerca con una tabla de surf; el traje de neopreno negro se recorta contra el mar resplandeciente.

—Gracias —responde Martin, y echa a andar hacia la surfista.

Ella saluda con la mano al verlo acercarse, pero al notar que Martin sigue avanzando, se queda quieta y lo observa.

—Hola —saluda él.

—¿Quién eres? —pregunta ella, y vacila.

—Me llamo Martin Scarsden.

—¿Scarsden? —repite ella, con una nota de duda en la voz—. ¿El periodista? —La luz del sol rebota en las olas detrás de ella; es difícil ver su expresión contra el resplandor.

Recuerda lo que Vern le contó la noche anterior sobre la invasión de los medios y cómo saturaron las transmisiones de sensacionalismo y los tabloides de morbo.

—No estoy aquí como reportero —se apresura a explicar—. No tengo interés en tus ceremonias. O lo que sean. Ni en tus huéspedes famosos. Ni en tu *swami*.

Ella no parece satisfecha.

—¿Entonces, qué? ¿Por qué estás aquí?

—Solo quiero hacerte unas preguntas.

Martin no está seguro, pero intuye que ella se siente incómoda: cambia el peso de un pie al otro.

—¿Sobre qué?

—Sobre los planes de urbanización de esta zona.

Ella niega con la cabeza, como desconcertada.

—¿Planes? ¿Qué planes?

Ahora el desconcertado es Martin. Ella tiene que saber de la propuesta de urbanización. ¿Cómo no va a estar enterada?

—Me dijeron que una importante corporación se había puesto en contacto contigo para comprarte la propiedad y construir un complejo hotelero de lujo.

Jota Hayes lo mira fijamente, parpadea y vuelve a parpadear. Entonces, relaja los hombros y sonríe.

—Ah, sí. Eso. Claro. No hay problema. Dame quince minutos. Me ducho y nos vemos en la oficina.

Él la observa mientras se aleja por la playa en dirección a la pareja de nudistas, con la tabla bajo un brazo. Debe de tener al menos diez años más que él —ya era campeona de surf cuando él todavía era un niño—, pero aún se mueve con la soltura despreocupada de una atleta experimentada; enfundada en el traje de neopreno, su cuerpo podría pasar por el de una mujer de la mitad de su edad.

La oficina resulta fácil de localizar: da a la terraza de la vieja casa de campo. La puerta está cerrada, así que Martin espera fuera. Mira el teléfono, pero no hay cobertura; la playa está aislada del mundo, fuera del área digital de Port Silver.

Un loro rey de pecho escarlata y alas verdes aterriza sobre la barandilla y enseguida se le une su pareja, menos vistosa. Avanzan de costado, inclinando la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, mansos y en busca de comida. Martin les hace una foto con el móvil, capta los matices de su plumaje. Los pájaros intercambian trinos musicales; él siente que casi podría entender su significado. Después, echan a volar, en busca de benefactores más generosos.

Martin baja de la terraza y mira cuesta arriba, en dirección contraria a la playa, hacia el aparcamiento. El terreno asciende suavemente. No hace falta mucha imaginación para ver el relieve con los ojos de promotor inmobiliario: la pendiente natural se presta para edificios bajos, escalonados, con vistas a la

playa y a la magnífica costa, protegidos de las inundaciones por la altura. El anfiteatro es privado y aislado, un paraíso *hippy* en su punto justo para que lo exploten. Puede imaginar el desarrollo con total facilidad, pero es incapaz de entender qué lo relaciona con la muerte de Jasper Speight. Tal vez, la tierra valga lo suficiente como para matar, pero ¿qué sabía su viejo amigo, qué había descubierto, que pudo llevar a un asesinato? Martin contempla ese paisaje perfecto y no encuentra respuestas.

Oye que se abre la puerta a sus espaldas y suena un timbre suave. Cuando entra, ve a Jota Hayes sentada tras un escritorio, esperándolo. Su cabello claro y grueso, rubio con mechones canosos, está mojado y peinado hacia atrás sobre la frente bronceada. La edad se insinúa en su cara, en los surcos que ha dejado el sol y en los pliegues del cuello, pero sus ojos azules son cristalinos, como si el mar hubiera entrado en ellos. Lleva una camiseta sin mangas; sus hombros desnudos revelan la fuerza moldeada por años de remar en las olas. La ducha parece haber barrido cualquier inquietud; no queda rastro de la tensión inicial que él percibió en la playa.

—Martin, encantada de conocerte. —Se pone de pie, le tiende la mano por encima del escritorio, sonríe con calidez y se la estrecha—. Siéntate, me alegra que estés aquí.

Martin se sienta.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunta ella.

—Estoy intentando ayudar a una amiga, Mandalay Blonde.

—La mujer que salió en los periódicos, ¿no? En tus crónicas del interior.

—Así es.

—La conozco. Parece agradable. —Sonríe con un destello pícaro en los ojos —. ¿Y es una amiga tuya, dices?

Martin, incómodo con su mala elección de palabras, se sorprende sonriendo con timidez.

—Es mi pareja. Quiero hacer todo lo posible por ayudarla.

—Jasper Speight —dice Jota con tono neutro.

—Sí. Lo mataron en su casa. La policía, por obligación, la considera sospechosa.

—¿Y tú no?

—No, yo no.

La sonrisa de Jota se borra; la mención de Jasper la ha hecho fruncir el ceño.

—Pobre Jasper. Me caía bien.

—¿Lo conocías mucho?

—Bastante. Pasaba mucho tiempo aquí.

—Me dijeron que habló contigo sobre la posibilidad de vender tus tierras.

—Así fue. Y si alguna vez hubiera querido vender, lo habría hecho a través de Jasper.

—¿Por qué?

Ella levanta una mano, como si explicara algo obvio.

—Era un buen tipo. Un poco problemático, pero buen tipo. —Inspira hondo, como si tomara una decisión—. Hace un año, me avisó que el concejo municipal iba a venir a por mí. Me dijo que pusiera en regla las fosas sépticas, que revisara la calidad del agua potable, la limpieza de la cocina común. Y, tal como dijo, una o dos semanas después, aparecieron los inspectores de sanidad, con un tipo de Sídney. Si Jasper no me hubiera advertido, lo más probable es que me hubieran clausurado el sitio. Unos meses después, me contó que el municipio quería subirme las tasas. Gracias a eso, pude ganarme el favor de los concejales ecologistas y averiguar cuánto pagaban el camping y el hostal del pueblo.

—¿Y ahora?

—Pago más, pero mucho menos de lo que pensaban robarme. Menos que el camping, más que el hostal.

—¿Más? Pero ese hostal de mochileros está en pleno Port Silver, justo en la playa urbana.

—Sí, pero es propiedad de Tyson St. Clair, y él tiene peso en el concejo. Según ellos, la huella de carbono del hostal es mucho menor porque es un único edificio. El camping y yo tenemos mucha más superficie.

Martin asimila lo que ella le cuenta.

—¿Sería lógico decir que, sin la ayuda de Jasper, tendrías serias dificultades para conservar la propiedad?

Ella se encoge de hombros.

—Es una pregunta difícil. Como mínimo, me ahorró dinero y dolores de cabeza. Me dio un poco de aire.

—¿Y el *swami* Hawananda? Con todas esas historias de drogas, ¿por qué no usaron eso para clausurarte?

Jota se indigna.

—¡Porque son patrañas! Cuando la policía hizo el registro, no encontró nada.

—¿Crees que alguien los instigó?

—No lo sé. Con tanta prensa sensacionalista, quizá, sintieron que tenían que hacer algo.

—Inspectores de sanidad, un aumento de tasas, un registro… Suena a un intento orquestado de intimidarte.

Jota sonríe.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

—Y dime, ¿por qué sigues con el *swami*? ¿Eres una seguidora suya?

Ella se ríe ante la sugerencia.

—No diría eso. Pero genera buen dinero. Tiene su propia parte del terreno, lo que pase allí es asunto suyo…, pero, como te dije, la policía no encontró nada.

—¿Qué quieres decir con "su parte del terreno"? No he visto ninguna división.

—No. Todos comparten la cocina, las duchas, la playa. Pero esta casa funciona como un límite. Las cabañas del lado este están reservadas para él y sus seguidores. Recibe a doce personas cada vez para un retiro de quince días.

—¿Cuánto cobra?

—Quinientos dólares por persona, algo así. Ellos me pagan a mí por el lugar y a él por el curso. —Sonríe—. Es bastante inofensivo. Un poco excéntrico, pero amable y sencillo. Le tengo cariño. La gente viene aquí, medita, come comida vegana y se purifica. Se quedan dos semanas, hacen una fiesta al final, se marchan felices. A mí me ayuda a pagar las cuentas. Todos ganamos.

—¿Entonces, no hay fiestas con drogas y orgías?

Ella suspira.

—Todo su programa se basa en la meditación, la introspección y la purificación. Es bastante austero, casi espartano. Pero la última noche, hay una ceremonia, se celebran el fin del retiro y la vuelta al mundo real. Será este viernes. Él prepara en un viejo cuenco de madera una bebida ceremonial, una poción, digamos, y la sirve en una copa dorada. No podría decirte con exactitud qué contiene, pero que yo sepa es solo alcohol, jugo de frutas y especias.

—¿Nada de éxtasis? —pregunta Martin.

—De parte de él, no —responde Jota, seria—. La gente bebe, fuma marihuana, seguramente algunos consumen otras cosas. A menudo, bailan desnudos. Es material perfecto para los periódicos, pero no es ilegal.

"Y funciona como publicidad", piensa Martin, aunque no dice nada.

—¿Y Jasper? Dijiste que venía a menudo; ¿se apuntó al curso?

Jota se ríe.

—Sí. No sé cómo de purificado salió, pero parecía disfrutarlo. —La sonrisa se suaviza—. No seas tan escéptico, Martin. Creo que buscaba algo, y lo que el *swami* ofrece parecía ayudarlo.

—¿Era religioso?

—¿Jasper? Que yo sepa, no. Al menos, no formalmente.

—Cuando lo mataron tenía en la mano una postal. De Cristo o de algún santo. ¿Alguna vez mencionó algo así?

Jota frunce el ceño.

—No. Nunca.

Martin siente que no controla el rumbo de la conversación, así que vuelve a lo concreto: —¿Jasper te ayudó con algo más?

—Sí. Me dijo que si quería pagar menos impuestos, podía poner parte de mis tierras en un convenio de conservación.

—¿Un convenio de conservación? ¿Qué es eso?

—Es un programa del Gobierno estatal. Consiste en hacer un convenio legal sobre una parte de tus tierras, preservándolas como reserva natural a perpetuidad. Aunque las vendas, el convenio se mantiene, y el nuevo dueño lo tiene que respetar. A cambio, no pagas impuestos por esa superficie.

—Eso podría frenar de inmediato el proyecto urbanístico.

Pero Jota niega con la cabeza.

—No veo por qué. La parte que quieren urbanizar es la que rodea la playa. No pienso poner esa superficie bajo convenio. Pero al reducirse los gastos, me facilita seguir aquí.

—Entiendo. ¿Y la otra parte, la que podría pasar a ser reserva, tiene valor por algún otro motivo?

—No. Los árboles valen un dinero, pero hoy en día, está prohibido talar en esta zona. Así que no. Hay un terreno más arriba, junto al acantilado, que sí sería valioso, pero no lo incluiría en ningún convenio.

—¿Y no tienes pensado vender?

—No, en absoluto.

Martin se queda pensando. Si Hummingbird Beach no está en juego, entonces, tampoco lo están el puerto deportivo ni el campo de golf. Y, sin embargo, Doug Thunkleton parecía convencido de que la demolición de la fábrica de quesos era inminente.

—¿Alguna vez un tal Tyson St. Clair te propuso comprarte las tierras?

—Sí. Él y Jasper representaban a la empresa francesa que quiere construir uno de sus hoteles exclusivos de la cadena Longitudes. St. Clair es el que quiere urbanizar la marisma.

Tyson St. Clair. Denise había hablado de sus planes para el puerto deportivo y el campo de golf, pero había dado a entender que solo Jasper representaba a los franceses. Doug Thunkleton había dicho que St. Clair ya era dueño de la fábrica de quesos.

—Hay algo que no entiendo. Si Jasper quería que vendieras, ¿por qué te advirtió de las subidas de impuestos y de los inspectores de sanidad, que eran lo que justamente podría haberte llevado a vender?

Jota se encoge de hombros.

—Era un buen tipo. Quizá, tenía otras prioridades.

Es posible, piensa Martin, y recuerda lo que ella mencionó hacía un momento: que, si vendía, lo haría a través de Jasper. Sin duda la había ayudado, pero ¿sería realmente por bondad o como estrategia para ganarse su confianza?

—Entonces, ¿competía con Tyson St. Clair por la venta o estaban en el mismo equipo?

Ella vuelve a levantar los hombros.

—No lo sé. A los dos les dije que mi intención era quedarme aquí. Así que es un tema puramente teórico.

—¿Qué me puedes contar de Tyson St. Clair? Es un promotor local, ¿verdad?

—El más importante de la zona. Pensé que lo recordarías.

—No. ¿Por qué debería recordarlo?

—Era amigo de tu padre.

—¿En serio? —Martin no recuerda haber oído nunca ese nombre—. ¿Conocías a mi padre?

—Todos conocían a tu padre —responde ella, tajante.

Martin no sabe qué decir a eso. Le pregunta, en cambio, dónde puede encontrar a St. Clair.

—En lo que llaman Nobb Hill. Sube hacia el faro. Su casa es la única del lado del mar. Tengo entendido que prefiere trabajar desde allí.

Mientras Martin piensa qué más preguntar, entra una pareja de mochileros. La joven lleva un pareo de gasa blanco y ligero que deja poco a la imaginación, mientras que la vestimenta de su novio no requiere imaginación alguna: está

completamente desnudo, salvo por unas sandalias. Jota lo mira a los ojos, nada impresionada por su ostentosa desnudez.

—¿Podéis esperar un momento, por favor?

—No, lo siento. Cerramos nuestra habitación. Llaves dentro. —El acento del joven es de Europa Central.

—Bien. Iré en un momento.

—La cocina de gas. Encendida en cabaña.

—Entendido —responde Jota, suspirando con impaciencia—. Vuelvo enseguida —le dice a Martin. Coge unas llaves y acompaña a la pareja afuera.

En su ausencia, Martin observa la oficina. El escritorio, unos muebles de archivo antiguos, una estantería llena de libros de bolsillo ajados, un exhibidor de folletos turísticos. A un lado, estantes con comida: latas de tomate, paquetes de pasta, cartones de leche. Chocolatinas. Ve una nevera; la abre: leche y cerveza, queso y margarina. Se pregunta si Jota tendrá licencia para vender bebidas alcohólicas; sospecha que no.

En la pared, cuelgan un mapa de la zona, antiguos pósteres de surf, un pergamino con el poema "Desiderata" impreso sobre un océano al atardecer: "Camina plácido entre el ruido y la prisa y piensa en la paz que se puede encontrar en el silencio…".

Martin se estremece y sigue mirando. Hay algunas fotos enmarcadas, tomadas en el lugar; una de ellas muestra una figura cabalgando una ola con elegancia y fuerza. Martin se acerca para inspeccionarla. Es una mujer: Jota Hayes. Vuelve a mirar los pósteres antiguos; seguramente, la mujer en biquini que emerge explosivamente desde un tubo de agua, cabello rubio al viento, también es Jota: la campeona en su mejor momento.

Al acercarse al póster, ve una caja de cartón en el suelo, detrás del escritorio. Contiene sobres grandes. La mayoría son blancos, con logos profesionales, demasiado grandes para un mueble de archivos. Se agacha y los inspecciona. Son estudios médicos: radiografías, resonancias, tomografías, ecografías. Más de una docena, todos dirigidos a Jennifer J. Hayes.

La puerta se cierra con estrépito.

—¿Todo bien por ahí? —Es Jota, que vuelve de ayudar a los europeos.

—Perdón —dice Martin—. Solo estaba mirando.

—Ya veo. —Ella parece muy molesta—. Creo que deberías irte.

—Mira, lo siento —dice Martin, pero ella lo interrumpe. Sonríe, pero su voz no acompaña el gesto.

—Vete, Martin. Nada grave. Pero vete.

Martin conduce de regreso al pueblo; acelera por la recta, mientras piensa en promotores inmobiliarios y refugios *hippies*; de pronto la ve: una cruz, a un lado del camino. Mira por los espejos: no hay tráfico, la carretera está vacía, pura simetría humana impuesta sobre la naturaleza. Hace tres maniobras, se da la vuelta y detiene el coche a un lado. La cruz es de madera; está pintada de blanco, pero necesita una nueva capa de pintura. Está algo torcida, por debajo del nivel de la carretera. Martin mira a su alrededor: fue allí. Un sitio anodino, sin nada de especial. Más allá de la cruz, el terreno cae en pendiente hacia el agua calma de la laguna. Allí: ese debe de ser el punto donde el coche cayó al agua. Siempre imaginó que había ocurrido al otro lado de la carretera, del lado oeste, donde hay más superficie de agua. No se había dado cuenta de que la carretera se levantaba sobre una especie de dique, con agua a ambos lados. Más allá del sitio fatal, cruzando el agua hacia el sudeste, la tierra se eleva hasta los acantilados; los manglares dan paso a árboles de té, casuarinas, luego eucaliptos, palmeras y la inagotable variedad de la selva. A lo lejos, el faro blanco de Port Silver brilla en la luz matinal. Está solo: él, el viento y la cruz. Una placa, cuya base está sujeta a una roca, lleva la inscripción: "En recuerdo de Hilary, Enid y Amber, con amor". Las palabras lo paralizan; en el calor del final de la mañana, se queda inmóvil. Su madre. Sus hermanas. Un pequeño ramo de flores de plástico puesto hace poco; el sol todavía no lo ha descolorido. Vern. Debió de ser Vern quien construyó la cruz, quien dejó las flores. Martin piensa en la fecha. El aniversario del accidente fue hace solo unas semanas. Treinta y tres años y unas cuantas semanas. ¿Cómo pudo olvidarlo? ¿Acaso lo tuvo presente alguna vez? ¿O lo había enterrado como a tantas otras cosas, negándose a recordarlo? ¿Siempre fue tan doloroso? No lo recuerda de esa manera, como un peso aplastante. Jugaba con Scotty y con Jasper, se divertía, entró en la adolescencia mientras su padre se deterioraba. ¿De verdad el dolor fue tal que le impidió honrar a los muertos? Tenía ocho años recién cumplidos cuando se murieron su madre y sus hermanas; no se fue de Port Silver hasta diez años después. Y, sin embargo, nunca estuvo en ese sitio, ni en aquel tiempo ni en las décadas siguientes. ¿Tan fácil fue ser tan cruel como para bloquear el recuerdo, compartimentar la mente… y el corazón?

De pronto está de rodillas, tocando la placa, intentando conectarse. ¿Con qué? ¿Con su madre muerta, con las hermanas que casi no recuerda? ¿Con él

mismo? Un recuerdo le viene a la mente. Vern y él, esperando en la casa vacía; la alegría y la expectativa se desvanecen, las reemplazan la preocupación y una sensación creciente de temor. El pescado con patatas está frío y blando, la condensación del champán se evapora en el aire del verano; la costosa botella francesa, inmóvil como el faro de Port Silver. Martin lo recuerda ahora: había ofrecido una plegaria a esa botella, la Veuve Clicquot con la etiqueta naranja y una promesa de una nueva vida, ese talismán de esperanza con sus palabras extranjeras y su alegría líquida. Le rezó para que todo estuviera bien, para que el coche se hubiera averiado, para que alguna de las mellizas estuviera mareada y vomitando, para que la celebración comenzara en cualquier momento. Pero el dios del champán no trajo ni dicha ni salvación. Sonó el teléfono, Vern atendió, habló en voz baja y seria; la grieta en la vida de Martin se hizo real para siempre.

Pasa una furgoneta, la de Hummingbird Beach, con su burdo montaje de tetas y misoginia, e interrumpe su contemplación, arrastrándolo de nuevo al presente. Mira a su alrededor como si viera la escena con ojos nuevos. ¿Qué hacía su madre aquí en la marisma, tan lejos del pueblo, en una carretera que no llevaba a ninguna parte? A lo lejos, lo único que alcanza a ver es el faro.

CAPÍTULO 11

El faro lo llama: toma Dunes Road, pasa junto a los manglares, cruza el puente sobre el Argyle, pasa por el puerto y sigue por The Boulevarde. Cruza el pueblo y sube por Nobb Hill; pasa delante de las mansiones ostentosas y sigue hacia la reluciente torre blanca. Y mientras asciende la cuesta donde el poder adquisitivo se eleva también, escucha el susurro del faro. Susurra dinero, susurra que todo está ligado al dinero y a la tierra, esa mezcla seductora presente en cada pueblo costero del este de Australia: desde la bahía de Sídney hasta Nobb Hill en Port Silver, desde Byron Bay hasta Noosa, desde Bermagui hasta Port Douglas. Susurra la atracción de un paraíso enmarcado por ventanas de triple cristal y suavizado por aires acondicionados frío-calor, donde la humedad tropical se contrarresta con piscinas de inmersión cloradas. Susurra dinero, tierra y codicia, la plata de Port Silver, Puerto Plata. Y susurra muerte. La muerte de Jasper, un agente inmobiliario, un comerciante de tierras, dinero y aspiraciones. Eso lo mató, susurra: de algún modo, alguien lo mató por plata. Ojalá pudiera descubrir la veta y seguirla hasta su origen.

A su izquierda, aparece una finca cercada con un muro, lo que interrumpe sus pensamientos y rompe la vista al mar. Debe de ser la casa de Tyson St. Clair, pero está prohibido detenerse en el camino sinuoso. Martin pasa de largo y aparca al pie del faro, envuelto en silencio. Una ráfaga irrumpe de la nada, llueve durante cinco minutos, y el Corolla se sacude por el viento entrecortado. Luego, la tormenta se disipa y vuelve el sol. Desde esa altura, el mar es una colcha en dos tonos, sol y sombra, azul sobre azul más intenso, mientras el viento empuja las nubes hacia el norte. Martin baja de nuevo la pendiente en dirección al pueblo. A su izquierda, hay casas diseñadas por arquitectos, construidas para impresionar. A la derecha, el terreno desciende y se abre al mar, al horizonte en expansión, hasta que llega a la propiedad de Tyson St. Clair. La casa está oculta a la vista; es la única que no se exhibe sin pudor, la única con tanta confianza en sí misma que se permite esconderse. Martin ve una pared de dos metros de alto y muchos árboles; desde la calle, solo se ven la

línea del techo y una torreta. Martin se acerca. Unos turistas italianos se hacen selfis, bulliciosos y risueños. Más allá, Martin ve salir a alguien de la finca: una joven. Se parece a la mochilera, Topaz, por el vaivén de las caderas y el movimiento del pelo, pero ella no lo ve al girar cuesta abajo hacia The Boulevarde. Martin está seguro de que es ella. Pero antes de empezar a seguirla, los italianos lo interceptan, y le piden que les tome una foto, con el faro detrás, que vuelve a resplandecer, blanco, en la luz del sol, mientras ellos ríen y charlan. Cuando por fin lo dejan ir, en un revuelo de *grazie* y *ciao*, Topaz ha desaparecido.

Junto al portón en el muro, un portero automático: un botón, un altavoz, una cámara. Martin pulsa el botón.

—¿Sí? —responde la voz incorpórea de un hombre.

Martin mira directo a la cámara.

—Hola. Me llamo Martin Scarsden. Quería hablar con Tyson St. Clair.

No hay respuesta. Martin está por repetirlo cuando oye el clic de la cerradura al abrirse.

—Adelante —dice la voz.

Al otro lado de la puerta, hay un sendero corto, y luego, el terreno comienza a caer; un puente de acero suspendido por cables tensos conduce a la casa, construida, de alguna manera, en la ladera. Helechos, arbustos, árboles, enredaderas. Flores rojas, violetas. Loros. En esa hondonada entre la cuesta y la casa, el aire es fresco y húmedo, el mundo es más suave y silencioso que el resplandor y el cemento que quedan detrás del muro. Martin llega hasta la puerta. La misma voz lo saluda por otro intercomunicador.

—Pasa, Martin. Voy enseguida. —Otro clic. Martin empuja la puerta pesada, que se abre con facilidad.

Dentro, el vestíbulo, silencioso y, al parecer, vacío, está revestido de maderas exóticas. Una única luz quiebra la penumbra e ilumina una pintura de Brett Whiteley. Martin frena en seco, incapaz de resistirse. Nunca había visto un cuadro de un millón de dólares colgado así, tan cerca, sin protección. Es bellísimo: líneas negras que fluyen con trazo seguro, el azul radiante del puerto, el arco del puente, las curvas sinuosas de un desnudo. Oye el eco de aquel susurro: esta es la belleza que el dinero puede comprar. Atraviesa el vestíbulo, atraído por la claridad, y llega a una amplia sala de estar. A través de unas puertas abiertas, se ve la terraza y, más allá, nada más que cielo. Está a punto de avanzar, de salir hacia lo azul, cuando una voz lo interrumpe.

—Martin, disculpa. No esperaba visitas.

Ante él, aparece un hombre bajo y fibroso, vestido con bermudas y una camisa hawaiana. Va descalzo. La ropa es informal, pero parece recién salida de la tienda y, de algún modo, también cara. Tiene unos sesenta y tantos años, está bronceado, en forma, rebosa energía; lleva el pelo corto y peinado hacia delante, como un emperador romano. Avanza con una sonrisa de dientes resplandecientes y le tiende la mano.

—Tyson St. Clair.

Martin se la estrecha; el apretón de St. Clair es como una prensa.

—Soy Martin Scarsden.

—Sí. El famoso periodista. De vuelta en Port Silver. ¿En qué puedo ayudarte? —Está cómodo. Este es su reino y él es el rey.

—Jasper Speight. ¿Se enteró de lo que pasó?

St. Clair se encoge de hombros.

—¿Quién no?

—Estoy tratando de averiguar qué lo llevó a la muerte.

St. Clair deja de sonreír, deja de moverse.

—Entiendo. ¿Y crees que yo puedo ayudarte?

—No lo sé. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

St. Clair lo observa, como evaluándolo, antes de relajarse y volver a sonreír.

—Cómo no, si piensas que puede resultarte útil. ¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza? ¿Algo más fuerte? ¿Más suave?

Martin frunce el ceño. El ruido de su estómago le recuerda que ya ha pasado la hora del almuerzo; preferiría comer que beber.

—¿Y usted va a tomar algo?

—¿Yo? No. Nunca bebo antes del atardecer, rara vez después. Tengo demasiadas cosas que hacer. —Sonríe otra vez y Martin percibe algo antinatural en esa sonrisa: los labios se tensan, los colmillos quedan al descubierto. Se pregunta si se habrá hecho alguna cirugía para tensarse la piel.

—Entonces, solo agua, gracias —responde Martin.

—Ningún problema. Vamos.

St. Clair se dirige a una puerta que lleva a una cocina de diseño. Martin queda impresionado, no tanto por el tamaño descomunal ni por las encimeras de mármol, los electrodomésticos de acero inoxidable o la campana de cobre reluciente, sino por la vista hacia el pueblo, que le corta la respiración.

—Qué casa tan increíble —comenta.

—No está mal, ¿eh? —dice St. Clair, con su sonrisa feroz. Saca una botella grande de agua mineral italiana de una nevera gigantesca que solo contiene botellas y le entrega una antes de destapar la propia y dar un trago largo—. Salud
—dice, alzando la botella y bebiendo otro sorbo.

Martin abre la suya y bebe. Está fría, y el gas es casi imperceptible, casi dulce en la lengua.

—Se la compro a un importador de Brisbane —explica St. Clair—. Es muy buena.

Martin finge que inspecciona la etiqueta.

—Bien, Martin, respecto de Jasper Speight: ¿cómo puedo ayudarte?

—Lo asesinaron.

—Eso tengo entendido. En la casa de tu hermosa novia, Mandalay Blonde, ¿verdad?

—¿La conoce?

—Todavía no. Pero he oído que es de una belleza extraordinaria. —Sonríe con esa mueca de depredador. Martin se pregunta si solo sonríe cuando está complacido consigo mismo—. Así que intentas descubrir quién lo mató. ¿Has venido por eso?

Martin asiente.

—Sí. O, al menos, para limpiar el nombre de Mandy. La policía acabará por liberarla de cualquier sospecha, pero mientras tanto existe el riesgo de que la hagan pasar por un infierno.

—Ya veo. No sé cómo podría ayudarte, pero haré lo que pueda. —Hace una pausa, como para calibrar la reacción de Martin, antes de continuar—: ¿No me recuerdas?

—No.

—Conocía a tu padre.

—Eso me han dicho.

—No siempre viví en Nobb Hill. Hubo un tiempo en que viví a la vuelta de tu casa, en la Barriada, en la calle B, y trabajé con tu padre. Hacía chapuzas. Tenía otro nombre en aquel entonces. —Levanta la mano izquierda. Martin nota por primera vez que le faltan el dedo meñique entero y la primera falange del anular—. Fue en la fábrica de quesos. Tu padre estaba allí. Contuvo la hemorragia y me llevó al hospital de Longton.

—Entiendo —responde Martin, sin saber cómo reaccionar—. ¿Tyson St.

Clair no es su verdadero nombre?

—Ahora lo es. Los escritores tienen *noms de plume*, los generales tienen *noms de guerre*, yo necesitaba un *nom* de promotor.

—¿Cuál era su nombre en aquel entonces?

—John Pyles.

El nombre no le dice nada, pero a Martin le viene a la mente una imagen: un niño, con un nombre raro, al que molestan en el patio de la escuela.

—Finge hasta que lo consigas —observa.

St. Clair sonríe, hace un gesto hacia lo que lo rodea.

—Hace mucho que ya no necesito fingir nada. —Se pone serio—. No me olvido de dónde vengo. Así que, por supuesto, voy a ayudarte en lo que pueda. Pero te ayudaré como persona, como hijo de un viejo amigo, como hombre preocupado por el destino de su novia. No como periodista. Lo que te diga no es para los periódicos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. No estoy detrás de una historia. Solo quiero ayudar a Mandy.

—¿Entonces, dejaste el periodismo?

—Creo que más bien el periodismo me dejó a mí.

Otra sonrisa lobuna.

—Bien, me gusta que lo tengamos claro. Ahora sí, siento curiosidad. Pregunta lo que quieras.

—¿Conocía bien a Jasper?

—Bastante.

—¿Hacía negocios con él? ¿A través de él?

—Claro. De vez en cuando.

—¿Y en lo social?

—No, no mucho. Lo veía ocasionalmente. Port Silver es un pueblo pequeño. Pero no era muy amigo. Él es de tu generación, no de la mía.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño? ¿Tenía enemigos?

—Que yo sepa, no. Aunque…

—¿Aunque?

—Mira, no quiero hablar mal de un muerto, pero tenía fama de mujeriego. No sé si era cierto o no, pero es lo que se decía cuando su mujer lo dejó. Y escuché que iba a esas orgías en Hummingbird Beach.

—¿Eso es lo que hacen allí?

—Es lo que dicen los periódicos.

Touché.

—¿Entonces, qué sugiere?

—Que puede haber sido un marido celoso. O un amante despechado.

Martin recuerda la escena del crimen: un arrebato pasional parece más probable que un homicidio calculado.

—¿Le viene a la mente algún nombre?

—¿A mí? No. No sabría por dónde empezar. Podría intentar averiguar algo, si quieres.

—¿Sí? Se lo agradecería mucho.

Un silencio. Martin sabe que la policía seguirá esa misma pista, investigará ese motivo. Y seguro incluirán a Mandy en la lista de sospechosos.

—¿Algo más? —pregunta St. Clair.

—Sí, tengo otra pregunta. Me dijeron que usted y Jasper representaban a una firma francesa que planea urbanizar Hummingbird Beach, pero que él se oponía a sus planes de urbanizar la marisma de Mackenzie.

—Es un buen resumen, sí.

—Así que digamos que trabajaban juntos.

—De alguna manera.

Martin recuerda lo que Jota le contó sobre cómo Jasper le había avisado de las inspecciones sanitarias y de la subida de impuestos. ¿Habría estado St. Clair detrás de eso?

—Suena problemático —comenta.

—¿Por qué lo dices?

—Usted quiere urbanizar la marisma, él se opone, pero al mismo tiempo, tenían que trabajar juntos en el proyecto de Hummingbird Beach.

St. Clair mueve la cabeza, como si Martin no hubiera entendido nada.

—No. Los negocios son los negocios. Jasper sabía perfectamente bien que la propuesta francesa podía ser un antes y un después para este pueblo. —Muestra su sonrisa depredadora, como si hubiera llegado a una solución satisfactoria—. ¿Tienes unos minutos, Martin? Me gustaría mostrarte algo.

—Sí, por supuesto.

St. Clair lo guía afuera de la cocina, atraviesan la sala de estar, pasan las puertas que dan a la terraza y llegan a un rincón donde hay una escalera caracol. St. Clair sube primero.

Arriba, hay una sola habitación, un gran despacho en una torre octogonal con ventanales en seis lados, inundado de luz y con vistas panorámicas: al sur,

el faro, tan cerca que Martin siente que podría tocarlo; al este, la vastedad azul y el horizonte curvo; al norte, el pueblo, y más allá, el río, la marisma de Mackenzie, la interminable extensión de arena dorada de Treachery Bay. El río serpentea hacia el oeste, hacia los cañaverales, el ingenio azucarero y el escarpe.

St. Clair deja que Martin absorba el entorno antes de hablar.

—Impresionante, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Es la verdadera razón por la que construí la casa. Para ponerle esta habitación arriba.

—Me dijeron que prefería trabajar desde su casa. Ahora lo entiendo.

—Muy perspicaz.

De mala gana, Martin aparta la mirada del panorama y se concentra en el despacho. En el centro, un gran escritorio, un octógono hecho a medida. Hacia el oeste, donde está la escalera, dos lados del octógono están revestidos de madera. Enfrente, hacia el este, los ventanales van del suelo al techo, pero al norte y al sur, solo comienzan a la altura de la cintura. Debajo de ellos, hay encimeras integradas, de un metro de fondo, con cajones. Sobre ambas esquineras, la que da al faro y la que da al pueblo, se ven grandes maquetas.

—Ven, mira —dice St. Clair, mientras se dirige hacia la encimera bajo la ventana que da al faro—. Tienes que ver esto.

Es una maqueta de Hummingbird Beach, el estuario y la marisma de Mackenzie, no como son en la actualidad, sino como podrían ser, representados con minucioso detalle. En la visión de Tyson St. Clair, el agua es azul, el campo de golf es verde y los edificios son blancos. Se ven bungalows aislados, casas y apartamentos en terrazas escalonadas sobre la ladera. El aparcamiento ha desaparecido, relegado al otro lado de la cresta, y dentro del complejo, solo se ven carritos de golf. Hay un puente nuevo, un arco elegante que cruza entre dos torres de acero que parecen una telaraña, muy por encima del estuario. El puerto deportivo está ahí, abastecido discretamente desde Dunes Road, pero accesible desde el complejo en carrito de golf. Martin inspecciona el puente más de cerca: en el lado oeste, hay carriles para los carritos que llevan hasta el club de golf. El club en sí tiene dos plantas y una amplia terraza; incluso en miniatura, domina la laguna y ofrece vistas impresionantes. La marisma se ha convertido en un lago bien definido, bordeado de muros de piedra, con el golf que lo rodea por los lados norte y

oeste; del lado este, se han preservado los manglares en algunos tramos, y ocultan la vista del campo del golf desde la carretera.

Martin asiente.

—Impresionante.

—¿Verdad que sí? —dice Tyson St. Clair, incapaz de ocultar el orgullo en su voz—. En la primera etapa, se desarrollará Hummingbird Beach. En la segunda, el puente y el puerto deportivo; en la tercera, el campo de golf. Y aquí…, déjame mostrarte. —St. Clair se acerca a la maqueta, levanta un gran tramo de vegetación entre el río y el límite oeste del campo de golf donde el Argyle gira hacia el norte. Lo coloca sobre su escritorio, abre un cajón ancho debajo de la maqueta—. Échame una mano —pide, y Martin obedece.

Los dos hombres encajan la nueva sección en su lugar, como una pieza de rompecabezas gigante. Ahora la franja de tierra entre el campo de golf y el río sinuoso está poblada con casas blancas de cartón, cada una sobre un terreno amplio, todas con su propio embarcadero, unidas por una sola carretera que vuelve hacia Dunes Road, al sur de la laguna.

—Etapa cuatro. Vistas al río y atardeceres de un lado, campo de golf del otro, el resort ahí cerca. El paraíso para jubilarse. Una urbanización cerrada exclusiva. —Hace una pausa para admirar su obra, la lógica de su visión—. Esto…, todo esto será lo que haga despegar a Port Silver.

Martin inspecciona la maqueta, comprende su lógica, calcula cuánto dinero haría falta, cuánto más se podría ganar.

—¿Tiene financiación para todo esto?

—Puedo conseguirla.

—¿Y el camping?

St. Clair se encoge de hombros.

—Puede quedarse. Aquí. Aquí lo tienes. Pero en algún momento, las tierras valdrán demasiado y el municipio lo venderá. —Señala un contorno en la maqueta. La carretera de acceso a la urbanización cerrada pasa detrás.

—¿Y las inundaciones? Tenía entendido que toda esta zona era vulnerable.

—Exacto. Tendremos que hacer grandes movimientos de tierra y muros de contención. No será barato. Pero ve alguna vez a Gold Coast, en la zona de Broadwater: han hecho maravillas. Islas enteras convertidas en zonas residenciales.

—Pero hay reglas, reglas del municipio. No se puede construir si no se está a varios metros sobre el nivel del mar.

—Así es. Habría que proteger la zona contra inundaciones.

—¿Es caro?

—Carísimo.

Martin vuelve a estudiar la maqueta. Presentada así, parece tangible.

—¿Por qué me muestra esto?

—Para que entiendas lo que está en juego.

Martin frunce el ceño.

—¿Lo que está en juego? ¿Qué quiere decir?

—Ven, mira de este lado. —St. Clair lo guía hacia la otra ventana y la otra maqueta; la ventana mira al pueblo, y la maqueta reproduce la escena a escala —. Aquí está, Martin: Port Silver.

—¿Y?

—Es un pueblo bonito. Mi pueblo. Tu pueblo. Pero seamos honestos: es un fracaso. Nunca alcanzó su potencial, y hay muchas probabilidades de que jamás lo haga.

—No sé si le entiendo.

—Escucha: desde que tengo memoria, todos decimos que seremos "el próximo gran destino", el próximo Byron Bay, el próximo Noosa, el próximo Gold Coast. Y en el pasado, yo era el primero en sostenerlo. Tenemos la playa, tenemos un puerto pintoresco, tenemos políticos desesperados por comprar votos con escuelas nuevas, comisarías, puestos de ambulancia y piscinas. Pero no alcanza.

—¿Por qué?

—Los ricos compran casas de fin de semana, pero no viven en ellas. Vienen los mochileros, los recolectores de fruta, los jubilados. Pero el dinero no.

—¿Qué dinero?

—El dinero grande. —St. Clair señala el faro, camina hacia él con energía contenida—. Míralo bien. Es el faro más grande al sur de Byron Bay. Lo construyeron a fines de la década de 1890, cuando imaginaban este sitio como un puerto importante, que exportaría cedro de los bosques, aceite de la estación ballenera, lácteos de las granjas, azúcar de los cañaverales, carne del matadero. Ese faro fue el comienzo, el faro de nuestra prosperidad. Pero siempre hubo dos obstáculos: el maldito banco de arena traicionero en la boca del Argyle y ese camino para burros mortífero que sube por el escarpe. El puerto nunca pudo albergar barcos mucho más grandes que un pesquero. Tiene la profundidad y la protección necesarias, pero el banco de arena lo

impide. Hicimos todo tipo de estudios geológicos y oceanográficos. Hay un arrecife enorme, de roca sólida, y el banco de arena se mueve por encima. No se puede dragar; haría falta una maldita bomba atómica para moverlo. Así que el puerto nunca se desarrolló, podríamos decir que involucionó. A medida que los barcos crecieron en tamaño, el comercio se redujo. El ferrocarril llegó hasta Longton y siguió de largo, el ramal que debía bajar por el escarpe nunca se construyó porque no había puerto al cual conectarse, y la pendiente era demasiado empinada para justificar los costos. La madera de los bosques se agotó, la estación ballenera cerró, la flota pesquera pasó a manos estatales y la fábrica de quesos cerró sus puertas. Y en cualquier momento, cerrará el ingenio azucarero; ya está dando pérdidas. No hay suficientes cañaverales aquí abajo, no hay economías de escala. Y cuando cierre, todas las fincas cañeras estarán condenadas. Los productores de leche todavía pueden unirse y mandar camiones cisterna con leche por el escarpe, pero no hay manera de subir camiones cargados de caña, al menos en el volumen necesario. —St. Clair suelta un largo suspiro para remarcar sus palabras—. ¿Empiezas a entender ahora?

Pero Martin niega con la cabeza.

—No lo sé. Veo todo más próspero que en mi infancia.

St. Clair se calma un poco.

—Claro. Todavía tenemos la horticultura a lo largo del río. Tenemos a los mochileros. Y atraemos a muchos que se jubilan aquí para vivir junto al mar. Así que sí, hay dinero. Pero mucho sigue siendo dinero del Gobierno, destinado a mantener contento al electorado de un distrito clave para las elecciones. Si rascas un poco la superficie, verás que sigue habiendo bastante pobreza. No hay suficientes empleos. Nos llega gente con pensiones por invalidez, madres solas con subsidio, drogadictos y pobres diablos con problemas de salud mental. No pueden costearse la vida en Sídney, Brisbane o Byron; pronto tampoco podrán vivir en Coffs ni en Tweed Heads, así que vendrán aquí. Y además están los aborígenes, que siguen pasándolo tan mal como siempre. La Barriada ya no alcanza, y la pobreza se ha desbordado hacia el camping.

Martin señala la maqueta de Hummingbird Beach y laguna Crystal.

—¿Y esa es la solución? ¿Eso y una urbanización cerrada? —No logra disimular el escepticismo en su voz.

—La solución es el turismo y los jubilados de alto poder adquisitivo. Y los

teletrabajadores. El bachillerato y la piscina están muy bien, pero el verdadero cambio va a ser la banda ancha. Este es un distrito en disputa: nos van a dar mejor conexión que a los poderosos del Parlamento. Voy a poner un punto de wifi gratis encima del faro. —Se vuelve hacia el faro, con una mueca irónica—. Al menos así servirá para algo.

—¿Y realmente cree que desarrollar la ribera norte del Argyle puede revertir un siglo y medio de estancamiento?

—Claro que lo creo. Verás, nuestro error fue perseguir el crecimiento. Durante décadas, pensé que teníamos que expandirnos, agrandarnos, como todas esas otras ciudades en auge. Pero me equivoqué: nuestro futuro no está en crecer, está en volvernos exclusivos. —St. Clair saborea la última palabra, como si se tratara de un manjar—. El escarpe y el banco de arena dejarán de ser trabas para el desarrollo; serán nuestra protección contra el exceso de desarrollo. Dejé de presionar para que reorientaran la carretera, dejé de insistir para que extendieran los espigones. En cambio, empecé a donar a los ecologistas, a impulsar un límite de población. Quiero que echen a McDonald's, como hicieron en Byron. Queremos ser pequeños y exclusivos, limpios y ecológicos.

—No sé si drenar la marisma de Mackenzie sea precisamente limpio y ecológico… ¿Y qué me dice de los aborígenes... ya se han aficionado al golf?

St. Clair suelta una carcajada, sin ofenderse en absoluto.

—No, pero mi intención es que puedan hacerlo. Se sumarán. Y los ecologistas también.

—¿De qué modo?

St. Clair lo mira con expresión sagaz.

—¿Has estado en Hummingbird Beach? ¿En la laguna?

—Sí, justo esta mañana.

—¿Y más allá? ¿Llegaste más lejos?

—No, ¿para qué?

—Exacto. Nadie llega más allá. Las playas son demasiado salvajes; la tierra, demasiado arenosa y salina. Las granjas lecheras, las pocas que quedan, están un par de kilómetros tierra adentro. Hay algunos cañaverales, pero ya te dije lo que les espera. Es tierra de mierda. El Gobierno convirtió casi todo en reserva natural porque no saben qué hacer con ella.

—¿Y qué propone usted?

—En los próximos meses, recibiremos la visita de la primera ministra.

Anunciará un nuevo parque nacional a lo largo de la costa que se unirá con el que está más al norte. Como parte del acuerdo, habrá empleos para guardabosques aborígenes.

—¿Un trueque por la marisma?

—Lo estoy negociando. Pero confío en ti: nada de esto puede salir en los periódicos.

—No, claro que no. —Martin no se imagina al *Herald* entusiasmado por un parque menor en la costa norte, aunque siguiera trabajando para ellos—. ¿Y el Gobierno estatal está involucrado en esas negociaciones?

—Ajá. Pero no esperes que te diga mucho más. Tengo que mantener la confidencialidad.

—Así que un parque nacional. Una barrera natural para el desarrollo de Hummingbird Beach. Una garantía de privacidad, exclusividad y vistas vírgenes.

—Exacto. Lujo y exclusividad al borde de la naturaleza intacta, con servicios y mano de obra en Port Silver, a veinte minutos en coche. Es perfecto. Hummingbird Beach es el grano de arena, al norte del río está la perla, y Port Silver es la ostra, que crece gorda y suculenta. —St. Clair enseña los colmillos en lo que Martin supone es su idea de una sonrisa triunfal.

Martin se acerca de nuevo a las ventanas, estudia otra vez la maqueta del proyecto.

—Me dijeron que planea demoler la vieja fábrica de quesos.

Esta vez St. Clair no se limita a sonreír: se ríe a carcajadas.

—¡Yo no! No es mía.

—¿En serio? ¿El guardia de seguridad que vi allí esta mañana no trabaja para usted?

—No has estado perdiendo el tiempo.

—¿Y qué hace ahí? —insiste Martin.

—Solo le echa una mano a un periodista trabajador.

—Sí, Doug Thunkleton. Según él, la fábrica es suya.

St. Clair niega con la cabeza.

—No sé de dónde sacó esa idea. Es de Amory Ashton.

—Creí que estaba muerto.

—Eso creemos todos. Pero no hay cadáver. Y hasta que no lo declaren legalmente muerto, sigue siendo el dueño.

—Entonces, si Doug Thunkleton encuentra algo, un cadáver, ¿usted se

beneficia?

—Así es.

—Fue usted quien le dio la información a Doug, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Y quién se queda con la propiedad si a Ashton lo declaran muerto?

—No importa. Tengo más posibilidades de comprársela a ellos que a un muerto.

—¿Y los detectores de metales?

—¿Thunkleton no te lo dijo?

—No.

St. Clair exhibe los incisivos.

—Ashton era un viejo gruñón, quizá por su dieta de mierda. Carnes rojas, vino tinto y queso azul. Corroído por la artritis crónica.

—No entiendo.

—Estaba operado de la cadera, de las rodillas. Prótesis de titanio. Si está enterrado allí, los detectores de metales lo encontrarán. El titanio es inconfundible. —St. Clair alza las cejas, como si la idea le resultara divertida. Se vuelve hacia el mar, lo contempla unos segundos y luego mira otra vez a Martin. Es un gesto extraño, como si lo hubiera dejado en espera para pensar en asuntos más importantes. Su expresión se torna seria—. La fábrica de quesos no tiene nada que ver con Jasper. Créeme: no están relacionados.

—¿Cómo lo sabe?

—Jasper se oponía al proyecto, eso lo sabe todo el mundo, así que no era parte de las negociaciones, no sabía en qué punto me encontraba.

—Entonces, si no es relevante, ¿por qué me muestra todo esto?

—Por la Barriada.

—¿Qué?

—Desde aquí todavía se ve, ¿sabes? La Barriada. En verano, se cubre de una especie de bruma, como si la desventaja fuera visible. Casos de asistencia social. Drogadictos, borrachos, refugiados. Aborígenes separados de sus propias tierras. De ahí vienes tú, Martin, de ahí vienen los Scarsden. Y de ahí vengo yo. Quiero cambiarlo.

—¿Con una urbanización cerrada? ¿Y un campo de golf?

—Exacto. Empleos de verdad. Dinero de verdad y un futuro de verdad.

—¿En serio?

—En serio. Martin, de una u otra forma, va a ocurrir.

Pero Martin niega con la cabeza.

—No, si Jota Hayes no vende su tierra, no. Y por lo que entiendo, no tiene intención de vender. Y sin Hummingbird Beach, todo lo demás se desmorona.

—Venderá.

—¿Por qué está tan seguro? —Martin no puede evitar pensar en la caja de estudios, radiografías y resonancias detrás del escritorio de Jota Hayes. ¿Sabrá St. Clair algo que él ignora?

—Es la naturaleza humana. Todo ese dinero delante de sus narices, tentándola. Venderá.

—¿Entonces, los franceses siguen interesados?

—Por supuesto. Dejaron un millón de dólares sobre la mesa. Una comisión, si Jasper y yo lográbamos convencer a Jota de que vendiera.

Eso pone a Martin a pensar. Jasper había protegido a Jota, advirtiéndole de inminentes inspecciones y subidas de impuestos. ¿Competía con St. Clair o estaba confabulado con él?

—¿Por qué me cuenta esto?

—Quiero que trabajes para mí.

—¿Qué? —Martin suelta una risa, creyendo que es una broma, pero cambia de idea ante la expresión de St. Clair—. ¿Trabajar para usted? ¿Haciendo qué?

—Haciendo que esto suceda. —El promotor inmobiliario hace un gesto amplio que abarca la maqueta—. Tú mismo lo dijiste, el periodismo te ha dejado. Necesitas un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Comunicación. Relaciones públicas. Relaciones con el Gobierno. De aquí hasta Brisbane, no hay nadie con tu currículum. Experiencia con los medios, contactos, conocimiento de cómo funciona el mundo real.

Martin no dice nada, pero una voz en su cabeza le dice que St. Clair tiene razón. Si va a quedarse en Port Silver con Mandy, ¿qué piensa hacer? ¿Trabajar para el *Longton Observer*? ¿Hurgar en busca de más crímenes reales para convertirlos en libros?

—¿Qué me ofrece?

—Mucho, Martin. Mucho. Pero no lo hagas por eso. No lo hagas por el dinero. Ayúdame a acabar con la Barriada de una vez por todas.

Scotty nunca fue a la Barriada. Jasper nunca volvió después de que su padre muriese y su madre se los llevase de allí. Ninguno de los dos quería ir, y Martin

tampoco quería invitarlos, mucho menos cuando entendió el estigma que cargaba el lugar, la marca de ser un marginal. Y mucho menos en esos años en que él y su padre se hundieron en la miseria, cuando el césped se volvió maleza y la casa olía tan mal que dejaban abiertas las ventanas. Aprendió a odiar su casa, pero no el barrio. La Barriada era su hogar, el único que había conocido, al menos en aquellos años antes de que murieran su madre y sus hermanas, y luego, otra vez, en esos dos últimos años en que Vern se mudó con él y juntos arreglaron la casa. Había buena gente en el barrio, gente con buen corazón y mala suerte.

Scotty nunca fue a su casa, Jasper nunca fue a su casa. Nadie fue a su casa, nunca. Excepto Maz. Un día Maz fue. Tenían quince años. Maz le gustaba y, como descubrió demasiado tarde, a ella le gustaba él también. Lo había besado una noche, allí arriba, en las dunas junto a la playa; sus labios sabían a caramelos dulces, a Coca-Cola y a cigarrillos mentolados. Él no dijo nada, ella no dijo nada, pero desde ese momento, hubo algo entre ellos, esa certeza de que tarde o temprano iban a estar juntos, iban a ser novios. Y un día, ella apareció en la Barriada, en su casa, sin avisar. Debió de haber caminado todo el trayecto desde la Five Mile Beach, cruzando el pueblo y subiendo por la calle Ressling. Él estaba dentro, en su cuarto. La vio por la ventana: llevaba sus mejores vaqueros, una blusa con flores, bonita y discreta. El pelo le brillaba al sol y estaba maquillada. Se quedó de pie frente al portón, inmóvil, mirando. Comprobó el número de la casa e intentó abrir el portón, oxidado y atascado, que él siempre saltaba. Luego, se detuvo, miró la casa una vez más y se marchó.

Fue entonces cuando Martin empezó a limpiar la casa, cuando Vern lo ayudó a hacer funcionar el cortacésped; cambió la bujía, afiló las cuchillas, limpió el carburador y cambió el aceite. Cortó las malezas y después empezó a cortar el césped para los vecinos demasiado viejos o enfermos. Les cobraba cuando podían pagarle y lo hacía gratis cuando no. Siempre había tenido buen aspecto; se duchaba cada mañana, y el uniforme escolar y su ropa estaban gastados pero limpios; empezó a asear la casa, paso a paso, con su propio dormitorio como base de operaciones. Lavó sus sábanas y, al ver que no era suficiente, las dejó en remojo durante días y, como eso tampoco lo era, las tiró y compró unas nuevas con el dinero que ganaba cortando el césped. Pasó la aspiradora, sacudió el polvo, tiró ropa que le quedaba pequeña, algunas prendas de cuando tenía menos de ocho años. Desde su habitación, avanzó hacia la cocina. No debería haber estado tan mal, pues nunca cocinaban. Pero había restos podridos en el

horno, restos pudriéndose más despacio en la nevera; del desagüe del fregadero brotaban olores nauseabundos. Un fin de semana, lo dio todo: fregó todo el día, toda la noche y hasta el amanecer, llevado por un fervor casi maniático. Y al final, sintió satisfacción ante lo logrado, sintió orgullo. Y entonces, su padre vomitó en el baño. Y alguien le robó el cortacésped.

A Maz la veía con frecuencia, era imposible evitarla: en el autobús hacia la escuela en Longton, en una de cada dos clases, a veces fumando con los demás en las dunas o en The Boulevarde frente al local de Theo. Siempre lo trataba con cortesía, nunca decía nada cruel, nunca lo llamaba "marginal". Pero ya no existía ese entendimiento entre ellos. Y en sus ojos, a veces, Martin veía el sentimiento más demoledor de todos: la lástima.

En The Boulevarde, Martin se detiene a almorzar. El viejo supermercado se ha transformado en una ferretería, pero en el piso superior, sigue habiendo un aparcamiento. Sube con el Toyota por la rampa. Le parece ahora mucho más corta, la pendiente más leve, en comparación con aquella noche en que corrían carreras con los carritos del supermercado. El calor aprieta sobre la planicie de cemento, que absorbe el sol y lo devuelve como resplandor ardiente; no hay ni una pizca de sombra. La tormenta que se descargó sobre Nobb Hill mientras visitaba a St. Clair ya se ha esfumado. No es el mejor lugar para dejar un coche. Martin baja las ventanillas, las deja abiertas. Si alguien quiere robar esa chatarra oxidada, que se dé el gusto.

Está exhausto; necesita comer, ordenar sus pensamientos. Entre varias cafeterías, su memoria lo lleva de nuevo al manjar de su infancia: pescado rebozado con patatas fritas. ¿Dos días seguidos? ¿Por qué no? En lugar del local nuevo junto a la tienda de sushi, decide volver a su viejo reducto, Theo's.

Por dentro, está casi igual a como lo recordaba: el linóleo que se despega del suelo, las mesas de fórmica, los azucareros de cristal pesado con tubo plateado. Del techo, cuelgan dos ventiladores que giran con pereza. Las neveras, decoradas con el logo de Coca-Cola, son nuevas, y los ceniceros de baquelita ya no están, pero en las paredes siguen estando los descoloridos pósteres de muertos famosos en marcos baratos: Elvis, Bogart y Lauren Bacall, Marilyn, James Dean, Clark Gable, Errol Flynn, Judy Garland. En algún momento del último cuarto de siglo, también se sumaron John, Paul, George y Ringo al panteón. No los Beatles *hippies*, sino los muchachos de flequillo que sonríen a la cámara, retratados en blanco y negro como los demás. Un café-panteón.

En el mismo mostrador, el mismo pedido: dos trozos de pescado con patatas fritas. La adolescente que está detrás ni siquiera le dice el precio, directamente empuja un datáfono hacia él. Pelo teñido, *piercings*, tatuajes y un aire desafiante. Una punk de Port Silver.

—¿Efectivo? —pregunta Martin.

—Como quieras.

Martin le entrega treinta dólares y recibe a cambio un puñado de monedas, casi con desdén. La chica de rostro malhumorado lo desafía con la mirada. Martin no se molesta en responder; deja las monedas, una por una, en un bote para propinas vacío. Justo cuando introduce la última, un hombre sale con prisa desde la trastienda, secándose las manos en el delantal. Martin lo reconoce al instante: no es Theo Tomakis, sino su hijo, George, convertido en una fotocopia de su padre. George, su antiguo compañero de escuela, otrora estrella de fútbol, ágil y apuesto, con una mandíbula afilada que parece capaz de cortar mantequilla. Esa mandíbula hace tiempo que desapareció, junto con la cintura y el pelo. En compensación, ha brotado un bigote imponente, pero no hay duda de quién es.

—George —lo llama Martin.

George lo mira, a punto de decir algo; frunce el ceño, como si una mota de polvo del recuerdo flotara ante él, y luego sonríe. Levanta el dedo y exclama:

—¡Martin Scarsden! El reportero estrella.

—George.

Se estrechan la mano, sonríen sin saber muy bien por qué; fueron compañeros de curso, no amigos. George fue de los que abandonaron antes de terminar los últimos dos años de bachillerato, en pos del sueño del fútbol profesional. Martin no lo ha vuelto a ver desde entonces, pero por alguna razón se alegra de encontrarlo ahora. Y comprende por qué: el hombre del pescado con patatas fritas también es un marginado, un superviviente como él.

—Me enteré de que ibas a volver —comenta George—. Me lo contó Jasper Speight.

—¿Seguiste viendo a Jasper?

—Claro. Venía casi todas las semanas. Pescado con patatas y leche con cacao.

Martin sonríe.

—Algunas cosas no cambian nunca.

—Supongo que te has enterado —agrega George, poniéndose serio.

—Sí, me he enterado.

—Amigo, este pueblo…, nunca habíamos visto nada parecido. Peleas, trifulcas y líos domésticos, sí; la Barriada no era el país de las maravillas. Pero ¿un asesinato? Joder.

—Entonces, ya no vives allí, en la Barriada.

—¿Yo? Ni hablar. Mis padres se quedaron mucho tiempo, incluso cuando ya se podían permitir marcharse, pero yo no. No veía la hora de irme.

—¿Cómo están tus padres?

—Papá murió. Hace años, de un ataque al corazón. El único ejercicio que hacía era jugar al póquer y fumar cigarrillos. Mamá ahora vive con nosotros. Convertimos el garaje en un apartamento para ella.

—¿En Nobb Hill?

George se ríe, suelta una carcajada profunda, sincera.

—¡Ni en sueños! Pero estamos bien. Tenemos una casa con doble pared de ladrillos, aire acondicionado, frente a Five Mile Beach; desde arriba, se ve el mar. Corre la brisa, los chicos juegan en la arena. Una maravilla.

—Suena fantástico. ¿Veías a Jasper a menudo?

—Nah. Solo cuando venía a comer pescado con patatas. Hablaba poco, a veces sobre lo que escribías en el periódico o dónde habías estado. Y preguntaba cuándo íbamos a vender.

—¿La tienda es tuya?

George vuelve a reír, esta vez con más entusiasmo.

—No se lo cuentes a nadie, pero mi madre es dueña de la mitad de The Boulevarde.

Ahora es Martin el que se ríe al pensar en la anciana austera que no quería dejar la Barriada y que ahora vive en un garaje acondicionado.

—¿Entonces podrías vivir en Nobb Hill si quisieras? Yo lo decía en broma.

—Ella podría, sí. Pero está mayor, odia subir y bajar escaleras. Y no quiere estar allí arriba con los otros.

—¿Los otros? —pregunta Martin—. Son abogados de la gran ciudad y jubilados forrados en dinero.

—Exacto, unos pelmazos. Y los lugareños son peores: siempre hablando de precios de casas, compitiendo por trepar. Colega, es como *Juego de tronos*. Mamá no lo soporta.

La empleada adolescente, con expresión de absoluto aburrimiento, se dispone a sacar la cesta de acero del aceite hirviendo, pero George se adelanta, lo hace él

mismo, deja escurrir el pescado y luego las patatas, golpeando un par de veces la cesta para que caiga el exceso de aceite.

—No tienen el sabor de antes —se queja George.

—¿Por qué?

—Antes las freíamos en manteca de vaca. Bloques enormes, blancos. Ahora todo es aceite de colza. Más sano, dicen, pero cero sabor.

Martin le da las gracias y se lleva la comida a la playa. Igual que la manteca de vaca, el papel de cocina también ha desaparecido. La comida ahora viene en una caja abierta, insertada dentro de una bolsa blanca de papel que deja escapar el vapor y mantiene el rebozado crujiente. Y a pesar de lo que dice George, sabe igual de bien. Es como la playa: pueden rastrillarla, pero sigue siendo la misma playa. Come un bocado de pescado, lo siente caliente, crujiente, salado. La boca se le llena de sabor; la mente, de recuerdos. Sigue siendo el mismo pescado frito con patatas, mejor que el del local nuevo.

Mientras come, vuelve a sentirse en la Barriada, comiendo pescado frito con patatas en el sofá, mirando la televisión, tratando de ignorar a su padre, que está en el sillón, devorando su hamburguesa que chorrea grasa y condimentos. Y en la televisión, las noticias, los corresponsales en el extranjero, con su fría objetividad, su certeza inequívoca, los dueños absolutos de los hechos.

Ya cerca del final, la mayor parte del tiempo es así: su padre cada vez más inmóvil, menos dado a pasar el tiempo en el club gastando dinero en las tragaperras o despilfarrándolo en apuestas, más propenso a quedarse en casa, borracho y casi inconsciente en el sillón, lanzándole billetes a Martin para que traiga comida. Los dos comen sin intercambiar palabra; las noticias y el ruido que hace su padre al masticar llenan el silencio; Martin se aprende el nombre de los corresponsales, sigue sus hazañas, asimila el estado cambiante del mundo: se desmorona la Unión Soviética, liberan a Nelson Mandela, Yugoslavia se desintegra en un mosaico de sangre y atrocidades.

Y encima del televisor, su talismán, milagrosamente intacto: la botella de champán francés, con la etiqueta naranja que ondea como una bandera de combate, la promesa de una vida mejor, asegurándole que algún día él también viajará por el mundo y vestirá camisas azules impecables con hombreras, como James Bond, solo que con una máquina de escribir en vez de una pistola, un micrófono en lugar de un silenciador, una copa de champán en vez de un martini. Beberá champán de botellas con etiqueta naranja, brindará porque

pudo salir de la sórdida banalidad y de las arenas movedizas emocionales de Port Silver.

El teléfono vibra y lo arranca de golpe del recuerdo, de su almuerzo a medio comer. Es un mensaje de Mandy: “Beachside Cafe, por favor, ven ahora mismo”.

CAPÍTULO 12

El Beachside Cafe no está sobre la playa, sino en The Boulevarde, aunque del lado este de la calle. La única vista del mar, como descubre más tarde Martin, es a través de la ventana del baño de hombres. Es un local indefinido en cuanto a su identidad: carece de las pretensiones de su vecino, el Che Bay Cafe, pero tiene más aspiraciones que el local de Theo. El interior ostenta un desenfado costero: suelo de cemento alisado, mesas de madera y viejas redes de pesca colgando del techo. El menú está escrito en una pizarra: se pide y se paga en el mostrador.

Mandy lo espera con una sonrisa de disculpa. Winifred Barbicombe está allí, pero sin sonrisas. Liam duerme en su cochecito; al final, no lo ha dejado en la guardería. En cuanto traspasa la puerta, Martin se da cuenta de que algo no va bien.

—¿Qué pasa? —pregunta, cogiendo la silla que le han reservado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada demasiado grave —responde Mandy.

Martin mira a la veterana abogada. Winifred no dice nada. Mandy suspira.

—La policía está desesperada y persigue sombras, nada más.

—Es cuando se ponen más peligrosos —responde él, y se gana un gesto de aprobación de Winifred y una mueca de disgusto de su pareja.

—Nick Poulos me llamó desde el club de socorristas
—dice Winifred con tono sombrío—. Me contó que la policía estuvo por allí preguntando por Mandalay y Jasper Speight. Parece que están tratando de inventar un motivo para culpar a Mandalay de la muerte de Jasper.

Martin fija la mirada en Mandy y susurra: —¿Qué pasó? ¿Por qué allí?

—Jasper y yo tuvimos un rifirrafe en el club hace unas semanas. Algún entrometido debió de contárselo a la policía.

—¿Un rifirrafe? —repite Martin. La palabra le provoca la misma aversión que la visita de un pariente lejano. Para él, la expresión solo existe en "un

rifirrafe entre enamorados". En todos los otros casos, es una pelea, una discusión, una riña o una bronca—. ¿Qué pasó?

—Estábamos cenando. Yo pensaba que era un buen tipo. Me alquilaba la casa en el pueblo, me ayudaba con el papeleo de la casa Hartigan. Ya me había contado que te conocía, que habíais sido amigos, que le encantaba leer tus artículos. Yo quería hacer amigos, integrarme en la comunidad. Parecía muy sincero; me habló de la necesidad de preservar una parte del medioambiente local. Y entonces, me puso la mano en la pierna. Le pedí que la retirara y lo hizo, pero luego volvió a ponerla e intentó subir más arriba. Así que me levanté y le vacié una jarra de cerveza en la cabeza.

—Ajá —dice Martin, reprimiendo una sonrisa.

—Y le canté las cuarenta.

—Cuéntale el resto —la anima Winifred.

Mandy se encoge de hombros.

—Le dije que se fuera a la mierda. No lo amenacé ni nada.

—Todo el club vio lo que ocurrió, lo oyó. Lo humillaste —agrega Winifred.

—Se lo merecía. ¿Qué esperabas que hiciera?

Martin siente la punzada leve de una traición: su viejo amigo, insinuándose con Mandy. Pero no dice nada al respecto.

—¿No reaccionaste de forma exagerada?

Ella lo mira, asombrada, y su voz se torna gélida.

—Vete a la mierda tú también.

Demasiado tarde, recuerda la incomodidad de esa mañana, el mal humor de Mandy por su velada en casa de Vern y Josie. Se desdice.

—No digo que estuvieras equivocada, pero ya sabes…

—No termina la frase, y ella lo fulmina con una mirada capaz de apagar Chernóbil.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ya sé? ¿Que él iba a terminar muerto en la sala de mi casa?

Winifred intercede, como un árbitro de rugby que evita una pelea, y se dirige a Martin: —¿Y tú? ¿Has descubierto algo útil? —El tono deja claro que no espera gran cosa; solo quiere cambiar de tema.

—Sí, tal vez. —Y procede a contarle su mañana mientras Mandy lo taladra con la mirada; la fábrica de quesos, Hummingbird Beach y su visita a Tyson St. Clair.

La sola mención de Doug Thunkleton horroriza a Mandy, después de la

forma en que los destrozó en su transmisión en vivo en Riversend.

—¿Ese imbécil? ¿En Port Silver? No anda tras de mí, ¿verdad?

Martin la tranquiliza: no está allí por ella.

Winifred, en cambio, se muestra intrigada por los planes para la ribera norte del Argyle.

—¿Así que piensas que la muerte de Jasper Speight puede estar vinculada de algún modo a esos proyectos urbanísticos?

—Es posible. No hay pruebas, pero estos proyectos deben de mover cientos de millones de dólares. Eso ya es un motivo de peso.

—Lo es —coincide Winifred, y junta las manos en un gesto reflexivo—. ¿Puedes seguir con eso, Martin? A ver qué más averiguas.

—Sí, claro. ¿Has hablado con Montifore?

—Casi nada, ¿por qué?

—La imagen en la mano de Jasper. ¿Te dijeron qué era?

—Sí, tenías razón. Era una postal… de un santo ortodoxo griego.

—¿Y qué tenía escrito?

—Nada. Estaba en blanco.

Martin frunce el ceño. Una postal en blanco en la mano de su amigo muerto. ¿Por qué?

—¿Quién era el santo?

—San Mirón de Creta. Estaba impreso en el reverso, en griego y en inglés.

—¿Quién es?

—San Mirón el Taumaturgo. ¿Lo habías oído nombrar?

—Nunca.

—Lo busqué en Google. Un santo ortodoxo del siglo III o IV. Fue obispo de Creta —explica Winifred—. ¿Alguna idea de por qué Jasper tendría esa postal en la mano? ¿Por qué querría mostrártela?

—Ninguna. Su madre me dijo que coleccionaba postales, pero no era religioso. Es un misterio.

Mandy los interrumpe.

—¡Mierda! —murmura.

Ivan Lucic está en la puerta. El sargento se acerca y le habla a Mandy, con tono casi amable.

—Vamos. Es la hora.

Winifred se pone de pie, lista para acompañar a su clienta.

—Martin, avisa a Nick de lo que ha pasado, ¿vale?

—Por supuesto.

—Bien. Y sigue con tus averiguaciones. —Se vuelve hacia Mandy, que sigue sentada, abatida.

—Vamos, Mandalay. Los inocentes no tienen nada que temer.

Pero Mandy no se levanta todavía. Se vuelve hacia Martin; él ve la angustia en sus ojos.

—Liam. ¿Podrías cuidarlo?

—Claro.

Ella le entrega las llaves del coche, le indica dónde ha dejado el Subaru, le explica que todo lo que el niño necesita está en una bolsa de deporte.

—Cuando despierte, va a tener hambre. En el cochecito, hay un biberón ya preparado y un recipiente con puré de verduras. También he comprado una mochila portabebés, para que lo lleves a dar un paseo. Si quieres probarla, está en el maletero.

Tiembla al ponerse de pie. Winifred, Lucic y Martin miran, inmóviles, cómo se inclina y besa con suavidad la frente de su hijo dormido. Luego, se endereza, con los ojos llorosos.

—Cuídalo, Martin. Por favor, cuídalo.

Y se marchan en fila, la abogada, el policía y la sospechosa, bajo las miradas de los chismosos del café, que afilan la lengua; Martin se queda solo en la mesa; Liam duerme, ajeno a todo.

Liam despierta en cuanto Martin lo saca del cochecito y lanza un grito agudo de necesidad. Martin siente un instante de pánico, de completa ineptitud, hasta que le entrega el biberón. El niño se calma al instante. Suspira aliviado. Pero ¿qué sucederá cuando se acabe el biberón? Coloca al bebé, ya tranquilo, en la mochila, y lo asegura. Luego, levanta con cuidado la mochila y la lleva hacia atrás hasta que el niño está sentado en su espalda; la mochila descansa sobre las caderas de Martin, que cargan el peso. Se ajusta la correa en la cintura, después, las de los hombros. Satisfecho, se inclina torpemente, manteniendo la espalda recta para no desestabilizar a Liam, y recoge la bolsa con biberones, pañales, toallitas. Demasiadas cosas.

Caminando por The Boulevarde, escucha al niño resoplar junto a su oído mientras bebe su leche, feliz con esa nueva aventura, la altura, el movimiento. Qué astuta Mandy: debió de saber que a su hijo le agradaría. A Martin también le gusta: es mucho mejor que el cochecito. Al pasar, las mujeres le

sonríen con aprobación. Liam ríe, Martin sonríe; Liam gorjea, Martin le hace ruiditos absurdos por encima del hombro. Pero cuando el niño deja caer el biberón, su alarido le taladra el oído izquierdo. Se agacha para recogerlo, pero una joven madre, con su propio hijo de la mano, se adelanta. Se lo devuelve a Liam y les sonríe con expresión indulgente.

—Aquí tienes.

Martin se encamina a la playa, con la idea de que el niño tal vez disfrute de las olas y las gaviotas. Pero antes entra en el local de Theo y le pide a la adolescente malhumorada que llame a George Tomakis.

—Martin. ¿De vuelta tan pronto? ¿Y este muchachito quién es?

—Liam. El hijo de mi pareja.

—Tiene cara de travieso —dice George con una gran sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—La comunidad griega aquí en Port Silver, ¿es muy grande?

—Nah, unas cinco o seis familias. Casi ni alcanza para darle el nombre de comunidad.

—¿Hay alguna de Creta?

—¿De Creta? No lo creo. Un par de chipriotas en Longton y nada más. ¿Por qué?

—¿Has oído hablar de san Mirón el Taumaturgo?

George suelta una carcajada.

—¡Qué va! Suena más bien como el nombre de una banda: San Mirón y los Taumaturgos.

—Gracias, George.

En una mesa de pícnic, sobre las dunas y a la sombra de un pino, Martin baja con cuidado la mochila. Liam, aún con la tetina del biberón en la boca, lo observa con aire curioso. Martin la apoya en el suelo y la sostiene con una mano, mientras las piernecitas regordetas del niño se balancean en libertad. Con cierta dificultad, se quita los zapatos. En la bolsa de deporte, encuentra un sombrero para el pequeño y protector solar. Mandy ha pensado en todo. Liam ríe y se retuerce cuando Martin le unta la cara con crema, como si estuviera jugando a hacerle cosquillas. Martin acaba riéndose también, hablándole al niño, jugando con él.

Luego, mientras Liam sigue entretenido con el biberón, Martin llama a Nick Poulos. El abogado responde enseguida.

—¿Martin?

—Nick. La policía se ha llevado a Mandy para continuar con el interrogatorio.

—¿En serio? ¿Por el altercado con Jasper en el club?

—Diría que sí. ¿Podemos vernos?

—Por supuesto, pero no puedo decirte cuándo. Los inspectores están en el pueblo. Tal vez, me retrase.

—¿Qué inspectores?

—Los de pesca. Están revisando las capturas. Estoy en el puerto.

—¿Haciendo qué? ¿Pescando clientes?

—Pescando clientes en el muelle. Hay que ganarse la vida.

—Magnífico. Igual que las gaviotas. Pero escucha, quizá puedas ayudarme con un par de cosas. ¿Sabes cómo puedo localizar a la exmujer de Jasper Speight? Creo que se llama Susan.

—No tengo esa información, pero puedo averiguártela. ¿Cuál es la segunda cosa?

—¿Has oído hablar de san Mirón el Taumaturgo, de Creta?

Martin escucha una carcajada en el teléfono.

—Jamás. Te has equivocado de griego. No sé nada de esas tonterías de los ortodoxos.

—Solo preguntaba. Estoy en Town Beach. Voy a dar una vuelta, nos vemos pronto. —Martin cuelga.

Vuelve a cargar a Liam en la espalda, pero antes de salir de la sombra, busca en Google al santo griego. Internet le informa que Mirón nació hacia el año 250 a. C. y que, en efecto, hizo milagros: convirtió toneles de agua en vino y caminó sobre las aguas de un río, como un Jesús de bajo presupuesto. Martin se pregunta qué diferencia habrá entre un taumaturgo y alguien que hace milagros. Lee que su festividad es en agosto y trata de ver si eso tiene algún sentido, pero no logra obtener nada. En otro sitio, encuentra un informe curioso: solo unos años atrás, el santo se apareció en sueños a unos feligreses locales y les pidió que lo sacaran de su tumba; así lo hicieron, desenterraron sus reliquias y las exhibieron en una urna de cristal.

Martin relee el artículo y después levanta la vista hacia las arenas blancas de Australia, hacia los hedonistas que disfrutan de la playa, y piensa qué relación podría tener un santo griego del siglo III o IV con la muerte de Jasper Speight.

La playa está concurrida, la temperatura aumenta en las primeras horas de la tarde. La gente se dispersa a lo largo de la arena: los jóvenes y los

despreocupados, los viejos y los atribulados. De niño, este lugar era su refugio, algo que daba por sentado. La playa. La contempla ahora, la mira con los ojos con que deben de mirarla los mochileros europeos, como si volviera a descubrir su valor. Camina hacia las olas con Liam encaramado bien alto, para darle una mejor vista. Un águila marina se acerca planeando con las alas rígidas, cabalgando las corrientes térmicas sobre la playa.

Martin señala.

—Un pájaro, Liam. Un pájaro.

El niño emite una especie de gruñido y le pega en la nuca con el biberón de plástico. Ha terminado su leche y le ha encontrado otro uso al envase. ¡Ploc! Vuelve a golpearlo, esta vez muerto de risa.

—¡Liam, por el amor de Dios!

¡Ploc! Carcajadas.

Martin alza los brazos hacia atrás intentando atraparle las manos, pero el portabebés no le permite llegar. Liam chilla de júbilo con esa nueva variante de su juego. ¡Ploc, ploc, ploc! Un golpe en cada mano, otro más en la cabeza de Martin.

Un grupito de mochileros en pantalones cortos y biquinis, que estaban marcando una cancha de vóley en la arena, se detienen a mirar y se ríen del espectáculo. Una joven sonriente se adelanta con el móvil en alto, grabando la escena, carnada para las redes sociales. Ploc. Ploc. Más chillidos de júbilo de Liam. Martin comprende que está a punto de volverse viral y le da la espalda a la cineasta improvisada al tiempo que empieza a desabrochar el portabebés.

—No, no —protesta la documentalista—. ¡Es muy gracioso! ¡Otra vez!

Pero Martin ya ha bajado la mochila a la arena; la deja erguida y se arrodilla a su lado, sujetándola para que no se vuelque. Los ojos de Liam brillan, traviesos. Sostiene el biberón por la tetina y lo agita de un lado a otro; le da un golpe en el brazo para seguir con el juego. Martin sonríe. A diferencia de los golpes en la cabeza, este no duele ni molesta, así que se presta al juego, haciendo muecas exageradas cada vez que Liam lo golpea.

—¡Qué preciosidad! —exclama la chica del biquini, y se acerca—. ¡Es adorable!

Ya no está filmando. Martin le quita el biberón al niño; Liam lo mira, vacilante, sin saber si el juego continúa. Martin lo desabrocha con cuidado, lo saca del portabebés y lo levanta en brazos.

—¿Puedo cogerlo un ratito? —pregunta la chica.

Martin está a punto de negarse cuando lo interrumpen unas voces encolerizadas; el aire se tiñe súbitamente de insultos, la calma se hace añicos. La chica y él giran la cabeza. A través de la arena, avanzan dos jóvenes, empujándose, forcejeando y soltando improperios. Uno de ellos es Royce, todavía con las gafas de sol a punto de caérsele. La pelea escala, los empujones se convierten en puñetazos, los insultos pasan a ser gritos. Las gafas vuelan por el aire. Su rival, tan musculoso como él, con una melena rubia de surfista, sonríe con saña, provocándolo. El contacto se intensifica: piel contra piel, nudillo contra hueso, un ruido sorprendentemente fuerte.

—¡Sujétalo! —ordena Martin a la chica y le entrega a Liam.

—¡Basta! ¡Parad! —grita mientras avanza hacia ellos. Vienen tambaleándose hacia él. De pronto, está muy cerca, siente su respiración, huele su sudor.

—¡Basta! —insiste, agitando los brazos. Pero lo único que logra es distraer a Royce, que intenta girarse, se da cuenta de su error demasiado tarde y recibe un gancho de izquierda. Se tambalea, las rodillas se le doblan.

—¡No! —grita Martin con impotencia; se mueve con torpeza en la arena.

Pero es en vano, el derechazo que sigue impacta de lleno en la cara de Royce, con un ruido nauseabundo de carne aplastada y hueso quebrado; un chorro de sangre cae sobre la arena dorada y salpica la pierna de Martin. Las rodillas de Royce ceden y se desploma con un golpe sordo y definitivo, inconsciente antes de tocar el suelo.

—¡No! —vuelve a gritar Martin, incapaz de creer lo que acaba de ver, incapaz de aceptar lo sucedido—. Pero ¡¿qué cojones te pasa?! —le grita al agresor, que se yergue victorioso, con las piernas abiertas y la mirada furiosa, como un gladiador—. ¡No puedes hacer algo así!

—Ah, ¿no? —responde el hombre y avanza un paso.

Martin ni siquiera llega a contestar, a sopesar si conviene hacerlo, a levantar las manos. Un destello de movimiento, el sonido de otro golpe brutal y un dolor abrasador. Y luego, una neblina roja desciende sobre él y lo arrastra hacia abajo. Antes de perder el sentido, alcanza a oír el grito de la chica en biquini, el rumor de las olas y el golpe seco de su cabeza contra la arena.

Oscuridad, confusión, luz. El sabor del pescado frito con patatas. Su padre, riendo, su padre joven, fuerte, riendo a carcajadas. Corren, corren por la playa. No, es Martin el que corre en círculos, de muy pequeño, persiguiendo gaviotas que se apartan, torpes, sin sentirse lo bastante amenazadas como para levantar

vuelo. Y su madre. Su madre también está allí, sonriendo con indulgencia, riéndose al ver a su hijo y a su marido jugando. En la playa. Bajo el sol. El sol, el sol que es tan cálido.

Lo primero que oye al volver en sí es el llanto de Liam. ¡Liam! Abre los ojos, primero el derecho, el izquierdo tarda más. Un dolor punzante le recorre la parte superior de la cara. Vuelve a cerrar los ojos y busca el origen del dolor con los dedos. Se toca el párpado izquierdo, pero lo siente normal. Con cautela, recorre el contorno del ojo, baja por el puente de la nariz. Todo parece en su sitio, nada roto. Sube por la mandíbula izquierda, por la mejilla. Allí está el epicentro. El golpe ha sido justo en la parte alta de la quijada, casi en la sien. Aprieta los dientes, presiona con la yema del dedo. El dolor llega, sí, pero no es extremo: una contusión, no una fractura, concluye. Abre los ojos de nuevo. El sol enciende una punzada de dolor en la parte posterior de la cabeza. ¿Se ha golpeado al caer?

—Tranquilo, amigo. Tómatelo con calma. Quédate quieto, nada de movimientos bruscos, ¿de acuerdo? —Martin no ve quién le habla, pero la voz suena sensata, firme.

Intenta levantar la cabeza, pero un mareo lo derrumba de nuevo, así que decide obedecer. Sin embargo, el llanto de Liam vuelve a imponerse; rueda sobre sí mismo para mirar.

Un muchacho de los que jugaban al vóley está arrodillado junto a él con una toalla húmeda que coloca suavemente sobre su cara. Siente alivio. Más arriba, distingue a la chica del biquini, que sostiene a Liam. El niño estira los brazos, intentando alcanzar sus pechos.

—No, no —dice ella, mientras le aparta las manos con suave firmeza. Martin no puede evitar reír—. Tiene un niño travieso, señor —agrega con una gran sonrisa.

Con ayuda del muchacho, Martin logra incorporarse.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—No demasiado. Un minuto, como mucho.

Martin mira alrededor, lo que le provoca una punzada de dolor en la parte posterior de la cabeza. Ya se ha formado un grupo rodeando el cuerpo inerte de Royce.

—¿Cómo está?

El joven se encoge de hombros.

—Vivo. Respira, pero sigue inconsciente. La ambulancia está en camino. La

policía también.

Pero quienes llegan primero son los socorristas: son tres los que se acercan corriendo por la arena. Dos van directamente hacia Royce, el tercero se arrodilla junto a Martin.

—¿Estás bien? —pregunta—. ¿Qué ha pasado?

—Un tipo me dio un puñetazo de repente.

—¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas qué pasó justo antes?

—Sí. Lo recuerdo todo.

—Bien. ¿Cómo te llamas?

Martin le dice su nombre, la fecha y el nombre de la primera ministra.

—Eso está muy bien, colega, excelente. ¿Has perdido el conocimiento?

—Me dijeron que por alrededor de un minuto.

—Ajá —dice el socorrista—. Tienes conmoción cerebral.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque esa es la definición: si pierdes el conocimiento, es conmoción. Tienes que ir al hospital.

—Bromeas. Solo estuve inconsciente un minuto.

—Tienes que estar en observación al menos cuatro horas, por si hubiera algún daño más serio. —El joven ve el escepticismo en los ojos de Martin—. Hablo en serio —añade.

El socorrista parece de poco más de dieciséis años, tiene la cara sembrada de acné y un incipiente bigote como pelusa, pero su voz lleva el peso de la formación recibida. Los cursos de supervivencia que Martin también ha hecho le dicen lo mismo: cualquier daño neurológico se manifestará en las horas siguientes, y el mejor lugar donde puede estar, en caso de que ocurra, es el hospital.

—¡Royce! ¡Royce!

Martin oye el grito y se vuelve. Topaz corre hacia ellos desde el hostal de mochileros.

—¡Royce! —Se abre paso entre el círculo de curiosos y se arrodilla junto a los socorristas que atienden a su novio. Lo han puesto de lado, en posición de recuperación, con una toalla húmeda sobre la frente, pero sigue sin recobrar el sentido.

La mente de Martin empieza a despejarse, aunque el dolor en la mandíbula va en aumento. Vuelve a palpar la zona para tranquilizarse de que no haya nada roto.

—Aquí tienes —la chica del biquini le entrega su móvil con la cámara en modo selfi.

Martin le agradece y lo usa como espejo improvisado para inspeccionarse la cara bajo el sol cegador. Ve el lugar donde el puñetazo se estrelló de lleno en la mandíbula superior; el hematoma empieza a migrar hacia el ojo. Va a quedar con un bonito morado. Pero ha tenido suerte: si el golpe hubiera sido en la cavidad del ojo, el daño habría sido permanente.

—¿Quién era ese imbécil que me pegó? —pregunta.

—El del hostal —responde el joven del vóley.

—¿Del hostal?

—Sí, del hostal de mochileros. Ese de ahí.

Martin dirige la vista hacia el hostal Sperm Cove, que resplandece bajo el sol, dominando un sector de la playa. El sonido de una sirena viaja por el aire: una ambulancia. Qué rápido. Ve al sargento Johnson Pear acercándose, seguido a unos pasos por el agente de la redondez infantil. Se mueven con torpeza en la arena con sus botas reglamentarias. Pear se dirige al círculo que rodea a Royce, que sigue inconsciente. Luego, alguien señala a Martin, y Pear se le acerca.

—Scarsden, ¿se encuentra bien?

—Me han agredido.

—Ya lo veo. ¿Recuerda lo que pasó?

—Perfectamente. Ese imbécil violento dejó inconsciente a este hombre y después me atacó a mí. Me pegó en la cara.

—¿Por qué?

—Ni idea. Ya estaban peleándose cuando me acerqué. Traté de detenerlos, y recibí un puñetazo por entrometido.

—Bien, entonces, ese hombre de ahí y el otro, el que lo golpeó a usted, ¿se estaban peleando?

—Así es.

—¿Y no sabe por qué?

—No, yo estaba aquí, cuidando al bebé, conversando con esta chica, cuando los escuché. Seguramente, la pelea empezó en otra parte, quizá en el hostal, no lo sé. Pero empezaron a gritar y luego empezaron a pegarse.

—¿Conoce al sujeto que lo golpeó?

—No, pero ellos sí.

—Sí —responde el joven, y la chica asiente.

—Se llama Harry. Trabaja en el hostal de allí.

Pear asiente; su expresión revela que sabe perfectamente de quién se trata.

—Harry Drake —dice en voz alta y después murmura para sí—. Harry hijo.

—¿Drake? —pregunta Martin—. ¿Como Harrold Drake?

—El hijo —responde Pear con desdén—. El mundo es un pañuelo.

—¿Va a arrestarlo?

—Por supuesto —responde Pear, a quien la idea no parece gustarle en absoluto—. ¿Hay testigos?

—Media playa.

—Bien.

Pear saca la libreta y empieza a apuntar los nombres y teléfonos de los jóvenes que jugaban al vóley. Martin se incorpora, primero de rodillas y luego, vacilante, logra ponerse de pie. No se marea, ya no se siente aturdido. La joven le devuelve a Liam. El niño observa con los ojos muy abiertos, fascinado por la ambulancia que acaba de detenerse en el aparcamiento junto al hostal. La sirena suelta un último gemido y se apaga. Dos sanitarios bajan del vehículo, recogen mochilas de la parte trasera y avanzan con calma por la arena. Pear, mientras tanto, se ha puesto a hablar con Topaz y anota detalles en su libreta.

Royce empieza a gemir y a recobrar el sentido justo cuando los sanitarios llegan hasta él. Intercambian unas palabras rápidas con los socorristas y se hacen cargo; le hablan en voz baja mientras le apuntan una linterna a los ojos, le piden que mueva brazos y piernas y que apriete los dedos. Se apartan un poco de la multitud y, en voz baja, comentan la situación entre los dos. Uno de ellos se acerca a Martin.

—¿Eres el tipo con el que se estaba peleando?

—No, yo era un simple espectador inocente.

—Ah, bien. No queremos un par de pendencieros en la misma ambulancia. Perdiste el conocimiento, ¿verdad?

—Durante menos de un minuto.

—No importa.

El sanitario lo somete a una serie de pruebas que Martin ya conoce por su entrenamiento en entornos hostiles.

—Bien, no hay indicios de daño. Pero tenemos que llevar al otro al hospital, tiene que estar en observación. ¿Quieres que te llevemos?

—¿Te parece realmente necesario?

—Tú decides.

Martin piensa en horas de espera en el hospital, mira el reloj. Está a punto de

negarse cuando una idea le cruza la mente.

—¿En Longton hacen escáneres? —Martin se toca con el dedo la zona cercana al ojo—. ¿De tejidos blandos?

—¿Por tu ojo? No, amigo. Solo radiografías y ecografías, nada más.

—¿No tienen equipos de resonancia magnética ni para hacer tomografías?

—Bromeas, ¿no? Para eso, Sídney o Brisbane. Pero no necesitas ningún escáner, lo que necesitas es un oftalmólogo. Te enfocan una luz por la pupila y lo revisan así. ¿Por qué, qué sientes? ¿Tienes la vista borrosa?

—No, todo bien. Solo quería saberlo.

El sanitario frunce el ceño.

—Si tú lo dices. ¿Quieres que te llevemos o no?

Martin piensa en Liam, atrapado con él en el tedio interminable de urgencias.

—No, gracias. Hice los cursos de primeros auxilios, sé qué señales observar: visión borrosa, náuseas, falta de coordinación, confusión.

—Está bien. La decisión es tuya, amigo. Pero no dudes en ir si pasa algo, ¿entendido?

Martin asiente, y el sanitario regresa con Royce, que ya está consciente y puede hablar. Lo ayudan a ponerse de pie y a llegar hasta la ambulancia, con Topaz pegada a su lado. La gente los observa irse, pero cuando Royce sube y la ambulancia se aleja, el círculo se dispersa y todos vuelven a su ocio. Los jugadores de vóley saludan a Martin con la mano y retoman sus preparativos.

Cuando Martin se dispone a acomodar a Liam en el portabebés y a guardar el biberón vacío en un bolsillo lateral de malla, su olfato le indica la necesidad de un cambio de pañal. Justo lo que le faltaba; la sien le palpita de dolor. Mandy ya lo había prevenido de esta eventualidad, incluso le hizo una demostración. Genial: cambiarle el pañal al hijo de otro hombre. En cuanto la idea le cruza la mente, la bloquea; le repugna pensarlo de ese modo. Quiere a Mandy, y eso viene incluido en el paquete. Y no puede evitar querer a Liam: el niño es tan vital, tan despierto. No es culpa suya que todavía no sepa ir al baño. Martin mira alrededor y decide que la arena y los pañales no se llevan bien. Camina hacia una zona con césped junto al aparcamiento del hostal.

Está terminando de cambiar el pañal, que por suerte para Liam es un juego conocido, cuando Johnson Pear sale del hostal. Solo. Pear ve a Martin, hace una mueca, niega con la cabeza y se aleja. A Martin se le eriza la piel. ¿Por qué no ha arrestado a Harry Drake? Cuando se dispone a gritarle, aparece el

mismísimo Harry desde la brillante fachada azul del hostal. Ve a Martin y se le acerca.

—¿Todo bien, colega? —pregunta, como si Martin solo se hubiera golpeado un dedo del pie.

—No, la verdad es que no.

Harry sonríe, como si hablaran en broma.

—Perdona, tío. Creí que estabas con él, que querías atacarme también.

—¿Eso le dijiste a Pear?

—Exacto. Fue en defensa propia.

—¿Y se lo creyó?

—Si tiene dos dedos de frente, se lo creerá —responde Harry, con tono soberbio.

—¿Y qué pasa con Royce? ¿El tipo al que casi mataste?

—¿Matarlo? Tonterías. Se pondrá bien. —Más soberbia—. Si lo hubiera golpeado en serio, no estaría sentado en la parte de atrás de una ambulancia.

—¿Y qué le dijiste a Pear de eso?

—La verdad. Que él lanzó el primer golpe, delante de tres o cuatro testigos.

La sonrisa de Harry se agranda; está encantado con su propia defensa. Martin no le cree: cuando salieron a la playa, Royce y él estaban gritándose y empujándose, no peleando. Pero no va a discutir, el muchacho tiene el pecho descubierto inflado de bravuconería. En su cinturón, prendido de las presillas del pantalón, lleva un cuchillo enfundado, una herramienta multiusos y un llavero. Un auténtico Chuck Norris.

—Eres Martin Scarsden ¿verdad? —pregunta Harry—. He oído hablar de ti, leí algunos de tus reportajes. Te has venido a vivir aquí.

—¿Y qué?

—Bueno, es un pueblo pequeño. No nos conviene ser enemigos. Ese tipo no es un estudiante que se haya tomado un año sabático ni un mochilero extranjero. Es un vagabundo de mala calaña. Un parásito. Los reconozco a simple vista. Pronto se irá; nosotros seguiremos aquí. Lamento haberte golpeado. Déjame compensártelo.

—¿Cómo?

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo.

Le tiende la mano. Martin se la estrecha a regañadientes. No le gusta hacerlo, pero en su vida ha dado la mano a tipos mucho peores que Harry: genocidas, matones de la mafia, oligarcas rusos y productores de pornografía. Y a más

políticos de los que quiere recordar. Una fuente es una fuente, decide. Liam se tira un pedo, como en señal de desprecio.

CAPÍTULO 13

—¿Por qué le diste la mano a ese imbécil? —Es Topaz, que sale del hostal cargada con dos mochilas: una en la espalda y otra en los brazos.

—¿Os vais?

—No podemos quedarnos después de esto.

Deja caer una mochila en la arena y se libera de la que lleva colgada. Se estira, arqueando la espalda como para aflojar la tensión y al hacerlo, saca pecho.

—Qué desastre —dice contoneándose.

Liam, que observa desde el portabebés, suelta una risita cómplice.

—Qué bebé tan bonito. ¿Es tuyo?

—De mi pareja.

—Tiene suerte tu pareja —dice y le lanza una sonrisa coqueta—. Espero que le guste tu ojo morado. La verdad, tiene un aire sexy.

—Claro —Martin se lleva un dedo cauteloso a la mejilla hinchada; le duele de verdad. Se pregunta hasta dónde se habrá extendido el moratón.

—En fin, gracias por tratar de ayudar —añade Topaz.

Martin no responde; por lo que recuerda, no ayudó, sino que más bien distrajo a Royce en el peor momento posible, lo que le dio a Harry la oportunidad de derribarlo.

—¿Dónde os vais a hospedar?

—Ni idea. Primera parada, el hospital. ¿A qué distancia está, puedo ir a pie?

—Está en Longton.

—¿Longton? ¿Lo dices en serio? ¿Subiendo por esa puta colina?

—Sí.

Ella mira alrededor, evaluando las opciones.

—¿Podrías cuidarnos las mochilas mientras hago autostop para ir a verlo? ¿Guardarlas en un sitio seguro?

Lo que menos quiere Martin es cargar con ese equipaje.

—No, bastante tengo ya con el niño. Lo siento.

—¿Conoces otro sitio para quedarnos? ¿Hay otros albergues aquí o en

Longton?

Martin no lo sabe, pero lo ve poco probable. Longton es un pueblo de carretera, está fuera de la ruta de los mochileros; todos los trabajos de horticultura y de recolección de frutas están en la llanura cercana al río Argyle. Piensa en el camping, pero enseguida descarta la idea. Se imagina la reacción de Mandy si la estadounidense coqueta se llegara a mudar allí.

—Bueno, hay un lugar, pero no está demasiado cerca. Hummingbird Beach.

Los ojos de Topaz se iluminan.

—¿El sitio donde hacen las orgías?

Martin suelta una carcajada que enseguida le provoca una punzada de dolor en la mandíbula.

—¿Ya habías oído hablar de eso?

—Claro que sí. Anoche, en el hostal, hablaban de esas fiestas. Ponen un autobús los viernes por la noche. Todos planeábamos ir.

—¿En serio?

—Ya lo creo. El imbécil ese vende los billetes. ¿Podrías llevarme hasta allí?

Martin se pregunta si Jota Hayes o el *swami* estarán al tanto de las andanzas empresariales de Harry.

—¿Estás segura? Es justo en la dirección contraria al hospital.

—Ya me las arreglaré.

Martin vacila, pero, a decir verdad, tampoco le vendría mal echarle otro vistazo a Hummingbird Beach.

—De acuerdo. Espera aquí. Tengo que ir a buscar el coche.

Carga a Liam y regresa por The Boulevarde hasta el Subaru de Mandy. Tendrá que cogerlo prestado: su Corolla no tiene silla de bebé. Mientras camina, saca su teléfono. La primera llamada es a Nick.

—Martin, mierda, olvidé que venías. ¿Dónde estás?

—En The Boulevarde. Me ha surgido algo. Tal vez, tengamos que posponer el encuentro.

—Me viene bien. Estoy hasta las cejas aquí.

—¿Se han pasado con la pesca?

—Ojalá. —Martin percibe algo en la voz del abogado, debajo de la ligereza superficial—. Es otra cosa, algo más serio. No tengo ni idea de qué buscan. ¿Abulones o langostas?

Martin sonríe; no suele haber muchos abulones tan al norte. Le duele el ojo. Quizá, la lesión sea peor de lo que pensó.

—Mejor te dejo que sigas con eso.

Luego, intenta hablar con Mandy, pero la llamada va directa al buzón. Debe de seguir con la policía. Le manda un mensaje para decirle que le cogerá prestado el coche. Y, como añadido, envía unas palabras de ánimo acompañadas de un par de emoticonos de corazón. Llama a Winifred. Otra vez el buzón. Para ella, no hay mensaje ni emoticonos.

El Subaru de Mandy es nuevo. Huele a nuevo, se siente nuevo, no hace ruidos extraños. La radio funciona. Y, comparado con su Corolla, está impoluto. Martin recoge a Topaz en el aparcamiento del albergue y la ayuda a colocar las mochilas en el maletero, junto al cochecito y el portabebés de Liam. Pasa el resto de las cosas del niño al asiento trasero para hacer sitio. El pequeño, con los ojos muy abiertos, no protesta: observa en silencio mientras Martin y Topaz reorganizan el equipaje. La muchacha estadounidense sube al asiento del copiloto y se sacude, moviendo los pechos de manera provocadora.

—¿Qué pasa con este cinturón? ¿Me echas una mano?

A Martin el flirteo ya le resulta tedioso; le palpita el ojo, no la entrepierna.

—Te las arreglarás, seguro. —Y ella lo hace, sonriendo como una niña traviesa que no se arrepiente.

Martin se incorpora al tráfico y conduce con cuidado por el pueblo; su visión parece flotar. Liam está en silencio, adormecido por el movimiento, y cuando cruzan el puente sobre el Argyle, ya está dormido. Topaz apoya los pies sobre el salpicadero; sus piernas doradas y lisas, que asoman desde unos vaqueros cortados, brillan al sol. Si está preocupada por Royce, no se nota. Han llevado a su novio al hospital y ella viaja en dirección contraria, con aparente despreocupación. Ha bajado la ventanilla y el viento le revuelve el cabello alrededor del rostro bronceado. Nota la mirada de Martin y le devuelve una sonrisa, aunque él percibe en su expresión algo frágil, como si ni ella misma terminara de creerse su papel.

—¿Por qué se estaban peleando Royce y Harry?

—Harry se me insinuó. Royce quiso defender mi honor. Ya sabes lo idiotas que pueden ser los hombres.

Martin recuerda que en las otras ocasiones que los vio, Royce parecía inmune a los coqueteos de Topaz.

—No te creo —y lo dice más como una constatación que como un desafío.

Ella lo mira como si lo viera por primera vez; luego, fija la vista al frente y suspira mientras Martin pasa por el cruce que lleva al camping a la izquierda y

a la casa Hartigan a la derecha. Acelera hasta acercarse a los cien kilómetros por hora.

—Prométeme que no se lo contarás a la policía —dice ella por fin.

—De acuerdo —responde Martin.

—Drogas —confiesa Topaz—. Royce tiene mierda en la cabeza. Trató de vender pastillas en el bar del hostal. Harry se lo tomó mal.

—¿En serio? ¿Harry es antidrogas?

Topaz suelta una carcajada.

—¿Es broma? Claro que no. Pero quiere venderlas él. Royce, el muy idiota, se metió en su territorio.

—Ajá —dice Martin. Suena convincente. Se pregunta cuánto sabrá Johnson Pear del negocio paralelo de Harry.

—No es para tanto —continúa Topaz—. Los mochileros solo quieren divertirse. Siempre hay drogas para el que las quiere. Si los albergues no las venden, te indican quién lo hace. Royce debió de haberse informado antes. Es un buen chico y está bien dotado…, pero no precisamente de cerebro.

—¿O sea que se lo merecía?

—Depende de lo grave que esté.

—¿Has sabido algo de él?

—Sí, mientras ibas a por el coche. Parece que lo van a dejar en el hospital unos días en observación.

—¿Y qué harás? ¿Seguirás buscando trabajo?

—No. En cuanto le den el alta, nos iremos; seguramente, volvamos a Sídney.

—¿Y tu visa?

—¿Cómo dices?

—Pensé que necesitabas trabajo regional.

—Sí. Pero hay montones de lugares a lo largo de la costa y hacia el oeste, cerca de los ríos, según me dijeron. No quiero volver a saber nada de este pueblo de mierda ni de ese hostal de mierda.

Siguen el trayecto en silencio por la carretera recta que se abre paso entre la vegetación húmeda que rodea el pantanal, con las copas de los manglares a la altura de los ojos. La marea debe de estar alta; no huele mucho. Un pelícano y, luego, dos más planean con elegancia sobre el coche, rumbo a la laguna. Martin trata de imaginar el paisaje si el proyecto de St. Clair llegara a concretarse. Según el desarrollador, dejarían suficiente vegetación para que ocultase el campo de golf y el puerto deportivo desde la carretera, de modo que

conducir por allí parecería distinto. Pero, de alguna manera, Martin intuye que no sería lo mismo, que sería mejor si prosperara la reclamación de los pueblos indígenas. Pasa junto al destello blanco de la cruz a su derecha, solitaria entre los matorrales. ¿Qué edad tendrían ahora sus hermanas? ¿Treinta y cinco? ¿Treinta y seis? En la plenitud de la vida, con familias propias, y su madre, viva aún, disfrutaría consintiendo a los nietos. El pensamiento lo entristece y lo sorprende: nunca había hecho ese cálculo desde que murieron. Los recuerdos han empezado a surgir desde su vuelta, afloran en su conciencia, reclamando reconocimiento como una demanda territorial propia; los fantasmas de su familia le imponen un vínculo continuo e ininterrumpido con él. Su mente podría alegar que todo quedó en el pasado, que el Port Silver actual es tierra de nadie, pero aquí no hay un Alto Tribunal ni Cámara de Apelación. Vuelven a él las palabras de Mandy, si cree en el destino o en el karma. Sacude la cabeza. Quizá, debería estar yendo hacia el hospital de Longton, no en dirección contraria. Y entonces, el homenaje a su madre y a sus hermanas queda atrás, y la sesión del Tribunal de las Emociones Humanas se levanta, temporalmente suspendida. Conduce hacia el desvío a Hummingbird Beach.

—¡Oh, por Dios! —exclama Topaz, el estereotipo de la estadounidense. Martin ha entrado en el aparcamiento improvisado y ella baja de un salto—. ¡Por Dios! —Mira hacia la playa—. ¡Esto es el paraíso!

—La oficina se encuentra allí abajo, en la casa vieja —señala Martin—. Déjame sacar a Liam y nos vemos ahí.

El niño ha empezado a despabilarse al detenerse el coche. Martin lo abraza, lo alza para olerle el pañal y lo carga con una mano mientras abre el maletero; siente que empieza a dominar el asunto, incluso logra sacar la mochila portabebés y sentar al niño en ella y abrocharlo sin que se le caiga. Liam lo observa con curiosidad, como si no entendiera qué sucede. Estira la mano, como para señalar su cara. Tal vez haya notado el moratón que se extiende.

Cuando llegan a la oficina, Topaz ya está inmersa en negociaciones con Jota Hayes.

—Martin, ¿ya de vuelta? ¿No estarás buscando un lugar para quedarte también? —pregunta ella.

—No. Solo quería disculparme.

—Él me trajo hasta aquí —explica Topaz.

—¿Sí? —dice Jota, divertida, y levanta una ceja—. ¿Y qué te ha pasado en la

cara?

—Ese matón del hostal, Harry. Me dio un puñetazo.

La ceja desciende, la diversión se esfuma.

—¿En serio? No conviene enfrentarse a él.

—¿Por qué?

—Tiene mal genio. —Frunce el ceño, aunque sonríe al volverse hacia la joven estadounidense—. Bien, deja que me ocupe de acomodar a Topaz.

La opción más económica es una litera en un dormitorio compartido, seguida por el alquiler de una tienda de campaña. En cambio, la muchacha decide alquilar una cabaña. Mientras Jota la equipa con sábanas, Martin va al coche en busca de las dos mochilas, la de Topaz y la de Royce. Solo puede cargar una hasta la oficina, limitado como está por el peso de Liam en su espalda.

Llega al porche justo cuando Topaz se dirige a su cabaña; deja la mochila y le avisa de que la otra está junto a los coches.

—Bien hecho, Martin —dice ella, y le planta un beso provocador en los labios, sonriendo con picardía ante su incomodidad mientras revuelve el cabello de Liam.

Martin regresa a la oficina, donde Jota está sentada detrás del escritorio. La caja con los estudios médicos ya no está a la vista.

—Quería disculparme.

—Ya lo has dicho.

—No estaba buscando nada. De verdad. Solo curioseaba. Un mal hábito profesional.

—No pasa nada, olvídalo.

—No puedo —responde Martin—. Jota, necesito hacer todo lo posible para ayudar a Mandy. Creo que la muerte de Jasper está relacionada de algún modo con los planes de urbanizar tus tierras y la marisma. Lo que no logro entender es cómo.

Jota lo observa unos segundos y suelta un suspiro largo, como si cediera a la urgencia de Martin.

—¿Qué quieres saber?

Martin baja el portabebés, saca a Liam y lo sostiene contra su pecho mientras se sienta, pensando cómo formular la pregunta. Al final, va directo al grano: —¿Qué va a pasar cuando mueras? —le pregunta.

Los ojos de Jota se agrandan por la sorpresa; lo mira fijamente unos

segundos, y suelta una carcajada que coge a Martin por sorpresa. Es una risa auténtica, profunda, no intenta fingir nada.

—No voy a morirme, Martin. Al menos, no en un futuro cercano.

—Esos sobres… La gente sana no se hace ese tipo de chequeos, no tantos.

El humor desaparece del rostro de la surfista.

—¿Los leíste?

—No, solo vi los sobres. —Abre un brazo en un gesto de inocencia—. Estaban ahí, a la vista. No debo de haber sido el primero en verlos.

—¡Ay!, por el amor de Dios —exclama Jota. Se pone de pie, gira y se sube la camiseta por encima de la cabeza, dejando la espalda a la vista: bajo la tira del sujetador se extienden dos grandes triángulos de tejido cicatrizado, lisos y rosados, hundidos en la piel pecosa, de unos doce centímetros de largo y de la mitad de ancho—. Ahí tienes. Mira bien. —Luego, se baja la prenda y vuelve a sentarse.

—Cáncer de piel.

—Melanomas —confirma Jota—. Todos esos años surfeando sin traje de neopreno me han pasado factura.

Martin vacila, sin saber cómo continuar.

—¿Estás…?

—¿Si estoy bien? Sí. Me los extirparon hace seis años. Pasados los cinco, te dan el alta. Si me sale otro ahora, casi seguro que será nuevo, no una recaída. Cada tres meses, me hacen un control visual y, hasta el año pasado, me hacían una exploración cada seis. Pero ya he terminado con eso. Puse todos los estudios en esa caja para tirarlos. Ya no los necesito.

—¿Entonces, estás bien?

—Impecable.

—Me alegro, Jota. De verdad. Y discúlpame por indagar.

Ella se ríe.

—Claro. El periodista.

Martin sonríe, como si ella le hubiera hecho un cumplido.

—Pero cuéntame de todos modos, ¿quién sabía que tenías melanoma?

—Mi médico. El farmacéutico. Algunas personas del hospital de Longton. Algunos amigos.

—Jasper Speight.

—No. Que yo sepa, no. No se lo dije.

—Tyson St. Clair parece convencido de que vas a vender.

—¿En serio? Lamento desilusionarlo, pero ¿quién vende el paraíso?

Tiene razón. Martin se imagina estando en su lugar. Tal vez no dirigiría un camping, tal vez no alojaría a un gurú, tal vez no organizaría bacanales, pero decididamente no vendería si pudiera evitarlo.

—Te pido disculpas, Jota —le vuelve a decir mientras se pone de pie, cuidando de no soltar a Liam.

—Avísame cómo te va, Martin. Si puedo ayudarte, lo haré. Se lo debo a Jasper.

—De acuerdo —responde Martin—. Una última cosa. ¿Qué sabes de la desaparición de Amory Ashton?

A ella se le borra la sonrisa.

—¿Ashton? ¿Qué pasa con él?

—Hay un equipo de televisión en la vieja fábrica de quesos buscando su cuerpo.

—¿De qué equipo se trata?

—Canal Diez. Vinieron de Sídney. Están filmando un especial sobre crímenes sin resolver.

—No sé más de lo que sabe cualquier otra persona —responde ella—. Desapareció hace años. Encontraron su coche incendiado allá por Treachery Bay. Se especuló que lo habían asesinado, pero nadie sabe por qué.

—Digamos que está muerto. ¿Sabes quién heredaría su propiedad?

Ella frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Creo que no tenía familiares. Al menos, nunca oí hablar de ninguno.

Martin se marcha con la mente llena de preguntas. Jota no planea vender y tampoco está enferma, así que los planes de Tyson St. Clair o de cualquier otro para desarrollar Hummingbird Beach y la marisma no van a ninguna parte. Entonces, ¿por qué Doug Thunkleton cree que St. Clair está a punto de demoler la fábrica de quesos? Y ¿por qué St. Clair parece tan seguro de que Jota venderá sus tierras? Y ¿por qué mataron a Jasper Speight? ¿Alguien cometió el mismo error que Martin, creyendo que Jota tenía los días contados y que todo el plan de urbanización volvía a estar en juego?

El moratón en la mejilla empieza a latirle, conectado por algún filamento al dolor de cabeza que amenaza con volver a instalársele en la base del cráneo. Siente que cada vez tiene más información que significa cada vez menos. Llega como un torrente, pero amenaza con ahogarlo en lugar de sostenerlo a flote; el

agua es cada vez más turbia y traicionera por las corrientes cruzadas y los remolinos.

El Subaru traquetea al cruzar el guardaganado, y el coche entero vibra. Liam suelta un aullido terrible. Martin reduce un poco la velocidad. Frena donde el camino se une con la carretera. El poste indicador en la bifurcación lo hace dudar. Los letreros señalan hacia las propiedades que están sobre el acantilado: Sergi, Cromwell y Hartigan. Liam lanza un chillido impaciente: quiere que el coche siga en movimiento. Martin gira a la izquierda.

El camino de grava está lleno de surcos y ondulaciones, le hace falta una nivelación. Serpentea colina arriba bajo un dosel de eucaliptos altos e imponentes, entremezclados con árboles de menor tamaño cubiertos de lianas y enredaderas, mientras helechos y arbustos bajos compiten en el sotobosque, un vestigio de selva costera de antes de que llegaran los camiones madereros y las granjas lecheras. Conduce con la ventanilla bajada, respirando el aire cálido; se oye el canto de un pájaro. Un canguro pequeño, de pelaje oscuro, lo observa desde un talud junto al camino y se pierde sin prisa, entre la vegetación. El camino asciende durante uno o dos kilómetros antes de curvarse hacia el sur. Martin no puede estar seguro, rodeado como está por el bosque, pero intuye que debe de estar cerca del acantilado. Lo invade una sensación de altura. Revisa su teléfono: una sola raya, es poca la cobertura que llega por la costa. Pasa junto a un pequeño claro a la izquierda donde se ve una abertura entre los árboles. Se escucha un rumor distante; podría ser el oleaje que golpea la base del acantilado o el viento en las copas de los árboles.

Siempre le gustó esa sensación: explorar un camino nuevo, recorrerlo por primera vez. De niño, caminando o en bicicleta, para buscar atajos entre los cañaverales o senderos al pie del escarpe; ya como reportero, al entrar en un país desconocido, en un conflicto desconocido, para descubrir una nueva realidad. Y ese camino es nuevo para él; no estaba enterado de que existía Ridge Road. En su infancia, rara vez se aventuraban por la carretera llana y larga hacia la fábrica de quesos. En aquel entonces, no había destino alguno, solo veinte kilómetros que no llevaban a nada: una marisma, una fábrica de quesos y, más allá, las playas peligrosas de Treachery Bay.

El bosque se interrumpe de golpe en una línea de alambrado, y aparecen el verde vibrante de una pradera y vacas lecheras que levantan la cabeza de la hierba, curiosas ante la intromisión. El camino cruza un guardaganado y atraviesa un cercado. Martin disminuye la velocidad casi por completo. Las

vacas avanzan con parsimonia delante de él, imponiendo su dominio, obligándolo a cederles el paso. Liam manifiesta su asombro con sonidos.

—Son vacas, Liam —dice Martin—. Vacas.

Liam responde con una extraña vocalización propia. A la izquierda, hacia el horizonte, Martin distingue una casa encajada en una hondonada bajo la cresta de la colina, rodeada de construcciones rurales. A su derecha, el terreno desciende hacia una cerca lejana y una cortina de árboles. Un camino de entrada a la casa se bifurca desde la carretera. En un cartel, se lee: "SERGI". Martin sigue adelante; cruza otro guardaganado, cruza la alambrada y vuelve a entrar en el bosque. El camino se estrecha; ahora es de un solo carril, con hierba en el centro, entre las huellas de los neumáticos. Tras otro par de kilómetros, gira a la izquierda y pasa junto a un portón. Un cartel dice: "CROMWELL-EARKES". Martin continúa por el sendero que se tuerce cuesta arriba. Sale de la vegetación y llega a una casa. Es nueva, diseñada por un arquitecto. No es grande, no busca impresionar, pero se la ve luminosa y aireada, una mezcla de madera, piedra y acero patinado al óxido, con amplios ventanales protegidos por toldos estratégicamente dispuestos. Y en lugar de resguardarse del clima, como la casa de campo de los Sergi, esta se abre a él, encaramada al borde del acantilado, sin nada más allá que el cielo abierto y, presumiblemente, el océano. Martin está desconcertado; el sendero lleva a la casa y termina allí. Avanza igual, en marcha baja. Aparece una figura en la puerta, una mata plateada de cabello.

Martin apaga el motor, desciende y camina hacia el hombre, que baja unos escalones para recibirlo. Es alto, casi enjuto, parece unos veinte o veinticinco años mayor que Martin. Viste pantalones de lona y una vieja camisa azul; al igual que sus manos, la ropa está salpicada de pintura. Un pintor, supone, un artista.

—Hola —saluda el hombre cuando se encuentran—. ¿En qué puedo ayudarte? —Su voz es profunda, resonante y cargada de confianza, una voz nacida del privilegio y de la tradición.

—Hola —responde Martin—. Estaba tratando de llegar a la vieja casa Hartigan.

—Imposible —responde el hombre—. Al menos, con ese coche. —Señala el Subaru, como si no tuviera la alcurnia necesaria.

—Vi un cartel —agrega Martin—. Abajo, cerca de Hummingbird Beach. Decía que este camino llegaba hasta la casa Hartigan.

—Antes era así, sí, pero hay un puente a mitad de camino que se derrumbó hace años. Así que no pasan coches. Algún que otro excursionista, motos de cross y bicicletas, uno o dos pescadores intrépidos, pero nada más. El sendero sigue estando ahí, en el bosque, pasa junto a nuestro portón.

—¿No quieren que el municipio lo repare? Acortaría el camino al pueblo.

—De ninguna manera —El hombre hace una pausa y mira a Martin con más atención—. ¿Por qué tanto interés?

—Me llamo Martin Scarsden. Mi pareja, Mandalay Blonde, ha heredado la casa Hartigan. Vamos a mudarnos allí.

—Ah, ya veo —añade el hombre—. Bueno, entonces, seremos vecinos. Soy Bede Cromwell. —Sonríe; si aprecia la soledad, evidentemente no ve a su futuro vecino como una amenaza. Se estrechan la mano.

—¿Así que eres artista? —pregunta Martin.

—¿Has oído hablar de mí? —responde Bede.

—Sí, creo que sí.

Pero el hombre suelta una carcajada; le resulta graciosa la cortesía fingida de Martin.

—Claro, me lo imagino. —Hay un destello de humor en sus cálidos ojos castaños. A Martin le cae bien. De pronto, Bede se pone más serio.

—No querrás abrir el camino viejo, ¿verdad?

Martin niega con la cabeza.

—No veo por qué tendríamos que hacerlo. Podemos acceder directamente desde Dunes Road. Me parece mejor dejarlo como está.

—Me alegra oírlo. Es justo lo que le dije a ese otro tipo.

—¿Qué otro tipo?

—Jasper Speight. El agente inmobiliario.

Bede Cromwell se muestra muy comunicativo; todo rastro de reserva se disuelve al saber que Martin será su vecino. Lo invita a entrar; Liam parece despertarle más curiosidad que indulgencia. Pasan por una sala de estar de estilo bohemio, donde queda poco espacio en las paredes: grandes lienzos abstractos compiten con estanterías repletas de libros, pero todos pierden contra una pared entera de cristal que captura cielo y mar, un panorama de azules. La pareja de Bede, un hombre taciturno llamado Alexander que se dedica a escribir, está concentrado frente a un ordenador y no quiere que lo distraigan, así que Bede conduce a Martin y Liam hasta la terraza. ¡Y qué

terraza! Es más como un nido, encaramado al borde del acantilado, con una vista de ciento ochenta grados al mar y a los acantilados, a ochenta metros de altura sobre las olas. Hacia el norte, la línea de los acantilados se extiende durante kilómetros: entra y sale, sube y baja. Hacia el sur, se repliega y vuelve a emerger en un promontorio.

—Allí estás tú, en aquella punta, casi oculta entre los árboles —le indica Bede—. Al otro lado del barranco. Como a dos o tres kilómetros.

Martin mece a Liam.

—Lo que debe de ser una tormenta aquí.

—Es como estar en el puente de mando de un barco
—replica Bede con un brillo de entusiasmo en los ojos—. La casa se mueve. De lado a lado, de arriba abajo. Como un ser vivo. Nos encanta.

—Suena aterrador.

—Si conoces la ingeniería, no. Está diseñada para oscilar. Toda la parte de arriba es de madera, pero debajo hay compuestos de alta tecnología y aluminio de calidad aeroespacial.

Bede le ofrece té y parece complacido cuando Martin opta por un café expreso en lugar de una infusión de hierbas. Mientras su anfitrión está dentro, Martin aprovecha para cambiarle el pañal a Liam: ¿cuántos puede usar por día? Bede sirve pan de aceitunas con salsas caseras y paté. Martin le da a probar salsa a Liam con el dedo. Al pequeño le encanta. Queda claro que tiene hambre, y Martin recuerda, tarde, la comida que Mandy había preparado: un recipiente con puré de verduras que aún está en el asiento trasero del coche. Pero el niño quiere más salsa y da un mordisco involuntario al dedo de Martin con sus dientes nuevos. Bede trae una jarra de agua de lluvia, y Martin prepara un nuevo biberón de fórmula.

—¿Sabías que Jasper Speight ha muerto? —quiere saber Martin.

—No. ¿En serio? —Bede parece sorprendido—. ¿Qué pasó?

—Lo mataron.

—¿Un homicidio? ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Lo apuñalaron.

—¡Qué horror!

—En la casa que alquila mi pareja, bueno, que alquilaba, en el pueblo.

Bede mira el mar y menea la cabeza con incredulidad.

—Incluso, aquí. No hay escapatoria, ¿verdad? De la violencia.

—¿Qué violencia? —pregunta Martin, que no sigue del todo el hilo.

Bede se encoge de hombros.

—La violencia. Parece estar en todas partes. Por eso, nos mudamos aquí desde Sídney. Alexander ni siquiera quiere que tengamos televisión.

—Ah, entiendo —agrega Martin, pero no está seguro de que sea así.

Bede se vuelve hacia él.

—A Alexandre lo atacaron en Sídney. Dos veces.

No hay mucho que decir a eso, así que se hace un silencio hasta que Martin reinicia la conversación.

—Entonces, ¿qué proponía Jasper?

—Tenía planes de subdividir las propiedades de aquí arriba. La nuestra, la vuestra, la de los Sergi y la de Jota Hayes. Parcelas de cinco hectáreas, todas con casas en el acantilado. Creo que pensaba en unas veinte en total. Pero a ninguno nos interesaba. Sé que a Bert Sergi no, y es quien tiene más tierra. Escuché que a Jota Hayes tampoco le interesaba.

—¿Y qué ofrecía Jasper?

—Dinero, por supuesto. Mucho dinero, de hecho. Y conservábamos nuestras casas. La idea era que desde cada casa no se vieran las vecinas. No sé bien cómo pensaba lograrlo, pero lo cierto es que no llegamos tan lejos. A ninguno nos interesaba.

—Entiendo. Os gusta como está. Pero ¿había algo en la propuesta que resultara… —busca la palabra adecuada, no está seguro de haberla encontrado — ofensivo?

Bede sonríe con ironía.

—Supongo que eso depende de la opinión de cada uno. —Levanta las manos manchadas de pintura—. Para ser justos, si lo que quería era urbanizar el acantilado, la propuesta podría haber sido mucho peor. Quería abrir la vía de paso, cosa que no nos gustaba, pero debajo de eso, habría un área destinada a una reserva natural que se extendería hasta la orilla de los humedales. No recuerdo cómo lo llamaba.

—¿Un convenio de protección ambiental?

—¡Sí, eso mismo!

Martin está pensando en su siguiente pregunta cuando vibra el teléfono en su bolsillo.

—¿Hay cobertura aquí?

—Es por la altura —responde Bede.

Efectivamente, una sola raya. Es un mensaje de Winifred: “18 h, hotel

Breakwater". Martin sonríe. La abogada menos locuaz del mundo. Mira su reloj. Ya han pasado las cinco; es hora de ponerse en marcha. Le da las gracias a Bede y promete invitarlos a él y a Alexander cuando Mandy y él hayan hecho habitable la casa Hartigan.

Mientras retrocede en el Subaru por el camino de entrada, Martin se pregunta por qué Jota no mencionó la propuesta de Jasper. Habló de las tierras en lo alto del acantilado, pero no de la oferta. Jasper debió de habérsela sugerido, al menos. Tendrá que preguntarle a Mandy por la casa Hartigan. Jasper sabía que ella había heredado la propiedad. Si se acercó a Bede y Alexander, a Bert Sergi y a Jota, con toda seguridad también lo habría hecho con ella. Entonces, ¿por qué no se lo ha contado? Tal vez, para cuando Mandy llegó al pueblo, a Jasper ya lo habían rechazado los demás y había abandonado el proyecto. O quizá fue al revés, y la llegada de Mandy y su herencia sirvieron como catalizador para Jasper: una forma de ganar dinero, de proteger la marisma, de imponerse a Tyson St. Clair. Pero si es así, ¿por qué Mandy no lo ha mencionado? Si la policía sospechara que oculta algo, por irrelevante que fuera, volverían a tenerla en la mira. ¿Se lo habrá contado a ellos? ¿O a Winifred? Y ¿por qué no a él?

Justo cuando pasa la tranquera de Bede y Alexander, sorteando con el coche un campo minado de baches, ve la curva a la izquierda, la continuación del camino. Al bajar la colina, resulta más fácil distinguirlo. Se mete por allí con el Subaru. Es más un sendero de acceso al bosque en caso de incendio que un camino; agradece la tracción en las cuatro ruedas del coche de Mandy; con su Toyota, se habría metido en problemas. Los árboles se cierran sobre el sendero, arañando el parabrisas y el techo, formando un túnel sobre el coche. Avanza a paso de tortuga. Sabe que lo mejor sería detenerse, pero ahora que ha entrado no encuentra dónde maniobrar; tendría que retroceder todo el trayecto. Mira el reloj. Cinco y veinte. Debería regresar. Pero lo empuja la curiosidad. El suelo es de arcilla roja, húmeda y resbaladiza, muy distinta a la del camino polvoriento hacia la fábrica de quesos, que está a solo unos kilómetros. "Un microclima", piensa Martin.

Cien metros más adelante, el sendero se abre en una especie de claro. Hay espacio suficiente para girar, tal vez en cinco maniobras. Y allí, frente a él, bloqueando el paso, ve una tranquera. Apaga el motor y sale al silencio. El aire es fresco y húmedo, la selva tropical huele a tierra y resuena con cantos de aves. Desde el asiento trasero, Liam suelta un quejido, como preocupado de que lo

abandonen. Martin inspecciona el suelo. Hay huellas de neumáticos que cruzan la tranquera. No pueden ser muy antiguas, con la frecuencia con la que llueve allí. Revisa la tranquera: es de acero galvanizado, está vieja y oxidada, a punto de soltarse de las bisagras, pero tiene una cadena nueva y un candado de bronce reluciente. ¿Quién tiene la llave? ¿Quién circula por un sendero sin salida? ¿Quién cierra con cuidado un sendero que no lleva a ninguna parte? El sendero del otro lado parece transitable, la doble huella de neumáticos se pierde entre los árboles y no está en peor estado que el tramo que Martin acaba de recorrer. Quizá sea la brigada de bomberos voluntarios quien lo mantiene como vía de acceso. Tiene sentido. Martin piensa en sacar a Liam y el portabebés, trepar por encima de la tranquera y seguir a pie, al menos, hasta llegar al puente que se ha derrumbado. Pero ¿para qué? Solo saciaría su afán por descubrir nuevos caminos, nada más. Mira el reloj otra vez: cinco y media. Llegará tarde. Winifred será puntual; la gente que factura en fracciones de seis minutos suele serlo. Dirige la vista más allá de la tranquera, pero no hay nada más que ver: solo el camino y el monte. De un lado del sendero, en la vegetación, distingue un viejo cartel de hojalata. Se agacha y aparta tierra y hojas. "HARTIGAN". La línea de la cerca de alambre y la tranquera deben marcar el límite entre propiedades.

Hay un silencio, una pausa momentánea y, luego, ocurren dos cosas casi al mismo tiempo. Liam suelta un chillido ensordecedor y suena el teléfono de Martin. Mira la pantalla. Es Mandy. Pero Liam no admite espera; vuelve a gritar, un grito real. Presa del pánico al escuchar el dolor del niño y temiendo que lo haya mordido alguna criatura venenosa, Martin vuelve corriendo al coche y desabrocha a Liam del asiento, mientras el teléfono sigue sonando. Levanta al niño, trata de calmarlo acunándolo. Liam, con el rostro enrojecido y la respiración entrecortada, parece sorprendido por su propia angustia y busca ayuda en Martin, pero vuelve a estallar en un grito desgarrador. No hay duda: siente dolor. El teléfono vuelve a sonar. Martin, desesperado, contesta.

—¡Mandy!

—Hola, Martin… —No alcanza a decir más; escucha el grito angustiado de su hijo—. ¿Es Liam?

—Sí, estaba perfectamente bien y de repente… —Su voz queda tapada por otro alarido. El niño se retuerce en sus brazos, y el teléfono se le resbala de las manos, cae al suelo.

—Hostia puta, Martin, ¿qué le has hecho? —La voz de Mandy suena lejana,

pero igual de angustiada.

—¿Qué hago? —grita él, con la sensación de ser absolutamente inservible.

Pero la llamada se corta. O es Mandy quien lo ha hecho.

Liam aspira una enorme bocanada de aire, como si se preparara para el grito más descomunal de todos, pero de pronto se detiene y una expresión extraña, casi beatífica, cruza por su rostro, rojo como un rábano. Y es entonces cuando explota la diarrea.

CAPÍTULO 14

Martin encuentra a Winifred Barbicombe contemplando lo que queda de su copa junto a la ventana del bar del hotel donde se aloja: el Breakwater, con vistas al puerto. Cuando Martin era joven, ese lugar era un híbrido: la barra principal era territorio de pescadores y estibadores, destripadores de pescado y mecánicos, obreros del molino y balleneros jubilados, mientras que, en el piso superior, con acceso por una entrada independiente, había apartamentos sencillos de bajo coste para alquilar en vacaciones. Siempre le había parecido un poco sospechoso, algo a la inglesa: ¿por qué alguien querría ver el puerto pesquero cuando podía tener vistas a la playa? Pero esos tiempos han quedado atrás. Desde que empezó a protegerse la fauna marina, la flota pesquera se ha reducido a un tamaño ornamental. El puerto comienza a parecer deportivo: hay yates, lanchas a motor y barcos de alquiler entre las amarras vacías y los remolcadores fuera de servicio. En el muelle, ahora hay un café, una tienda de ropa administrada por la cooperativa de pescadores y un bar de vinos. El hotel en sí no está a la altura: la alfombra del bar está pegajosa en unas partes y raída en otras; los asientos de algunos taburetes están rajados y se ve la espuma amarilla del interior; el lugar huele a cerveza rancia y a fiestas que han quedado en el pasado. Si esto forma parte del nuevo Port Silver turístico impulsado por Tyson St. Clair, va a necesitar reformas con urgencia. Por encima de la barra, cuelga un aviso: "NUEVA ADMINISTRACIÓN", lo que quizá anuncie que las reformas son inminentes.

—Hola, Winifred.

La abogada levanta la vista y Martin piensa que la cara refleja su edad.

—Hola, Martin. ¿Cómo estás? Tienes un buen moratón.

—Nada que no se cure.

—¿Cómo está el pequeñín?

—Diría que bien. Mandy está con él.

—¿Dónde?

—Alquiló una habitación arriba para poder darle un baño.

—Buena idea. Liam lo necesita y ella puede pagarlo.

Martin no se sienta. Todavía está aturdido por los ríos de caca —¿cómo podía un niño tan pequeño contener semejante volumen?— y por la bronca de Mandy.

—¿Qué estás tomando? —le pregunta a Winifred.

—Un cóctel llamado té helado de Long Island.

—¿Quieres otro?

—No, con uno me alcanza y me sobra. Pero, por favor, pídete algo. Ponlo en mi cuenta.

Martin se desvía hacia el baño, donde encuentra un lavabo de cerámica desportillada y se lava bien las manos por tercera o cuarta vez, intentando quitarse el olor de la nariz. Desde la barra, donde espera para pedir, Martin mira de nuevo a la abogada. Winifred contempla su vaso casi vacío y remueve el hielo del fondo con la pajita. Algo la inquieta.

—¿Has averiguado alguna otra cosa que nos pueda servir? —pregunta Winifred en cuanto él regresa con su cerveza.

—Tal vez, pero nada que termine de entender del todo. —Le cuenta lo de su segunda visita a Hummingbird Beach, el camino que atraviesa la propiedad de Mandy y la propuesta de Jasper Speight de subdividir las propiedades del acantilado, así como su sospecha de que Jasper debió de haber abordado a Mandy con esa propuesta de urbanismo.

Winifred escucha con atención, asintiendo de vez en cuando para demostrar que lo entiende. Pero cuando Martin termina, frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No nos ayuda. Si Jasper Speight planteó subdividir o arreglar el camino viejo o lo que fuera, lo único que logramos es estrechar el vínculo con Mandy. Y yo no los quiero vinculados, los quiero lo más lejos posible el uno del otro.

—Pero ¿ella se lo contó a la policía? ¿Te lo contó a ti?

Winifred le sostiene la mirada.

—Se llama "secreto profesional entre abogado y cliente".

Martin se pone tenso.

—Mandy no nos contó, ni a la policía ni a nosotros, su pelea con Jasper en el club.

—¿Qué insinúas?

Martin traga saliva; vacila, pero decide hablar.

—Que oculta algo. Algo relacionado con Jasper.

—¿Y vas a planteárselo?

Martin no puede sostenerle la mirada, así que baja la vista hacia su cerveza. Ya lo había hecho una vez en el pasado: acusó a Mandy de engañarlo. Fue en Riversend. Casi termina con la relación antes de que empezara.

—No veo cómo podría hacerlo.

—Creo que sería prudente —ironiza Winifred.

—Tal vez, deberías preguntárselo tú. Relación de abogada-cliente y bla, bla, bla…

—Tal vez —responde Winifred—. Pero recuerda las últimas palabras de Jasper Speight cuando lo mataron: dijo tu nombre. Venía a verte a ti o a veros a ambos. Tiene que haber otra cosa. Algo diferente.

—¿San Mirón el Taumaturgo?

Winifred vuelve a negar con la cabeza, abatida.

—No sé qué significa. Tampoco creo que lo sepa la policía. Revisaron su colección: miles de postales. No encontraron nada importante en esa en particular.

Se acerca un anciano, con las mejillas surcadas por telarañas de capilares reventados; vende boletos para una rifa, una bandeja de fiambres, a beneficio de los jóvenes de la escuela de surf. Después del incidente con Liam, Martin no tiene apetito para bandejas de fiambres ni ninguna otra cosa, y se niega amablemente.

—Eres periodista, Martin, así que dime: el asesinato de Jasper Speight casi no tuvo cobertura en los grandes medios urbanos. ¿A qué se debe? ¿No es raro?

Martin se encoge de hombros.

—No. No hay un gancho en la noticia. Matan a un agente inmobiliario en un pueblo de provincia. Merece una mención, pero no mucho más.

—Supongamos que arrestaran a Mandy…, ¿qué pasaría entonces?

—¿Arrestarla? ¿Por qué?

—No lo sé. Por algo relacionado con el crimen.

—Eso podría ser diferente. —Martin lo piensa un momento—. Muy distinto, tal vez. Incluso podría desatar una tormenta mediática, como en Riversend. Después de lo que ocurrió allí, el nombre de ella es de dominio público. Mandy es objeto de fascinación. Por Dios, si a Lindy Chamberlain, esa mujer que fue condenada injustamente por asesinato, la arrestaran por robar algo en una tienda, sería noticia. ¿Y otro asesinato, en otro pueblo? El circo mediático estaría aquí en menos de lo que canta un gallo.

Winifred se queda mirando por la ventana.

—A veces desearía que no fuera tan fotogénica. Eso influye, ¿no crees?

—Por supuesto. Pero también está la historia detrás, lo que le pasó allí en Riversend. Es material perfecto para la prensa: algunos seguirían creyendo que es culpable de algo, otros saldrían a defenderla a capa y espada. Las redes sociales se encenderían como un árbol de Navidad. No importa que ninguno de ellos la conozca. —Baja la vista hacia su cerveza y vuelve a mirar a Winifred —. Así que no permitas que la arresten.

Winifred responde con una sonrisa burlona.

—Ese es el plan. —Pero enseguida se pone seria, vuelve la preocupación—. ¿Qué sabes de Morris Montifore? Le echaste una mano en Riverina.

—Eso no significa que lo conozca. Nunca muestra sus cartas.

—Lo investigué —confiesa Winifred con franqueza—. Con algunos de mis colegas de Nueva Gales del Sur.

—¿Y?

—Es uno de los mejores, uno de los principales investigadores del estado, con fama de minucioso, profesional y eficaz. Es íntegro; no hay indicios de que esté metido en nada turbio. También se le conoce por ser astuto en lo político, por llevar a cabo investigaciones y obtener resultados de un modo que no incomode a los poderosos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que las investigaciones se mantienen enfocadas y no se desbordan hacia áreas políticamente delicadas. Que la identidad de las personas influyentes es confidencial. Que los medios, o bien quedan excluidos y a oscuras, o reciben filtraciones y acceso total a la información. Resuelve las investigaciones, pero de una forma que se ajusta a las prioridades del poder político.

—¿A dónde quieres llegar?

—No entiendo por qué está investigando una muerte que ni siquiera ha salido en los grandes medios urbanos. ¿Qué tiene de sensible este asunto que mandan a su hombre de confianza?

Martin no lo había pensado así ni conocía la reputación de Montifore. Tenía sentido que las autoridades enviaran a su mejor hombre a Riversend, pero ¿por qué enviarlo aquí?

—¿Será por Mandy?

—Seguramente —responde Winifred—. Si Jasper Speight hubiera muerto en

cualquier otro lugar de este pueblo y no en la casa de ella, me pregunto si Montifore sería el investigador a cargo.

El tipo de la bandeja de fiambres regresa; dice que no puede llevarse a cabo el sorteo hasta que se vendan los últimos boletos. Martin compra los que quedan, veinte dólares, solo para quitárselo de encima.

Termina su cerveza mientras el hombre escribe con esmero los datos en cada boleto, nombre y número de móvil. Cuando por fin se marcha, Martin retoma la conversación.

—¿Crees que Montifore intenta mantener a Mandy fuera de los medios? ¿Que no quieren que la investigación cobre notoriedad?

Winifred no responde de forma directa.

—Hoy ha sido extraño. Montifore nos tuvo a Mandy y a mí en la comisaría unas cinco horas. La interrogó tres veces, media hora cada vez. Entre cada sesión de preguntas, la dejaba esperando.

—¿Qué piensas?

La abogada hace una mueca.

—Los interrogatorios fueron raros. Por momentos, yo no entendía el hilo de las preguntas. Estaba usando una técnica de interrogatorio poco común. La he visto antes, pero no muchas veces. Cambiaba constantemente el foco, saltaba de un tiempo a otro, de un lugar a otro, como si quisiera desorientarla, pillarla en una contradicción. Ni siquiera estoy segura de que se tratara del asesinato de Jasper, podría ser otra cosa. De vez en cuando, le preguntaba si conocía a tal o cual persona. Al principio, pensé que eran todos del pueblo: Harrold Drake, Tyson St. Clair, cualquier hijo de vecino. Pero investigué, y había un par de tipos que no eran lugareños.

—¿Quiénes son?

—No tengo idea. Y eso me preocupa. Aquí pasa algo, y no sé qué es. Solo preguntaron de forma muy breve por su pelea con Jasper Speight en el club, como si ya la hubieran descartado por irrelevante.

—¿Crees que Montifore investiga otra cosa? ¿Algo que no está relacionado con Jasper?

—No lo sé.

—¿Le preguntaste a Mandy? ¿Lo sabe?

—Si lo sabe, no me lo dice.

Se quedan en silencio, pensando. Martin rebusca en su mente, esperando encontrar algún destello, una idea, pero no le llega nada.

Cualquier deliberación se ve interrumpida por la propia Mandy, que entra en el bar empujando el cochecito de Liam. Se la ve agotada. Y hermosa. Martin se pone de pie de un salto. Ella lo mide con la mirada un instante, luego sonríe y se deja caer en sus brazos, más en busca de apoyo que de un abrazo.

—¿Estás bien? —pregunta él.

—Sí. Solo hecha polvo.

—¿Y Liam?

—Ya está bien. Se ponen enfermos, se recuperan.

—¿Quieres algo de beber?

—Por Dios, sí. Un gin-tonic. Con mucha ginebra.

Martin pide en la barra y, con permiso de Mandy, compra agua embotellada y zumo de manzana para ayudar a Liam a rehidratarse. Prepara una mezcla ligera en un biberón esterilizado y se lo da al niño. Los ojos de Liam se iluminan cuando Martin se agacha a su altura.

—¡Ma-in! —exclama—. ¡Ma-in!

Martin mira a Mandy, pero ella está conversando con Winifred y no lo ha oído. Le entrega el biberón al niño, que se calla al instante, y lo observa beber con avidez. Tras unos instantes, se pone de pie, recoge la bebida de Mandy de manos del camarero y se la alcanza. Ella prescinde de la pajita, da un buen trago y suspira con alivio exagerado.

—Ah, gracias. No sabes cuánto lo necesitaba.

—Ya veo —dice Martin. Se deja caer en el taburete y lanza una mirada a Liam, que está ocupado con su biberón en el cochecito—. ¿Has tenido un día difícil?

—Un día inútil. Una pérdida de tiempo. Qué cabrones de mierda. —Mira a Winifred, que asiente en señal de apoyo. Mandy bebe otro trago—. Pidamos comida para llevar, Martin. Y luego, a dormir temprano.

—Me parece perfecto.

Al otro lado del bar, detrás de Mandy, Martin ve al hombre de la bandeja de fiambres preparando el sorteo.

—Larguémonos —propone.

Más tarde, ya en la cabaña del camping, Mandy dormita en el sofá, pero Liam está bien despierto, como si hubiera exprimido la última gota de energía de su madre y ahora la desparramara alegremente, arrastrándose con el trasero por el piso de linóleo, empujándose hacia atrás con las piernitas regordetas como

pistones, buscando algo que atacar. Encuentra una revista, intenta chuparla, y luego empieza a destrozarla a tirones.

—¿Vamos a la mochila, Liam? ¿Al portabebés?

El niño le devuelve una sonrisa radiante. ¿Hay comprensión allí, o Martin se lo está imaginando? Sea como sea, Liam no deja de gorjear mientras lo sube al arnés y ajusta las correas de seguridad. Martin carga el portabebés en la espalda. Está empezando a gustarle: le agrada el peso, la carga sobre los hombros y caderas, la sensación de impulso que le da. Es como un vestigio de otra vida, la de corresponsal, esa sensación de ir hacia algún lugar, de abrirse paso. Es así con Liam: ambos avanzan hacia un futuro incierto, pero por ahora viajan juntos.

Sale de la cabaña; dejan a Mandy dormida. Y casi de inmediato, le viene a la mente un recuerdo. Quizá sea el peso en la espalda lo que lo despierta; quizá, el ángulo del sol filtrándose entre los árboles mientras se hunde en el escarpe lejano. Martin se inmoviliza, deja que la imagen llegue, cierra los ojos, como intentando atrapar un sueño. Su padre. Está siguiendo a su padre. Martin lleva una mochila, su padre también y carga otra bolsa con sus fuertes manos. ¿Dónde? ¿Cuándo? Mantiene los ojos cerrados para bloquear el presente y obligar al pasado a regresar. Un campamento. Está de campamento con su padre. Hay arena, el sol cae. Acampan. Es de noche, hay mosquitos, no puede dormir, su padre ronca. Su padre, con esas manos hábiles, levanta la tienda con rapidez y destreza. Martin, maravillado, teme no poder lograr jamás semejante proeza. Pescan. Su padre lanza, recoge. Un pescado sobre las brasas de la fogata. Playas desiertas, salvajes. Treachery Bay. Estuvo allí con su padre antes de que todo se desmoronara.

Liam se mueve; ya no siente fascinación por la luz del sol entre los árboles; lo apremia, como un jinete sobre su caballo. Martin abre los ojos, pero no avanza. Treachery Bay. Antes había tratado de recordar si había estado allí, pero nada le había venido a la mente. Y ahora, de pronto, aflora ese recuerdo sin que lo llame. Pero lo que lo sacude no es el recuerdo en sí, sino el sabor que tiene, la emoción que transmite. Lo que sentía por su padre, lo que sentía en aquel entonces, "antes". Admiración. Respeto. Amor. Ha pasado tanto tiempo enterrando los recuerdos de lo que vino después que nunca se detuvo a pensar cómo eran las cosas antes. Se queda allí un momento más, mientras el cielo del oeste se enciende de oro, rosa y naranja, hasta que Liam empieza a refunfuñar.

Martin se dirige al río, atraído por el agua, por el reflejo del atardecer. Los

colores se agitan en la estela de una lancha que pasa y Liam expresa su admiración a viva voz. Otro recuerdo, vago, nebuloso: la fascinación con la luz cuando era niño, cuando era demasiado pequeño para comprender o hablar. Y otro más: fuegos artificiales. Vern y su padre encendiendo cohetes apoyados en botellas vacías de cerveza; salían disparados hacia el cielo y estallaban por encima de la Barriada. Recuerda lo mágicos que le parecían, cómo arrancaban un largo "¡oh!" colectivo de quienes los observaban. La Barriada. Ahora lo recuerda: todos los años había una gran fogata en un terreno baldío, donde se reunía toda la comunidad, unida en el deseo de verla arder. Se pregunta si Liam habrá visto fuegos artificiales; espera poder estar con él cuando sea la primera vez.

Caminan por la orilla, hasta llegar al muelle donde Vern lo dejó la noche anterior. Dos ancianos están encorvados sobre sus cañas, sentados juntos en un banco de madera, siluetas oscuras contra el atardecer que ondea en el río.

Uno levanta la vista, da un trago a su cerveza.

—Hola, Martin. Qué sorpresa encontrarte aquí.

Martin estudia el rostro del hombre, reconoce algo en la luz dorada, tarda un instante más en ubicarlo.

—¿Sargento Mackie?

El hombre suelta un bufido.

—Hace mucho que dejé de ser sargento, hijo. Ahora soy simplemente Clyde.

—¿Y este quién es? —interviene el otro anciano con una voz áspera como grava.

Martin no lo reconoce. Mientras la edad ha ensanchado a Mackie y bajado su centro de gravedad, este otro es fibroso y sin un gramo de grasa; su rostro se pliega sobre sí mismo: no tiene papada, solo arrugas profundas como grietas.

—Es Martin Scarsden, el hijo de Ron Scarsden —explica Clyde Mackie.

—Ah, ¿sí? Pues, en ese caso, me alegra conocerte. Soy Brian. Brian Jinjerik. —No se levanta, solo le tiende la mano. Martin se la estrecha, aunque no lo recuerda.

—Sí, Martin —dice Mackie, como si le leyera la mente—. No tienes por qué recordar a Brian. Pasó la mayor parte del tiempo encerrado mientras tú crecías.

—Solo porque tú me metiste ahí, viejo cabrón —responde Brian, sin rencor alguno.

—Solo porque lo merecías.

Hay afecto en la broma; el policía y el exconvicto pescando juntos en las

aguas del crepúsculo de Port Silver.

—¿Pican? —pregunta Martin, sin saber qué otra cosa decir.

—Nada de nada —se queja Brian—. Buena hora del día, mala hora de la marea. —Y con eso, recoge el sedal—. Ya es hora de irme. La parienta tendrá la cena lista y mañana debo madrugar. Encantado de conocerte, amigo. —Se pone de pie, ágil sobre sus piernas delgadas; toma la caña y la caja de aparejos y con un movimiento de la cabeza señala a Liam.

—¿Y este muchachito? ¿Nieto de Ron Scarsden?

—Casi —responde Martin con cierto orgullo—. Es Liam, el hijo de mi pareja.

—Muy guapo. Cuídalo bien.

Martin lo mira alejarse; camina con las piernas arqueadas, como si hubiera pasado la vida a caballo en lugar de en el servicio penitenciario de su majestad. Se interna en la penumbra, hacia la línea de árboles que separa a los residentes permanentes de la zona para turistas.

—Siéntate —dice Mackie—. Brian tiene razón sobre la marea, pero es mejor estar aquí que en la cabaña. Es precioso, ¿no?

—Sí. —Martin se quita la mochila de los hombros y la baja para que Liam pueda asomarse y ver el agua centelleante. Se sienta junto a Mackie y rodea la mochila con las piernas para mantenerla erguida.

—¿No lo espera la señora Mackie con la cena?

—Ya no. Murió el año pasado.

—Ay, lo siento, no fue mi intención decirlo así.

—No pasa nada. Murió tranquila. Tuvo un primer derrame cerebral como aviso, el segundo se la llevó. Tuvo una buena vida y una buena muerte.

Se quedan en silencio, contemplando el agua que se desliza hacia el mar. Incluso Liam está callado, hipnotizado por el reflejo cambiante de la luz. Detrás de ellos, canta una rana y responde un grillo. Un escuadrón de murciélagos vuela río arriba, hacia el ocaso que se apaga, a asaltar los árboles frutales, los invernaderos y las huertas. Una sensación extraña invade a Martin. No es nostalgia, no exactamente. Es otra cosa. Una sensación de pertenencia; la idea de que, al fin y al cabo, este sitio es su hogar. Que una parte de él nunca abandonó Port Silver.

Cuando el atardecer pierde color, las luces del puente se iluminan en el cielo del este, y el resplandor de Port Silver se eleva como un aura; Martin respira el espíritu del lugar. En la orilla opuesta, las luces de las casas se vuelven más

intensas. Las ranas se atreven más, croan con más fuerza. Entre sus piernas, Liam se suma: vocaliza, experimenta, disfruta del sonido en sí mismo. El aire es cálido, húmedo, benigno.

—Qué raro —dice Martin— que usted y Brian Jinjerik sean amigos.

—No, no es tan raro. Nos movíamos en el mismo mundo, conocíamos a la misma gente, vivíamos bajo las mismas reglas. A tiempos duros, tipos duros. Mujeres duras, niños duros. Allá en la Barriada.

—¿Usted era de la Barriada?

—Me crie allí. Tuve suerte: mi madre sabía lo que hacía. Terminé la escuela, entré en la policía. Gente como Brian no tuvo esas oportunidades. —Mackie hace una pausa, recoge el sedal, revisa el anzuelo, lo lanza de nuevo.

—Era un tipo duro, Brian. Sus amigos también. Tu padre no lo era tanto, pero era más listo.

—¿A qué se refiere?

—Se dio cuenta pronto de que robar almacenes y coches y secuestrar camiones era cosa de delincuentes.

—¿Mi padre lo era?

—Nunca lo condenaron.

—¿Lo arrestaron?

—Muchas veces. Sobre todo después de que murieron tu madre y tus hermanas. Casi todas las semanas, por estar borracho y alterar el orden.

—Lo recuerdo. Pero… ¿antes de eso?

—Brian fue a la cárcel por un robo en un depósito en Brisbane. Sospeché que tu padre estaba metido, pero nunca lo pude probar. Tu madre lo metió en vereda y él se dedicó a cosas más sensatas.

—No recuerdo que trabajara mucho. Ni siquiera antes del accidente.

—No. Se lesionó la espalda trabajando en el ingenio azucarero. Cobró la indemnización laboral, una buena suma, y después pasó a cobrar una pensión por invalidez.

—No lo recuerdo con problemas de espalda.

—Qué curioso.

Martin se ríe.

—¿Usted no lo denunció a la aseguradora?

—¿Yo? No era asunto mío. Si eso lo mantenía alejado de los problemas, a mí me bastaba. De vez en cuando, le marcaba el límite, le decía que no fuera tan descarado con lo otro.

—¿Lo otro?

—Con trabajar. En diferentes cosas. En obras, en un pesquero nocturno o haciendo algún turno en la fábrica de quesos.

—Ya. —Martin se pregunta si el ingenio azucarero alguna vez descubrió la verdad.

—Y cuando Brian salió en libertad, tu padre le enseñó el oficio. También terminó con una pensión por invalidez que lo ayudó a enderezarse.

Los dos hombres quedan en silencio. En la mochila, Liam se ha ladeado, a punto de dejarse vencer por el sueño.

De pronto, Mackie se sobresalta, la caña se sacude en sus manos.

—¡Joder, he pillado un pez!

Martin usa el móvil como linterna mientras el viejo policía recoge el sedal, saca el pez, plateado, que se sacude al salir del agua. El alboroto despierta a Liam. Algo en los estertores del pez lo incomoda, y el niño rompe a llorar. Martin se arrodilla, sonríe, lo calma con palabras suaves. Luego, se cuelga otra vez el portabebés, se despide y deja al viejo policía para que destripe con tranquilidad su pez.

Mandy está despierta, esperándolos. Observa cómo Martin baja a Liam y lo saca con cuidado, dormido, del portabebés. Toma a su hijo, lo acuna y lo acomoda en la cuna portátil, sin que el niño se percate de nada. Después, se acerca a Martin y enreda los brazos alrededor de su cuello.

—Perdóname.

—¿Por qué?

—Por todo. No es como lo había imaginado.

—Y tú perdóname a mí —responde, y la atrae hacia sí; apoya la mejilla sana contra su cabeza, siente la suavidad electrizante de su pelo oscurecido.

—Tú no tienes de qué disculparte.

—¿Eso crees?

—Me alegra tanto que estés aquí. —Y lo besa, el primer beso lento de muchos.

Pero más tarde, ya de noche, Martin no logra dormir. Yace despierto junto a Mandy, que duerme; piensa en su padre, intenta recordar tras haberse empeñado en olvidar durante más de media vida. ¿Cómo había sido su padre antes de que les tocara la lotería, antes de que murieran su madre y sus hermanas, antes de que el alcohol lo consumiera? Le resulta imposible

visualizarlo. El recuerdo que persiste es el del borracho tumbado en el sofá, pegado a la televisión, cerrado al mundo y a su hijo, malgastando el dinero y arruinándose la salud. Vivió solo ocho años más que su mujer; ese breve lapso bastó para que pasara de ser un treintañero encantador, en buen estado físico, a un alcohólico cirrótico y diabético. Ese lapso bastó para que despilfarrara todo el dinero, alimentando máquinas tragaperras y distribuyéndolo por los hipódromos de Australia sobre el lomo de caballos perdedores, sin dejarle nada a su hijo, salvo deudas. Facturas de servicios sin pagar, meses de alquiler atrasados, préstamos vencidos. No era de extrañar que hubiera muerto; ya no le quedaba nada por lo que vivir.

La culpa lo vuelve a invadir en medio de esa noche de insomnio. La culpa persistente que arrastra por la muerte de su padre, por cómo reaccionó al recibir la inesperada noticia. Su padre había muerto en un accidente de tráfico: perdió el control del coche y se estrelló contra un árbol, con un nivel de alcohol en sangre tres veces superior al permitido. Un accidente sin sentido como final para una vida sin sentido. Y la culpa lo golpea cuando recuerda su reacción: alivio, liberación. Júbilo. Su padre, muerto. Y él, riéndose. Y en los días que siguieron, incluso después de que descubriese que todo el dinero se había evaporado, lo que perduró fue esa sensación de libertad, de gratitud por poder irse a vivir con Vern, por haberse liberado de esas cadenas y por poder reinventarse.

Pero había existido otro Ron Scarsden, el hombre que Clyde Mackie recordaba; el Ron Scarsden que llevaba a su hijo de campamento y a pescar a Treachery Bay. Martin intenta evocarlo, intenta apartar el recuerdo del alcohólico hinchado. Lo primero que le viene a la mente son sus manos, fuertes y callosas, ágiles y capaces, la única imagen que nunca lo abandonó del todo. Sin duda, viene de antes, de cuando Ron todavía hacía trabajos ocasionales en pesqueros, en obras o en la fábrica de quesos para complementar su pensión por invalidez. Pero hay otros recuerdos, difusos como sueños. Viajar como acompañante en la vieja camioneta familiar, ida y vuelta, subiendo y bajando el escarpe, mientras su padre reía, bromeaba con él y le contaba chistes. "¿Ves el mar?", otro recuerdo, un detalle más nítido. Su padre le revuelve el pelo, le pregunta si quiere ir con él hasta Longton. Lo recuerda ahora, y unas lágrimas le humedecen los ojos. Se esfuerza por recordar más, pero el cansancio lo arrastra como una marea, lo lleva flotando hacia el sueño.

JUEVES

CAPÍTULO 15

Martin dormita; los pesares de la noche han quedado atrás. El colchón es demasiado blando, la luz matinal se filtra a través de las persianas de plástico. Le cuesta reunir fuerzas para moverse. El día anterior fue largo y agotador, y el sueño llegó a ratos y liviano; ahora lo único que desea es volver a hundirse en ese pozo acogedor. En algún lugar, suena un teléfono. Estira un brazo; Mandy ya está levantada. Las madres de niños pequeños no pueden dormir hasta tarde. El teléfono insiste; es el de ella, no el suyo. Oye la voz suave, deliberadamente baja, de Mandy y lo entibia una corriente de emoción. Todavía no entiende qué ve ella en él, pero la cama le parece más cálida gracias a su afecto. La oye hablar otra vez y luego reír, y de nuevo lo invade esa calidez, aunque la risa lo arranca por completo del sopor. Ya no quiere dormir, quiere estar con ella: ¿qué la está haciendo reír, qué le trae alegría?

En la cocina, inundada de luz matinal, la encuentra bailando, girando por el pequeño espacio con Liam en brazos. El niño ríe, capta el ánimo de su madre aunque no entienda sus palabras. Martin se queda observando durante un instante, hechizado; no desea romper la magia. Después, Mandy lo ve, se desliza hacia él y lo besa.

—Buenos días, señor. —Le brillan los ojos y se le marcan los hoyuelos en las mejillas—. Listo, se resolvió el trámite de Hartigan.

—¿La casa?

—Sí. Solo falta ir a firmar unos últimos papeles y recoger las llaves. Es nuestra.

Martin se acerca a ella, los abraza, y los tres se mecen juntos.

—Será nuestro hogar, nuestro refugio. El castillo de Liam. —Sonríe a su hijo y reanuda el baile—. ¿Lo has oído, sir Liam? Tu castillo.

En la aséptica sala de reuniones de Drake y Asociados, flota un aire festivo que el decorado no consigue apagar. Mandy aún vibra de alegría; hasta Winifred se permite una sonrisa austera. Liam, libre de su carrito, gatea bajo la mesa de

reuniones, desde donde lanza chillidos intermitentes, emite palabras a medias y carcajadas, ante la consternación de Harrold Drake. Martin ve su propia imagen reflejada en una de las paredes de cristal oscuro y se sorprende al descubrir que él también sonríe. Por una vez, parece que el destino está de su lado, que el eje del mundo se ha inclinado a su favor. Contempla la idea de quitarle el pañal a Liam, solo para aumentar la incomodidad de Drake.

No hay mucho de qué hablar: Mandy firma, Martin da fe, Harrold Drake les estrecha la mano. Les entrega dos juegos de llaves, como si les ofreciera un regalo.

—¡Ja! —exclama Mandy, y toma la mano de Martin—. Vámonos. —Se arrodilla para levantar a Liam.

Pero Winifred carraspea; la sonrisa se le borra. Se vuelve hacia el anfitrión.

—Harrold, tenemos algunos asuntos menores que tratar. Detalles de organización. ¿Podrías darnos unos minutos?

—Por supuesto —responde Harrold enseguida, aunque echa un vistazo debajo de la mesa antes de marcharse.

—¿Qué pasa? —pregunta Mandy, ya de pie, con Liam en brazos.

—Sentémonos —propone Winifred—. Mis piernas ya no son tan jóvenes.

Martin obedece, aunque no le cree del todo; está seguro de que, si quisiera, Winifred podría dejarlo atrás en una carrera.

—¿De qué se trata? ¿Ha pasado algo?

Mandy percibe la preocupación en su voz, y su sonrisa se desdibuja. Deja a Liam otra vez bajo la mesa, se sienta.

—¿Winifred?

Pero la abogada sonríe para tranquilizarlos.

—He investigado un poco sobre la fábrica de quesos y su dueño, Amory Ashton. Es bastante probable que Mandy también la herede.

Mandy frunce el ceño.

—¿La que está junto a la laguna, de la que Martin habló ayer? ¿En serio? ¿Cómo puede ser?

—Amory Ashton era tu tío abuelo, medio hermano de Siobhan Hartigan.

—¿Y me la dejó a mí?

—No exactamente. Ni siquiera habías nacido cuando redactó su testamento. Legó todo a su hermana y a sus herederos. Cuando Siobhan murió, su patrimonio pasó a manos de su marido, Eric, tu abuelo, quien a su vez te dejó casi toda su herencia.

—Entonces, es mía —dice Mandy, todavía sin convicción.

—Aún no. Ashton no ha sido declarado muerto de manera oficial. No se encontró su cadáver; simplemente desapareció. De eso hace algo más de cinco años y, en Nueva Gales del Sur, debe transcurrir un mínimo de siete años para que alguien pueda ser declarado muerto.

—¿Adónde quieres llegar? En algún momento, la heredaré. ¿Tiene alguna otra relevancia?

Winifred habla con serenidad, junta los dedos en un gesto que Martin empieza a reconocer; lo utiliza como para acompañar un fallo judicial.

—Harrold Drake guarda el testamento de Amory Ashton aquí, en estas oficinas.

—¿Drake sabe que Mandy es la heredera? —pregunta Martin.

—Es probable que sí.

—¿Cómo que es probable? —replica Mandy—. No tengo dudas de que lo ha leído.

—Funciona así —explica Winifred, adoptando un aire de profesora de matemáticas que presenta un nuevo concepto—: Drake podía consultar el testamento de Ashton en cualquier momento, pero no tuvo razones para hacerlo hasta que él desapareció. Entonces, lo revisó y vio que la heredera era Siobhan Hartigan y que el heredero de ella era Eric Snouch, tu abuelo.

Martin interrumpe.

—Un momento. Él tenía el testamento de Ashton, pero tu bufete debe de haber tenido también el de Siobhan Snouch y el de su marido.

—Correcto. Una semana después de la desaparición de Ashton, Drake solicitó ver los testamentos de Siobhan y de Eric. Tenemos registros.

—¿Y se lo permitieron?

—Estaba en su derecho. Los testamentos no son documentos secretos.

Ahora interviene Mandy.

—Pero tenía entendido que el de Eric se guardaba sellado o algo así hasta que yo cumpliera los treinta.

—No, el testamento, no. Lo que ocurre es que el principal beneficiario era un fideicomiso testamentario. Así que Drake descubrió que existía el fideicomiso y que, tras la muerte de Eric, la mayor parte de la fortuna de los Snouch pasaba a ese fideicomiso. Pero no podía saber quién era el beneficiario. Nadie lo supo hasta que cumpliste treinta años, salvo los fiduciarios, claro.

—O sea, tu bufete —dice Mandy.

—Exacto.

—¿Y Drake preguntó quién era el beneficiario? —quiere saber Martin.

—He comprobado que sí.

Martin sonríe.

—Pero por ley no tenían permitido decírselo.

—Entiendo que fuimos sumamente cordiales —responde Winifred.

—¿Y ahora? —pregunta Mandy.

Winifred se encoge de hombros.

—Él sigue sin tener acceso a la información. Legalmente, nada ha cambiado. Pero en la práctica, le revelamos quién era la beneficiaria en cuanto le informamos que Mandy había heredado la casa de Siobhan Hartigan como parte del patrimonio de los Snouch. Es la misma línea sucesoria.

Martin siente que una pieza del rompecabezas encaja en su sitio.

—Por eso, St. Clair contactó con Canal Diez e impulsó la búsqueda del cuerpo de Ashton. Me lo dijo sin rodeos: no le importa quién mató a Ashton ni cómo murió, solo quiere que lo declaren muerto y que se decida quién pasa a ser el propietario. Y ahora que conoce la cadena sucesoria, puede ofrecer comprarle las tierras a Mandy.

—Exacto —confirma Winifred—. Pero ¿por qué tanta prisa? Dentro de dos años, declararán muerto a Ashton de todas formas.

Es Mandy quien responde: —Porque dentro de dos años, las tierras de Hummingbird Beach podrían estar vendidas y el desarrollo en marcha. Él está convencido de que Jota venderá. Y para ese entonces, yo ya sabría que no heredé una fábrica abandonada junto a un pantano en medio de la nada, sino un terreno valioso. Así que él tiene esperanzas de adelantarse y comprar las tierras por calderilla, aprovechándose de la rubia tonta.

—¿St. Clair se te ha acercado? —pregunta Martin.

Mandy niega con la cabeza.

—No. Nunca lo he visto.

Los tres se miran mientras evalúan las posibilidades; por fin, es Martin quien señala la contradicción: —No tiene sentido. No se ha acercado a Mandy. Y más importante aún, se desvivió por contarme sus planes para la fábrica y los terrenos. Sabía que yo era la pareja de Mandy cuando me lo dijo.

Las dos mujeres asienten, de acuerdo con su razonamiento.

—¿Jasper Speight te habló de él alguna vez? —pregunta Winifred.

Mandy vuelve a negar con la cabeza, pero su voz ya no suena tan segura.

—Jasper habló de planes para desarrollar Hummingbird Beach, sí, y recuerdo que dijo algo sobre que quería salvar una marisma. Tal vez, mencionó a St. Clair, no lo recuerdo. —Se encoge de hombros—. A mí no me interesaba ningún desarrollo urbanístico. Yo solo quería mi casa sobre el acantilado.

Martin ve la oportunidad.

—¿Jasper te habló alguna vez de un plan para dividir los terrenos de los acantilados en parcelas de cinco hectáreas, desde la casa Hartigan hacia el norte hasta la punta que da a Hummingbird Beach?

—Sí, una vez. Estaba muy entusiasmado. Dijo que los demás propietarios estaban evaluando sus opciones, pero yo le respondí que no iba a parcelar.

—¿Dijo que los demás lo estaban considerando?

—Exacto. Pero yo todavía no sé quiénes son.

—Yo sí lo sé —dice Martin—. Y ninguno quiere parcelar.

—No le daría demasiada importancia a eso —observa Winifred—. Un agente inmobiliario tiende a maquillar la verdad. Si nadie estaba dispuesto a vender, su propuesta no iba a ninguna parte.

—Falta algo —dice Mandy—. Si Jota Hayes no tiene intenciones de vender Hummingbird Beach, ¿por qué Jasper investigaba la posibilidad de una parcelación? ¿Y por qué St. Clair tiene tanto interés en encontrar el cuerpo de Amory Ashton? Seguro que no es solo porque apareciese yo como heredera de Hartigan y de la fábrica. ¿O sí?

Se hace un silencio. Los tres intuyen que esa nueva información es importante, pero no logran descifrar cómo encaja. Mandy se inclina, levanta a Liam y lo sienta en su regazo. El niño mira alrededor, expectante, como esperando a que alguien hable.

Es su madre la que lo hace: —¿Sería eso lo que Jasper quería contarnos, o, mejor dicho, contarle a Martin? ¿Que sabía quién mató a Ashton y había encontrado el cuerpo?

Los tres van en coche hacia la casa: Mandy, Martin y Liam. Como una familia de verdad, completa. Al volante, Mandy parece decidida a recuperar el júbilo de la mañana. Sostiene que la búsqueda en la fábrica de quesos es algo positivo: si Doug Thunkleton encuentra un cadáver, si de algún modo eso sirve para explicar por qué asesinaron a Jasper Speight, también servirá para liberarla a ella de toda sospecha. A Martin le recuerda sus dos prioridades: limpiar el nombre de Mandy y empezar su nueva vida juntos. Todo lo demás es accesorio.

O debería serlo, aunque no consigue librarse del todo de su curiosidad periodística. Es parte de él. En algún lugar de todo esto, late una gran historia que clama por que la cuenten. No tiene la criminalidad pasmosa de Riversend, pero sí algo que capta la imaginación: asesinato, misterio, drogas, sexo, celebridades, religión, todo enmarcado en especulación inmobiliaria, ambiciones de pueblo pequeño y mucho dinero. Sonríe internamente: liberar a Mandy de toda sospecha sigue siendo lo primero, junto con construir su nueva vida. Pero si además surge una historia, una historia grande y apasionante, tanto mejor.

Siente que se le aligera el ánimo. Imagina la alegría de Vern y Josie cuando se enteren de las buenas noticias: si Mandy es dueña de la fábrica de quesos, podrá frenar el proyecto del campo de golf, si no el puerto deportivo en sí. Recuerda lo que le dijo Jota Hayes sobre los convenios de protección ambiental: si Mandy consiguiera un acuerdo para el terreno de la fábrica, anularía para siempre el proyecto del campo de golf. Y eso, a su vez, minaría los cimientos de la urbanización ribereña de St. Clair. Martin sonríe; empieza a divertirse.

—¿Ves el mar?

Es Mandy, que habla con Liam. Van camino de la casa Hartigan, subiendo por la selva hacia el acantilado.

—¿Ves el mar, Liam?

"¿Ves el mar?", la voz de su padre irrumpe sin aviso, acallando sus pensamientos y apagando su entusiasmo. Los árboles altos, la luz que parpadea entre ellos, el terreno escarpado: Martin está otra vez en la camioneta familiar, en el escarpe. "¿Ves el mar?", un recuerdo, claro como la luz del día. No un eco lejano, no una imagen difusa, sino nítido como si hubiera ocurrido ayer. Es anterior al accidente, anterior a la caída de Ron Scarsden, cuando Martin tenía seis o siete años, cuando su padre todavía era su padre. Cuando todavía era su héroe. No es un recuerdo que deba esforzarse por evocar: lo lleva consigo como siempre lo ha llevado. Cierra los ojos, vuelve a ser niño. El coche, los sonidos, su padre a su lado, riendo. Feliz. Grande y fuerte, con sus manos de trabajador; una está apoyada sobre el enorme volante y conduce la camioneta con pericia por las curvas cerradas; la otra, en la palanca de cambios, sube y baja las marchas como un experto. "¿Ves el mar?"; puede escuchar el tono de su voz, su timbre ronco. Esa confianza natural, esa seguridad. Y vuelven las emociones, ligadas al recuerdo: su amor, su euforia, su alegría por estar solo con él, los dos

hombres juntos, regresando a casa, padre e hijo. “El que ve el mar vuelve a casa sin pesar”.

—¿Martin? —Mandy lo trae abruptamente de nuevo al presente—. ¿Estás bien?

El coche se ha detenido. Han llegado hasta un portón. “HARTIGAN”, dice el letrero descolorido, aún sujeto a la verja.

—Perdona —responde él; sacude la cabeza y baja del coche.

Parece más pequeña, una maqueta a escala de la casa azotada por la tormenta, pero sigue siendo imponente, incluso de espaldas a ellos. Se alza en lo alto, sin subordinarse a nada, con sus dos plantas, su revestimiento de madera descascarillado; debajo de la pintura blanca, asoman manchas de base amarilla y vetas al descubierto. El abandono parece hermoso en esa mañana soleada. Las ventanas, con postigos pintados de azul océano, se descascarillan al unísono con las paredes que las rodean, en un acto de solidaridad. Bajo su techo a dos aguas de chapa ondulada, con buhardillas que dan al norte y al sur, la casa tiene un aire ligeramente estadounidense. Martin distingue las dos puertas en los extremos de la pared que da hacia ellos, y ya sabe dónde conducen: una a la cocina y la otra al vestíbulo. Y la ventana sigue allí, la misma por la que escaparon Scotty y él. Ese lado de la casa, que mira al monte, parece indiferente, salvo por el pequeño pórtico sobre la puerta principal como único gesto de bienvenida. Martin entiende por qué: los Hartigan construyeron su hogar para mirar al mar, no al bosque.

Mandy aparca y avanzan hacia la casa; ella lleva a Liam en brazos. El viento les da en la cara, limpio y fresco, cargado de sal y de promesas. Pasan por alto la puerta principal, atraídos por el lado que se abre al mar. Mandy se adelanta, y a medida que avanzan, se revela el diseño. Desde el bloque de dos plantas, se proyecta hacia delante una gran sala que ocupa todo el ancho de la casa: el salón donde Martin se refugió de la tormenta junto a Jasper y Scotty. Esa prolongación mira al mar; la rodea por completo una galería, cuyo extremo se curva como la proa de un barco. De hecho, hay algo náutico en el diseño de la casa, como si se hubieran inspirado en una embarcación que se lanza al océano. Sobre el techo de esa sala, se alza un amplio balcón con balaustrada de madera, como el puente de mando de un navío que se abre hacia una habitación en el piso superior.

Suben los escalones de la galería. Las tablas están ajadas, astilladas; en algunos tramos, directamente rotas. Pero lo que capta su atención no es la casa, sino las

vistas. Al sur, la tierra se desploma y arrastra con ella la vegetación, permitiéndoles ver la desembocadura del Argyle y la espuma que rodea el banco de arena; más allá, el espigón, Town Beach, Nobb Hill. A la derecha, por encima de los árboles, se divisan el puerto y el pueblo. Martin no tenía ni idea de lo alto que era ese promontorio: es como Nobb Hill, pero sin los millonarios. Hacia el este, la mirada se pierde en el mar abierto. En el horizonte, los buques de carga parecen inmóviles por efecto de la distancia. Martin recorre la galería por su cuenta. Al norte, la curva de los acantilados suavizados por la bruma marina: los paredones de arenisca que forman cabos, la vegetación que baja hasta encontrarse con el mar. Un destello de sol se refleja en un cabo lejano: la casa de Bede Cromwell y Alexander Parkes, encaramada sobre el risco como un insecto a punto de levantar vuelo. Los acantilados se curvan donde está la granja lechera de Sergi y se prolongan hasta el cabo donde surfea Jota Hayes, se redondean en Hummingbird Beach y alcanzan, finalmente, el estuario que conduce a la marisma de Mackenzie y al terreno de la vieja fábrica de quesos. Martin siente un arrebato de entusiasmo: la casa forma parte del pueblo, del paisaje, pero está apartada de todo. Su futuro está a salvo de su infancia, separado por las aguas anchas del río Argyle. Quién lo hubiera dicho: la casa embrujada ha acudido en su rescate y le ofrece algo que nunca imaginó tener: una familia propia.

Mandy se une a él.

—Pronto volverán las ballenas en su camino hacia el norte. Podremos sentarnos aquí a brindar por su viaje.

Le brillan los ojos, el júbilo matinal está otra vez intacto. Se quedan unos minutos más en la galería, en silencio ante la magnitud del océano. Martin le coge la mano mientras recorre la inmensidad con la vista, esperando distinguir alguna ballena apresurada entre las crestas blancas, pero solo ve buques cargados con contenedores, uno que transporta carbón y parece rozar el fin del mundo, un barco pesquero detenido más cerca de la costa y una pequeña lancha de pesca que se acerca al acantilado. Sería un buen sitio, imagina Martin, cerca de las rocas, inaccesible desde tierra, siempre que el oleaje no cobre demasiada fuerza.

Entran por las puertas francesas de la galería; la puerta mosquitera protesta con un chirrido, la cerradura vacila antes de aceptar la legitimidad de las llaves. Dentro, la casa es una mezcla extraña de residencia veraniega, cápsula del tiempo y promesa de futuro. Un televisor de tubo, un equipo de música con

tocadiscos, un teléfono de disco, todo cubierto por una fina capa de polvo. Recorren las habitaciones, hacen planes, empiezan a imaginar una vida juntos. Mandy se cansa de cargar con Liam y Martin lo coge en brazos mientras exploran las dos plantas. La cocina, la despensa y el lavadero, un baño cuya bañera tiene patas en forma de garra. El comedor, la mesa despejada. Escaleras que llevan a una bodega de vinos, lamentablemente saqueada.

En el piso superior, dormitorios; los dos de mayor tamaño ocupan los extremos: uno con vistas al bosque y otro al mar, con acceso al balcón que se asemeja a un puente de mando; las dos habitaciones restantes, con buhardillas gemelas.

Salen por donde entraron, a la galería, con una lista cada vez más larga de reformas necesarias: paneles solares, reparación del techo, un baño nuevo, un cuarto para Liam. Limpiar los tanques de agua y la fosa séptica. Antes de cerrar la puerta con llave, Martin vuelve a recorrer la sala con la vista. Han pasado casi treinta años desde la vez que se refugió allí con Jasper y Scotty. La chimenea sigue en su sitio, aunque sin cenizas; el sofá de dos plazas donde Jasper se tumbó con el pie en alto aún está allí, destartalado y destinado al vertedero; la ventana por la que entraron no tiene tablones clavados y le han cambiado el cristal. El abuelo de Mandy, Eric Snouch, murió hace solo cinco años; debió de haber hecho un mantenimiento mínimo de la casa. Martin revisa la estantería. La enciclopedia está intacta, incluido el tomo U-V. También, los cómics de *El Enmascarado*. Sonríe. Tal vez pueda leerlos con Liam.

Bajan hacia el portón y Martin lo abre; casi que tiene que levantarlo, pues tiene los goznes sueltos y se arrastra contra la tierra. Cuando logra abrirlo del todo, oye un zumbido agudo, el sonido de un motor de dos tiempos. Su primera idea es que se trata de una motosierra, alguien con intenciones de profanar el bosque. Levanta la mano para indicarle a Mandy que detenga el coche mientras trata de localizar el origen del ruido. El zumbido se intensifica y una moto de cross irrumpe desde el monte, unos treinta metros hacia abajo. La rueda trasera levanta grava al girar con destreza, el conductor acelera de nuevo y desaparece. Martin solo alcanza a registrar algunas impresiones fugaces: un motociclista vestido de negro, alforjas, una matrícula con una L. El sonido se aleja y Martin huele en el viento el aceite del escape.

CAPÍTULO 16

Mandy deja a Martin en el camping para que recoja su coche. Ella va a llevar a Liam a la guardería y después irá a comprar una escoba, una fregona y una aspiradora. Está decidida a poner en orden la casa Hartigan. Necesita que vuelvan a conectar la electricidad y quiere empezar a contactar con arquitectos y obreros. Martin le da el número de Vern y le dice que su tío conoce a toda la mano de obra local, que quizá Lucy May pueda ayudarla. Cuando le da un beso de despedida, feliz de verla entusiasmada, suena su teléfono. Es Nick Poulos, con tono urgente.

—Martin, ¿podemos vernos?

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—Quiero contarte algo. ¿En el club de surf en media hora?

—¿No tienes oficina?

—Por supuesto. Pero te veo en el club a las once. —La llamada se corta.

Martin llega puntual, pero su abogado aparece con veinte minutos de retraso. Nick Poulos no se disculpa, se sienta frente a Martin.

—¿Qué te ha pasado?

Martin se toca la mejilla.

—Harry me dio un puñetazo.

—¿Quieres demandarlo?

—No.

—Mejor. —Nick se inclina hacia delante con gesto conspirativo—. He oído que están registrando la fábrica de quesos.

—Sí, lo sé.

Poulos se sorprende.

—¿Lo sabes?

—Sí, estuve allí ayer. El Canal Diez está filmando un documental de crímenes sin resolver.

—Ah, ¿no es la policía?

—Que yo sepa, no.

—Ya veo.

—Nick, ¿querías verme por eso? Podrías habérmelo dicho por teléfono.

El abogado parece incómodo.

—Disculpa. —Pero enseguida se recupera—. ¿Crees que eso fue lo que descubrió Jasper?

—Es una posibilidad, sí. —Martin empieza a pensar que la reunión es una pérdida de tiempo—. ¿Pudiste localizar a la exmujer de Jasper?

—Sí, vive en Nueva Zelanda, en Wellington. ¿No te mandé un mensaje?

—No, Nick.

—Ah, bueno, aquí lo tienes. —Nick saca el teléfono y le envía el contacto.

Martin se asegura de recibirlo antes de seguir.

—¿Conocías personalmente a Amory Ashton?

—¿Yo? No, nunca lo vi. Ya había desaparecido cuando llegué. Pero estuve para ver lo que pasó después, o, mejor dicho, cómo terminó todo. Era más turbio que una piscina de petróleo. Hice algunos trabajos para empleados suyos. La planta no estaba sindicalizada y estaban reclamando lo que les correspondía: sueldos atrasados, vacaciones, aportes a la jubilación, ese tipo de cosas.

—¿Y?

—No había nada. Era un desastre. La contabilidad, lo poco que había, era un caos absoluto.

—¿Y cómo les fue a los empleados?

—Les dieron por culo, como siempre.

—¿Y a ti?

—Yo tampoco cobré. Gracias por preocuparte. —Nick sonríe con expresión burlona—. Pero yo era nuevo en el pueblo; me sirvió para ganarme la confianza y la buena voluntad de parte de la gente.

—¿Y qué pasó? ¿Declararon la quiebra de Ashton? ¿Nombraron un administrador?

—Sí, varios. Revisaron los libros contables y cerraron la fábrica. Pero la liquidación final no puede resolverse hasta que lo declaren muerto y se venda el terreno.

—¿No puede hacerse de todos modos? ¿Declarar la quiebra en ausencia y vender el terreno?

—En circunstancias normales, sí, si estuviera a su nombre, pero no lo está.

Está todo en fideicomisos.

—¿Y si lo declaran muerto?

—Entonces, sabremos quién controla los fideicomisos, se obtiene una orden judicial para vender la fábrica y la tierra, y se distribuyen las ganancias. Pero sería una miseria. Una mierda, prácticamente nada.

—Nick, sé quién va a ser la dueña.

Nick parpadea.

—¿Quién?

—Mandalay. La heredó al mismo tiempo que heredó la casa Hartigan.

Nick baja la vista, se frota las manos mientras piensa.

—Claro. Supongo que debería haberlo deducido. Pero aún no ha heredado.

Martin asiente.

—Pero ¿qué pasará cuando declaren muerto a Ashton y ella tome el control? ¿Los acreedores podrían unirse para forzar una venta y recuperar lo que se pueda?

—Supongo que sí.

—¿Y hay un acreedor principal?

—Sí, el banco de Ashton, el Westpac.

—¿Quién tiene esa información?

—El banco, los administradores, yo, Harrold Drake, algunos de los acreedores más grandes. Medio pueblo. ¿Por qué?

—Entonces, si alguien estuviera desesperado por comprar el terreno, no tendría que esperar a que declararan muerto a Ashton ni tendría que negociar con Mandy. Podría llegar a un acuerdo directamente con el banco Westpac.

Nick Poulos se endereza, pensativo, como si la idea lo sorprendiera.

—Sí. Creo que tienes razón. No podrían declararse propietarios formales todavía, claro, pero sí, todos los mecanismos ya estarían en su sitio. Técnicamente, Mandalay podría bloquearlo, pero tendría que pagarles a todos los acreedores. Sería una locura.

—¿Podemos averiguar si alguien habló con el banco Westpac para cerrar un trato? ¿Tyson St. Clair, por ejemplo?

Nick Poulos asiente despacio, siguiendo el razonamiento de Martin.

—Harrold Drake es el abogado de St. Clair, así que él no va a hablar, pero tuve trato con los administradores. Déjame ver qué puedo averiguar.

Cuando Nick se va, Martin llama a Vern para obtener más información sobre Ashton.

Su tío atiende con voz despreocupada.

—Hola, Martin, ¿cómo va todo?

—Bien, Vern. ¿Qué sabes de Amory Ashton?

—Uy, ese imbécil. ¿Qué pasa con él?

—Hay un equipo de grabación registrando la fábrica de quesos. Creen que su cadáver podría estar enterrado allí.

—¿En serio? ¿Necesitan que les eche una mano?

—¿Quieres ayudar?

—Quiero mear sobre su tumba.

Martin suelta una carcajada.

—Entonces, lo conocías bien.

—¡Y que lo digas! Me debe dinero. A mí y a medio pueblo.

—¿Podemos vernos en algún sitio?

—Ahora no, muchacho. Estoy en el muelle. Los inspectores de pesca andan por aquí. Te llamo más tarde, cuando esté libre.

Martin mira a su alrededor. Entre los parroquianos del club de surf, entre los jubilados enfundados en bermudas con bolsillos a los lados, pantalones caqui, polos inflados por la cerveza y pies cubiertos por medias y sandalias, entre esos hombres de manos manchadas por la edad aferradas a los primeros vasos del día y dentaduras postizas bien cuidadas, sin duda debe de haber algunos que conocieron a Amory Ashton. Pero a estas alturas, la opinión está cristalizada: era un patrón miserable y un sinvergüenza; manejaba un coche lujoso y hacía ostentación de su riqueza mientras estafaba a sus empleados y dejaba plantados a sus acreedores. Martin necesita hechos, no opiniones. Y los hechos escasean por allí. Podría preguntar por la pelea entre Mandy y Jasper; algunos empleados quizá la presenciaron. Pero ¿para qué? Mandy no negó que hubiera sucedido.

Decide, en cambio, llamar a Susan Speight en Nueva Zelanda. La voz que contesta suena alegre, entusiasta.

—¿Hola?

—¿Susan Speight?

—Sí, soy yo.

—Susan, habla Martin Scarsden. Soy un…

Ella lo interrumpe:

—Sé quién eres. El gran Martin Scarsden. —Ahora la voz se tiñe de hostilidad—. ¿Dónde estabas cuando te necesitábamos?

Martin no sabe qué decir; sigue tratando de encontrar las palabras cuando ella vuelve a hablar.

—¿Qué quieres?

—Estoy tratando de descubrir quién mató a Jasper.

—¿Para el periódico?

—No, por mi cuenta. Por mí y mi familia. Por Jasper. Quiero encontrar al asesino.

Se hace un silencio, luego, ella vuelve a hablar; el filo de su voz se ha suavizado.

—¿Qué necesitas saber?

—¿Qué clase de hombre era Jasper?

—Era complejo. Una mezcla. Tenía su lado bueno y su lado malo. Nunca sabías con cuál de los dos te ibas a topar.

—¿Era buen marido y buen padre? —Martin se muerde el labio al terminar la pregunta: suena como cualquier reportero.

—Era un padre increíble.

—¿Y como marido?

Escucha una risita cargada de amargura.

—¿Quieres saber si era fiel? No, no lo era. Era un mujeriego. Medio pueblo lo sabía. Port Silver es un sitio pequeño, lleno de chismosos y cabrones de mente estrecha.

—¿Por eso lo dejaste?

—En parte, sí. Por eso, por cuestiones de dinero y por la madre.

—¿Dinero?

—Era un jugador empedernido. No llegó a arruinarnos, no llegó a ese punto, pero de vez en cuando, se desbocaba. Podía perder miles de dólares en una semana. Intentaba ocultarlo, pero yo me enteraba, y él se arrepentía. Después, se calmaba por uno o dos años hasta que la presión resultaba insostenible.

—¿Qué presión?

—Su madre.

—¿Denise?

—Sí, una hija de puta con todas las letras.

Ahora es Martin quien guarda silencio.

—¿Puedes explicarlo mejor? —Le viene a la mente una imagen de Denise, la madre que lloraba a su hijo, la que casi no se sostenía en pie en su inmobiliaria —. He estado fuera mucho tiempo.

—Ay, vamos, debes de recordar cómo controlaba cada paso que daba Jasper. Cómo le impidió ir a la universidad. Ese tema siempre salía en las conversaciones: tú y ese otro amigo vuestro os fuisteis a estudiar. ¿Cómo se llamaba?

—Scotty.

—Sí, tú y Scotty. Vosotros pudisteis iros para no volver, pero a Jasper ella no se lo permitió. Sobre todo tú, que venías de la Barriada y todo eso. Vern consiguió dinero para que estudiaras, pero ella no le dio ni un centavo a Jasper.

La mención del sacrificio de Vern es otra puñalada para Martin.

—¿Jasper hablaba de eso?

—Todo el tiempo. ¿Quieres saber qué fue lo que acabó con nuestro matrimonio? Te lo digo: fue esa mujer. Las infidelidades podía soportarlas, las recaídas en el juego, también. Pero eso no. Intenté convencerlo de irnos, de empezar de nuevo en otro sitio, y él decía que sí. Pero nunca llegaba el momento. Cuando ella empezó a meterse también con nuestros hijos, decidiendo a qué colegio debían ir, insistiendo en que les hiciéramos la ortodoncia, aunque no la necesitaban, y él no le hizo frente…, ahí lo dejé. —Susan se calla de golpe; Martin cree oír un sollozo reprimido—. No fue a Jasper a quien dejé. Quería que viniera con nosotros. Pero no pudo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos tres años.

—¿La adicción al juego empeoró después de que te fuiste?

—No lo sé. Cumplía con la pensión alimentaria de los hijos. Y les mandaba regalos bonitos.

—¿Podía verlos?

—En teoría. Les prometía que vendría a visitarlos, pero nunca cumplió. —Esta vez, Martin está seguro de que oye un sollozo contenido—. Jamás viajó. Solo coleccionaba esas postales de mierda. Ni siquiera fue capaz de viajar para ver a sus hijos. Me rompió el corazón por segunda vez.

—Así que ella lo controlaba —dice Martin; no es una pregunta, es una afirmación, una síntesis.

—Sí. Y de vez en cuando, cuando estaba bajo mucha presión, se desquitaba. Una aventura, una proposición indebida, un derroche en las carreras. Una rebeldía estúpida, cargada de impotencia. Pero nunca se liberó de ella.

Martin se ha quedado sin preguntas, atrapado en el torbellino de

pensamientos que se le arremolinan en la mente, dándole una nueva dimensión a la imagen de su viejo amigo.

—Gracias por hablar conmigo, Susan. Has sido de gran ayuda. Y siento mucho tu pérdida. De verdad. —Martin sabe que sus palabras no alcanzan y llegan tarde, demasiado tarde.

—Encuentra a ese desgraciado, Martin, y escribe otra exclusiva espectacular. Un titular de portada que grite la verdad. A Jasper le habría gustado. —La llamada se corta.

Se queda sentado solo en el club; la conversación le retumba en la cabeza; recuerda al Jasper de su niñez. Nunca había pensado en Denise como alguien tan dominante, tan asfixiante, pero el retrato que pintó Susan resulta convincente. Denise jamás escondió que ni Scotty ni él le caían bien ni que los consideraba inferiores a su hijo. ¿Y qué había dicho Susan? Que las aventuras y proposiciones indebidas aparecían cuando Jasper estaba bajo mucha presión. Entonces, ¿qué presión lo había llevado a poner una mano en la pierna de Mandy en el bar?

Martin mira a su alrededor y, de pronto, ya no quiere estar en el club. Sale a The Boulevarde y echa a andar hacia la Inmobiliaria Speight. Quiere ver a Denise otra vez, volver a evaluarla. Tal vez sepa algo de la fábrica de quesos, si Ashton había intentado deshacerse de ella antes de que todo se fuera a la mierda. Comparado con Denise, Nick es solo un recién llegado. Pero el local sigue cerrado, con el mismo cartel manuscrito pegado en la puerta. Martin relee la última oración: "Los detalles del funeral se publicarán en el *Longton Observer*".

El *Longton Observer.* Vale la pena intentarlo. La quiebra de una empresa grande como la fábrica de quesos, la desaparición del dueño en circunstancias misteriosas… sería una noticia enorme. El editor debe de tener información veraz… y estar al tanto de los chismes. Martin vuelve al coche, que se cuece bajo el sol en el aparcamiento sobre el antiguo supermercado, y emprende el viaje de cuarenta y cinco minutos hasta Longton.

El pueblo sobre la carretera exhibe su prosperidad con más naturalidad que Port Silver. No hay ostentación ni pretensiones ni ninguna necesidad de agradar a los turistas. Pero el cuarto de siglo de crecimiento económico ininterrumpido de Australia ha dejado su huella. También, su condición de distrito electoral siempre en disputa, tanto a nivel estatal como federal. La calle

principal está atestada de coches, no hay locales vacíos ni terrenos desocupados. Los letreros indican hacia dónde están el hospital, el aeropuerto, el centro comercial, el Colegio Longton. El parque industrial, la residencia para mayores, el centro acuático. Pero cuando entra, aliviado, al fresco del aire acondicionado de la redacción del periódico, Martin se percata de que la bonanza no ha llegado a los medios locales. Una recepcionista anciana lo mira sin entusiasmo. Su pelo, una especie de casco rizado con permanente, teñido de lila y endurecido con laca, brilla bajo la luz. Unas gafas de montura en forma de ojo de gato cuelgan de su cuello.

—Oye, cariño, si alguien te ha pegado, cuéntaselo a la policía, no a nosotros.

Martin se toca la mejilla. El dolor va cediendo, pero el moratón es cada vez más llamativo.

—No vengo por eso. Quería ver al editor.

—Entonces, ya somos dos.

—¿No está?

La mujer lo mira con recelo.

—No sabes mucho de periodismo, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice? —Martin se sorprende.

—Los periodistas verdaderos no se quedan sentados rascándose, salen a buscar las noticias.

—Entiendo —dice Martin, sintiéndose extrañamente descolocado—. ¿Y sabe a dónde ha ido?

—Sí.

—¿Podría darme su número de móvil? —Intenta sonreír, sabe que será en vano—. Por favor. Es una historia importante. De las buenas.

Ella se queda mirándolo: un detector de mentiras viviente. Martin le sostiene la mirada.

—Está bien, aquí lo tienes —decide por fin. Coge una tarjeta de presentación de las muchas que están apiladas sobre el mostrador frente a Martin y se la pasa—. Aunque no te servirá de nada.

—¿Por qué? —pregunta Martin, incómodo.

—Lo más probable es que esté fuera de cobertura.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—En la antigua fábrica de quesos cerca de Port Silver. No sé por qué motivo.

—Ya. —Por supuesto que está allí.

—Que tengas un buen día. —Lo despide y se anota otra victoria contra la

escoria del mundo.

Pero Martin no se rinde.

—¿Sabe si publicó alguna nota sobre un homicidio ocurrido en Port Silver el lunes? Jasper Speight, un agente inmobiliario.

La anciana lo mira con una mezcla de lástima y desprecio y se limita a responder: —En el periódico de ayer. —Se dispone a entregarle un ejemplar, pero lo retira justo cuando Martin alarga el brazo para cogerlo—. Tres dólares.

Martin no cede.

—¿Tarjeta?

—Efectivo.

Busca en la cartera y le da cinco.

—Guárdese el cambio. Para sus medicamentos.

Sale a la calle. La portada es una nota que hace publicidad de una ferretería local, pero el homicidio aparece como la primera noticia de verdad, el artículo principal de la página tres.

LA POLICÍA INVESTIGA UNA MUERTE LOCAL

Por Paulo Robb, desde Port Silver

La Policía de Homicidios de Sídney, con un equipo de especialistas forenses, investiga la muerte del agente inmobiliario Jasper Speight, de Port Silver.

Se cree que el cuerpo de Speight, de 41 años, fue hallado dentro de una vivienda en el número 15 de la calle Riverside, en Port Silver, alrededor de las once de la mañana del lunes.

La policía no ha confirmado cómo murió Jasper Speight, pero no descarta un homicidio. El martes por la tarde, los agentes seguían recopilando pruebas en la escena.

La policía ha solicitado que cualquier testigo que haya visto a Speight el lunes por la mañana o que haya tenido contacto con él durante el fin de semana se presente para colaborar con la investigación.

Se cree que la inmobiliaria que Speight manejaba junto con su madre, Denise, administraba la propiedad de la calle Riverside en nombre de inversionistas de fuera de la ciudad.

Jasper Speight era una figura conocida en la comunidad…

Siguiendo un impulso, Martin revisa la página editorial para ver quién es el

dueño del periódico. El editor aparece como Holding St. Clair.

Martin tira el periódico en una papelera cercana y le envía un mensaje a Paulo Robb; le pide que lo llame. Cuando se dispone a cruzar la calle hacia la biblioteca, escucha una risa, una voz que le resulta familiar. En la terraza de un café, ve a Tyson St. Clair hablando con un hombre corpulento que lleva un sombrero panamá de ala ancha y le da la espalda a Martin. St. Clair lo ve y levanta la mano para saludar. Su acompañante se vuelve, mira a Martin y vuelve a girarse. Ambos continúan conversando, pero Martin se queda inmóvil. Ese rostro moreno y ancho… Le cuesta reconocerlo hasta que logra ubicarlo: el *swami* de Hummingbird Beach, vestido de calle. ¿El gurú y St. Clair? ¿Juntos? ¿Qué significa eso?

Martin aún le da vueltas al asunto cuando entra en la biblioteca de Longton. El edificio es nuevo, amplio, con conductos de aire acondicionado que se curvan sobre la sala, relucientes como una serpiente. En el mostrador de recepción hay una joven bibliotecaria, con el pelo teñido de rojo, rapado de un lado y largo del otro. Lleva gafas enormes que casi no se sostienen en la punta de su nariz. Mira del monitor a un formulario y de nuevo al monitor. Percibe la presencia de Martin, levanta la vista y sonríe.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me interesaría ver ejemplares viejos del *Longton Observer*.

—¿En serio?

—Sí.

—Se ve que quieres sufrir —responde, aunque la calidez de su sonrisa suaviza el comentario. Se pone de pie. Viste una camiseta rota, pantalones escoceses y botas Dr. Martens—. Por aquí.

Lo guía por la sala de lectura, entre estanterías llenas de libros, hasta una pared del fondo donde se exhiben los periódicos del día sobre un mueble antiguo con cajones para mapas, seguramente rescatado del edificio anterior. Están el *Sydney Morning Herald*, el *Daily Telegraph*, el *Courier-Mail* de Brisbane, además del *Financial Review*, *The Australian* y *The Land*. En lugar destacado, el *Longton Observer* y una publicación gratuita: *Rivers Real Estate and Restaurant Review*. Un premio por la aliteración.

—Los de hoy están en la parte superior; las ediciones recientes, en los cajones. Lo que tenga más de dos meses está digitalizado —le explica la bibliotecaria.

—¿Puedes mostrarme los digitalizados?

—Sí, claro.

Lo conduce de nuevo por entre las estanterías hasta unos cubículos con monitor y teclado.

—Los periódicos importantes están en una base nacional. El *Observer* también, pero es más rápido acceder desde nuestro propio servidor. No hay demoras.

Le muestra la interfaz. Martin se lo agradece y ella le dedica otra sonrisa radiante. Mientras se acomoda frente a la pantalla, Martin se pregunta si la joven habrá conocido al amor de su vida recientemente.

Fija un rango de fechas —desde hace seis años hasta hace cuatro años— y escribe el nombre "Ashton" como término de búsqueda. Aparecen más de cien resultados, pero nueve de los diez primeros se refieren a una niña que participó de un programa de talentos en televisión: Elaine Ashton, de diez años; una guitarrista de death metal. Refina entonces la búsqueda a "Amory Ashton", lo que reduce los resultados a veinticuatro. En el primer año, solo hay tres artículos. El primero informa que Quesos y Encurtidos Mackenzie ha ganado un trofeo en la feria de Tamworth por su Queso Azul de Port Silver. Martin menea la cabeza y sigue. El siguiente informa de que Ashton y su fábrica han conseguido un subsidio para llevar a cabo un desarrollo, promovido por un programa federal de impulso regional. El artículo suena a gacetilla de prensa, y es probable que lo sea: el diputado federal local, miembro del Partido Nacional, se atribuye el mérito por el medio millón de dólares destinado a "mejoras ambientales". Hay una foto de cuatro hombres con traje: Amory Ashton, gordo y sonriente, flanqueado por Cyril Klapper, alcalde del distrito del Río Argyle, y Darryl "Dazzer" Duncan, diputado del Partido Nacional. Junto al alcalde, está Tyson St. Clair, acreditado como presidente de la Cámara de Comercio de Port Silver. Martin observa a Ashton; tal vez, se había comido las ganancias de su propia fábrica. No solo está obeso, sino que su cara tiene un brillo enfermizo, como de un infarto en potencia, incluso al lado del diputado, cuya cabeza parece una remolacha pasada. Tyson St. Clair, en cambio, luce delgado, atlético y bronceado, como medio melé posando junto a la primera línea de un equipo de veteranos de rugby.

Los otros dos artículos de ese primer año son de rutina. La AEPA, la Autoridad Estatal de Protección Ambiental, investigará la fábrica de quesos. Citan a Ashton, dicen que era solo una formalidad y que él mismo había solicitado la inspección. No se menciona qué pretende investigar la AEPA. Y

otro artículo relata el accidente de un camión de la fábrica en la carretera del escarpe. Tyson St. Clair aparece citado de nuevo como presidente de la Cámara de Comercio, reclamando a todo el mundo —al Gobierno federal, al estatal, al municipio y a quien quisiera escucharlo— para que financien la modernización de la carretera.

Durante los siguientes cuatro meses, no hay nada, hasta que, de pronto, las noticias llegan en ráfaga. La primera es una nota breve en la página siete:

> La policía solicita información sobre el paradero de Amory Ashton, residente de Port Silver, quien fue visto por última vez el viernes por la tarde en la planta de Quesos y Encurtidos Mackenzie. La policía afirma que, en esta etapa, está haciendo averiguaciones de rutina, pero que espera ponerse en contacto con el propio Amory Ashton o con cualquiera que tuviera conocimiento de su paradero.

Martin mira la fecha. Es la edición del miércoles, lo que significa que Ashton había sido visto por última vez el viernes anterior. Hace cinco años y tres meses.

En la edición del sábado, Amory Ashton ya no es una nota breve, ocupa la portada: "Continúa la búsqueda del empresario desaparecido; se sospecha un posible crimen". Hay una gran foto de su cara, aparentemente tomada al mismo tiempo que la de la nota sobre la subvención federal. Ashton tiene la misma sonrisa impostada, el mismo traje, el mismo brillo malsano en el rostro fofo surcado de arrugas alrededor de unos ojos pequeños. Ojos muertos. El artículo relata que se encontró el Mercedes de Ashton, calcinado, en un paraje aislado entre las dunas detrás de Treachery Bay. Lo hallaron unos pescadores el mismo día en que se informó la desaparición del dueño de la fábrica, pero no le dieron importancia y no lo notificaron hasta regresar al pueblo dos días más tarde. El periódico repite que Ashton fue visto por última vez el viernes anterior por los empleados que salían de trabajar. La fábrica había suspendido los turnos de fin de semana tres años antes, de modo que nadie notó su ausencia hasta el lunes siguiente. Al gerente de planta le resultó extraño que su jefe no apareciera temprano en la fábrica y se preocupó más cuando no se presentó a una reunión prevista para media mañana. Aun así, no llamó a la policía hasta la tarde, cuando su jefe tampoco contestó el teléfono.

En la edición del miércoles siguiente, Ashton sigue desaparecido. El titular pregunta: "¿Qué le ocurrió a Amory Ashton?". El artículo indica que la policía

está investigando el estado financiero de Quesos y Encurtidos Mackenzie, y cita fuentes anónimas. También, se menciona un informe no confirmado de que Ashton fue visto en tránsito en el aeropuerto de Auckland. La edición del sábado siguiente ha cambiado el enfoque: Ashton sigue desaparecido, pero la atención pasa a centrarse en el futuro de la fábrica, con dudas sobre su titularidad y viabilidad. La planta sigue operando, pero su porvenir es incierto. Y ese es el eje de las noticias durante las siguientes semanas, cuando la fábrica cierra, al principio de forma temporal. Los operarios protestan por los sueldos atrasados y porque los han despojado de sus derechos; los acreedores llaman a los administradores, y la fábrica cierra de forma definitiva. El destino de Ashton queda reducido a una nota al pie, relegado al final de los textos, sin novedades que contar. Lentamente, las noticias se disipan, con breves recordatorios en cada aniversario, copiados y pegados de un año a otro. Hasta que, en el último año, una nueva serie de artículos anuncia que el "reconocido empresario local Tyson St. Clair" tiene "planes visionarios" para desarrollar los terrenos de la fábrica, entre los cuales está construir un campo de golf. Se registra la oposición de los grupos aborígenes locales; citan a Josie Jones, que afirma que el terreno está sujeto a una reclamación de titularidad de comunidades indígenas que aún está en curso. Martin se sorprende: el propietario del *Observer*, Tyson St. Clair, no ha silenciado las voces opositoras. Ashton y su desaparición se mencionan muy abajo en los artículos, lo justo como para activar el buscador de la biblioteca, pero nada más.

Martin termina la búsqueda. Ashton está muerto —es posible que lo hayan matado o se haya suicidado— o prófugo, huyendo de sus acreedores y de las reclamaciones de sus empleados. Es una posibilidad real. Si sabía que la planta no tenía salvación, bien podría haberse embolsado el medio millón de la subvención federal, y todo el resto del dinero que hubiera podido saquear de las cuentas de la empresa, y haber huido del país. Nick Poulos había dicho que la contabilidad era un desastre, y el *Observer* había insinuado irregularidades. Quizá esté en el extranjero, viviendo a cuerpo de rey, y el coche quemado fue una estratagema astuta. A Martin se le ocurre que, si Ashton incendió su propio coche para fugarse, debió de necesitar un cómplice que lo condujera de vuelta.

Está a punto de marcharse cuando lo asalta una idea nueva. ¿Hasta dónde llegan los archivos digitalizados?

Fija los parámetros de fecha: una ventana de dos semanas, treinta y tres años

atrás. Vacila un momento, con un nudo en la garganta, antes de escribir su propio apellido en el campo de búsqueda: "Scarsden".

Y ahí está: emerge del pasado para golpearlo con la fuerza de las palabras impresas:

TRAGEDIA EN LA MARISMA

Una joven madre de Port Silver y sus dos hijas mellizas perdieron la vida en un trágico accidente en Dunes Road, unos tres kilómetros al sur de la planta de Quesos y Encurtidos Mackenzie.

Hilary Scarsden y sus hijas de tres años, Amber y Enid, murieron cuando el coche que conducía la mujer salió del camino y se hundió en la marisma de Mackenzie.

La policía afirma que no hubo otros vehículos involucrados. No descartan un posible fallo mecánico.

El texto continúa, pero la mirada de Martin se clava en una fotografía: el coche al borde del agua, izado por una grúa; un hombre le da indicaciones al operario del cabrestante. Es una imagen respetuosa, tomada a distancia; el hombre es la única figura en escena. Sin embargo, alcanza para despertar la imaginación mórbida. ¿Los cuerpos seguían dentro del vehículo o ya los habían retirado? Las preguntas irrumpen en la mente de Martin como por una ventana abierta. ¿Murieron instantáneamente por el impacto o se ahogaron? ¿Sufrieron o fue algo rápido e indoloro? ¿Su madre murió aún eufórica por el premio de la lotería o con terror de ahogarse, de que murieran sus amadas hijas?

Sacude la cabeza, tratando de despejar las conjeturas, las oleadas de emociones incómodas y desconocidas. Mira la foto: el coche parece intacto. No se ven indicios de impacto, salvo un faro trasero roto. No volcó; simplemente, se salió de la carretera y cayó al agua.

Dentro del periódico, la historia continúa. No hay información adicional sobre el accidente, solo contexto: que Hilary y sus hijas son parte de la familia Scarsden, vecinos de siempre de la Barriada, formada también por su marido, Ronald Scarsden, y su hijo de ocho años, Martin. Otra foto acompaña el artículo, una toma panorámica desde más lejos: la grúa y el coche emergiendo de la marisma en el centro, enmarcados por vehículos a ambos lados. A la izquierda, un coche policial; un oficial habla con un hombre. Martin fuerza la vista sobre la trama de puntos del microfilm. ¿El policía es Clyde Mackie?

¿Habla con la persona que descubrió el accidente? Está a punto de apartar la mirada, sintiendo un nudo en el estómago, cuando este se le contrae aún más. A la derecha, otro vehículo: una camioneta Morris. El vehículo de su padre. Martin vuelve a estudiar a los dos hombres junto al patrullero. ¿Es su padre el que está de espaldas, ayudando a la policía? ¿Había llegado tras enterarse de la desgarradora noticia? Pero si es el Morris de su padre, ¿entonces de quién era el coche que conducía su madre? Nunca tuvieron dos vehículos, de eso está seguro. En la Barriada, tener un coche ya era un lujo.

Vuelve a la portada, a la foto tomada más de cerca. El
vehículo le resulta conocido… Por supuesto: era el coche de Vern. Su madre se lo había pedido prestado para darle a su marido la noticia del premio. Pero ¿qué hacía en Dunes Road? Claro: la fábrica de quesos. Su padre debía de estar cubriendo un turno. Martin vuelve a la foto panorámica. Y allí, al fondo, otro detalle: el faro de Port Silver, una torre blanca recortada en el horizonte, justo sobre la parte trasera del coche de Vern. Entonces, la cruz estaba del lado correcto del camino, lo que significa que cuando se accidentó, su madre volvía al pueblo, no salía de él. ¿Había alcanzado a contarle ya a su padre la noticia del premio y regresaba a Port Silver, feliz y exultante, cuando ocurrió lo peor? ¿El coche de Vern estaría bien mantenido? ¿Funcionarían bien los frenos? Martin piensa en su tío: torpe con la escritura, torpe con los números, pero siempre hábil con las manos, siempre arreglando algo. Si los frenos necesitaban puesta a punto, Vern lo habría hecho él mismo, y bien. Además, era una recta; no habría razón para frenar. ¿Tal vez se les cruzó un canguro que salió de la vegetación?

Las preguntas siguen llegando, implacables, insistentes. ¿Su padre había sido el primero en llegar al lugar del accidente porque las seguía hacia el pueblo para ir a celebrar con pescado y patatas fritas y champán? ¿Había presenciado el accidente? Santo Dios, con razón se había dado a la bebida después de que delante de sus ojos toda su vida se desmoronara. Martin vuelve a examinar la foto de hace treinta y tres años, la panorámica. Ahora, sabiendo lo que busca, lo ve con claridad: el hombre de espaldas, que habla con el policía, tiene un anillo oscuro alrededor del torso. Del agua. Del intento desesperado de meterse a salvarlas.

La voz de la bibliotecaria interrumpe sus pensamientos.

—¿Pasa algo?

Martin levanta la vista, sobresaltado, se arrastra de nuevo al presente.

—No. Todo bien. ¿Por qué?
Ella pestañea, vacila.
—Estabas llorando.

El oleaje en Town Beach es más bravo de lo habitual; la calma de los días anteriores ha sido desplazada por una tormenta tropical que desciende hacia Nueva Zelanda. En Port Silver no hay nubes, pero el mar está agitado, revuelto. Una brisa de mar adentro añade más turbulencia, hace que las olas se vuelvan irregulares e impredecibles; nada de eso ahuyenta al enjambre de surfistas en el cabo, pero sí desanima a los bañistas a adentrarse más allá de la cintura. No así a Martin, que se zambulle una y otra vez en la rompiente, emerge para volver a hundirse, sintiendo cómo la corriente lo arrastra en distintas direcciones, mientras las olas cilíndricas se desploman sobre él. No está acostumbrado a ese ritmo: su cuerpo recuerda los patrones del mar; su mente, las tácticas, pero sus músculos ya no resisten con la facilidad con que lo hacían en la adolescencia.

De pronto, le falta el aire, casi no logra cogerlo antes de que otra ola lo obligue a sumergirse. Aun así, insiste. Necesita ese castigo del mar, esa purificación; concentrarse solo en sobrevivir, y de ese modo, expulsar cualquier otro pensamiento. Sale a la superficie y traga agua justo cuando una ola alcanza a la anterior, formando un doble pico. Tose, trata de respirar, pero casi no consigue agacharse bajo la siguiente, y no llega a hundirse hasta la arena: siente cómo lo zarandea la fuerza del agua, lo empuja con violencia hacia la playa. Ha tenido suerte de que la ola lo atrapara antes de romper. Le arden los brazos, le duelen los pulmones. Debe volver a la orilla, que está a menos de cincuenta metros. Pero algo se activa en él, un instinto: detecta una pausa en el oleaje y empieza a nadar mar adentro, con toda la fuerza que le queda, alejándose de la rompiente.

Atraviesa una última ola justo antes de que estalle. Su cuerpo amenaza con paralizarse, pero él se impone; con calma, levanta las piernas y flota de espaldas, obligándose a relajarse. Otra ola pasa por debajo, ya sin peligro, meciéndolo como un corcho. Vuelve a mover las piernas en el agua, flota, recupera fuerzas, recupera aire. Y entonces, cuando se siente listo, regresa hacia la rompiente. Falla en coger la primera ola, pero esta lo acerca a la rompiente. Se sumerge bajo la siguiente, sabiendo que no puede esperar demasiado. La que sigue es perfecta: rompe en un rizo lento de izquierda a derecha, en el momento y el

lugar exactos. Nada hacia la orilla, da dos o tres brazadas, y la ola se apodera de él, lo levanta y lo lleva hacia la playa sobre su muro de agua; Martin cabalga en lo alto, sobre la espuma, mientras la ola se desarma, pierde fuerza y lo empuja unos metros más antes de soltarlo. Intenta ponerse de pie, siente la arena bajo los pies. Otra ola lo envuelve, una última caricia de espuma en su cabeza. Martin aprovecha la energía residual de la siguiente, nada unos metros más, luego, camina entre burbujas y restos de espuma. Siente las piernas de goma, la vejiga de pronto le reclama. Sale a la arena, tambaleándose. Un socorrista lo sigue con una mirada cómplice, sin decir palabra.

Tumbado en la playa, con el sol en la espalda y la toalla bajo el pecho, vuelve a experimentar las sensaciones de su adolescencia: los dedos hundidos en la arena, las sombras de las gaviotas que planean. Pero no son solo recuerdos sensoriales, sino también reales. Su padre. Bebiendo. Siempre bebiendo. Bebiéndose la lotería poco a poco, como quien desgasta una roca. El héroe de su infancia se hunde en un sopor alcohólico, en el que la comunicación se reduce a pedir otra cerveza de la nevera o comida para llevar. Y siempre, la presencia de la botella de champán Veuve Clicquot que brilla como un faro en su nicho sobre el televisor, prometiendo guiar a Martin hacia un puerto seguro, lejos de los monstruos marinos que acechan en las profundidades.

Sigue allí, tumbado en la arena, preguntándose si las olas más poderosas de la Tierra podrán limpiarlo alguna vez, lavar su pasado, cuando Mandy lo encuentra y lo arranca de golpe de su ensoñación. Está llorando, la belleza de su rostro se ha desfigurado por el dolor.

CAPÍTULO 17

Martin se pone de pie de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Martin… —es lo único que atina a decir.

La rodea con los brazos, la atrae hacia sí.

—¿Es Liam? ¿Está bien?

Ella niega con la cabeza; tiene los ojos cerrados.

—Está bien, está en la guardería. —Inspira hondo—. Su puta madre, Martin, no lo puedo creer. ¡Qué mierda! ¡Qué puta mierda!

Él guarda silencio, esperando.

Ella vuelve a tomar aire, se recompone.

—Fui a ver a Tyson St. Clair.

—¿Y?

—Qué hijo de puta. ¡Qué hijo de la gran puta!

—¿Qué pasó?

Y entonces, Mandy suelta una carcajada que toma a Martin por sorpresa. Se aparta un paso, lo mira y niega con la cabeza, incrédula. Vuelve a reír, no de verdad, sino una risa hueca, forzada, carente de humor.

—¡Qué tipo de mierda! Un hijo de puta.

—Cuéntame.

Mandy toma aire, trata de serenarse.

—Fui a verlo. Quería tenerlo enfrente, ver qué podía sonsacarle. Pensaba tantear su interés por la fábrica de quesos. Soy la nueva dueña, o quizá lo sea pronto, y él quiere comprarla.

Martin asiente para transmitirle que la entiende. No está seguro de que sea prudente que Mandy se acerque a St. Clair, dado que la policía todavía no la ha declarado libre de toda sospecha del homicidio de Jasper Speight, pero se guarda su opinión.

—¿Qué ha pasado?

—Él no trabaja en su oficina, trabaja desde la casa, allí arriba, cerca del faro.

—Lo sé. Estuve allí.

Ella lo mira mientras procesa esa información.

—¿Te enseñó su despacho de arriba, con las vistas y las maquetas? ¿Su nido de águilas?

—Sí, pero ¿qué pasó?

—Me abre la puerta, como si me estuviera esperando. Pensé que era una estrategia, ¿sabes?, para descolocarme, hacerme parecer predecible. En fin, me dice que suba, que él irá enseguida. Así que lo espero allí, admirando las vistas, inspeccionando las maquetas. Hay una de Hummingbird Beach, la fábrica de quesos, de todos sus planes de urbanismo. Entonces, sube las escaleras, envuelto en una bata. Y de golpe se enfurece. "¿Qué haces?", me dice. Le pregunto a qué se refiere y… —Su voz se apaga, hace una pausa para recobrar fuerzas y sigue con renovada firmeza—: Me ladra algo así como "quítate la ropa y ponte a cuatro patas".

—¿Qué?

—Lo que has oído. Él… —La voz vuelve a quebrársele.

—¡Me cago en su puta madre! ¿Qué hiciste?

—Le di una patada en los huevos. —Y la sonrisa vuelve a aparecer, de manera que ríe y llora al mismo tiempo, intentando controlar ambas emociones—. Y salí corriendo. Fui hacia las escaleras. Me aferró del brazo, así que lo abofeteé. En la cara. No tan fuerte como quería, tenía poco equilibrio. Y le grité que se fuera a la mierda. Estaba furioso, furioso de verdad. Creo que iba a pegarme. Y de pronto, fue como si lo comprendiera. Le cambió la cara, parecía horrorizado, y me soltó.

—¿Como si comprendiera? ¿Si comprendiera qué?

—Creo que me confundió con otra. Con alguien a quien estaba esperando.

—¿Qué? ¿Con quién?

Mandy lo mira angustiada, la voz vuelve a temblarle.

—¿No lo entiendes, Martin? Me tomó por una prostituta.

Las sinapsis de Martin se encienden, sus neuronas se conectan mientras hechos y supuestos se mezclan con corazonadas y su instinto de periodista, y hierven en la sopa intuitiva de su mente. Tyson St. Clair, planes inmobiliarios, una confusión de identidad; los ingredientes se agitan dentro de su cráneo, se cuecen y humean. La sensación le resulta conocida, embriagadora, la certeza de estar a las puertas de un hallazgo, de que se está gestando una gran historia.

Está allí, puede sentirla, saborearla; es el hormigueo que tantas veces presagia una primicia. Pero se contiene, no dice nada a Mandy en el estado de angustia en que está. Y recuerda lo ocurrido en Riversend, cuando se precipitó a sacar conclusiones erróneas y lo despidieron por ello. No lo volverá a hacer. Esta vez verificará, construirá la historia como corresponde.

Primero, deja a Mandy en las oficinas de Drake. Se ha recompuesto, se la ve decidida más que angustiada, ansiosa por ver a Winifred, por denunciar a St. Clair, ensartarlo en un espeto y asarlo al fuego judicial. Martin le da un último abrazo de apoyo, la besa y la observa entrar con paso firme. Tiene razón: St. Clair debió de confundirla con otra; es la única explicación posible. Mandy y St. Clair nunca se habían visto. Él no debió de seguir la cobertura de los asesinatos de Riversend, no hizo la conexión. O tal vez el cambio de color de pelo lo engañó. O sea que, además de cabrón, también es estúpido. Ahora, con Liam en la guardería y Mandy urdiendo planes con Winifred, Martin ha quedado libre para seguir su intuición. Veinte minutos más tarde, aparca el Corolla en Hummingbird Beach.

Encuentra a Topaz tendida en la arena, flanqueada por un par de jóvenes. Está en topless, bronceándose de espaldas, con los ojos cerrados; sus pechos son esferas perfectas y sus admiradores no pueden apartar la vista más que unos segundos. Martin niega con la cabeza; son como plastilina en las manos de ella. Reconoce a uno de ellos: el actor de telenovelas Garth McGrath, con el pelo más largo, pero el mismo mentón afilado de siempre, cubierto de una barba incipiente.

—¿Topaz? —la llama Martin.

—¿Y tú quién eres? —pregunta McGrath, justo cuando ella abre los ojos y sonríe.

—Es Martin Scarsden —responde Topaz con picardía—. El famoso periodista.

—¿Scarsden? ¿Otro carroñero de la prensa? —McGrath escupe en la arena.

—Ese soy yo, sí.

—Joder, ¿no os hartáis nunca? Esto es acoso. ¿Dónde está tu fotógrafo? ¿Escondido entre los arbustos con un teleobjetivo?

—No hay fotógrafo, campeón. Ya no eres noticia.

—¿Qué?

—Sí. Lo siento. —Se vuelve hacia Topaz, que sonríe, divertida—. ¿Podemos hablar? ¿En privado?

Ella arquea una ceja.

—¿De verdad?

—Sí, no tardaré mucho.

Martin espera que se levante y lo siga, pero en cambio ella se dirige a sus acompañantes.

—Chicos, ¿nos dejáis un momento?

Y lo hacen, la obedecen y se alejan juntos por la playa, sumisos ante el poder de un par de pechos perfectos. Martin los sigue con la mirada; McGrath gira la cabeza, tratando de descubrir fotógrafos entre los arbustos.

Martin se pone en cuclillas.

—Ayer por la mañana fui a ver a un hombre llamado Tyson St. Clair. Vive en una casa grande cerca del faro.

—Si tú lo dices…

—Justo antes de llegar, cuando bajaba desde el faro, te vi salir.

Ella guarda silencio.

—¿Qué hacías allí?

—No es asunto tuyo.

—Topaz, no soy policía, no voy a contárselo a nadie. Pero necesito saberlo, es importante.

—¿Por qué? ¿Para que escribas un artículo? Lo siento, amigo, pero no.

—No es para un reportaje. Intento ayudar a mi pareja, Mandy, para que no termine en la cárcel.

Topaz frunce el ceño.

—Ese asesinato… del que fuimos tu coartada, ¿era ella?

—Fue en su casa. Sigue siendo sospechosa y la estoy ayudando.

Topaz suspira, fija la vista en el mar.

—No veo cómo puedo ayudarte. Ya hablé con la policía.

Martin no se deja distraer, aunque intenta quitarle algo de intensidad a su actitud. Se sienta y modera la voz.

—Es un poco como tú, ¿sabes? Joven y muy guapa. Sexy. Fue a ver a St. Clair. Él le dijo que se desnudara.

Topaz estalla en una carcajada.

—¡No lo dudo! ¡El viejo verde! ¿Y ella qué esperaba?

—Fue a hablar de negocios. La confundió con otra persona.

—Ya veo. Lo siento, Martin, no puedo ayudarte.

—¿Por qué? ¿Qué les debes?

—¿“Les”?

—Sí, ¿qué les debes? A ellos. —Deja que la palabra y sus implicaciones se asienten—. El hombre que golpeó a Royce y los que están por arriba de él. St. Clair es dueño del hostal, es el jefe de Harry. —Eso capta la atención de ella—. Dime la verdadera razón por la que Harry le pegó a Royce o lo publicaré todo en el periódico. No tenía nada que ver con drogas, ¿verdad?

Topaz lo mira, disgustada.

—Es lo que haces, ¿no? ¿Amenazar a la gente? ¿Así consigues tus historias? —Empieza a levantarse.

Pero Martin no acepta su acusación.

—Le dieron una paliza a tu novio. Está en el hospital con un golpe grave en la cabeza. Debes de querer ajustar cuentas. Te doy mi palabra de que nadie sabrá quién me lo contó.

Entonces, algo en ella cambia: la fachada alegre se esfuma, desaparece la mochilera despreocupada. Parece mayor, apesadumbrada. Vuelve a sentarse sin decir nada, contiene la respiración. Coge una toalla, se la envuelve alrededor del cuerpo y contempla las olas. Martin le da tiempo. Una pareja joven, casi adolescente, pasa despacio; van abrazados, ajenos al mundo. Es el muchacho de rizos rubios con su hermosa novia; Martin los vio en kayak la primera vez que visitó Hummingbird Beach. Topaz y él los miran alejarse.

—De acuerdo —dice ella por fin—. Pero ¿me llevarás a ver a Royce hoy o mañana? Necesito hablar con él. Y después tendremos que marcharnos. ¿Me prometes que no publicarás nada?

—Por supuesto.

Ella suspira antes de hablar.

—Bien; es cierto que Harry vende drogas en el hostal, nada grave, pero el lugar también funciona como una especie de agencia de empleo. Tienen un autobús, que seguro habrás visto por allí, y llevan a cualquiera que lo desee a los campos de cultivo, invernaderos y huertos para recoger fruta, lo que sea. Los mochileros ganan algo de dinero y, si lo hacen durante tres meses, pueden conseguir una extensión de un año en la visa. Es un buen negocio para el hostal si pueden retener a la gente tres meses. Harry también consigue apartamentos. —Hace una pausa, traga saliva, piensa qué más decir. Martin guarda silencio, consciente de que presionarla sería contraproducente—. Pero hay un atajo; Harry me lo contó el mismo día que llegamos. Algunos granjeros firman los papeles y te consiguen la visa si te acuestas con ellos un par de veces.

Es una opción bastante elegida. Todas las chicas lo saben. Es un secreto a voces. Nadie sale perjudicado.

—¿Y Tyson St. Clair?

—Solo una vez. Solo quiere a cada chica una vez. Es el atajo más corto de todos.

—Y solo a las más bonitas.

Ella le lanza una sonrisa amarga.

—Sí, algo así. Harry se las selecciona, las envía allí, les dice lo que se espera de ellas.

—Todo un honor.

Topaz lo fulmina con la mirada.

—No seas imbécil. No estoy orgullosa de ello.

—Perdón. ¿Puedes contarme qué pasó?

—¿Vas a escribir una historia? ¿Vas a contar lo que hace?

—¿Quieres que lo haga?

Ella lo piensa.

—No lo sé. Quizá. Pero no puedes usar mi nombre. Aunque te demande, no puedes revelar mi nombre, ni siquiera en el tribunal. No voy a testificar.

Martin se sorprende ante su conocimiento sobre difamación y juicios.

—Hace veinte años que soy periodista. Sé cómo proteger una fuente. Cuéntame.

—Me hizo subir a su despacho. No hubo conversación. Harry me había dicho qué hacer: desnudarme. Ya estaba desnuda cuando llegó el viejo. Subió, me hizo girarme para inspeccionarme. Estaba casi babeando, ¡un viejo verde asqueroso! Me dijo que me inclinara sobre el escritorio, junto a una maqueta de Port Silver. Así que obedecí y quedé mirando por la ventana hacia el pueblo; era mucho mejor que mirarlo a él. Después, me folló por detrás. —Suelta una risita frágil—. Y escucha esto: no dejaba de hablar, de presumir de que era el dueño del pueblo, mientras me follaba. "Yo lo construí y yo les voy a hacer ver a esos hijos de puta", todas idioteces así, mientras la maqueta del pueblo temblaba como si hubiera un terremoto. Y ni siquiera parecía disfrutar. En cuanto terminó, me dijo que me vistiera y que me largara.

—Todo un caballero.

—Todo un imbécil.

—¿Pero conseguiste la visa?

—Sí, conseguí los papeles.

—¿Y Royce? ¿Qué pasó con él?

—No le hizo mucha gracia. La culpa es mía por contárselo. Así que decidió sacar tajada. Amenazó a Harry, dijo que iba a destapar su próspero negocio de sexo por visados y le exigió una comisión. Resultó genial su idea, ¿no?

—¿Por eso Harry le dio una paliza?

—Exacto. Royce le dijo que conocía a un periodista y que, si no le pagaban, todo iba a salir en el periódico.

—¿Conocía a un periodista? No le habrá dicho mi nombre, ¿verdad?

—¿Por qué crees que Harry te atacó en la playa?

—Su puta madre.

Se quedan en silencio, mirando cómo se alinean las olas antes de romper en la orilla.

—Ahí viene el gran hombre —observa Topaz.

—¿Cómo dices?

—Allí. —Mueve la cabeza hacia atrás de donde está Martin. Él se vuelve y ve al *swami* caminando por la playa con un pequeño grupo de seguidores.

—Míralo —dice Topaz con sorna—. El profeta y sus discípulos.

—¿Entonces no eres una conversa?

—Ni de broma. Debería estar deambulando por el Punjab con su cuenco de limosnas, no desplumando australianos. —Y añade, con el desprecio de los que siempre serán delgados—: Mira lo gordo que está, por Dios.

Observan cómo el gurú guía a sus seguidores hasta la rompiente; se detienen cuando el agua les llega a las rodillas. Se arrodillan y él los sumerge, sujetándoles la cabeza.

Martin suelta una carcajada.

—Se parece más a un bautismo que a un ritual hindú. Esto no es precisamente el Ganges.

Pero Topaz no responde. Cuando él se vuelve, la ve observando al *swami* y a sus seguidores con desdén.

—¿Estás bien? —pregunta Martin.

—¡Qué basura de tipo! Al menos St. Clair te consigue una visa.

El falso bautismo termina y el grupo regresa, pasa junto a ellos y se sienta en un círculo en la hierba, por encima de la playa. Comienzan a entonar un cántico suave.

Topaz se pone de pie, intrigada.

—¿Qué hacen?

En la hierba, los seguidores se turnan para sentarse frente al *swami* y recibir en la frente una marca de tinte castaño rojizo, no tanto un bindi sino más bien un círculo con puntos dentro. Martin reconoce el símbolo. Lo ha visto en el cartel del desvío desde Ridge Road.

—Llevan aquí dos semanas —dice; recuerda lo que le ha contado Jota—. Deben de estar preparándose para graduarse. Mañana, habrá una gran fiesta. Podría ser divertido.

Pero Topaz guarda silencio; su expresión ha perdido todo rastro de humor. Parece preocupada.

—¿Topaz?

—Ya te he contado lo que querías —responde con aspereza—. ¿No tienes que ir a salvar a tu novia?

Martin deja a la joven estadounidense y se dirige al aparcamiento. Mientras camina, la importancia de lo que le ha revelado empieza a crecer en su interior, y se la escribe en su mente como en una vieja cinta de teletipo. St. Clair y su secuaz Harry Drake dirigen un negocio de sexo a cambio de visas desde el hostal de mochileros. Si Jasper Speight lo había descubierto, podría haber puesto en peligro las ambiciones del promotor inmobiliario. Si lo condenaran por cometer fraude con visas, St. Clair ya no sería una persona idónea para dirigir una empresa. Así lo dice la ley. Si Jasper lo hubiera desenmascarado, los inversores internacionales del proyecto de Hummingbird Beach lo habrían hecho a un lado y habrían acudido a Jasper. Eso les daría a St. Clair y a Harry un motivo claro para asesinarlo. Martin tiene que contárselo a Montifore. Acelera el paso.

Quizá, Jasper intentó aventajar a St. Clair y amenazó con exponerlo. Quizá, incluso informó a Johnson Pear, el mismo policía que se mostró indulgente con Harry tras la gresca en la playa. Quizá, en lugar de actuar, Pear les avisó a St. Clair y a Harry. Quizá. Y entonces, Jasper acudió a Martin, fue a la casa que Mandy había alquilado para confiarle a su amigo otro escándalo de pueblo pequeño. Quizá.

De pronto, surge en Martin una preocupación más urgente. Si tiene razón, y asesinaron a Jasper para mantener en secreto el fraude de las visas, entonces, Mandy está en peligro. La había dejado con Winifred, dispuesta a denunciar a St. Clair por su conducta. Se le comprime el pecho, lo inunda el pánico. Debe advertir a Winifred que no amenace a St. Clair con acciones legales. Harry mandó a Royce al hospital por intentar destapar el negocio; ¿qué forma

encontraría para descargar su violencia contra Mandy? Martin cambia de rumbo y se dirige a la oficina; como el móvil no tiene cobertura, necesita usar el teléfono fijo. Debe llamar a Montifore y también advertir a Mandy.

Pero Jota Hayes no está y la puerta se encuentra cerrada. No sabe si anda por los alrededores, está surfeando en el cabo o habrá ido al pueblo a comprar provisiones. No importa; no tiene tiempo para buscarla. Necesita hacerles llegar el mensaje a Mandy y Winifred. Corre cuesta arriba hacia el coche.

Conduce al límite: si va demasiado despacio, tal vez llegue tarde; si va demasiado rápido, se arriesga a tener un accidente y a quedarse sin posibilidad de llegar a Port Silver. Su mente le dice que tenga cuidado, que un minuto más o uno menos no cambiará nada, pero su corazón la contradice. Pisa el acelerador, esquiva un bache, cae en el siguiente, que es ancho como el coche. La suspensión golpea el fondo, salta la grava. Las ramas arañan la carrocería del Toyota, los surcos atrapan las ruedas, las piedras golpean el chasis. Casi pierde el control en una curva, se salva de milagro al rozar un tocón en vez de estrellarse contra él. En otra curva, encuentra una camioneta que bloquea el camino: un hombre sostiene un gato, una mujer mira el neumático pinchado. Martin toca el claxon, no frena; la pareja salta a un lado y lo despide con una catarata de insultos. Cuando se acerca al cruce con Ridge Road, su mente, que ya ha perdido la batalla contra la velocidad, insiste con nuevos cálculos: no tendrá cobertura en Dunes Road hasta llegar al camping, a unos quince o veinte minutos. Pero recuerda que tenía una raya de cobertura en Ridge Road. ¿Dónde fue? ¿Antes de llegar a la propiedad de Sergi? ¿A cinco minutos? ¿Diez? Pasa por el guardaganado a toda velocidad y levanta vuelo por un instante; los hierros retumban en el aire inmóvil. Al llegar a Ridge Road, gira a la izquierda. Apuesta por la selva.

Ya es bastante difícil el camino conduciendo con las dos manos, pero al coronar la primera cuesta, afloja la velocidad, sujeta el volante solo con la derecha y levanta el móvil con la izquierda. El mensaje de "sin cobertura" lo atormenta. Ya casi ha llegado arriba, empieza a dudar de si tendrá cobertura; quizá lo del día anterior no fuera más que un capricho del clima, tal vez las nubes hicieran rebotar la señal… y entonces, como por arte de magia, aparece una raya. Frena en seco y la raya desaparece. Aún no ha alcanzado la cima; seguro funcionará mejor unos cientos de metros más arriba. Y así es. Milagro de milagros: allí están. Dos rayas. El teléfono vibra como si lo celebrara, y entran mensajes y correos electrónicos uno tras otro. No presta atención a

ninguno. Llama a Mandy y escucha con alivio su voz cuando atiende. Está con Winifred en las oficinas de Drake, le dice. Martin pide que lo ponga en altavoz y se da cuenta de que respira agitado, como si hubiera estado corriendo y no en el coche. Intenta calmarse, toma aire y les cuenta lo que sabe. Nadie lo interrumpe.

Winifred espera a que termine antes de hablar.

—¿Vas a contarle todo esto a la policía?

—Es mi siguiente paso. Pero solo a Morris Montifore. No confío en los locales, y menos en Johnson Pear.

—Entiendo. ¿Y el nombre de la testigo, la chica?

—Le di mi palabra de que no revelaría su identidad.

—Bien. A Montifore no le va a gustar, pero esa es tu batalla, no la mía.

—¿Tienes su número?

—Te lo envío por mensaje de texto. No digas que te lo di yo. Lo adivinará, pero no es necesario confirmárselo.

—Gracias, Winifred. Ocúpate de que St. Clair no se entere de que hemos descubierto lo de las visas. Podría ser peligroso.

Winifred le envía el contacto, pero Morris Montifore no atiende el teléfono. Martin le deja un mensaje: "Morris, habla Martin Scarsden. He descubierto algo importante, un posible motivo para matar a Jasper Speight, en el que estarían involucrados Tyson St. Clair y Harrold Drake hijo. Llámeme".

¿Y ahora qué? Ahora nada. Sigue sentado en el coche, con la respiración agitada y la adrenalina fluyéndole por el cuerpo. Sale, revisa el coche. Tiene rayones en los costados, como siempre ha tenido, y también fango y polvo. El intermitente delantero está roto; le falta un trozo de plástico naranja tras el golpe contra el tocón junto al camino, pero nada grave. Vuelve a subir, despacio, buscando dónde dar la vuelta. El motor suena más grave, más viril que antes; en algún punto, le ha abierto un agujero al tubo de escape. Gira y regresa por donde ha venido. Todavía, tiene que volver al pueblo y ver a Montifore, pero la urgencia se ha disipado.

Repasa lo que ha descubierto, lo que podría convertirse en una gran historia: el vínculo cada vez más evidente entre la trama corrupta de las visas y el asesinato de Jasper. Siente otra vez en las venas el calor del viejo instinto periodístico, la necesidad de meterse debajo de las apariencias y de llegar al fondo de las cosas. St. Clair, el depredador, y Harry, su matón de confianza, probablemente protegidos por el policía corrupto Johnson Pear, matan a Jasper

Speight para que no lo saque a la luz. Pero el que lo saca a la luz es Martin Scarsden, periodista de investigación por excelencia. Una historia potente. No tiene tantos cadáveres como la de Riversend, pero no está nada mal. Otro baño de brillo para la reputación de Scarsden, otra bofetada para los cobardes que lo echaron del *Herald.* Doug Thunkleton le pedirá perdón de rodillas, suplicará que le conceda una entrevista. Martin se toca el ojo, aún hinchado y dolorido. Se mira en el espejo retrovisor: la contusión tiene un color morado intenso, con los primeros toques de colores más desagradables. Ha comenzado a sanar, pero muy despacio. Tal vez, debería sacarse unas fotos: el que buscaba la verdad, golpeado por el secuaz del asesino. Podría ser la imagen de contraportada de su próximo libro.

Conduce con cuidado cuesta abajo, pasa por una hondonada y sube otra vez, hasta llegar al punto donde el día anterior había logrado una raya de cobertura. Justo antes de que el camino gire a la izquierda, llega a una pequeña meseta. A la vera del camino, hay espacio para un par de coches. Intrigado, aparca y apaga el motor. Cuando sale del coche, lo recibe la frescura de la selva; el viento no es más que una brisa que sopla al ras del suelo, aunque arriba hace susurrar la copa de los árboles. El sitio para aparcar no es una casualidad: desde allí, parte un sendero que se interna en la vegetación. Debe de seguir siendo parte de la propiedad de Jota, parte de la zona sin explotar, que nunca fue destinada a la granja lechera. Quizá sea el sector que Jasper Speight estaba interesado en urbanizar. Ya sin prisa, Martin decide echar un vistazo.

Camina con paso rápido por el sendero, que pronto se bifurca: la rama izquierda baja a Hummingbird Beach; él toma la derecha. Tras un centenar de metros, empieza a oír el rumor del mar entre los árboles y siente el olor salino en la nariz. Y de pronto, ya no hay árboles, el sendero recorre unos diez metros hacia una planicie de arenisca, una especie de balcón natural sobre el océano. El promontorio no es tan alto como imaginaba, ni como el de Hartigan ni como el de Bede y Alexander, pero la vista es quizá más espectacular: la extensión de costa hacia el norte, las playas salvajes y el oleaje desatado de Treachery Bay. Tierra adentro, divisa el inicio de esas playas, en la orilla norte del estuario de la marisma de Mackenzie. No puede ver Hummingbird Beach, pero debe de encontrarse a unos trescientos metros de donde está, oculta detrás de un cabo. Treinta metros más abajo, hay una plataforma rocosa a un par de metros del agua. Ve pozas entre las rocas, canales por donde las olas van y vienen, y grandes bloques de acantilado que se han desprendido durante

tormentas antiguas. Y mientras Martin observa, aparece una figura de negro, con una tabla bajo el brazo, que dobla el cabo desde Hummingbird Beach. Es Jota Hayes, enfundada en el traje de neopreno que la protege del sol y la abriga. Piensa en llamarla, pero la deja pasar sin molestarla. Ella no levanta la vista, no lo ve. Parece pensativa, o quizá solo tan habituada a ese paisaje que no necesita redescubrirlo.

Mientras Martin observa, ella camina hasta el borde de la plataforma rocosa. Se ajusta la correa de plástico a la pierna y queda inmóvil, estudiando los ritmos del mar, esperando su momento. De pronto se lanza con agilidad felina al oleaje. Martin se queda hipnotizado por su destreza: Jota avanza con brazadas firmes por el mar encrespado; no le preocupan las rocas cercanas, está cómoda en su elemento. En un instante, se sitúa junto al extremo del acantilado y, casi sin esperar, ya rema hacia delante, se pone de pie, surca la ola en dirección a donde está Martin. Él contiene el aliento: la ve casi encima de las rocas, a punto de rozarlas, y en un segundo, cambia de dirección. La ola empieza a romperse, alejándose del cabo, y ella se desliza con gracia sobre el mar, se oculta un segundo en el tubo de agua y vuelve a aparecer, cortando hacia la cresta para volver a descender; la tabla es dócil bajo sus pies, forma parte de ella. La ola pierde fuerza al acercarse a la playa y al estuario; Jota emerge del agua, con la tabla que ya apunta hacia el océano, y con la agilidad de un gato se deja caer sobre ella y rema de inmediato mar adentro. Solo entonces, ya cerca del punto donde espera las olas, levanta la vista y ve a Martin. Lo saluda con la mano; él le responde. Su propio paraíso de surf privado: con razón no quiere vender.

Morris Montifore no parece alegrarse. Tiene los ojos sombríos, el rostro cansado. Está sentado detrás de un escritorio en una oficina de planta abierta, alguna sala de reuniones convertida en cuartel improvisado para los detectives de Homicidios de Sídney. Lo acompaña su segundo, Ivan Lucic, quien mira a Martin con expresión escéptica.

—Martin Scarsden, periodista —dice Montifore; su voz denota cansancio más que fastidio.

—Martin Scarsden, testigo. Martin Scarsden, fuente de información.

Montifore no se entusiasma.

—Lo que sea. Cuéntame lo que sabes. Pero si esto es algún truco para sonsacarme información, no estoy de humor. Lárgate ya.

—¿Puedo sentarme?

—Ay, por supuesto que puedes sentarte.

Martin se sienta y le cuenta lo que él y Mandy han descubierto sobre Tyson St. Clair, su afición por las mochileras jóvenes y el negocio de sexo a cambio de visas. Lucic sonríe con malicia al oír las descripciones del comportamiento de St. Clair, pero Montifore se limita a escuchar con aire adusto, sin revelar nada. De vez en cuando, para animar a Martin a continuar, asiente levemente y frunce el ceño, lo que acentúa los pliegues gemelos que suben desde los lados de la nariz hasta la frente. Martin relata que ha hablado con una testigo que confirmó las predilecciones de St. Clair y que es posible conseguir visas a cambio de sexo.

Cuando termina, Montifore guarda silencio un buen rato y finalmente se vuelve hacia su asistente: —Ivan, voy a hablar a solas con el señor Scarsden. —Lucic asiente y se dispone a marcharse—. Ah, Ivan, ni una palabra a nadie por ahora. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

Montifore espera a que su subordinado se retire y cierre la puerta antes de hablar: —Entonces, tu teoría es que Jasper Speight estaba al tanto de la estafa y amenazaba con exponer a St. Clair.

—Sí. Tal vez, esa era la razón por la que quería verme la mañana en que lo mataron.

—Pero ¿por qué expondría a St. Clair?

—Para sacar ventaja con el consorcio que quiere desarrollar Hummingbird Beach. Según dice el propio St. Clair, si Jota Hayes accede a vender, hay una comisión de un millón por la venta. Y, además, se convertiría en el representante del consorcio en Port Silver. Y, sobre todo, si a St. Clair lo condenaran, ya no podría urbanizar la marisma de Mackenzie. Jasper se oponía a ese proyecto. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, sí —responde Montifore. Reflexiona unos segundos—. ¿Supongo que Mandalay Blonde está dispuesta a declarar sobre lo ocurrido con St. Clair?

—Tendrías que preguntárselo, pero estoy seguro de que sí.

—¿Y tu fuente, la mochilera? ¿Cómo se llama?

Martin respira hondo.

—No puedo decírtelo. Le prometí que permanecería en el anonimato.

Montifore niega con la cabeza.

—Joder, era obvio que lo harías. —La exasperación se refleja en su cara, su

voz se mantiene neutra—. Vosotros los periodistas y vuestra manía de proteger a las fuentes. No es necesario que te recuerde que eso no tiene ningún valor legal. Ninguno.

Martin se encoge de hombros.

—No puedo revelar su nombre sin su consentimiento.

—Pues en ese caso, no tenemos nada. El testimonio de Mandalay Blonde casi no tiene utilidad sin corroboración, lo sabes bien. En el mejor de los casos, St. Clair hizo una proposición indecente. Repugnante, sí, pero no es un delito. Y delante de Mandalay Blonde no mencionó las visas ni ningún trueque, ¿verdad?

Martin asiente.

—Bien. Además, ella no es precisamente una testigo imparcial. Speight murió en su casa y sigue siendo sospechosa para la investigación. Así que cualquier declaración que haga puede interpretarse como una maniobra para protegerse, un intento de desviar las sospechas. El abogado de St. Clair se la comería viva.

—Pero puedes investigarlo, ¿no? Eres policía. No necesitas a mi testigo; puedes buscar otros.

—Ah, ¿sí? Si St. Clair les cambia una visa por un polvo, ¿por qué iban a quedarse en la zona? ¿Y por qué hablarían con nosotros para incriminarse? No olvides que les estaríamos pidiendo que admitan haber infringido la ley. Tendrían miedo de ir a la cárcel, de que las deporten o ambas cosas. Y todo lo que los demás mochileros del albergue pudieran haber oído no pasaría de ser un rumor, sin valor legal. Necesitamos a tu testigo o a alguien como ella: alguien que haya conseguido los papeles para la visa.

Martin no sabe qué decir. Siente que algo no encaja, que Montifore debería mostrarse más entusiasmado. Le ha traído una pista sólida, que podría ser clave en el caso, y el policía parece más molesto que agradecido.

—¿Qué pasa, Morris? Hay algo que no me estás contando.

—En primer lugar, no te he dado permiso para usar mi nombre ni para tutearme. En segundo lugar, soy un detective de Homicidios, y tú, un periodista. No tengo obligación de contarte nada. Más bien lo contrario.

—Entonces, ¿por qué le pidió a Ivan Lucic que saliera?

—¿Qué quieres decir con eso?

—No hay testigos. Ni grabaciones.

Montifore suelta una carcajada y se echa hacia atrás en la silla.

—Por el amor de Dios…, no puedes ser más idiota, ¿no?

—¿De qué se trata? Dígamelo. —Pero Montifore niega con la cabeza, sin dejar de sonreír. Al menos, ya no se muestra indiferente—. Escuche —insiste Martin—, usted sabe por qué estoy aquí. No estoy ocultando nada. Quiero ayudar a que Mandy quede libre de toda sospecha. Y no se lo voy a negar, si esto termina siendo una buena historia, mejor todavía. Pero estoy siendo completamente transparente. Usted sabe de qué lado estoy.

Montifore asiente, parece llegar a una conclusión.

—Muy bien, esto es lo que puedo decirte. No es para publicarlo, ¿entendido?

—Por supuesto.

—Lo primero: tienes información vital para una investigación de homicidio en curso, conoces la identidad de un testigo clave y estás ocultándosela a la policía. Eso es delito. Podría detenerte aquí mismo. Y si siguieras negándote a revelar esa información cuando te llevara ante un juez de instrucción, digamos mañana, también estarías infringiendo la ley. Cárcel. Eso es lo que puedo decirte.

Martin mira los ojos serios del policía, manteniendo su propio rostro impasible, resistiendo la tentación de soltar la sarta de improperios que se le agolpan en la cabeza. Está pensando cómo responder cuando Montifore vuelve a hablar.

—Pero no voy a hacerlo. En cambio, quiero que encuentres a esa fuente tuya y la convenzas de hablar conmigo. En privado. Mantendré su identidad en reserva. Si tu teoría resulta correcta, es muy probable que ni siquiera necesitemos que declare en el juicio; podremos usar su testimonio para conseguir pruebas más contundentes. Órdenes de registro y allanamiento, registros telefónicos, todo. Pero para lograrlo, necesitamos que declare.

Martin sonríe.

—Le preocupa Johnson Pear.

—Sin comentarios —responde Montifore, aunque en sus ojos se adivina un leve reconocimiento.

Por supuesto, piensa Martin, por eso hizo salir a Lucic; no quiere que su ayudante lo vea cuestionando la integridad de un colega.

—Bien, la situación es la siguiente —prosigue Montifore—: A partir de mañana, solo estaremos Ivan Lucic y yo, más un agente sin ninguna experiencia. El equipo forense y el resto de la unidad volverán a Sídney. Dependo de Pear y de su buena disposición para operar desde esta comisaría,

para recibir ayuda administrativa y cualquier refuerzo. No puedo enemistarme con él, y desde luego no puedo darle la información. Necesito que me consigas a esa testigo; hasta entonces, tengo las manos atadas. Y tienes que asegurarte de que cualquier otra persona que esté al tanto, incluidas tu novia y la pesada de su abogada, también lo entienda.

Martin guarda silencio, sabe que debe andar con cuidado.

—Voy a investigar esa teoría tuya —dice Montifore—, pero quiero hacerlo con discreción. Si Jasper Speight descubrió que St. Clair estaba cometiendo delitos, es muy posible que primero haya ido a ver a Johnson Pear, y al ver que no pasaba nada, haya decidido buscarte a ti. Puedes atar cabos tan bien como yo: Pear no investigó.

Los dos hombres se miran un momento antes de que Martin vuelva a hablar.

—No creerá que Pear pueda tener algo que ver con el asesinato, ¿no? —pregunta.

—Ve a buscar a tu fuente, Martin. Dile que hable conmigo. Dile que no hable con nadie más. No la pongamos en peligro.

CAPÍTULO 18

Martin conduce por The Boulevarde; el escape dañado emite un rugido sordo que rebota contra las fachadas de los locales y vuelve a entrar por la ventanilla abierta. Quiere volver a Hummingbird Beach y convencer a Topaz de que hable con Montifore. Pero antes necesita cerciorarse de que Mandy se ha recuperado del episodio con St. Clair. Ella ya se ha marchado del bufete de Drake; ha ido a recoger a Liam a la guardería y lo ha llevado al camping. Martin la esperará allí y después irá a Hummingbird Beach. Cruza el puente; el Argyle fluye, perezoso, debajo de él. Cuando reduce la velocidad para girar a la izquierda hacia el camping, los espejos se llenan de luces azules y rojas. La policía. Mierda. Justo lo que le faltaba. Enciende las luces de emergencia, sale de la carretera hacia la entrada del camping, de la cual todavía cuelga el delfín por el morro, a punto de caer. Apaga el motor y se queda quieto, aguardando a que el agente se acerque. Cree que eso es lo que se espera hoy en día: quedarse dentro, nada de salir del coche e ir a su encuentro como cuando era niño. Cosa de los estadounidenses, piensa: miedo a las armas. Corresponde quedarse sentado con las manos sobre el volante.

Ve movimiento en el espejo retrovisor, y el corazón le da un vuelco. Es Johnson Pear quien se acerca con las manos metidas en el cinturón y el arma bien a la vista. Martin apoya las manos en el volante para que pueda verlas. Mierda. Respira hondo y adopta una expresión neutra.

—Vaya, vaya. Qué sorpresa. El célebre periodista en persona —dice Pear con una sonrisa que chorrea veneno como un buque petrolero liberiano. Se inclina y apoya las manos en el marco de la ventanilla. Martin lo mira a los ojos y sonríe.

—Buenas tardes, agente.

—Licencia y documentos del coche.

Martin sabe que Pear ya habrá verificado la matrícula en el ordenador del coche patrulla, pero no piensa discutir. Mantiene las manos sobre el volante.

—Tengo la licencia en la cartera, en el bolsillo. Los papeles están en la

guantera.

La sonrisa de Pear se ensancha.

—Perfecto. Sáquelos. —Retira las manos de la puerta, se endereza y las engancha de nuevo en el cinturón, cerca del arma.

Martin no tiene opción: debe obedecer. Despacio, baja la mano izquierda, arquea la espalda, saca la cartera del bolsillo delantero izquierdo del pantalón. No deja de observar a Pear, ve su mueca de matón, el movimiento casual de la mano sobre la culata de la pistola. Martin levanta la cartera a la vista, cerca del volante, la abre con ambas manos y saca el carnet. Se lo entrega a Pear, que le echa un vistazo superficial antes de devolvérselo.

—Los papeles.

Martin guarda el carnet, deja la billetera sobre el salpicadero y se inclina hacia la guantera. Está a punto de sacar los documentos cuando Pear habla con voz baja y hostil.

—¡Alto! Las manos donde pueda verlas.

Martin obedece y, al volverse, se encoge de manera instintiva. Pear tiene la pistola en la mano y le apunta directamente; el cañón es un agujero negro que absorbe su atención y provoca miedo como radiación. La escena dura unos segundos, y una eternidad.

—Me he equivocado —dice Pear—. Me pareció ver algo. —Sonríe, levanta una ceja—. Hagamos una cosa: olvídese de los papeles. —Guarda el arma en la funda, pero no ha terminado—. Encienda el motor.

Martin lo enciende.

—Acelérelo.

Martin obedece.

Pear asiente con fingida solemnidad.

—El escape está hecho una mierda. ¿Lo sabía?

—Fue esta mañana —responde Martin, y se muerde la lengua al comprender el juego de Pear; sabe que nada de lo que diga servirá de ayuda.

—Ah, ¿sí? —dice Pear, levantando la otra ceja.

Rodea el coche, dirigiéndose primero a la parte posterior; Martin lo sigue por los espejos, con las manos otra vez sobre el volante. Pear pasa junto al maletero, sigue por el otro lado y se detiene frente a la parrilla. Le sonríe a Martin y le hace un gesto para indicarle que apague el motor. Martin obedece.

—Venga a ver esto —le ordena. Martin sale del coche, consciente de lo que le espera.

—El intermitente izquierdo está roto, ¿lo sabía?

Martin asiente.

—También fue esta mañana.

—Un día difícil —dice Pear—. Bien, puede volver al coche. —Y añade—: Las manos donde pueda verlas.

Martin vuelve al asiento del conductor. Pear se toma su tiempo, camina hasta el coche patrulla, exagerando cada paso, y regresa con un aparato que parece una terminal de pago electrónico. Meticuloso, casi entretenido, empieza a teclear con un lápiz óptico. Martin intenta mantenerse impasible mientras espera, preguntándose cuántas infracciones piensa cargarle. Las que se le antojen, imagina. El policía no tiene prisa: marca ítems de la lista como si fuera el menú del desayuno de un hotel y la cuenta la pagara la empresa. Pasa una furgoneta sin silenciador, haciendo un estruendo infernal; el tubo de escape lanza humo negro. Pear la observa alejarse y sonríe a Martin. En ese momento, un Range Rover negro que viene desde el pueblo reduce la velocidad, gira frente a ellos y entra en el camping. Las ventanillas tintadas ocultan el interior. Martin siente una oleada de adrenalina. Ese coche no encaja con el camping. Casi demasiado tarde, se fija en la matrícula: solo tres letras, TSC. Mierda. No necesita más. Su imaginación completa lo que sus ojos no alcanzaron a ver: Tyson St. Clair, Harry y el matón de la fábrica de quesos, con intenciones nada buenas. Quiere arrancar y entrar de inmediato, antes de que Mandy y Liam regresen, pero sabe que no puede hacerlo. Si intenta irse, Pear lo arrestará al instante. Si usa el teléfono, podría dispararle y aducir que creyó que buscaba un arma. Así que se queda quieto, lleno de impotencia, a merced de Pear, consciente de que cualquier intento de meterle prisa solo logrará el efecto contrario. Cierra los ojos y se obliga a respirar con calma.

Pero entonces, ve movimiento en el espejo lateral: se aproxima otro vehículo. El miedo se vuelve realidad. Es el Subaru. Distingue el rostro de Mandy en el espejo. Ella reduce la velocidad, da el intermitente para entrar en el camping y se detiene junto a ellos, con el motor encendido.

—Siga —le ordena Pear.

Ella lo ignora, bendita sea.

—¿Estás bien? —le pregunta a Martin.

—Le he dicho que siga —repite Pear—, o la multo a usted también.

—Espérame junto a la recepción —le grita Martin.

Mandy frunce el ceño, sacude la cabeza, indicando que no lo ha escuchado.

Se aleja y desaparece bajo el arco oxidado de la entrada, del cual cuelga el delfín como una espada de Damocles; a Martin se le revuelve el estómago de temor.

Pear se inclina de nuevo, apoyando las manos en el marco de la ventanilla.

—Le diré algo: ya que ahora ha vuelto a ser un lugareño, lo dejaré ir con una advertencia. Como gesto de bienvenida.

Si había algo de calidez de bienvenida en su tono, Martin no lo percibe. Pero quiere marcharse, seguir a Mandy; no va a descarrilar ahora.

—Gracias. Muy generoso de su parte.

Pero el policía aún no ha terminado. Se inclina más, hasta casi meter la cabeza por la ventanilla. Su aliento huele mal.

—Sabe lo que es una advertencia, ¿verdad? —pregunta, y espera a que Martin asienta—. Perfecto. Pues esta es una advertencia. La primera y última. —Se endereza, estira el cuello, lo mira con ojos duros como el acero—. Ahora desaparezca de mi vista, joder.

Martin obedece; arranca el motor del Corolla, enciende las luces, avanza a paso de tortuga por la entrada bajo el precario delfín. Una vez dentro y ya fuera de la vista de Pear, acelera, sin prestar atención a la cantidad de carteles de límite de velocidad, impaciente por reunirse con Mandy. Al llegar donde el camino se bifurca junto a la recepción, se ve obligado a frenar: la dueña cruza delante de él; su prótesis reluce al sol, como si la acabara de lustrar. Se detiene en medio del camino y con ambas manos le hace señas para que reduzca la velocidad, antes de apartarse a un lado.

—Baja la velocidad, amigo. ¿No sabes leer? Aquí hay niños y ancianos por todas partes.

Martin quiere decir barbaridades, desahogar su furia con la mujer, pero se contiene.

—Tienes razón —responde—. Es un coche viejo.

La propietaria no se inmuta; a él no le importa. Sigue su camino hacia la cabaña.

Llega justo a tiempo para ver el final. Junto a la cabaña está aparcado el Range Rover, grande y lustroso. Si alguna vez anduvo fuera del asfalto, no se nota. Se detiene, baja del coche y echa a correr. Y luego, frena en seco. De pie en los escalones de la cabaña está Tyson St. Clair. No hay rastro de Harry ni del isleño intimidante. St. Clair está armado solo con un ramo de flores y una caja envuelta para regalo; su expresión es de desconcierto. Mandy está en la puerta, soltándole una bronca. Martin alcanza a oír el final, dicho en voz baja, pero

con vehemencia y pasión: "Vete a la mierda, viejo asqueroso, detestable y patético. Ojalá te mueras". Con eso, retrocede hacia el interior, le dedica a St. Clair una sonrisa devastadora y cierra la puerta.

Por un instante, St. Clair no se mueve; se queda allí, las flores en una mano, el paquete en la otra.

—¡Vaya, qué intercambio tan ameno! —exclama Martin, sin poder contener la picardía que burbujea en su interior; una sensación de alivio y triunfo ha reemplazado al temor y a la angustia.

St. Clair se vuelve hacia él.

—Solo quería explicarme, pedirle disculpas. Nada más.

Martin sonríe.

—Buena suerte.

—¿Te lo ha contado?

—¿Que creíste que se dedicaba a eso? Sí, claro que me lo contó.

St. Clair baja los escalones, mira las flores inservibles y las arroja sobre el capó del Range Rover; después hace lo mismo con la caja envuelta. Se acerca a Martin.

—Mira, fue un error sin mala intención.

Martin se encoge de hombros.

—No es a mí a quien tienes que convencer.

—No tengo que convencer a nadie —replica St. Clair, tenso—. No hacía falta que viniera. Solo quería disculparme.

Martin hace una evaluación rápida. St. Clair no sabe todavía que él está al tanto de la trama de visas a cambio de sexo. Bien. Pero a estas alturas, seguramente, sabe que Mandy es la nueva propietaria de la fábrica de quesos. Intenta hablar con sinceridad.

—Lo siento, Tyson. No puedo aceptar tu oferta de trabajo.

Los ojos de St. Clair centellean como dos gemas azules, pero no dice nada.

Martin insiste.

—Me quedo con el periodismo.

St. Clair entorna los ojos, su expresión se endurece: —¿Qué quieres?

—Dime por qué ordenaste la búsqueda en la fábrica de quesos —responde Martin—. ¿Por qué llamaste al Canal Diez? ¿Por qué ahora?

La expresión dura de Tyson St. Clair se distiende en una sonrisa de quien huele un negocio; el empresario detecta una oportunidad.

—De acuerdo, Martin, te lo contaré todo, pero quiero algo a cambio.

—Te escucho.

—Me das tu palabra de que el incidente con la joven Mandalay queda entre nosotros tres. Bajo ninguna circunstancia se publica algo al respecto en los periódicos ni en ningún librito sórdido de intrigas provincianas.

Martin frunce el ceño, como si meditara sobre el código de ética periodística. Pero es puro teatro, por dentro se ríe. En algún momento, escribirá la historia, pero no se tratará de que St. Clair confundió a una mujer decente con una prostituta, sino de su participación en un fraude de visados y sexo coercitivo. Así que cuando habla, su voz suena solemne, aunque no se está comprometiendo a nada.

—Te doy mi palabra. No escribiré sobre eso. No le conviene a Mandy.

St. Clair sonríe.

—Correcto. Me deja mal parado a mí, pero tampoco la favorece a ella. Donde hay humo, hay fuego. Eso es lo que pensará la gente.

Martin asiente, como si estuviera de acuerdo.

—Dime, ¿por qué crees que mataron a Ashton y está enterrado en la fábrica de quesos?

St. Clair se encoge de hombros, como para indicar que no dirá nada nuevo.

—Tenía muchos enemigos. Le debía dinero a una gran cantidad de gente. Circulaban rumores de que había tenido un final poco agradable, y el último sitio donde lo vieron con vida fue la planta. Vale la pena echar un vistazo.

—¿Ashton te debía dinero?

—¡Y tanto! Un hijo de puta. Y escucha esto: antes de que desapareciera, me llegó el rumor de que se había metido en problemas. Me ofreció venderme todo. Yo no imaginé que estuviera tan desesperado por dinero. Podría haberme quedado con la fábrica por unas monedas.

Martin frunce el ceño.

—Entonces, ¿por qué no se la compraste?

—Porque hace cinco o seis años eso era un agujero en el medio de la nada. Y si la compraba, corría el riesgo de que la agencia ambiental me obligara a pagar por acondicionar el lugar. Sin mencionar la horda de acreedores que me habrían perseguido. No, gracias.

—¿Y qué ha cambiado?

—Los franceses y Hummingbird Beach. Si logran declararlo oficialmente muerto, puedo localizar al propietario y comprársela.

—¿No sabes quién es el posible dueño?

St. Clair suelta una risita despectiva, mira con tristeza las flores y el paquete.

—Por supuesto que lo sé.

—¿Les estás pagando a los del Canal Diez para que busquen en la fábrica?

—No. Se alojan gratis en una de mis propiedades.

—¿Han encontrado algo?

St. Clair lo evalúa con la mirada.

—He jurado guardar el secreto. Pero extraoficialmente, Thunkleton dice que hay avances.

—¿Qué significa eso?

—Tendrás que preguntárselo a él. ¿Trato hecho, entonces?

Martin le está estrechando la mano cuando Mandy sale de la cabaña. Lleva a Liam en brazos y se la ve furiosa. Al verlos, se vuelve y regresa adentro.

Cuando St. Clair se ha marchado en el Range Rover rumbo a su hábitat en Nobb Hill, Martin va tras Mandy para explicárselo, temiendo lo peor. Pero la encuentra sonriendo.

—No tiene idea de que sabemos lo de las visas, ¿verdad?

—No, no lo creo. Pero sí ha deducido que eres la posible dueña de la fábrica, o que pronto lo serás.

Ella niega con la cabeza.

—Qué imbécil. ¿Me trata así y después piensa que con flores y un regalito lo arregla todo? —Se acerca a Martin, lo toma del brazo—. Espero que escribas algo bien gordo. Un artículo que lo destape todo.

—A su debido tiempo.

Mandy sonríe otra vez. Y él también. Tal vez, estén avanzando. Tal vez. Pero es una sensación efímera. Tiene que ir a Hummingbird Beach y convencer a Topaz de que lo ayude. Antes, sin embargo, mientras aún tiene cobertura, llama a Morris Montifore. Esta vez el detective contesta enseguida.

—¿Martin? ¿Cómo te ha ido con tu fuente?

—Todavía no la he visto. Pero antes necesito verificar algo con usted.

No es lo que Montifore quiere escuchar; su respuesta es seca.

—Te escucho.

—¿Sabía que el Canal Diez está buscando un cadáver en la vieja fábrica de quesos de Dunes Road?

—Estoy al tanto, sí. ¿Qué pasa con eso?

—Acabo de cruzarme con Tyson St. Clair. Dice que el equipo de televisión ha hecho avances.

—¿Avances? ¿Qué significa eso?

—No lo sé. Por eso se lo cuento. Tal vez pueda averiguarlo. —Montifore no responde, así que Martin insiste—: Si Jasper descubrió quién mató a Ashton, el asesino podría haberlo matado a él para que no hablara.

—Deberías ser policía.

—¿Ha hablado con St. Clair?

—Por supuesto.

—Podría habérmelo contado.

—¿Contarte qué? ¿Un rumor sobre un caso cerrado?

—¿St. Clair dijo algo más? ¿Sabe quién mató a Ashton?

Aparece una nota de ira en la voz del policía.

—¿Crees que si yo lo supiera estaría aquí sentado rascándome? —Hace una pausa breve—. Martin, ve a hablar con tu fuente. Necesitamos que colabore y que quede constancia. —Montifore cuelga.

Tiene razón el detective: la prioridad de Martin debe ser convencer a Topaz de que hable con él. Se despide de Mandy y se pone en marcha. En Dunes Road, intenta pensar cómo logrará persuadir a la estadounidense, pero el ruido del Corolla, su rugido áspero, rebota en el aire y se le cuela en la mente por las ventanillas, despertando recuerdos.

Jasper y su Mazda tuneado. La Bestia. Rugiendo por Dunes Road, sin respetar el límite de velocidad; Jasper y Martin en el asiento delantero, Scotty detrás; sacan los brazos por las ventanillas, chillan, jubilosos. Es un regalo de graduación que le ha hecho Denise o tal vez es un soborno para que no siga a sus amigos a Sídney. El coche es viejo, pero está recién pintado: amarillo brillante con franjas negras de carrera, la parte delantera baja, la trasera levantada; un mejunje burbujeante y rugiente de cromo y hormonas. Un imán para atraer chicas, según Jasper. Se lo regalan un mes antes de que Martin se marche de Port Silver, pero en ese mes ellos tres lo hacen todo: dar vueltas interminables por The Boulevarde, subir contra reloj por el escarpe, desafiar el récord de velocidad de un vehículo en Dunes Road después de medianoche. Y en tres ocasiones, tienen que vérselas con Clyde Mackie, que los detiene a un lado del camino.

Martin sonríe. La Bestia. No todos los recuerdos son tristes. Y entonces, pasa junto a la cruz de su familia, solitaria junto al camino, y volviendo abruptamente al presente se convence de que la mayoría de los recuerdos no son agradables.

Encuentra a Topaz en la playa con un pequeño grupo de admiradores, sentados alrededor de una fogata sin encender, compartiendo un porro. Algunos de los mochileros más trabajadores traen leña desde el bosque preparando la velada. Los últimos rayos dorados de sol se abren paso entre los árboles; el viento se ha calmado, las olas marcan el ritmo del atardecer como los latidos de un corazón.

—Hola, Topaz. ¿Puedo hablar contigo?

—Sí, claro —responde, y lo desafía pasándole el porro—. Aquí somos todos amigos.

Martin le da una calada sin entusiasmo. Ya bastante bicho raro se siente, con zapatos en la arena, cuarenta y un años y ropa de calle; no es necesario que se comporte como tal. Le pasa el porro al joven que tiene más cerca.

—En serio. Es importante.

Ella sonríe, se aparta del círculo, moviendo las caderas para deleite de los ojos que sabe que la siguen. Sube hasta donde comienza la hierba encima de la playa; cuando se vuelve hacia él, sus ojos brillan con los últimos destellos de sol.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—La policía. Necesitan hablar contigo.

Frunce el ceño.

—Dijiste que no les darías mi nombre.

—Y no lo he hecho. Por eso estoy aquí. Pero no saben si estoy diciendo la verdad. Al venir de mí, es solo algo que me dijo alguien; no tiene valor legal.

—¿Y tu novia? ¿A ella no le creen?

—No. Se fue dando un portazo de casa de St. Clair cuando le dijo que se desnudara. No mencionó nada de visas.

Topaz niega con la cabeza.

—No. No puedo. No lo voy a hacer.

—Por favor. Alguien mató a mi mejor amigo. ¿Lo entiendes? Sin tu ayuda, el asesino podría seguir libre, volver a matar. Existe la posibilidad de que mi novia, que es inocente, vaya a la cárcel. ¿Eso es lo que quieres?

—Dices todo eso, pero no tienes certeza de que sea así. Y si la policía se entera de que participé de un fraude por una visa, me arrestarán, me deportarán. No voy a correr ese riesgo, menos con Royce inmovilizado en el hospital.

—¿Entonces, ya la has solicitado? —pregunta Martin.

—¿El qué? ¿La extensión de la visa?

—Sí.

Ella frunce el ceño, como si hablaran de cosas diferentes.

—No, todavía no. Lo haré cuando vuelva a Sídney.

—¿O sea que todavía tienes los documentos, el formulario, la carta o lo que sea?

—Sí.

—Entonces no has hecho nada malo, nada ilegal. Si no has presentado la solicitud, no has infringido ninguna ley.

Topaz no parece convencida.

—¿Qué quieres decir?

—Si hablas con la policía, no pueden acusarte de nada, aun si lo desearan. Lo único que tienes que decir es que te arrepentiste y decidiste no hacerlo. Quedarías libre de culpa y cargo. Nadie te va a arrestar, ni imputar ni deportar. Todo lo contrario; te estarán agradecidos por tu ayuda.

—Y me quedo sin visa.

—Es cierto. Pero si presentas el formulario y tratas de conseguir una extensión de la visa después de pasar menos de una semana en Port Silver, ¿qué crees que sucederá?

—¿Me estás amenazando?

—No. Te estoy ayudando. No puedes usar ese formulario. Ya no. Menos si la policía sabe lo que pasa. Pero si se lo entregas, tendrán las pruebas que necesitan.

—Ya te lo he dicho, no voy a testificar.

—No tendrás que hacerlo. Si hablas con la policía, si ven ese formulario, tendrán pruebas suficientes para pedir órdenes de registro, desenterrar viejos expedientes, buscar casos en los que se concedieron extensiones de visas con documentos fraudulentos. Tal vez ni les interesen las personas que las tramitaron; irán tras St. Clair, Harry Drake y los granjeros. Te encantaría que Drake recibiera su merecido después de lo que le hizo a Royce, ¿no?

Topaz se queda mirándolo mientras piensa. Ya no coquetea, su faceta de despreocupación ha desaparecido por el momento.

—Hablaré con ellos. Si quieren el formulario, se lo entregaré, pero no me presentaré ante un tribunal. Esa es mi condición. Quiero permanecer en el anonimato y exijo inmunidad.

—Está bien. Llamémoslos. Solo ellos pueden darte esas certezas.

Se dirigen juntos a la oficina; Martin tiene la esperanza de que esté Jota y el

teléfono fijo se encuentre desocupado.

Desde la ventana de la oficina, brota una luz tenue. Martin está a punto de abrir la puerta cuando Topaz lo sujeta del brazo.

—¡Escucha! —susurra.

Martin se detiene, contiene la respiración, escucha: el rumor de las olas, la música y las risas lejanas y, más cerca, gemidos. La adrenalina lo sacude, disipando el efecto del porro: hay alguien dentro de la oficina y está sufriendo. Alarga el brazo hacia el picaporte de la puerta, pero Topaz vuelve a sujetárselo y lo detiene. Se vuelve hacia ella, que sonríe, niega con la cabeza. Retira su mano y la combina con la otra en un gesto grosero: un dedo que entra y sale de un círculo. De pronto, Martin lo entiende.

Topaz se acerca a una ventana, pega el rostro al cristal; luego, se vuelve hacia Martin con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa.

—¡Mira esto! —susurra.

Tal vez sea el porro, o su curiosidad natural, pero Martin no resiste la invitación al voyerismo. Presiona la cara contra la ventana y levanta las manos para protegerse del resplandor del ocaso.

La pareja está en el suelo, delante del escritorio, sobre el cual arden velas. Ve un par de pies, morenos y rechonchos: un hombre tendido de espaldas; no puede verle la cara porque la mujer lo está cabalgando con entusiasmo, de espaldas a la ventana. Su piel blanca brilla a la luz de las velas. Dos cicatrices en forma de diamante se mueven en su espalda, como si cobraran vida, mientras ella se retuerce sobre su amante.

—¡Jota! —susurra Martin.

—¡Y el gurú! —responde Topaz, riendo—. ¡Por Dios, parece una cama elástica!

Pero Martin no responde. Está hipnotizado. Las dos cicatrices, vestigios del cáncer de piel, danzan bajo la luz titilante y más abajo, curvándose sobre una nalga, hay una media luna irregular que brilla en tonos de rojo violáceo.

—¿Qué es eso que tiene en el culo? —pregunta.

—Marca de azotes —responde Topaz con un tono de asombro en la voz—. ¡Guau, están dándolo todo!

Martin echa una última mirada. Topaz no se equivoca: Jota tiene los brazos en alto, la espalda arqueada, sus gemidos son cada vez más fuertes y vehementes. Ha visto suficiente, y aparta la vista.

En la playa, el sol se ha puesto; han encendido la fogata, y las llamas

resplandecen en lo que queda de luz. Un altavoz portátil reproduce una versión moderna de música folk. Martin quiere convencer a Topaz de que hable con Montifore esa misma noche, antes de que se arrepienta. Ella ya rechazó su invitación de subir por Ridge Road hasta una zona con cobertura. Así que el teléfono de la oficina es la única opción; tendrá que esperar a que Jota y el gurú reaparezcan para pedirle usarlo. Mira a Topaz, que está al otro lado del fuego. Tiene un brazo alrededor del cuello de una bella joven polinesia, vestida con una camiseta corta y una minifalda vaquera. La chica se ríe sin parar; es evidente que está drogada. Le ofrecen a Martin otro porro; da una calada larga y lo pasa. Se quita los zapatos y los calcetines.

Poco a poco, más gente se une al grupo, y la música sube de ritmo; ya no es acústica. Acepta un vaso de zumo de naranja y se da cuenta de que tiene alcohol. Vodka. Se lo termina; el dulzor le resulta empalagoso. Hay cerveza. Un chico le pregunta si quiere participar en el fondo común: veinte dólares, barra libre de bebidas. Y porros. Martin solo quiere una cerveza, pero igual entrega el dinero; paga el precio para pertenecer, para poder quedarse, esperar a Jota y al gurú, y seguir insistiendo con Topaz. Ella se ha puesto a bailar con la joven polinesia; sus caderas se rozan. Otros también bailan, algunos solo observan. Llega Garth McGrath, la estrella de telenovelas; se toma una cerveza, sin apartar los ojos de Topaz. Martin teme tener que ponerse a conversar con el imbécil libidinoso para evitar que intente acercársele; quiere mantenerlo a raya hasta que regresen Jota y el *swami*.

Y entonces aparecen el gurú y la surfista. El guía espiritual ostenta una expresión de divina serenidad; a Jota se la ve satisfecha. Ve a Martin; lo mira a los ojos. Rodea la fogata para acercársele.

—No imaginé que te vería aquí —dice, con una nota interrogante en la voz.

—Estoy descubriendo mi *hippy* interior —responde él, y se ríe de su propia broma, pero se contiene enseguida. La mezcla de alcohol y marihuana debe de ser más potente de lo que creyó.

Jota mueve la cabeza con incredulidad.

—Dame el teléfono, entonces. Y cualquier cámara que tengas encima.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ay, querido, no eres el primero. Una noche tuve a la mitad de los miembros de la prensa bailando alrededor de la fogata.

—Jota, te juro que no he venido por eso.

—Claro que no. Pero para estar segura, lo dejo en la oficina. Lo recuperarás

cuando te marches.

Martin asiente, ve la oportunidad.

—De acuerdo. Pero mientras estás allí, ¿puedo usar tu teléfono fijo?

Ella se encoge de hombros.

—No hay problema. ¿Vas a decirle a tu novia dónde estás?

—No, no exactamente.

—Pues hazlo entonces —se ríe Jota—. Dile que venga si quieres. Lo pasó bien la última vez. Tal vez le venga bien para relajarse un poco.

Martin parpadea. ¿Mandy? ¿La última vez?

—El teléfono —insiste Jota, con la mano extendida.

Martin se lo entrega.

—Enseguida estoy contigo. Necesito ir a buscar a alguien.

—Lo que quieras —responde Jota—. Pero no tardes. Quiero darme un baño antes de que anochezca del todo.

Pero es demasiado tarde; Topaz ha perdido interés. Martin no puede convencerla de abandonar la pista de baile, donde cada vez está más enredada, no solo con la joven polinesia, sino también con Garth McGrath, que no para de manosear a ambas, con ojos brillantes de lujuria.

Martin se rinde y va solo a la oficina; se siente algo mareado. En la penumbra, calcula mal la distancia hasta uno de los escalones, tropieza, está a punto de caer. Dentro, la oficina huele a velas apagadas, incienso y olores humanos. Jota está apoyada contra su escritorio, bebiendo.

—¿Una cerveza? —le ofrece—. Está más fría que las de allí abajo.

—Gracias —responde Martin y acepta una botella—. ¿Puedo hacer la llamada?

—Sí. No es internacional, ¿no?

—No. Local. Solo necesito el número.

Jota le entrega su teléfono. Martin busca el número de Montifore y llama.

—¿Hola? —responde una voz?

—Habla Martin Scarsden.

—Martin.

—Un momento —dice Martin y se vuelve hacia Jota, que está guardando su teléfono en el cajón del escritorio—. Cierro la puerta con llave cuando termine, si quieres.

Jota echa una mirada rápida a la oficina. Queda claro que no confía en él.

—De acuerdo. Cierra con fuerza al salir. —Señala hacia un rincón del techo

—. Hay una cámara de seguridad. Está grabando.

Martin asiente y pone su atención en el teléfono.

—Morris, ¿sigue ahí?

—Aquí estoy.

—Encontré a la testigo. Creo que hablará con usted. ¿Puede garantizarle que no la van a arrestar?

—¿Por qué?

—Por fraude de visas.

—¿Ha entregado algún papel?

—No. Tiene el formulario firmado y listo para presentar, pero no lo ha hecho.

—En ese caso, puedo asegurarle que no la van a imputar, siempre y cuando no entregue la documentación. Pero necesito verla.

—Entiendo. Voy a tratar de convencerla de que hable primero por teléfono con usted de manera anónima. ¿Le parece bien?

—¿De manera anónima?

—Como primer paso. Para que usted pueda convencerla de declarar formalmente y entregar la documentación.

—De acuerdo; si eso falla, tráeme el formulario.

Martin se pregunta si el policía le está pidiendo que lo robe; decide ignorarlo.

—Lo volveré a llamar.

Alrededor del fuego, la fiesta ha subido otro nivel: la música suena más fuerte, las llamas llegan más alto. Han bajado más asistentes desde sus tiendas de campaña. Debe de haber unas veinticinco personas, la mayoría mochileros, junto con algunas parejas algo mayores, de treinta y tantos. La misma pareja de adolescentes que Martin recuerda haber visto en la playa bailan pegados, como si intentaran fundirse el uno con el otro. Se siente aliviado al notar que no es el más viejo: hay un grupo de *hippies* de cincuenta o sesenta años, balanceándose al ritmo de la música, observando a los bailarines y pasándose un porro enorme. El olor a marihuana se mezcla con el aire de mar, la música y el sonido de las risas y de las conversaciones. La gente está entregada al momento, libre de preocupaciones y de inhibiciones. Martin lo percibe, lo oye y se pregunta si alguna vez sería capaz de relajarse hasta sentirse así de libre.

De pronto, aparece Topaz a su lado y lo arrastra a bailar con ella. Se contonea muy cerca. Martin está a punto de apartarse, de retirarse, cuando ve que Garth

McGrath lo mira con ojos ardientes de furia. No puede evitarlo: empieza a bailar.

El esfuerzo lo deja acalorado y sudoroso en la noche serena. Bebe más cerveza y algo de ponche. Está agotado. Eufórico.

El gurú está sentado con las piernas cruzadas, como un loto; tiene una enorme sonrisa, y su vientre desnudo brilla a la luz del fuego. Frente a él, una chica rubia y bonita imita la postura. Extiende las manos, con las palmas hacia arriba, y el *swami* traza con suavidad dibujos sobre ellas con la yema de los dedos medio e índice. Luego, se inclina, toca su frente. Ella abre los ojos, radiante. Junto a él, hay una botella grande de Coca-Cola. El gurú sirve un poco en un vaso de plástico y se lo entrega. Ella sonríe, agradecida, y se levanta con el vaso en la mano. Una *hippy* mayor, de pechos colgantes, ocupa su lugar.

—¿Qué es eso? —pregunta Martin a Topaz.

—¿Eh? ¿Qué?

—Eso que está repartiendo el *swami* —dice Martin, riendo—. Vayamos a probar.

—Ni loca —responde Topaz.

—Tú te lo pierdes.

Martin mira al gurú a los ojos. Son como pozos profundos, insondables. Cierra los suyos y siente como si lo envolviera una ola, como si una marea lo arrastrara con ella.

Después, él y Topaz vuelven a bailar, junto con la joven rubia, los viejos *hippies*, McGrath, la chica polinesia y los adolescentes enamorados. Más tarde, recuerda nadar bajo estrellas tan brillantes que hacen daño a la vista, estrellas tan vivas que danzan al compás de la música. Y el sabor de un beso, dulce y traicionero.

VIERNES

CAPÍTULO 19

Martin sueña. Una abeja negra y amarilla zumba alrededor de su cabeza. Quiere decirle algo, algo importante. El zumbido son palabras, pero no logra entenderlas, están en otro idioma. Se arrepiente de no haber prestado atención en la escuela. La abeja crece, se vuelve cada vez más grande, demasiado pesada para volar. Aterriza, y su cuerpo peludo se vuelve brillante, metálico: se transforma en un coche dorado con franjas negras. El coche de Jasper. Ahora está en él y Jasper conduce, entusiasmado; se jacta de que el coche es anfibio. Y lo es: avanzan por el agua, bajan por el Argyle. Se ríen. Por la ventana trasera, Martin ve a Scotty haciendo esquí acuático, remolcado por el coche, y quiere probar él. De pronto, Mandy está al volante. Jasper y Scotty han desaparecido, y el ambiente cambia. Van directos hacia el banco de arena, hacia el oleaje letal. Intenta advertirle, pero ella no lo escucha. Liam duerme atrás, atado a su sillita. ¡No sabe nadar! Martin sucumbe al pánico, toma el volante, intenta desviar el coche hacia la playa secreta, hacia un lugar seguro. Pero el volante se desprende. Lo invade el miedo. Ahora está solo en el coche, ya no el de Jasper, sino el suyo. Avanza con dificultad por Dunes Road, el tubo de escape roza el asfalto. Por el espejo retrovisor, ve que se acerca otro coche, ve las luces rojas y azules. Acelera a fondo, pero el coche no responde. Mira hacia abajo: los pedales se han caído, están tirados en la carretera. Mira por el espejo; el coche que se acerca ya no es un vehículo policial. Va demasiado rápido, va a embestirlo. No puede hacer nada. Va a matarlo.

Martin se despierta. Un mosquito zumba junto a su oreja, pero no logra moverse. Siente los ojos pegajosos, se le nubla la vista. La luz del sol lo apuñala, son cuchillas que lo obligan a despertar. Tiene la boca seca, está acalorado, muy acalorado. Ha dormido demasiado. Siente rigidez en todo el cuerpo, le duelen los músculos. ¿Dónde está? No reconoce la cama ni los olores ni la habitación. ¿En el camping? No. ¿Qué es ese sonido, ese rumor lejano? ¿Olas? Mierda. Está en Hummingbird Beach. Se incorpora despacio. Hay un vaso de agua junto a la cama, se la bebe de un trago. Las náuseas lo toman por sorpresa; el estómago

se subleva contra el agua. Casi no puede contener las ganas de vomitar. Otras partes de su cuerpo distante empiezan a responderle. Aparta la sábana, se mira: tiene los brazos y el pecho llenos de picaduras de mosquito, enrojecidas; en cuanto las ve, comienzan a arder. Las piernas también protestan. Se quita la sábana de encima por completo. Está desnudo. Tiene las rodillas raspadas, con costras de sangre seca. ¿Cómo se hizo eso? Entonces, la cabeza se suma a la orquesta del dolor: el instrumento principal es un pulso que late cada vez con más intensidad, un bisturí detrás de su ojo izquierdo, un dolor en la nuca que le revuelve el estómago. Cierra los ojos, trata de calmarse, de contener el malestar, pero no sirve de nada. Empieza a temblar sin poder controlarse. Siente como si lo hubieran pasado por una máquina que lo escupió del otro lado.

Intenta ponerse de pie; no logra mantener el equilibrio, vuelve a sentarse. Mierda. No se puede levantar; casi no puede pensar. ¿Qué clase de resaca es esta? Nunca ha experimentado algo así. Tiene recuerdos de la noche anterior hasta el momento en que bailaba en la playa, pero a partir de ahí los recuerdos se vuelven confusos. Nadaba en el mar. Se besaba. ¿Con quién? Y después… nada. Un vacío.

Se mira y vuelve a tomar conciencia de que está desnudo. ¿Dónde está su ropa? Mira alrededor. No hay ni rastro. Se pregunta qué debe hacer. Necesita comenzar a moverse, pero de solo pensar en ponerse de pie, siente náuseas. La rodilla izquierda le sangra. Levanta los brazos y siente una punzada insoportable en el cuello. Los codos también los tiene raspados, pero no los siente: la orquesta del resto del cuerpo hace demasiado ruido. Dios, el *swami* y su "zumo de la selva". Todo se empezó a desmadrar después de eso; los recuerdos se le deshilachan. Mierda. Está desnudo. Se lleva la mano a la entrepierna. Pegajosa. Se huele la mano. ¡Dios santo!

En un estallido de luz desde la puerta, Topaz entra tambaleándose en la habitación, envuelta solo en una toalla; tiene el pelo revuelto, su cara está fragmentada por distintas emociones.

—Tú.

Martin no puede hablar, solo asiente.

—Hazme sitio —y se mete en la cama a su lado, boca abajo. La toalla se desliza. Ella también está desnuda, con la espalda arañada y llena de moratones.

—Por Dios —consigue decir Martin por fin.

—¿Tú y yo…? —pregunta Topaz.

—No me acuerdo. Creo que tuve sexo con alguien, pero todo es un agujero negro. No recuerdo nada.

—Tú también, entonces —susurra ella con voz ronca, casi inaudible.

Martin trata de ponerse de pie, pero vuelve a marearse; reprime una arcada.

—Ve y vomita. Sácalo todo. Si es que queda algo. Bebe agua, toda la que puedas.

—¿Me prestas la toalla?

—Joder… —responde ella, pero rueda hacia un lado para liberarla.

Martin ve marcas de succión en el cuello de Topaz; se toca el suyo y nota algo allí. Ojalá sea una picadura de mosquito. Se lleva la mano a la mejilla, al pómulo, donde Harry lo golpeó. En comparación con el resto del cuerpo, casi no le duele.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Sus palabras traen lágrimas a los ojos de Topaz, que niega con la cabeza, sin poder hablar. Martin le recorre el cuerpo desnudo con la mirada; no siente deseo ni fascinación por sus pechos, solo horror al ver los moratones que tiene en los muslos. ¿Se los habrá causado él? ¿Habrá sido capaz de eso? No, no puede ser.

Se pone de pie, se tambalea, se cubre torpemente los genitales con la toalla. Llega hasta la puerta, pero la luz del sol desata todo el estruendo de la orquesta interior, retumban los timbales; desciende dando tropezones, justo alcanza a salir antes de vomitar. La toalla queda a un lado; ni un hilo de ropa ni una fibra de dignidad. Vomita una y otra vez, mucho después de haber vaciado el estómago, cuando ya no queda nada que expulsar; sigue teniendo arcadas, hasta que le quema la garganta por el ácido y siente calambres en el estómago.

Por fin, se pone de pie. Topaz está en la puerta de la cabaña.

—Toma —y le lanza una botella de plástico con agua. Martin se inclina para recogerla; la sangre le sube a la cabeza y el dolor aumenta, la orquesta interior redobla su caótico estribillo. Se enjuaga la boca, hace gárgaras, escupe el agua y luego intenta tragar unos sorbos. Es una delicia sentir el agua en la garganta, aunque su estómago sigue en plena rebelión.

—Alguien te dio una buena paliza —dice Topaz—. Espero no haber sido yo.

—¿A qué te refieres?

—Tienes el culo en carne viva.

Martin se queda mirándola, atónito. Se lleva una mano atrás, con cautela.

Ella tiene razón, le duelen las nalgas al tacto, como si lo hubieran golpeado. Una idea atroz le cruza la mente: se pasa la mano entre las piernas, se palpa el ano y siente alivio al comprobar que no siente dolor ni tiene sangre en los dedos. No sucedió…, pero podría haber pasado.

—Ahora entiendes cómo nos sentimos nosotras —dice Topaz, que lo mira con desdén.

—¿Qué mierda nos dieron?

—Pensé que era éxtasis. Eso fue lo que dijeron los demás.

—A mí no me lo dijeron.

—Nadie te obligó a tomar nada.

—Tampoco a ti.

Se miran unos segundos, pero Martin no tiene fuerzas para discutir.

—Entonces, ¿qué era? —pregunta por fin.

Topaz niega con la cabeza.

—Ni puta idea. Éxtasis, seguro. Y esa otra mierda, rofis.

—¿Rohypnol? —La droga de las violaciones. Conocida por reducir las inhibiciones, famosa por borrar los recuerdos. Es probable que Topaz tenga razón—. ¿La habías tomado antes? —pregunta.

—Sí.

—¿Y?

—Y bueno…, sí. La misma pérdida de memoria.

—Mierda —maldice Martin. De pronto, como si la conciencia regresara por etapas, se da cuenta de que sigue completamente desnudo. Recoge la toalla del suelo y se la anuda alrededor de la cintura.

—Me preguntaba cuándo te acordarías de ese detalle
—observa Topaz, con una sonrisita.

—¿Y ahora qué? —pregunta Martin.

—¿Puedes conducir?

Él parpadea ante la idea de regresar al mundo.

—Todavía no. —Toma otro sorbo de agua—. Pero pronto, si hace falta. ¿Por qué?

—Deberíamos ir al hospital.

—¿Quieres ver a Royce?

—Sí —responde ella, y parpadea para contener una lágrima—. Y también, quiero tomar todos los antibióticos y antivirales que existan. Tú también deberías hacerlo.

Martin mira hacia la playa. Hay algunas personas, pero reina el silencio en la mañana: los canguros pastan, las aves callan, solo el metrónomo de las olas marca el compás. Tanto paraíso… para esto.

No parten hasta dos horas más tarde. La primera la pasan tumbados en la cama, bebiendo agua, dormitando, emergiendo poco a poco de la nebulosa. Topaz tiene analgésicos: ibuprofeno, paracetamol, codeína, aspirina. Martin traga dos de cada uno, y siente alivio al ver que no los vomita. La segunda hora se les va buscando su ropa, que está esparcida por la playa cerca de los restos de la fogata. Su cartera, con tarjetas y dinero intactos, aparece milagrosamente en el bolsillo del pantalón. Comen tostadas y plátanos, beben leche en la cocina común, y la normalidad empieza a volver.

—Me siento como la mierda —anuncia Martin en voz alta a las tres o cuatro personas presentes.

Nadie responde; se limitan a encogerse de hombros, como si no hubiera sucedido nada extraño. Martin reconoce a algunos de la noche anterior, antes de su apagón mental. Estaban allí, festejando con todos. Sin embargo, se los ve perfectamente bien. Observa cómo una pareja, riendo con naturalidad, baja a la playa y se mete en el mar. Martin mira a Topaz y se pregunta si ella también lo habrá notado: no todos quedaron afectados de la misma manera. Cuando están a punto de marcharse, aparece Garth McGrath, caminando de puntillas, como si el suelo estuviera cubierto de cristales rotos. Basta mirar su rostro para entenderlo todo: refleja lo que ellos sienten. No se ha afeitado, tiene los ojos enrojecidos, el rostro pálido bajo el bronceado, la camiseta al revés.

—¿Tú también? —pregunta Martin.

—¿Qué?

—Anoche. No recuerdo la última parte de la noche.

McGrath lo mira, se tambalea; las emociones se desbordan de su rostro. Asiente.

—Sí. Yo tampoco.

—¿Te había ocurrido antes? Llevas mucho más tiempo aquí que nosotros.

Niega con la cabeza.

—No. Nunca así.

Se quedan sentados en silencio durante unos instantes.

McGrath vuelve a hablar.

—A veces, es solo alcohol y porros. A veces, le echan algo más al ponche.

Pero siempre era agradable, divertido. Nunca así. Nunca perdí la memoria. —Parece a punto de llorar. Se pasa la mano por el cabello brillante de estrella de televisión. Tiene los nudillos magullados y con restos de sangre seca—. ¿Crees que me lo hicieron adrede?

—¿A qué te refieres?

—A drogarme. ¿Viste algún fotógrafo?

Martin y Topaz se miran. Ninguno responde.

—Creo que me tendieron una trampa —murmura el galán de telenovelas.

Topaz se pone de pie y se acerca lentamente a McGrath.

—Me desperté en tu cama —agrega, con la voz afilada como un cuchillo.

—Ya —dice McGrath; al principio parece confundido, luego, empieza a dibujársele una sonrisa en el rostro. No llega a completarse. Topaz le da un puñetazo repentino y certero en el estómago. El actor se dobla en dos, jadeando, y casi no logra llegar al césped antes de vomitar.

—Vamos. Larguémonos de aquí.

Salen de la cocina; McGrath los mira como un perro apaleado.

—Mira eso —dice Martin, y hace un leve movimiento de cabeza.

El *swami* está sentado en posición de loto, rodeado por un círculo de acólitos, todos con los ojos cerrados. Se lo ve solemne y tranquilo; a ellos, serenos. Topaz los mira con furia.

—Su brebaje. ¿Lo bebiste?

—No —responde Topaz—. Al menos no lo recuerdo.

Casi demasiado tarde, Martin recuerda el teléfono. Jota no está en la oficina, pero un joven está a cargo. Sobre el escritorio, espera el teléfono de Martin, junto con las llaves del coche; alguien las ha devuelto. ¿Qué más ha olvidado?

—Topaz, los papeles. ¿Podemos llevarlos?

—¿De verdad quieres hacerlo ahora?

—Sí.

Ella responde con una sonrisa ácida.

—De acuerdo. Vamos a devolverles una a esos pedazos de mierda.

El trayecto hacia Port Silver transcurre en silencio hasta que el teléfono de Martin empieza a vibrar y emitir pitidos a medida que se acercan al camping y hay cobertura. Frena y sale del camino hacia la izquierda, hacia la casa Hartigan, poco antes de que la carretera llegue al puente. Recibe una ráfaga de mensajes de texto de Mandy. Al principio, son alentadores*:* "Cuídate. Qué

suerte tenerte". Luego, rutinarios. "Aquí, cocinando. ¿Cuánto falta?" y "Ya comiendo. Te dejo algo". Después, transmiten preocupación: "*¿ESTÁS BIEN?*" y "Me voy a dormir. Por favor, dime q estás bien". Hay uno de Montifore, de esa mañana. "¿Algún avance?". Y otro: "¿Dónde estás? Tenemos que hablar". Y, por último, de Mandy: "¿Qué coño pasa? ¿Dónde estás? La policía está en camino".

—Mierda —maldice Martin. La policía. La entrada al camping está muy cerca, al otro lado de Dunes Road—. Solo tardaré un minuto.

Mandy lo está esperando en los escalones de la cabaña, aferrando el teléfono como si pudiera hacerlo comunicarse con Martin, atraerlo de vuelta.

Martin conduce hasta allí y detiene el coche junto a ella.

Se la ve frágil y le tiembla la voz.

—¿Dónde estabas?

—Es una historia larga. ¿Qué pasó?

—La policía viene hacia aquí. Quieren volver a interrogarme. —Parece alterada, como si también hubiera tenido una noche de excesos.

—¿Por qué? ¿Qué quieren?

—No lo sé.

—¿Winifred lo sabe?

—No. Me está esperando allí.

—¿Por qué no fuiste en el coche?

—Me dijeron que no lo hiciera. Te estaba esperando.

—Su mirada se desvía hacia el coche, hacia Topaz, que está en el asiento delantero.

—¿Dónde está Liam? —pregunta Martin.

—En la guardería. Lo dejé temprano. Luego, llamó la policía, me estaban buscando. Así que regresé aquí. —Fuerza una sonrisa débil, que enseguida se le apaga—. Quería verte, estaba preocupada.

—Estoy bien.

Sus ojos vuelven a posarse en Topaz.

—¿Te acostaste con ella?

Martin siente un nudo de pánico en el estómago.

—No. No es lo que crees.

Pero Mandy ve la evasiva en su mirada, la mentira. Le da una bofetada fuerte, justo en la mejilla amoratada. No dice nada; solo lo mira, con un silencio que

hiere más que cualquier insulto. Martin le sostiene la mirada, desesperado por encontrar una forma de explicarle, de volver a estar unidos.

La escena se rompe con la llegada de la policía: el coche se acerca despacio, con el sigilo de un tiburón. Mandy va hacia él sin decir una palabra más. Lleva una bolsa de viaje. Eso lo impacta. ¿Qué espera Mandy? ¿Qué sabe? Quiere ir tras ella, tranquilizarla, pero se queda paralizado. Mandy sube al coche patrulla y este se aleja; Martin sigue sin moverse.

Winifred Barbicombe no atiende el teléfono y Martin se ve obligado a dejar un mensaje torpe: pregunta por qué están interrogando a Mandy y si puede ayudar en algo. Cuando llama a Nick Poulos, el teléfono suena y suena, y su abogado atiende cuando Martin está a punto de cortar.

—Martin, ¿qué hay?

—Han arrestado a Mandy.

—¿La han arrestado? ¿Estás seguro?

—Bueno, la han detenido. Vinieron al camping y se la llevaron para interrogarla. No quisieron que ella fuera en su coche.

Poulos tarda un momento en responder.

—Déjamelo a mí, veré qué puedo averiguar. ¿Y qué me dices de ti? ¿La policía quiso hablar contigo?

—No, más bien me ignoraron.

—Eso es bueno —dice Nick—. Te llamaré en cuanto sepa algo.

A regañadientes, Martin vuelve a subir al coche. Quiere estar con Mandy en la comisaría, averiguar qué pasa, estar allí cuando la liberen. Ir en coche hasta Longton es lo último que desea, siente que subir por el escarpe equivale a abandonarla. Pero esperar en la recepción de una comisaría, tal vez durante horas, no le servirá a nadie. Arranca el coche y emprende el camino hacia Longton.

Durante el trayecto, Topaz guarda silencio, con los ojos cerrados o mirando por la ventanilla. No hay rastros de coqueteo; parece otra persona. Martin se concentra en la carretera. Los bordes del mundo se le vuelven borrosos, amenazan con esfumarse. Sabe que no puede cometer errores, que no debería estar al volante. Lo que menos quiere es que Johnson Pear le haga soplar en un alcoholímetro. O peor aún, que solicite un análisis de sangre.

El hospital de Longton consta de dos partes: el edificio original, de ladrillo y madera, construido a principios del siglo XX, y un bloque más grande y

moderno de dos plantas, de hormigón funcional. Un cartel indica que en el edificio antiguo se encuentran la administración, el área de fisioterapia y los consultorios externos, mientras que urgencias y las salas generales están en el nuevo. En urgencias, no hay mucho movimiento: un chico pelirrojo, con los ojos enrojecidos y un brazo lesionado sostenido por un cabestrillo improvisado, está sentado junto a su madre. Tres asientos más allá, un anciano asiático duerme. La enfermera de triaje mira a Martin y a Topaz y, con una ceja levantada, expresa su escepticismo antes de tomar sus datos y pedirles que se sienten. Martin se deja caer en una de las sillas de plástico junto a Topaz y mira sin interés las revistas disponibles. Realeza británica y de Hollywood, embarazos, divorcios inminentes, rumores de infidelidades. Por un instante, anhela una vida tan aburrida que el embarazo de una celebridad le resulte interesante.

Topaz sigue alternando entre mirar el vacío y cerrar los ojos durante varios minutos. Tiene el ceño fruncido; Martin se pregunta si le duele algo. Se acerca al mostrador para preguntar cuánto tendrán que esperar. La enfermera le dice que hay tres personas antes que ellos, pero que eso puede cambiar. Martin siente necesidad de tomar un café y leer el periódico; decide salir un momento. Avisa a la enfermera que regresará enseguida y que los médicos atiendan a Topaz primero. La ceja vuelve a levantarse.

Cuando vuelve con dos cafés, dos dónuts y un ejemplar del *Sydney Morning Herald*, Topaz sigue esperando. Acepta el café y el dónut, y le da las gracias en voz baja.

—¿Estás bien? —pregunta Martin.

—No —responde ella.

Martin no sabe qué decir. Al menos el café y el dónut están buenos, sobre todo el glaseado, y le devuelven algo de energía al cuerpo. Por primera vez desde que despertó en Hummingbird Beach, siente que vuelve a ser algo vagamente parecido a una persona.

La médica, una residente con rostro del subcontinente indio que habla con acento australiano, lo llama antes que a Topaz y lo conduce a un pequeño consultorio.

—¿Cuándo ocurrió esto? —pregunta al ver su ojo.

—Anteayer. Parece que está mejorando.

—Permítame ver. —Lo revisa con rapidez, le levanta el párpado. Tiene una linterna y una lupa—. ¿Ve bien?

—Sí, sin problemas.

Ella frunce el ceño, desconcertada.

—¿Entonces, por qué ha venido?

—No es por el ojo. —Le habla de la fiesta, de la posibilidad de haber tenido sexo sin protección con varias personas.

—¿La posibilidad? —¿Es posible que se le dibuje una sonrisa bajo su actitud profesional?

—No estoy seguro —responde él.

El profesionalismo se impone en la expresión de ella, pero la sonrisa no abandona sus ojos.

—Entonces, ¿por qué tanta prisa por venir?

—Tengo pareja —añade Martin, avergonzado—. Ella no estaba allí.

La médica ya no parece divertida, pero Martin no siente que lo juzgue con la mirada.

—Muy sensato de su parte. Y considerado. —Le receta una buena cantidad de medicamentos, le indica que evite mantener relaciones sin protección durante una semana. Martin pide también analgésicos, algo fuerte. Ella accede a darle unas pastillas de codeína en baja dosis.

—Una cosa más. Creo que me dieron una sustancia ilegal. Alguna droga. ¿Podría hacerme un análisis de sangre?

La médica frunce el ceño.

—Puedo extraerle sangre, pero no sé si el laboratorio de patología está equipado para detectar ese tipo de sustancias.

—¿Podría tomarme la muestra de todos modos, por si encuentran algo?

Ella se encoge de hombros.

—No es mala idea. Podremos ver cómo está la función hepática.

Cuando termina, Topaz sigue esperándolo fuera.

—Voy a la farmacia —dice él—. Vuelvo enseguida.

—Está bien, no hace falta que me esperes. Voy a ver a Royce cuando termine aquí.

—¿Seguro?

—Sí. Debe de haber un autobús a Port Silver. O tal vez, me dé el lujo de quedarme en un motel por aquí.

—De acuerdo. ¿Y el formulario de la visa? ¿Puedo entregárselo a la policía?

La mirada de Topaz se endurece.

—Sí. Hazlo. A la mierda con ellos.

El sol ha ganado fuerza y abrasa el pueblo, lejos de los efectos moderadores del océano. La luz le hiere los ojos y el calor le resulta casi una ofensa. Sopla un viento seco del oeste, cargado con polvo de sequía y peligro de incendios. Oficialmente, ya es otoño, pero el riesgo persiste: el monte está reseco, incluso aquí en el este. Más aún en esta zona, donde la vegetación es más densa. Huele el aire, pero no hay humo todavía, solo polvo que el viento ha arrastrado desde el interior.

Encuentra una farmacia, pero el farmacéutico ha salido unos minutos. Le cogen la receta y le piden que vuelva en media hora. Dios santo. Media hora. Intenta llamar a Nick, pero se corta la comunicación. Mientras se pregunta cuál será el motivo, aparece un mensaje de texto*:* "Estoy en eso. Te llamo en un rato". Martin le envía un mensaje a Montifore: "Tengo el formulario de la visa. Llego pronto".

Mira alrededor. ¿Qué cosas se pueden hacer? ¿Qué puede hacer? Se sienta a la sombra. Todo se está descarrilando. Quizá sea por las drogas o por su culpa. Mandy debe de estar metida en problemas, pero él no sabe cuáles son. Justo cuando ella lo necesita, está atrapado en Longton, esperando una receta.

Saca el formulario de la visa, lo examina. El patrocinador no es Tyson St. Clair, sino alguien a quien nunca ha oído nombrar: John Prentice. La dirección, en la zona del río Argyle, sugiere que Prentice es un granjero. Tiene lógica. El nombre y los datos del pasaporte de Topaz están allí: Topaz Jade Throssel, nacida en la ciudad de Sacramento, veintinueve años. Mayor de lo que parece.

Intenta otra vez recordar lo ocurrido la noche anterior, pero no logra rescatar nada nuevo. Sospecha que los recuerdos no volverán más, que la droga impidió que su memoria los creara. Solo accede a los mismos retazos: imágenes en las que baila, nada en el mar, se siente muy muy bien. Después, un vacío que nada podrá llenar salvo su imaginación más morbosa. Piensa en esa mañana, en lo mal que se sentía. Al igual que Topaz y Garth McGrath. Pero nadie más. Quizá, había otros, que seguían durmiendo la resaca en sus cabañas y tiendas, incapaces de enfrentar el día. Sin embargo, vio a varios de los que habían estado en la fiesta, e iban de aquí para allá, nadaban, caminaban, se reían y atendían al *swami*. El mismísimo *swami* parecía ileso. ¿Entonces, qué pasó? ¿Los únicos afectados fueron ellos tres? ¿Por qué?

Le llega un recuerdo de antes de las drogas: Jota y el gurú teniendo sexo en el suelo de la oficina. Martin recuerda cómo se movían las cicatrices en forma de

diamante, el semicírculo rojo en la nalga de ella. Jota y el *swami*. Qué combinación tan extraña. Aunque nada tan extraño como ver al *swami* vestido con atuendo occidental conversando con Tyson St. Clair en Longton. Pero Topaz no bebió del brebaje del gurú, por lo que él no pudo haber sido el responsable.

Mira el teléfono: aún faltan veinticinco minutos. Una idea se abre paso entre la niebla y la orquesta de dolor.

En la biblioteca de Longton, va directo a los ordenadores con acceso al archivo digital de periódicos. Cierra los ojos un momento para concentrarse; lo que menos desea es mirar una pantalla. Accede al catálogo, escribe "Jota Hayes", fija las fechas cuarenta años atrás y presiona "buscar". El primer resultado es de hace treinta y siete años, y muestra a tres mujeres posando orgullosas con sus tablas de surf. Jota es la más joven, con solo trece años, pero está en el centro, flanqueada por las otras dos. El texto, que es más un pie de foto extendido que un artículo, identifica a las jóvenes, informa que ganaron el torneo local de surf y que se preparan para competir en la fase regional en Ballina. Al año siguiente, Jota gana esa competición y llega a las rondas finales del campeonato estatal. Después de eso, hay muchas notas más: Jota surcando las olas, Jota sonriendo tímidamente a la cámara, Jota en biquini, cada vez más segura de sí misma, ascendiendo entre los aficionados hasta convertirse en profesional a los dieciocho años. Todo muy prometedor. El tono de los artículos cambia; las entusiastas crónicas locales se convierten en reportes impersonales de agencias internacionales de Sudáfrica, California, Chile, Hawái. Jota en el circuito mundial. Luego, las menciones se vuelven más esporádicas, hasta desaparecer por completo unos veinticinco años atrás. Después…, nada. Martin hace un cálculo rápido: ella tendría unos veinticinco o veintiséis años. No hay noticias de que se haya retirado ni lesionado. Simplemente, desaparece. Se echa hacia atrás en la silla. Jota había abandonado el surf, al menos el circuito profesional. Podían existir mil razones: lesiones, matrimonio, hijos. O la más común de todas: no ser lo bastante buena. Martin sabe que en el surf, como en casi todos los deportes, se puede ganar mucho dinero, pero solo una pequeña élite lo consigue, los que se llevan los premios grandes y los contratos jugosos de los patrocinadores. Después, las ganancias caen en picada y las marcas pagan con material: tablas, trajes de neopreno, ropa de playa, pero no con el dinero necesario para billetes, hoteles o comida. Y eso es en la actualidad; hace veinticinco años, el circuito femenino sobrevivía con

lo justo. Piensa en ello y decide que no hay mucho más que sacar en claro: fue una aficionada prometedora, se hizo profesional, lo dio todo… hasta que un día se terminó.

Cambia las fechas de la búsqueda a años más recientes. Nada. Nada en años, nada en décadas. Luego, hace siete años, una nota necrológica: su padre. Muerto a los ochenta y tres; su esposa, fallecida veinte años antes, y como única superviviente, su hija Jennifer "Jota" Hayes, la excampeona de surf. ¿Fue entonces cuando volvió a Port Silver? ¿Para el funeral, para heredar la antigua granja lechera? ¿O regresó antes, para cuidar de él en su vejez? Martin piensa en Hummingbird Beach. Casi no quedan rastros de la granja lechera. Quizá, su padre dejó la producción mucho antes de morir y vivía de su jubilación en la casa de la granja. No es un mal lugar donde pasar la vejez.

Sigue buscando, adelanta las fechas, sin esperar encontrar demasiado. Pero la siguiente nota lo golpea de lleno en los ojos, una portada en letras grandes:

Excampeona de surf, atacada por un tiburón Martin siente que se despierta por primera vez en el día. La adrenalina lo pone en alerta y disipa el dolor de cabeza y la niebla mental. Lee:

La exsurfista profesional Jennifer "Jota" Hayes se recupera en el Hospital Regional de Coffs Harbour tras luchar contra un tiburón que le mordió la pierna en Hummingbird Point, veinte kilómetros al norte de Port Silver.

Se cree que Hayes estaba surfeando sola, poco después del amanecer, cuando un tiburón de gran tamaño embistió su tabla desde abajo. El animal le mordió el muslo antes de que ella lograra liberarse.

Vecinos afirman haber visto varios tiburones sarda en la zona del ataque en los últimos días.

Tras llegar a salvo a las rocas, Hayes logró recorrer a duras penas varios cientos de metros para pedir ayuda. Fue trasladada en helicóptero al hospital de Coffs Harbour con profundas heridas y una gran pérdida de sangre.

El personal sanitario afirma que resultó muy afortunada, pues no sufrió daños en ninguna arteria principal. "Es realmente asombroso", comentó uno de ellos, "que tras lograr espantar al tiburón, haya tenido la presencia de ánimo necesaria para detener la hemorragia y pedir auxilio".

Hayes saltó a la fama hace dos décadas…

Martin sonríe con amargura. Ahora entiende la marca rojiza que vio en el glúteo de Jota cuando estaba con el *swami*; no eran moratones, sino cicatrices del ataque del tiburón. Y también comprende su empeño por usar traje de neopreno en pleno marzo, cuando el agua está más templada; no solamente por el sol, sino también para ocultar sus heridas.

Está a punto de seguir buscando cuando suena el teléfono, y rompe el silencio de la biblioteca. Es Nick Poulos.

—Martin, estoy con el inspector Montifore. Será mejor que vengas enseguida.

CAPÍTULO 20

Nick Poulos no aparece por ningún lado cuando Martin entra en la comisaría de Port Silver, pero Ivan Lucic está sentado esperando y esboza una gran sonrisa cuando ve a Martin.

—Por aquí —le indica.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Martin—. ¿Dónde está Mandy?

—Tranquilo. Ahora lo sabrá.

Pero Martin no puede relajarse. Lucic controla la situación; se muestra seguro, confiado, tiene un aire malévolo. Martin siente que está caminando hacia una trampa. Sacude la cabeza, intentando alejar la paranoia. Es una comisaría, ¡por Dios! Necesita despejar la mente, mantenerse alerta, pensar antes de hablar. Ojalá su cabeza estuviera menos embotada; no debería haber tomado tan rápido los analgésicos que compró en la farmacia de Longton.

Lucic lo conduce a una sala de interrogatorios que parece sacada de una serie policial de bajo presupuesto. Una mesa con tapa de plástico, sillas baratas de oficina, suelo de cemento, paredes de ladrillo. Limpia, con olor a desinfectante, como si allí hubieran ocurrido cosas terribles que tuvieron que limpiarse. Pero al menos es fresca.

Martin se sienta, apoya la cabeza en las manos, cierra los ojos e intenta serenarse. El dolor de cabeza ha cedido, mitigado por la codeína, pero sigue ahí, agazapado, planeando su vuelta, como un guerrillero en las colinas. Le duelen mucho los huesos todavía, aunque su estómago parece haber firmado una especie de tregua. Respira, trata de centrarse. No es fácil: presiente que algo se le viene encima, algo peor que un dolor de cabeza. Está en una sala de interrogatorios de una comisaría y no tiene idea de por qué.

Entra la joven agente, con la cámara de vídeo. Martin mira a su alrededor: es la misma sala donde el lunes lo interrogó Johnson Pear. ¿Cómo no la reconoció? ¡Dios!, no está preparado para esto. La agente monta la cámara en un trípode, conecta un cable al micrófono integrado en la mesa, comprueba que todo esté listo. No lo mira ni una sola vez. Sale.

Minutos después, entra Montifore, seguido de Lucic y la agente. Montifore le lanza una mirada rápida, seria, y luego se concentra en una carpeta que abre sobre la mesa. Lucic, en cambio, no hace más que mirarlo y sonreír. Si intenta intimidarlo, lo está logrando.

—Grabando —dice la agente, pero Montifore sigue absorto en sus papeles. Lucic sonríe como si intentara batir un récord.

Se abre la puerta. Entra Nick Poulos.

—¿Qué está pasando, Nick?

El abogado hace una mueca.

—La policía quiere hacerte unas preguntas. —Lanza una mirada fugaz a Montifore antes de volver a mirar a Martin—. Es importante que respondas con absoluta franqueza. Te recomiendo enfáticamente que lo hagas.

Martin lo mira, incrédulo. ¿De qué lado está este tipo?

Poulos se sienta a su lado y le pone una mano en el hombro, un gesto de aparente apoyo, como si quisiera reafirmarle su lealtad.

—Empecemos —dice Montifore.

—Sigo grabando, señor —informa la agente.

Montifore repasa las formalidades: la hora, los nombres de los presentes. Luego, hace una pausa para ordenar sus ideas. O para aumentar la tensión.

—Señor Scarsden, quiero que vuelva con la mente a su llegada a Port Silver, el lunes, hace cuatro días. Ya firmó una declaración en la que asegura que arribó a la casa alquilada por Mandalay Susan Blonde alrededor de las once de la mañana. Dijo usted que Jasper Speight ya estaba muerto cuando llegó. Quiero que se esfuerce por recordar. ¿Hay algo de esa declaración que quiera revisar? ¿Algo que quiera modificar o agregar?

Martin mira a Poulos, que se limita a levantar las cejas; vaya uno a saber qué mensaje pretende transmitir con eso.

—No. Nada. —¿A dónde quiere llegar el detective?

—Entendido —dice Montifore con tono neutro—. Pero para dejar constancia, ¿le importaría repetir cómo ocurrieron los hechos desde el momento en que entró en la casa?

Nick Poulos interviene.

—Un momento. Mi cliente ya dio su declaración y acaba de manifestar que no desea modificarla ni agregar nada. Debería bastar con eso.

Montifore mira a Poulos, evalúa su postura.

—De acuerdo. Señor Scarsden, en su declaración, dijo que después de

descubrir el cuerpo de Jasper Speight y comprobar que estaba muerto, vio a Mandalay Blonde sentada en la sala, a pocos metros, con las manos cubiertas de sangre. ¿Sigue siendo eso lo que recuerda?

—Sí. Tenía sangre en las manos, aunque no diría que estaban "cubiertas" de sangre. Eso lo dijo usted.

—Gracias —dice Montifore—. ¿Y no se acercó a ella? ¿Llamó a emergencias y esperó donde estaba a que llegaran la policía y la ambulancia?

Martin mira a Poulos, pero este no reacciona. ¿Por qué Montifore ha decidido volver sobre eso?

—Así es —responde—. Creo que ella estaba en shock. Yo también, probablemente.

—Usted declaró que Jasper Speight estaba muerto. Que le tomó el pulso. ¿Vio en algún lado el arma que lo mató?

—No. Tampoco me dediqué a buscarla, pero no vi nada.

—Desde donde estaba en el suelo, ¿veía con claridad a la señorita Blonde?

—Sí.

—En algún momento, desde que la vio por primera vez hasta que llegaron la ambulancia y la policía, ¿estuvo ella fuera de su vista?

—No. Se quedó casi inmóvil, como en trance. Como ya he dicho, en estado de shock.

—Dice usted que estaba sentado en el suelo. ¿Permaneció allí todo el tiempo, hasta que llegaron los servicios de emergencia?

Martin intenta recordar.

—La mayor parte del tiempo, sí. Pero creo que debí de haberme puesto de pie cuando oí la sirena fuera. Estaba de pie cuando entraron por la puerta.

—¿Está seguro de eso?

—Sí.

—Y al ponerse de pie, ¿se volvió para mirar a Mandalay Blonde?

—Debo de haberlo hecho, seguro. No me imagino no haciéndolo. Estaba preocupado por ella.

—¿Pero no tiene certeza absoluta?

Martin cierra los ojos. La imagen de Mandy sentada en el sofá, con las manos ensangrentadas, está grabada a fuego en su mente. ¿Pero desde qué ángulo la ve? ¿Desde el suelo o ya de pie? ¿O es una mezcla de ambas cosas? Niega con la cabeza.

—No tengo certeza absoluta; no lo recuerdo con precisión. Pero habría sido

raro que no la mirara. Y recordaría perfectamente si se hubiera movido del sofá. ¿Por qué lo pregunta?

Montifore asiente, como si entendiera.

—Está bien, Martin. Desde su posición en el suelo, con la certeza de que veía a la señorita Blonde, ¿podía ver si había algo en el sofá, junto a ella?

Martin intenta recordar. Se encoge de hombros.

—No recuerdo haber visto nada más. Nada importante.

—¿Cojines?

—¿Qué?

—Cojines. ¿Había cojines en el sofá?

Martin parpadea. Luego, un destello en su memoria: el contraste del blanco del sofá con el rojo de las manos de ella, como sangre sobre la nieve.

—Sí. Había dos cojines, uno en cada extremo del sofá.

Nick Poulos se mueve a su lado. Martin lo mira; su abogado esboza una sonrisita.

—¿Y nada más?

Martin lo piensa.

—No. Es todo lo que recuerdo.

—Así que en ningún momento vio el arma. ¿Ni allí ni en otro sitio?

El arma. El cuchillo. ¿De eso se trata todo esto?

—No, no vi nada.

—¿Y no habló con la señorita Blonde?

—No.

—Es extraño, ¿no?

Martin lo mira a los ojos, deja que su voz se cargue de fastidio, de firmeza.

—¿Se lo parece? ¿Acaso tiene un manual sobre cómo se supone que hay que comportarse cuando uno encuentra a un hombre desangrado en el suelo de la casa de su novia?

—No hay necesidad de ponerse agresivo, señor Scarsden. —Es Lucic, con su sonrisita burlona.

Martin le apunta con el dedo.

—Comprobé si tenía pulso, después llamé a la ambulancia y a la policía, en cuestión de segundos. ¿Me va a decir que hice las cosas mal? ¿Quiere dejar eso grabado?

Montifore hace una mueca; Lucic deja que su sonrisa hable por él. Nick apoya una mano sobre la pierna de Martin para calmarlo.

—Pasemos a otra cosa —dice Montifore. Revisa sus notas. Si pretende dar tiempo a que la tensión se disipe, no lo consigue—. Según la línea temporal que tengo aquí, usted y Mandalay Blonde regresaron a la casa el martes por la tarde, el día después del homicidio. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Y por qué fueron allí?

—Fuimos a recoger las cosas de Mandy. Ropa, artículos personales, esas cosas. Y también, cosas de su hijo, de Liam: biberones, batidora, mantas. Tenía muchas cosas.

—Y durante ese tiempo, ¿la señorita Blonde estuvo siempre a la vista?

—No, varias veces, no.

—O sea que no sabe con certeza qué cosas recogió.

Martin niega con la cabeza. ¡Dios!, siguen con el asunto del cuchillo.

—No, no lo sé. Pero la policía había estado allí más de veinticuatro horas. Registraron todo a fondo. Había polvo para huellas por todas partes, en todas las superficies.

—¿Ahora es un experto en técnicas forenses y búsquedas policiales? —lo aguijonea Lucic.

—No, pero supongo que la policía sí lo es. ¿El sargento Lucic estará cuestionando la competencia de sus compañeros? —Martin mira directamente a la cámara.

Montifore sonríe.

—Bueno, calmaos los dos. Sigamos. —Hace una pausa, mientras revisa otro papel. Poulos le pone una mano en el hombro a Martin para captar su atención; luego, asiente para animarlo. Martin suspira. No debería dejar que ese imbécil de Lucic lo saque de quicio. Menos con el cansancio y la resaca que tiene.

—Bien —prosigue Montifore—. Las cosas que recogieron en la casa, las pertenencias de Mandalay Blonde, ¿qué hicieron con ellas?

—Alquilamos una cabaña en el camping del otro lado del río. Llevamos todo allí.

—¿Todo? ¿No se deshicieron de nada? ¿En el vertedero o en un contenedor?

—No que yo recuerde.

—¿Y usaron el vehículo de la señorita Blonde?

—Y el mío. Usamos ambos.

—¿Y el niño, Liam?

—Estaba con nosotros.

—¿Está seguro?

—Sí. Es bastante inquieto. —Martin ve que la agente de policía sonríe detrás de la cámara—. Mandy fue a recogerlo a la guardería una o dos horas antes de que fuéramos a la casa. Pueden comprobarlo allí. Supongo que tendrán un registro de salidas.

—¿Entonces, cuánto tiempo estuvieron en la casa?

Martin se encoge de hombros.

—Cuarenta y cinco minutos. Una hora. Algo así.

—¿Antes del atardecer?

—Sí, bastante antes.

—Cuando llegaron al camping, ¿quién descargó las cosas de los coches?

—Los dos.

—¿Las sacaron juntos?

—Sí.

—¿Las pertenencias eran principalmente de Mandalay Blonde y de su hijo?

—Sí.

—Entonces, ¿podría decirse que usted descargaba el coche mientras la señorita Blonde ordenaba las cosas dentro de la cabaña?

—Diría que sí, en su mayor parte.

—Ya veo —continúa Montifore, con voz relajada; no habla con tono hostil —: Y esa tarde, usted, Mandalay Blonde y el niño caminaron juntos a orillas del río, vieron el atardecer y luego cenaron en la cabaña.

—No.

—¿Cómo dice? ¿No? —Montifore parece sorprendido por la respuesta.

—No.

—Entonces, ¿dónde estuvieron?

Martin mira a Nick Poulos, que se mira las manos y no levanta la vista. Luego, vuelve la mirada hacia Montifore. Lucic ya no sonríe; lo observa con atención. La agente que maneja la cámara se ha quedado inmóvil, casi sin respirar. Martin intuye que este es el punto de inflexión del interrogatorio, el momento hacia el que todo ha estado conduciendo. No sabe qué decir ni cómo proteger a Mandy, así que opta por la verdad.

—Fui a cenar a casa de mi tío, río arriba. Llegué alrededor de las siete, quizá un poco más tarde.

—¿Antes del atardecer?

—Sí, tal vez quince minutos antes.

—¿Y cuándo regresó?

—No estoy seguro. Tal vez a las diez y media, o algo más tarde.

—¿Cómo se llama su tío?

—Vern Jones. Bueno, Vernon.

—¿Y su tío puede confirmar esos horarios?

—Sí. Su esposa también. Y un montón de niños. Mi tío y su hijo me llevaron de vuelta al camping en su lancha.

—¿Por qué?

—Había bebido un poco. No quería conducir.

—¿Y su tío? ¿Él no bebe? —pregunta Montifore con un destello de humor.

—Su hijo condujo la lancha.

Montifore sonríe, pero Lucic, muy serio, lanza la siguiente pregunta.

—Solo para dejarlo aclarado: la noche del día siguiente del homicidio de Jasper Speight, después de que muriera delante de su pareja, en lugar de quedarse con ella, ¿usted fue a casa de su tío y se emborrachó?

—Correcto —responde Martin.

Montifore parece decepcionado, aunque Martin no sabe si es con él o con Lucic.

—Gracias por su colaboración, señor Scarsden. Puede retirarse. —Y mirando la cámara, anuncia oficialmente que el interrogatorio ha concluido.

—Un momento —dice Martin y se pone de pie—. Tengo algo para usted. Saca el formulario de solicitud de visa de Topaz del bolsillo y se lo entrega a Montifore—. Hace unas horas, lo vi desesperado por conseguir esto.

Montifore despliega el formulario, le echa un vistazo rápido.

—Gracias, Martin. Te prometo que recibirá la atención que merece. —Su expresión es sincera, pero Martin solo oye ironía detrás de sus palabras.

Espera estar fuera de la comisaría y haber bajado los escalones con Nick Poulos antes de volverse hacia él.

—¿Qué cojones ha sido todo eso?

—Tomemos un café —dice Poulos en tono conciliador.

—Ni hablar. Dime qué ha sido eso. Y dime por qué no hiciste nada para ayudarme. —Martin le apunta con el dedo a Poulos, a milímetros de su pecho.

Nick levanta las manos, como para rendirse.

—Intentaban tenderte una trampa, para ver si mentías.

—¿Sobre qué?

—Tienen un testigo que dice que, al atardecer del martes, mientras tú estabas en casa de tu tío, vio a Mandalay arrojar algo al río en el camping. La policía cree que podría haber sido el cuchillo, el arma homicida. Los buzos vienen en camino desde Sídney.

Martin se queda mirándolo, inmóvil, aunque su mente ya está corriendo a toda velocidad.

—Hay otra cosa —prosigue Nick—. Sobre la fábrica de quesos.

Pero Martin ya se está alejando, no lo escucha.

—¡Me lo cuentas más tarde! ¡Te llamo! —grita por encima del hombro.

El tráfico por The Boulevarde está atascado. Lo consume la frustración, lucha contra el impulso de gritar, de vociferar a toda esa gente que parece avanzar, sonámbula, por la normalidad. Por fin, logra seguir, cruza el puente y llega al camping.

En la bifurcación junto a la recepción, gira a la derecha, hacia la zona reservada para residentes permanentes. Pasa junto a un seto, entra en un pequeño mundo autónomo de casitas de fibrocemento, originalmente idénticas, pero que ahora se han vuelto únicas gracias a sus habitantes. Es como un pueblo en miniatura: calles reducidas al tamaño de senderos para bicicletas, cabañitas del tamaño de casetas grandes para perros, existencias recortadas a escala bonsái. Pero hay vida aquí: un par de madres jóvenes fuman y conversan animadamente con sus bebés en cochecitos baratos; un tipo con camiseta azul sin mangas y tatuado se asoma y se mete una y otra vez bajo el capó de un coche deportivo; más allá, un grupo de hombres mayores juega a la petanca sobre un pequeño trozo de césped. Martin aparca el Corolla, que parece encajar perfectamente en esa comunidad modesta. Se acerca a los hombres que juegan y les pide indicaciones.

Clyde Mackie está en su pequeño porche, quitando la maleza de las macetas con flores. Una radio murmura al fondo; parece una transmisión de las carreras.

—¿Martin? ¿Qué pasa?

Debe de notar la urgencia en el rostro de Martin.

—¿Podemos hablar, Clyde?

—Por supuesto. Ven, sube.

Martin sube al porche diminuto. Apenas caben un par de sillas y una mesita entre ellas. Mackie apaga la radio.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Té, café? ¿Algo de comer?

La sola mención de comida le despierta el apetito; su cuerpo reclama algo más que la tostada de Hummingbird Beach y el dónut de Longton.

—Agua. Un vaso de agua me vendría bien. Y sí, algo de comer, si tiene.

—Muy bien —dice Clyde; se quita los guantes de jardinería y entra en su pequeña casa. Un instante después, vuelve con dos vasos de agua y un sándwich de pan blanco con mortadela y salsa de tomate—. Siéntate, Martin. No hay lugar suficiente aquí para andar caminando de un lado a otro.

Martin se sienta, bebe agua y va directo al grano.

—Clyde, ¿con qué frecuencia pesca con Brian en el muelle?

—Casi todos los días, diría yo, si el clima acompaña —responde el expolicía, con mirada suspicaz.

—¿Siempre alrededor del atardecer?

—Sí, esa es nuestra rutina.

—¿Recuerda si fueron el martes?

—Diría que sí. Creo que esta semana fui todos los días… —Mackie se concentra, tratando de recordar—. Puede que hayamos descansado un día…; el lunes, creo, pero no estoy del todo seguro. Los días se me mezclan.

Martin se muerde el labio.

—Clyde, es importante. ¿Podemos preguntarle a Brian?

El viejo policía está por responder cuando una chispa le enciende los ojos.

—Espera un momento. ¿El martes, dices? ¿No era el día del torneo de críquet, el que dura hasta la noche?

Martin lo mira, parpadea, sonríe.

—Veamos —dice; saca el móvil, busca y confirma que, efectivamente, Australia jugó el martes un partido de críquet—. Sí, fue el martes.

—Entonces, seguro que fuimos a pescar. Teníamos la radio encendida desde que empezó, a eso de las seis y media o siete, hasta que se hizo demasiado de noche para pescar. Fue un partidazo. Vimos el final en el salón comunitario. Terminó a las diez o diez y media.

Martin siente que se le dibuja una sonrisa, pero aún no ha terminado.

—Entonces, estuvieron en el muelle desde las seis y media o siete hasta una hora después del anochecer.

—Exacto. ¿Qué pasa, Martin? ¿Por qué lo quieres saber?

—¿Vieron a alguien más allí?

—Seguramente. Mucha gente baja al río a esa hora.

—¿Vieron a mi novia, Mandy Blonde?

—No. Lo recordaría si la hubiera visto. Es muy llamativa.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. En ese momento, ni siquiera sabía que vivías aquí, si no me falla la memoria.

—No le falla, Clyde. Llegamos justo esa tarde al camping. —La sonrisa de Martin se ensancha, aunque se mantiene centrado; esto es demasiado serio—. Si Mandy hubiera bajado al río al anochecer, ¿habría alguna posibilidad de que no la viera? ¿Tal vez, estaba distraído, pescando, mirando el río o escuchando el partido?

Mackie niega con la cabeza antes de que Martin termine la pregunta.

—No, muchacho. Si hubiera bajado, la habríamos visto.

—¿Podemos corroborarlo con Brian?

—Claro que sí, hijo. Pero antes tienes que contarme qué está pasando.

Entonces, Martin le explica la acusación de un testigo anónimo que afirma haber visto a Mandy arrojando algo al río al atardecer del martes.

Mackie niega con la cabeza.

—Tonterías. Estoy seguro de que la habríamos visto… o a cualquiera que arrojara algo al agua. ¿Tienes idea de quién es ese supuesto testigo?

—No.

—El martes... ¿Quién ¿quién sabía que te estabas quedando aquí?

Martin lo mira y su mente se dispara en distintas direcciones. Es una buena pregunta: acababan de llegar.

—Vamos, hijo —dice Mackie—, vamos a buscar a Brian.

Brian Jinjerik está fuera de su cabaña, levantando una enorme caja de herramientas galvanizada de la parte trasera de una vieja camioneta. Martin lo ayuda.

—Gracias, campeón —dice Brian—. La espalda me está matando.

—¿Has estado trabajando?

—Sí. En un techo, con este calor. Un tragaluz roto. ¿En qué puedo ayudarte?

Y lo hace corroborando lo que recuerda su amigo: Mandy no estuvo junto al río al atardecer del martes.

Martin llama a Winifred. La llamada pasa directa al buzón de voz. Martin se traga la palabrota que tiene a flor de labios, escribe un mensaje en mayúsculas:

“DOS TESTIGOS CONFIRMAN QUE MANDY NO ESTUVO JUNTO AL RÍO EL MARTES AL ATARDECER. ¡LLÁMAME!”.

La abogada responde en menos de dos minutos.

—Martin, ¿estás seguro?

—Sí. Estoy con ellos ahora. Son dos residentes del camping. Pescan todas las tardes desde el muelle. Estuvieron allí el martes. Juran que habrían visto a Mandy si se hubiera acercado al río.

—¿Son testigos fiables?

—Uno ha sido policía toda la vida, está jubilado.

Un silencio. Luego: —¿Puedo hablar con él?

Martin le da el teléfono a Clyde Mackie, que repasa su testimonio con voz firme, grave, cargada de autoridad de sala judicial. Martin lo escucha contar lo del partido de críquet, describir dónde estaban sentados, lo que vieron. Mackie le asegura a Winifred que está dispuesto a hacer una declaración formal.

Cuando termina la llamada, a Mackie le brillan los ojos.

—¿Sabes lo que me dijo esa abogada? El supuesto testigo afirmó que tu novia arrojó algo, presumiblemente, el arma homicida, desde el muelle, no desde la orilla. Imposible. Estuvimos sentados en el muelle todo el tiempo.

Martin siente que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Gracias, Clyde. No sé cómo podré agradecerte esto.

Mackie se incomoda un poco.

—Por favor, hijo. No te estoy haciendo ningún favor especial. Solo estoy diciendo la verdad.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta Brian Jinjerik—. Por lo visto, hoy has tenido una victoria.

Pero Martin ya está pensando en lo que sigue.

—No, gracias. Aún me quedan algunos cabos sueltos por atar.

—Entonces, vamos —dice Mackie a Brian—. No falta mucho para que se ponga el sol. Nos tomaremos una bien fría en el muelle.

De regreso al coche, algo que dijo Mackie le da vueltas en la cabeza. Que el martes por la tarde ni siquiera sabía que Martin y Mandy se habían registrado en el camping.

Entonces, ¿quién lo sabía? Winifred. La dueña del camping. ¿Quién más? ¿Nick? Pero el falso testigo había aparecido solo recientemente. A estas alturas,

mucha gente debía de saber que se alojaban allí. Niega con la cabeza, esa línea de pensamiento no lleva a ninguna parte.

Suena el teléfono. Nick Poulos.

—Nick.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué Winifred está tan animada?

Martin se lo explica.

—Joder, ¡es fabuloso! —exclama el abogado—. ¿Un testigo falso? Montifore lo va a destrozar.

—Eso espero. ¿Sabe quién es?

—Ni idea. La policía dijo que era anónimo, así que no lo creo. Aunque podría ser una táctica para proteger a su fuente.

—Ya no, si saben que es mentira.

—Van a traer buzos desde Sídney para buscar en el río.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿No lo van a cancelar ahora?

—Piénsalo, Martin. El cuchillo podría seguir allí. Si alguien está tratando de incriminar a Mandy, esa persona puede haberlo arrojado desde la orilla o desde un bote y después dio la pista falsa.

—¿Crees que podría llevarlos hasta el asesino?

—O a un cómplice. Si encuentran el cuchillo. Y si descubren quién les dio la pista.

—Pero… ¿y Mandy? ¿La han liberado?

—Todavía, no. Pero no deberían tardar mucho.

Martin mira su reloj. Mierda. Liam.

—Nick, el niño…, nuestro niño…, está en la guardería.

—¿Quieres que lo recoja yo?

—¿Podrías?

—Te aviso. Se necesitará una autorización de Mandy.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Espera un momento. —Martin escucha que Nick habla con alguien. Luego, dice—: Todo bien, la policía la está dejando en libertad. Irá ella misma a buscarlo.

—¿Puedo hablar con ella? —Martin espera; oye voces apagadas al fondo.

Después Nick vuelve a la línea.

—Lo siento, tiene que salir volando. La guardería ya debe de estar a punto de cerrar.

Martin cuelga y sale con el coche del sector de residentes permanentes; pasa

por la recepción y ve a la dueña sentada en la terraza, fumando su pipa. Martin frena, camina hacia ella.

—Buenas.

—Buenas. ¿Cómo está tu mujer?

—¿Por qué lo dices?

—Vi que la policía se la llevaba.

—Todo bien. Les ha estado echando una mano. Ya viene hacia aquí.

—Me alegra oírlo.

—¿La policía te avisó que enviarán unos buzos a revisar el río?

La mujer frunce el ceño.

—Como te dije, estamos colaborando con la investigación.

—¿Sí?

—Así es —miente Martin—. Dime, ¿esta entrada es la única forma de acceder al camping?

—Sí. Se puede llegar por el muelle en barco o caminando por la orilla del río, pero en coche, solo por aquí.

Martin asiente.

—¿Has visto a alguien extraño merodeando estos días? Alguien que no sea residente ni huésped.

Ella niega con la cabeza.

—No. Nada. Alguna moto por la ribera, pero eso es habitual de vez en cuando.

—¿Motos? ¿Moteros o algo así?

—Qué va. Mocosos en motos de cross. Motores de dos tiempos, hacen un ruido que es como una mezcla entre una máquina de coser y una batidora.

—¿Cuándo fue eso?

—Todo el tiempo. Hoy no, pero sí ayer y anteayer. Bien temprano, demasiado temprano. También pasa gente caminando o en bicis de montaña, pero no molestan a nadie.

—Gracias —dice Martin, y decide que debe avisar a Montifore. ¿Cómo decía siempre la policía en sus peticiones de colaboración a los ciudadanos cuando buscaban información? "Cualquier detalle, por insignificante que parezca".

La dueña del camping se inclina, se coge su pierna protésica y se la ajusta antes de ponerse de pie.

—Parece que tendremos movimiento con todos esos policías por aquí. —Desde el interior de la oficina, suena el teléfono.

—Dime —dice Martin—, si no te molesta… ¿qué te pasó en la pierna?

—Me atacó un tiburón —responde ella—. Por suerte fue solo la pierna y no el resto del cuerpo.

—¿Cuándo fue eso?

Se encoge de hombros.

—Hace unos diez años. —Entra en la oficina para atender la llamada.

Martin vuelve a su coche y se queda pensando. Motos junto al río, ataques de tiburón, testigos falsos. Piezas de un rompecabezas que no encajan, al menos entre sí. Se inclina hacia delante para girar la llave de contacto, cuando lo sacude otro pensamiento. Nick Poulos. ¿Qué había dicho? Si arrojaron el arma homicida al río, pudo ser desde la orilla o desde un bote.

Le viene una imagen a la mente, sin que lo desee ni haya tenido intención de evocarla. Vern y Levi dejándolo en el muelle. Otra imagen. Martin cortando una ristra de salchichas junto a la parrilla de su tío; el cuchillo reluce a la luz del fuego. ¡Por Dios! Siente una oleada de náuseas. Otra imagen. Un cuchillo hundiéndose en el abdomen de Jasper Speight. Y una moto de cross, con motor de dos tiempos y matrícula con la L de principiante.

CAPÍTULO 21

—Aquí no puedes quedarte —sentencia Mandy, mirándolo a los ojos antes de inclinarse para desabrochar el cinturón de Liam. El niño duerme en su asiento.

Martin se desinfla; el aire lo abandona; el optimismo, también.

—¿No te contó Winifred lo que descubrí? ¿Que fui yo el que logró que te liberaran de sospechas?

Mandy se incorpora, y deja a Liam donde está por el momento.

—Sí, me lo dijo. Gracias —responde, pero en su voz hay poca gratitud y ninguna calidez.

—¿Mandy?

Ella niega con la cabeza.

—Te acostaste con esa mochilera. Esa cualquiera. No puedo olvidarlo así como si nada.

Martin abre las manos en un gesto conciliador.

—Me drogaron. Ni siquiera sé si dormí con ella o no. No recuerdo nada.

Ahora la expresión de ella revela su enfado, y su voz es condenatoria: —Me acaban de someter a cuatro horas de interrogatorio en la comisaría sobre dónde estuve y qué hice el martes por la tarde y por la noche. Cuando llegué a la guardería, Liam estaba fuera de sí. ¿Y por qué me tuvieron tanto tiempo? Porque no había nadie que corroborara lo que decía. ¡Porque el martes por la noche tú estabas con tu tío, bebiendo y fumando porros! ¡El día después del asesinato de Jasper Speight! Y anoche volviste a salir de juerga, a drogarte, a meter la polla quién sabe dónde. ¡Toda la noche! No se puede confiar en ti, Martin. Ya he tenido suficientes hombres así, no quiero otro. Liam merece algo mejor que un padre a tiempo parcial.

Al oír su nombre, el niño se despierta y suelta un quejido. Mandy aparta la mirada de Martin, se inclina, lo saca del coche y lo alza en brazos.

—Ma-in —dice el niño, extendiendo un brazo hacia él.

Mandy niega con la cabeza; tiene lágrimas en los ojos.

—Te quedaste en Sídney, escribiendo tu libro, cuando deberías haber estado aquí. Y ahora que estás aquí, eres un desaparecido en acción.

—Mandy…

—No. Aquí no puedes quedarte. Ve a la casa Hartigan. Quédate allí. Piensa en cómo arreglar ese lugar. Piensa en cómo arreglar nuestra relación.

—¿Qué te dijo Winifred?

—¡A la mierda con Winifred! Está encantada. Yo no. Ahora vete. —Y dicho esto, entra con Liam en la cabaña.

Martin sigue allí cuando Mandy vuelve a salir unos minutos después, con el niño en la mochila portabebés. Le lanza un manojo de llaves de la casa del acantilado.

—Voy a dar un paseo con él. No quiero que estés aquí cuando regrese. —Camina unos metros, se detiene, mira hacia atrás—. Te llamaré —dice; la furia de su voz ahora se ha teñido de pesar. Pero igual se vuelve y se aleja hacia el río.

Martin se mira las manos, pero no encuentra respuestas en ellas. No tiene muchas opciones. Entra en la cabaña, recoge su ropa y sus pertenencias. No le lleva mucho tiempo, tiene práctica de sobra. El corresponsal itinerante, el de los mil hoteles, haciendo la maleta y marchándose una vez más. "Mierda".

Deja el camping, cruza Dunes Road y sube en dirección a la casa Hartigan; se siente mentalmente exhausto e inquieto a la vez. Montifore está cercando al asesino. Hay un falso testigo, alguien que asegura haber visto a Mandy arrojar el cuchillo al río. Encontrar al testigo, encontrar el cuchillo, encontrar al asesino. ¿Cómo de difícil puede ser? Y Montifore tiene el formulario de visa de Topaz, la pieza necesaria para obtener una orden judicial, permisos de registro e iniciar una investigación policial. Si St. Clair está implicado, Montifore lo descubrirá. ¿Entonces por qué él, Martin, siente ese vacío, esa desolación? Hay como un hueco en su interior, una sensación de que la vida se ha descarrilado. Teme que va a quedarse sin Mandy y sin Liam, teme haber perdido la confianza de ella; todo enredado y agravado por los excesos de la noche anterior. El cansancio lo invade, el peso del pasado lo oprime.

Llega a la entrada de la finca, detiene el coche y se queda allí un momento, incapaz de reunir la energía para moverse. Cierra los ojos. Se le presenta una imagen: la Barriada se extiende delante de él, la Barriada de su infancia, como vista desde lo alto, desde un punto imposible. Abre los ojos, aleja la imagen, mira alrededor. Ese paisaje es como un campo minado de recuerdos ocultos; están por todos lados, amenazando con estallar bajo sus pies en cualquier

momento, por más cuidado que ponga al avanzar. Algo se ha soltado, ya no puede contenerlos. La caja de Pandora se ha abierto.

Sabe que necesita dormir, recuperar el equilibrio mental, pero ahora les teme a las imágenes, a los recuerdos. Parpadea, abre mucho los ojos, como si quisiera exprimir alguna chispa de energía; el sol se refleja en el espejo retrovisor; está bajo en el cielo, descendiendo hacia el horizonte occidental y la línea oscura del acantilado. En la casa Hartigan, no habrá electricidad; no tiene linterna, solo su iPhone para guiarse. Comprueba la batería. Tiene media carga, igual que él. Debería llegar a la casa y ver si encuentra algunas velas o una lámpara. Hace demasiado calor para encender un fuego, pero la idea de la chimenea le despierta algo en el estómago: hambre. Se le ocurre volver a Port Silver, comprar algo de comida para llevar, unas velas.

No hay espacio para girar el coche. Lo lógico y sensato sería abrir el portón, conducir hasta la casa, girar allí y regresar. Pero la idea de bajarse del vehículo lo excede. Pone la marcha atrás y empieza a retroceder colina abajo, buscando un sitio para maniobrar. El sol le da de lleno en el espejo; entrecierra los ojos, usa los retrovisores laterales. Va avanzando poco a poco cuando lo golpea otro pensamiento: la moto que salió del bosque la mañana anterior.

Detiene el coche, gira las ruedas para que queden perpendiculares a la pendiente, tira fuerte del freno de mano y lo deja en primera antes de apagar el motor. Respira hondo y baja. Al mirar cuesta arriba, alcanza a ver el portón. La moto había aparecido cerca de allí, tal vez un poco más abajo. Ahora que busca el sitio, no le resulta difícil encontrarlo: surge por encima de un terraplén. Trepa por él y baja con cuidado hasta lo que antes era el camino original. Está cubierto de malezas, salvo por una huella angosta trazada por motos de cross, excursionistas y ciclistas. Arriba de su cabeza, el follaje sobre el viejo camino es menos denso. Puede ver dónde un árbol que han talado oculta el punto en el que el camino se une con la subida hacia la casa Hartigan. A su alrededor, crecen arbustos nuevos. No es de extrañar que no lo hubiera visto el día anterior.

Quiere seguir el sendero, averiguar a dónde lleva. Ha recorrido Ridge Road desde el extremo de Hummingbird Beach y ahora se encuentra en el extremo opuesto. Le irrita tener ambos puntos en la mente, pero no el tramo del medio. Quiere unirlos, cerrar el vacío; sabe que no se quedará tranquilo hasta hacerlo. Pero el sol se pondrá pronto detrás del acantilado. No hay tiempo para explorar el camino, ya no. Es demasiado tarde y él está demasiado cansado. Pero

mañana, a primera hora, echará un vistazo. Tal vez, Jasper Speight encontró algo en ese camino, algo que le costó la vida.

Martin duerme. Sin velas, sin fuego, sin comida. Después del sándwich de mortadela de Clyde Mackie, solo ingirió analgésicos, antibióticos y antivirales. Agotado por los esfuerzos del día, duerme en la casa Hartigan vacía, en el mismo sofá donde Jasper Speight una vez trató de contener la sangre del corte que se había hecho en el pie. Su equipaje sigue en el coche, aún lleva la ropa puesta y no se ha dado una ducha. Su sueño es tan profundo que el primer helicóptero casi no logra despertarlo. El haz de luz penetra por los ventanales, lo baña en una blanca claridad; la presión de las hélices hace vibrar las persianas y temblar el techo. Cuando empieza a emerger de las profundidades del sueño, el helicóptero ya ha pasado, y la melaza que es su mente trata de comprender qué acaba de suceder. Cierra los ojos, se hunde otra vez, hasta que el helicóptero vuelve a sacudir la casa y lo arrastra de nuevo a la superficie de la conciencia. Se levanta, abre las puertas francesas, sale a la galería. La aeronave ya se aleja hacia el norte, siguiendo la línea de los acantilados. No es una. Son dos. Más ruido: se gira justo a tiempo para ver que un tercer helicóptero pasa rugiendo, persiguiendo a los otros. Helicópteros. Aquí. ¿Por qué? Tal vez, algún grupo de celebridades de Hollywood, rumbo a Byron Bay, iluminando los acantilados con sus reflectores por pura diversión. Malditos privilegiados. En plena noche.

Dentro de la casa, suena el teléfono. En la pantalla, aparece el nombre de Bethanie Glass. Bethanie, su antigua colega del *Sydney Morning Herald*, la reportera estrella de la sección policial.

—¿Martin? ¿Eres tú? —Hay urgencia en su voz.

—Hola, Bethanie.

—¿Dónde estás?

—En la costa, con Mandy.

—¿En Port Silver? Me dijiste que te mudabas allí.

—Sí, en Port Silver.

—Perfecto. ¿Te has enterado de lo que ha pasado?

—No. ¿Qué?

—Enciende el televisor…, las noticias de la ABC.

—No puedo. No tengo tele ni electricidad. Cuéntame.

—Están llegando informes, una especie de asesinato-suicidio en masa.

Muchas víctimas. Algo como lo que sucedió en Jonestown, en la Guayana Británica, ¿recuerdas? Con esa secta liderada por Jim Jones, en los años setenta. Ahora ha sido en una comunidad *hippy* llamada Hummingbird. ¿La conoces?

—Sí. —De pronto, está completamente despierto, con la mente en alerta—. Asesinatos-suicidios. Hummingbird Beach.

—¿Puedes ir hasta allí? ¿Cubrir el caso? Son siete horas de viaje desde aquí. Hemos alquilado una avioneta, pero igual tardaremos una eternidad.

¿Jonestown? ¿Quién es el asesino? ¿El gurú? ¿Quiénes son las víctimas? ¿Quiere que escriba un artículo?

—Bethanie, ya no trabajo para el *Herald*.

—Espera, te paso con Terri.

Martin oye el bullicio de la redacción al otro lado de la línea mientras espera a la editora. Mira su reloj. Las diez y media de la noche. No es demasiado tarde, pero sí para el *Herald* en estos tiempos de ediciones únicas y personal reducido. Debe de ser una noticia importante.

—Martin, soy Terri Preswell. ¿Conoces Hummingbird?

—Estuve allí esta mañana.

—¿Qué? ¿En serio?

—¿Quiénes murieron, Terri? ¿Quién los mató?

—No lo sabemos. No tenemos una mierda de información. La policía no dice una palabra. Las cadenas de televisión ya han mandado sus helicópteros, pero no hay dónde aterrizar, solo tienen tomas aéreas. Estamos llamando a todo el mundo. Se habla de al menos media docena de muertos, pero no podemos confirmar nada. ¿Puedes llegar hasta allí?

—Te recuerdo que ya no trabajo para el periódico.

—¡Ay, por Dios, Martin! Sería un trabajo independiente. Te pagaremos lo que pidas. Es la noticia más impactante de Australia, pero la necesitamos ya. Mañana todos los medios del país tendrán gente husmeando en el lugar.

—¿La nota llevará mi firma?

—Claro que sí, Martin, por supuesto. Si dependiera de mí, nunca habrías perdido tu puesto.

—Perfecto. Voy hacia allá. Pero no hay cobertura de móvil en Hummingbird Beach. Tendré que entrar, conseguir lo que pueda y volver hasta donde haya cobertura para enviar el texto.

—Bien. Llama en cuanto puedas. Danos los datos principales y nosotros subiremos algo mientras escribes el resto.

—De acuerdo —dice Martin—. Hablamos pronto.
—Cuelga la llamada.

Por un segundo, se pregunta en qué acaba de meterse. Pero solo por un segundo: la adrenalina ya corre como un torrente por sus venas, ha vuelto la antigua sensación. Siente que se enfoca, que todo lo demás se vuelve accesorio, irrelevante. Solo queda una cosa, lo único importante: la noticia. "La noticia más impactante de Australia".

Al salir, Martin casi embiste el portón con el Corolla; frena en seco, las ruedas patinan y el coche se detiene a pocos centímetros. Abre el portón a toda prisa y se lanza cuesta abajo. Pero al llegar al cruce con Dunes Road, se ve obligado a detenerse: una ambulancia, con las luces encendidas, cruza como un bólido el puente desde Port Silver, advirtiéndole que se aparte con una breve ráfaga de la sirena. La sigue una camioneta de doble cabina con una sirena en el techo que indica autoridad. Martin entrecierra los ojos, encandilado por los faros, listo para seguirlos, pero de la ventanilla trasera de la camioneta asoma un brazo que hace señas desesperadas; el vehículo frena abruptamente y se detiene en el arcén. Una figura desciende y corre hacia él. Es Nick Poulos, con un chaleco reflectante.

—¿Te has enterado? —pregunta su abogado.

—¿De lo ocurrido en Hummingbird? ¿Los muertos?

—Sí. Deja el coche, ven con nosotros. La policía nos ha pedido asistencia a los miembros del SES, el Servicio Estatal de Emergencias; somos un cuerpo de voluntarios.

Martin da marcha atrás, mete el coche en la entrada y sale corriendo detrás de Nick hasta la camioneta. No puede creer su suerte cuando le entregan su propio chaleco naranja fluorescente. El SES lo llevará directo al centro de la acción.

Se suceden las presentaciones rápidas: el conductor, Phil, es aborigen; a su lado va una mujer menuda, asiática, llamada Lee; en la parte trasera, Nick ocupa el medio, y, junto a la ventanilla, hay un anciano, Paddles, que huele a alcohol y a animales, tiene un ojo desviado y lleva un forro polar cubierto de pelos de perro.

Avanzan a toda velocidad por Dunes Road, enseguida toman Ridge Road y, pocos minutos después, el desvío hacia Hummingbird Beach. Hay coches por todas partes, abandonados a los lados del camino por la urgencia del momento. Martin alcanza a ver a un equipo de televisión descargando elementos de una

furgoneta de fontanero; se pregunta dónde habrán aterrizado los helicópteros. Sabe que vienen más medios en camino: periodistas que alquilarán avionetas, volarán desde Brisbane y Sídney, aterrizarán en el aeropuerto de Longton y se apoderarán de los coches disponibles para bajar el escarpe. Él les lleva varias horas de ventaja.

Llegan a un puesto de control, con un coche patrulla atravesado sobre el camino junto a una valla improvisada que aún conserva el cartel de "OBRAS". Los faros iluminan la escena: Doug Thunkleton gesticula, suplicando al agente que le permita pasar; Martin reconoce al joven policía que le había servido el desayuno. El agente deja a Thunkleton plantado, intercambia unas palabras con Phil y los deja pasar. Martin mantiene la cabeza baja.

Phil pisa el acelerador y llegan al aparcamiento de Hummingbird Beach casi al mismo tiempo que la ambulancia. Las luces giratorias tiñen los árboles oscuros con destellos rojos y azules; las sombras se mueven como en una discoteca macabra.

Allí está la joven agente policial que operaba la videocámara. Se dirige a los sanitarios con voz firme, cargada de urgencia.

—Abajo, junto a la playa, donde se ven las luces. El equipo de Port Silver ha instalado el puesto de triaje. —Se vuelve hacia los voluntarios del SES—. Bien, Phil, justo a tiempo. Ayudad al personal médico, haced lo que os pidan.

Los sanitarios, un hombre y una mujer, ya están sacando el equipo de la ambulancia: tubos de oxígeno, un desfibrilador, bolsas con material médico, camillas. El equipo del SES carga el material y avanza hacia el círculo de luz bajo el refugio abierto junto a la playa. Martin va con ellos.

Descienden y se encuentran con una pintura que parece salida de un cuadro del Bosco: algunas personas vestidas, otras medio desnudas; unas vagando en estado de shock, otras vomitando violentamente; unas ayudando a los demás, otras completamente indefensas. Pasan junto a Harry, con la mirada vidriosa y ausente, que se ha dejado conducir de la mano hacia el aparcamiento. Johnson Pear está al mando y lo asiste la pareja de mediana edad que Martin recuerda de la playa: ya no están desnudos, ya no sonríen. El hombre mira a su alrededor con expresión aturdida, pero la mujer actúa con eficacia y determinación. Solo hay una sanitaria en el lugar; la ambulancia de Port Silver debe de estar trasladando víctimas a Longton y la ha dejado sola allí. Un hombre con rastas está de rodillas junto a una joven; la ha tomado de la mano y le habla, aunque la muchacha parece inconsciente. Martin ve que empieza a

sufrir espasmos, algún tipo de convulsión. Los sanitarios reaccionan al instante y se hacen cargo. A su alrededor, yacen cuerpos por todas partes. Al menos, media docena están inconscientes; otros, despiertos pero incoherentes, murmuran y balbucean. Martin distingue a Topaz y a Jota entre los inconscientes, junto con un par de caras conocidas de la noche anterior. Hay olor a vómito, a mierda. Un joven empieza a gritar algo y Lee se le acerca, se agacha a su lado, intenta calmarlo, razonar con él a través del velo de las drogas.

—Vosotros —dice Pear a los voluntarios del SES—: necesito dos que ayuden a los sanitarios. Llevad a los que están más graves a la ambulancia. Phil, ¿tú conduces?

—Sí —responde Phil.

—Bien. Avísales. Si quieren que lleves a los menos graves al hospital de Longton, hazlo, ¿de acuerdo?

Pear no espera respuesta, y se vuelve hacia Nick y Martin.

—Vosotros dos… —duda solo un segundo—. ¿Tenéis linternas? ¿Teléfonos?

Martin y Nick responden al unísono: —Sí.

—Perfecto. Registrad la playa, las tiendas de campaña, las cabañas. Puede haber gente que se haya alejado y esté desorientada o desmayada. Buscad y traed aquí a los que encontréis.

—¿Y esos de ahí? —pregunta Martin.

A un lado, más allá del cobertizo, en el límite del círculo de luz, yacen las siluetas oscuras de cuatro personas.

—Demasiado tarde. Dejadlos.

—¡Atención, escuchad! —grita una de las paramédicas, una mujer joven, con voz clara y firme—. Han sufrido una sobredosis por haber bebido algo. Pueden estar empeorando, no mejorando. Tienen que vaciar el estómago, eliminar lo que quede de esa sustancia. ¡A cualquiera que siga consciente, hacedle vomitar, con los dedos en la garganta, agua de mar, lo que sea!

Pear les da la espalda a Nick y a Martin, y vuelve a asistir a los que aún respiran.

—En primer lugar, la playa —indica Nick—; luego, revisamos las cabañas y las tiendas.

—¿Nos separamos? —pregunta Martin.

—No. Si encontramos a alguien, habrá que cargarlo y traerlo cuanto antes.

—De acuerdo. Primero, la playa. —Pero antes de que Nick reaccione,

Martin se encamina hacia las cuatro figuras oscuras tendidas en el suelo, lejos del frenesí del rescate. En la luz tenue, distingue los rostros sin vida: el *swami*, Garth McGrath, una joven y un anciano con la camisa rota donde alguien intentó reanimarlo. Los dos últimos aún llevan el bindi sobre la frente, en un rojo amarronado que se ha corrido.

—Mierda —murmura Nick.

Una voz irrumpe en sus pensamientos: Johnson Pear.

—Vamos, muchachos. El helicóptero volverá en cualquier momento.

Se alejan del círculo de luz, bajan hacia la playa. Las olas mantienen su ritmo de metrónomo, ajenas al drama que se desarrolla en tierra. En la tenue claridad que se escapa del cobertizo, Martin ve a alguien en la arena, de pie junto a los restos de una fogata.

—Mira —le dice a Nick Poulos.

Mientras avanzan hacia la figura, esta enciende una linterna, barre la arena con el haz de luz y les apunta directamente.

—¡Eh! —protesta Nick—. ¡Nos estás dejando ciegos!

La luz baja.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí? —Martin reconoce la voz: Morris Montifore.

—Somos del SES —responde Nick—. Pear nos envió a buscar más víctimas. ¿Ha visto alguna?

—No —dice Montifore—. No he buscado.

Martin mira más allá de Montifore. La fogata sigue encendida, las brasas rojas arden bajo las llamas amarillentas. Alrededor, hay troncos y tocones donde la gente se había sentado. Por todas partes, se ven los restos de una fiesta: vasos de plástico vacíos, botellas de agua, prendas de ropa. Un cuenco vacío, de madera con bordes dorados. Olor a vómito.

—No os acerquéis a la fogata —ordena Montifore—. Es la escena de un crimen.

Un nuevo sonido irrumpe de pronto: surge un helicóptero sobre el acantilado y barre la arena con el reflector. Los atrapa en su resplandor cegador y Montifore agita los brazos para que se aleje del fuego. Al principio, Martin piensa que es de la prensa, pero luego ve que desciende un hombre con casco y gafas, sujeto a un cable. En cuanto toca el suelo, se desabrocha el arnés mientras Montifore corre hacia él. El recién llegado asiente, habla por el

micrófono que tiene en el hombro y le indica al helicóptero que aterrice en el extremo occidental de la playa, lejos de la fogata.

—¡Mira! —grita Nick Poulos—. ¡Allí!

Martin también la ve. Al otro extremo de la playa, hacia la punta, una silueta oscura, un cuerpo tendido junto al agua. Echan a correr hacia él.

Son las dos de la madrugada. Mandy lo ha dejado entrar en la cabaña; la convencieron la urgencia de su voz, la magnitud de la historia y su desesperada necesidad de electricidad. El televisor está encendido, sin sonido. Martin habla por teléfono, en voz baja pero vehemente; transmite los hechos a la redacción de Sídney tan rápido como puede. Terri Preswell ya se ha ido a su casa, Bethanie Glass vuela hacia allí, pero Martin conoce bien al hombre que está al otro lado de la línea: Cormac Connors, un periodista de pura cepa, que se ha ofrecido a coordinar la cobertura de las noticias de última hora. Martin relata los datos esenciales lo mejor posible: se cree que hay al menos siete muertos, entre ellos el *swami* Hawananda y Garth McGrath. Oye que Connors contiene la respiración. La muerte del actor de telenovelas es como gasolina sobre una llama: la gran noticia acaba de volverse gigantesca.

—¿Estás seguro de que es McGrath? ¿Tu fuente es fiable?

—Yo soy la fuente. Está muerto. Vi su cuerpo con mis propios ojos.

—De acuerdo. ¿La policía no ha dado nombres?

—No, no lo creo.

—Bien, tengo que llamar a Terri. Ella decidirá si lo publicamos antes de que se notifique a los familiares. Te llamo en unos minutos.

Mandy lo observa desde la puerta del dormitorio, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Se miran a través del abismo de la sala de estar. Martin no logra descifrar lo que ella piensa ni adivinar lo que siente.

Suena el teléfono. Es Terri Preswell.

—Martin. Cuéntame lo que sabes.

Le relata los eventos de la noche.

—¿Estás absolutamente seguro de que es McGrath?

—Sí.

—De acuerdo. Me cago en las formalidades. No podemos dejar pasar esto. Es una figura conocida. Lo publicamos.

—La decisión es tuya —dice Martin.

—Va con tu firma —responde Terri.

—Todo bien por mi parte.

—Me alegro. ¿Qué es lo que pasó? ¿Qué dice la policía?

—No hay dudas de que es una intoxicación. O una fiesta con drogas que salió mal, o asesinato. O asesinato y suicidio. Hay que considerar todas las posibilidades. La policía va a pensar lo mismo. —Le resume rápidamente cómo Montifore custodiaba la fogata y los restos de la fiesta que la rodeaba.

—¿Tienes fotos? —pregunta Terri.

—No pude sacar ninguna. Estaba la policía. Solo me permitieron quedarme porque estaba con el Servicio de Emergencia, ayudando.

—De acuerdo, entonces, haremos esto: publicaremos la noticia cuanto antes. Cormac la redactará. El encabezado será que se estima que hay siete muertos, una docena de heridos trasladados en helicóptero o ambulancia. Una fiesta con drogas que salió mal o un asesinato-suicidio, y apuntaremos al *swami*. La firmarás tú. Cormac te llamará y te la leerá antes de que se publique. Pero no mencionaremos a McGrath por ahora, nadie la leerá a estas horas, salvo nuestros competidores. Quiero dejar esa parte hasta las siete u ocho de la mañana, para que todos sepan que la exclusiva es nuestra. ¿Puedes enviarnos esa nota? ¿Tienes tu portátil?

—Sí.

—Bien. Quiero una nota periodística y tu relato de primera mano. Los competidores tomarán la primicia enseguida, pero tenerte allí en el lugar de los hechos, relatando lo vivido, nos pondrá en posición de ventaja. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. A la policía no le gustará.

—Claro que no. ¿Te preocupa?

—No.

La editora se ríe.

—Me alegra saber que sigues siendo uno de los nuestros. Llámame al móvil cuando envíes la nota. Estoy llegando.

Martin cuelga, sonriendo, divertido por el cumplido de Terri. Entonces, ve a Mandy, de brazos cruzados, con el ceño fruncido.

—Siete personas muertas y tú sonríes —dice. Se vuelve y cierra la puerta del dormitorio.

Martin no sabe qué hacer, cómo explicárselo, y concluye que a las dos de la madrugada no es el momento adecuado. En su lugar, saca el portátil y empieza a escribir.

Termina cerca de las cuatro, pero después de eso, dormita de a ratos en el incómodo sofá de la sala; el móvil suena cada media hora: los subeditores quieren verificar los hechos. Y Bethanie llegará a Longton y querrá reunirse con él. Cierra los ojos un momento para recobrar fuerzas, solo para que lo sacudan un instante después. Abre los ojos. Es Mandy.

Ya es por la mañana y le trae una taza de café.

Se incorpora, le duele el cuello. El sol entra por las ventanas. El primer sorbo de café hace que quiera creer en Dios.

—Gracias —dice, observando su rostro con atención.

—Leí tu crónica —responde ella—. Le salvaron la vida a ese chico.

Le entrega su iPad.

Un subeditor le ha dado a su relato de primera mano un titular emotivo.

Una lucha contra la muerte en la noche

Por Martin Scarsden, desde Hummingbird Beach

Lo encontramos en la playa. Moribundo, solo en la oscuridad.

Las olas lamían sus pies, la muerte acechaba para llevárselo. Comenzaba a convulsionar, entrando en paro cardíaco. Creímos que llegábamos tarde.

No sé su nombre. No importó entonces, ahora tampoco importa.

Mira a Mandy. No sonríe, pero se la ve serena.

—Anda, haz lo que tengas que hacer. Hablaremos cuando esto termine. —Se gira; luego, se vuelve para mirarlo—. Y por el amor de Dios, date una ducha y cámbiate de ropa.

Pero Martin no se mueve. Baja la vista hasta las últimas líneas de su nota, deseando que fueran diferentes, que todo fuera un sueño:

Los encontramos dentro de su cabaña, todavía abrazados, todavía enamorados. Pero llegamos demasiado tarde.

No fue posible salvar a todos.

SÁBADO

CAPÍTULO 22

El hospital de Longton está sitiado: el aparcamiento hierve con cámaras, fotógrafos, cronistas de radio y unidades móviles de televisión. Una masa palpitante de ambición, hambrienta de hechos, sedienta de noticias. Con Hummingbird Beach clausurada y la escena del crimen fuera de alcance, los medios se han apostado frente al hospital, donde media docena de personas luchan por vivir. Es una cuestión de vida o muerte, y se transmite en directo: noticias al instante, en el momento en que ocurren, noticias que el público "necesita saber".

Martin da vueltas por el lugar, buscando un sitio para aparcar. Deja el Corolla bajo el sol a unas manzanas, porque no consigue nada más cerca. Debería haberlo imaginado. Si algún medio dudaba en enviar reporteros, esa vacilación se borró rápidamente por las crónicas que escribió él mismo, que ya se expanden como metástasis por todo el país y más allá. Una secta religiosa, orgías con drogas, siete muertos, una estrella de televisión. Y el factor X: el misterio de lo ocurrido y quién fue el responsable. No hay historia más atractiva que esa. Los británicos, con su curiosa afición por las telenovelas australianas, se han vuelto locos: Garth McGrath, estrella de *Aguas del paraíso*, ha muerto a los treinta y cuatro años, víctima de una secta de sexo y drogas. Al no tener que preocuparse por asuntos de jurisdicciones, la prensa sensacionalista londinense ya camina sobre la cornisa del absurdo, compitiendo con las redes sociales para ofrecer las teorías más escandalosas, morbosas y disparatadas. Las propias redes sociales se han vuelto feroces: muestran fotografías borrosas de la escena de muerte, generan noticias falsas y humor negro. Frente a la entrada del hospital, una montaña de coronas de flores se agranda cada vez más: ya trepa por el cartel de ladrillos que reza "Hospital Regional de Longton". Un grupo de mujeres de mediana edad se abrazan entre lágrimas junto al improvisado homenaje, acompañándose en su dolor bajo la mirada hambrienta de los teleobjetivos.

—Martin Scarsden, me alegra verte —dice una voz resonante, grave, cargada

de solemne autoridad. Doug Thunkleton, el reportero de televisión—. Debí imaginar que te adelantarías a todos nosotros.

—Hola, Doug.

—Excelente artículo. De puta madre.

—Gracias. ¿Has vuelto a las noticias?

—Reportero en el lugar de los hechos, como tú. Conseguí material buenísimo.

—¿Pudiste entrar?

—No hizo falta. Conseguí lo mejor de los vídeos grabados con un móvil y una entrevista con el *hippy* que los grabó.

—Ya. ¿Y ahora qué?

—Los médicos prometieron una rueda de prensa a las diez, con información actualizada de las víctimas. Lo más reciente que han revelado es que hay cuatro en estado crítico, cuatro graves, una docena o más en observación. Se llevaron a un par en helicóptero a Brisbane, pero al resto los atenderán aquí.

—¿Por qué a Brisbane?

—Está más cerca que Sídney.

Martin se vuelve para observar el hospital. En la entrada, ve a un policía y a un guardia de seguridad.

—¿Alguien ha podido entrar?

—Ni hablar. Intentamos disfrazar a un cámara de enfermero, pero no tuvimos suerte.

—¿No utilizaste la chequera?

—¿Por quién me tomas?

—Así que no funcionó, ¿eh?

—Nah. Seguimos aquí fuera, esperando. Escuché que allí dentro es un infierno. Les están dando el alta a todos los que pueden, solo para hacer sitio a otros.

—¿En serio?

—Ajá. Estamos tratando de hablar con la gente cuando sale.

—¿Conseguiste algo?

—No mucho.

—De acuerdo. Gracias, Doug. Nos vemos.

—Eh, Martin, mientras esperamos, ¿permitirías que te hiciera una entrevista rápida? Por lo que sé, eres el único periodista que logró entrar a Hummingbird Beach.

Martin suspira. Es lo que menos desea.

—Por supuesto, colega, pero hagámoslo un poco más tarde.

No ha dado más que unos pasos cuando otra voz lo detiene.

—¡Martin! —Es Bethanie Glass.

—Bethanie. Has llegado muy rápido. ¿Has dormido algo?

—Poco. ¿Tienes novedades?

—No. ¿Tú?

—Tampoco. Fui a Hummingbird Beach, pero hay un cordón policial; imposible acceder. Luego, me vine hasta aquí. ¿Has hablado con Terri?

—¿Esta mañana? Aún no.

—Tienes que llamarla. Habla maravillas de ti. Te adora. Quiere que te quedes con nosotros. Deberías llamarla y sacarle unos honorarios jugosos mientras todavía estás en la cima. —Bethanie sonríe.

—Gracias. Lo haré.

—¿Cómo quieres que hagamos esto?

—¿A qué te refieres?

—Al reparto de tareas.

—Bueno, uno de nosotros tiene que quedarse a la rueda de prensa.

—Lo haré yo —dice Bethanie—. Tú eres el que tiene contactos locales.

—Gracias, Bethanie. ¿Firmamos los dos?

—Por supuesto.

Martin observa el hospital, al guardia de seguridad y al agente de policía.

—Te veré en un rato. —Se dirige a la entrada.

—¿Eres de los medios? —pregunta el corpulento guardia de seguridad, hinchado por la importancia de su papel.

—Soy lugareño. De Port Silver —responde Martin, desviando la pregunta—. He venido a ayudar a un amigo. Van a darle el alta.

—¿Cómo se llama?

—Royce McAlister. Se metió en una pelea en la playa el otro día. Ha estado en observación.

—¿Fue ahí donde te dejaron ese ojo morado?

—Sí, traté de separarlos.

—Espera aquí —dice el guardia, y entra en el hospital.

Martin se vuelve hacia el policía.

—¿Eres de aquí?

—De Glenn Innes —responde el agente.

—Ya decía que no me sonabas. Mucho viaje para vigilar una puerta.

—Y que lo digas. No veo la hora de irme.

—Ya debe de estar todo bajo control. No creo que tengas que quedarte mucho tiempo más.

El policía lo mira con recelo.

—No lo sé.

El guardia vuelve a aparecer, se dirige al policía: —Sí, puede entrar. —Y luego a Martin—. Sígueme.

Martin va detrás de él hasta el mostrador de recepción. En el aire, se siente un zumbido de eficiencia, de gente que hace cosas, de urgencia controlada; un contraste absoluto con la inercia provinciana del día anterior y el caos de Hummingbird Beach durante la noche.

—¿Viene a ver a Royce McAlister? —pregunta una enfermera mayor, con voz firme y autoritaria.

—Así es.

—Bien. Sígame.

Royce está sentado en la cama. No parece sorprendido de ver a Martin ni cuando la enfermera anuncia que su amigo ha venido a buscarlo.

—Qué bien, colega —dice Royce.

—Los dejo; vístase y recoja sus cosas. Firme la salida en el mostrador de abajo cuando se vaya —indica la enfermera.

Esperan a que se marche antes de hablar.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —susurra Royce. Señala hacia el otro lado de la habitación—. Esta mañana había un viejo ahí. En cuanto llegó su mujer, lo enviaron a casa y trajeron a esa chica. —Martin observa a la joven que duerme plácidamente, conectada a los monitores, con dos vías en el brazo—. Esta es una habitación de hombres —susurra Royce—. Pero la dejaron aquí, me dijeron que debía irme, que llamase a alguien que viniese a buscarme. Estuve llamando a Topaz. Ayer la vi, y dijo que nos marchábamos. Ahora no responde.

Martin se acerca al joven y habla en voz baja.

—Está en el hospital, Royce. No sé si aquí o en Brisbane. —Y le cuenta lo ocurrido en Hummingbird Beach tan rápido como puede. Mucho antes de que termine, Royce aparta la vista y se queda mirando la pared y negando con la cabeza.

—¡Hostia puta, no me lo puedo creer! Ella sabe cómo manejarse con las

drogas.

Martin no sabe qué decir.

—Vamos, me vestiré e iremos a buscarla.

—No, no te vistas —dice Martin—. Está lleno de policías y gente de seguridad; nos echarían enseguida. Quédate con la bata, apóyate en mí. Si creen que estás ingresado aquí, no nos detendrán.

Royce lo mira, aprueba la idea.

—Buena jugada. —Junto a la entrada, hay un soporte con ruedas y una bolsa nueva de suero. Royce la toma prestada y se enrolla el tubo alrededor del brazo. Pero no tienen que ir muy lejos: solo a la siguiente sala. Cuatro camas, cuatro mujeres. Las cortinas están abiertas. Cuando hay vidas en peligro, la privacidad pasa a segundo plano.

—¡Topaz! —susurra Royce. La ha visto en una de las camas cerca de la puerta, dormida, inconsciente o en estado de coma; un monitor marca los latidos lentos de su corazón. Se acerca, olvidando el suero y a Martin—. ¿Topaz? —Se sienta en la cama, le acaricia el pelo.

En dos de las otras camas, también duermen mujeres, pero la que ocupa la última cama está despierta; se ha incorporado y mira por la ventana. Jota Hayes. Martin se acerca, se sienta a su lado en una silla de plástico, de espaldas a la puerta.

—Hola, Martin.

—Jota, ¿cómo te sientes?

—Como la mierda. Me lavaron el estómago y me llenaron de carbón. —Está visiblemente alterada; sus manos retuercen la manta. Lo mira con ojos llorosos —. ¿Es cierto? ¿Ha muerto gente? —Debe de ver la respuesta en los ojos de él, porque su rostro se contrae de temor—. ¡Dios mío! ¿Cuántos?

—Siete.

—¿Siete? ¡Ay, no! ¿Quiénes?

Martin alarga el brazo, le toma la mano. Está temblando.

—Garth McGrath. Un hombre, dos seguidoras, una pareja muy joven. —Al pensar en los inocentes enamorados, muertos, se le humedecen los ojos también a él—. Y el *swami* Hawananda.

—¿Dev? ¡Ay, Dios mío! —Se le abren los ojos de espanto ante la muerte de su amante—. ¿Ha muerto?

—Me temo que sí.

—¿Y estabas allí? ¿Lo viste todo?

—Fui después. Con Nick Poulos y el SES. Ayudamos, hicimos lo que pudimos.

Jota asiente; tiene la mirada vacía.

—Ya.

—¿Qué pasó, Jota? ¿Qué fue lo que salió mal?

—No tengo idea. La bebida estaba envenenada. Le pusieron algo. Es lo único que se me ocurre. Un error. Una tragedia.

—A ese ponche siempre le ponen algo. Todos lo saben.

—No. —Lo mira, convencida—. No. Dev es… era… muy cuidadoso. Controlaba las cantidades, se aseguraba de que todos fueran conscientes de lo que hacían, de lo que estaban tomando.

—¿Qué era exactamente?

—Alcohol. Solo eso, mezclado con especias. Tal vez, en el pasado haya agregado drogas, pero no últimamente. Después de que apareciese Garth y atrajese a los medios, hablé con él. Entendió el riesgo que significaba. Así que en los últimos meses era solo alcohol, especias y zumo de frutas.

Martin hace una mueca.

—No. Estuve allí el jueves por la noche, ¿lo recuerdas? La gente consumía algo más que bebidas alcohólicas.

Jota suspira.

—Tienes razón. Corre droga allí: marihuana, pastillas, lo que sea, pero eso no significa que él las consiga.

—No me refiero a drogas recreativas. Había Rohypnol o algo parecido.

Jota lo mira; sigue con expresión consternada, pero ahora se ha enfocado.

—¿La droga que usan para violaciones? ¿El jueves? ¿Estás seguro? —pregunta en un susurro.

—Sí. Me afectó mucho y también a Topaz. Y a Garth McGrath. Quizá a otros.

Jota niega con la cabeza, incrédula.

—Yo estuve allí el jueves. No tomé nada. —Frunce el ceño, desconcertada—. ¿Garth? ¿Por qué volvería a drogarse a la noche siguiente? —Recorre la sala con la vista—. ¿Y Topaz? Ella también estuvo las dos noches.

Martin sigue la mirada de ella: Topaz continúa inconsciente. Royce está sentado en su cama, sosteniéndole la mano, susurrándole. Es una buena pregunta: ¿por qué lo harían? Vuelve a mirar a Jota Hayes. Le corren lágrimas por las mejillas; intenta secárselas con el dorso de la mano, pero sus

movimientos son torpes y dejan rastros en la piel. Martin la observa: está destrozada, la realidad de la muerte de su amante le ha desgarrado las emociones. Sabe que debería dejarla llorar o quedarse para consolarla. Esas serían las opciones honorables. Pero insiste, sabiendo que tal vez no tendrá otra oportunidad.

—¿Tuvisteis problemas alguna vez con el Rohypnol?

Ella asiente.

—Sí. Que yo sepa, una sola vez. Hace uno o dos meses. Me enteré después. —Baja la vista, no le sostiene la mirada—. Fue lo mismo, solo que afectó a unas pocas personas.

—¿Es posible que el *swami* no haya sido completamente sincero contigo?

—¿Dev? —Sus ojos se encienden, se pone a la defensiva por un momento—. No. De ninguna manera. Y no sé quién echó Rohypnol a las bebidas, pero el ponche no las contenía.

—¿Estás segura?

—De haber contenido algo, todos se hubieran visto afectados.

—¿A quiénes afectó esa primera vez?

Ella lo mira, sonríe; la sonrisa se ve extraña en su rostro devastado.

—Hay una regla: lo que sucede en Hummingbird Beach queda en Hummingbird Beach.

—¿Crees que la policía estará de acuerdo con eso?

La sonrisa se le borra.

—No. Era una regla de Garth. Pero ahora está muerto.

—Entonces, ¿a quiénes afectó?

—A Garth. A Jasper Speight. —Levanta la vista, lo mira—. Y tal vez a tu novia, Mandalay.

Sus palabras lo paralizan, le descarrilan los pensamientos. Mandy en Hummingbird Beach. Con Jasper; con Garth. Siente el pecho oprimido; por un momento, le cuesta respirar. Jota ya había dicho que Mandy había estado en Hummingbird Beach, pero él alejó esa información, la diluyó, convenciéndose de que solo había ido a curiosear, no a participar. ¡Dios! Se obliga a seguir adelante, reprime sus emociones y las guarda en una caja, como ha hecho tantas veces antes; las anula, recurre solo a su intelecto, como un piloto que vuela con un solo motor.

—Como dices, parecería que el Rohypnol no tiene relación. En ambas

ocasiones, solo afectó a unas pocas personas, nadie se intoxicó. Pero esta vez, se intoxicaron todos. El vector obvio es el famoso brebaje. ¿Quién lo preparó?

—Dev. Lo sirve de un cuenco ceremonial.

—No es lo que recuerdo. Al menos, no fue así el jueves.

—No, la poción solo se reparte cada dos viernes, al final de un retiro intensivo de dos semanas. Lo sirve con un cucharón en vasos pequeños. Se supone que es una especie de liberación después de dos semanas de abstinencia, una celebración por volver al mundo.

—Él estuvo allí el jueves. No hubo cuenco, pero servía algo de una botella grande de Coca-Cola. Yo tomé un poco.

Jota esboza una sonrisita.

—¿Qué quieres que te diga? Le gustaba la fiesta.

—¿En serio?

—Sí. Ese día seguro no había nadie del retiro intensivo, era jueves. Los recordarías si hubieran estado. Para entonces, tendrían símbolos de henna en la frente. Se hacen más grandes a medida que pasan las dos semanas.

Martin piensa un momento, hurga en su memoria traicionera. Recuerda al gurú sentado en posición de loto, frente a una chica bonita, pero no recuerda ningún símbolo en su cara.

—Entonces, ¿quién tomaba ese brebaje suyo, la poción? ¿Solo los del curso?

—No, ellos iban primero, recibían su pequeño vaso servido del cuenco. Luego, podían ir los que quisieran. La idea era que los participantes volvían a incorporarse al mundo; así, ayudaba a que el mundo también participara. Creo que esa era la teoría. En las semanas intermedias, siempre había una fiesta. No estaba ligada a él, en realidad, pero solía aparecer. Como hizo el jueves.

—¿Entonces, hay dos tipos de fiestas? ¿Eso me estás diciendo?

—Sí. La ceremonia se hacía cada dos semanas. Al principio, solo participaban el *swami* y un par de seguidores; después, se fueron sumando los que acampaban. Después, empezó a correrse la voz y la gente venía en autobús desde el hostal del pueblo. Así que ahora hay fiestas todos los viernes, aun en las semanas intermedias, cuando los del retiro no participan.

—¿Pero el *swami* asistía de todos modos?

—Casi siempre. Era una especie de atracción. —Sonríe por un segundo, como ante un recuerdo agradable.

—¿Y quién organizaba esas fiestas?

—Nadie. Sencillamente, se volvieron algo habitual.

—Pero venía un autobús del hostal, conducido por Harry.

Jota asiente, frunce el ceño.

—Es cierto.

—¿Harry proporcionaba las drogas?

—No lo sé con certeza, pero la gente del hostal siempre estaba más drogada que los demás. Así que es probable.

Martin baja la voz, intentando ser delicado, aunque sabe que no lo consigue.

—La policía se preguntará si el swami lo hizo de manera intencionada.

—¿De qué hablas?

—Asesinatos. Suicidio. Hay algunos medios que ya lo están insinuando.

Ella niega con la cabeza una y otra vez, expresando su incredulidad mucho después de que Martin ha captado el mensaje, como si tratara de convencerse a sí misma y a él.

—No. No había indicios. Nada de eso. Decía que quería quedarse en Hummingbird Beach por mucho tiempo.

—¿Dónde preparaba la poción? ¿En la cocina común?

—No. Arriba, en su refugio, su lugar de retiro, o en su cabaña, siempre solo. La bajaba en una botella grande de Coca-Cola, como la que viste; luego, la vertía en el cuenco. —Le viene una idea de pronto y se lleva ambas manos a la boca, abre mucho los ojos—. ¡Me dijo que alguien había estado hurgando entre sus cosas!

—¿Cuándo? ¿Ayer?

—No. Hace una o dos semanas.

—Debes contárselo a la policía. Querrán saberlo. —Ella asiente—. Pero explícame algo: dos fiestas con drogas dos noches seguidas, ¿es algo habitual?

—No. No recuerdo que haya sucedido antes.

—¿Crees que él era genuino? —pregunta Martin.

—¿En qué sentido?

Martin recuerda al *swami*, vestido con ropa de calle y un sombrero panamá, reunido con Tyson St. Clair en Longton.

—¿Creía realmente en lo que hacía?

Ella sonríe con cierta ironía.

—Por supuesto. Era muy genuino. A mí me ayudó.

—¿Cómo?

—Con meditación. Reflexión. Aprender a perdonar.

Martin mira por la ventana. Dicho así, suena casi atractivo.

—¿Entonces, practicaba lo que predicaba?

—A su manera. Era poco ortodoxo, pero auténtico.

—¿Poco ortodoxo en qué aspectos?

—Después de que abandoné el surf, pasé un tiempo en la India, en *ashrams,* comunidades espirituales bajo la guía de un gurú. Tratando de encontrarme a mí misma.

—¿Y?

—Me hizo bien, salvo por la disentería que me pesqué.

—¿Y qué tiene que ver eso con él?

—Que no viene de esa tradición. Tiene algunos cánticos, pero nada tomado de las escrituras. Si se hubiera formado con un gurú, habría sido más parecido a todos los demás. Pero eso no significa que fuera un farsante.

—Supongo que no —responde Martin, y decide no discutir la definición de farsante.

Se quedan en silencio un rato, sumidos en sus propios pensamientos.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí? —Morris Montifore está en la puerta, indignado, furioso.

—Morris, tengo que contarte algo —dice Martin, y se pone de pie.

—¡No, de ninguna manera! —replica Montifore, tomándolo del brazo y llevándolo al pasillo—. ¡Escúchame bien: no estamos en contacto, no me llamas por mi nombre ni me tuteas y ni se te ocurra, bajo ningún concepto, llamar a mi móvil!

—Estoy tratando de ayudar.

—¿Ayudar? ¿Infiltrándote en la escena de un crimen y luego informando de ello en el *Herald*? Me dijiste que habías dejado el periodismo.

—¡Salvé una vida en esa escena del crimen!

Montifore hace una pausa, paralizado por la furia.

—¿Es una amenaza?

—¿Qué?

Montifore se mira los zapatos, como si contara hasta diez. Se calma un poco.

—De acuerdo. Dime. ¿Qué es tan importante?

—Las fiestas con drogas. Hace meses que ocurrían. A veces, eran solo alcohol y marihuana. A veces, éxtasis. Pero puede que no haya sido el *swami* quien proporcionaba las drogas, al menos no últimamente.

—Lo sabemos.

—Estuve en una de esas fiestas la noche del jueves. Había algo más. Rohypnol.

Eso capta la atención del inspector.

—No tienes forma de saberlo con certeza.

—Puede ser, pero sé cómo puede averiguarlo. Ayer estuve aquí mismo. En este hospital. Con esa jovencita que está en coma en esa cama de allí, la que está con el novio enamorado. Se llama Topaz. Nos tomaron muestras de sangre a ambos. Le doy permiso para analizar la mía. Le firmo una autorización si hace falta. Compárela con lo que tenga de anoche.

Montifore entiende la lógica.

—¿Estás insinuando que esto fue una escalada, dos noches seguidas?

—Tal vez. O quizá no estén relacionadas. —Está por añadir algo, contarle al policía lo de la vez anterior, pero se contiene. Jasper y Mandy juntos en Hummingbird Beach: no es un dato que quiera introducir en esa trampa para osos que es la mente de Montifore.

El detective no nota su vacilación.

—De acuerdo. Bien. Pero ahora, vete. No puedes estar aquí. —La instrucción es clara, pero su voz se ha suavizado, ha perdido hostilidad.

Martin se dispone a marcharse, pero dice: —Tengo que llevarme a Royce. Ya le han dado el alta y han ocupado la cama.

—De acuerdo. Llévatelo rápido. Ah, Martin…

—¿Sí?

—Ese muchacho de la playa, el que salvaste…, gracias. Yo no lo había visto.

—Es lo menos que podía hacer.

Montifore asiente; un gesto breve, casi imperceptible de gratitud.

Martin vuelve a entrar en la sala.

—Vamos, Royce, tenemos que irnos.

—¿No puedo quedarme con ella?

Martin se encoge de hombros.

—Supongo que sí. Pero igual tienes que cambiarte y recoger tus cosas. Ya han ocupado tu cama.

Fuera, en el aparcamiento, el día está caluroso y la temperatura sigue subiendo. No sopla viento, ni brisa marítima, ni siquiera una exhalación caliente desde el interior. El verano se extiende, se estira hasta marzo, con su poder intacto.

Martin ve a Doug Thunkleton al acecho y se refugia a la sombra de un

jacarandá. Teclea un nombre en su teléfono y llama. Jack Goffing. Agente de ASIO, el servicio de inteligencia australiano. Ambos habían trabado cierta amistad durante las investigaciones en Riversend y se habían brindado ayuda mutua para salir de situaciones complicadas. Tal vez, Jack pueda ayudarlo ahora.

—Martin. Veo que otra vez estás metido hasta el cuello.

—Es una forma de verlo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Has visto las noticias?

—¿El "Jonestown australiano"?

—¡Por Dios! ¿De verdad dijimos eso?

—¿Quién no lo ha hecho?

—Jack, sobre el *swami* que murió, Dev Hawananda: en las fiestas, solía repartir una especie de brebaje, una poción. Puede que él mismo lo haya envenenado con algo o que otra persona le haya puesto algo. ¿Sabes de lo que te hablo?

—Sí. Leí tu artículo, entre otros. Bien hecho, por cierto.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea un impostor?

—¿Quieres decir que no era realmente una divinidad?

Martin percibe el sarcasmo en el comentario del agente de inteligencia, pero no comparte la ironía: él estuvo allí, vio a los muertos y a los moribundos.

—No, lo que quiero decir es que quizá no haya sido realmente un *swami*, un gurú. ¿Hay alguna forma de comprobarlo? ¿De saber si era quien decía ser? ¿Revisar su pasado en la India, tal vez?

Hay un silencio. Luego: —Morris Montifore está ahí. Cuéntale tus sospechas. No me necesitas a mí.

—Montifore no da abasto, tiene la cabeza como una olla a presión. No puedo ni acercarme a él, y si lo hiciera, seguro que estallaría. Si descubres algo, te prometo que se lo pasaré.

—¿Antes o después de publicarlo? —pregunta Goffing, otra vez con humor.

—Antes, por supuesto. Así incluyo una cita textual.

Esta vez Goffing suelta una carcajada.

—Está bien, veré qué puedo hacer. Pero recuerda que es sábado. Tienes suerte de que esta tarde justo tenga que trabajar.

—Ah, Jack, una cosa más. —Martin lo ha recordado de pronto—. Aquí hay

una pareja joven: un australiano llamado Royce McAlister y su novia estadounidense, Topaz Throssel. Ambos veinteañeros. Hay algo raro en ellos.

—¿Raro en qué sentido?

—Intentaron extorsionar a alguien por dinero. El chico dice que Topaz sabe moverse en el mundo de las drogas, pero estuvo en las fiestas de Hummingbird Beach el jueves y el viernes, y ahora está en el hospital, en coma y con suero.

Goffing no responde enseguida. Con otro interlocutor, Martin habría perdido la paciencia, pero ha aprendido a valorar la cautela del agente.

—No entiendo —dice Goffing por fin—. ¿Qué se supone que debo investigar?

—No estoy seguro. Antecedentes penales, tal vez. Alguna condena. Puede que todo este desastre sea el resultado de una estafa que salió mal.

—¿Se lo dijiste a Montifore?

—No tengo nada concreto para contarle, todavía no.

Goffing promete investigar lo que pueda, y cuelga.

Martin echa a andar, pero solo ha dado unos pasos cuando lo intercepta Doug Thunkleton, con su equipo de cámara preparado y expectante.

—Muy hábil —dice el reportero de televisión—. ¿Cómo lograste entrar? —Señala el hospital con un movimiento de cabeza.

—Gracias a mi encanto de lugareño.

—¿Tienes tiempo para una entrevista rápida?

—¿No deberíamos esperar a que termine la rueda de prensa?

Thunkleton mira su reloj y frunce el ceño.

—Supongo que tienes razón. ¿Justo después, entonces?

—De acuerdo. Búscame cuando acabe.

Martin lo observa volver con el resto de la jauría de periodistas. Cada vez se hace más numerosa: llegan reporteros de Sídney y de otros estados. Es la noticia nacional más importante y se agranda a cada momento. Él la huele, le sigue el rastro. Quiere llegar a Port Silver lo antes posible, no distraerse, seguir las pistas y difundir los hechos al mundo. Primero, localiza a Bethanie y confirma que cubrirá la rueda de prensa. Luego, regresa a su coche y, envuelto en el gruñido del escape averiado, conduce hacia el escarpe y Port Silver.

Pero la carretera no se pone de su lado: no le importan las historias, los plazos de entrega ni los egos de los periodistas. Es demasiado estrecha, hay demasiado tráfico entre las curvas cerradas y ningún sitio donde adelantar a otros coches. Queda atrapado detrás de un camión que desciende la montaña en primera,

bufando. Tyson St. Clair tiene razón: Port Silver no crecerá mucho más sin una nueva vía de acceso. Justo cuando cree que no podría ir más despacio, el camión se detiene por completo, con un silbido de los frenos neumáticos. Con cautela, Martin se abre un poco para ver si puede adelantarlo, pero enseguida entiende el problema: más abajo, otro camión, idéntico al de delante, sube la montaña. Está haciendo un precario giro de tres maniobras en una curva cerrada, mientras un automovilista solidario le hace señas con los brazos. Martin vuelve a su carril, frena y enciende los intermitentes de emergencia. Esto va a llevar una eternidad: primero, el camión que sube; después, el que baja, que tendrá que repetir la misma maniobra para sortear la curva… y después, las dos o tres curvas más que quedan. Suspira, trata de convencerse de que no importa, de que no tiene un plazo que cumplir. Pero la inmovilidad lo inquieta, le roba la concentración, lo aleja de su propósito. Quiere centrarse en la intoxicación masiva, en poner en duda la autenticidad del *swami*, en averiguar el origen del Rohypnol, en pensar en la misteriosa desaparición de Amory Ashton, en especular sobre Royce y Topaz, y el papel de Harry. Quiere pensar en cualquier cosa menos en Mandy, en Hummingbird Beach, con Jasper y Garth. Pero el tráfico está detenido; no hay escape. La revelación de Jota vuelve a salir de la caja de su mente, libre de confinamiento. ¿Qué significa? ¿Acaso Mandy le fue infiel? ¿Mintió sobre la pelea con Jasper en el club? ¿Le mintió también a la policía? En Riversend, también había tardado en decir la verdad sobre su relación con el cura homicida. Él se había dejado deslumbrar por su belleza y creyó todo lo que le dijo. Pero eso fue antes, cuando ella todavía no lo conocía, antes de que fueran amantes, antes de que empezaran a planear un futuro juntos. Ahora todo era distinto, ¿o no? Pero ¿por qué no le contó que había estado en Hummingbird Beach? En cambio, le dio una bofetada cuando se enteró de que él había pasado la noche allí. Y ahora no puede preguntarle a Jasper ni a Garth, y la sola idea de discutirlo con ella le revuelve el estómago.

Inquieto por el torbellino de pensamientos, baja del coche, como si pudiera dejarlos dentro. El camión que sube hacia Longton avanza lentamente cuesta arriba, seguido por una caravana de coches. Estará atrapado allí un buen rato mientras el camión que tiene delante espera a que pase el tráfico para ejecutar su propia pirueta en la curva. Martin se aparta de la carretera. El sol se mueve con él, filtrándose entre los árboles como un estroboscopio en cámara lenta. "¿Ves el mar?", le pregunta su padre. Él mira hacia la distancia, por encima del

verde de la vegetación, por los huecos entre los eucaliptos. Y allí está: el mar, una delgada línea horizontal que separa un tono de azul de otro. El mar. Ve el mar. Lo único que tenía que hacer era detenerse el tiempo suficiente para buscarlo.

CAPÍTULO 23

No hay flores ni homenajes en la entrada de Hummingbird Beach, solo una agente de policía de aspecto adusto, con los brazos cruzados; su coche patrulla está atravesado en el camino angosto detrás del guardaganado. Martin apaga el motor del Corolla y silencia, por fin, el escape cada vez más rebelde. Se acerca a la mujer. Es joven, lleva el pelo corto y oscuro, y gafas de sol. No espera a que él hable.

—Es la escena de un crimen. No se permite la entrada.

—Me estaba alojando aquí —dice Martin con tono conciliador—. Solo he venido a recoger algunas cosas mías y de un amigo.

La agente se quita las gafas y lo mira sin pestañear.

—Usted es Martin Scarsden. Es periodista. Si da un paso más, lo arresto.

—Estuve aquí anoche —insiste él—. Como parte del SES. Salvamos vidas. Me dijeron que podía volver a por mis cosas.

Los ojos de la agente se clavan en los suyos, sin un rastro de compasión.

—Soy graduada de la academia policial de Goulburn
—dice en voz baja.

Martin parpadea. ¿Por qué le dice eso?

—Me gradué el mismo año que Robbie Haus-Jones. El hombre más amable que he conocido. —Su voz sigue siendo baja, carente de emoción.

Mierda. Ahora lo entiende. Robbie Haus-Jones, el joven policía que se había hecho amigo suyo en el interior y que tanto lo había ayudado; el joven policía que ahora se recuperaba de quemaduras de tercer grado, que había sido suspendido de la fuerza y enfrentaba cargos criminales. Robbie. El pobre Robbie.

Martin ni siquiera intenta responder. Vuelve al coche, retrocede con cuidado, intimidado por la mirada implacable de la agente. Cuando finalmente se aleja de su presencia condenatoria, logra girar el coche y alejarse. ¿Y ahora qué? No lo sabe. Por un instante, piensa en ir a la fábrica de quesos, buscar una canoa o un kayak, remar por la orilla de la marisma, salir por el estuario y llegar a

Hummingbird Beach. Pero ¿qué canoa?, ¿qué kayak? Más fácil sería aparcar en el puente, meterse al agua y nadar por el cabo del acantilado hasta la playa. ¿Y después, qué? ¿Aparecer como el monstruo de la laguna negra y terminar detenido? Genial. Podrían exhibirlo ante Doug Thunkleton y el resto de la prensa: "Prueba instrumental A: un imbécil". Llega al cruce con Ridge Road. Ridge Road… Recuerda el sendero para peatones que lleva desde la calle al mirador del cabo. Había una bifurcación y un sendero que bajaba hacia la playa, del lado del campamento donde se alojaban los seguidores del gurú. ¿Qué había dicho Jota sobre la forma en que preparaba su poción? "Arriba, en su refugio, su lugar de retiro, o en su cabaña, siempre solo. La bajaba en una botella grande de Coca-Cola". ¿Arriba, en su lugar de retiro, su refugio? ¿La bajaba? Vale la pena investigar.

Minutos después, deja el coche en la entrada del sendero, en el mismo sitio donde había aparcado tres días atrás. El sendero sigue igual, el rumor de las olas también, pero hoy la naturaleza no lo impresiona, no la siente tan viva. No hay viento; tal vez, sea eso, nada que alivie el calor cada vez más intenso. El sendero que baja hacia el sitio de acampada de Hummingbird Beach está exactamente donde lo recordaba. Empieza a descender y entonces, por encima del campamento, como si su imaginación la hubiera hecho realidad, ve una cabaña solitaria a la derecha, sobre un saliente de roca, oculta del sendero por una cortina de vegetación. Sigue un camino estrecho hasta un lateral de la cabaña y sube los peldaños de una pequeña terraza. Puede que la cabaña sea modesta, pero la vista es deslumbrante: estar en esa terraza es respirar gozo puro. El panorama se abre hacia el norte, con dunas, playas interminables y el rugido del mar en Treachery Bay, hasta una lejana línea verde azulada donde el acantilado se une con el océano.

Al principio, la puerta no cede. Martin duda: no quiere usar las manos ni dejar huellas de su presencia. Se aleja de la terraza, recoge un par de ramas y las utiliza para hacer palanca.

El interior es una sola habitación, aún más pequeña que las cabañas para huéspedes cerca de la playa. El aire está cargado con el olor del incienso y de las especias; el ambiente es espeso en el espacio cerrado. Una gran cama domina la habitación: alta, protegida por telas de seda multicolor en lugar de un mosquitero. En el suelo, hay un envoltorio de un preservativo. Martin se detiene al comprender que la policía no ha pasado por allí. ¿Es posible que aún no sepan de la existencia de esa cabaña?

Mete las manos en los bolsillos, para no dejar rastros de su presencia. Delante de la cama, hay una alfombrita de oración. Martin imagina al gurú allí, en posición de loto, con la puerta abierta de par en par y el mundo delante de él, como un dios que contempla la tierra desde lo alto. En una pared, cuelga una escultura de Shiva; en la otra, una de Krishna. Martin saca fotos con su teléfono. Hay un armario de madera —balinés, supone— sobre el cual descansa un sombrero panamá. Dentro, varias túnicas y, en incongruencia absoluta, camisas de vestir y pantalones chinos; ropa de calle, como la que el *swami* llevaba en Longton cuando lo vio hablando con Tyson St. Clair. Martin fotografía las prendas. En el fondo del armario, encuentra un montón de diferentes tipos de calzado: sandalias orientales, zapatos y botas occidentales y, junto a ellos, una maleta antigua, una reliquia de cartón laqueado con refuerzos de madera pulida y pegatinas descoloridas. Martin coge un trapo, levanta la maleta, fotografía el exterior. Las pegatinas dicen Madrás, Londres y Bombay. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Madrás se llama Chennai y Bombay se llama Mumbai?

Martin coloca la maleta sobre la cama y, protegiéndose las manos con un trozo de seda, la abre con cuidado. Dentro hay algo de ropa: jerséis gruesos y prendas de invierno. Martin revisa el contenido. Debajo de la ropa, encuentra una guía muy usada, una *Lonely Planet* vieja de la India. La levanta. Entre sus páginas, hay varias postales. Postales. Martin contiene el aliento. Con manos torpes, cubiertas de seda, abre el libro con cuidado y estudia una por una las postales antes de devolverlas a su sitio. Hay un retrato en blanco y negro de un santo hindú identificado al reverso como el *swami* Brahmanda Saraswati; otra muestra a los Beatles con el Maharishi Mahesh Yogi; una tercera, a Bhagwan Shree Rajneesh con ropaje naranja y expresión satisfecha. Las tres restantes son fotos de deidades hindúes: Brahma, Vishnú y Ganesha. Ninguna tiene nada escrito al dorso. Postales religiosas. Martin se devana los sesos tratando de encontrar una conexión con la postal que Jasper Speight tenía en la mano cuando lo mataron. Pero no hay ninguna, nada concreto. Devuelve el libro al fondo de la maleta y baja la tapa. Está a punto de guardarla de nuevo en el armario cuando lo asalta una idea, una sospecha. Vuelve a colocarla sobre la cama y la abre. Allí, en la parte interior de la tapa, sobre una cinta adhesiva azul, está escrito el nombre del dueño: ¿*swami* Dev Hawananda? Pero ¿por qué escribir su nombre en una cinta tan fácil de despegar? Martin intenta levantarla, pero con las manos envueltas en seda le resulta difícil. Deja a un

lado la tela y usa las uñas. Trabaja despacio, no quiere rasgar la cinta ni dañar la superficie. Pronto logra despegar lo suficiente para distinguir el comienzo de otra escritura: otro nombre. Con cautela y un creciente nerviosismo, sigue despegando hasta revelarlo por completo. No conoce el idioma, no es hindi ni sánscrito. Es escritura cirílica, o tal vez griego. Martin toma el teléfono y fotografía el nombre: *Μύρον Παπαδόπουλος*.

Durante unos segundos, piensa en llevarse la maleta. En un tiempo, no lo hubiera dudado. En su juventud, como corresponsal extranjero, la habría robado sin dudarlo, indiferente a las consecuencias, con desprecio por las leyes locales. Pero ahora eso es imposible. No puede sustraer una prueba que podría ser útil para la policía. ¿Qué ha cambiado? ¿Él o solo la jurisdicción? Si estuviera en la India, ¿sería igual de respetuoso con la policía? ¿Tendría miedo? No importa, no puede llevársela. Vuelve a alisar la cinta, frotándola con el trozo de seda para asegurarse de que quede bien adherida y borrar sus huellas dactilares. Cierra la tapa, coloca la maleta en el suelo y la fotografía desde varios ángulos antes de devolverla al armario. Sabe que debe irse; no habría excusas si la policía lo encontrara allí. Pero también sabe que es su única oportunidad; nunca volverán a dejarlo entrar, menos con las pertenencias del muerto aún en su sitio. Examina la habitación. ¿Qué busca? ¿Qué se le ha pasado por alto? Entonces, lo comprende. Levanta la tela de seda que protege la cama y sube al colchón. Y ahí está; en un estante sobre el cabecero, un mortero con su mano de piedra. Se queda de pie sobre la cama, jubiloso ante su hallazgo. Junto a los utensilios, hay una botella de cristal oscuro y una caja estrecha de madera de sándalo. No mueve la caja, solo la abre, levanta el pestillo de bronce, con las manos cubiertas por la seda. Dentro hay seis pequeños frascos de medicina con tapas metálicas y una bolsa de plástico con pastillas. Las etiquetas de los frascos son viejas, difíciles de leer. Martin saca el teléfono y toma varias fotos, acercando el lente todo lo posible. ¡La madre que lo parió, ese teléfono es lo máximo! Luego, cierra la tapa, baja de la cama y sale de la cabaña con el corazón desbocado.

Sucumbe ante el torrente de excitación. Es una bomba. Una primicia. Dentro del refugio del líder de una secta, los venenos dispuestos en fila; las imágenes contarán la historia. Martin Scarsden les saca ventaja a todos, hasta a la policía. Echa a andar, casi brincando, por el sendero, mientras los titulares cobran forma en su mente: que Terri y los traidores del *Herald* vean lo que ha

conseguido. La primera plana lo espera. Se detiene un instante y respira hondo. El aire sabe a sal y a reivindicación. Y ahora es libre de escribir lo que quiera, de afirmar lo que quiera: los muertos no presentan demandas judiciales. Sin embargo, las dudas comienzan a arrojar su sombra. Sabe que está a salvo allí; incluso si la policía subiera por el sendero desde la playa, él está lejos. ¿Entonces, por qué duda? Algo lo atraviesa como una punzada. ¿Son remordimientos? No. ¿Responsabilidad? Tampoco. ¿Culpabilidad? Tal vez. ¿Puede realmente descubrir una prueba como esa y guardársela para sus artículos sin avisar antes a la policía? ¿Puede salir impune de algo así? Se queda paralizado en el lugar, el impulso de brincar ha desaparecido. Tiene que avisarles; de lo contrario, ¿cómo podría usar ese material? Corre el riesgo de que lo acusen de ocultar pruebas, lo que lo convertiría a él en la noticia. Sus competidores no dudarían en hacer leña del árbol caído, condenarlo por falta de ética: "El hombre que entorpeció una investigación por homicidio". ¿Existe alguien más moralista que un periodista al que le han robado la primicia? Joder, ¿cómo salir de esto? Y entonces, entiende la verdadera razón de su vacilación. No se trata de la noticia ni de la reacción de la policía. Ni siquiera de cómo pueda afectar a Mandy. No, esas son cuestiones prácticas; se trata de la muerte de siete personas y de quién las mató. La imagen le vuelve a la mente: la parejita tendida en la cama; sus bellos cuerpos convertidos en carne inerte; les han robado la inocencia, les han robado la vida. Se trata de Jota Hayes, que llora por su amante muerto. Se estremece. Como siempre, ha puesto la historia por encima de todo, sin pensar en las consecuencias. Y en ese instante, comprende lo que tiene que hacer; ¿cómo pudo siquiera haber pensado en otra cosa?

Libre de dudas, echa a andar a zancadas hacia el coche, usa la llave para abrir el maletero. Levanta la alfombra raída, deja al descubierto el compartimiento de la rueda de repuesto, apaga el teléfono y lo esconde junto a la rueda. Baja la tapa del maletero, se asegura de que quede bien cerrado y de que el coche tenga la llave echada, y vuelve a bajar por el sendero; pasa junto al refugio, y sigue hacia el campamento de Hummingbird Beach. Al llegar al final, aún bajo la protección de los árboles, se detiene, recupera el aliento y se recompone, como un actor esperando su entrada. Entonces, da un paso hacia el claro.

La expresión en la cara de Lucic bien vale el precio a pagar. Mira, horrorizado, cómo Martin avanza tranquilamente hacia él; ya no escucha el acalorado intercambio que ha tenido con tres policías vestidos con monos de

plástico desechables con las palabras "SERVICIOS FORENSES" grabadas en la espalda.

—¿Qué tal? —pregunta Martin—. ¿Necesitan ayuda?

Pero Lucic no sonríe.

—Martin Scarsden, queda detenido por desobedecer deliberadamente una instrucción policial —ordena. Se vuelve hacia los otros agentes—. ¿Puede alguno ir a buscar unas esposas al coche, por favor? —Uno de los policías forenses se encoge de hombros y se aleja; queda claro que no está acostumbrado a detener gente.

De pronto, a Martin le cuesta mantener la actitud bravucona.

—En serio, he venido a ayudar. Tengo información vital.

Lucic niega con la cabeza.

—La agente que está en la entrada le prohibió el acceso. Debería haber acatado sus instrucciones.

—¡Es lo que estaba haciendo! Hasta que me di cuenta de que quizá iban a pasar por alto una prueba vital. Y hacer el ridículo. —Las palabras son provocadoras, pero Martin mantiene la voz lo más inocua posible.

Lucic muerde el anzuelo.

—¿Qué prueba?

Martin traga saliva. Lucic quiere crucificarlo; tiene que lograr que su versión suene convincente.

—Obedecí a la agente. Solo subí hasta el mirador, no a la zona acordonada. No crucé ninguna barrera policial. Quería ver si desde allí se veía la playa, por si nuestro fotógrafo podía lograr una toma con teleobjetivo de la policía en plena tarea. Al estilo *paparazzi*. —Se gira y hace un gesto vago hacia el acantilado.

Lucic mantiene la compostura.

—Siga.

—Hay un sendero que baja, un camino peatonal. Buscaba un punto de observación para el fotógrafo. Y entonces, la descubrí. —Hace una pausa para lograr su efecto.

—¿Descubrió… qué?

—La cabaña del *swami.*

—¿Qué?

—Su refugio.

—Tonterías. Ya hemos registrado su cabaña. Está por allí

—indica Lucic, señalando detrás de Martin.

—Tenía dos. La de arriba es su refugio, donde se retira. Está algo escondida, es fácil pasarla por alto. —Martin abre las manos—. No había cinta policial. Nada.

—¿Y cómo sabe que es la cabaña del *swami*?

—Jota Hayes, la dueña del lugar, me dijo que tenía un refugio, además de la cabaña. Eché un vistazo. Estaba llena de objetos indios: túnicas de seda, incienso, figuras de deidades hindúes. No parecía que la hubieran registrado. Iba a marcharme cuando oí sus voces aquí abajo y pensé que les interesaría saberlo. Antes de que escriba la noticia, claro.

Lucic lo mira como si quisiera reducirlo a cenizas.

—¿Estuvo dentro? ¿Tocó algo?

—Sí, entré. Por eso, me di cuenta de que era suya. Me pareció que debían saberlo, así que bajé a avisarles.

Lucic lo fulmina con la mirada, sopesa la situación y después sonríe con maldad.

—Aun así, lo voy a detener.

Martin se desespera. No pueden detenerlo, es el peor momento. Mandy lo necesita, el *Herald* lo necesita. Es hora de jugar algunas cartas.

—No, no va a detenerme —continúa con calma, sorprendido por su propio desparpajo.

—¿Y por qué no? —pregunta Lucic.

—Porque le contaré al juez de instrucción exactamente lo que ocurrió: que, a pesar de que me prohibieron la entrada, consideré necesario informar a la policía sobre una prueba que habían pasado por alto.

Ahora sí. Lucic hierve de furia, Martin lo ve en sus ojos, pero igualmente mantiene la compostura.

—¿Y por qué un juez le creería a un periodista y no a un sargento?

Martin niega con la cabeza, con aire casi compasivo.

—En realidad, no importa lo que diga el juez, este asunto se resolverá en el tribunal de la opinión pública. El *Sydney Morning Herald* publicará mi versión, igual que el resto de los medios. Contaré cómo intenté ayudar a la policía y me persiguieron por ello. Sus superiores podrán leerlo todo.

Lucic no responde. Se quedan inmóviles unos segundos, una tregua silenciosa en una guerra de voluntades. Uno de los forenses rompe el momento.

—Oigan, ¿eso no sería… violar la ética periodística, o algo así?

Lucic y Martin lo miran con desprecio. Lucic responde.

—¿Por qué no vas a ayudar a tu compañero a buscar las esposas? El joven se sonroja y mira a su colega mayor, presumiblemente su superior—. Mejor olvídalo —se corrige Lucic—. Ve a buscar el equipo que necesitarás para registrar la cabaña. —Espera a que el muchacho se aleje antes de volverse hacia el otro policía forense. Martin lo reconoce: es el mismo hombre que se mostró tan comprensivo cuando fueron con Mandy a recoger las cosas en la casa alquilada—. ¿Tienes algo que añadir?

—No, señor —responde el forense, incómodo.

Lucic se vuelve hacia Martin.

—Entrégueme su teléfono.

—No funciona aquí. No hay cobertura.

—No importa. Entréguemelo igual.

—No lo tengo. Lo dejé en el camping, cargándose. Sabía que aquí no serviría de nada.

Lucic mira al policía forense.

—Regístralo.

El hombre se sobresalta.

—No, gracias —dice, y se marcha.

"Conflicto de competencias", piensa Martin. "Rebelión en la tropa". Pero sabe que lo sensato es no decirlo.

—Abra los brazos y separe las piernas —ordena Lucic.

—¿En serio?

—En serio.

Martin obedece. Lucic se toma su tiempo en cachearlo, sin excederse; parece satisfecho con la amenaza implícita en la acción.

—Bien. Puede irse.

—Gracias —dice Martin—. De verdad, espero que puedan encontrar algo útil.

—Lárguese antes de que cambie de idea.

Martin se da la vuelta y empieza a alejarse, listo para felicitarse a sí mismo; de pronto, la voz de Lucic vuelve a detenerlo.

—No. Por ahí no. Podría contaminar la escena.

—Ya he estado arriba. Mi coche está allí.

—Qué pena. Salga por el camino principal, puede seguir la carretera hasta allí.

Una caminata de dos kilómetros, tal vez tres. No hay nada más que decir, de modo que guarda silencio.

Pero cuando pasa delante de la casa de Jota y la oficina de recepción, se detiene. Los tres policías forenses cargan bolsas de equipo en el aparcamiento. Dos agentes uniformados están sentados en la terraza de la casa, bebiendo té y mirando el mar. No ve a nadie más. Disminuye el paso. Los técnicos, con sus trajes azules, pasan junto a él, sin mirarlo. Martin sube un poco más, sale del campo visual de la terraza. Se detiene, observa, escucha. Solo el lento desmoronarse de las olas sobre la playa y el rumor constante del mar. Nada. Mira hacia el lugar, hace un cálculo rápido y toma una decisión con más rapidez aún.

Se mueve deprisa detrás de las cabañas del lado oeste del sendero, las que alquilaban los que venían a divertirse, los mochileros y los libertinos. Son solo cinco, y todas están acordonadas con cinta policial. Reconoce la que ocupaba Topaz, así que la descarta. La pareja joven que murió estaba en una más allá, así que esa tampoco le interesa. La del extremo, junto al bosque, parece un poco más grande y tiene su propio tanque de agua. Garth McGrath habría querido la mejor.

Camina rápido, sin mirar atrás; se agacha para pasar bajo la cinta policial y sube los escalones hasta el pequeño porche. Usa el canto de la mano para empujar la puerta, cuidando de no dejar huellas. No tiene ninguna razón para estar allí, ninguna coartada. Siente que se está entrometiendo. McGrath está muerto y él está profanando su espacio.

La habitación es un caos: hay ropa por todas partes. Sobre una repisa ancha debajo de una ventana lateral, ve una foto enmarcada de McGrath recibiendo algún tipo de premio de la televisión australiana, colocada para impresionar a los visitantes o para recordarse a sí mismo que su estrella aún brilla. Junto a ella, un neceser. Martin lo abre con las manos envueltas en una camiseta, cuidando de no dejar huellas: pasta dental, crema antiarrugas, una crema de bronceado artificial. Pero no hay pastillas, nada comprometedor. Si las hubiera, la policía ya las habría llevado a analizar. Debajo de la repisa, en el suelo, hay una caja de cartón. Martin la vuelca. Una cartera, unas llaves de BMW y un reloj Rolex dorado que aún marca la hora. Un paquete de preservativos, tamaño extragrande. No toca nada; le sorprende que no hayan retirado los objetos personales. Otra foto: McGrath con una mujer rubia, atractiva como una modelo, y dos niños. La familia, abandonada en Sídney, relegada a una

caja. De nuevo, lo invade esa sensación de que no debería estar allí. No sabe bien qué busca; quizá, una explicación de por qué alguien como McGrath terminó en un sitio así. Con cuidado, las manos aún cubiertas, vuelve a colocar todo en la caja. Echa una última mirada al lugar. ¿Qué hace allí? ¿Qué está buscando? Tal vez, la razón por la que él sigue vivo y McGrath no. Una noche de diferencia: él mismo podría estar en la morgue de Longton, en la cámara junto a la de McGrath, mientras alguien, probablemente Mandy, examina sus pertenencias, los últimos restos de su vida, flotando en la superficie de su estela.

Cuando se dispone a marcharse, la ve, colgando de un gancho en la repisa bajo la ventana: la delgada cadena plateada de un collar de la que pende una única perla. Igual a la que solía llevar Mandy.

CAPÍTULO 24

Lejos del agua, el calor es agobiante. No hay viento, nada que remueva la humedad pantanosa. La camisa pronto se le empapa de sudor; diminutas moscas del matorral se le pegan en la espalda y le zumban en la cara, se le meten en los ojos, lo hostigan, sin inmutarse ante sus manotazos. Sube pesadamente por Ridge Road; la sombra de los árboles no sirve de nada. Hace dos noches que duerme poco; las piernas le pesan por el esfuerzo. Pero subir la cuesta es la parte más fácil; son sus pensamientos, la sensación de haber sido traicionado, lo que más le pesa. Mandy. ¿Cómo pudo? Con Garth McGrath, justamente. Necesita detenerse y descansar para recuperar fuerzas. Y enseguida empieza a recriminarse lo hipócrita e infantil que es. Él tuvo sexo con Topaz, la chica polinesia o alguien. Tal vez. Pero solo porque lo habían drogado. Y si le ocurrió a él, es probable que lo mismo le haya ocurrido a Mandy. Jota lo había insinuado. Garth McGrath, el depredador. No tiene pruebas de que haya sido el actor, salvo que fue la única persona afectada —o que alegó estarlo— en ambas ocasiones en que se sospechó el uso de una droga para violaciones. ¿Puede fingir tan bien una estrella de telenovelas? Y en ambas ocasiones, McGrath tenía objetivos claros: Mandy la primera vez, Topaz la segunda. Martin se da cuenta de que, en ambas ocasiones, también había otros hombres presentes, hombres que podrían haberlas protegido o competido por ellas: Jasper y él, hombres que podrían haber intervenido. Y que terminaron drogados. Reemprende la caminata, impulsado por la ira que crece en su interior. Para cuando llega al coche, el asunto ya está resuelto en su mente: McGrath era el miserable que drogaba a las mujeres con Rohypnol, escudándose en el *swami*. Puede que las pruebas sean circunstanciales, pero Martin no puede imaginar ninguna otra situación que encaje con los hechos.

Ahora desea con desesperación escribir esa historia; quiere exponer a McGrath al ridículo que tanto merece. Quiere que la montaña de ofrendas florales que crece fuera del hospital de Longton se reduzca a cenizas. Y, sin embargo —admite a regañadientes—, si McGrath era culpable de esos delitos,

por repugnantes que fueran, es muy probable que no haya sido responsable de la muerte de siete personas, incluida la suya. El Rohypnol no mató a las víctimas. No, tiene que tratarse de dos incidentes independientes. Una determinación sombría se apodera de Martin: quiere vengar a Mandy, pero su prioridad es librarla de la sospecha de homicidio: necesita encontrar al asesino de Jasper. Las bajezas de Garth McGrath no son la historia principal.

Y necesita ir a ver a Mandy. No tiene idea de qué va a decirle ni cómo abordará el asunto. Tal vez, debería confesarlo todo, explicarle lo que ocurrió en su noche fatídica. Seguramente, ella aprovecharía la oportunidad para contarle qué le pasó en Hummingbird Beach. Seguramente.

Esos pensamientos le dan vueltas en la cabeza mientras conduce cuesta abajo y retoma el asfalto fiable de Dunes Road en dirección al camping. Ya casi ha llegado cuando el teléfono, que ha recuperado del maletero, empieza a vibrar. Ha vuelto a tener cobertura. Detiene el coche a un lado justo antes del sendero que lleva a la casa Hartigan. Tiene mensajes y llamadas perdidas. Las primeras dos provienen de un número oculto, y no hay mensaje de voz. Llama a Jack Goffing.

—¿Jack, me has llamado?

—Martin —responde después de una pausa breve.

—¿Alguna información?

—Sí. Tu gurú. El pasaporte es auténtico, los datos coinciden. Es un indio legítimo.

—De acuerdo —asiente Martin, tratando de disimular su decepción—. Gracias.

—Tus dos amiguitos estafadores, en cambio, son otra cosa.

—¿Estafadores? ¿Topaz y Royce?

—Exacto. Los investigaron en Melbourne el año pasado; los pillaron en una estafa. Pero al final, la víctima prefirió evitar la vergüenza de un juicio.

—¿Qué hicieron?

—El truco más viejo del mundo. Supongo que la chica es atractiva.

—Mucho. Y sabe explotar su belleza.

—Eso encaja. Funciona así: seduce a un hombre casado. Están en pleno acto cuando irrumpe su supuesto marido, los sorprende *in fraganti* y amenaza con golpear al tipo o sacarlo todo a la luz. Entonces, la víctima les paga para mantener la paz. Un clásico, pero eficaz.

—Mierda. ¿Y dices que funciona?

—Más a menudo de lo que creerías. Y en este caso al tipo lo drogaron, lo que lo volvió más fácil de seducir y de manipular.

—¿Lo drogaron? ¿Con qué?

—Probablemente con Rohypnol. O algo por el estilo.

¿Rohypnol? Martin empieza a atar cabos, pero el relato no termina de convencerlo. Topaz no estaba cuando drogaron a Mandy y tampoco se habría drogado ella misma y dejado que McGrath se aprovechara de ella. A lo sumo, tendría cierto conocimiento sobre la droga y sus efectos.

—Gracias, Jack. Te agradezco de verdad que te la juegues así por mí.

Goffing suelta una carcajada, una reacción inesperada.

—Todo bien, Martin. Te he puesto en la lista.

—¿Y eso qué significa?

—Te inscribí oficialmente como una de mis fuentes.

—¿En serio? —Martin se mueve en el asiento, incómodo. En algún lugar, en los archivos subterráneos del servicio secreto, ahora figura como informante, como fuente. La idea no le agrada en absoluto—. No sé si me quedo tranquilo.

—Relájate. No eres el primer periodista en nuestros registros ni tampoco serás el último.

—No sé por qué eso no me hace sentir mejor.

Goffing vuelve a reírse; tiene a Martin donde quería.

—Ah, y otra cosa, Martin. Los estafadores, Royce y Topaz…, ella no es su novia; están casados.

—¿Casados? ¿Ella tiene residencia permanente?

—Mejor que eso. Es ciudadana, tiene pasaporte australiano. Y también, estadounidense. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada. Tengo que irme. Gracias, Jack.

Pero Martin no arranca el motor. La historia que le contaron el primer día, cuando los recogió en la carretera, era una farsa. Topaz tiene pasaporte, no necesitaba una visa ni trabajar en zonas rurales. Simplemente, estaban ensayando con él la historia que contarían. Habían ido a Port Silver con el propósito de sacar provecho del fraude de las visas, una variante de su estafa habitual. Debieron oír hablar del asunto en Sídney. No era mala idea: alguien que estuviera involucrado en algo ilegal difícilmente acudiría a la policía. Y quizá estuviera dispuesto a pagar más. Mayor riesgo, mayores ganancias.

Llama a Bethanie. Ella contesta enseguida.

—Martin, te he estado llamando. ¿Has estado sin cobertura?

—Sí, en Hummingbird Beach. ¿Cómo fue la rueda de prensa?

—Nada fuera de lo común. Hablaron primero los médicos. Siete muertos confirmados, todos estaban anoche en la playa. Hay cuatro personas en Brisbane, en estado grave, pero se espera que se recuperen. Los que están aquí deberían ser dados de alta en uno o dos días. Los médicos no prevén daños permanentes en los órganos.

—Buenas noticias. ¿Y la policía?

—Consideran Hummingbird Beach como la escena del crimen, pero no han declarado el crimen todavía. Dicen que puede haber sido algo involuntario, una sobredosis accidental. Afirman que las comparaciones con Jonestown son, cito, "descabelladas, infundadas e inapropiadas".

—Claro. Eso no se discute. ¿Algo más?

—Sí. Están molestos con nosotros por revelar la identidad de McGrath. Dicen que deberíamos haber seguido los procedimientos normales. Pero me da la impresión de que no van a perder el sueño por eso.

—¿Qué otra cosa podían decir? ¿Estás escribiendo el artículo?

—Estoy en ello, sí. ¿Tienes algo que añadir?

Martin piensa en lo que encontró en Hummingbird Beach, en lo que le dijo Jack Goffing.

—No. Nada sólido todavía. Espero tener algo para el periódico de mañana, si se confirma. Pero al parecer, ya hubo bastante cobertura sobre Hummingbird Beach hace uno o dos meses, cuando yo estaba aislado en Riverina: Garth McGrath había dejado a su mujer, orgías en la playa, ese tipo de cosas. ¿Podemos pedir los recortes a la biblioteca?

—Ya los he descargado. Te mando un enlace.

Martin cuelga y arranca el coche, pero no sale a la carretera todavía. Ve la entrada del camping a solo cien metros, el delfín que cuelga del hocico. Necesita hablar con Mandy, preguntarle por McGrath. Se queda sentado un momento; le pesa la indecisión. Intenta guardar la idea en la caja correspondiente; una parte racional de su mente insiste en que un enfrentamiento no sumaría nada.

Suena el móvil; la distracción le viene bien. En la pantalla, aparece Nick Poulos.

—Nick.

—Martin. ¿Dónde estás?

—En Dunes Road.

—Ah. Bien, la policía te está buscando.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Sospechan que alteraste la escena del crimen.

—¿En serio?

—Sí, Martin. Muy en serio. Ven directamente al club.

Martin no puede contenerse:

—¿De verdad no tienes oficina?

—El club de surf, Martin. Ya mismo. —La llamada se corta. Martin se asombra ante la vehemencia de su abogado.

Esta vez, Nick no llega tarde. Lo está esperando dentro. El resto de la gente está en la terraza, disfrutando de la vista, intentando refrescarse con el espectáculo del océano. Sin brisa marina, hace calor en el club, los ventiladores de techo casi no remueven la humedad. Nick viste como un bañista, no como un abogado; la sombra de la barba ya promete una mata para medianoche, pero tiene el portátil abierto, y una expresión de seriedad y concentración. Martin se sienta sin estrecharle la mano.

—Bien, cuéntame.

—Fui en busca de información, Nick. He vuelto a escribir para el *Herald.*

—Ya lo veo. Pero sabes tan bien como yo que eso no es excusa.

—No manipulé ninguna prueba.

Nick parece apenado, como si escuchara las excusas de un niño.

—Estuviste allí. Te saltaste un control policial. Montifore está furioso. Te va a colgar en la picota.

—Intentaba ayudar.

Nick no se muestra convencido. Saca una libreta.

—Cuéntame todo, paso a paso. —Martin relata lo que encontró en Hummingbird Beach, omitiendo que revisó la cabaña de Garth McGrath; describe lo que descubrió en el refugio del *swami*, subrayando que avisó de inmediato a Ivan Lucic. Al terminar, el abogado se reclina y niega con la cabeza —. Lo siento. Con esto no llega. No deberías haber entrado, y menos después de que la agente te advirtiera. Pueden procesarte y llevarte ante un juez de instrucción.

—Nick, en serio, intentaba ayudar. Podría haberme guardado la información.

Pero Nick no se deja apaciguar.

—Puede que hayas contaminado la escena del crimen, o puede que no: ese

no es el asunto. Eres periodista; ellos son las fuerzas del orden. El juez verá la oportunidad de usarte como ejemplo, de mandar un mensaje claro: nadie debe desobedecer las instrucciones policiales y entrar en la escena del crimen. —Hace una pausa, suspira y resume—: Estás jodido.

—¿Qué sugieres?

—Que te humilles públicamente. Ve a ver a Morris Montifore antes de que esto se ponga peor, antes de que llegue a un tribunal.

—Tal vez pueda negociar. Quizá pueda darles la información que conseguí.

—¿Averiguaste algo?

—Varias cosas. La primera: una joven, que parece ser una víctima y está ahora en el hospital de Longton. Se llama Topaz Throssel. Ella y su marido son estafadores de poca monta. Puede que la policía ya los conozca. Existe la posibilidad de que las muertes se debieran a algún tipo de extorsión que salió mal. Una estafa.

—¿A quién intentaban extorsionar?

—No lo sé. Tal vez a Jota Hayes. Tal vez al *swami*. Al parecer, su pasaporte indio es auténtico, pero sigo pensando que hay algo turbio en él. Tenía una guía de viaje de la India. ¿Por qué un indio llevaría esa guía? Y mira esto. —Martin abre una de las fotos en su teléfono. Es del nombre escrito dentro de la maleta, bajo la cinta adhesiva. Se la pasa a Nick.

Los ojos del abogado se agrandan por la sorpresa.

—Está en griego.

—¿Sabes leerlo?

El entrecejo del abogado se arruga por la concentración.

—Hostia puta. Dice Myron. Myron Papadopoulos.

Los dos hombres se miran.

—Myron —repite Nick.

—San Mirón el Taumaturgo —dice Martin—. El *swami* tenía postales en su maletín.

—Mierda. Tenemos que avisar a Montifore. Es algo que tiene que saber.

—De acuerdo. Pero ¿quién es Myron Papadopoulos?

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Crees que podría ser el nombre real de Hawananda?

—Me dijiste que era un indio auténtico —objeta Nick.

—Con una guía de la India.

Nick se queda mirándolo, pero su mente trabaja.

—Lo buscaré en Google. —Empieza a teclear en su portátil—. Dios, hay miles. Papadopoulos es el apellido más común de Grecia. Como Smith aquí.

—¿O sea que podría ser un alias?

—Tal vez. Escucha, ¿tienes una foto de este tipo? ¿Del *swami?* —pregunta.

—No. —De pronto se le ocurre algo—. ¿Puedo usar tu portátil? —Nick la empuja hacia él. Martin inicia sesión en su correo. Efectivamente, Bethanie ha cumplido. "Artículos sobre Hummingbird Beach", dice el asunto, y en el cuerpo del mensaje, hay un enlace a un servicio de archivos compartidos. Martin hace clic y abre los artículos. No tarda en encontrar uno con una foto del *swami* sentado en posición de loto, irradiando benevolencia.

Nick recupera el ordenador.

—Quiero probar algo. —Teclea unos minutos, completamente enfocado en lo que hace, hasta que, de pronto, su expresión se ilumina con una enorme sonrisa.

—¡Sí! —Gira el ordenador hacia Martin—. Aquí está nuestro hombre.

Martin mira una página de Facebook. Está en griego, no reconoce nada. Excepto la foto de un hombre que tiene que ser el *swami.* Solo que mucho más joven.

—¿Cómo lo has hecho?

—Con el reconocimiento facial de Facebook. Puse la foto en mi muro. Lo etiqueté, poniendo "Myron" y aparecieron algunas sugerencias. Encontré a este tipo, Myron Florakis.

—¿Florakis? ¿Entonces, Papadopoulos es un alias? ¿Puedes confirmar que es él?

—Dame un momento. —Nick vuelve a teclear, y a medida que lo hace, sus rasgos se deforman: primero, se le agrandan los ojos; luego, se le levantan las cejas; y, por último, la mandíbula se le desploma, hasta que todo su rostro expresa un asombro absoluto y no tiene más remedio que darle voz:

—¡Que me parta un rayo!

—¿Qué pasa? —pregunta Martin.

—¡La madre que lo parió!

—Nick, ¿qué pasa?

—Mira. —Nick gira la notebook hacia él. Es una noticia de periódico, un archivo PDF, en blanco y negro, de mala calidad, como un fax escaneado. Todo está en griego.

—¿Qué dice? —pregunta Martin.

Nick vuelve a coger el ordenador y empieza a leer en voz alta; vacila mientras traduce lo que va leyendo.

—Es de hace casi ocho años. El título dice: "Se amplía la cacería del caso Pócima del brujo". Y el artículo: "La policía ha extendido la red de búsqueda del llamado caso Pócima del brujo hasta el continente; varias personas con información importante podrían haber huido de Creta en un ferri hacia El Pireo, entre ellas, el autodenominado sanador espiritual Myron Florakis".

—¿Es un prófugo de la justicia?

—Sí. Bueno, lo era. —Nick sigue leyendo—. Ah, aquí está. "Algo salió mal durante un ritual religioso: varios seguidores sufrieron una intoxicación aguda tras ingerir una sobredosis de una sustancia empleada en el ritual, y tres de ellos perdieron la vida". —Nick levanta la vista hacia Martin, sin necesidad de continuar.

—Vamos a ver a Montifore —dice Martin.

—Espera, hay más: "Florakis, hijo de padre griego y madre india, regresó a Creta hace unos cinco años y fundó su polémico centro de sanación, una mezcla de creencias cristianas y orientales". —Nick deja de leer, mira a Martin —: Madre india. Es él —confirma, tajante—. Vamos.

—Dame un segundo, quiero hacer una llamada.

Martin sale a la terraza, pero está demasiado llena de gente y hace demasiado calor, así que vuelve adentro y busca un rincón tranquilo. Llama a Goffing y le cuenta rápidamente lo que han descubierto, que está en problemas con la policía y que va camino a suplicarle a Montifore que lo perdone. Le pide que averigüe todo lo que pueda sobre Myron Florakis.

—¿Y le vas a dar toda esta información a Montifore?

—Y más también. Tengo que salvarme.

Cuando termina la llamada, Martin mira el reloj. Son casi las cinco. Es cierto que tiene que arrojarse a los pies de Montifore, pero antes necesita enviar su nota al *Herald;* el detective podría arrestarlo y hacerlo callar. Y la historia es demasiado grande como para guardársela.

Encuentran a Montifore y a Lucic en Longton, en un restaurante chino tenuemente iluminado, el Dragón Celestial, sentados a una mesa redonda para doce personas. Fuera, la luz dorada de la tarde baña el pueblo, pero en el interior, la iluminación es mínima, quizá porque toda la energía está puesta en alimentar el aire acondicionado. El inspector tiene la servilleta de papel sobre

las rodillas; el sargento, la usa metida en el cuello de la camisa. Qué elegancia. No dicen una palabra cuando Martin y Nick se acercan. La mirada de Montifore podría tallar el mármol; la sonrisita de Lucic podría cortar la leche. No hay saludos. Nick Poulos va directamente al grano.

—Mi cliente está profundamente arrepentido. Está dispuesto a colaborar y a entregar las pruebas cruciales que ha reunido.

Montifore gruñe, solo para dejar claro su desprecio.

—¿Podemos sentarnos? —pregunta Nick.

Otro gruñido, pero que se parece bastante a un permiso. Martin y Nick cruzan una mirada y se sientan. Los policías los ignoran y siguen comiendo, con lo que se aseguran de que entiendan cuán insignificantes son y hasta qué punto están a merced de Montifore. El inspector termina de masticar un langostino con aderezo de miel, levanta la vista y mira lentamente al periodista y luego al abogado.

—Hablad —ordena.

Nick toma la palabra, según lo ya acordado con Martin.

—Mi cliente sospechaba que había algo raro en el *swami* Hawananda. Quería compartir sus sospechas con usted, pero no tenía nada concreto. Así que fue a la cabaña del gurú en Hummingbird Beach y la registró.

Lucic casi se atraganta.

—¿Y lo admite?

—Lo admito —responde Martin.

—No se llevó nada ni cambió nada de lugar —añade Nick.

Montifore mira a Martin.

—Ve al grano. ¿Qué has encontrado?

—Mi cliente… —empieza Nick, pero Montifore niega con la cabeza.

—Tú no, él.

Nick se calla. Martin traga saliva.

—Hay una maleta. Está…

Montifore se vuelve hacia Lucic.

—La tenemos —confirma el sargento.

—¿Qué contiene? —pregunta Montifore a Martin.

—Su nombre. En griego. Debajo de una cinta adhesiva, en el lado interno de la tapa.

Montifore se vuelve hacia Lucic. El sargento se encoge de hombros, y Montifore mira a Nick.

—¿En griego? ¿Seguro?

—Sí.

—Es indio —dice Lucic—. Su pasaporte es auténtico. Lo hemos verificado.

—Eso es verdad —coincide Martin—. Madre india, padre griego.

Montifore lo mira con atención.

—Sigue.

—Lo hemos identificado —dice Nick—. Su verdadero nombre es Myron Florakis.

—¿Myron, como san Mirón el Taumaturgo?

—Exacto. Un prófugo de la justicia. Tenemos recortes de prensa. Se los puedo reenviar, pero están en griego.

Nick explica lo esencial de los artículos: Florakis se autoproclamaba líder religioso, y tres de sus seguidores murieron, otros terminaron en el hospital intoxicados por una sobredosis y él huyó. La sobredosis fue probablemente accidental, pero la policía de todos modos lo creía culpable. Martin estudia los rostros de los policías mientras su abogado expone las pruebas, ve cómo el escepticismo se repliega y da paso al razonamiento. Lucic se retrepa en la silla, entorna los párpados, sumido en sus pensamientos. Montifore no pierde el foco. Vuelve a mirar a Martin.

—¿Esto sale en el periódico de mañana?

Martin asiente en silencio.

—Donde resaltarás tu papel. Un paso por delante de la policía en el hallazgo de pruebas. Alertando a los investigadores despistados, ¿no?

Martin le sostiene la mirada.

—No. En la primera edición, no.

—¿Citarás fuentes policiales?

—No.

—¿Qué fuentes vas a citar?

—Periódicos griegos.

Montifore asiente.

—Bien.

Solo al salir Martin siente que puede volver a respirar. A juzgar por la expresión de Nick Poulos, el abogado comparte la sensación.

—¡Bien jugado, joder! —exclama Nick.

—Sí —responde Martin—. Déjame llamar a la editora.

Están casi en la parte más alta del escarpe, volviendo a Port Silver; Nick

conduce una vieja camioneta familiar de diez años. Martin termina la llamada y deja escapar un largo suspiro de alivio. Terri ha logrado cambiar la versión a tiempo y eliminar el relato de primera mano de Martin sobre el hallazgo de la maleta, como también la referencia a adelantarse a la investigación oficial. Pero antes de que pueda decir nada, su teléfono rompe el silencio. Es un número no identificado.

—¿Hola? —dice Martin con tono neutro.

—Martin, soy Jack. ¿Estás solo?

—No, Jack. Estoy en el coche con mi abogado, que está al volante.

—¿Me oye? No estoy en altavoz, ¿verdad?

Martin mira a Nick.

—No. Todo bien.

—Acabo de leer tu artículo. Dime que se lo has contado a Montifore.

—¿Mi artículo? Pero si todavía no se ha publicado.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¡El servicio secreto espía a la prensa libre! ¡Ahí tienes el "y qué"!

—Sí, sí, claro, claro. Escucha, tengo algo para ti. Tienes que contárselo a Montifore. Es importante.

—Te escucho. Espera. —Cubre el teléfono con la mano—. Nick, detén el coche. Tal vez, tengamos que volver.

Nick duda, pero sale de la carretera; falta todavía un kilómetro hasta la cima del escarpe.

Martin vuelve al teléfono.

—Sí, te escucho.

—Lo primero: tu información es precisa. Supongo que tu abogado te habrá ayudado con eso.

—Así es.

—Bien. Entonces, hasta donde sabían las autoridades griegas, Myron Florakis seguía prófugo. Montifore podrá identificarlo en pocas horas por las huellas dactilares.

—Ajá —dice Martin—. ¿Eso es todo?

—No. Escucha esto: dos de las víctimas de Creta eran turistas, un canadiense y su novia estadounidense. El nombre de la chica era Cascade Throssel. —Goffing hace una pausa, tal vez para remarcar la información.

Martin parpadea.

—No me jodas.

—Eran hermanas. Topaz era dos años mayor. Y estaba allí.

—¿En Creta?

—Exacto. Pero se marchó más o menos en el momento en que su hermana se fue al retiro con su novio. Parece que lleva viajando desde entonces.

—Puta mierda —maldice Martin en el teléfono, y se vuelve hacia Nick—. Volvemos a Longton. Date la vuelta.

—Martin. ¿Estás ahí? —pregunta Goffing.

—Sí.

—Por ahora, dile a Montifore que tú y tu abogado encontrasteis esta información en los archivos de la prensa griega. Te mando un enlace por mensaje.

—¿No quieres que te nombre?

—Ni de coña. Déjame fuera de todo.

Cuando Martin y Nick regresan, Montifore y Lucic siguen sentados a la mesa redonda, comiendo buñuelos de banana con helado, acompañados de cerveza.

—¿Lograste cambiar tu artículo a tiempo? —pregunta Montifore, como si nada.

—Espero que sí.

—¿Y ahora qué?

—Creo que sabemos quién los mató —dice Martin—. En Hummingbird Beach. No fue el *swami.*

Montifore no dice nada. Lucic aparta su plato, apura la cerveza y hace una seña hacia el mostrador para pedir la cuenta.

Cinco minutos más tarde, los cuatro hombres salen del restaurante y se dirigen con paso decidido al hospital. Los dos policías van delante; Martin y Nick, detrás. El entusiasmo juvenil del abogado se ha esfumado hace rato, sustituido por una silenciosa determinación.

Los policías se detienen y se vuelven hacia Martin.

—No necesitamos su ayuda —dice Lucic—. Lárguese.

—"Detectives de Homicidios resuelven un caso desconcertante". Primera plana. Seguro que querrán que se publique.

—No hasta que yo lo autorice —interviene Montifore—. Quiero tener el control de esta situación.

—Entendido.

—Bien. Pueden venir —dice Montifore a Lucic. Pero ya en el hospital, se

vuelve otra vez hacia ellos—: Esperad fuera. No podéis entrar con nosotros. Pero saldremos por esta puerta, no os vamos a dar esquinazo; la historia es tuya. —Los detectives entran por urgencias.

Martin llama enseguida a Bethanie; se reprocha no haberlo previsto.

—¿Martin? ¿Qué pasa?

—¿Trajiste un fotógrafo?

—Sí. Está aquí. Es Baxter James.

—¿Baxter? ¿Está sobrio?

—Por ahora. ¿Por qué?

—¿Dónde están?

—En Port Silver. Nos instalamos en el hotel Breakwater. Algo venido a menos, pero con buenas vistas.

—Bien, escucha. Estoy en Longton. Va a haber un arresto en el hospital.

—¿Un arresto? Perfecto, vamos hacia allá. Nos vemos.

—Corta la llamada.

Martin mira el reloj. Port Silver está a cuarenta y cinco minutos. El fotógrafo pisará a fondo el coche de alquiler; quizá llegue en media hora si no hay camiones en el escarpe, pero aun así es difícil que llegue a tiempo. Martin abre la aplicación de la cámara en su teléfono, comprueba que el flash esté activado. Luego, llama a Terri Preswell para ponerla al tanto.

—Demasiado tarde, Martin. El periódico ya ha cerrado. Vamos a rearmar la noticia principal para el sitio web, diremos que se cree que habrá un arresto muy pronto.

Martin está a punto de responder cuando Montifore y Lucic salen como una tromba por las puertas. Con las manos vacías.

—Terri, tengo que cortar. —Y deja en vilo a la editora del *Sydney Morning Herald.*

—Se han ido —dice Montifore—. ¿Los habéis visto?

—¿Qué? No —responde Nick.

—Acaban de irse. Se han largado.

—No tienen coche —añade Martin—. ¿Saben que los buscan?

—¿Qué importa? —agrega Lucic, furioso.

—Si saben que los tienen en la mira, desaparecerán. Si no, quizá, sigan por la zona, haciendo autostop en la carretera o buscando un hotel.

—Bien —asiente Montifore; toma el mando y se dirige a Lucic—: Llama a todos en Port Silver para que vengan. Quiero que haya patrullas en la

autopista; que busquen a los autostopistas. El resto, que vaya a la comisaría de Longton. Coordinaremos desde allí. —Se vuelve hacia Martin—. Este es el trato: no queremos que se enteren de que vamos tras ellos, así que ni una palabra en el periódico ni en internet hasta que los atrapemos. ¿Entendido? Nada. A cambio, cuando los tengamos, la historia será toda tuya: fotos, una exclusiva. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Montifore y Lucic salen disparados hacia la comisaría.

—¿Y ahora qué? —pregunta Nick.

—Dame un segundo. —Martin llama a Terri, al *Herald*.

—¿Qué pasa, Martin? —responde ella.

—Hay que eliminar la parte del arresto inminente. La historia sobre Myron Florakis ya se sostiene por sí sola.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Los sospechosos han huido. La policía no quiere que los alertemos.

—¿Y por qué nos importa?

—Nos han prometido acceso exclusivo si esperamos y el infierno en vida si no lo hacemos.

Se hace un silencio.

—¿Crees que vale la pena?

—Sí.

—De acuerdo. Hecho. Pero cuando puedas, envíame todo lo que tengas sobre ese asunto que mantienen bajo reserva. En cuanto los arresten, lo quiero publicado en el sitio web. ¿Te parece bien?

—Perfecto. —Cuelga.

—¿Vamos a Port Silver? —pregunta Nick.

—No. A la estación de trenes. Así llegaron hasta aquí desde Sídney —responde Martin.

Nick se queda pasmado, luego sonríe.

—¡Buena jugada!

Martin abre una aplicación de trenes estatales en el teléfono y se apresuran para llegar: el tren con destino a Sídney pasará por Longton en menos de diez minutos. Topaz y Royce lo han calculado bien. Nick conduce, mientras Martin le escribe a Bethanie: “Estación de trenes de Longton. Avisa a Baxter. Buscadme. Acercaos con cautela”.

Cuando Nick detiene el coche, ya casi es de noche. El calor no se dispersa, sigue atrapado por una masa inmóvil de aire; las estrellas se ven difusas.

—Quédate aquí —le indica Martin, mientras se baja del coche—. Si no están, vuelvo en dos minutos. Si tardo más, significa que estoy hablando con ellos. Llama a Montifore. Si dejamos que se suban al tren sin avisarle, estamos jodidos.

—Entendido —responde Nick.

La estación del pueblo es pequeña, una simple parada del tren lento desde Brisbane; ladrillo y piedra del siglo XIX, ahora pintada con colores inspirados en los paisajes naturales de Australia; está bien mantenida, como forma de negar su decadencia. El viaje a Sídney dura menos de siete horas en coche, pero el tren sigue tardando más de diez.

No hay nadie en el andén. Ni un alma. Solo polillas, entusiasmadas por el calor tardío, revoloteando alrededor de los postes de luz. El corazón le da un vuelco. Empieza a correr, al igual que sus pensamientos. ¿Dónde pueden estar? ¿Habrá un autobús nocturno? ¿Se habrá equivocado con el tren? Entonces, los encuentra en una pequeña sala de espera, sentados en silencio, las mochilas a sus pies. Solos. Royce sonríe al verlo, suelta una risa.

—¡Martin! ¿Vienes a despedirte?

Se pone de pie, aparentemente ajeno a lo que ocurre. O es inocente o es un gran actor. Un gran estafador.

Pero Topaz ya no finge. Solo lo mira, el rostro impasible.

Martin la tiene en su poder; tiene a la fugitiva, a la asesina. Una exclusiva de cinco minutos.

—Lo sé todo. Sé lo que pasó en Creta.

Topaz asiente, con los ojos cerrados.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Royce.

Martin saca el teléfono, hace una foto de la mujer; encogida, sin vitalidad, con la mirada vacía, sentada en un banco de una pequeña estación rural, mirando a la cámara. Hace un par de fotos más hasta que Royce entra en el encuadre, se sienta junto a su mujer, la rodea con el brazo.

—¿Topaz? —dice Royce.

—No estaba en los planes, ¿verdad? —pregunta Martin—. Ni siquiera sabías que él estaba aquí cuando los recogí en la autopista el lunes.

Topaz niega con la cabeza y responde en un susurro:

—No.

—Entonces, ¿cuándo lo supiste?

—Estaba sentada en la playa contigo y Garth. Lo vi sumergir a esos seguidores en el agua. Parecía un bautismo. Luego, las marcas en la frente. Algo hizo clic, hice la conexión.

—Pero ¿siete muertos? —prosigue Martin.

—Cariño… —Royce la rodea con el brazo, la mira con ojos preocupados en los que asoma un indicio de lágrimas.

Topaz parece vacía de emociones cuando le responde a Martin.

—No tenía que suceder así. Solo iba a ser él. Él y yo.

Martin recuerda haberla visto inconsciente, cubierta de vómito. Había tomado una dosis letal, pero su estómago no la retuvo el tiempo suficiente.

—Entonces, ¿qué pasó?

—No lo sé.

—¿Qué sustancia era?

—No importa. —Y se deja caer sobre el hombro protector de su marido, cuyos ojos reflejan angustia. Solo los de él.

Se oye un zumbido distante. El tren se acerca. Martin asoma la cabeza por la puerta. A lo lejos, se ve una sola luz. Está muy cerca.

—Ven, cariño, vámonos —dice Royce, poniéndose de pie—. Llega el tren. Vámonos.

Pero Topaz no se mueve. Se queda sentada, abatida, con los ojos cerrados.

—Él merecía morir. Yo merecía morir. Pero los demás, no. Lo lamento mucho.

No dice nada más, y Martin se queda mirándola, incapaz de hacerle otra pregunta.

El tren llega a la estación, frena y espera, respirando expectante. Si alguien sube o baja, Martin no lo sabe. Está de espaldas al tren, con la atención fija en los dos fugitivos.

Nick Poulos entra en la sala de espera. Se acerca a Topaz y Royce. Ella no lo reconoce; él le entrega silenciosamente su tarjeta a Royce. El joven la coge, la mira, aún sin comprender del todo.

—Por favor, ayúdala —le suplica a Nick, con voz débil y temblorosa.

Entonces, aparece Montifore, agitado, respirando pesadamente, con Lucic a su lado y la oficial de Hummingbird Beach, que ha desenfundado la pistola y apunta al suelo. Montifore se detiene, evalúa la escena frente a él. Ignora a Martin y a Nick, y se centra solo en Topaz y Royce.

—Topaz Throssel —dice en tono formal—, queda detenida por el asesinato de Myron Florakis, también conocido como el *swami* Dev Hawananda. —Se vuelve hacia su marido—. Royce McAlister, queda detenido por complicidad posterior al hecho. —Royce parece atónito; Topaz, resignada, pero ambos se dejan esposar. El tren se aleja, ajeno, prosigue su viaje hacia el sur. Llegan dos policías más y reciben instrucciones de recoger las mochilas.

El pequeño y triste grupo abandona la estación, condenándola a su larga noche de desolación iluminada: dos agentes uniformados, uno que guía a Topaz y otro a Royce; les siguen Montifore, Lucic y la agente; después, Martin y Nick, y al final, los dos policías, que cargan las mochilas con manos cubiertas por guantes de látex. No hay prisa, nadie está apurado, todo está en calma. Hasta que la noche se ilumina de repente con un destello: el flash de Baxter James.

Montifore no intenta quitárselo; en cambio, da un paso adelante, entra en el encuadre mientras suben a Topaz al asiento trasero de un coche patrulla. Solo después de que el coche se aleja, habla, mirando a Baxter y Bethanie, pero dirigiéndose a Martin:

—¿Están contigo?

—Sí. Son del *Herald*.

—Bien. Los he detenido, pero no presentaremos cargos hasta mañana al mediodía, como mínimo. —Aparece una sonrisa rápida—. Gracias, Martin. —Y se aleja hacia un coche que lo espera.

—Voy a la comisaría; necesitan representación legal
—dice Nick, más como afirmación que como pregunta.

—Por supuesto —responde Martin. Y luego, casi como si se le hubiera ocurrido en ese momento—: Oye, Nick…

—¿Qué?

—Gracias. No hubiera llegado a toda esa información sin ti, no lo hubiera resuelto sin tu ayuda.

—Puede ser —responde el abogado, pero no sonríe.

—¿Qué fue todo eso? —pregunta Baxter, revisando sus fotos en la pantalla de la cámara—. ¿No los van a acusar?

Bethanie le explica.

—Nos están dando tiempo para informar de todo. Una vez que se presenten los cargos, el asunto queda pendiente de resolución judicial y los medios deben ser cautelosos para no influir en el proceso.

—Pero es demasiado tarde para el periódico —dice Baxter, mirando su reloj.

—Sí, voy a llamar a Terri. No querrá guardarse esta información —agrega Bethanie, y saca su teléfono.

Hay un McDonald's en la carretera, con wifi gratuito, pero es demasiado lento; usan sus teléfonos para conectar los portátiles. Baxter sube las fotos en un instante, pasándolas a través de su tableta. Martin trabaja en su ordenador mientras Bethanie coordina con el equipo de producción del periódico.

—Quieren que esté lista para las nueve; en caso contrario, retendrán la información hasta la mañana.

Así que Martin escribe lo más rápido que puede, sin preocuparse por revisar, por errores de tecleado, gramática o estilo; las palabras fluyen como una catarsis. Bethanie lee por encima de su hombro, sugiere mejoras y corrige errores. Terminan en quince minutos.

EXCLUSIVA

Por Martin Scarsden y Bethanie Glass, desde Longton

Topaz Throssel, una joven australiana-estadounidense, ha quedado detenida y se espera que se la acuse del asesinato de siete personas, incluyendo al actor Garth McGrath y al autoproclamado líder religioso *swami* Dev Hawananda.

Un equipo de investigadores del *Herald* interceptó a Throssel y a su marido, el australiano Royce McAlister, mientras intentaban huir en tren de Longton, en el norte de Nueva Gales del Sur.

La pareja intentaba escapar al mismo tiempo que la investigación del *Herald* descubría nuevas pruebas que demuestran que el *swami* Hawananda era un impostor con un pasado oscuro.

En una primicia extraordinaria, el *Herald* está en condiciones de revelar que Hawananda era en realidad un prófugo greco-indio llamado Myron Florakis, a quien la policía buscaba en relación con la muerte de tres personas en Creta, ocurrida hace ocho años.

Se cree que una de las víctimas era Cascade Throssel, la hermana menor de Topaz Throssel. Se presume que este fue su motivo para asesinar a Florakis.

La noche del sábado, siete personas murieron en una fiesta en la

playa de la aislada comunidad y sitio de retiros de Hummingbird Beach, cerca de Port Silver, después de que una poción ceremonial fue contaminada con una sustancia tóxica desconocida.

Se cree que Throssel intentó suicidarse bebiendo el mismo brebaje letal, pero se salvó gracias a la rápida acción de la policía y de los sanitarios.

Royce McAlister está detenido bajo sospecha de complicidad posterior al hecho. Se cree que no tenía conocimiento de las acciones de su mujer y se enteró cuando el equipo de investigación del *Herald* los encontró en la estación de ferrocarril…

Martin y Bethanie hacen una última revisión, le dan los toques finales a la nota y la envían por internet a una pantalla de la redacción del *Sydney Morning Herald*. Un mensaje de texto confirma la recepción.

—Listo, ya ha llegado —anuncia Bethanie—. Vamos a tomarnos algo.

Martin sonríe.

—Os alcanzo enseguida.

Sale al aparcamiento, que sigue irradiando calor. Llama a Mandy, feliz.

Ella responde con voz incierta.

—¿Martin?

—Lo hemos resuelto. Sabemos quién mató a esa gente en Hummingbird Beach. La policía ha detenido a Topaz, la mochilera.

—Qué bien —responde Mandy, pero no hay alegría en su voz—. Supongo que eso la saca de tu vida.

Martin ignora el dardo.

—Y creemos saber quién mató a Jasper… y por qué.

Una pausa.

—¿De verdad?

—No tenemos pruebas concluyentes, pero estoy bastante seguro de que fue el *swami*. Su verdadero nombre era Myron. Era mitad griego, mitad indio.

—Myron, Mirón. Como el de la postal.

—Exacto. Jasper lo descubrió. No creo que la postal formara parte de su colección; creo que la encontró en la cabaña del *swami*. Descubrió que Hawananda era un impostor y que lo buscaban por muertes por drogas en Grecia.

Hablan un poco más, pero Mandy suena apagada, y él no deja de pensar en

el collar que encontró en la cabaña de McGrath.

—Gracias, Martin. Muchísimas gracias —dice Mandy finalmente, con extraña formalidad, antes de cortar.

Martin, Bethanie y Baxter celebran en la terraza de un pub de Longton. Martin come pescado con patatas fritas; Baxter, un filete; Bethanie, un *schnitzel.* Comparten una ensalada y una botella de vino blanco. Luego, una segunda botella, y el collar queda olvidado. Feliz de estar de nuevo con sus colegas, Martin se siente como en un equipo deportivo que celebra una gran victoria. Han logrado la mejor historia de Australia y también ha avanzado mucho para limpiar a Mandy de cualquier sospecha. La vida le sonríe.

—Es como que te toque la lotería —dice Bethanie. Pero ni siquiera eso logra apagar el entusiasmo de Martin.

Llama Terri Preswell.

—Ya está en el sitio web —anuncia—. Os felicito a los tres, ¡excelente trabajo! ¡De puta madre! ¡El artículo, las fotos, todo! —Hay euforia en su voz, esa adrenalina que todo periodista conoce y persigue, la droga que los hace volver a por más—. Lo publicamos en la página principal del sitio; también he activado al equipo de redes sociales para lograr la mejor difusión.

—Guau —dice Martin—. Gracias, Terri, por todo.

—No me lo agradezcas. Aún no hemos terminado.

—¿Por qué lo dices?

—Tengo a los abogados aquí. Les preocupa cuándo se presentarán los cargos contra Topaz.

—La policía dijo que no será hasta el mediodía, como mínimo.

—¿Les crees?

—Claro. Quieren que la historia ya haya sido publicada.

—Bien, pero eso significa que no podremos poner nada nuevo en la edición del lunes, especialmente sobre su pasado o la muerte de su hermana en Grecia. Eso podría considerarse perjudicial. Necesitamos publicarlo en línea antes de que se presenten cargos.

—Sí, lo entiendo. Puedo escribir un artículo centrado en Topaz. En ella y en el *swami*, sus caminos cruzados, algo así. Sobre sus pasados.

—De acuerdo. Pero céntrate en ella. Voy a pedir otra nota a un corresponsal en Atenas sobre Florakis y las muertes en Creta.

—Ah, buena idea.

—Bien, entonces, manejaremos el tiempo igual que anoche. De momento,

no vamos a publicar nada más en internet, pero necesitaremos material fresco para mañana por la mañana. Escribidlo esta noche, enviadlo cuanto antes. Pero tiene que estar aquí a más tardar a las seis de mañana. Los abogados lo revisarán y lo subiremos al sitio web alrededor de las siete, una vez que todos hayan visto lo que ya hemos publicado y la competencia intente ponerse al día. Desataremos otra tormenta en redes sociales, para asegurarnos de que lo vea todo el país. Luego, podremos cerrar la cobertura cuando se presenten los cargos.

Martin asiente; dedican varios minutos más a coordinar detalles de cómo cubrir la noticia. No puede dejar de pensar en lo que significa que Terri Preswell esté planeando la estrategia con él, Martin Scarsden, periodista independiente, y no con Bethanie Glass, la estrella en ascenso del *Herald.* Es como si nunca se hubiera ido. Antes de terminar la llamada, siembra la semilla de un seguimiento adicional, quizá para el periódico del lunes; el asesinato de un agente inmobiliario local, vinculado con las muertes en Hummingbird Beach, probablemente perpetrado por el *swami*. Terri se muestra entusiasta.

Martin, Bethanie y Baxter buscan un hotel y se registran. Martin y Bethanie consiguen una suite de dos habitaciones con sala independiente. Baxter tiene su propia habitación. Instalan sus portátiles y se ponen a trabajar mientras Baxter coge su cámara, sale a buscar fotos y promete traer café y un tentempié.

—No le cuentes a nadie lo que tenemos —le advierte Martin.

—Ay, por Dios, colega —dice Baxter, como si la sugerencia lo ofendiera—. Pero eso no me va a impedir averiguar lo que ellos saben.

—Y no bebas demasiado —añade Bethanie.

—¿Quién, yo? —responde Baxter, con la sonrisa que lo caracteriza.

DOMINGO

CAPÍTULO 25

Aunque el amanecer en Longton es sereno, y fuera de la ventana del hotel el cielo es una gradación luminosa del rosa al azul, Martin Scarsden luce demacrado y tenso, y se sostiene a base de cafeína, nerviosismo y muy pocas horas de sueño. Terri y los abogados tienen la historia; los diseñadores, la foto que él tomó de Topaz sentada, abatida, en la sala de espera de la estación, justo antes de intentar partir. Sus ojos vacíos miran hacia el teléfono de Martin. A Baxter no le hizo gracia verla: reconoció de inmediato el poder de esa imagen.

Bethanie duerme, intentando descansar todo lo que pueda antes de que empiece el día. Pero Martin no logra quedarse quieto; necesita caminar. La policía ha arrestado a Topaz por las muertes ocurridas en Hummingbird Beach; él está casi seguro de que el *swami* mató a Jasper Speight. Mandy está libre de sospecha. La historia que Martin escribió está por todo internet, generando imitaciones y dominando el ciclo de noticias. Debería sentirse eufórico, pero no es así. En algún momento de la noche, entre el descanso interrumpido, las horas inquietas y los sueños fugaces, algo empezó a incomodarlo. Mete la mano en el bolsillo; el collar sigue allí. ¿Cómo puede ser tan fácil el periodismo y tan difícil la vida?

Así que sale a caminar. Un tren pasa rugiendo y le recuerda que la vida no tiene botón de pausa. El sol naciente parpadea entre los árboles. Con esa luz, parpadean también los recuerdos: una pelota de críquet, un campamento en la playa, una botella vacía de champán. Una mujer hermosa en una librería de un pueblo perdido. De pronto, siente un gran cansancio; la edad le pesa en las extremidades, el proceso irreversible. Se siente vulnerable, expuesto a lo que su subconsciente decida lanzarle.

Por la calle principal de Longton, un coche avanza lentamente, como disculpándose por alterar la quietud del nuevo día. Más adelante, Martin distingue un grupo de mesas y sillas en la acera. Una panadería, la primera tienda en abrir, como en todas partes. Martin camina hacia allí, pensando en más café, tal vez un desayuno. Un poco de beicon con huevos le vendría bien;

unos minutos a solas, para comer, para poner su mente en pausa. Pero cuando entra en el local, encuentra a Royce McAlister y a Nick Poulos sentados en una mesa, tomando café, con la mirada vacía. Nick lo ve y le hace una seña para que se acerque. Royce lo observa sin expresión; Martin pide un café en el mostrador y algo de desayuno. No hay beicon con huevos, tiene que conformarse con una quiche del día anterior. Se sienta en la cabecera de la mesa, con Nick de un lado y Royce del otro.

—¿Estás bien? —le pregunta a Royce.

El joven solo niega con la cabeza.

—Royce ha quedado en libertad —explica Nick—. Comprobaron que no sabía nada, porque estuvo en el hospital todo el tiempo. La policía retiró los cargos.

Martin observa a Royce, cuya cara todavía muestra los moratones de la paliza; no parece sentirse aliviado.

—¿Y Topaz? —pregunta Martin, dirigiéndose a Nick.

—Ha confesado. Envenenó al gurú y se envenenó ella también. Insiste en que no quería hacerle daño a nadie más.

—¿Le crees?

—Es casi irrelevante. Un cargo de homicidio, seis de homicidio imprudente. No hay mucho que pueda hacer por ella.

—¿La estás representando?

—Por ahora.

Martin se vuelve hacia Royce.

—¿Estabas al tanto de su pasado? ¿De lo que le ocurrió a su hermana?

Royce vuelve a negar con la cabeza.

—No, de nada de eso —responde por fin. Son las primeras palabras que pronuncia, y caen con el peso de la verdad. El joven lleno de vida que era antes ha desaparecido; Royce se ha convertido en una sombra. Una ola de realidad lo ha arrasado y sus pies no tocan el fondo; ya no puede engañar a nadie, ni siquiera a sí mismo—. No me contó una palabra en todo este tiempo —murmura, mirando al vacío, hablando más para sí que con ellos—. Pensé que éramos un equipo, nosotros dos contra el mundo. Yo lo decía en serio; supongo que ella no.

—Más bien diría que nunca confió en sí misma.

—¿A qué te refieres?

—A que estaba huyendo, Royce. Intentaba alejarse de su propio pasado. No

es culpa tuya.

—Es fácil para ti decirlo —responde él, angustiado.

Se hace un silencio en la mesa. Martin aparta la quiche; está dura y casi incomible, con un relleno que empieza a ponerse gris. Nick sirve más café para Royce y para él. Fuera, un camión se detiene con un chirrido de frenos de aire; el motor ronronea mientras el conductor, con pelo grasiento, tatuajes y una barriga bien cultivada, pide su desayuno: una salchicha envuelta en masa, un sobre de salsa de tomate y una botella de leche chocolateada. Paga y se marcha. Los engranajes chirrían, el camión se aleja.

—Royce —busca confirmar Martin—, hace unos días, el lunes, cuando os recogí a los dos en el coche, dijiste que habíais venido en tren desde Sídney. Port Silver no fue un destino al azar.

Royce no responde. Nick está atento. Martin puede ser su cliente, sí, pero Royce también lo es.

Martin continúa: —Sé por qué vinisteis. Habíais oído hablar del fraude de sexo a cambio de visas que manejaba Harry. Pensasteis que podríais estafarlo. Lo teníais planeado incluso antes de llegar.

Royce lo mira a los ojos y se encoge de hombros.

—No voy a admitir nada.

—No hace falta.

—Entonces, no hace falta que me lo preguntes.

—Y también sé que estáis casados. Topaz tiene pasaporte australiano, no necesita una visa.

Royce sigue sin ceder.

—¿Y qué?

—¿Cómo os enterasteis del fraude con las visas?

—Cualquier mochilero lo sabe. No es solo aquí. Se hace en todas partes. En todos esos pueblos junto al río en el oeste está lleno de granjeros libidinosos. No es una red organizada como esta, obviamente. Deberíamos habernos conformado con estafarlos a ellos.

—¿Así que ya lo habíais hecho antes? ¿Estafar a granjeros?

Nick interviene.

—No tienes que responder, Royce. —Se vuelve hacia Martin—. Tranquilízate, por el amor de Dios.

Martin lo mira, se vuelve hacia Royce y suaviza el tono.

—Escucha, todo lo que le cuentes a Nick está protegido por el secreto

profesional entre abogado y cliente. Lo sabes, ¿verdad? Ni la policía ni la justicia pueden obligarte a revelar lo que le digas. Yo te ofrezco algo parecido. No tiene validez legal, pero si me cuentas algo en confianza, no revelaré quién me lo dijo. Los periodistas protegemos nuestras fuentes.

Royce mira a Nick, que se encoge de hombros.

—Fue tu amigo —dice Royce—. Jasper Speight.

Martin se queda helado, con la boca entreabierta; lo que iba a decir muere antes de llegar a sus labios, su línea de preguntas se borra por completo.

—¿Jasper Speight? —Es lo único que logra decir.

—Fue él quien nos habló de St. Clair.

—¿De St. Clair? ¿Cómo? ¿Ya habíais estado en Port Silver?

—No. Intentamos estafar a Speight en Sídney. Pensábamos que estaba casado, porque llevaba anillo. Pero cuando entré y lo encontré encamado con Topaz, solo se rio y nos ofreció el correo electrónico y el número de móvil de su exesposa. Nos caló enseguida.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace alrededor de un mes.

—No entiendo. ¿Por qué os habló de St. Clair?

Royce se encoge de hombros.

—Les tenía inquina a él y a ese imbécil de su empleado, Harry.

De forma inconsciente, Martin se lleva una mano al ojo amoratado. ¿Alguna vez sanará del todo?

—Sí, perdón por eso —se disculpa Royce, aunque no parece en absoluto apesadumbrado.

—Entonces, ¿cuál era el trato con Jasper? ¿Quería que estafarais a St. Clair? ¿Por qué?

—No, no era así. Quería que Topaz lo grabara. Con una cámara oculta.

Martin comprende enseguida.

—Para chantajearlo.

—Quizá —responde Royce—. No nos importaba para qué lo quería. Speight dijo que nos daría diez mil dólares por el vídeo y los papeles de la visa. Nos pareció dinero fácil.

—Y cuando os enterasteis de que lo habían matado, ¿seguisteis adelante igual?

—No teníamos opción. Estábamos sin dinero. Pensamos que podríamos hacerlo por nuestra cuenta.

—Y por eso Harry te dio una paliza.

—Exacto. Me dijo que cerrara la puta boca y que me largara del pueblo.

—¿Y qué pasó con el vídeo? —pregunta Nick.

Royce niega con la cabeza.

—No hay ningún vídeo. Speight nos iba a dar la cámara especial cuando llegáramos, pero…, ya sabes, lo mataron.

Vuelven a quedarse en silencio. Desde el fondo del local, sale un muchacho; es demasiado delgado como para haber sido panadero mucho tiempo, y trae una bandeja en las manos.

—Eh, amigo —le dice a Martin—, acabo de sacar unas quiches del horno, por si te interesa.

Martin mira la porción intacta que tiene en el plato.

—No, gracias —responde.

Nick se vuelve hacia él.

—Hay algo que intenté contarte el viernes, después de que la policía te interrogase sobre el cuchillo, pero saliste disparado. Es probable que ya no tenga importancia.

—¿Qué es?

—Me pediste que consultara con el banco Westpac si alguien había hecho una oferta por el terreno de la fábrica de quesos, ¿recuerdas?

Martin se encoge de hombros.

—Sí, no parece muy relevante ahora.

—Tal vez, no. Pero sí hubo averiguaciones. Hace poco.

—¿Averiguaciones? ¿En plural?

—Tyson St. Clair.

—La verdad es que no me sorprende.

—Y luego Denise Speight. Ella superó su oferta.

—¿Superar? ¿Cómo dices?

—Firmó un memorando de compromiso para comprar el terreno.

Martin sonríe.

—A St. Clair no le va a hacer ninguna gracia. No sabía que ella jugaba en esas ligas.

—Me pregunto si seguirá interesada —continúa Nick—, ahora que Jasper ya no está.

Martin sale sintiéndose peor, arrepentido de haberse comido la quiche. Todavía

está alterado por la mezcla infernal de demasiada cafeína y muy poco sueño. El mundo parece desteñido, con una textura granulada, cinematográfica; la luz le resulta demasiado intensa. Le inquieta el inesperado vínculo entre los estafadores y Jasper Speight, y le sorprende que Denise Speight haya convencido al banco Westpac de que le otorgara los derechos para comprar la fábrica de quesos. Pero nada de eso importa demasiado; tal vez sirva como telón de fondo si algún día decide escribir un libro. Aun así, le da vueltas en la cabeza. Jasper Speight les iba a pagar a Topaz y a Royce para que filmaran a St. Clair; Denise Speight se adelantó a St. Clair con la fábrica. Jasper y su madre podrían haber estado trabajando juntos para ganarle a St. Clair. Entonces, ¿por qué había ido Jasper a verlo con la postal de san Mirón el Taumaturgo? ¿Por sentido cívico, porque quería que Martin desenmascarara al gurú como un impostor? ¿O para eliminar a un rival y manipularlo a él? Las acusaciones de Royce han resquebrajado la imagen que Martin tenía de su viejo amigo de la infancia: trampas de seducción, cámaras ocultas, chantaje. De adolescente, Jasper era a veces imprudente o descuidado, pero nunca manipulador, nunca maquinador. ¿Qué había cambiado? ¿Lo transformó su madre o se dejó corromper por la tentación de propiedades y dinero, por el susurro de la plata? Quizá, Jasper había ido a Hummingbird Beach en representación de su madre; quizá, el gurú estaba allí como peón de St. Clair. Martin recuerda haber visto a St. Clair y al *swami* tomando café en Longton. Así que exponer al gurú beneficiaría a Jasper y a Denise, pues eliminaría su influencia y, a través de él, la de St. Clair. La quiche le pesa como plomo en el estómago. Algo no encaja.

Denise Speight y Tyson St. Clair compiten entre sí, son rivales. ¿Qué había dicho George en su local de pescado frito? Que los terratenientes de Nobb Hill se comportaban como si vivieran en la serie *Juego de tronos.* St. Clair tenía planes para la marisma, la fábrica de quesos y la ribera; Jasper quería parcelar los acantilados. Pero Denise había aventajado a St. Clair acudiendo directamente a Westpac y superando su oferta para la compra de la fábrica, mientras su hijo Jasper contrataba a Topaz y Royce para que filmaran material comprometedor de St. Clair. Un auténtico nido de ratas.

Martin mira la hora. Todavía es temprano, pero los pescadores siempre madrugan. Llama a Vern.

—Martin, buenos días. Un poco temprano para los periodistas, ¿no?

—¿Estás en casa, Vern? Necesito hablar con Josie.

—Ya estoy en el barco. Te paso su contacto por mensaje.

—Gracias.

—De nada. Gran trabajo, por cierto. Conseguiste la primicia otra vez. Pero ¿estás bien? Se te oye nervioso.

—Sí, todo bien.

—Me alegra oírlo —agrega su tío antes de cortar. ¿En serio puede notar el nerviosismo en su voz? Da igual; el teléfono vibra, le llega el mensaje con el contacto de Josie. La llama.

—¿Hola? Soy Josie. —Su voz suena vacilante, no reconoce el número de Martin.

—Hola, Josie. Soy Martin Scarsden. Espero no haberte despertado.

Ella se ríe.

—Con la cantidad de niños que tengo, imposible. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quería preguntarte por la reclamación de titularidad de comunidades indígenas sobre la marisma de Mackenzie. ¿Alguien ha intentado comprarla, ofreceros un trato?

—¿Por qué lo preguntas?

—Sinceramente, no lo sé. Pero algo no encaja.

—Sí, de pronto, en los últimos meses, hemos recibido algunas ofertas: Tyson St. Clair y Denise Speight andan detrás de las tierras.

—Entiendo. ¿Hay algún favorito?

—Por ahora, no. Es nuestra tierra, nos gustaría que quedara en nuestras manos.

—¿Así que no hay posibilidad de que vendáis?

Una pausa, luego un suspiro.

—No es tan sencillo. No tenemos garantía de que nuestra reclamación prospere, y seguramente tardará años en resolverse. Esto sería dinero inmediato.

—Pero perderíais la tierra. La convertirían en un puerto deportivo y un campo de golf.

—Solo si St. Clair se queda con ella.

—¿Por qué? ¿Qué quiere hacer Denise Speight?

—Nada. Dice que quiere transformar la fábrica de quesos en un hotel ecológico, pero que se asegurará de preservar los humedales.

—¿Ella misma te lo dijo?

—Sí. Ella y Jasper.

—¿Jasper?

—Así es. Siempre estuvo en contra del campo de golf, recordarás que te lo contamos.

—¿Entonces, podríais vendérsela a Denise?

—Es posible. Si sigue interesada, ahora que Jasper ha muerto. Pero no depende de mí. Tendría que decidirlo la comunidad aborigen.

—Gracias, Josie, muchas gracias.

—De nada. Lo que necesites.

Se sienta en el alféizar del escaparate de una tienda. Está cubierto de polvo, que el viento ha arrastrado desde el interior azotado por la sequía, pero no le importa. Intenta recordar lo que Denise Speight le dijo aquella mañana en que habló con ella, el día después del asesinato de su hijo. Creyó que ella estaba en estado de shock, devastada. Sin embargo, enseguida le contó los planes de Tyson St. Clair para construir el puerto deportivo y el campo de golf, y también mencionó al instante la oposición de Jasper al proyecto. Martin le preguntó qué quería que ocurriera con la marisma, y ella respondió algo como que le gustaría verla desarrollada, siempre que los aborígenes recibieran una compensación justa y la promesa de empleos. Está seguro de que dijo eso o algo muy parecido. Pero no mencionó nada sobre su propio interés. ¿Por qué?

Suena su móvil y Martin se sobresalta. Número oculto. Supone que es Jack Goffing. Pero no, no es Goffing.

—¿Martin? ¿Martin, eres tú? Habla Wellington Smith.

—La voz es enérgica, algo tensa.

—Sí, soy yo —responde Martin.

—Joder, Martin ¿qué mierda es esto? Solo diré esto: ¡de puta madre!

Justo lo que le faltaba. Wellington Smith, editor de la revista *This Week* y futuro editor de su libro de no ficción sobre los asesinatos ocurridos en el oeste de Nueva Gales del Sur. Wellington Smith, el hombre que le lanzó un salvavidas periodístico cuando el *Herald* lo despidió.

—Wellington, no me he olvidado de ti. Esta historia lo tiene todo: sexo, drogas, asesinatos. Da para otro libro. Un éxito de ventas garantizado.

—Lo sé, Martin, no soy tonto. Entonces, ¿por qué hostias lo estás publicando en todos los portales de la corporación mediática Fairfax? Te despidieron, ¿lo recuerdas?

—No tuve opción. La policía va a presentar cargos contra Topaz Throssel antes del mediodía. Una vez que eso suceda, el *Herald* tendrá que retirar todo. Nadie podrá publicar nada sobre la historia hasta después del juicio, ni siquiera

nosotros. Piénsalo como publicidad. Cuando el caso termine, podremos tener el libro listo.

Eso parece calmar al editor. Martin escucha su respiración agitada del otro lado de la línea, mientras trata de ordenar sus ideas.

—¿Entonces, sigue en pie el artículo para la revista? ¿Y un segundo libro?

—Diría que sí.

—Qué bien, trato hecho. ¡Excelente! —Y cuelga sin decir más.

La sola idea de escribir otro libro lo agota; lo único que quiere es dormir. Pero antes decide pasar por la comisaría en busca de novedades. Tan pronto como empieza a caminar, ve que se acerca un SUV de la televisión, que lo rodea como un tiburón. El coche se detiene, se abre la ventanilla oscura.

—¡Martin Scarsden, joder! ¡Qué pedazo de historia! —La voz de Doug Thunkleton suena demasiado fuerte para la hora.

—Doug. Qué sorpresa.

—¿Sabes acaso cuándo van a acusar formalmente a Topaz Throssel?

—Creería que no antes de mediodía.

—¡Perfecto! —exclama Thunkleton—. Gracias por la información. Tengo que salir en directo. Nos vemos. —El coche arranca.

—¡Doug! ¡Espera un segundo! —El vehículo se detiene, y Martin se acerca a la ventanilla abierta—. ¿Has vuelto a trabajar a tiempo completo en las noticias?

—Todavía no. Y quizá nunca vuelva. Termino con esto y vuelvo al crimen real.

—¿Así que sigues adelante con eso?

—¿Lo dices en serio? ¡Es un bombazo! Huele a premio Walkley por todos lados. No tienes idea del material que tenemos. No serás el único que escribe libros.

—¿De verdad? ¿Tan bueno es? Fantástico. ¿Entonces, ya habéis descubierto la identidad del asesino?

—Estamos cerca.

—Solo una cosa, Doug: fue Tyson St. Clair quien te pasó el dato de la historia, ¿verdad? No Jasper Speight.

—Sí, así es: St. Clair. ¿Por qué?

—Por nada. Gracias.

Camina por el pueblo, que empieza lentamente a despertar, intentando ordenar en su mente el destino de la fábrica de quesos y de la marisma de

Mackenzie. Tyson St. Clair le pasó a Doug Thunkleton la información sobre el posible paradero del cuerpo de Amory Ashton y, sin embargo, Denise Speight logró sacarle ventaja, y es probable que le compre el terreno a Westpac en cuanto aparezca el cadáver de Ashton. Martin se pregunta si St. Clair sabrá que lo han dejado fuera del negocio.

Llega a la comisaría, otro edificio imponente, con menos hormigón y más ladrillo que la de Port Silver, pero igual de intimidante. Debe de estar en el mismo distrito electoral codiciado. La vieja ecuación: ley + orden + clientelismo = votos. Se queda fuera, presa de la indecisión. Si ahí dentro hay alguna respuesta, el edificio no está preparado para revelársela.

Sigue allí cuando se abren las puertas automáticas de cristal, y sale Morris Montifore. El policía parece tan falto de sueño como él: está demacrado y tiene los ojos enrojecidos.

—Buenos días, Martin. Vi tus artículos.

—¿Y?

Montifore se encoge de hombros, responde impávido: —Buenas fotos. Por una vez, salí favorecido. —No sonríe; tal vez esté demasiado cansado.

—Morris, ¿puedo decirle algo? No sé qué significa ni si les servirá. Es solo que no puedo revelar mi fuente.

Montifore vuelve a encogerse de hombros.

—Te escucho. —Cualquier entusiasmo que el detective pueda haber sentido por el arresto de Topaz Throssel parece haberse desvanecido hace mucho.

—Pregúntele a Topaz por qué ella y Royce fueron a Port Silver, si tiene que ver con Jasper Speight.

Esta vez, Montifore sonríe con expresión cansada.

—Has estado hablando con Royce.

—No he dicho eso.

—Entonces, supongo que nunca lo sabré. —El detective se pone serio—. Pero gracias, Martin. Ella ya nos lo dijo, pero gracias igualmente.

Ahora es Martin quien se encoge de hombros.

—¿Siguen con la idea de no presentar cargos hasta el mediodía?

—Ese fue el acuerdo. ¿Te parece bien?

—Sí. Gracias. Vamos a subir más material al sitio web en cualquier momento. El periódico encargó a un colaborador que escriba sobre lo ocurrido en Grecia.

Montifore asiente. Que la historia de fondo se haga pública no perjudicará a

la fiscalía.

—Ella lo confesó todo. No creo que se llegue a juicio. Por cómo pinta el asunto, se declarará culpable.

—¿De las siete muertes o solo de la del *swami*?

Montifore suspira.

—Tienes razón. Admitió haber envenenado al *swami* y a sí misma, nada más. Cerciórate de que eso quede claro en todo lo que escribas. Dice que lo otro fue un accidente. Quién sabe, tal vez tengamos que dividir los juicios.

—El veneno…, ¿lo puso en el cuenco del *swami*?

Montifore niega con la cabeza.

—No puedo darte esa información.

—Por favor, es importante. No la voy a publicar hasta que tenga su autorización para hacerlo.

Morris Montifore parece demasiado agotado como para preocuparse.

—De acuerdo, pero no puedes publicar una palabra. Ella dice que lo puso en el cuenco al final, cuando solo quedaban ella y el gurú.

Martin asiente. Sabe que Topaz no tiene motivos para mentir; y Montifore, tampoco.

—¿Van a dar una rueda de prensa?

—Sí. No es que me entusiasme, pero en Sídney quieren que se sepa. Será aquí, dentro de una hora más o menos. Una declaración breve ante las cámaras, sin preguntas. Para acallar los rumores.

—Entonces, intentaré dormir un poco. Gracias, Morris.

—¿Martin?

—¿Sí?

—Quiero que sepas que encontramos el cuchillo. Los buzos lo sacaron del río ayer por la tarde. Ya está en Sídney.

—Supongo que el río lo habrá lavado por completo.

El detective suspira.

—Peor aún. Lo frotaron con lejía antes de arrojarlo al río.

—Ah, entonces, el asunto termina ahí.

Montifore lo mira a los ojos.

—Eso parece. Aunque los técnicos hacen un trabajo fantástico. Es increíble lo que pueden descubrir cuando se lo proponen.

—¿Qué quiere decir?

—Que quizá te convenga ir a Port Silver a estar con tu novia.

Martin parpadea. El significado de sus palabras es claro.

—¿Por qué? Ya se sabe quién mató a Jasper y por qué. Fue Hawananda.

—No. Nosotros también lo creíamos. Pero no pudo haber matado a Jasper Speight. Tiene una coartada.

—Está muerto. ¿Cómo puede tener una coartada?

—El lunes estuvo dirigiendo un retiro intensivo. Toda la mañana. Frente a doce testigos, diez de los cuales siguen vivos.

Martin se queda mirándolo. Durante varios segundos, no sabe qué decir.

—Ya han interrogado a Mandy dos veces —agrega por fin—. ¿Qué más creen que pueden sacarle?

El detective suelta otro suspiro, como si cargara el peso del mundo sobre los hombros.

—Es por el cuchillo. El mango tiene una mancha oscura, del mismo tono castaño rojizo que el cabello de Mandalay.

Martin se queda mudo. Recuerda las manchas en el baño de la planta superior, alrededor del lavabo.

Montifore quizá se mostraría más compasivo si no estuviera tan agotado.

—Llévala tú a la comisaría. Encárgate de que se presente de manera voluntaria. Si tenemos que ir a buscarla, nadie gana.

Martin ha dejado su coche en Port Silver, así que regresa con Baxter; bajan por el escarpe, pasando una hilera constante de vehículos de medios periodísticos que suben en dirección contraria, alertados por la rueda de prensa de Montifore. Cuanto más descienden, más sienten la densidad del aire caliente, que necesita con urgencia una brisa marina que lo limpie. Martin intenta llamar a Mandy dos veces, pero no responde. Llama a Winifred Barbicombe. Le deja un mensaje, y ella le devuelve la llamada. Martin le explica el asunto del cuchillo; ella dice que irá a Longton y que él debe llevar a Mandy.

El cuchillo. Alguien debe de querer incriminar a Mandy. Clyde Mackie ya desacreditó la denuncia anónima que afirmaba que ella lo había arrojado al río al atardecer del martes. Pero ¿importa, acaso? Si el cuchillo conserva pruebas forenses, de nada servirá el testimonio de Mackie. El ADN lo vence todo, es la pistola humeante del siglo XXI. Pero no puede tratarse de ADN; la lejía y un par de días en el fondo del Argyle lo habrán eliminado. Es solo tinte de pelo. ¿Será suficiente para condenarla? Su mente, privada de sueño, está inquieta,

indisciplinada. Solo el descanso podría tranquilizarla. Eso y saber quién mató a Jasper Speight.

Baxter lo deja junto a su coche, que sigue aparcado frente al club de surf. Tiene una única multa de aparcamiento. Mierda, ¿cuándo empezó a cobrar el municipio por aparcar? Arranca el motor, lo acelera con fuerza; el ruido del escape rebota entre los locales aún cerrados de The Boulevarde.

En el camping, encuentra a Mandy sentada junto al río, sola.

—Hola —la saluda.

—Hola —responde ella—. Me preguntaba si aparecerías. —No hay rastro de enfado en su voz; sí, tal vez, cierto pesar.

—¿Y Liam?

—Todavía duerme. —Levanta un monitor para bebés.

Martin se sienta a su lado; los dos contemplan el agua.

—Perdón, no pude venir antes. Estuvimos trabajando casi toda la noche.

—Lo sé. Lo vi en internet. Esa mujer, Topaz. —No hay rencor en sus palabras, tampoco una acusación—. Siete muertos. Todo para vengar a su hermana.

—Su objetivo era el *swami*. Lo otro fue accidental; seis personas inocentes en el peor lugar en el peor momento. No sé quiénes son. Solo conocía al gurú y a McGrath.

Ella niega con la cabeza, frunce el ceño, consternada.

—Es terrible. Increíble.

Martin mete la mano en el bolsillo y saca el collar.

—Encontré esto.

Mandy lo mira; Martin lo deja caer en su palma. Ella no habla.

—Lo encontré en Hummingbird Beach. En la cabaña de McGrath.

Silencio. Mandy mira el agua. Él espera. Los segundos pasan con la lentitud de siglos.

Por fin, ella habla en voz baja.

—No podía contártelo, me daba vergüenza.

—¿Qué pasó?

—Fui allí; me interesaba. Había oído que la playa era espectacular. —Hace una pausa—. No, no era solo eso. Estaba sola. Atrapada en la casa alquilada con Liam como única compañía. Día tras día, noche tras noche. Empecé a pensar que no volverías, que te quedarías en Sídney. Que no querías estar conmigo.

—Siempre voy a querer estar contigo —intenta tranquilizarla él, tomándole la mano.

Pero ella la retira. Cuando habla de nuevo, lo hace con tristeza, no con rencor.

—Llegaste a Riversend con tus gestos heroicos y tus palabras bonitas. Y mucho amor. Un hombre mejor que Byron Swift y los demás. Y luego, volviste a marcharte para escribir tu libro. Ni siquiera me ayudaste a mudarme. El libro siempre fue más importante que yo y que Liam. No sabía si volverías o no.

—Siempre tuve intenciones de volver. El libro está terminado, y estoy aquí.

—¿De verdad? Ayer no estuviste. Estuvieron los buzos, la policía, los curiosos. Todo el día, estuvieron aquí, y tú no. —Tiene lágrimas en los ojos—. Estabas con tu historia. Ella es tu verdadero amor.

¿Cómo responder a eso? Es cierto: se abocó al libro sobre Riversend y excluyó todo lo demás, lo escribió en cuatro semanas, setenta mil palabras, trabajando día y noche. Wellington Smith le había puesto un plazo imposible de cumplir y él terminó cinco días antes solo para poder venir a verla. Pero ¿cómo decírselo? Pensará que escribió sin descanso porque es lo que ama, es su obsesión. Y, en parte, sabe que es verdad.

—Te drogó, Mandy. Garth McGrath te drogó.

Ella lo mira, comprende, pero no dice nada.

—Igual que a mí. Y que a Topaz Throssel.

Mandy sigue sin responder.

—¿Recuerdas lo que pasó? ¿O tienes lagunas en la memoria?

—¿Cómo lo sabes? —pregunta en un susurro.

—Es uno de los efectos de la droga Rohypnol. La que usó McGrath. La droga para violaciones.

—Dios mío —se estremece ella; sus ojos son más verdes que el agua del río. Pero no hay alivio en su mirada. Si se siente exonerada, no lo demuestra. Todo lo contrario: parece aún más angustiada; no lo mira.

—Ayer leí tu artículo en la tableta para mantenerme al tanto. Y entonces, llegaron los buzos. Intenté llamarte, pero tu teléfono estaba apagado. Estabas demasiado ocupado escribiendo. Así que me quedé mirándolos con Liam. Después, fueron llegando los demás, desde allí arriba. —Mueve la cabeza hacia la zona de residentes permanentes—. También miraban a los buzos. Y me miraban a mí. Al final, nadie miraba lo que hacían los buzos, solo a mí. No lo

soporté. Me llevé a Liam y salí en el coche. Me fui lejos, por Dunes Road hasta Treachery Bay.

—Lo encontraron, Mandy —dice Martin—. Los buzos lo encontraron.

—¿El qué?

—El cuchillo.

Ella suelta un suspiro.

—Qué bien. ¿Y ahora qué?

—Está en Sídney. Están haciéndole todas las pruebas posibles: de sangre, de ADN, con microscopios electrónicos, de todo. Ya he avisado a Winifred.

Ella lo mira.

—Yo no fui, Martin. Yo no lo maté.

—Nunca dije eso.

—No hace falta que lo digas.

Él no sabe cómo responder, así que sigue adelante, dice lo inevitable: —El pelo: ¿cuándo te lo teñiste?

Ella lo mira, perpleja ante la seriedad de su tono.

—El domingo por la noche. Para sorprenderte. ¿Por qué?

—¿Te lo teñiste sola?

—Sí. —Frunce el ceño, vacila—. ¿Qué pasa?

—¿Fue en la casa alquilada? ¿Arriba, en el baño? ¿La noche antes de que mataran a Jasper?

—Sí. Dímelo, ¿qué pasa?

—El cuchillo. Montifore dice que tiene una mancha en el mango.

Ella no responde, guarda silencio, se vuelve para mirar el agua.

—Hablé con la policía en Longton. Quieren volver a interrogarte.

—No tengo nada que ver con ese cuchillo. Nunca lo he visto, nunca lo he tocado.

—Lo sé. Te creo. Yo soy solo el mensajero.

La angustia vuelve a reflejarse en el rostro de ella.

—¿Por eso has venido? ¿Porque te envió la policía?

—No, Mandy. He venido para estar contigo, para apoyarte.

Pero la mente de ella ya se ha adelantado.

—La prensa…, ¿hay periodistas allí? ¿Fotógrafos, como en Riversend?

Él no lo había pensado, pero es cierto. Estarán apostados frente a la comisaría, esperando las declaraciones de Montifore sobre las muertes en Hummingbird Beach.

—Sí, habrá periodistas. Pero no les importa Jasper ni el cuchillo. Lo único que les importa son las muertes de Garth McGrath y el *swami*. "El Jonestown australiano". Tú no tienes nada que ver con eso.

Mandy no se mueve; su rostro parece de cera, perfecto, una escultura. Solo las lágrimas le dan vida; caen primero de un ojo, luego del otro, una a una, mientras ella mantiene la mirada fija en Martin, como si intentara comprender lo que está ocurriendo entre ellos.

—Voy a llamar a la policía —continúa él— para ver si podemos reunirnos en otro sitio. En un hotel o algo así. Pero si no vamos a Longton, podrían arrestarte. O emitir una orden de captura. O avisar a los periodistas. No hay alternativa, tenemos que ir.

Aun así, Mandy no se mueve. Cuando por fin habla, su voz es casi un susurro: —Te fuiste demasiado tiempo. Tendrías que haber estado aquí.

Hay algo en sus palabras, algo oscuro y fatalista. No suenan a reproche, sino a algo más inquietante.

—¿Mandy?

Y el dique se rompe, los sollozos la sacuden, su cuerpo se convulsiona, su cara se deforma.

Martin se acerca y la toma de los brazos.

—¿Mandy?

—No estabas aquí. La historia te había atrapado. No sabía si ibas a volver. Estaba sola. Tenía miedo.

En ese momento, teme que la perderá, siente que ya la está perdiendo, que ella y su hijo se le escurren entre los dedos. Pero no encuentra palabras ni una frase de consuelo. El escritor del millón de palabras, mudo.

Un chillido corta la mañana, agudo, distorsionado por la estática: el monitor del bebé. Liam irrumpe en el silencio: el futuro intentando imponer su dominio sobre el pasado.

CAPÍTULO 26

Viajan en silencio. No hay nada que decir, solo mucho en qué pensar; la mente de Martin está colonizada por pensamientos oscuros que juegan con sus emociones. Mandy va al volante; él ni siquiera tiene eso para distraerse. ¿Cómo se le ocurrió dejarla, abandonarla para escribir su adorado libro, buscando reivindicarse en lo profesional para taparles la boca a los escépticos… mientras la perdía? Lo asalta un recuerdo: está en su apartamento de Sídney, volcando palabras sobre la página, y entre párrafo y párrafo piensa en ella, saborea ese sentimiento nuevo, ese amor, convencido de que la ausencia realmente lo hace crecer. Qué cruel resulta ahora ese recuerdo, porque mientras el amor crecía dentro de su corazón, el de Mandy se alejaba, arrastrado por la incertidumbre y por su aparente indiferencia. Ella había temido que él fuera solo uno más, otro ladrón en la noche.

Otro pensamiento que brota desde algún rincón de la mente lo atraviesa como una lanza: Jasper. Su viejo amigo, lector voraz de sus artículos y reportajes. Había visto lo que ocurría: Mandy, la pareja de su amigo, empezaba a alejarse, como una balsa a la deriva. Se habían peleado en el club, pero ¿por qué? ¿Acaso Jasper vio una oportunidad para acercarse a Mandy? ¿O fue porque estaba molesto con ella por no mantenerse fiel a su amigo? Martin niega con la cabeza, como si así pudiera deshacerse de esas conjeturas; esos pensamientos solo sirven para atormentarlo.

Mandy va a su lado, tan cerca que podría tocarla, y, sin embargo, inalcanzable, a pocos centímetros pero distante, concentrada en conducir por el camino bordeado de palmeras hacia el colegio y la guardería. En el asiento trasero, Liam canturrea en su silla: el sonido mismo de la inocencia, intentos de palabras que llenan el silencio. Se le parte el corazón. Cuando Mandy lo deje en la guardería, tal vez sea la última vez que él lo vea. Le gustaría bajarse de un salto, abrazarlo, oler su aroma maravilloso. Pero cuando llegan, se queda en su asiento. Si la policía la lleva detenida, él tendrá que recoger al niño. Casi desea que lo hagan, solo para pasar un poco más de tiempo con él, empaparse de su

pureza, de sus pequeñas alegrías, un instante más. Observa a Mandy mientras lo lleva hacia la puerta trasera de la guardería, no la principal. Claro, es domingo. Ha hecho un acuerdo privado con la dueña para que lo cuide.

Están casi en la base del escarpe cuando suena el teléfono de Mandy. Sale de la carretera, cruza al otro lado, donde hay una salida hacia el ingenio azucarero, el mismo lugar donde él recogió a Topaz y Royce hace casi una semana. Cuando por fin detiene el coche, se corta la comunicación. Mandy devuelve la llamada, él puede oír su parte de la conversación.

—Entiendo…, en unos veinte minutos…, ¿puede ser en otro sitio?…, ¿por qué no? —Y por último—: Sí. Gracias.

Martin espera un instante para ver si ella dice algo, pero se ve obligado a preguntar:

—¿Malas noticias?

—Era Winifred. La policía quiere hablar en la comisaría.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—No lo sabe. Nos encontraremos allí.

Vuelven a quedarse en silencio, y ahora que Liam ya no está con ellos, su vínculo se siente cada vez más frágil. Martin lo intenta otra vez:

—Mandy, quiero que sepas que tienes todo mi apoyo. Estoy contigo en esto.

Por fin ella lo mira.

—Gracias, Martin. Esperemos que no sea demasiado tarde. —Pero enseguida vuelve a concentrarse en las curvas cerradas del escarpe, el rostro tenso, los ojos cargados de temor.

Tal como temían, los medios están apostados fuera de la comisaría. O bien sus colegas están trabajando con esmero o no saben qué más hacer. O quizá la propia policía les dio el aviso. Siente un vacío en el estómago, un hueco roído por los pensamientos que lo invaden. "La policía quiere esto. Quieren que fotografíen a Mandy. Después de la forma vergonzosa en que la trataron en Riversend, ahora redoblan la apuesta". Y lo peor: "Deben de saber algo".

—Que se pudran —dice Mandy.

Conduce hasta la comisaría, gira por la entrada lateral, pasando junto a los carteles que dicen "SOLO VEHÍCULOS POLICIALES". Sigue hasta detenerse justo frente a la puerta posterior, bajo otro cartel de "PROHIBIDO APARCAR". Sale del coche, deja el motor encendido y las llaves puestas, pero

la puerta de cristal está cerrada con llave. Martin también baja, pulsa el botón del intercomunicador junto a la puerta, una vez, otra.

—¿Quién es? —pregunta una voz despersonalizada—. No está permitido usar esa entrada.

—Somos Martin Scarsden y Mandalay Blonde. Venimos por solicitud expresa del detective inspector Morris Montifore. Su abogada, Winifred Barbicombe, ya debería estar aquí.

—Un momento, por favor. —Y nada más.

Mandy lo mira.

—Lo hacen adrede. Quieren que me quede atrapada aquí fuera.

Martin vuelve a pulsar el botón.

—Abran esta puerta ahora mismo o nos marchamos y será su responsabilidad.

No hay respuesta.

—¡Martin! ¡Mandy!

Se vuelven. Es Baxter. O más bien, la lente de su cámara, el fogonazo del flash, una ráfaga de disparos. Baja la cámara y se encoge de hombros en una muda disculpa que deja en claro que solo cumple con su trabajo. Tras revisar la pantalla de la cámara, la vuelve a alzar, y dispara otra ráfaga corta. Martin siente un torrente de emociones: ira, frustración, la amargura de una traición.

Se oye el clic del cerrojo, y la puerta se abre. Es Winifred.

—Entra —dice con voz tranquila. Mira a Martin—: Tú no. Solo Mandalay.

Mandy cruza una mirada con él, restableciendo por fin algo de la vieja complicidad. La puerta se cierra y se activa el bloqueo electrónico con un chasquido.

—¡Martin!

Se vuelve. Es Doug Thunkleton, agitado, jadeando, seguido por su equipo de grabación.

Martin siente la tentación de decir algo sarcástico, de torcer la boca en una mueca de desdén y descargar toda su indignación directamente en la lente. Pero se vuelve y regresa al Subaru, ignorando las súplicas de Thunkleton para que hable. Sale en el coche por entre el enjambre de fotógrafos y equipos que zumban alrededor del edificio, ávidos por conseguir una imagen, aunque no tengan idea de qué es ni de qué significa.

Se aleja del tumulto, comprueba por el espejo retrovisor que ninguno de ellos esté tan desesperado como para seguirlo. Cuando tiene certeza de que está solo,

se detiene a la sombra de un árbol junto a la acera. Vuelve a cerciorarse de que no hay nadie y entonces grita, desata una retahíla de palabrotas e improperios durante tres minutos, hasta que se vacía de ira, de frustración, de impotencia. Cuando por fin se calma, ajusta el asiento a la longitud de sus piernas y acomoda los espejos a su altura. Pero no sabe adónde ir. Sabe que tiene que hacer algo, pero ignora qué. Debería estar ayudando a Mandy. O yendo tras una historia. Algo. Lo que sea.

Suena el teléfono. Es Bethanie.

—Hola, Martin.

—Bethanie.

—Baxter me enseñó las fotos.

—¿Vas a publicarlas?

Hay una pausa. Al menos, le concede esa pequeña cortesía: pensar la respuesta antes de hablar.

—¿Hay alguna razón para no hacerlo?

—¿Tienes una historia que las acompañe?

—¿Tiene que ver con lo ocurrido en Hummingbird Beach?

—No. Es sobre el otro homicidio, el de la casa que había alquilado Mandy.

—Ah, claro —dice Bethanie—. Creen que fue el gurú. ¿Tendrás listo ese material para el periódico de mañana?

—Es probable. —No dice nada sobre la coartada de Hawananda ni sobre el cuchillo.

Bethanie vacila mientras evalúa el valor de la historia como noticia.

—No quieres exponerla a la prensa, ¿verdad?

—No. Menos después de lo que pasó en Riversend; lo entiendes, ¿no?

—Por supuesto. Pero Baxter ya ha enviado las fotos por su cuenta. Ya sabes cómo funciona el sistema.

—Directo al editor de imágenes. Entendido. Gracias, Bethanie.

—¿Por qué?

—Por llamarme. Por no presionar para que las publiquen.

—Todavía no me lo agradezcas. Veremos qué pasa. —Corta la llamada.

Martin se queda donde está, preguntándose qué acaba de hacer. Si Bethanie llega a enterarse de que encontraron el cuchillo o de la coartada de Hawananda, sabrá que la engañó. De puta madre. La policía está interrogando a Mandy, el *Herald* tiene una foto exclusiva y él ha hecho todo lo posible por sabotear la historia. Por un momento, piensa en su carrera, en lo bien que se

sintió volviendo al ruedo, trabajando con Bethanie y Baxter, entregando su primicia, destapando la historia más impactante del país. Y comprende que por más secreta que haya sido su ambición, se habían encendido en él las esperanzas de recuperar su empleo. Ahora se da cuenta de que no sucederá, no cuando Terri descubra el subterfugio. Y sonríe. Al final, no tuvo que elegir entre Mandy y el periódico: la elección se hizo sola. Tiene que ayudar a Mandy, tiene que demostrar su inocencia. Todo lo demás es secundario. Arranca el coche y se pone en movimiento. Debe averiguar qué ocurrió en Hummingbird Beach, quién mató a Jasper Speight y ocuparse de recuperar la confianza de Mandy. Gira y conduce al Hospital Regional de Longton.

Jota Hayes está sentada en la cama, mirando por la ventana con expresión vacía.

—¿Jota?

Sus ojos vuelven a enfocarse. Gira la cabeza y lo mira.

—Ah. Eres tú.

—¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Te has enterado? Anoche la policía arrestó a Topaz. Van a acusarla de homicidio.

—Ya. —Vuelve la vista al punto que contemplaba cuando él entró, sin mostrar mayor reacción ante la noticia—. Así que fue ella.

Martin se sienta en la silla junto a la cama.

—El *swami* Hawananda mató a la hermana de Topaz. En Creta, hace ocho años. Fue un accidente. —Le cuenta la historia lo mejor que puede.

Jota niega con la cabeza.

—¿Pero por qué mató a los demás?

Martin aprovecha la oportunidad.

—De eso quiero hablar contigo, Jota. Pienso lo mismo. No entiendo por qué querría matar a los demás. Confesó su intención de matar al *swami*, pero niega el resto.

Jota frunce el ceño.

—¿Estás diciendo que sobrevivió? Yo la vi beber la poción. Fue la primera en enfermarse.

—¿Cómo dices?

—Ella empezó a vomitar. A más no poder. Por eso llamé a la ambulancia.

—¿Fuiste tú quien llamó?

—Sí. Me asusté. De pronto, empecé a sentirme muy mal, aunque casi no había probado el brebaje. Algunos de los otros parecían estar bien, bailaban y reían como siempre. Pero algo pasaba. Ella empezó a vomitar y… —Cierra los ojos por un segundo—. Y enseguida después, se desplomó Dev. Nunca había pasado antes. Así que llamé a la ambulancia. Después, empecé a vomitar yo también. No podía parar. Debí de haberme desmayado.

—Topaz quería morir —dice Martin—. Pero vomitó el veneno antes de que pudiera hacer efecto.

—¿Qué era?

—Todavía no lo sé. Debía de tenerlo encima cuando la dejé aquí el viernes. La policía científica ya lo habrá averiguado.

—Tal vez.

—Jota, ¿cómo funcionaba? Yo estuve allí el jueves por la noche. El *swami* repartía bebidas de una botella de Coca-Cola. ¿El viernes fue igual, en la ceremonia al final del retiro?

—No, más formal. Servía la pócima con un cucharón, de un cuenco ceremonial. Primero, a los discípulos; luego, a cualquiera que quisiera. Se aseguraba de que nadie tomara más de una copa. Lo presentaba como un ritual, pero era también una medida de seguridad. Una vez que todos lo habían tomado, él también lo hacía. Después, volcaba lo que sobraba en la arena. Era sumamente cuidadoso.

—Yo creía que era solo alcohol, zumo de frutas y especias.

—Sí, era eso. Quizá, después de lo que pasó en Grecia, se mostraba muy cuidadoso.

—¿Y el viernes fue igual que siempre?

Ella frunce el ceño.

—Creo que sí. No estoy segura. Topaz empezó a vomitar, yo me sentía mal, Dev se desplomó. Salí corriendo a llamar por teléfono.

—¿Y Hawananda? ¿Siempre participaba él también?

—Sí. Decía que era una conexión con lo divino. —Vuelve a mirar por la ventana—. Lo divino —murmura. Y se queda mirando la nada, como si se hubiera olvidado de Martin.

—Jota, ¿hay algo más, algo que no me hayas contado?

Ella lo mira. Se la ve tranquila, con expresión casi serena, pero hay algo en la profundidad de sus ojos; ahora lo ve.

—Ha vuelto, Martin.

Él guarda silencio, intuye el significado de sus palabras.

—El cáncer. Ha vuelto.

Martin calla. ¿Qué puede decir?

—Me estaban haciendo exámenes para cerciorarse de que estuviera sana. Aparecieron los marcadores en sangre. No salió en las radiografías, no son lo bastante sensibles. Tengo que ir a Sídney, a hacerme una resonancia y todo lo demás.

—Lo siento, Jota.

—Revisaron cada centímetro de piel, incluso los ojos, pero no encontraron nada. Podría ser un falso positivo, dicen. Pero yo sé que está ahí, es el melanoma. Ha vuelto para matarme.

Martin parpadea. Melanoma en fase avanzada. Hasta hace poco, una sentencia de muerte.

—He oído que hay medicamentos nuevos, con resultados increíbles.

—Sí. Quizá. —No suena muy confiada—. Pero creo que me lo merezco.

—Nadie merece el cáncer, lo sabes. Es una lotería —dice, y enseguida se arrepiente de la metáfora.

Ella no parece convencida.

—No lo entenderías. Se mete dentro de ti, te carcome, te angustia, te quita el sueño. Nunca descansas. Te consume, te deja vulnerable. —Mira al frente, los ojos secos—. No creo que los fármacos funcionen, al menos conmigo.

Martin siente un escalofrío en la nuca; se le eriza la piel. Ha oído ese tono antes, confesiones similares, no en Australia, sino en zonas de guerra, en campos de refugiados, después de las limpiezas étnicas. Ella no está hablando del cáncer, sino de la culpa.

—Jota, ¿qué has hecho?

—Te lo contaré. Te lo contaré todo. Puedes ponerlo en tu periódico si quieres, cuando yo ya no esté.

—No vas a morir.

—Mucho mejor entonces. ¿Hacemos un trato?

Martin asiente. No sabe a qué se compromete, pero quiere oírla, y ella necesita contarlo. Si ha tenido algo que ver con las muertes en Hummingbird Beach, él tiene que saberlo.

—Trato hecho —responde.

—Amory Ashton —dice ella.

—¿Ashton? ¿Qué pasa con él?

—Lo maté yo. No fue intencionado, pero lo maté.

Martin se queda paralizado; el aire se carga de electricidad.

—¿Qué pasó?

—Tuve una pelea con él; ¡qué hombre tan repugnante!

Un recuerdo le viene a la mente: Jota montando al gurú en su oficina, la cicatriz en forma de medialuna roja en la nalga, la nota en el *Longton Observer*.

—Los tiburones —dice.

Ella asiente.

—Sí, los tiburones. Me atacaron cuando salí a surfear en mi propia playa. Sus tiburones de mierda.

—¿Sus tiburones? ¿De Ashton?

—Bien podrían haberlo sido. Eran tiburones sarda. Iban a la marisma, atraídos por los vertidos de la fábrica.

—¿Entonces, lo mataste?

—No fue adrede. Fui hasta allí cuando salí del hospital. Estaba furiosa, llena de rabia. No fui la primera, ¿lo sabías?

Martin asiente.

—La dueña del camping.

—Ah, ya lo sabes. Ponlo en tu periódico.

—Lo haré.

—Era un día precioso, cerca del atardecer. Tranquilo, sin viento, con buenas olas para surf. Quería volver a meterme al agua, sentía que estaba lista. La herida había cicatrizado. Pero no pude. Tenía demasiado miedo. Miedo de mi propia playa, de mis olas. Por culpa de él. Yo ya había empezado a pensar qué hacer con el lugar; imaginaba algo sencillo, un campamento para surfistas, un sitio para retiros de yoga y meditación, pero no podía recibir gente allí si estaba lleno de tiburones. Así que fui a la fábrica para hablar con él. Estaba vacía, el último turno ya había terminado, pero su coche seguía allí. Ashton estaba en el muelle, pescando.

—¿Y qué pasó?

—Discutimos. Fue horrible. Él era un hombre horrible, sus palabras fueron horribles. Trató de sujetarme. Tenía unos dedos gordos como salchichas, trataba de cogerme. Le di una patada con todas mis fuerzas, traté de escapar. Lo empujé, cayó al agua. Cayó desde el muelle a la marisma.

—¿Qué? ¿Se ahogó?

—Los tiburones lo atacaron.

Martin no sabe qué decir. Le viene una imagen a la mente, brazos que se agitan, agua que se vuelve roja.

—Por lo que cuentas, parece haber sido en defensa propia. ¿Por qué no se lo dijiste a la policía?

—Debería haberlo hecho, lo sé. Pero no tenía ninguna razón para estar allí. Pensé que la policía diría que fue premeditado, que fui con intención de matarlo.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Cogí su equipo de pesca, lo metí todo en su coche y conduje hasta Treachery Bay. Lo incendié y volví caminando por la playa, de noche, por la orilla, para no dejar huellas. Tardé dos horas.

Martin no sabe qué decir. Una parte de él se entusiasma; es otra revelación impactante que podría incluir en su próximo libro. En un capítulo aparte. Pero ahí está el problema: es algo independiente, sin conexión con las muertes de Hummingbird Beach ni con el asesinato de Jasper Speight.

—¿Soy la única persona a la que le has contado esto?

—Sí, casi.

—¿Se lo contaste a Jasper Speight?

—¿A Jasper? No. ¿Por qué iba a contárselo?

—¿Entonces, a quién más se lo contaste?

Jota baja la mirada, olas de pena tiemblan en su rostro.

—A Dev. Se lo conté a Dev.

Martin lo entiende por fin: la relación entre el *swami* y Jota no era casual, ni hedonista, ni de maestro y discípula.

—Estabais juntos —afirma—. Erais pareja.

—Sí —responde ella—. Éramos pareja. Amantes. —Alarga el brazo, toma la mano de Martin—. Lo echo de menos. Ya lo echo de menos. Y ahora tener que enfrentarme a esto, al cáncer, sola. Ojalá estuviera aquí.

—Le contaste que mataste a Ashton. ¿Él alguna vez te habló de su pasado? ¿De lo que ocurrió en Creta?

Jota no responde, solo niega con la cabeza; aprieta la manta del hospital con dedos nerviosos.

Transcurren unos minutos en silencio, luego, dice:

—¿Martin?

—¿Sí?

—¿Podrías llevarme a casa? Aquí ya no pueden hacer mucho más por mí. Tengo que prepararme para ir a Sídney. Necesito recoger mis cosas.

CAPÍTULO 27

En Hummingbird Beach, la entrada ya no está bloqueada; el equipo forense se ha ido del aparcamiento y solo quedan algunos jirones de cinta policial como prueba de que estuvieron allí. El sitio está casi desierto; el aparcamiento, prácticamente vacío, con excepción de un viejo Holden y, más atrás, entre unos árboles, un BMW abandonado, cubierto de excremento de pájaros. El coche de Garth McGrath. El Holden pertenece a la pareja de ancianos que se han quedado a cuidar el lugar. Oyen que llega el coche y se acercan a ayudar, abrazan a Jota y la acompañan hasta su casa.

Martin se despide en voz baja. Casi no han cruzado palabra en todo el trayecto desde Longton. Es como si Jota se hubiera replegado sobre sí misma, como si hubiera envejecido de golpe. Pero antes de irse, intenta hacer la pregunta que le ha estado dando vueltas en la cabeza durante gran parte del viaje.

—Jota, no quiero angustiarte, pero he estado pensando en Hummingbird Beach. En el futuro.

—¿En lo que pasa si muero, quieres decir? —responde ella con naturalidad —. Ya me lo habías preguntado una vez. Supongo que tendré que ver a Nick Poulos y redactar un testamento nuevo.

—¿Un testamento nuevo? ¿Ya habías hecho uno?

—Claro. He estado enferma antes.

—¿Y quién era el beneficiario? ¿El *swami*?

—Así es.

—¿Y ahora?

Ella sonríe, cansada.

—¿Ahora? No lo sé. Ya veremos.

Martin regresa al pueblo por Dunes Road, pasa junto a la cruz blanca —ya tan familiar que ha perdido algo de su fuerza simbólica— entre el paisaje poblado de arbustos de té y manglares, con la marisma a la derecha, los acantilados

arbolados a la izquierda y el faro flotando a lo lejos. Se obliga a mantener la concentración, pues está cansado y teme quedarse dormido. Cuando entra en la zona con señal, el teléfono suena, como si hubiera estado esperándola. Se detiene a la vera del camino.

—¿Martin? Soy Bethanie. ¿Dónde estabas?

—En Hummingbird Beach. ¿Qué pasa?

—Los médicos y la policía dieron una rueda de prensa.

—¿Algo interesante?

—Nada fuera de lo común. Todos los supervivientes están fuera de peligro y mejorando. Tu amigo Montifore confirmó que Topaz Marie Throssel está detenida y que será acusada formalmente. También advirtió que no publiquemos nada que pueda influir sobre el proceso judicial.

—Bien. ¿Dijo algo que no supiéramos ya?

—No mucho. Respondió solamente unas pocas preguntas.

—¿Mencionó a Mandy? ¿Dijo algo sobre ella?

—Sí. Thunkleton le preguntó qué tenía que ver ella. Montifore fue tajante, dijo que no había ninguna conexión entre Mandy y lo ocurrido en Hummingbird Beach, que estaba colaborando con otro asunto. En la práctica, la sacó de la historia.

Martin siente que la tensión se le afloja. Montifore no contó a la prensa lo de la coartada del gurú ni lo del cuchillo.

—¿Entonces, no es necesario que la incluyamos en lo que publiquemos?

—No es tan sencillo, Martin.

El cuerpo se le tensa otra vez. Bethanie es una periodista capaz; quizá, intuye que algo no encaja.

—¿Cómo que no?

—Te lo dije: Baxter mandó las fotos a la redacción.

—¿Y?

—Vamos, Martin, son exclusivas. Nadie más la fotografió cuando llegó. Además, sigue siendo una figura de enorme interés público, después de lo que pasó en Riversend. Y encima, el *swami* mató a Jasper en su casa. Y no mencionemos que es sumamente atractiva, por si no lo has notado. Parece una modelo de pasarela más que una informante de la policía. ¿Cómo lo hace, por Dios?

Martin suspira. Sabe que no tiene sentido discutir con Bethanie; no es ella la

que toma las decisiones. Si a los editores de Sídney les gusta la imagen, la van a publicar.

—¿Y ahora cómo seguimos?

—Ya he entregado el artículo sobre la rueda de prensa. Mientras tanto, conseguí una entrevista exclusiva con una de las supervivientes. La policía levantó la guardia del hospital. Podría ser nuestra gran historia para el periódico si la tuya sobre el homicidio del agente inmobiliario no resulta. Baxter pensaba llevar de nuevo a esta mujer a Hummingbird Beach, fotografiarla en el lugar de los hechos. ¿Sabes si ya se puede acceder?

—Sí, no hay más policías. Es buena idea. Cuando termines, ¿podrías pasarme su número, por si necesito hacer seguimiento de un tema?

—¿Qué pasa? ¿Qué estás investigando?

—Todavía estoy tratando de entender qué pasó, quién fue responsable, cómo se conecta todo. Pero es pronto. Tal vez tenga algo más adelante en la semana.

Hay un largo silencio. Bethanie tarda en hablar.

—No te entiendo. ¿Cómo que quién fue responsable? Topaz Throssel confesó. La atrapaste tú, por el amor de Dios. Fue nuestra exclusiva, nuestra gran primicia, está en el sitio web, en todas las redes sociales. No me digas que te has equivocado.

Martin percibe la inquietud en la voz de ella; después de lo ocurrido en Riversend, no puede culparla.

—No, no, Topaz es culpable, sí. Me refería al otro asesinato, el de Jasper Speight.

Otro silencio.

—¿No fue el gurú quien lo mató para ocultar su pasado? Eso fue lo que me dijiste. Lo que le dijimos a Terri.

—Sí, pero la policía cree que quizá haya algo más detrás.

—¿Por eso interrogaron a Mandalay Blonde?

Martin no sabe qué decir. Se da cuenta de que está sudando, a pesar del aire acondicionado del Subaru.

—Supongo que sí.

—Ay, Martin, ¡por Dios! La foto de Baxter le está quemando en el escritorio a Terri, ella me exige que escriba algo para acompañarla, ¡y ahora resulta que la policía está interrogando a Mandy Blonde en relación con un homicidio y tú no me dices nada! —Puede sentir el enfado de ella a través de la línea—. ¡No puedes pretender que me guarde esa información!

Martin respira hondo.

—No es necesario que lo publiquemos hoy. Tenemos de sobra con Hummingbird Beach y sus consecuencias. Y tienes la entrevista con una de las víctimas.

—No, Martin. No. Tenemos la foto, tenemos a Mandy en la comisaría, donde la están interrogando acerca de un homicidio relacionado con el *swami* y tal vez con las siete muertes ocurridas en Hummingbird Beach. Si nos quedamos sentados sobre esa información, alguien podría aventajarnos. Y entonces, ¿qué le digo a Terri?, ¿que lo sabía pero no dije nada?

—Está bien, está bien. Tienes razón. Por supuesto que tienes que enviar el artículo. Pero yo no puedo involucrarme; el conflicto de intereses es más que obvio. Y si aparece mi nombre en el artículo, Mandy nunca más volverá a hablarme.

—Por mí no hay problema.

—Solo hazme un favor.

—¿Cuál?

—No lo exageres. Estoy seguro de que Mandy es inocente. La policía podría dejarla ir en cualquier momento. No cometas el mismo error que cometí yo en Riversend, de lanzarte a la piscina sin antes verificar si tenía agua.

Otra pausa. Cuando Bethanie vuelve a hablar, ya no suena tan enfadada.

—Tiene sentido lo que dices. Pero sabes que la decisión final es de Terri.

—Seguro. Simplemente, no le pongas demasiada pimienta a la historia.

—Mierda, Martin —dice ella, con un tono de pesar en su voz—. Lo siento. —Y corta la llamada.

Durante un buen rato, Martin se queda allí sentado, a un lado de Dunes Road. Ha hecho todo lo posible para proteger a Mandy, pero sabe que no es suficiente. Los medios están en el pueblo, ávidos de noticias, y si la policía deja de brindar información, se dispersarán y empezarán a buscar sus propias historias. Una foto de Mandalay Blonde en el sitio web del *Herald* será irresistible, por mucho que Bethanie trate de minimizarla. Una vez que alguien empiece a hablar de ella, los demás seguirán el juego, intentando superarse entre sí. Volverán a publicar todas las fotos de Riversend, aquellas de las que Mandy había huido al mudarse a Port Silver. Tiene que ponerse en marcha, tiene que ayudar. Y lo mejor que puede hacer por ella ahora es encontrar una noticia nueva, más impactante, que empuje el ciclo hacia delante o en otra dirección, que haga que el nombre de Mandy quede en el olvido.

Primera pregunta: si no fue el *swami* quien le abrió el pecho a Jasper Speight con un cuchillo de filetear, ¿quién coño lo hizo?

Suena el teléfono. Es Terri Preswell.

—Terri.

—Martin. Bethanie me ha explicado la situación con tu novia. Voy a retrasar la publicación de la foto. Por ahora.

—¡Fantástico! Muchísimas gracias.

Pero ella lo interrumpe.

—No me lo agradezcas, Martin. Si no conseguimos algo mejor, la foto será la portada de mañana. —Y cuelga.

De puta madre. Ya pasa de la una. Le quedan cinco horas hasta que se cierre la edición de la portada del día siguiente. Y si el *Herald* pone a Mandy en primera plana, el resto de los medios se lanzará sobre ella. Y más temprano que tarde, alguien descubrirá la coartada del gurú y el asunto del cuchillo. Cinco horas. Le quedan cinco horas para salvar a Mandy; cinco horas para salvar su relación; cinco horas para salvar su propia reputación con Terri Preswell, Bethanie Glass y el *Sydney Morning Herald*. Cinco horas… como máximo.

Pero no tiene ni idea de qué hacer.

Sigue allí, tratando de pensar, cuando una moto gira bruscamente delante de él y tuerce por el camino de tierra hacia la casa Hartigan. El conductor va vestido de negro. Una moto. Otra vez. Recuerda Ridge Road: ¿habría descubierto Jasper Speight algo allí arriba que pusiera su vida en peligro? Sin duda, alguien no quería que la gente accediera al antiguo camino: la vieja tranquera en el límite entre las propiedades de Bede y Alexander estaba cerrada con un candado reluciente, aunque había marcas de neumáticos del otro lado, y en este extremo, un árbol derribado para disimular la entrada del sendero. Y allá abajo, en el camping, alguien había arrojado un cuchillo de filetear al río Argyle. ¿Qué había dicho la dueña del camping? Motos de cross, recorriendo la ribera a todas horas. Con eso le basta. Arranca el coche y sigue a la moto. Cuando se acerca a la tranquera, no hay señal de la moto ni del conductor; solo el chirrido distante de un motor de dos tiempos y un olor aceitoso suspendido en el aire. Martin deja el coche, encuentra la entrada oculta a Ridge Road y echa a correr, abriéndose paso entre la vegetación.

Al principio corre rápido, impulsado por la adrenalina y un mal presentimiento, pero pronto reduce el ritmo, trota: la falta de entrenamiento y la falta de sueño le pasan factura. El sendero es estrecho; se abre paso entre la

maleza siguiendo lo que queda del camino. A su alrededor, el monte está en silencio, la selva parece contener la respiración. El aire es espeso; el calor, aplastante. El sendero asciende, inclinándose cada vez más hacia el norte a medida que se acerca a la parte alta de los acantilados. Se detiene a recuperar el aliento y cree oír el rumor del mar, un lejano ruido constante. Se reprocha haber salido disparado detrás de la moto. ¿Qué espera encontrar? Echa a correr otra vez, como si quisiera alejarse de sus propias dudas.

El terreno empieza a descender y, no más de quince minutos después de haber dejado el coche, llega a un puente caído sobre una hondonada. Debe de ser el que mencionó Bede Cromwell. A un lado de las vigas cubiertas de musgo, el sendero baja a la hondonada y vuelve a salir por el otro lado. Puede ver las marcas de los neumáticos de la moto donde el conductor maniobró para bajar al lecho y salir por la pendiente opuesta. El tipo debe de tener habilidad. Y agallas. Martin baja con dificultad; se detiene en el lecho del arroyo, jadeando, junto a unos pequeños pozos que rodean el hilo de agua. Se inclina, junta un poco entre las manos y bebe. Está fresca, la siente limpia en el paladar. Observa la corriente, que pasa de un pozo al otro. No fluye hacia el interior, hacia la marisma de Mackenzie, como habría supuesto, sino en dirección contraria, hacia los acantilados y el mar. Trepa de nuevo la ladera y reanuda la carrera.

A poco más de cien metros, el sendero sale del bosque y desemboca en un claro, un amplio círculo de tierra. Martin se detiene, jadeando. Más allá ve que el camino continúa ya no como una sola línea, sino en dos surcos paralelos. Mira el suelo: hay otras marcas de neumáticos, las líneas gemelas que deja un coche. El círculo de tierra no es solo un claro, sino también un sitio donde dar la vuelta. Hasta aquí puede llegar un coche después de pasar la tranquera en el extremo del terreno de Hartigan. Pero no hay ningún coche. Ni ninguna moto. Dios. El conductor debe de haber seguido adelante. Quizá tenga una llave del candado. Martin mira el reloj. Cuatro horas y media para salvar a Mandy de un linchamiento mediático y allí está él, atrapado en medio de una selva, sin aliento, sin ideas y casi sin tiempo. Levanta la vista al cielo, como si buscara intervención divina, y entonces lo ve: un hueco en el dosel de árboles. Hacia el lado oeste del sendero, la selva es densa e impenetrable y bloquea el sol. Pero hacia el este, hacia el mar, aunque la vegetación parece igual de tupida, hay un hueco entre los árboles y se ve el cielo despejado, azul.

Martin examina la vegetación al borde del camino. Ahora que sabe qué

buscar, el sendero no es difícil de encontrar, parcialmente oculto por los arbustos. Se abre paso entre ellos y, a solo diez metros del camino, llega a un sendero ancho, bien marcado y fácil de seguir, incluso cuando el terreno empieza a descender. Avanza otros diez metros y, apartando otra franja de arbustos, ve cemento. Cemento, allí. Un estrecho camino de hormigón, donde casi no cabe un vehículo, rajado y cubierto de tierra en los bordes; en las grietas, llenas de líquenes, crece hierba. Parece un camino antiguo, de décadas atrás; asoman los guijarros en la superficie áspera donde el cemento se ha gastado con los años. El material le recuerda las baterías de la Segunda Guerra Mundial que aún salpican la costa, conservadas como monumentos históricos. ¿Será así de antiguo?

El camino no baja en línea recta por la pendiente, sino en diagonal, para reducir la escorrentía y suavizar el desnivel, como una cancha de críquet inclinada. Treinta metros más adelante, se corta ante una pared de vegetación. Martin levanta la vista y vuelve a distinguir la señal reveladora: una brecha en las copas de los árboles que desciende por la ladera en dirección contraria. Inspecciona la muralla de plantas y, en efecto, alguien ha abierto un paso entre los arbustos. Martin avanza y accede a otra losa de hormigón que cruza la colina en ángulo complementario mientras el terreno se vuelve más empinado. Y sobre el cemento, las marcas de neumáticos de la moto. Va en la dirección correcta.

Cuando termina la losa, unos treinta metros más abajo, ya sabe qué buscar: la abertura en los árboles, el pequeño sendero en el vértice entre esa losa y la siguiente, un tercer tramo de hormigón que vuelve a cruzar la pendiente en ángulo similar al primero. Avanza deprisa, cuidando de no resbalar, ansioso por llegar abajo. Ya puede oír con claridad el rumor del mar; el camino desciende hacia la costa.

Justo empieza a recorrer la cuarta losa cuando escucha el rugido agudo de la moto. Viene hacia él, subiendo la cuesta. Martin se aparta del camino y se esconde entre las plantas; las hojas afiladas le arañan los brazos y la cara. La moto lo alcanza en menos de un minuto. El conductor baja una marcha al acercarse al siguiente tramo de vegetación. Y desde su escondite, Martin la reconoce: ve el visor levantado, el rostro tenso, concentrado. Lucy May.

La hija de Vern. ¿Qué hace aquí? La moto se aleja cuesta arriba, chillando. Demasiado tarde para preguntarle.

Martin sale de su escondite, procurando no arañarse más. Le quedan poco

más de cuatro horas para el cierre de la edición. ¿Qué hacer? Ha llegado hasta allí; debe averiguar qué hay al final del camino. Recorre tres tramos más, y el terreno se nivela. El mar está cerca: lo oye, y cuando lo busca, lo ve. "¿Ves el mar?". Frente a él, sale un sendero angosto de tierra cuyos usuarios ya no se molestan en ocultar. A la derecha, escucha el agua cayendo entre la vegetación: el arroyo que nacía en el puente roto baja ahora con más fuerza y caudal. Sigue el sendero; la pendiente es casi imperceptible. Los dos lados del pequeño valle se aproximan, y el arroyo corre junto a él. De pronto, sale de entre los árboles y se encuentra en una playa de guijarros de unos treinta metros de largo por cinco de ancho, donde el arroyo desemboca en el mar, unos metros a su derecha. La playa está en el fondo de una cala; se distinguen los pilotes de un viejo muelle que ha desaparecido. Pero lo que capta su atención es la lancha de aluminio varada sobre los guijarros, con el motor fuera de borda levantado.

—¿Qué coño quieres?

Martin se vuelve abruptamente. Es Levi, el hijo de Vern, y tiene un cuchillo en la mano. Un cuchillo de filetear. Un cuchillo de filetear manchado de sangre. Lo empuña como un arma, apuntándole. Y en ese instante, Martin siente que es Jasper Speight: Jasper en los segundos previos al ataque, cuando las opciones se cerraban una a una y quedaba sin escapatoria, sin posibilidad de defenderse. Lo golpea una retahíla de pensamientos: el cuchillo que mató a Jasper, arrojado al río desde el muelle… o desde una lancha. Se estremece de horror, siente que el destino lo ha alcanzado, que todas sus transgresiones se han confabulado para ir en su busca.

—¿Martin? —exclama Levi, confundido—. ¿Estás bien?

Martin vuelve a respirar, pero está lejos de serenarse. Sigue siendo un cuchillo para filetear, sigue teniendo sangre.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Levi.

—Seguí a Lucy May. Vi su moto. —Martin no aparta la vista del cuchillo—. Estaba dando un paseo. Nos vamos a mudar a la vieja casa de allí arriba, en el cabo. —Se esfuerza por hablar con tono ligero.

—¿A la casa Hartigan? —dice Levi, maravillado—. Me he enterado, sí.

—¿Puedes bajar el cuchillo?

Levi lo mira como si acabara de darse cuenta de que lo tiene en la mano. Luego, levanta la vista hacia Martin y sonríe.

—Mierda. Tranquilízate, ¿quieres? No voy a apuñalarte.

—Qué suerte. ¿Qué haces aquí?

Levi frunce el ceño.

—¿No lo sabes?

—No. —Martin escucha que la moto vuelve a bajar la cuesta—. ¿Está volviendo?

—Sí.

—¿Por qué?

Pero Levi niega con la cabeza.

—Tendrás que preguntarle a Vern. Debe de estar por llegar.

¿Vern?

—De acuerdo, lo haré. Pero dime, vienes mucho, ¿no?

—No tanto.

—¿Llegaste a ver a Jasper Speight aquí?

Levi parece sorprendido por la pregunta.

—Sí, una vez. Estaba con otro tipo. Querían saber si valía la pena reconstruir el viejo muelle que está allí.

—¿Qué otro tipo?

—Harry. Ya sabes, el del hostal.

—¿Cuándo fue eso?

Levi se encoge de hombros.

—Hace unas tres semanas, tal vez un mes.

La moto sale de entre los arbustos y avanza despacio por el sendero hasta detenerse junto a ellos. Lucy May se apea y se quita el casco.

—¿Martin?

—Lucy May.

—¿Qué haces aquí? ¿Vern te lo ha contado?

—¿Contarme qué?

Lucy May mira a Levi, que niega con la cabeza.

—Tendrás que preguntárselo a Vern.

CAPÍTULO 28

Martin llega tarde a su casa en la Barriada, mucho después de la hora de cenar, casi a medianoche. Se ha emborrachado con alcohol barato. Ha estado con Jasper y Scotty en las dunas, fumando cigarrillos con unas chicas. Jasper trataba de coquetear con ellas con su torpe desparpajo, lanzando frases de ligue ridículas. Las chicas se reían, como si fuera una broma magnífica. Y lo era. Pero, en lugar de ofenderse, Jasper decidió seguirles el juego, exagerando todavía más, actuando como si estuviera sobre un escenario, un cómico improvisado, inventando frases cada vez más absurdas.

—Tengo un yate, ¿sabéis? Con un helicóptero. —Y todos estallaron en carcajadas—. ¿Creéis que eso podría funcionar? —Su petición de opinión a las chicas provocó otra ola de risas.

Pero ahora Martin está en casa. La larga caminata desde la playa hasta la calle C lo ha despejado un poco. No es que le importe estar borracho, sabe que a su padre tampoco le importará. Abre la puerta y lo primero que hace es olfatear, consciente de que hay muchas probabilidades de que su padre esté hecho un desastre: inconsciente, sucio, tumbado en el sillón reclinable como una ballena moribunda. Pero no hay olor, nada especialmente desagradable, solo el hedor habitual de la pobreza. Tampoco se oyen ronquidos. Martin enciende las luces, pero no hay electricidad. Mira hacia fuera y ve luces en una o dos casas, el resplandor multicolor de un televisor detrás de una ventana. Sabe que no es un apagón, solo otra factura de luz impaga. Nuevamente. ¿Dónde mierda está su padre?

Avanza con cautela por la habitación a oscuras, usando su mechero desechable para guiarse, tanteando el camino hasta su dormitorio. Tantea entre las sombras, obstaculizado por la borrachera, hasta que encuentra la linterna junto a su cama, de la última vez que pasó esto mismo. La enciende y sale a buscar a su padre. No está en su cuarto, ni desmayado en el baño, ni tumbado en el sillón. A lo lejos, se oye una sirena. Martin barre el salón con el haz de luz y ve el desorden de siempre: una caja de pizza, periódicos de hace una semana,

envoltorios vacíos de patatas fritas. Y entonces, la ve. Caída de lado, sin corcho, vacía. La botella de champán; el cristal oscuro brilla a la luz de la linterna.

Martin se deja caer al suelo, incrédulo. La botella de Veuve Clicquot, su talismán, el símbolo de su futuro, el último vestigio de aquel día en que jugaba al críquet en el jardín, cuando el sol brillaba y la suerte les sonrió. El último resto de lo que había sido su familia hasta aquel momento.

Y ahora el viejo imbécil la ha vaciado. Ni siquiera la puso en la nevera, no la enfrió. Martin recorre la habitación con la linterna y encuentra lo que busca: un vaso de café para llevar. Lo inspecciona: aún se distingue un aro de café seco. Lo huele, siente el aroma del champán. El muy cretino ni siquiera se molestó en buscar un vaso. Champán tibio en un vaso de cartón sucio. Quiere llorar, pero las lágrimas no llegan; no vuelven, no han vuelto desde aquel día, cuando tenía ocho años, el día en que cruzó la frontera entre el antes y el después, el día en que dejó de ser un niño y empezó a convertirse en otra cosa. No ha tenido lágrimas, solo determinación. Y ahora tiene que irse, irse ya. Porque esto es peor, peor que la miseria de su padre, peor que verlo mearse encima, peor que verlo revolcándose con Hester, la vecina buscona. Nada de eso se compara con esto, con la profanación del champán, con este saqueo de la esperanza. Se pone de pie. Va a hacer la maleta ahora mismo y se va a marchar. Debió de haberlo hecho hace meses. La linterna empieza a parpadear. No le importa, hará la maleta a oscuras si es necesario. Pero antes de que pueda volver a su habitación, llega la policía. Es Clyde Mackie. El agente ha traído a su tío, a su tío Vern.

Martin abre los ojos. Por un instante, el cansancio lo había vencido; se le cerraron los ojos y su mente resbaló hacia el sueño y hacia los recuerdos, hacia el pasado que acecha bajo la superficie de la conciencia. Abre mucho los ojos, como para inundar su mente de luz, como cuando se levantan las persianas de la habitación de un adolescente. Mira a su alrededor. Está otra vez en la rotonda al final del viejo Ridge Road, rodeado de selva, sentado sobre un contenedor de plástico lleno de trozos de pescado. Levi se ha ido con la lancha al mar, y Lucy May también ha desaparecido entre la vegetación con la moto. Mira el reloj: faltan tres horas y media. ¿Dónde está Vern?

Pasan varios minutos y luego lo oye: el ruido de la camioneta de Vern. Unos minutos más y el vehículo aparece entre los árboles y llega a la rotonda.

—¿Martin? ¿Qué haces aquí?

—Tengo tu pesca. Los chicos me la dejaron. Está allí, detrás de los arbustos.

—¿Entonces, lo sabes?

—No. Solo sé que hay pescado en las cubetas, pero no por qué lo descargas aquí y no en el puerto.

—Ya —dice Vern sin inmutarse—. Échame una mano, ¿quieres?

Los dos hombres levantan las cubetas, una cada uno, y las dejan en el suelo, detrás del vehículo. Son bastante pequeñas como para llevarlas en la parte trasera de una moto.

—¿Quieres echar un vistazo? —pregunta Vern.

—Me encantaría.

Vern quita la tapa de las cubetas. En la primera hay trozos de carne gris de distintos tamaños, ensangrentados por un borde, sobre una cama de hielo; en la otra, algo gris, rosado y viscoso, también sobre hielo.

—Parecen aletas. ¿De tiburón? ¿Y eso otro qué es?

—Exacto, aletas. E hígado de tiburón.

Martin niega con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué tanto esfuerzo? Las aletas de tiburón no son ilegales. Las he probado en Chinatown.

—Estas aletas no —responde Vern en voz baja—. Te lo explico por el camino.

Vern abre la parte trasera de la camioneta, aparta un rollo de redes y sube. Abre uno de los dos compartimientos de acero inoxidable que recorren los laterales, el típico equipo de un artesano.

—Pásamelas —dice.

Martin se las alcanza y observa cómo Vern las coloca en un compartimiento hecho a medida antes de cerrar la tapa. Su tío salta al suelo y vuelven a colocar las redes encima.

—Vamos. Te dejo en la casa Hartigan.

Vern da la vuelta a la camioneta, avanzan rebotando por el sendero rumbo a las propiedades de Bede Cromwell y Sergi.

—Las aletas. Son de un gran tiburón blanco —dice por fin.

—¿Un tiburón blanco? ¿En serio? ¿Y cómo se lo atrapa?

—Con dificultad.

—Están protegidos, ¿no?

—Y tanto. Mejor que no te pillen. La multa es tremenda.

—¿Hay mercado para eso? ¿Aletas de tiburón blanco de contrabando?

—Sí. Se paga muy bien.

—¿Y tienen un sabor distinto?

—Ni puta idea.

Martin mira el reloj. Quedan poco más de tres horas, y su tío anda cazando tiburones blancos de forma ilegal.

—Así que lo pescas en mar abierto, le cortas las aletas y lo que quieras, y tiras el resto al agua. Luego, cuando vuelves, Levi lleva la lancha hasta la cala por si hay inspectores pesqueros en el puerto.

—Exactamente.

Llegan a la vieja tranquera que separa la propiedad de Hartigan de la de Bede y Alexander. Vern le entrega la llave. Martin la abre, espera a que pase la camioneta y vuelve a cerrarla, sin dejar de pensar en las aletas. No le cuadra. Todo ese trabajo, todo ese riesgo. Y encima un gran tiburón blanco. Se puede pasar días intentando atrapar uno; no son comunes.

De vuelta en la camioneta, pregunta: —¿Y para qué son las aletas?

—No es nada importante —responde Vern—. Solo lo hacemos de vez en cuando. Un dinero extra. Viene bien desde que cerraron la pesca comercial. Sobre todo en invierno, cuando no hay turistas.

—¿Adónde va todo eso?

—A Sídney. Un camión que viene del norte pasa por Longton. Todo se organiza con anticipación.

—¿Solo tiburón?

—Claro que no. Tuvimos suerte con el tiburón. Todo tipo de mariscos, siempre que pescarlos esté prohibido. Esa es la condición: tiene que ser pesca ilegal. Ya sabes, especies protegidas. Cuanto más en riesgo están, más alto es el precio. Te sorprendería, encontramos hasta peces tropicales arrastrados por las corrientes desde la Gran Barrera en esta época del año. También, tortugas, algunas enormes.

—Joder, Vern. ¿Tortugas?

—Sí. Eso no me gusta tanto, pero podría pasarme el día matando tiburones. Los odio.

—¿Y quién compra todo eso? ¿Quién se lo come?

—No lo sé ni quiero saberlo. Es algo gourmet, de ricachones imbéciles que disfrutan infringiendo la ley. He visto el interior del camión. Llevan cosas rarísimas. Animales protegidos y en peligro, casi siempre de caza. Cocodrilos, ese tipo de cosas, pero solo si son salvajes. Una vez vi un par de koalas.

—¿Comen koalas? —A Martin le viene a la mente la imagen de un koala despellejado girando sobre un asador, con una hoja de eucalipto aún en la boca —. ¿Y encargan todo eso por adelantado?

—Sí. Me llaman, tal vez con una semana de aviso. Dicen que tienen un pedido, que pasarán en tal o cual fecha. Tienen como una lista de deseos desde hace tiempo. Si conseguimos algo de esa lista, se lo llevan.

—¿Cada cuánto sucede?

—Una vez por mes, o cada dos meses. Si pesco algo entre medio, lo meto en el congelador en casa.

—Vaya. ¿Hace cuánto que estás con esto?

Su tío lo mira, estudia su expresión, luego vuelve la vista al camino. Respira hondo.

—¿Por qué crees que tu padre estaba siempre yendo y viniendo a Longton?

Después de eso, viajan en silencio por Ridge Road. Todos esos viajes por el escarpe cuando era niño… "¿Ves el mar?", claro, debía de haber algún propósito, no podían ser simples paseos. Nunca lo había pensado. Así que todo ese tiempo su padre transportaba pesca ilegal a Longton en su vieja camioneta Morris. ¿Y Martin? ¿Lo llevaba como acompañante porque le gustaba tenerlo cerca o formaba parte del engaño? ¿Una tapadera? Un padre y su hijo: ¿quién sospecharía de ellos? "El que ve el mar vuelve a casa sin pesar". Vern ya ha pasado por la granja de Sergi y se adentra otra vez en la zona boscosa del terreno de Jota. Están casi en la entrada del sendero que lleva al cabo o, si se toma hacia el otro lado, al refugio del *swami*, y después, hacia la casa principal. Tres horas para la hora límite.

—Jasper Speight sabía lo de la caza furtiva —dice Martin, más como una afirmación que como una pregunta.

—¿Jasper? ¿Quién te lo dijo?

—Levi y Lucy May. Dijeron que Jasper y Harry estuvieron revisando tu cala de contrabandista. Hablaban de reconstruir el muelle.

—Sí, pero les interesaba la propiedad, no la pesca.

Martin vuelve a sus pensamientos. Jasper Speight y Harry juntos, hablando de reconstruir el muelle de la cala. Jasper y Harry. Una combinación extraña. Recuerda lo que le contó Susan Speight: que Jasper estaba completamente dominado por su madre, Denise. En cambio, Harry trabajaba para Tyson St. Clair, administrando el hostal Sperm Cove y manejando el fraude de sexo a cambio de visas. Denise Speight y Tyson St. Clair son enemigos acérrimos, y

aun así, allí estaban los dos lugartenientes, Jasper y Harry, trabajando juntos. ¿En qué? ¿En la reconstrucción del muelle? ¿Con qué fin? Jasper tenía planes para urbanizar Ridge Road, parcelar los terrenos que dan al mar. Tal vez, un fondeadero resultara atractivo para los futuros compradores.

¿Pero qué podía aportar Harry? Martin recuerda que Tyson St. Clair consideraba buena la idea de Jasper, pero sabía que le faltaba capital. Si Jasper necesitaba dinero, el traficante de poca monta difícilmente podría reunir los millones requeridos. Quizá su padre sí, Harrold Drake. Tal vez el hijo actuara como su representante, igual que Jasper lo hacía en nombre de su madre. Quizá Denise no había sido transparente con Martin cuando hablaron, igual que había ocultado su interés por la marisma y la fábrica de quesos. Quizá, Denise y Harrold Drake estaban confabulados.

Y entonces lo ve, como un mensaje del cielo. Vern ha llegado al pie de la cuesta, donde Ridge Road se cruza con el desvío hacia Hummingbird Beach. Y allí está el cartel, una señal: "FUNDACIÓN DE MEDITACIÓN DIVINA", pintado en color marrón rojizo con su emblema místico, el círculo con puntos. La señal. Harry y la pesca furtiva se borran de su mente, arrastrados por nuevas ideas, nuevas conexiones; los hechos colisionan, las teorías se entrelazan. El *swami*. Por supuesto. Una revelación. Una revelación tras otra. Vern gira hacia Dunes Road y Martin no puede contener un aullido triunfal.

—¿Estás bien? —pregunta Vern.

—Puede que sí —responde Martin, sonriendo—. ¡Puede que realmente esté bien!

Lo primero que hace después de que Vern lo deja donde está el coche de Mandy, en Dunes Road, junto al portón de entrada a la casa Hartigan, es llamar a Nick Poulos. Por una vez, su abogado contesta enseguida.

—Martin. He estado tratando de localizarte. ¿Dónde estás?

—Cerca de la casa Hartigan. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Van a llevar a Mandy de vuelta a Port Silver. Quieren que vuelva a recorrer la casa alquilada, hoy o mañana, para hacer una reconstrucción de los hechos. Tal vez quieran que tú también repitas tu llegada.

—¿Quién te lo dijo?

—Winifred.

—Mierda. De acuerdo. Nos vemos en la comisaría.

—Hecho.

—Pero antes, Nick, necesito que averigües algo. El *swami* Hawananda dirigía

algo llamado la Fundación de Meditación Divina. ¿Puedes verificar si tenía algún tipo de estructura legal?

—¿Qué estás buscando exactamente?

—Quiero saber si la fundación murió con él o si sigue existiendo. Y quién más está implicado.

—Entendido. Ya mismo me ocupo.

La comisaría de Port Silver parece tan poco acogedora como siempre. Su fría iluminación fluorescente, innecesaria a plena luz del día, disuade a cualquiera que no tenga un motivo para estar allí. Pero Martin sí lo tiene: necesita estar allí. En el mostrador, un sanitario conversa animadamente con uno de los agentes, el fornido ayudante de Johnson Pear.

—Disculpen —interrumpe Martin—. Necesito hablar con el inspector Montifore, por favor. Es urgente.

El agente lo mira con escepticismo.

—Muy bien. Tome asiento, por favor.

Martin obedece, revisa el teléfono por si hay llamadas o mensajes, pero no hay nada nuevo, nada que lo distraiga.

—Scarsden.

Levanta la vista, pero no es Montifore ni tampoco Ivan Lucic. Es Pear. Martin se pone de pie.

—Necesito hablar con Morris Montifore.

El sargento sonríe con malicia.

—No está. Lárguese.

—Es algo serio.

—Esto también —responde Pear, sin que se le borre la sonrisa—. Circule, por favor, señor. Es una orden policial.

Lo invade la ira; Martin está a punto de soltar un comentario mordaz, algo lamentable, pero no puede arriesgarse a que lo arresten, menos ahora que Mandy está otra vez bajo la mirada de los investigadores. Así que sonríe, reflejando la misma falsedad de Pear.

—Gracias por su ayuda, sargento. —Y se vuelve hacia el sanitario y el agente —. Y gracias a ustedes también. Que tengan un buen día. —Sale antes de que Pear alcance a reaccionar.

Fuera, llama a Montifore, pero el policía no responde. Le deja un mensaje de voz y luego lo repite por mensaje de texto: “Necesito hablar con urgencia.

Estoy en la comisaría de PS fuera". No pierde tiempo llamando a Winifred; le envía un mensaje: "Urgente. Necesito ver a Montifore".

Ella responde enseguida. "Yendo desde Longton. Llegamos en 10 m".

Él envía un emoticono de pulgar hacia arriba. Pear no había mentido: Martin llegó antes que ellos. Mira el reloj: dos horas y media para el cierre de edición. Piensa en volver a llamar a Nick, pero el abogado tiene trabajo que hacer. No le queda otra que esperar. La sensación le resulta familiar, el ritmo de "apresúrate y espera" del oficio periodístico: esperar a que las cosas sucedan, esperar a las ruedas de prensa, entrevistas, anuncios y veredictos, y después correr contra reloj para entregar a tiempo.

Deja de caminar de un lado a otro y se sienta en los escalones de cemento de la comisaría. Es domingo por la tarde: el sol empieza a inclinarse hacia el oeste. The Boulevarde está tranquilo; los turistas de verano se han ido hace tiempo de vuelta a la ciudad, a las escuelas, oficinas y fábricas. La temporada se apaga. Observa a una pareja joven que camina por la acera; van abrazados, balanceándose suavemente de un lado a otro, como si hubieran bebido o fumado demasiado. Las sombras de la comisaría empiezan a cubrir The Boulevarde, aunque aún faltan unas horas para que lleguen hasta el local de Theo. Ve salir a un hombre desaliñado, con camisa de franela y botas de trabajo, que carga las bolsas blancas de papel de comida para llevar. El olor le llega flotando: pescado rebozado con patatas. Está demasiado lejos para que el aroma sea real, pero aun así se le hace agua la boca. ¿Qué ha comido hoy? Un bocado de quiche rancia. ¿Nada más? Mira con anhelo hacia el local de Theo, pero Mandy, Montifore y Winifred llegarán en cualquier momento.

Martin se da cuenta de que se está lamiendo los dedos, como si terminara un trozo de pescado rebozado. ¡Por Dios, qué hambre tiene! Justo cuando está a punto de reconsiderar una escapada rápida al local de Theo, ve llegar el convoy desde Longton. Primero, aparece un coche patrulla completamente equipado, conducido por un agente uniformado. Martin alcanza a ver a Mandy sentada atrás, junto a otro agente. Ella no lo ve cuando el vehículo desciende hacia el aparcamiento subterráneo. Detrás, llega un coche sin distintivos, probablemente alquilado, con Lucic al volante y Montifore en el asiento del copiloto. Siguen al coche patrulla hacia el aparcamiento, y el portón metálico se cierra tras ellos con un chirrido. Solo entonces aparece el último vehículo: Nick Poulos al volante de su vieja camioneta, que está extrañamente inclinada hacia un lado. Se detiene junto a Martin con un chirrido de frenos. Winifred

Barbicombe baja del asiento del copiloto, impecable como siempre, como si descendiera de un Bentley.

—Martin, ¿qué querías decirnos?

—Tenemos que ver a Montifore. Creo que se equivoca respecto del cuchillo.

—De acuerdo. Pero ve con cuidado. Está perdiendo la paciencia.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—El caso de Hummingbird Beach se está complicando. Y no le está resultando fácil armar la acusación contra Mandy.

Dentro de la comisaría, Winifred se dirige directamente a la puerta de seguridad de acero, con su cerradura numérica, y exige al agente que está detrás del mostrador que la deje pasar.

—Lo siento, señora —dice él—. No tengo autorización para permitir la entrada de civiles.

—No soy civil ni señora —replica Winifred con voz imperiosa—. Soy abogada y funcionaria del tribunal. Mi clienta está detenida allí dentro. Si me niega el acceso, estará desafiando la ley. ¿Me ha oído?

El joven agente abre mucho los ojos, con expresión desconcertada.

—Tendré que consultarlo con mi superior, el sargento.

—Hágalo —dice Winifred—. Pero rápido.

Unos minutos después, se abre la puerta de seguridad. Es Johnson Pear. Mira a Martin.

—Le di la orden de que se fuera. Márchese o lo arresto.

—Tonterías —dice Winifred—. Voy a entrar a ver a Morris Montifore, y el señor Scarsden entra conmigo.

Pear sonríe, impasible.

—Entonces, usted también puede irse a la mierda, vieja arpía.

Winifred no responde. Avanza despacio, con decisión, un paso, dos, tres, hasta que está a pocos centímetros de la cara de Pear. La sonrisa de él empieza a flaquear bajo esa mirada.

La puerta de seguridad vuelve a abrirse. Es Morris Montifore, que comprende la situación al instante.

—Winifred, Martin. Gracias por venir tan pronto. Pasad, por favor.

Por un momento, nadie se mueve. Pear sigue inmóvil; Winifred le sostiene la mirada. Entonces, el policía se hace a un lado, y primero Winifred y luego Martin pasan por la puerta. Martin no puede contenerse y le guiña un ojo a Pear al pasar. Montifore los sigue.

—Gracias —dice Martin, una vez que se han refugiado en el improvisado despacho del detective.

Montifore se deja caer en una silla frente al escritorio, sin ánimo para trivialidades.

—¿Qué sabes?

—El cuchillo —responde Martin—. La mancha del mango. Es el único vínculo sustancial con Mandy, ¿verdad?

—Te escucho.

—¿Han confirmado que la mancha proviene de tinte del pelo? ¿Tienen una certeza absoluta?

—Los peritajes forenses son bastante convincentes. Pero siguen trabajando en ello.

—Dijo usted que lo fregaron con lejía y luego pasó un par de días en el fondo del río. ¿Cómo pueden estar seguros?

Montifore niega con la cabeza; se lo ve cansado.

—No soy yo a quien tienes que convencer. La policía científica determinará si coincide o no. No depende de mí.

—Creo que el tinte es del *swami.* Usaba uno marrón para marcar la frente de sus acólitos. Como un bindi. Era un castaño rojizo, henna, algo así. Guardaba el tinte en su cabaña o en el refugio.

El detective frunce el ceño.

—Ya te lo he dicho. El *swami*, Myron Florakis, o como quieras llamarlo, tenía una coartada.

—¡Y Mandy también! Clyde Mackie asegura que ella no estuvo en el muelle al atardecer del martes —insiste Martin.

—¿Qué estás tratando de decir? ¿A dónde quieres llegar?

—Jota era la amante del *swami*. Dice que, en los días previos a su muerte, él se quejaba de que alguien había estado revisando sus cosas.

—Sí, Jasper Speight, probablemente. Pensamos que esa postal era de su propia colección, pero ahora creemos que pudo haberla encontrado en la maleta.

—¿Pero no lo ve? La persona que mató a Jasper planeaba al principio incriminar al *swami,* así que manchó el mango del cuchillo con el tinte que encontró en su cabaña. Seguramente, pensaba dejar el cuchillo allí o en los alrededores. Pero después se enteró de que tenía una coartada, así que el asesino

decidió inculpar a Mandy. Limpió el cuchillo, lo frotó con lejía, y luego lo arrojó al río para después hacer una llamada anónima.

Montifore suelta una carcajada, como una repentina liberación de la tensión.

—¡Eso es ridículo! ¿Estás diciendo que el asesino sabía que las manchas del mango iban a coincidir con el tinte del pelo de Mandy?

—No. Digo que fue una coincidencia, que intentaron borrarlas, blanquearlas.

Montifore no responde, pero su expresión es escéptica.

Martin insiste.

—Usted mismo lo dijo. Podemos debatir el tema hasta el cansancio, pero los técnicos son los únicos que pueden confirmarlo. Solo estoy pidiendo que comparen la mancha con los tintes que hayan encontrado en las cabañas del *swami*.

Winifred interviene.

—Permítame una observación, inspector —dice con calma—. Si acusa a Mandalay y la lleva a juicio, nosotros haremos de esto una cuestión central. Si no analizan las sustancias que utilizaba el *swami*, el jurado se enterará, y eso sembrará duda. Duda razonable.

Montifore la mira, impasible, luego suspira.

—De acuerdo. Mañana es lunes. Lo verificaremos.

Winifred objeta: —No puede retenerla durante la noche sin presentar cargos.

—Además, hay otro asunto —añade Martin—. El *Herald* se prepara para publicar la foto de Mandy en la primera plana, diciendo que la están interrogando en relación con un homicidio. No quedará muy bien si la policía científica la exonera más tarde ese mismo día. Y tampoco quedará bien si publicamos que usted había sido advertido de antemano sobre el tinte del *swami.*

Los ojos de Montifore relampaguean de irritación. Se pone de pie y camina de un lado a otro, pensando.

—Bien, como quieran —dice por fin. Toma su móvil y hace una llamada.

—Sí, soy yo. Sé que es domingo. Dime, ¿las pruebas de la escena del crimen de Jasper Speight y las de Hummingbird Beach las está analizando el mismo equipo?

Una pausa mientras escucha la respuesta.

—Entiendo. Las recogió el mismo equipo aquí, pero las pruebas las hacen equipos distintos en Sídney.

Otra pausa.

—No, no hay problema. Pero necesito que verifiques algo. ¿Puedes comparar la mancha del cuchillo del caso Jasper Speight con cualquier tinte, mancha u otra sustancia sospechosa que hayan encontrado en Hummingbird Beach? En especial, cualquier cosa que hayan recogido de las cabañas que usaba el *swami*.

Montifore escucha. Mientras lo hace, se vuelve hacia Martin, levanta las cejas y le hace una seña, dando a entender que tiene información importante.

—¿En serio? ¿Ahora mismo? Sí, por supuesto. Si pueden darte una respuesta cuanto antes, sería una gran ayuda… ¿Una hora, de verdad? Excelente.

Termina la llamada y se dirige a Martin y a Winifred; su fastidio ha desaparecido.

—Buenas noticias. Un miembro del equipo está trabajando hoy, domingo. Tienen una máquina de análisis muy solicitada que funciona las veinticuatro horas de los siete días de la semana. La están usando ahora mismo. Nos darán una respuesta en una hora. Ya han terminado de comprobar el perfil de la mancha del cuchillo, lo que era difícil, pues tenían muy poco material. Les llevó un par de días. Pero comparar eso con sustancias de frascos o latas es una simple lectura.

—¡Perfecto! —se entusiasma Martin.

Montifore esboza un intento de sonrisa. El cansancio parece haberse llevado su enojo.

—Gracias por venir. Dudo que tengas razón, pero es mejor estar seguros.

—Una pregunta más, ¿han acusado ya a Topaz Throssel por las muertes de Hummingbird Beach?

—Esta tarde se presentaron los cargos. La enviaron a Sídney. Por eso volvimos, para concentrarnos en la investigación del caso Speight.

—¿Entonces, el de Hummingbird Beach está resuelto? ¿La acusaron por las siete muertes?

Montifore se queda inmóvil, su rostro no revela nada.

—Seguimos revisando las pruebas. Hay mucho material que procesar.

—¿Qué resultados dieron los análisis de sangre? —pregunta Martin.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerda que le hablé del Rohypnol, de las muestras que nos tomaron a Topaz y a mí en el hospital el viernes por la mañana?

—¿Y qué pasa con eso?

Martin hace una pausa. Montifore está a la defensiva.

—¿Encontraron la misma sustancia el viernes por la noche? ¿Junto con el veneno?

El detective aparta la vista y se deja caer en la silla. Martin y Winifred intercambian una mirada. Ella también lo percibe, piensa Martin: algo preocupa a Montifore.

—¿Morris?

—Sí. En al menos tres personas. El *swami*, un hombre de mediana edad y una mujer joven. Puede que hubiera más, pero solo analizamos muestras de los muertos y de los que estaban hospitalizados.

—¿La mujer era joven, atractiva? ¿De rasgos polinesios?

Montifore levanta la vista, la fija en Martin.

—Sí. Es ella. ¿Cómo lo sabías?

—Garth McGrath —responde Martin. Le explica su teoría de que la estrella de telenovelas drogaba a sus víctimas y a los hombres que podían ser sus rivales o proteger a las mujeres.

—¿Qué pasó con ellos? —pregunta Winifred—. ¿Con la chica y el hombre?

—La chica sobrevivió, pero el hombre murió —responde Montifore.

—Mierda —murmura Martin; recuerda el cuerpo tendido en la oscuridad junto a los de McGrath y Hawananda—. Entonces, ingirió Rohypnol y el veneno. —Lo dice como afirmación, pero Montifore ha vuelto a bajar la vista a su escritorio. Martin y Winifred se miran; la abogada frunce el ceño.

—¿Qué pasa, Morris? ¿Qué es lo que no nos está contando? —pregunta Martin. El detective cierra los ojos, baja la cabeza y la sacude lentamente. Martin insiste—: Hay algo más, ¿verdad? Con las pruebas. ¿Es algo relacionado con Topaz?

Montifore levanta la mirada. Sus ojos, muy abiertos, parecen suplicar, como si quisiera compartir información, pero supiera que no debe hacerlo.

—Cree que tenía un cómplice —dice Winifred, y es en parte una afirmación y en parte una pregunta.

Esta vez el policía responde en voz baja.

—Es posible. No lo sabemos.

—¿Tiene que ver con los análisis de sangre? —pregunta Martin.

Montifore se mira las manos.

—Por Dios —dice Martin—. Hubo más de un veneno, ¿verdad? —El detective lo mira con expresión atormentada. Para Martin, eso basta como confirmación y sigue presionando—: Hubo dos venenos. Algunos ingirieron

ambos, otros uno, otros ninguno. Y además el Rohypnol. Y Topaz solo admite haber utilizado uno.

Montifore está inmóvil; mira a Martin y habla en voz baja: —No logramos entender qué pasó, cómo fue la secuencia de hechos.

CAPÍTULO 29

Nick Poulos está esperando fuera de la comisaría. Sonríe. Martin quiere saber por qué, pero antes envía un mensaje a Terri Preswell y a Bethanie Glass: "La policía está haciendo nuevos análisis forenses. La inocencia/culpabilidad de Mandy se definirá en la próxima hora". Mira el reloj: son las cuatro, hay tiempo hasta las seis para cambiar la portada, tal vez hasta las seis y media. Gira hacia su abogado, que sigue sonriendo.

—¿Qué has averiguado?

—La Fundación de Meditación Divina está registrada como sociedad.

—¿Es una empresa?

—Exacto. Así que sobrevive a la muerte de Hawananda, o Florakis, como quieras llamarlo.

—¿Hay otros accionistas?

—Estoy tratando de averiguarlo, pero, como es domingo y se trata de una sociedad privada, no es tan sencillo. Sin embargo, en el sitio web de la Comisión Australiana de Valores e Inversiones figuran los que ocupan cargos. Hawananda aparece como presidente y director general. Harrold Drake padre, como secretario de la empresa, y Harrold Drake hijo, como director.

—¿Los Drake? ¿Ambos?

—Exacto. Si Hawananda solo hubiera querido una sociedad, habría podido ser el único director y accionista.

—Entonces, ¿por qué les habrá dado cargos?

—Supongo que buscaba obtener la exención fiscal como organización benéfica o religiosa o algo parecido. Para eso, necesitaba una estructura más sólida.

—¿La fundación está registrada como organización benéfica?

—Hasta donde vi, no, pero quizá esa fue la intención.

—El otro día, Jota me dijo que iría a verte para hacer un testamento nuevo. ¿El anterior se lo preparaste tú?

—¿Jota? No, yo no.

—Me dijo que el beneficiario de su testamento actual es la Fundación de Meditación Divina.

Los dos hombres se miran unos segundos, mientras empiezan a entender el alcance de lo que eso implica. Es Martin quien lo dice en voz alta: —Harrold Drake redactó, hace un tiempo, el testamento en el que Jota Hayes deja su herencia, incluida Hummingbird Beach, al *swami* Dev Hawananda… o más precisamente a la Fundación de Meditación Divina, de la cual Drake es secretario, y su hijo, director.

Nick Poulos asiente.

—Avisemos a la policía.

Martin se siente tentado de hacerlo, pero niega con la cabeza. Quiere que Montifore se concentre en la mancha del cuchillo.

—Todavía no. No quiero que se distraigan. Trata de conseguir más información sobre la fundación, en especial sobre su estructura de accionistas.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Unas visitas.

El faro se alza sobre Nobb Hill, captando el sol de la tarde en su resplandor blanco, casi plateado bajo la claridad del cielo. *Silver*, plata. Martin sube por el sendero que serpentea junto a la carretera; a medida que se eleva el terreno, lo hacen también el nivel adquisitivo de los propietarios y la categoría de las casas. *Silver*, plata, dinero. Vuelve a oír aquel susurro: que la muerte de Jasper Speight está relacionada con el dinero, con la codicia, con la avaricia. Con la plata. Y en Hummingbird Beach, Topaz Throssel mató a Dev Hawananda, y Garth McGrath no mató a nadie. Alguien más está involucrado. Hay otro asesino. ¿Qué lo motivó? "El dinero, la plata", susurra el faro, "tienes que buscar la plata". Y quienes más dinero tienen son Tyson St. Clair, Denise Speight y la madre de George Tomakis. Martin no cree que la viuda griega sepa mucho; no ha mostrado interés en lo que ocurre al norte del río Argyle. En cambio, Tyson St. Clair y Denise Speight están metidos hasta el cuello. Ellos y sus intermediarios: Jasper, Dev Hawananda y Harry. "*Silver*, plata", canta la sirena del faro.

—Plata —murmura Martin.

La casa de Denise Speight se levanta al otro lado de Nobb Hill, más allá del faro. Martin se detiene bajo el pórtico; recupera el aliento y contempla las vistas. Suda por el calor; el día sigue sin brisa. A lo lejos, se extiende Five Mile

Beach, el océano a la izquierda, vegetación costera y cañaverales a la derecha, y hacia abajo, las casas de la clase media de Port Silver. El sol, en su camino descendente, empieza a dar relieve al paisaje. En el horizonte, sobre el mar, se acumulan nubes de tormenta. La vista es impresionante, deslumbrante. Martin le da la espalda y tira de un elaborado cordón de metal y cuero que hace sonar un timbre en lo profundo de la mansión de tres pisos. Pasa un rato hasta que Denise abre la puerta. Parece más baja, encogida, vestida de negro y empequeñecida por las circunstancias y las dimensiones de su casa.

—¿Martin? ¿Eres tú? Ven, pasa.

Se quedan en el vestíbulo unos segundos, incómodos, hasta que, casi como si se le acabara de ocurrir, ella lo invita a pasar a la sala. Es tan amplia como la de St. Clair, pero más opulenta. Y también más recargada: en el piso de parquet hay lujosas alfombras bordadas que se superponen, demasiadas para el espacio disponible; vitrinas de madera de cerezo cubren las paredes, y los sofás Chesterfield están dispuestos en tres grupos: dos de un cuero verde tan oscuro que parece negro y el otro teñido de un tono burdeos profundo. Las paredes son un campo de batalla donde compiten por el espacio toda clase de obras: iconos rusos que relucen con su pan de oro, tapices tan gastados que parecen medievales, lo que podría ser un Georges Braque original en un marco dorado antiguo, viejos pósteres de la aerolínea Qantas, pinturas sobre corteza del norte del país y varios retratos familiares. Lo guía hasta el grupo principal de sofás, que rodean una mesa de café tan grande que podría acomodar a diez personas. La superficie de cristal deja ver una escena tallada con minuciosidad, obra de artesanos balineses. Hay una chimenea, vacía, flanqueada a un lado por un enorme jarrón azul y blanco de cerámica, de un metro y medio de altura, y al otro por un sarcófago bastante ajado. Si la casa de St. Clair susurra dinero, esta lo grita a voces; si la de St. Clair es minimalista, esta es todo lo contrario; si aquella es moderna, esta parece pasada de moda. Martin llega a la conclusión de que St. Clair debe de tener un decorador de interiores, pero Denise Speight lo hace todo ella misma.

—Martin, ¿pasa algo? —pregunta. Se sienta frente a él y parece pequeña, como aplastada por un peso invisible.

Martin se sienta.

—Me pediste que averiguara quién mató a Jasper. Puede que esté cerca de descubrirlo.

La información no le provoca ninguna alegría; la expresión de Denise Speight

sigue sombría.

—He oído que detuvieron a tu novia, Mandalay Blonde, que la están interrogando ahora.

Martin responde con tono conciliador: —No, no la han arrestado. Es cierto que la interrogaron, pero es probable que la liberen pronto.

Denise aparta la vista, mira una foto enmarcada sobre la repisa. Jasper y ella; el chico sonriente, con ortodoncia. Cuando vuelve a mirar a Martin, tiene los ojos húmedos, enrojecidos.

—Solo quiero enterrarlo, Martin. Todavía no me han entregado su cuerpo.

—Seguro que ya falta poco —intenta tranquilizarla Martin, consciente de lo vacío de su consuelo.

—Pensé que había sido el *swami* —continúa ella—. Leí tus artículos. Parecía simple: Jasper descubrió su sucio secreto y él lo mató para que no hablara.

—Todos pensamos eso. Pero no pudo haber sido él. Estaba en Hummingbird Beach cuando Jasper murió.

—Ya —responde ella—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Sabías que Jasper tenía planes para urbanizar Ridge Road? ¿Para parcelar los terrenos?

—Sí, lo sabía. Pero no era viable. No teníamos esa cantidad de dinero. Tal vez, más adelante, pero desde luego, ahora no.

—¿Es porque ya estás comprometida con otras inversiones al norte del río Argyle? Sé que firmaste un acuerdo para comprar los terrenos de la fábrica de quesos y que hiciste una oferta a la comunidad aborigen para adquirir el resto de las tierras alrededor de la marisma. —Martin ve un destello en los ojos de Denise Speight; no le agrada que él lo sepa. Y hay algo más, un brillo desafiante, de enfado o quizá de orgullo. No lo distingue.

—¿Y qué tiene que ver eso con la muerte de Jasper?

—¿Es posible que él haya seguido adelante con los planes para Ridge Road sin que tú lo supieras?

—No. No se hubiera atrevido a hacerlo sin mi consentimiento. De ninguna manera.

—¿En qué momento abandonó la idea?

—¿Acaso importa? Hace tres meses. Cuando surgió la oportunidad de invertir en la laguna Crystal.

—¿La laguna Crystal? Ese es el nuevo nombre de su proyecto, ¿no?

—Como te digo, ¿qué más da? —La madre en duelo se está poniendo cada

vez más a la defensiva; hay una nota de agresividad en su respuesta.

—¿Te sorprendería saber que, hace solo un mes, Jasper todavía hablaba de sus planes para Ridge Road con Harry?

Su sorpresa es evidente, la ve en sus ojos.

—Ese muchacho no me cae bien. Les causa muchos disgustos a sus padres.

—¿Crees que Harry tendría dinero suficiente para ayudar a Jasper a financiar una subdivisión de las propiedades del acantilado?

Denise suelta una risa seca, quebradiza.

—He oído que el negocio de las drogas deja buenas ganancias, pero dudo que tantas.

—¿Y su padre?

Denise endurece el gesto y frunce los labios.

—No, si sabe lo que le conviene.

La tarde sigue sofocante, incluso en Nobb Hill, mientras Martin vuelve a pie por la calle que se curva junto al faro y que después baja hacia el centro del pueblo. El cielo sobre su cabeza está despejado, pero la tormenta mar adentro gana fuerza; nubes blancas y grises se elevan en torbellinos hacia la estratósfera. Al llegar a la casa de Tyson St. Clair, toca el timbre del portón, sin saber si el empresario querrá recibirlo. La voz que suena por el intercomunicador es distante y débil, como en una llamada telefónica de antaño.

—Ah, eres tú. Entra.

Se oye el chasquido eléctrico del pestillo al liberarse; Martin empuja el portón. En el interior, reina una penumbra fresca; la pasarela de acceso se extiende entre el follaje, como un puente levadizo sobre un foso. La puerta principal se abre y Tyson St. Clair sale a recibirlo.

—Martin. Me preguntaba cuándo aparecerías.

—Tyson. —El apretón de manos resulta extrañamente formal, como el saludo entre dos boxeadores antes del combate.

Dentro, la luz del vestíbulo es tenue, casi oscura. Un foco discreto, regulado al mínimo, ilumina el cuadro de Brett Whiteley, lo suficiente para anunciar su presencia, sin revelar todos sus detalles. En la sala principal, los ventanales parecen la pantalla de un cine, dominada por el azul del mar, aunque la tormenta se acerca como los créditos iniciales. Una mujer está recostada en un sofá, leyendo bajo una lámpara, con auriculares en los oídos y un albornoz. Tiene las piernas largas, bronceadas y elegantes. Se levanta, sonríe sin calidez.

Su cabello rubio está cardado, y tiene el rostro cuidadosamente maquillado, más suave a la luz interior que bajo el sol. Martin deduce que tendrá unos cuarenta y cinco años: delgada, glamurosa y con cuerpo de gimnasio.

—Os dejo solos. —Le da un beso seco a St. Clair en la mejilla y se marcha.

—Mi esposa —explica él, cuando ya ha salido de la habitación.

—Hermosa —dice Martin, y se pregunta si ella estará al tanto de la afición de su esposo por las mochileras.

Detrás de St. Clair, al otro lado de los ventanales, se ven destellos de relámpagos tras de las nubes.

—¿Te gusta el whisky?

—Más de lo que al whisky le gusto yo.

El millonario se acerca a un aparador donde relucen varias botellas y decantadores bajo otro foco.

—Este te gustará.

—Pensé que no bebías durante el día.

—Por regla general, no. Pero hoy es domingo. ¿Ahumado y denso o suave y redondeado? Tú eliges.

—Ahumado, gracias.

St. Clair sirve dos vasos, sin etiquetas vulgares que identifiquen lo que cada uno toma, y le entrega uno a Martin.

—Acabo de recibir estos dos hoy —añade, y alza su vaso en un saludo silencioso, en otro gesto que antecede una batalla.

Martin prueba el whisky. Canta en su boca; casi vale la pena haber subido la cuesta solo por eso. St. Clair lo conduce hacia los ventanales; un mecanismo invisible detecta su presencia, y estos se pliegan silenciosamente. Salen a una terraza amplia, que parece flotar sobre el acantilado, separada del mundo, rodeada por tonos de azul y blanco; los colores del cielo, el azul profundo del mar, las masas blancas de las nubes tormentosas; el faro se yergue sobre ellos como una luna en órbita. Se sientan frente a frente, separados por una mesita, como si fueran a empezar una partida de ajedrez. Los sillones de mimbre son cómodos, con cojines resistentes al clima.

—Me alegra que hayas venido, Martin. Iba a llamarte mañana a primera hora. Tenemos mucho de qué hablar.

—Ah, ¿sí? —responde Martin, desconcertado.

—Bueno, yo oigo todo tipo de cosas, pero el periodista estrella del *Sydney Morning Herald* debe de saber mucho más que yo. Por ejemplo, que la policía

científica está volviendo a analizar el arma homicida, buscando coincidencias con algún tipo de tinte.

Martin se queda mirándolo. ¿Cómo puede saber eso? Johnson Pear debe de habérselo contado. Y él se lo hace saber para que vea los contactos que tiene.

—Así es. Tengo esperanzas de que los detectives de Homicidios descarten a Mandy como sospechosa.

—Entonces, ¿quién mató a Jasper? —pregunta St. Clair con la indiferencia de quien comenta el marcador de un partido de críquet.

—Espero que me ayudes a averiguarlo.

St. Clair suelta una risita.

—No estarás insinuando que tuve algo que ver.

—No. —Martin toma otro sorbo; el whisky es áspero y suave a la vez; el vaso de cristal resplandece a la luz, pesado en su mano. Sabe que no debería estar tomando alcohol con el estómago vacío—. Sé que tú y los Speight erais rivales, pero no puedo imaginarte arriesgando todo esto para matarlo.

—Me alegra oírlo. Pensé que quizá te habías hecho una idea equivocada después de aquel incidente con tu novia.

—Me hice la idea correcta. Estás implicado en un fraude con las visas, lo que te daría un motivo si Jasper hubiera decidido contarlo.

El empresario lo mira durante varios segundos, procesando sus palabras.

—¿La policía cree eso?

—Tendrías que preguntárselo.

St. Clair se lleva el vaso a los labios, saborea el whisky antes de volver a hablar: —Entonces, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿En qué estado se encuentra la propuesta de los franceses para desarrollar Hummingbird Beach?

—Sin cambios. Jota no quiere vender. Dudo que lo haga en algún momento.

—Qué curioso. La última vez que hablamos parecías seguro de que ella vendería.

—Cambié de opinión.

La actitud de St. Clair empieza a incomodarlo; parece estar provocándolo, jugando con él.

—El *swami* —dice Martin para contraatacar—. Los vi juntos el otro día en Longton.

—Así es. Te saludé, si mal no recuerdo.

—Él espiaba a Jota por encargo tuyo.

St. Clair ríe, mostrando los incisivos.

—No, en absoluto. Vino a pedirme consejo sobre cómo hacer crecer su negocio de meditación. A cambio, me mantenía al tanto de lo que tramaba Jasper Speight.

—¿Y qué tramaba?

—Quería ganarse a Jota. Según Dev, no le estaba yendo muy bien.

Martin mira hacia el mar.

—Parecería que has perdido interés en el proyecto de urbanismo.

St. Clair sonríe, como si disfrutara de un buen chiste.

—¿Por qué lo dices?

—Has dado a conocer a todos tus planes para urbanizar la marisma de Mackenzie. El puerto deportivo, el campo de golf, el barrio cerrado junto al río. La última vez que estuve aquí estabas ansioso por contármelo y parecías convencido de que Jota acabaría vendiendo.

St. Clair sigue sonriendo.

—Ajá.

—Si tanto te interesaba quedarte con la vieja fábrica de quesos, ¿por qué en ningún momento te acercaste a Mandy para comprarla? Desde que heredó la casa Hartigan, tú y Harrold Drake debisteis de deducir enseguida que también se convertiría en propietaria de la planta.

St. Clair se encoge de hombros.

—Tal vez pensaba que tenía más sentido negociar directamente con los administradores y los principales acreedores.

—Exacto. Pero Denise Speight se te adelantó.

—Es una mujer muy competitiva.

—Sin duda —afirma Martin, pensativo—. ¿Entonces, estás enterado de que ha llegado a un acuerdo con Westpac?

—Lo sé, sí. —Otra sonrisa.

Martin vuelve a hablar; más que conversar, parece pensar en voz alta.

—Por supuesto, ella nunca se habría interesado por el lugar si tú no lo hubieras promocionado por todas partes, incluso en el *Longton Observer*.

—Un excelente periódico.

—Del que eres dueño. Y cuyo editor no me devuelve las llamadas.

—¿Eso es todo?

—No. También tenemos a Doug Thunkleton. Le diste la pista de que Amory Ashton estaba enterrado en la fábrica de quesos y le proporcionaste algunos

testigos falsos, lo que dio una clara impresión de que pronto encontrarían el cadáver de Ashton, lo declararían muerto y el terreno quedaría disponible para la venta.

La sonrisa de St. Clair no se borra; sus dientes relucen.

—Excelente whisky, ¿verdad?

—Pero dime, la fábrica de quesos, tus dedos…, ¿qué pasó?

St. Clair deja de sonreír, como si por fin una de las preguntas de Martin lo hubiera inquietado.

—¿A qué te refieres?

—Me contaste que mi padre te ayudó. Pero ¿cómo te cortas los dedos en una fábrica de quesos?

St. Clair lo mira con curiosidad.

—¿Sabes lo que es un ternero de descarte? —pregunta.

—¿Un qué?

—Dame tu vaso. Te sirvo otro. Puedes buscar la información en Google mientras tanto.

Martin obedece: le entrega el vaso, todavía medio lleno, y saca el teléfono. Cuando St. Clair regresa, ya lo sabe: las vacas lecheras deben parir para producir leche. Las crías hembras pueden criarse para vacas productoras, pero los machos, los terneros de descarte, suelen sacrificarse poco después de nacer.

St. Clair le devuelve el vaso, casi lleno.

—Ashton tenía un matadero dentro de la fábrica de quesos —dice Martin.

—Correcto. Nada higiénico. Tampoco legal.

—Y tiraba los despojos y los restos a la marisma, lo que atraía a los tiburones sarda.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué le dijiste a Doug Thunkleton que buscara dentro de la fábrica? Si yo hubiera matado a Amory Ashton allí, habría lanzado su cuerpo a los tiburones.

St. Clair no solo sonríe, suelta una carcajada.

—No lo dudo, muchacho, no lo dudo.

—¿Entonces, por qué no le dijiste eso mismo al Canal Diez?

St. Clair se inclina hacia delante; la risa ha desaparecido, pero su mueca deja ver sus dientes.

—No importa dónde busque ese imbécil, si dentro de la fábrica o en la marisma, nunca encontrará a Ashton. No está allí. Se fugó.

Martin se esfuerza por ocultar su sorpresa. Piensa en la confesión de Jota. St. Clair se ha mostrado tan astuto y bien informado hasta ese momento, ¿cómo puede ser que esté tan equivocado sobre la muerte de Amory Ashton?

—¿Cómo lo sabes? Pensé que su desaparición era un misterio.

—Porque al mismo tiempo que desapareció, también desaparecieron diez millones de dólares. Los cogió y huyó.

—Nunca había oído eso.

—No es algo muy conocido.

—¿Diez millones de quién?

—De Harrold Drake.

Martin no sabe qué decir. A lo lejos, en el mar, un relámpago ilumina el horizonte. Instantes después llega el trueno. La tormenta se está acercando a la costa.

—¿Harrold Drake?

—Ashton lo engañó por completo: se tragó el anzuelo, el sedal y el plomo. Le contó una fantasía sobre convertir la fábrica en un complejo turístico de lujo, con campo de golf, puerto deportivo y apartamentos. Drake pidió grandes préstamos, puso diez millones y lo siguiente que se supo fue que Ashton había desaparecido sin dejar rastro.

A Martin le cuesta digerir lo que St. Clair le está contando.

—¿Quién está enterado de esto, del dinero que perdió Drake?

—Su banco y su contable. Y con el tiempo, me enteré yo. Y ahora lo sabes tú. Dudo que siquiera su esposa lo sepa. Se podría decir que es un secreto muy bien guardado.

Martin toma otro sorbo de whisky; la mente se le dispara en todas direcciones antes de detenerse en una idea. Deja el vaso sobre la mesa, e intenta convencerse de que no debe seguir bebiendo.

—¿Por qué dices que el proyecto de la marisma es una fantasía? Era tu gran visión, la transformación de Port Silver. Estabas impaciente por contarme todo al respecto. ¿Qué ha cambiado?

—¿Desde Ashton? Para empezar, los franceses. Hace cinco años no estaban interesados. Desarrollar Hummingbird Beach tiene mucho sentido. Es un sitio excelente. Pero incluso con eso, el resto sigue siendo puro humo. Tal vez se podría hacer algo con la fábrica, un hotel o un complejo ecológico, pero nada más. El puerto deportivo es completamente irreal. Llevo veinticinco años intentando averiguar cómo abrir la desembocadura del Argyle para hacerla

realmente navegable. Ese es un río de verdad, con agua de verdad. El canal insignificante que sale de la marisma casi no puede mantener a flote una cámara de neumático, ni hablar de un yate de mar abierto.

—¿Y el campo de golf? Mencionaste ejemplos de urbanizaciones en Gold Coast sobre terrenos ganados al mar.

Otra sonrisa de satisfacción.

—Se puede hacer. Claro que se puede hacer. Pero cuesta una fortuna. Solo recuperarías el dinero si construyeras viviendas, como en Queensland…, y si hubiera demanda para esas viviendas. Un campo de golf por sí solo, a veinte kilómetros del pueblo, jamás generaría ganancias suficientes. Ni en un millón de años.

Martin se da cuenta de que ha estado inclinado hacia delante. Ahora se echa hacia atrás en el sillón y contempla las nubes de tormenta como buscando iluminación.

—Así que era todo una farsa. Nunca pensaste desarrollar nada. Por eso, en ningún momento te acercaste a Mandy.

St. Clair asiente, alza el vaso como para brindar.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué todo este montaje tan elaborado? ¿Con qué propósito?

—Venganza.

—¿Venganza?

—Hay un viejo hotel junto al puerto, el Breakwater. Muy deteriorado ahora, pero con un potencial enorme. ¿Lo conoces?

—Sí. La abogada de Mandy se hospeda allí; también, la mitad de los miembros de la prensa.

—Me alegro por ellos. ¿Notaste acaso que está bajo una nueva administración?

Martin asiente.

—Sí. ¿Quién es el nuevo gerente?

—No solo el nuevo gerente, la nueva propietaria: Denise Speight. —St. Clair pronuncia el nombre con desagrado—. Durante décadas, el Breakwater fue propiedad de una anciana griega, la señora Tomakis.

—¿La madre de George?

—Exacto. La viuda de Theo. Y durante los últimos cinco o diez años, desde que la flota pesquera se quedó en tierra y el Gobierno puso dinero para embellecer el puerto, he intentado convencerla de que lo arreglara. O que lo

vendiera. El potencial es enorme. Pero la señora Tomakis no es promotora. Detesta gastar un céntimo, incluso para ganar un dólar. Sabe exprimir una propiedad como nadie. Es dueña de media Barriada.

—La describes como una usurera.

—Digamos que es dura. Pero también honesta como la que más. No necesitas un contrato con ella, un apretón de manos basta. Y eso hicimos con la venta del hotel Breakwater. Yo lo compraba, y nadie más se enteraría de que estaba en venta. Nadie excepto mi contable y mi abogado.

—Harrold Drake.

—Sí, el hijo de puta de Harrold Drake. Al que yo había estado manteniendo desde que Amory Ashton lo estafó y huyó con todo su dinero. El mismo Harrold Drake que luego me traicionó. La señora Tomakis me lo contó todo. Estaba mortificada. Drake le informó que yo ya no estaba interesado en comprar, pero que Denise Speight sí lo estaba. ¿Y por qué me traicionó? Por sus treinta monedas de plata. Por una comisión un poco mayor y un diez por ciento de participación en el hotel.

Un relámpago cae como una lanza de las nubes; golpea el agua, a kilómetros de la costa, donde las sombras comienzan a imponerse sobre el mar brillante.

—Entonces, ¿toda esta farsa es solo para vengarte de Harrold Drake y Denise Speight?

—Exacto.

—¿Harrold trabaja para Denise?

—Sí.

—¿Ya no para ti?

—Por supuesto que no. Ni para la señora Tomakis. Ya no.

—¿Así que tiene serios problemas financieros?

—¡Eso espero! El muy taimado. Ojalá que esto termine de hundirlo.

Martin mira el vaso, que de algún modo ha vuelto a aparecer en su mano, luego al mar y una vez más a St. Clair; recuerda cómo le desagradaba Nobb Hill a George.

—¿Cuán desesperado crees que está Harrold Drake en este momento?

—Si me preguntas a mí, diría que jodidamente desesperado.

—Tienes que contarle a la policía lo que sabes sobre él.

—Tengo intención de hacerlo. Solo necesitaba resolver otra cosa primero. —St. Clair esboza otra de sus sonrisas de lobo—. Pero no me has dicho nada. ¿Te gusta mi whisky?

El cambio de tema desconcierta a Martin; hablan de venganza, traición financiera y motivos de asesinato, y un segundo después, el millonario busca cumplidos.

—Sí, claro. Es excelente.

—Pues debería serlo. Cada botella cuesta varios miles de dólares. Debes de tener unos mil dólares en ese vaso. Vamos, bébelo.

Martin frunce el ceño; ¿acaso St. Clair intenta hacer que se sienta en deuda con él?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fue un regalo de los franceses. Muy generosos.

Martin se queda sin palabras. Mira el vaso, luego a St. Clair.

—¿Los franceses?

—Sí. El proyecto sigue en pie. Se llamará Longitudes. Firmamos el acuerdo esta mañana en Brisbane.

—¡Pero Jota no vende! Lo acabas de decir tú mismo.

—No se hará en Hummingbird Beach. Será en Five Mile Beach. Todo el extremo sur. Será enorme. Un complejo hotelero espectacular, exclusivo, de categoría mundial. Con un campo de golf y una urbanización cerrada. De un lado, la playa, y del otro, una amplia reserva natural. Son marismas para nosotros; para los franceses, se llamarán humedales; en los folletos, dirá esteros. Será bellísimo, fabuloso, y marcará el renacimiento de Port Silver. —St. Clair esboza una gran sonrisa y alza su vaso de whisky—. Y todas las mañanas, cuando Denise Speight salga por la puerta, lo verá allí, dominando la vista desde su casa. —Tyson St. Clair muestra los dientes en una sonrisa que podría arrancar la carne de un hueso.

—¿Quién era el dueño de esas tierras?

—Hasta ayer, yo. A través de una empresa que funcionaba como pantalla. Se lo compré hace unos años… a Harrold Drake. Estaba corto de dinero. Creí que le hacía un favor.

—Quieres que publique esto en el *Herald*, ¿verdad?

—Será la portada de las primeras cinco páginas del *Longton Observer* del miércoles.

Martin deja el vaso con cuidado sobre la mesa; sigue casi lleno.

—Madre mía…, debes de odiarlos de verdad.

—Uy, sí. Los odio. Los odio profundamente.

Un relámpago gigantesco cruza el cielo con un estallido cegador.

CAPÍTULO 30

La comisaría de Port Silver está prácticamente desierta. Todos se han marchado al finalizar el día, salvo el agente del mostrador y Morris Montifore, que sale a autorizar la entrada de Martin, cuyo aspecto es cada vez más desaliñado.

—Por Dios, ¿qué te ha pasado? —pregunta Montifore mientras lo hace pasar por la puerta de seguridad—. ¿Estás bien?

Martin está empapado, va dejando un rastro de agua en el suelo.

—Me cayó la tormenta encima.

—Bueno, tengo buenas noticias para ti.

—¿La mancha del cuchillo?

—Sí. Coincide con el tinte del *swami*. Tenías razón.

La sensación de alivio es casi física.

—¿Entonces, Mandy está libre de sospechas?

—Sí. Puedes publicar que ya no se la considera sospechosa.

Martin mira el reloj. Las cinco y media. Lo ha logrado.

—¿Dónde está?

—Acaba de irse. Fue a buscar a su hijo.

—Ah —dice Martin, tambaleándose un poco mientras caminan juntos.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Montifore.

—Sí, un poco mareado, pero bien. ¿Y usted?

Montifore le lanza una mirada cargada de humor.

—He estado mejor. Es domingo por la noche. Debería estar en casa con mi mujer y mis hijos. En cambio, estoy aquí, caminando en círculos cada vez más pequeños.

A Martin le sorprende descubrir que Montifore tiene familia y vida privada. Le cuesta imaginar al inspector descansando, quitándose el traje arrugado. En su mente, duerme con el traje puesto.

Llegan a la improvisada sala de operaciones del detective.

—Deme un momento —le pide Martin.

Llama a Terri Preswell, le cuenta que Mandy ha sido liberada y que la policía afirma que ya no hay pruebas sustanciales contra ella.

—De acuerdo, gracias —responde la editora—. Pero escucha, quiero poner su foto. En la página tres. Diremos que está libre de cargos.

—¿Estás pidiendo permiso?

—Por supuesto que no. Solo te aviso.

—Gracias, Terri. ¡Qué amable!

Llama a Bethanie.

—Mierda, Martin, ¡siempre en el último momento! —Una pausa. Martin oye voces, risas, parece estar en un bar—. Me ocuparé de eso. —Otra pausa—. Bien hecho. Gracias.

—Gracias a ti, Bethanie. Te debo una.

—Varias, diría yo.

Montifore ha estado escuchando con interés.

—¿Todo aclarado?

—Todo aclarado. —Martin siente un enorme alivio. Mandy está libre, fuera de sospechas, y sus antiguos empleadores lo anunciarán al mundo. Lo sacude una mezcla de orgullo y euforia. Sonríe a Montifore, pero el detective no le devuelve el gesto.

—No parece muy conforme —observa Martin.

—No mucho —responde Montifore—. Mandalay Blonde está libre, así que ahora tengo que empezar a buscar al verdadero asesino. Y el caso de Hummingbird Beach sigue sin resolverse. Tuve que llamar a mi mujer para decirle que estaré aquí al menos una semana más.

—¿No se lo tomó bien?

—El cumpleaños de nuestro hijo es el martes.

—Ah…, lo siento.

Montifore mira alrededor del despacho, como buscando una razón por la cual está todavía allí.

—El cuchillo —dice Martin, intentando que vuelva a concentrarse—. ¿Hay alguna duda de que fue el arma que mató a Jasper?

—Ninguna. Los expertos forenses están seguros. La longitud, el ancho y la curvatura de la hoja coinciden. Tiene una muesca, al parecer.

—Entonces, alguien mata a Jasper; después, tiñe el mango con el pigmento del bindi para incriminar al *swami.* Pero cuando se entera de que tiene una coartada irrefutable, intenta desviar la culpa hacia Mandy. ¿Es así?

—Sí, yo diría que sí.

—¿Y cómo supieron que Hawananda ya no era sospechoso?

Montifore no responde. No parece querer estar allí, sino en cualquier otro lugar.

—¿Y qué pasa con el caso de Hummingbird Beach? ¿Por qué dice que no es algo sencillo?

Montifore suspira con expresión cansada.

—Tenías razón en eso también. Había más de un veneno, y Topaz Throssel asegura que solo usó uno.

—Y no tiene motivos para mentir.

—Diría que no.

Martin observa la sala, recorre con la vista las sillas vacías, los escritorios, tratando de decidir cómo proceder. Empieza a sentirse algo aturdido; el efecto retardado del whisky de Tyson St. Clair se suma al hambre y al cansancio del día. Tyson St. Clair. ¿Cómo se había enterado tan rápido de que la policía científica estaba analizando la mancha del cuchillo? ¿Cómo hacía para estar siempre tan bien informado? Una idea le viene a la mente. Martin se retrepa en la silla, alarga el brazo hacia el escritorio de Ivan Lucic, toma un bolígrafo y una hoja de papel.

—Morris, creo que tengo algo. Sobre el asesinato de Jasper y el segundo veneno. Sé cómo encaja todo.

Montifore no dice nada; simplemente lo mira, casi sin respirar.

Martin escribe en el papel y se lo entrega al detective.

—Pero asegurémonos —añade.

Hay un ambiente de euforia en el hotel Breakwater. Para ser domingo por la noche, el bar está a tope gracias a la llegada de periodistas con cuentas de gastos ilimitados y el añadido de que fuera la lluvia azota sin pausa. Allí está Doug Thunkleton, acaparando la atención; Bethanie Glass, fingiendo interés; allí está Baxter James, tambaleándose ya. Se reúnen en ese lugar, la supuesta élite del periodismo australiano —o al menos así se consideran—, y brindan por su propio éxito, indiferentes a la alfombra pegajosa y a los taburetes desvencijados; otro día ha terminado, otra historia se ha cerrado. Ríen y beben, sabiendo que mañana volverán a hacer lo mismo. Y otra vez. Y otra vez. En un rincón, están Mandalay Blonde, con su hijo Liam, que observa con ojos muy abiertos, y los dos abogados, Winifred Barbicombe y Nick Poulos. Allí también está Martin

Scarsden, devorando pescado rebozado con patatas fritas, indiferente al hecho de que sigue con la ropa mojada. Mandy y Winifred beben champán; Nick Poulos acepta media copa para sumarse al brindis. Martin toma agua, alegando que el whisky de Tyson St. Clair ha sido suficiente. No es el momento ni el lugar para explicar su aversión al champán. Así que mientras los demás celebran la libertad de Mandy, él se concentra en la comida; no es tan buena como la de Theo, pero su apetito le informa que es suficiente.

Winifred levanta de nuevo su copa. Si el alcohol la ha afectado en algo, Martin no lo nota.

—¡Y este brindis es por Martin! —proclama—. Ha logrado limpiar el nombre de Mandy de una vez por todas. El caso está cerrado.

Chocan las copas, brindando por Martin, pero Mandy frunce el ceño.

—¿Cómo que el caso está cerrado? —pregunta—. Todavía no sabemos quién mató a Jasper Speight.

Winifred sonríe con aire de superioridad.

—No importa, querida. Estás libre. Puedes seguir con tu vida. Y yo puedo volver a Melbourne.

—¡No! —dice Mandy, seria, casi enfadada—. ¡No puedo seguir con mi vida! ¿Cómo podría hacerlo? Mientras el asesino siga suelto, siempre habrá sospechas sobre mí. Después de lo que pasó en Riversend y después de lo que pasó en la casa que alquilé aquí, nadie en Port Silver querrá tener nada que ver conmigo: ninguna madre invitará a Liam a jugar a su casa.

Liam hace un puchero, inquieto por el cambio de ánimo de su madre.

Winifred se da cuenta de su error y se pone seria.

—Sí, claro. Qué tonta he sido. Estaba mirando el asunto desde el punto de vista legal. Lo siento.

El grupo guarda silencio. El contraste con el bullicio del bar y el golpeteo incesante de la lluvia lo hace más evidente. Martin termina las últimas patatas fritas y se limpia la grasa de la boca con una servilleta.

—La policía está trabajando en ello —dice—. Hay nuevas pistas. Puede que lo resuelvan en uno o dos días.

Mandy fija sus ojos verdes en él; la mirada está cargada de intensidad.

—¿Quién ha sido? ¿De quién sospechan?

—Tengo que reunirme con Montifore en una hora. Está arriba ahora mismo, gestionándolo todo. Van a traer especialistas desde Sídney.

—¿Especialistas? —pregunta Nick.

—¿Qué ha pasado? Cuéntanos lo que sabes —quiere saber Winifred.

Y Martin se lo cuenta. Se inclina sobre la mesa, baja la voz en el alboroto del bar y el tintinear de vasos, cuidando de que nadie más lo oiga. Con calma, sin exagerar, les explica lo que cree que pudo haber ocurrido y cómo podría actuar la policía.

Cuando termina, Mandy asiente.

—Móvil. Oportunidad. Pero ¿es suficiente? ¿Pueden empezar a hacer arrestos?

—Con el tiempo, sí. Por el momento, las pruebas son solo circunstanciales.

—Suena bastante acertado —opina Nick Poulos—. Es un caso circunstancial sólido, pero no estoy seguro de que la fiscalía decida presentar cargos. No hay pruebas físicas ni testigos.

—¿Se saldrán con la suya? —se indigna Mandy—. ¡Es una mierda!

Nick niega con la cabeza.

—No digo eso. La policía seguirá adelante. Con ocho muertos, no lo dejarán pasar. Y ahora que tienen sospechosos claros, centrarán todos sus esfuerzos allí. Pero puede llevarles semanas o meses. Lamento decirlo, pero debes prepararte para eso.

—¡No! —dice Mandy con un destello de ira—. No podemos quedarnos sentados fingiendo que todo está bien mientras la policía les saca punta a los lápices y rellena formularios. ¡Tiene que haber algo que podamos hacer!

El champán queda olvidado, la euforia de la celebración se esfuma y nadie habla. Fuera, la lluvia empieza a amainar, la tormenta se aleja. Y justo entonces, en el bar, como para subrayar el silencio que envuelve al grupo de Martin, estalla una carcajada ensordecedora. Doug Thunkleton ha dicho algo tan ingenioso —o tan absurdo— que todos ríen a carcajadas. Baxter James ríe tanto que se cae del taburete y termina en el suelo, moviendo los brazos y las piernas, lo que provoca otra oleada de risas.

Martin observa un momento y luego se vuelve hacia los demás.

—Tengo una idea. Voy a hablar con Montifore.

LUNES

CAPÍTULO 31

Morris Montifore se prepara para empezar la rueda de prensa en los escalones de la comisaría de Port Silver pasado el mediodía, flanqueado por el sargento Johnson Pear y sus dos agentes. El día está nublado; llega el viento desde el mar, manteniendo la temperatura moderada. Aun así, el detective se ve incómodo mientras los miembros de la prensa se pelean por situarse debajo de él. De hecho, parece estar sudando. Martin Scarsden y Mandalay Blonde se han quedado al fondo del grupo, tras haber sido fotografiados hasta el cansancio por los antiguos colegas de él. La señal llega a través de los equipos de ABC y Sky News: Morris Montifore sale al aire en directo a todo el país.

—Damas y caballeros, gracias por venir. Seré breve, pero quería ponerlos al tanto de las últimas novedades en las investigaciones de homicidios que se están llevando a cabo aquí en Port Silver. Haré una declaración concisa y luego responderé preguntas.

"El primer punto que quiero abordar se refiere a una joven que ha estado colaborando con la investigación, Mandalay Blonde. Quiero agradecerle su ayuda y quiero que quede claro, clarísimo, sin ningún lugar a dudas, que la policía no la considera sospechosa y ha sido exonerada de cualquier posible participación en la muerte de un residente de Port Silver, Jasper Speight. Como sabrán, el señor Speight murió, fue asesinado, de hecho, en una casa alquilada por la señorita Blonde. Sin embargo, reitero que la señorita Blonde ha sido descartada de manera categórica como sospechosa del homicidio.

Martin mira a Mandy. La expresión de ella es decidida, resuelta, parece preparada para desafiar a cualquiera que se le ponga delante. Mira a los policías, no a Montifore, sino a quienes lo flanquean. Los dos agentes tienen una expresión severa pero impasible. Lo que le interesa son las emociones cambiantes que transmite el rostro de Johnson Pear.

Montifore continúa:

—Estoy en condiciones de confirmar que hemos hecho avances considerables en la investigación por la muerte de Jasper Speight. Se ha recuperado el arma

homicida, un cuchillo para filetear. Nuestro equipo forense en Sídney ha examinado minuciosamente el arma utilizando tecnología de punta que ha arrojado información posiblemente crucial. Se ha descartado a algunos sospechosos iniciales y estamos siguiendo varias pistas sólidas. Confiamos en que en un futuro cercano se proceda a detener a una o más personas.

”Con respecto a las siete muertes ocurridas en Hummingbird Beach la noche del viernes, como sabrán, hemos imputado a una ciudadana con doble nacionalidad australiana-estadounidense, Topaz Marie Throssel, por el asesinato de Myron Florakis, también conocido como el *swami* Dev Hawananda. La investigación sigue en curso, y de nuevo, estamos seguros de que pronto presentaremos cargos en relación con las otras seis muertes.

Montifore hace una pausa para tomar aire, pero antes de que pueda retomar la palabra, el vozarrón de Doug Thunkleton estalla contra las escalinatas con el ímpetu de una ola.

—Inspector, ¿puede confirmar que, antes de su muerte, Jasper Speight envió una carta en la que detallaba graves denuncias de irregularidades en Hummingbird Beach?

Montifore niega con la cabeza, con una expresión de desconcierto en el rostro.

—No, no estoy en condiciones de…

—¿Qué contenía esa carta?

—¿De dónde ha sacado esa información? —pregunta Montifore, tajante.

—¿A quién iba dirigida esa carta, inspector?

Montifore no puede responder, guarda silencio. Sacude la cabeza con vehemencia.

—Les agradezco a todos por venir. No puedo hacer más declaraciones.

Pero justo cuando se dispone a volver a entrar en la comisaría, otra voz se eleva desde la multitud.

—¡Inspector! ¡Inspector! Sobre otro asunto… —Es Bethanie Glass.

—¿Otro asunto? —responde Montifore—. Sí, dígame…

—Inspector, ¿puede confirmar que no fue una sino dos las sustancias tóxicas administradas en Hummingbird Beach y que hubo más de un responsable?

Pero Montifore ya ha tenido suficiente. Se vuelve y se dirige a zancadas hacia la seguridad de la comisaría. Martin lo ve girarse bruscamente hacia Johnson Pear antes de llegar a las puertas y decir con vehemencia:

—¿Cómo coño se filtró todo eso?

Diez minutos después, Martin está en el hotel Breakwater, llamando a la puerta de la suite de Winifred Barbicombe. La puerta se abre. Winifred no está allí, pero sí Ivan Lucic, junto con dos técnicos que llevan auriculares. Están sentados ante la mesa que solía ser de Winifred, ahora ocupada por ordenadores y equipo técnico.

—¿Habéis conseguido algo? —pregunta Martin.

—Sí, a Johnson Pear —responde Lucic, y se acerca a la mesa—. Esto primero: Johnson Pear hablando con Tyson St. Clair. —Lucic teclea en uno de los portátiles.

"—Johnson. Hola".

"—Quería contártelo de inmediato…".

"—Si se trata de la rueda de prensa de la policía, acabo de verla en directo por Sky".

"—Ah, bien".

"—¿Tienes algo para contarme que ya no sepa?".

"—Bueno, no exactamente".

"—Estoy hasta los huevos, Johnson. Debería haberlo sabido antes. No te pago para esto".

"—Lo siento. No estaba al tanto de nada de esto. Debe de haber sucedido anoche".

"—Bueno, despabílate".

La llamada se corta.

—¿Hay más? –pregunta Martin.

Lucic asiente, visiblemente ofuscado.

—Johnson Pear con Harrold Drake hijo. —Vuelve a teclear en el portátil.

"—Johnno. ¿Qué hay de nuevo, amigo?".

"—Has estado viendo televisión?".

"—¿En pleno día? No jodas".

"—Acabamos de dar una rueda de prensa. Los detectives de Homicidios dicen que Mandalay Blonde está libre de sospecha".

"—¿Y qué? Siempre pensé que fue el *swami* quien mató a Jasper".

[Una pausa].

"—No tuviste nada que ver, ¿verdad?".

"—¿Con la muerte de Jasper? ¡Qué va, no! Claro que no".

[Otra pausa].

"—Los periodistas dicen que hubo dos sustancias tóxicas en Hummingbird. Dos asesinos".

[Una pausa, luego un cambio en el tono. Harry ya no suena tan despreocupado].

"—¿Los periodistas? ¿Y ellos qué saben? ¿Qué dijeron los polis?".

"—Nada. El detective de Homicidios, Montifore, no lo confirmó, pero tampoco lo negó".

"—Bueno, no tiene nada que ver con nosotros".

"—¡Claro que tiene que ver, coño! Llevas años metiendo droga en Hummingbird. ¿Crees que los de Homicidios no iban a venir a buscarte?".

"—Su puta madre, Johnno, cálmate ¿quieres? Sí, de acuerdo, de vez en cuando pongo a algunos a volar en las fiestas. Si se ponen pesados, lo admitiré. Pero no he matado a nadie, joder. ¿Qué motivo tendría para hacerlo?".

"—No lo sé. Pero de aquí en adelante, no cuentes conmigo para esto".

"—¿Y eso qué significa?".

"—Se acabó lo de hacer la vista gorda. Se terminó".

"—Okey. Haz lo que te parezca. Volveremos a hablar cuando pase todo esto".

La llamada se corta.

—Parecería que Pear no sabe demasiado —comenta Martin.

Lucic no responde. Su expresión es de repugnancia, como si Winifred hubiera dejado restos de pescado en su papelera.

—¡Atención! —exclama uno de los técnicos—. Harrold Drake hijo está saliendo del hostal. Va a pie por la calle principal.

—¿Saben a dónde se dirige? —pregunta Lucic, pero nadie responde.

Pasan varios segundos de tensión para los cuatro hombres hasta que por fin el técnico vuelve a hablar:

—Está entrando en la planta baja de un edificio de oficinas en el número 18 de The Boulevarde.

—El bufete de Harrold Drake y Asociados —confirma Martin.

—Que comience la función —agrega uno de los técnicos mientras se ajusta los auriculares.

En ese momento, se abre la puerta con estrépito y entra Morris Montifore, respirando agitadamente.

—¡Justo a tiempo para el plato fuerte! —le dice Lucic—. Harrold hijo está entrando en las oficinas de Harrold padre.

—¡Silencio! —dice uno de los técnicos.

—¡Atención! —añade su compañero—, está en el despacho, no en la sala de reuniones.

—Subid el volumen —indica Montifore.

"—¿Lo viste?". [Parece ser el hijo quien habla].

"—Sí, lo vi. [Es la voz de Drake padre]. Salió por la televisión".

"—La han liberado de sospechas. Ella no lo mató".

"—Eso dicen".

"—¿Quién fue, entonces?".

"—Harry, cálmate. Siéntate. [Una pausa]. ¿Qué pasa?".

"—¡Dijiste que ella lo había matado!".

"—Así es. Eso me dijo Johnson Pear. ¿A ti te dijo otra cosa? [Una pausa]. Lo único que significa es que no sabemos quién lo mató ni por qué".

"—Dijeron que envió una carta sobre lo que pasaba en Hummingbird Beach".

"—Sí. Tal vez sospechaba que estaba en peligro. Tal vez tenía razón".

"—¿En peligro? ¿Quién representaba un peligro para él?

"—En mi opinión, Jota Hayes".

"—¿Jota? ¿Por qué iba a matarlo?

"—Porque Jasper descubrió que su amante era un farsante y estaba a punto de desenmascararlo. Seguramente eso era lo que decía esa carta, la verdad sobre Myron Florakis".

[Un silencio largo].

"—Dicen que hubo dos sustancias tóxicas en Hummingbird Beach. Dos asesinos. No fue solo esa tal Topaz".

"—Eso dicen, sí".

"—Dijiste que no le haría daño a nadie. Dijiste que solo era para que se sintieran mal, para desprestigiarlos. Para sacarlo del negocio a él y forzar a Jota a vender".

"—Así es. Era solo eso. Tú no mataste a nadie".

"—¿Quién fue, entonces? Había una segunda sustancia tóxica".

“—Jota”.

“—¿Jota?”.

“—Claro. Mató a Jasper para proteger al *swami*. Pero no confiaba en Hawananda, así que lo liquidó. Y a algunos otros también, para no llamar la atención. Muy astuta”.

[Una pausa muy larga].

“—No te creo”.

CAPÍTULO 32

Hummingbird Beach está vacía; no hay nadie, solo los pájaros, los canguros y las olas que rompen en la orilla. Hoy las olas parecen más impetuosas, agitadas por las tormentas recientes. Pero a Martin ya es poco lo que lo agita. La policía se ha ido, llevándose todas las pruebas; los mochileros que acampaban han recalado en otra playa, y el nuevo grupo de almas en busca de espiritualidad ha cancelado su llegada. Los medios revolotean por el hostal Sperm Cove, la comisaría de Port Silver y las casas y oficinas de los Drake, padre e hijo. Martin deja todo eso en manos de Bethanie y Baxter. Ya ha enviado su artículo por internet; el periódico de mañana llevará la crónica definitiva. Por ahora, está en Hummingbird Beach; se siente mucho mejor después de haber dormido toda la noche y de haber desayunado en abundancia.

Camina hacia la casa. Jota está sentada a una mesa de la terraza, esperándolo con las maletas listas para partir. Hay un pequeño ramo de flores, tal vez un obsequio de despedida de alguno de los que acampaban allí habitualmente. Mira el mar, absorta, sin darse cuenta de la presencia de Martin, llenándose los ojos de horizonte. Él la observa unos instantes antes de subir los escalones y de despertarla de su ensoñación. Ha accedido a llevarla en coche hasta Longton para tomar el tren a Sídney, donde empezará con su tratamiento.

—¿Lista? —pregunta.

—No. —Jota sonríe—. Quisiera quedarme sentada aquí para siempre.

—Cuanto antes te vayas, antes volverás —responde él, devolviéndole la sonrisa.

—Puede ser. Pero antes de irnos, ¿me cuentas qué pasó? Leí tus artículos en la tableta, pero no sé si termino de entenderlo todo.

—Es imposible entenderlo. Ahora que los Drake han sido acusados, tenemos restricciones sobre lo que podemos publicar. Pero en esencia, esto fue lo que ocurrió: la noche del viernes pasado, dos personas utilizaron sendas sustancias tóxicas aquí en Hummingbird Beach, sin que ninguna supiera de la otra. La

primera fue Topaz Throssel, que quería vengar a su hermana matando a Myron Florakis y luego planeaba suicidarse. El otro asesino fue Harry. Su misión era matar al *swami* Dev Hawananda y también a ti. Pero todo salió mal. Florakis murió, tú y Topaz sobrevivisteis, y seis personas más perdieron la vida sin motivo alguno.

Jota queda atónita. Martin la deja asimilar lo que acaba de oír. Pasa casi un minuto antes de que ella hable en un susurro: —¿Por qué querían matarme?

—Harrold Drake quería quitarte del medio para que la Fundación de Meditación Divina heredara Hummingbird Beach, y a su vez quería que el *swami* muriera para poder controlar la fundación. Planeaba vender los terrenos al grupo francés de urbanismo turístico.

—¿Así que fue por dinero? ¿Por codicia? ¿Se perdieron las vidas de siete personas solo por eso?

—Drake está ahogado en deudas. Todo se remonta a Amory Ashton. Ashton le ofreció a Drake un atajo para saltearse a los St. Clair, los Tomakis y los Speight del mundo, para sentarse en la cima de Nobb Hill. Así que Drake pidió préstamos gigantescos, invirtió diez millones en un proyecto fraudulento promovido por Amory Ashton y lo perdió todo cuando Ashton desapareció.

—¿Ashton? ¡Pero si te conté que está muerto! ¿Dónde está el dinero?

—Yo diría que en algún paraíso fiscal, sin reclamar. Pero Drake y cualquier otro que sepa del dinero dan por hecho que Ashton se fugó con él.

Jota asiente con expresión sombría.

—Así que nos querían muertos. A mí y a Dev. ¿Qué falló?

—No lo sé con certeza, pero Harry está colaborando activamente con la policía. Dice que su propio padre lo engañó. Sabía que estaba intoxicando gente, pero pensaba que solo se iban a poner enfermos, no que iban a morir. La idea era arruinar la reputación de Hummingbird Beach, cerrar el negocio del *swami* y obligarte a vender.

—Sigue.

—Topaz solo tenía intención de matar al gurú y luego suicidarse. Puso su veneno en el cuenco ceremonial al final, de modo que solo él y ella lo beberían. Pero después de beber, Hawananda se tambaleó y se cayó, tal vez porque Harry ya lo había envenenado antes. Se desmayó antes de poder vaciar el cuenco en la arena. Otros lo vieron ahí y bebieron un poco.

—Y murieron.

—Algunos sí, otros no.

Jota hace una pausa; frunce el ceño, pensativa.

—Entonces, ¿cuál es la razón por la que Dev murió y Topaz y yo sobrevivimos?

—Fue Harry. Su padre le dio dos sustancias. La primera contenía pequeñas cantidades de veneno junto con jarabe de ipecacuana. ¿Sabes qué es?

—Sí, provoca vómitos.

—Exacto. Así que cualquiera que ingiriera eso vomitaría, se sentiría fatal y si le hacían pruebas, mostraría signos de envenenamiento. Mientras tanto, para ti y para tu *swami,* habían reservado una dosis mucho más fuerte del veneno, sin ipecacuana. Harrold quería que pareciera que el *swami* había planeado un asesinato fingiendo un suicidio, pero solo con dos muertes. Harry afirma que no sabía nada de eso.

—¿Y la policía le cree?

—Lo dudo. Es imposible que no se haya preguntado por qué había una dosis para vosotros dos y otra para los demás. Aunque hubo otro factor…

—¿Cuál?

—El Rohypnol.

—¿Otra vez? ¿También el viernes por la noche?

—Sí. Casi con toda seguridad, lo repartió Garth McGrath. Aparecieron rastros en la sangre de una joven a la que quería seducir y en la de un hombre mayor. Por suerte, ella sobrevivió.

—¿Pero por qué Garth haría eso? Era muy atractivo. Las mujeres se le echaban encima. No necesitaba drogar a nadie.

—Evidentemente, no le bastaba con el sexo. Buscaba otra cosa, sumisión total, control absoluto. Era un depredador. Parte de su método consistía en drogar a varias personas, no solo a su objetivo, y fingir que a él también lo habían drogado. Drogó a Jasper una noche en que estaba tras Mandy y me lo hizo a mí el jueves, cuando iba tras Topaz. Es probable que también se lo diera a Harry y, posiblemente, al *swami* el viernes.

—Mierda —dice Jota—. Por eso Dev se desmayó antes de empezar a vomitar, a diferencia de Topaz y de mí. Y por eso Harry perdió la cuenta de quién había recibido qué dosis.

—Esa es la teoría.

—¿Entonces, lo acusarán de homicidio?

Martin se encoge de hombros.

—No lo sé. Supongo que está intentando negociar con la policía:

cooperación total y testificar contra su padre a cambio de que lo imputen por homicidio imprudente en lugar de asesinato.

—¿Y crees que le irá bien?

—No tengo idea. Pero desde luego, no sabía nada de la ruina económica de su padre. Hace solo unas semanas, hablaba con Jasper de invertir en un plan para parcelar las propiedades que están sobre el acantilado. Pensaba que su padre podría ayudarlo con la financiación.

—¿Quién mató a Jasper?

—Harrold Drake. Jasper descubrió que Dev Hawananda no era quien decía ser, y Drake se enteró. Es probable que Jasper solo haya llegado a la mitad del asunto: pensaba que el verdadero nombre de Hawananda era Myron Papadopoulos y fue a casa de Mandy a contármelo, pero quizá no sabía lo de Creta. Jasper pensaba que sería una buena historia y que tal vez llevaría a que tú soltaras un poco el control financiero de Hummingbird Beach. Pero eso forzó la mano de Drake. Si tú descubrías que Hawananda no era quien decía, casi seguro lo desheredarías. Así que Harrold mató a Jasper e intentó inculpar al gurú. Después, cuando Johnson Pear le dijo que tenía una coartada, trató de culpar a Mandy.

—Dios mío, debía de estar desesperado.

—Totalmente. Lo niega todo, pero dejó una huella de zapato cuando escapó por detrás de la casa que Mandy había alquilado y corrió junto al río. Y su hijo está intentando salvar el pellejo colaborando con la policía.

Jota vuelve la vista hacia el mar, mientras asimila todo lo que ha escuchado.

—Pobre Jasper. Me daba pena. Nunca llegó a ser el hombre que podría haber sido. Pensé que Dev podría ayudarlo, darle un poco de paz, de perspectiva. Pero supongo que no es simple, nunca es simple.

Después de eso, se quedan sentados varios minutos sin hablar, mirando las olas que llegan a la orilla con precisión mecánica, como si el oleaje aplaudiera al compás de un ritmo desconocido. Por fin, Martin se levanta, lleva las maletas de Jota hasta el coche y la deja sola unos minutos para que se despida de su propiedad. Espera en el aparcamiento, la ve subir la cuesta hacia él y se sorprende una vez más por lo saludable que se ve, por el estado físico que tiene. Solo la cabeza inclinada, la ligera curvatura que se ha instalado en sus hombros y la tristeza que la envuelve revelan que algo no está bien.

Parten en silencio, sin decir una palabra; el único sonido es el gruñido gutural del escape. Al llegar al desvío hacia Dunes Road, Martin frena y ven

pasar un coche del Canal Diez rumbo a la fábrica de quesos; Martin no puede menos que sonreír. Luego, gira hacia el asfalto, en dirección a Port Silver, y acelera con suavidad para no forzar el tubo de escape averiado. Casi ni ha tomado velocidad cuando Jota alarga el brazo y apoya una mano sobre el brazo de Martin.

—Detente, Martin. Justo aquí. Junto a la cruz.

Él reduce la velocidad, sale del camino y se detiene. La cruz está delante de ellos y, en la distancia, el faro parece flotar.

—Ven, vamos —dice ella, y sale del coche. Martin la sigue. Jota lleva el pequeño ramo de flores que había en la terraza. Camina hasta la cruz, se agacha, coloca las flores al pie y permanece allí unos instantes antes de incorporarse—. Esta vez no son de plástico.

—Eras tú —dice Martin—. Pensé que era Vern.

Ella lo mira; tiene lágrimas en los ojos.

—Yo estaba allí, Martin. Estaba allí aquel día.

Él se queda mirándola; la comprensión tarda en llegar; es una ola demasiado grande como para que pueda meterse debajo, demasiado violenta como para flotar sobre ella.

—No te entiendo.

—Tu padre estaba conmigo en Hummingbird Beach. Papá estaba en el cobertizo, ordeñando las vacas, como siempre a la misma hora.

—¿Contigo?

—Tu madre entró, nos vio. No dijo una palabra, simplemente salió y se fue. Ron corrió tras ella.

—Pero papá estaba en la fábrica de quesos aquel día.

—No, Martin. Estaba conmigo. Y tu madre sabía exactamente dónde encontrarlo. —Las lágrimas le corren por las mejillas—. Lo siento. Lo siento tanto…

Abre los brazos, como si quisiera abrazarlo, contenerlo. Pero Martin no puede, simplemente no puede. Baja la vista hacia la cruz. Piensa en sus hermanitas, atrapadas en el asiento trasero del coche. Luchando. Llorando. Ahogándose. ¿Qué habían hecho ellas para merecer eso?

Después de un rato, ella vuelve al coche, lo deja con sus pensamientos, con su madre, sus hermanas y su familia rota. Martin no sabe cuánto tiempo se queda con la cabeza inclinada, el corazón destrozado, derramando sus propias lágrimas de remordimiento.

Ya en el coche, Martin no rompe el silencio hasta que han cruzado el Argyle, pasado el puerto y el pueblo, y han llegado más allá del colegio y la guardería rodeada de cañaverales.

—¿Así que por eso te marchaste? ¿A surfear? ¿Por eso no volviste ni siquiera cuando se acabó el surf? ¿Por eso fuiste a la India en busca de paz? —La mira de reojo, pero ella responde mirando por la ventanilla.

—No pensaba volver en ningún momento. Nunca. Estuve fuera más de veinticinco años. Pero al final, entendí que el pasado siempre va contigo, no puedes escapar de él. Por eso, tenía que contártelo.

Martin no dice nada. Siguen el viaje entre el mar verde de cañaverales. Pasan el camino a la derecha que lleva al ingenio azucarero, el lugar donde hace una semana él se detuvo a recoger a un par de mochileros despreocupados. Ya no tan despreocupados. Topaz Throssel, otra persona incapaz de huir de su pasado. Comienza la subida por el escarpe; Martin reduce marchas, el escape ruge, el motor suelta pequeñas explosiones. Solo cuando entran en el bosque, donde el sol se cuela entre los árboles y la luz parpadea, Martin pregunta: —¿Cómo era él, Jota? Mi padre. Antes.

Y mientras el viejo coche tose y avanza por entre la vegetación selvática, ella le cuenta, al principio con voz vacilante y llena de culpa, pero pronto más suelta, animada por los recuerdos: —Era divertido, Martin, muy divertido. Tenía una energía, una chispa, un ingenio increíbles. —Y añade—: Era como un chico con cuerpo de adulto. Se olvidó de crecer. Incorregible, no podía evitarlo. —Y por último, con vehemencia—: Os adoraba, Martin, a vosotros, sus hijos. ¡Los quería con locura! Y quería a Hilary. Nunca iba a dejarla; lo demás era solo un juego para él. Yo lo sabía.

Y por extraño que parezca, por difícil que sea de creer, cuando el Corolla llega a la cima del escarpe y vuelve a terreno llano y el motor recupera las marchas altas, los dos se están riendo. Riendo por el recuerdo de Ron Scarsden, riendo con su recuerdo. Dura solo un instante, pero ocurre.

En la estación de tren, Martin lleva una de las maletas hasta el andén, aunque Jota no parece en absoluto debilitada, al menos físicamente. Lo golpea un recuerdo, como sucede tan a menudo en los últimos tiempos. Pero ahora lo acepta, lo deja entrar, reconoce el dolor. Se ve a sí mismo otra vez de adolescente, ahora a los dieciocho años, ansioso por marcharse, por llegar a Sídney, por escapar de Port Silver, de Longton y de su pasado. Ve a Vern abrazándolo, ayudándolo con el equipaje, metiéndole dinero en la mano

mientras él, con los ojos puestos en el futuro, descuidado en su despedida, impaciente por enterrar a su antiguo yo y forjar un Martin Scarsden distinto, no ve la emoción en los ojos de su tío y sube al tren sin mirar atrás.

El recuerdo se disuelve y regresa al presente con Jota. El momento es incómodo. ¿Cómo despedirse? ¿Qué decir mientras esperan el tren?

—¿Sabes una cosa? —dice Jota—. Aquella primera mañana, hace unos días, cuando te vi venir hacia mí por la playa, por un momento pensé que eras Ron. Caminas igual que él.

Martin no sabe qué responder.

—Fue hace treinta y tres años. Él era más joven de lo que soy yo ahora.

—Sí. —Jota lo mira con ternura—. Tienes la misma sonrisa. Los mismos ojos traviesos. Las mismas manos.

Martin se mira las manos, sorprendido de que sus manos de oficinista puedan compararse con las manos ásperas y hábiles de su padre. Las observa, comprueba que son suyas, pero ella tiene razón: en ellas, hay ecos de su padre.

Jota se pone seria.

—Martin, esta mañana hablé con Nick Poulos.

—¿Sobre Ashton?

—No. Sobre lo que pasará si muero. Cuando muera.

—Estoy seguro de que no llegarás a eso.

Ella sonríe con una expresión que parece saber más de lo que dice.

—Esperemos que no. El asunto es así: voy a dejarte Hummingbird Beach.

—¿A mí? ¿Por qué?

Ella se encoge de hombros y otra vez se le llenan los ojos de lágrimas.

—Porque no hay nadie más.

Y entonces, Martin comprende lo que debe decir: —Jota, te perdono. Eras joven, soltera, no estabas engañando a nadie. Solo estabas experimentando. No podías saber lo que iba a pasar.

Ella cierra los ojos.

—Dilo otra vez, por favor. Una vez más.

—Te perdono.

MARTES

CAPÍTULO 33

Mandy, Martin y Liam están sentados en el muelle del camping, esperando que Vern los recoja con su bote. La mañana es cálida, sopla una brisa marina suave. La lluvia nocturna se ha disipado y la luz, suave y otoñal, se refleja en el río. Martin siente que hay algo en el día que lo envuelve, algo parecido a la perfección. Mandy está a su lado, meciendo a su hijo. Besa a Liam y se lo pasa a Martin. El niño pesa un poco más cada día. Se sientan los tres, sin hablar, disfrutando simplemente de un momento en el que no hay nada que hacer, nada que se imponga sobre ellos, nada que los amenace.

Mandy es la que habla primero.

—Cediste tu historia, Martin. La entregaste.

—No, no la cedí. Está en la portada del periódico de hoy, la veríamos si pudiéramos conseguir uno aquí. Y lleva mi firma, la mía y la de Bethanie.

—Lo sé, pero era toda tuya. Los Drake, su desesperación, su engaño. Lo tenías todo. Y se la diste a la policía, se la diste a Bethanie y se la diste a ese bobo de Doug Thunkleton.

Martin se encoge de hombros, sonriendo. Sabe a qué se refiere ella, pero sentado allí, bajo el sol y al calor de su familia, no siente ningún remordimiento. "Su familia".

—Con ese bobo estamos en deuda. Cumplió su papel a la perfección en la rueda de prensa.

Mandy le devuelve la sonrisa.

—Puede ser. Pero sabes lo que quiero decir: podrías habértelo guardado todo. Creo que el antiguo Martin Scarsden habría caminado sobre brasas para quedarse con una exclusiva así.

Tiene razón: algo ha cambiado. La historia ya no es el principio y el fin de todo. Y él no es el mismo Martin Scarsden. Tal vez, no sea el mejor hombre que le prometió ser en Riversend, pero va camino de serlo. Ha descubierto que hay cosas más importantes que la portada de un periódico.

—Tenía que hacerse. St. Clair habría contado a la policía lo que sabía, y ellos

habrían descubierto la verdad al final, pero podrían haber pasado semanas. Y en ese tiempo, Drake podría haber huido o vuelto a matar. De este modo, le pusimos fin. Nos ahorramos mucho dolor.

—Me lo ahorraste a mí, querrás decir.

—Es lo mismo.

Primero, oyen el sonido: el suave petardeo del motor. Luego, lo ven: Vern baja por el río en su bote —no el barco pesquero grande, sino el bote de aluminio a motor que usaba Levi en la cala— y se acerca al muelle del camping donde lo esperan Martin, Mandalay y Liam.

—Bote, Liam, di bote —le dice Martin al niño, que está en su regazo—. Bote.

—Boe —dice Liam con los ojos muy abiertos, sorprendido y encantado—. ¡Boe, boe, boe!

Se ríen y aplauden. Mandy arrebata al niño de los brazos de Martin y lo cubre de besos.

—¡Boe! ¡Boe! ¡Boe! —chilla Liam, el centro de atención.

Con cuidado, Martin pasa a Liam a Vern, Mandy baja por la escalerilla hasta el bote, y después Martin hace lo mismo. Vern insiste en que se pongan los chalecos salvavidas, que, a pesar de estar sin usar, parecen tener muchos años. Avanzan río abajo por el Argyle, con el motor a pocas revoluciones, dejando que la corriente haga su trabajo; pasan debajo del puente, junto al puerto a la derecha. Le siguen el hotel Breakwater y el pueblo. A la izquierda, la orilla se eleva y se vuelve más empinada. Se oye el rumor del oleaje, el aire limpio del mar reemplaza el olor pantanoso del río. La corriente parece acelerarse; a la izquierda, la orilla empinada; a la derecha, el espigón, igual que hace tantos años, cuando tres chicos iban en una canoa. Mandy alza la vista, intentando divisar la casa Hartigan, pero están demasiado cerca de la orilla; solo se ve el bosque tupido. Martin tiene a Liam en su regazo, lo sujeta con fuerza, le señala cosas y murmura sus nombres. Ahora ya pueden ver el oleaje sobre el banco de arena, las olas que se elevan pero no rompen. Y luego, la pared rocosa que forma un cabo debajo del acantilado. Pasan hacia el mar y Vern acelera; giran y entran en la cala escondida, donde el agua está en calma. Martin la ve igual que aquel día, hace casi treinta años, cuando sirvió de refugio para tres chicos desesperados.

Más tarde, mientras Mandy y Liam chapotean, felices, en la orilla, Martin y

Vern se sientan uno al lado del otro sobre un tronco que ha arrastrado la marea y contemplan el mar.

—Vern, tienes que dejar el comercio ilegal de peces protegidos. Lo sabes, ¿verdad?

Vern asiente.

—Sí, lo sé. Es una lástima, eso sí. Era una tradición familiar. Un poco de ilegalidad ayuda a romper la monotonía.

Martin sonríe.

—No encaja contigo, tienes que entenderlo. Por un lado, haces campaña para proteger la marisma y por el otro, saqueas especies protegidas.

Vern se ríe.

—Sí, dicho así, suena mal.

Observan cómo Mandy se inclina y levanta a Liam, cuidando de mantener la espalda recta. El niño ha crecido; está a punto de caminar, a punto de hablar. A ella ya le cuesta levantarlo.

—¿Qué va a hacer con la fábrica de quesos y la marisma? —pregunta Vern.

—No sé. No lo hemos hablado. Hasta donde sé, aún no ha ido hasta allí. Tal vez vayamos a ver la propiedad esta semana. Denise Speight tiene prioridad en el trato, pero creo que se echará atrás con el banco. Y no imagino a Mandy con prisa por urbanizar la zona.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? Te vi en la portada del periódico de hoy, un artículo de dos páginas.

—Sí. Me ofrecieron un trabajo. A tiempo completo. En Sídney.

—¿Y qué dijiste?

—Que no. —Mira a Mandy y al hijo de ambos mientras habla—. Pero a pesar de eso, quieren mantenerme en plantilla. Usar mi nombre, que participe en eventos, cosas así. Me pagarán un anticipo y esperan que escriba un artículo de fondo todos los meses, más o menos. Mandy y yo creemos que podría funcionar. Ya veremos. —Martin se mira las manos y elige con cuidado las palabras—: Creo que hay algo mal en mí.

—¿Martin?

—Siempre sospecho lo peor de las personas. Incluso de aquellos en quienes debería confiar. Como tú, como Levi y Josie. Como Mandy. Es una enfermedad que contraje cuando era corresponsal y no consigo librarme de los síntomas.

—Dale tiempo, Martin. Dale normalidad. Te pondrás bien.

—Eso espero —dice Martin, sin demasiada convicción.

—No piensas lo peor de Liam, ¿verdad?

Martin se ríe.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo podría?

—Pues ahí lo tienes. Ese es el primer paso.

Martin sonríe; es un buen argumento. Pero enseguida, se pone serio otra vez.

—Ayer llevé a Jota a la estación de Longton. Se iba a Sídney, al hospital.

—Nada serio, espero.

—Quizá muy serio. Cáncer.

—¡No! ¿Jota? ¿De verdad?

—Dice que si muere, me dejará Hummingbird Beach.

Vern se vuelve hacia Martin; está a punto de hablar, pero luego cambia de idea. Desvía la mirada, contempla el encuentro del río con el océano.

—¿Tú lo sabías?

Vern asiente casi imperceptiblemente, manteniendo la vista fija en la confluencia de agua dulce y salada.

—Era ella la que dejaba las flores todo este tiempo. Tú lo sabías.

—Sí, lo sabía.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Cuándo, Martin? ¿Cuándo tendría que habértelo contado? ¿Cuando tenías ocho años? ¿O cuando tenías dieciséis o dieciocho y no querías saber nada, cuando ni siquiera ibas a visitar sus tumbas, cuando ni siquiera habías ido a ver la cruz en Dunes Road, cuando no veías la hora de subirte al tren hacia Sídney y dejarlo todo atrás? ¿Cuándo tendría que habértelo contado?

Martin guarda silencio, se siente reprendido. El silencio se estira, pero no sirve; las preguntas siguen allí, no puede escapar de ellas. Piensa en Jota, que viajó durante años, intentando escapar de la culpa que sentía por la muerte de su madre y sus hermanas. Y piensa en Topaz, siempre en movimiento, atormentada por la muerte de su hermana, incapaz incluso de confiar en su marido. Y piensa en Jasper, que nunca viajó, excepto a través de sus postales. Y piensa en sí mismo, el eterno corresponsal que prefería zonas de guerra a los recuerdos de su propia infancia.

—Encontré unos viejos artículos de los periódicos en la biblioteca de Longton —dice a Vern—. Había una foto del coche, de tu coche, recién sacado de la marisma. El coche de papá también estaba allí. Y él también.

—Fue el primero en llegar.

—La luz trasera de tu coche estaba rota.

Vern alarga el brazo, apoya la mano sobre la de Martin.

—Se rompió semanas antes. Era mi coche. Lo sé.

Martin niega con la cabeza.

—Me lo imaginaba. Clyde Mackie era capaz de hacer la vista gorda, ¿sabes?

Vern sonríe, pero no con humor, sino con una expresión empatía y comprensión.

—No con algo así. Y hubo una investigación formal, como correspondía. Meses después, el forense investigó la luz trasera, cualquier cosa sospechosa. Concluyó que fue una muerte accidental. Accidental. ¿No lo encontraste en tus recortes de artículos?

—Creo que no miré más allá del accidente. —Toma la mano de su tío—. Así que él trató de sacarlas, pero no pudo.

Ve la confirmación en los ojos de su tío.

—Lo jodió por completo, ¿no? No solo que murieran, sino que murieran así, justo el día que nos tocó la lotería, cuando estaba con Jota en vez de jugando al críquet con nosotros. No es de extrañar que se emborrachara, que lo desperdiciara todo. No es raro que nunca pudiera mirarme a los ojos.

Vern no dice nada, solo le aprieta la mano.

—Se suicidó, ¿verdad? —Martin no puede soltar; el pasado lo atrapa, obligándolo a seguir su lógica de tres décadas atrás—. Cuando se acabó el dinero, cuando no quedaba nada, bebió lo único que quedaba, el champán. Lo bebió tibio de un vaso desechable, y luego salió y estrelló el coche contra un árbol.

—¿El champán? —pregunta Vern.

—No me digas que no lo recuerdas. El día de la lotería. Habíamos estado jugando al críquet. Lancé una bola ganadora. Justo después, nos enteramos de que nos había tocado. Mamá y las chicas fueron a contárselo a papá, y tú y yo fuimos a comprar pescado rebozado con patatas fritas. Compraste el champán francés más caro que pudimos encontrar. Veuve Clicquot, con la etiqueta naranja. Para festejar que nos había tocado, para celebrar nuestro futuro juntos.

—No —dice Vern.

—¿No?

—El champán no era para celebrar que os había tocado la lotería. Era para celebrar su divorcio. Por eso, ella fue en el coche para decirle que iba a divorciarse. El dinero la liberaría. Sabía dónde estaba Ron, qué estaba haciendo

y con quién. Por eso, se llevó a las niñas, pero te dejó a ti en casa. Sabía lo mucho que querías a tu padre; no quería que lo vieras con Jota, tenías edad suficiente para entender lo que le iba a decir. No quería que lo presenciaras. No quería hacerte daño.

¿Cuánto tiempo se quedan allí, esos dos hombres, unidos por la sangre, la historia y un duelo de décadas, tomados de la mano, llorando en silencio, compartiendo sus pensamientos, con la mirada perdida en el mar y el oleaje sobre el banco de arena? Muchos minutos y una eternidad.

Es Mandy la que rompe la silenciosa vigilia.

—¡Mirad! —grita—. ¡Venid a ver lo que hemos encontrado!

Está al pie del acantilado, donde la playa se encuentra con el bosque. Martin y Vern se ponen de pie lentamente, caminan hacia ella y Liam, Vern con el brazo alrededor de los hombros de su sobrino; se secan los ojos, recomponen sus rostros con las máscaras de lo cotidiano.

—¡Mirad! —exclama Mandy—. ¿Qué os parece? —Y allí, erosionados por el viento, el agua y el tiempo, pero todavía inconfundibles, están los escalones tallados en la arenisca.

—¿Podríais reconstruirlos, Vern, tú y Lucy May? ¿Para que lleguen hasta la casa, como antes?

Vern sonríe.

—Por supuesto.

—Os pagaremos —aclara Mandy—. Por los escalones y la casa.

—Tendréis que hacerlo —responde Vern—. He perdido una fuente de ingresos.

No hay manera de contener el entusiasmo de Mandy.

—¡Será nuestra playa secreta! —Recorre la arena con la mirada, sus ojos reflejan su imaginación encendida—. ¿Tiene nombre esta playa?

Vern se encoge de hombros.

—Tiene muchos nombres, pero nada oficial.

—Entonces, se llamará la Playa de Liam —decreta, levantando al niño.

—¡Boe! —chilla Liam—. ¡Boe!

—De acuerdo —ríe Mandy—. ¡Playa Boe Boe!

Su alegría es intensa, demasiado contagiosa, y el júbilo de Liam es irresistible. Martin se encuentra sonriendo como un tonto y ve lo mismo en la cara de Vern.

Entonces, le habla a su tío en voz baja: —Si vais a hacer los trabajos de

rehabilitación, ¿podría ayudaros? ¿Si tú y Lucy May me enseñáis? —Abre las manos y flexiona los dedos—. Me han dicho que tengo sus mismas manos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar dando las gracias a cada una de las personas de Allen & Unwin, porque estoy convencido de que todos, sin excepción, contribuyeron al éxito de *Páramo de fuego*.

Ahora están dedicándole ese mismo esfuerzo extraordinario a *Puerto de furia*: desde el equipo editorial hasta marketing, ventas y promoción.

Tengo la suerte de trabajar probablemente con el mejor equipo editorial de Australia… y tal vez del mundo: Jane Palfreyman, Christa Munns, Ali Lavau y Kate Goldsworthy.

Muchísimas gracias.

Mi enorme gratitud y respeto también para Grace Heifetz, de Left Bank Literary, por esa combinación única de profesionalidad absoluta y sentido del humor endiablado.

Un agradecimiento especial a Christine Farmer, responsable de prensa tanto de *Páramo de fuego* como ahora de *Puerto de furia.*

Gracias a Helen Vatsikopoulos y Juhee Ahmed por su orientación con los nombres griegos e indios. Cualquier error que haya quedado es enteramente mío.

Mi gratitud profunda a todos los libreros de Australia y Nueva Zelanda que han apoyado mis libros y los de tantos autores australianos y neozelandeses. Les estaré siempre en deuda.

Y por último, mi agradecimiento más sincero a mi maravillosa familia que me apoya en todo: Tomoko, Cameron y Elena.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

La reina de la montaña, de Victor Pavic Lundberg, es una lectura imprescindible para quienes disfrutan del *thriller* periodístico donde la verdad tiene consecuencias personales y políticas devastadoras. Al igual que Chris Hammer, Lundberg coloca a periodistas en el centro del conflicto, obligados a investigar en territorios hostiles donde el poder, la corrupción y los secretos familiares se entrelazan de forma explosiva.

En *La reina de la montaña*, los periodistas Danijela Mirković y Loa Bergman se enfrentan a una investigación que atraviesa fronteras y sacude los cimientos del Estado sueco en plena campaña electoral. Amenazas, acertijos y un pasado que se niega a permanecer enterrado los empujan a decidir hasta dónde están dispuestos a llegar por la verdad.

Ambas novelas comparten una mirada crítica sobre el poder y sus mecanismos de encubrimiento, comunidades cerradas que protegen sus propios intereses y protagonistas marcados por dilemas morales profundos.

Con una trama de alta tensión, ritmo vertiginoso y un trasfondo político inquietante, *La reina de la montaña* es la elección ideal para quienes buscan historias intensas, inteligentes y profundamente actuales.

El equipo editorial



Escanear el código QR para ver más información de *La reina de la montaña*



© Mike Bowers

Chris Hammer es licenciado en Periodismo y tiene un máster en Relaciones Internacionales. Trabajó como periodista durante más de treinta años antes de dedicarse a la ficción. *Páramo de fuego*, su novela debut, fue un éxito inmediato tras su publicación en 2018 y ganó el premio New Blood Dagger de la *Crime Writers Association* del Reino Unido. *Puerto de furia* es la segunda novela de la serie *Martin Scarsden*.

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:









MotusThriller

www.motus-thriller.com